

“En los márgenes de la realidad se oculta lo imposible”

José Antonio Cotrina

Las Fuentes Perdidas



Lectulandia

En todas las épocas, tiempos y lugares, han existido siempre los Misterios Furtivos. Son las historias que susurran en voz baja los que viven en la otra cara de la realidad. Y una de esas leyendas eclipsa a todas: las fuentes perdidas, el misterio por el que muchos han dado sus vidas; una fuente por cada deseo, una fuente por cada anhelo que apenas imaginado toma forma, ya sea atroz o maravilloso. Delano Gris, aventurero a sueldo y conocido bribón, se ve envuelto en una expedición que va tras las Fuentes Perdidas. Acompañado por un insólito grupo de personajes, atormentados todos ellos por sus propios deseos, temores y secretos, se abrirá camino por las entrañas del mundo oculto. Lo que Delano no imagina es que ese viaje delirante le llevará de regreso a lo más sombrío de su pasado, a la pesadilla que gobierna su vida y marca su destino.

Lectulandia

José Antonio Cotrina

Las fuentes perdidas

ePUB v1.0

mnemosine 04.12.12

más libros en lectulandia.com

Título: *Las fuentes perdidas*
José Antonio Cotrina, 2003.

Editora original: mnemosine (v1.0)
ePub base v2.1

A Michael Santorum y Sofía Passini, por la sorpresa y el regalo constante de ser
ellos.

Agradecimientos:

A Carmen Pila, por todo y más. A Santiago García, por su ayuda, consejos e insultos. A Ekaitz Ortega y a Mariano Villarreal por encontrar un hueco en sus agitadas vidas para echarme un cable. A mi hermana, por las indicaciones surrealistas en los márgenes de la novela. A los ludotequitos del Nahutilius, por ser de los primeros en leerla. A los habitantes de la segunda luna de Endor, por el tiempo, el sueño y ayudar a Delano a trascender del esmeralda. Y, cómo no, a las luces casuales que iluminan las noches más oscuras y me mantienen en camino.

Gracias a todos.

He paseado por una calle con el mejor cigarro del cosmos entre los labios, y más Borgoña en mi interior del que has visto en tu vida, y ansiado que el farol se convirtiera en un elefante para salvarme del infierno de esta existencia vacía.

G.K. Chesterton

El napoleón de Notting Hill

En último término, lo que amamos es nuestro deseo, no aquello que deseamos.

Friedrich W. Nietzsche

Queequeg era natural de Rokovoko, una isla lejana del Suroeste. No figura en mapa alguno. Le ocurre lo que a la mayoría de los sitios que existen de verdad

Herman Melville

Moby Dick

El elenco
Misterios Furtivos
Casas Iguales
Fortuna y gloria



El hombre del traje de terciopelo acarició el *ankh* que adornaba el lóbulo de su oreja izquierda con un gesto que, de tan lento, parecía no tener lugar. Llevaba más de media hora observando la puerta que tenía ante él: una locura tallada en madera negra que daba un nuevo significado al término colosal. La flanqueaban dos majestuosas estatuas de Thot —la deidad egipcia de la sabiduría— tan altas que, desde donde se encontraba, apenas distinguía sus cabezas de ibis. Las sombras de ambas estatuas se precipitaban viscosas contra el piso de tierra.

El caballo azul junto al hombre relinchaba y corcoveaba sin parar, aterrorizado por la puerta y lo que se escondía tras ella. Sólo el hechizo de dominación que lo ataba a su amo hasta más allá de la muerte impedía que escapara. Un poco más atrás, sujetando una antorcha de fuego blanco, se encontraba el segundo hombre: un joven fibroso de ojos ávidos y nariz aguileña. Su cabello negro, largo y descuidado, estaba tan grasiento que brillaba a la luz fantasmal de la antorcha tanto o más que las cadenas con las que adornaba su vieja cazadora de cuero. Su montura, del mismo tono azul que la de su compañero, tenía la mirada velada por cuajarones de sangre. Hacía tiempo que había dejado de respirar y sólo una suerte de inercia mágica la mantenía en pie. Mientras aguardaba a que el otro tomara una decisión, el joven arrancó con sus dedos una larga tira de carne del lomo de su caballo y se la llevó a la boca, masticándola despacio. El animal ni siquiera se inmutó. Toda su grupa era una carnicería.

Después de una eternidad de espera, el hombre del traje oscuro sacudió la cabeza, abatido, y de un potente salto montó sobre su caballo. El animal se encabritó, sus cascos delanteros hendieron el aire y de sus belfos desencajados escaparon largas hilachas de espuma. No hubo palabras entre los dos hombres. No hacía falta. El jinete del caballo azul y el jinete del caballo muerto volvieron grupas a la oscuridad flanqueada por las estatuas y, espoleando sus monturas, partieron al galope, llevándose el resplandor blanco de su antorcha con ellos. Las tinieblas se acomodaron de nuevo en la enorme caverna, y sólo quedaron holladas por el alto brillo de los ojos de Thot.

El nigromante pasó la última página del libro que sostenía ante su rostro. Estaba tumbado bajo el delicado dosel de la cama de su habitación veneciana, atrapado por la telaraña de sombras que la tenue luz que atravesaba la ventana era incapaz de conjurar. Los únicos sonidos en la estancia eran el de la respiración del mago y, de cuando en cuando, el leve susurro de una página al ser pasada. El nigromante no tenía problemas para leer bajo una luz tan débil: prácticamente se sabía el libro de memoria. Hubiera podido leerlo con los ojos cerrados de haber querido, acariciando con el dedo las palabras impresas como los católicos acarician las cuentas de sus rosarios.

El libro se titulaba *Mientras me desangro*. Era un libro fino, formado por un

prólogo de veintiocho páginas, un epílogo de cuarenta y cinco y, entre ambos, los veintiocho versos que había escrito Ernest Albor mientras, como indicaba el título, se desangraba y moría. El poeta escribía a la par que la conciencia se le escapaba, ahíta de absentia y talismanes, por las profundas heridas paralelas que, en vertical, se había practicado en la muñeca izquierda con una espina de rosa azul. La última palabra del poema aparecía truncada; la inconsciencia que precede a la muerte le había arrebatado la pluma de la mano antes de que pudiera terminarla. Si Albor había finalizado la palabra en la otra vida, era algo que el hechicero no podía averiguar. El poeta suicida había muerto la verdadera muerte, la muerte que tarde o temprano, vivos, muertos, fantasmas y ecos deben morir. Y la verdadera muerte era un territorio vedado para los nigromantes.

Tras saborear durante unos segundos la palabra truncada, aquélla que remataba el poema, dejó el libro sobre la mesilla de noche. En ese mismo momento, un susurro procedente de la estancia contigua, le hizo aguzar el oído, atento a una posible repetición del sonido que le indicara que éste no había sido casual, que no había sido el viento o el crujido de la madera acomodándose.

—*Sforza*... —dijo una voz tan suave que convertiría un suspiro en un grito.

Ése era su apellido como Adriano era su nombre. Ya no había lugar a dudas: lo llamaban. Bajó de la cama y se encaminó hacia la habitación vecina. Avanzaba desnudo, despacio, con una elegancia depredadora. Su espalda, pálida y huesuda, estaba cubierta por largas manchas de sangre. La nube de moscas que hasta entonces había dormitado en el interior de la pantalla de la lámpara sobre la mesilla, desplegó sus alas y echó a volar hacia él, dándole escolta.

—*Sforza*... —repitió el silencio.

El nigromante giró el pomo y abrió la puerta. En la luz mortecina de la habitación flotaban diminutas perlas de sangre, una llovizna carmesí que no llegaba a caer. Tras la lluvia quieta pudo ver el cuerpo despellejado sobre la cama; estaba atado a ella con cuerdas tejidas con sus propias vísceras y empalado al colchón por sus propias costillas. Cuando se percató de la presencia de *Sforza*, aquello trató de incorporarse; su rostro roto se asomó en la carnicería que era su cuello y le dedicó la mirada llorosa y mugrienta de unos ojos sin párpados. En la boca desencajada de lo que días antes había sido una mujer, palpitaba un corazón al que le tenían prohibido morir.

Sforza, el nigromante, tal vez no supiera lo que acontecía al traspasar el velo de la verdadera muerte, pero conocía mil modos para retrasarla y retorcerla a su antojo. Sí, Adriano *Sforza* conocía antiguas artes y ciencias, todas ellas emparentadas con el horror y el asesinato, con el dolor y la agonía.

—*Te buscan*... *Sforza*... —dijo la voz tras el corazón palpitante—. *Te buscan*.

El nigromante se acarició la barbilla en la habitación de la sangre quieta, pensativo. Las moscas se posaron sobre sus hombros y bebieron, a lentos sorbos, la

sangre a medio secar que allí se acumulaba.

El hombre de piedra comprobó por enésima vez la roca gris que era la palma de su mano. En ella, apenas esbozada, veía una silueta difusa recortándose contra un páramo color ceniza. La figura se aproximaba cada vez más, pero de manera lenta, indolente; sin embargo, algo en su figura, en su porte, traducía ese movimiento perezoso en amenaza. ¿Qué sentido tenía aquella visión? ¿Qué era lo que le mostraba la roca calcárea de su mano? ¿Le mostraba al que había mandado llamar o era otra presencia la que se aproximaba?

El rumor de los rezos de la congregación aumentó una octava. La gruta circular en la que se encontraban parecía orar también, envolviéndolos a todos con su lastimero eco de piedra muerta y con el lento baile de un millar de sombras.

La visión seguía siendo oscura, pero le perturbaba de un modo aterrador. El hombre de piedra estaba tan tenso como las placas tectónicas que intuyen la inminencia del terremoto. Tal vez fuera simple nerviosismo ante los acontecimientos que pronto se iban a poner en marcha... ¿Era lícito tener miedo de una sombra? ¿Podía permitirse mostrar debilidad cuando todo estaba a punto de dar comienzo? Sus acólitos seguían rezando a su alrededor, lanzando plegarias a dioses oscuros y terribles. El hombre de piedra invocó su alfanje negro y, con dos movimientos gemelos en altura pero no en dirección, decapitó a los dos orantes más próximos. No hubo el menor titubeo en los rezos de la congregación. Las plegarias siguieron fluyendo con la misma monótona cadencia con la que respondía el eco y danzaban las sombras.

Hizo desaparecer el alfanje y contempló de nuevo la piedra gris que era la palma de su mano. Tres gotas de sangre habían ocultado en parte la figura lejana: ahora su cabeza parecía teñida de rojo. El hombre de piedra cerró violentamente el puño y disfrazó un escalofrío de pánico con una maldición que ni siquiera el eco osó repetir.

Alexandre contempló el ataúd que flotaba y giraba en el campo de gravedad nula. Era un féretro de cristal, tan fino que parecía tejido en el mismo aire que lo rodeaba. En su interior reposaba el cuerpo de Ada, vestida con una liviana túnica de color crema que apenas se ceñía a su menudo cuerpo; su pelo color miel estaba recogido en una larga coleta anudada al cuello. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho; entre ellas, una flor de vidrio negro se deshacía en destellos, salpicando de arco iris el interior del ataúd. Alexandre la observaba desde la plataforma que rodeaba las paredes del gigantesco mausoleo, fabricado en aquel mismo cristal casi insustancial. Se aferraba con tanta fuerza a la barandilla de la plataforma que sus manos apenas tenían color. Se sentía varío, tan terriblemente vacío que ni siquiera era capaz de experimentar

pena por la pérdida de la que había sido su compañera, su amiga, su amante... No sentía nada, tan sólo carencia, una carencia brutal; como si en lo más profundo de su ser se hubiera abierto una grieta por la que se fuera derramando, sin remisión, pero de una forma tan apática como indolora.

Una voz femenina a su espalda le hizo girarse:

—Vine en cuanto recibí tu mensaje, Alexandre...

Era Gema Árida. Alexandre no la había oído llegar, pero había escuchado los ruidos de amarre de una nave a la estructura de atraque del cementerio orbital. Gema Árida estaba ataviada con los hábitos que la identificaban como espiritista: una holgada blusa blanca, el cinturón ancho del color azul propio de su gremio —y de sus ojos— y una larga falda negra. Él agradeció su presencia y aceptó la mano que le tendía, estrechándola con fuerza.

—¿Puedes hablar con ella? —preguntó, casi logrando sustraer toda impaciencia de su voz—. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo. Puedo. Puedo... —contestó ella, retirando la mano de su presa—. Todavía no ha traspasado el velo de la muerte verdadera y está a mi alcance... ¿Pero de verdad quieres que lo haga?

Él asintió con vehemencia.

—*Por favor...* —sus ojos, negros, sin rastro de iris ni pupila, se contrajeron, suplicantes—. Sólo dije que la echo de menos... Sólo eso... Nada más...

La espiritista miró el rostro congestionado de Alexandre, asintió y desvió la vista hacia el ataúd que flotaba en el centro del mausoleo. Concentró todo su pensamiento en la conciencia que todavía residía en aquel cuerpo. El mero hecho de encontrarla, un pulsátil ovillo en la garganta, le costó un gran esfuerzo; había forzado mucho su poder en los últimos días y, lo que en otras ocasiones hubiera sido algo sencillo y rutinario, se convirtió en un auténtico reto. Gema Árida, preocupada por el viaje que a punto estaba de iniciar, había buscado el consejo de viejos oráculos y sibilas, y el esfuerzo de comunicarse con ellos la había agotado por completo. Se centró en la tarea: la conciencia vital de Ada era esponjosa y tibia, una redcilla de recuerdos y sentimientos que latía envuelta en un resplandor nacarado. En cualquier otra ocasión no habría tenido problema alguno en comunicarse al instante con ella, pero, agotada como estaba, tardó unos minutos en hacerla reaccionar y darle el mensaje que Alexandre le había transmitido. Tras un breve silencio —que no era silencio sino la apertura de lo que se aproximaba— en la mente de la espiritista se desplegaron palabras en forma de rocío multicolor: «*Estoy muerta. Dile que lo amé y que disfruté de su amor. Dile que debe aprender a vivir su vida sin mí. Y déjame ahora, quiero descansar...*»

Gema Árida asintió despacio mirando el cuerpo en el ataúd. Suspiró y se giró hacia Alexandre, que la observaba expectante.

—Tiene miedo... —dijo Gema con la voz quebrada—. Siente que le han arrebatado la vida antes de que la disfrutara en la medida adecuada. Y te echa de menos...

La espiritista apoyó su mano en el hombro de Alexandre, tratando de insuflarle las fuerzas que se le escapaban, tratando de mantenerlo en pie sólo con el contacto de la palma de su mano.

—Hay un modo... —le recordó ella.

Él asintió, meditabundo, con la mirada perdida más allá de las frágiles paredes de cristal del mausoleo en órbita a la Tierra. Sus ojos negros parecían, más que nunca, cuajados de sombras.

Delano Gris estaba concentrado en su jarra de cerveza, entornando los ojos y haciendo temblar un *Lucky* apagado entre sus labios. El reloj de pared se arrastraba con exasperante lentitud hacia las dos en punto de la mañana. En el local, una cafetería con nombre de río y vals —*Danubio*— escondida en una plaza de Madrid, sólo quedaban Delano y el abatido camarero que deambulaba tras la barra con una bayeta en la mano.

El establecimiento estaba dividido en tres plantas: por unas angostas escaleras de madera se accedía a una sala ocupada por varias mesas y sillas antiguas, las dos puertas de acceso a los servicios —el dibujo de una bella guitarra para ellas y un serio clarinete para ellos—, y un piano acotado por cuerdas y adornado por el inevitable cartel de *No tocar*. Por una segunda escalera sólo un poco más ancha que su vecina se descendía a una pequeña librería, que anunciaba los extraordinarios descuentos que suelen anteceder al cierre por quiebra. Toda la cafetería estaba alicatada con azulejos de un color desvaído e impreciso, entre el azul y el blanco. Dos exposiciones diferentes se repartían las paredes: una desafortunada colección de retratos antiguos con los rostros de los modelos distorsionados hasta hacerlos irreconocibles, y una serie de pentagramas musicales enmarcados cuyas notas habían sido sustituidas por mariposas de distintas formas y colores, claveteadas sobre las líneas paralelas.

Había algo de hogareño y amable en la cafetería con su librería en quiebra. A excepción del ocasional carraspeo del camarero, todo parecía particularmente cálido, como si alguien conocido y familiar, largo tiempo perdido, largo tiempo olvidado, estuviera a punto de entrar con buenas noticias y un montón de abrazos. Desde fuera llegaba el frenético parloteo suicida de la lluvia, haciendo aún más confortable si cabía la tibieza del interior.

La aguja del minutero hizo un supremo esfuerzo y saltó un minuto más; Delano casi creyó verla dudar antes de dar el paso final. Una mosca trazaba perezosos círculos en el aire, perseguida de cerca por su zumbido. Las sillas ya habían sido colocadas cabeza abajo sobre las mesas. La música clásica que había brotado de los

cuatro altavoces de la cafetería había muerto en armónico silencio hacía más de quince minutos. El camarero carraspeó por tercera vez. Estaba deseando que el extravagante cliente del pelo gris ratón se decidiera a marcharse de una vez para poder dar por terminada la jornada. La cuestión era que Delano no tenía la menor intención de cumplir sus deseos: tenía una cita.

Buscó su mechero de hueso de grifo y lo encendió; la llama blanca prendió el cigarro a la primera y Delano aspiró una honda bocanada de nicotina, alquitrán, papel y humo.

—Perdone —el camarero se acercó hasta *él*, como si la chispa de su mechero hubiera sido el banderazo de salida a su ruego—, es tarde ya, cerramos a la una y media y tengo que cumplir el horario.

Delano Gris levantó la vista de su jarra de cerveza y miró alternativamente al camarero y al reloj de pared, con la expresión somnolienta del que ha sido levantado de la cama por causas de fuerza mayor. Para corroborar esa impresión se permitió un largo bostezo antes de contestar:

—Hagamos la vista gorda por una vez ¿de acuerdo? —dijo, fundiendo el principio de su frase con el final de su bostezo—. Si no le dices a nadie que estuve aquí a estas horas, yo no le contaré a nadie que has cerrado tarde.

—¿Perdón? —el camarero parecía confuso.

—Olvídalo. Mira, te cuento —se encaramó en el taburete para acercarse al camarero, que equilibró su movimiento retrocediendo un paso hacia el interior de la barra, preguntándose tal vez si aquel hombre podría llegar a ser peligroso. Su espalda chocó contra la cafetera apagada. Delano siguió hablando—: Tengo una cita, y, por lo que parece, a esa gente se la trae floja que la cafetería esté cerrada, porque la cita es a las dos.

—Lo lamento, señor, pero yo tengo que cerrar... Hace veinte minutos que acabó mi jornada. Puede esperar fuera...

—¡Está lloviendo! —se quejó él, señalando en dirección a la puerta.

El camarero se encogió de hombros, salió de la barra, entró en un pequeño cuarto y volvió a salir con una escoba de cepillo de paja en una mano y un recogedor rojo en la otra.

—Mire, haremos una cosa: puede quedarse mientras barro y ordeno las cámaras —concedió—. No me llevará mucho, pero puede que su cita llegue mientras tanto...

—Está bien. Gracias.

Delano Gris volvió a fijar toda su atención en la jarra de cerveza, todavía llena en más de su mitad, y pensó en la carta que lo había llevado hasta allí. Era una nota breve, entregada por un hombre oscuro y silencioso —un criado, dedujo— en su casa de Tokio. El texto de la nota lo citaba, en menos de cuatro horas, en una cafetería madrileña, algo del todo imposible si no se conocían ciertos atajos o se dominaban

ciertas artes secretas. El asunto a tratar, continuaba la carta, le resultaría tan fascinante como provechoso. Sus intentos por interrogar al emisario fueron vanos: el hombre no comprendió o no quiso comprender ninguno de los idiomas en los que Delano Gris lo había interrogado, y todo intento por leer entre líneas en él se saldó con la confusa sensación opaca que se desprendía de los protegidos contra la lectura. El criado se limitó a sonreír y sacudir la cabeza hasta que Delano desistió y regresó a la casa, deshaciéndose en bostezos.

Tomó asiento en una silla de la cocina e intentó leer entre líneas en el mensaje, pero ni el más pequeño atisbo de información extra salió a la luz: la nota, como el emisario, estaba protegida. Ese detalle bastó para disuadirlo de acudir a tan misterioso encuentro. Si se habían tomado la molestia de proteger el mensaje contra la lectura no debían tramar nada bueno, y ver satisfecha su curiosidad no compensaba el riesgo. Cuando a punto estaba de arrojar la nota a la papelera y regresar a la cama con Kaori, su geisha enamorada, se detuvo, sin aliento, sacudido por una incomprensible sensación de vértigo y urgencia. Hasta la luz que lo rodeaba pareció fluctuar. Un confuso palpito que en nada tenía que ver con la lectura entre líneas le dijo que aquello *era* importante. Muy importante. Fue una premonición tan fuerte que las rodillas se le doblaron y cayó sobre las baldosas de la cocina. Cuando consiguió levantarse, exhausto, mareado y con el corazón disparatado en el pecho, ya había tomado una nueva decisión.

Y allí estaba, contemplando la espuma de su cerveza y esperando a que su misteriosa cita hiciera acto de presencia. El camarero se acercó hacia él una vez terminó de ordenar las cámaras frigoríficas.

—Señor... Ya he acabado por hoy; si no le importa, me gustaría irme...

Delano suspiró y se dispuso a bajar de la banqueta. Si no le quedaba otro remedio esperaría al resguardo de una cornisa o de un portal o, mejor aún, olvidaría aquel rocambolesco asunto y regresaría a casa. Estaba claro: le habían tomado el pelo. Por un instante tuvo la absurda idea de que alguien podía quererlo fuera de Tokio y que él había picado de la manera más burda; si llegaba a la ciudad y se encontraba una legión de lagartos gigantes reduciéndolo todo a escombros no iba poder evitar sentirse muy culpable.

La puerta de la calle eligió ese momento para abrirse. En el umbral apareció un hombre embozado en una gabardina oscura, seca a pesar del intenso aguacero. Sus ojos refulgían entre las sombras que proyectaba el ala del sombrero de fieltro que cubría su cabeza. Una amplia sonrisa se abrió paso bajo aquella mirada llameante y, como ésta, pareció pender directamente sobre el vacío, como si no hubiera rostro alguno que la sustentara. Si un relámpago hubiera caído en ese instante a la espalda de la siniestra figura, Delano no se hubiera sorprendido en lo más mínimo. Casi se sintió defraudado cuando aquello no ocurrió.

—¿Delano Gris? —la voz era quebradiza y tenía un deje amargo que le hizo pensar en venenos mortales, venenos de larga agonía. La corriente de buen humor que acababa de recorrerle se le congeló en las venas. Había algo errado en aquella voz.

—Soy yo... —respondió él. Entrecerró los ojos y escrutó en las tinieblas suspendidas entre los cuellos alzados de la gabardina y el ala del sombrero, tratando en vano de proporcionar más rasgos al rostro de su interlocutor.

—¿Delano Gris? —repitió aquel hombre que apenas era una sombra contra la noche—. Conocido tramposo, aventurero ventajista, infame cabrón de nombre falso, pícaro sin escrúpulos, mercenario...

Delano entrecerró aún más los ojos. Su primera intuición había sido correcta; bajo el sombrero no había rostro alguno: tan solo tinieblas y destellos.

—Una descripción hiriente, pero acertada... ¿Quién es y qué quiere de mí?

—Disculpen, disculpen... —terció el camarero, tenaz—. ¿No les importaría seguir con su charla fuera? Estoy cerrando...

—Sí, sí... No nos importa ¿verdad, Delano Gris? ¿Salimos fuera? ¿Sí? Solo será un momento...

Delano estudió durante unos instantes la figura que se mantenía en el umbral antes de decidirse a seguirlo fuera. Fue consciente del peso de su pistola en la cintura, y ese peso le infundió cierta tranquilidad. A medida que se acercaba hacia el hombre —si era un hombre, cosa que dudaba— éste retrocedía para que siempre quedara la misma distancia entre ambos. Las sombras de la desapacible noche se arremolinaban a su alrededor, densas y deslustradas. Intentó leer entre líneas y se encontró con la resonancia opaca de una fuerte protección y el consiguiente escozor de ojos.

—Bien... bien... Porte altivo y mirar suspicaz. Armado, nervioso y dispuesto a disparar si le doy la más mínima excusa.

Delano recibió la lluvia fría con un estremecimiento que era más de inquietud que de frío.

—No me la des entonces. ¿Quién eres y qué quieres de mí? —preguntó de nuevo.

—Sólo soy un sirviente de los que te han mandado llamar. Te guiaré hasta ellos...

—¿Y a dónde se supone que me vas a llevar?

La cosa embozada cabeceó en dirección a la cafetería que Delano acababa de abandonar:

—En su Sombra te aguardan.

La lluvia arreciaba y el fuerte viento hacía restallar capas y capas de agua helada contra las fachadas de los edificios.

—Jamás entro en Sombras... —señaló Delano, rotundo, con una voz tan fría como la noche.

—Un conflicto de intereses tenemos entonces... —el sombrero tembló, sacudido

por una violenta carcajada—. Es una lástima, Delano Gris. Nos hubiera encantado contar con tus servicios... —la sonrisa se hizo más afilada—. Y hubiéramos pagado muy bien por ellos, muy bien, te lo aseguro... —y con un balanceo que tal vez fuera un gesto de despedida, se dio la vuelta y echó a andar. En unos segundos la noche lluviosa se le vino encima. Antes de desaparecer por completo, Delano escuchó de nuevo su voz errada—. Si cambias de opinión sólo tienes que empujar...

Delano Gris se quedó solo bajo la lluvia, mirando de soslayo hacia la puerta de la cafetería. No lo había sentido en un principio, pero ahora, después de que aquel extraño personaje se lo hubiera advertido, no tuvo problema alguno en percibir, a un nivel de resonancia muy bajo, el poder de aquel lugar. No era nada demasiado espectacular pero estaba ahí, más que latente. Si entrecerraba los ojos era capaz de ver la pulsátil energía que crepitaba en torno al edificio, débil y deslavazada pero, por lo visto, lo bastante poderosa como para proyectar una Sombra: una dislocación simétrica y habitable en un espacio-tiempo paralelo. No eran sitios que a Delano le gustara visitar. Había demasiada magia suelta en esos lugares y él procuraba tener el mínimo contacto posible con fuerzas de las que nunca se sabía qué esperar.

Pero aún sentía en el bajo vientre la corriente premonitoria que lo había traído desde Tokio. Delano, como otras tantas veces, se sintió incapaz de tomar una determinación. Sacudió la cabeza, estornudó una sola vez, y rebuscó en el bolsillo de su cazadora hasta dar con una moneda. La lanzó al aire impulsándola con el pulgar. El viento la hizo caer más allá de su alcance, pero consiguió no perderla de vista y seguirla mientras rodaba por la acera hasta que quedó inmóvil junto a la pared de la cafetería. Sin comprobar si había salido cara o cruz, tomó el pomo de la puerta, lo giró y empujó con la fuerza medida del que, sin querer entrar, entra.

El cambio de fase de realidad le retorció la boca del estómago. Trastabilló hacia delante, con el brazo derecho extendido ante sí y la mano izquierda firme sobre el vientre. Luego tomó aliento y contempló la Sombra de la cafetería con aprensión. En esa faceta de la realidad, la luz había languidecido hasta transformarse en una tiniebla biliosa y movediza. El polvillo gris que susurraba quejumbroso bajo las suelas de sus zapatos se acumulaba por doquier, formando auténticas dunas contra las paredes y convirtiendo las dos escaleras en rampas irregulares. Las mesas y sillas yacían desmadejadas en una esquina, como si alguna criatura de gran tamaño se hubiera servido de ellas para construir su nido. Los pocos azulejos que perduraban en las paredes aparecían estilados y ennegrecidos, recubiertos de grietas y telarañas polvorientas. El camarero había desaparecido y con él, todas las botellas, los vasos, la cafetera, la mosca zumbona y el reloj que se arrastraba con exasperante lentitud hacia las dos. Los estantes se inclinaban en distintas direcciones, apoyándose precariamente unos sobre otros como un andamiaje congelado en el instante anterior al derrumbe. Un espejo agrietado reflejaba de forma fragmentaria la niebla mortecina que se

colaba por los resquicios de la puerta. Aquella Sombra era inquietante, opresiva, pero por lo menos la cafetería todavía era reconocible; no estaba tan distorsionada como otras en las que había puesto el pie. De la escalera que descendía a la librería surgía un cálido brillo dorado y Delano supuso que allí debería encontrarse la fuente que dotaba de poder al local. ¿Un libro quizá?

Aunque no había nadie a la vista, Delano se sintió observado. Una forma oscura del tamaño de una rata pasó veloz junto a los rodapiés descascarillados de una de las paredes y desapareció en el interior de una de las dunas de arena gris.

—Bien... Ya estoy aquí —anunció a la cafetería vacía—. No estaría de más algo de cortesía por vuestra parte... Si os parece bien, por supuesto —puntualizó, desasosegado por los ecos que producía su voz en aquel espacio tenebroso.

«*Bienvenido, Delano Gris*» dijo alguien a su espalda.

Se giró para enfrentarse al propietario de aquella voz, pero sólo se encontró con la puerta que acababa de atravesar y con su propio reflejo deslucido en el cristal. Algo que no pudo ver le rozó el hombro y, casi de un brinco, volvió a su posición inicial mientras su mano derecha volaba hacia su pistola.

«*Eso no será necesario por el momento, Delano Gris*»

—¿Quién eres? ¿Dónde estás?

La voz ignoró sus preguntas:

«*Precisamos tus servicios, Delano Gris. Necesitamos de tu indudable talento. Y no aceptaremos una negativa a nuestro requerimiento...*»

—Empezamos bien —gruñó él. Acababa de darse cuenta del error que había cometido al dejarse guiar por una premonición, aunque hubiera sido tan fuerte como la que le había dejado de rodillas en la cocina. ¿Podían existir modos mágicos de provocar ese tipo de sensaciones? ¿Había podido alguien inducirle de algún modo en aquel estado?

«*No lo consideres como una amenaza porque no es tal... El asunto que queremos tratar contigo es sumamente importante para la organización de la que soy portavoz y no podemos arriesgarnos a ser rechazados. Pero si eso ocurre... Bien, entonces nos veríamos forzados a tomar medidas.*»

—Vaya... ¿Y dices que eso no es una amenaza? —preguntó, arqueando una ceja—. La visión entre líneas le mostraba sombras difusas llenando la habitación. Siluetas oscuras y tan indefinidas como jirones de niebla. De una de ellas, enorme y grotesca, era de donde provenía la voz.

«*No es más que una advertencia. Si te dijéramos que no te acercaras al borde del precipicio porque podrías caerte... ¿lo considerarías una amenaza?*»

—Si me estuvieran empujando, sí, desde luego —Delano estaba sólo a unos metros de ía salida, pero las siluetas siniestras formaban un muro entre él y la puerta.

«*¿Escucharás nuestra propuesta entonces?*»

Guardó silencio. Las presencias en la Sombra se fueron desplegando a su alrededor, rodeándolo. Por vez primera se dio cuenta de que la capa de polvo gris del suelo estaba cubierta de pisadas y, mientras las miraba, se produjeron muchas más: pasos recién dados de gente a la que no podía ver, cercándolo contra la barra y obstaculizando cualquier intento de huida hacia la puerta. Debía claudicar y esperar acontecimientos.

—Por lo que parece no tengo otra alternativa... —contestó al fin. Se ayudó con los brazos para auparse y sentarse sobre la barra. Si las cosas acababan por torcerse siempre podía saltar tras ella y usarla de parapeto. De todas formas ésa sería siempre la última opción. Tenía demasiadas cuentas pendientes en su vida como para dejarse matar por unos desconocidos; mucha gente podría tomárselo como un desaire personal.

Rebuscó en uno de sus bolsillos hasta encontrar el paquete de tabaco y, despacio, tratando en lo posible de ocultar el temblor de sus manos, encendió un cigarrillo con su mechero de hueso. Dio una fuerte calada y se quedó mirando al aire, esforzándose por aparentar más calma de la que sentía.

—Me encontraría más cómodo si pudiera ver con quién hablo... —dijo.

«*De acuerdo, si es tu deseo...*»

Fueron apareciendo de uno en uno. Delano pudo verlos a medida que retiraban las capuchas que cubrían sus cabezas, extinguiendo así el hechizo de protección que los volvía invisibles. Estaban por todo el local. Hombres y mujeres vestidos con túnicas ocres y sucias que llegaban hasta el suelo. Todos llevaban bordado en el pecho un pequeño alfanje negro, réplica en miniatura del que la mayoría empuñaba. Recorrió con la mirada a la congregación que había estado oculta a sus ojos y, mientras lo hacía, vio cómo varios de los que habían aparecido desarmados invocaban de la nada las mismas espadas negras que portaban sus compañeros. Un nutrido grupo se dispuso en círculo en torno al vacío, y la criatura descomunal que había intuído oculta se materializó ante él, retirándose la capucha con lentitud y mostrando un rostro ceniciento labrado en piedra. Las manos que asomaban por las amplias mangas eran de mármol negro y sus uñas parecían arcilla cristalizada. Estaba inclinado hacia delante debido al peso de una terrible joroba, surcada por gruesas protuberancias que se agitaban bajo la túnica como si contaran con vida propia.

El círculo de gente armada que lo rodeaba se abrió, y el hombre de piedra avanzó hacia Delano. A cada paso que daba sonaban mil crujidos y sus labios se contraían en un terrible rictus de dolor, como si no soportara la agonía del movimiento. Delano intentó leer entre líneas en él para toparse por enésima vez con una férrea protección.

Medía más de dos metros aun estando encorvado. Su cabeza era casi tan ancha como alta y todo en ella parecía tallado con rabia, a fuerza de despropósitos. Sus ojos negros, minúsculos y brillantes, no estaban alineados. El grotesco mojón que le hacía

de nariz se encontraba demasiado cerca del tajo torcido que era su boca. En aquella mirada fría todavía se podía distinguir un atisbo de humanidad, pero sólo como un pálido reflejo, un débil eco en mitad del páramo. Por lo que dejaba a la vista la túnica, en su construcción —si había sido construido o engendrado de tal guisa era algo que Delano no podía discernir— habían mezclado distintos tipos de roca. Su rostro estaba dividido por estrechas franjas de estratos. Cuando sus labios de pizarra se abrían dejaban ver el brillo de su dentadura diamantina y la sombra informe y terrosa de lo que debía ser la lengua agitándose en las tinieblas del interior.

—Delano Gris —sus palabras eran polvo de roca resbalando por abruptas quebradas. Sintió un frío intenso, y el recuerdo del calor de su cama en Tokio y de Kaori a su lado sólo empeoró la situación. La cosa fijó sus ojos de alabastro en los ojos marrones de Delano—. Hemos oído hablar mucho de ti...

—Y yo en cambio todavía no sé con quién tengo el placer de hablar.

—Mi nombre es Dhemian Milvidas... Soy... —inclinó la cabeza hacia la izquierda con un potente crujido que resonó como un disparo—. Soy un sacerdote de la hermandad de la Piedra y el Filo. Hermandad que requiere tus servicios.

—De una manera ciertamente curiosa... —No conocía ninguna hermandad con ese nombre; o era pequeña e insignificante, o contaba con el poder necesario para ocultarse; en su situación la diferencia era más bien mínima.

—Como ya hemos dicho, no nos permitimos ser... —inclinó la cabeza hacia la derecha y el disparo de sus articulaciones pétreas volvió a resonar en la Sombra de la cafetería— rechazados... El dinero que estamos dispuestos a pagar por tu tiempo te recompensará con creces de eso que te empeñas en considerar amenazas.

—Antes de hablar de dinero me gustaría saber de qué va el asunto.

—Nada que no puedas hacer.

—Dejadme juzgar eso a mí... Soy bastante inútil según para qué.

Los ojos negros del hombre de piedra lo recorrieron de arriba abajo, como si en verdad estuviera sopesando si Delano podía llevar a cabo la tarea que pensaba encomendarle. Su lengua chasqueó en la caverna que era su boca con un sonido viscoso, embarrado.

—Dentro de poco recibirás una oferta de trabajo que deberás aceptar —le anunció—. Una vez concluyas ese trabajo, volverás aquí y nos informarás con todo detalle de lo ocurrido...

—Con eso no me dices nada... —señaló él—. ¿Quién va a contratarme y para qué?

—Un grupo de aventureros a punto de iniciar una cruzada apóstata... Buscan las fuentes perdidas.

—¿Qué? —Delano estuvo a punto de caerse de la barra. La premonición de que algo tremendo estaba por desvelarse se había convertido en certeza, en certeza y en

absoluta y genuina perplejidad.

—Ya me has oído. Van en busca de las fuentes perdidas y pretenden contratarte como asesor y guía.

—¡Nadie sabe donde están las fuentes perdidas! ¿Cómo voy a guiarlos hasta ellas? ¡Es absurdo!

—Tienen un mapa...

Delano se inclinó hacia delante. Ya no encontraba tan desagradable el penetrante olor férrico del ser de piedra. Sus ojos brillaban. El huraño espíritu de la codicia comenzaba a roer las paredes de su estómago. Todo el nerviosismo que le había atenazado se disipó como por ensalmo.

Las fuentes perdidas...

En todas las épocas, tiempos y lugares, han existido siempre los Misterios Furtivos; toman la forma de leyendas y se repiten a lo largo de la geografía oculta de la realidad como distintos ecos de un mismo sonido. Según cuentan, cuando son resueltos de modo definitivo otro llega para ocupar su lugar. Siempre hay un número constante de Misterios aunque, por su propia naturaleza, ese número es desconocido. Su sustancia es siempre ambigua porque las diferentes leyendas en los distintos lugares y tiempos se engalanan y engrandecen con sus distintas culturas y modas. Pero su núcleo perdura y no cambia en lo esencial: lugares prohibidos y maravillosos; Dorados esquivos; emplazamientos secretos de gran poder; tumbas de antiguos dioses a punto de despertar; respuestas a preguntas no formuladas pero siempre presentes; intrincados laberintos que guardan misterios sin cuento custodiados por criaturas mitológicas; tesoros incalculables... Delano nunca había estado involucrado en una búsqueda directa de ninguno de los Misterios, aunque sospechaba que una vez, hacía mucho tiempo, había estado demasiado cerca de uno.

Las fuentes perdidas eran uno de esos Misterios Furtivos, uno de los más buscados y deseados; su naturaleza era múltiple, multiplicándose en consonancia su poder de seducción: la fuente de la vida eterna, la fuente del amor verdadero, la fuente de la salud absoluta, la fuente del miedo y la plata, la fuente del crimen perfecto, la fuente de la canción interminable, la fuente de la última maravilla y la de la primera mentira, la fuente del suicida risueño... la del sueño leve y la que te convierte en mariposa, la de la maravilla constante y el recuerdo absoluto, la del beso volátil y la de la muerte atroz... Una fuente por cada deseo, una fuente por cada anhelo que, apenas imaginado, tomaba forma sin importar que éste fuera atroz o maravilloso, herético o divino.

Muchos habían intentado hallarlas y, a lo largo de los siglos, muchas expediciones habían partido en su busca con escasa fortuna. Los rumores aseguraban que los pocos que habían alcanzado el éxito en esa empresa, habían preferido guardarse para sí el

secreto de su localización exacta. Fuera como fuera, las fuentes perdidas seguían siendo uno de los secretos mejor guardados de los Misterios Furtivos. Y, ahora, un hombre de piedra acababa de revelarle que existía un mapa para llegar hasta ellas.

La sola mención de la existencia de ese mapa bastó para despertar sus ansias. Saboreó los nombres de las fuentes que conocía y a punto estuvo de frotarse las manos en la tenue oscuridad de la Sombra. Cuando Dhemian Milvidas habló del millón de dólares que recibiría por sus servicios apenas escuchaba. Eso había dejado de ser importante.

—No será necesario advertirte que este acuerdo es algo que debe quedar exclusivamente entre nosotros. Si por algún extraño motivo crees que debes compartirlo con alguien, será el último error que cometes en tu vida.

—Fascinante, ¿le queda alguna amenaza más por hacerme?

—Una última advertencia... —el hombre de roca echó la cabeza hacia atrás con el consiguiente chasquido. Cuando los ecos cesaron, volvió a hablar—. Nadie debe beber de las fuentes... Ni siquiera tú, Delano Gris, Recuérdalo... Puedes beber de la fuente de la vida eterna y recibir a cambio una eternidad llena de agonía. No nos pongas a prueba en eso.

—¿Y cómo voy a evitar que beban los demás?

—Ése es tu problema... Sabrás solventarlo con éxito, estoy seguro. La paga es lo bastante buena como para que pongas todo tu empeño en ello —una grieta plagada de afilados diamantes se curvó entre la piedra de su rostro. Delano supuso que Milvidas estaba sonriendo. Era como mirar la grieta sangrante de un precipicio—. ¿Estás de acuerdo con los términos de tu contrato? ¿Quieres discutir algo antes de abandonarnos?

—Quiero una cuarta parte del dinero por adelantado... —dijo—. Tengo una cuenta a mi nombre en el banco boreal de Samarkanda y anda escasa de ceros. Código 7539, Delano Gris. —Bajó del mostrador, los alfanjes negros se alzaron unos centímetros—. El resto a mi vuelta... ¿algún problema con ello?

—Ninguno. El ingreso se hará de forma inmediata, mercenario...

Delano suspiró. *Mercenario*. Entre otras muchas cosas, eso mismo le había llamado la extraña criatura que lo había abordado en la puerta de la cafetería, y él no había podido hacer otra cosa que darle la razón. Era un mercenario. En el estrambótico y alocado ecosistema del mundo oculto ése era el hueco que había escogido ocupar; había preferido definirse, huir de cualquier posible ambigüedad para que quedara terminantemente claro quién y qué era él: un mercenario dispuesto a todo por dinero. En ese espejismo lograba sobrevivir y medrar, con esa fachada, tan perfecta que a veces hasta él mismo se la creía, continuaba hacia delante, en marcha hacia su verdadera meta.

—De acuerdo entonces... —Delano caminó sin apresurarse hacia la puerta, sin

dar en ningún momento la espalda a la hermandad. No sólo comenzaba a notar la liberadora sensación de salir con bien de un apuro, sino que sentía también la vibrante emoción de un nuevo reto, lo que unido al hormigueo canalla de su estómago cuando daba una palabra que no pretendía cumplir, le acercaba a la felicidad más absoluta. ¿No beber de las fuentes perdidas? Si las encontraba se iba a zambullir de cabeza en la fuente de la eterna juventud, de eso estaba tan seguro como de que su verdadero nombre no era Delano. De pronto una sombra de duda se cernió sobre él—: ¿Y si contratan a otro guía? ¿Y si no se ponen en contacto conmigo? —preguntó a medio camino hacia la puerta.

—Lo harán, no te preocupes, Delano Gris... Lo harán —Dhemian Milvidas inclinó la cabeza hacia delante, y el crujido de sus huesos fue como el alarido triunfal de una bestia prehistórica. Sobre su lomo la joroba de piedra se estremeció cuando dedicó a Delano su sonrisa forjada de placas tectónicas antes de volver a hablar—: Y si tu mente alberga la idea de traicionarnos, deséchala. Donde quiera que vayas habrá ojos que no podrás ver y armas que no dejarán de apuntarte.

Delano usó la Casa Igual de Madrid para llegar hasta Helsinki; de allí se trasladó a Bolonia, donde caminó por las calles solitarias de una dormida Italia en dirección a la Casa Igual que se esconde cerca de la Plaza Mayor, a la sombra de la iglesia de SanPetronio. Den Pasar, en la isla Bali, y Nueva Dheli fueron, en ese orden —y en apenas una hora—, sus últimas escalas antes de llegar a la Igual de Tokio, con salida en el distrito de Nishi Shinjuku.

Con las Casas Iguales nunca terminabas de estar completamente en una ciudad y siempre permanecías en todas a la vez, viajando a través del caos de las horas locas, aceleradas, entre el día y la noche de miles de ciudades distintas que se convertían en una única y megalítica urbe de arquitecturas dispares.

Delano Gris llevaba toda la vida utilizando las Casas Iguales y le resultaban tan familiares y comunes como una simple puerta podía serlo para los ignorantes del misterio; para él, las Casas, no eran más que otro brillo en la caleidoscópica maravilla que conformaba el mundo oculto, otro acorde de la extraña sinfonía que se interpretaba entre las líneas de la realidad. El Arquitecto —pues simplemente así se conocía a su constructor— había aniquilado las distancias a golpe de arquitectura y magia. No se supo nunca cuándo lo hizo, ni llegó a averiguarse su verdadera identidad; todo ello quedó en secreto. Como únicos legados El Arquitecto dejó las Casas Iguales y una de las ciudades mágicas, la que tenía nombre de pecado capital —Soberbia—. Eso bastó y sobró para encumbrarlo y convertirlo en leyenda.

Todas las ciudades del mundo contaban, por lo menos, con una Casa Igual. Todas eran idénticas hasta en el menor de los detalles, hasta en el más insignificante adorno. En el cuarto de estar de todas ellas siempre había un cisne de porcelana con el cuello

quebrado; en el vestíbulo, una alfombra con diseños arábigos y una mancha oscura en una de sus esquinas; una diminuta grieta zigzagueaba en la pared de la cocina. Su aspecto exterior era modesto: una casita de dos plantas, rematada con un tejado a dos aguas desde donde espiaba una pequeña antena torcida. En la planta de abajo un pasillo separaba la cocina y la sala de estar de una habitación y un cuarto de baño; el corredor terminaba en una angosta escalera que subía al segundo piso, donde se podían encontrar una pequeña biblioteca, otro dormitorio, una habitación cerrada y un segundo cuarto de baño.

Nadie había sido capaz de leer entre líneas dentro de los muros de la casa y nadie se había atrevido —que se tuviera noticia— a entrar en su Sombra.

Había varias teorías que intentaban explicar la naturaleza de las casas. Una de ellas consideraba que sólo existía una Igual y que ésta se encontraba ubicada en miles de lugares a la vez. Otra teoría hablaba de nexos temporales, burbujas estáticas que se desplazaban en el espacio-tiempo constantemente. Una tercera las hermanaba con los lugares de paso y otra hablaba de agujeros de gusano que se enredaban y desenredaban en el mismo tejido de la realidad. Pero todas esas teorías no eran más que intentos fútiles de explicar lo inexplicable.

Los trayectos estaban marcados siguiendo una pauta caótica, azarosa; si entrabas en la Igual de Estocolmo salías a la Igual de Chicago; si entrabas de nuevo en la casa de Chicago aparecías en Lisboa. Podías acceder a cualquier punto del globo con un máximo de quince Iguales como puntos intermedios. Ése era el motivo por el que había ciudades que contaban con más de una Casa Igual: así se conseguía flexibilizar los recorridos aunque a cambio uno debiera desplazarse por métodos más ordinarios de Igual a Igual, un precio pequeño a pagar por las innumerables ventajas de contar con una red de teletransportadores repartida por toda la superficie del orbe.

Y como toda maravilla que se preciara contaba con un secreto: la habitación cerrada del segundo piso. Tras su puerta se podían escuchar extraños sonidos: susurros, voces apagadas, gemidos, y un ruido tintineante y levísimo como el eco lejano de un racimo de campanillas agitado por el viento. Nadie había intentado forzar la puerta. Nadie había tratado de buscar explicación a esa habitación cerrada y, según sospechaban muchos, habitada. Había cosas que era mejor no saber.

Era ya plena mañana en la capital japonesa. La gente poblaba las amplias avenidas del distrito empresarial y el fervor del trabajo, más tópico que real, flotaba en el aire. Los rascacielos se posaban como majestuosos delirios entre jardines y aceras, reflejándose unos sobre otros y creando distintas dimensiones y perspectivas a través del cristal y el metal, envueltos en un caos de reflejos que pugnaban por asentar su primacía sobre los demás.

La casa de Delano, al sur del parque Ueno, no sólo parecía un delirio nacido de las peores pesadillas de un arquitecto loco sino que, precisamente, eso es lo que era.

Su artífice y constructor, un alumno de Tadao Ando que había abandonado por completo la senda de su maestro, llevaba dos años en un psiquiátrico de Osaka, haciendo construcciones con palillos y garzas de papel maché. Había intentado combinar la arquitectura cubista con el clasicismo occidental y el clasicismo nipón, enloqueciendo en el intento, aunque no sin antes haber dejado dispersas por la capital japonesa más de media docena de muestras de su desquiciado talento, las cuales algún osado diario había llegado a tildar de *delitos visuales*. Delano Gris había adquirido uno de estos «delitos» hacía ya tres años. Lo hizo al principio como curiosidad —la casa era francamente extraña— y no con la idea de hacer de Tokio su residencia habitual, pero las circunstancias, en forma de exótica geisha de ojos azules, no habían tardado en asentarle en la capital japonesa. Hacía dos años que vivía en Tokio y, por algún motivo incomprensible, la ciudad le entusiasmaba. Tal vez fuera porque veía en ella un atisbo de las maravillas de otros mundos y realidades sin tener que abandonar la tierra para ello. Lo cual era un descanso.

Sofocó un bostezo y continuó esquivando gente por las calles. Los trenes bala zumbaban sobre sus vías como monstruos despavoridos. La gente caminaba por las aceras, cabizbaja y pensativa, como si estuvieran inmersas en un complicado diálogo interior y tuvieran en la punta de la lengua una palabra tan importante que, de encontrarla, cambiaría el curso de sus vidas. La ciudad entera vibraba; Tokio, como tantas otras ciudades semejantes, vivía desde hacía décadas atrapada en una eterna hora punta.

Delano Gris encendió un cigarrillo y siguió caminando a través de la multitud hasta que, recortándose contra el verdor del parque Ueno, vio aparecer la familiar silueta de su hogar. Se trataba de una construcción donde la línea recta y la escuadra habían sido perseguidas hasta desterrarlas por completo. Delano había comprobado que muchos de sus visitantes —y entre ellos había habido alguno cuya verdadera forma hubiera hecho vomitar a una persona medianamente sensible—, se sentían incómodos cuando contemplaban la casa por primera vez. No podía reprochárselo. La casa era sencillamente demencial. Daba la impresión de que algún tipo de tubérculo de cristal, metal y cemento había crecido por arte de magia sobre la acera y se había visto infectado por una epidemia de horribles hongos bulbosos de aluminio —las ventanas de los cuartos interiores—. A ese catálogo de incongruencias arquitectónicas, se podían añadir la terraza del segundo piso, que había sido habilitada como jardín y que estaba saeteada por mástiles fluorescentes, y la piscina circular de la terraza, rodeada por lo que en un principio había sido un segundo jardín, pero que, de manera paulatina y maléfica, se había ido transformando en una auténtica selva, hogar de una longeva y prolífica familia de pequeños mamíferos que Delano no había conseguido identificar aún. A todo lo anterior había que añadirle una serie de antenas y farolillos que caían en espiral por toda la fachada de la casa. Una

mano de pintura púrpura completaba el conjunto. Delano sonrió con cierta malicia. Le había costado mucho tiempo y mucha paciencia quitar a los niños del vecindario la costumbre de ir allí a tirar piedras.

Encontró a Kaori trasteando en la cocina ovalada. Cuando lo oyó entrar dejó caer sobre la encimera el puchero que tenía entre sus manos y se dio la vuelta con violencia. Delano tuvo que agacharse para esquivar el plato que volaba hacia su cabeza y que se estrelló contra la pared, rompiéndose en pedazos.

—¿Dónde diablos estabas? —Kaori tenía los ojos enrojecidos. Delano lo atribuyó al enfado. No era una mujer propensa al llanto, pero sí demasiado aficionada a las escenas melodramáticas, como bien demostraban las esquirlas de porcelana repartidas por el embaldosado de la cocina. En ese aspecto tenía más de europea que de japonesa, un legado de sus muchos años pasados en París como diseñadora de interiores.

—Me desperté de madrugada y decidí dar un paseo... —contestó él, pasándose una mano por el pelo y tratando de componer una sonrisa de culpabilidad y disculpa—. Vaya. No esperaba que te preocuparas tanto... Si lo hubiera sabido te habría dejado una nota.

—¿Que no me preocupara? ¿Que no me preocupara? ¿En qué estás pensando, hombre del demonio? —le arrojó el trapo que llevaba en el hombro. Delano lo atrapó en el aire y lo miró, aturdido. Era un trapo horrible, estampado con rechonchos jarros de miel perseguidos por rollizos abejorros; ¿cuándo había llegado esa aberración a su cocina?—. ¡Creía que te habías ido! ¡Cómo la última vez! —gritaba ella.

La última vez que Delano había salido a dar un paseo había regresado dos semanas después, con un collarín, amnesia parcial y una enorme cicatriz de arma blanca en el pecho. Durante su corto paseo se había encontrado con gente a la que hacía tiempo que trataba de esquivar.

—Vaya...

—¡No digas nada!

—Si no he...

—¡Cállate! —se retiró el pelo que había caído sobre su cara y punteó el aire con el dedo índice—. ¡Estoy harta de tus secretos y misterios! ¡Estoy harta de que ni siquiera te despidas cuando te marchas! ¡Sólo te pido un poco de responsabilidad! ¿Es mucho pedir acaso?

Delano se la quedó mirando hasta que tuvo la certeza de que se había calmado. Leyó entre líneas que su arrebató se debía más a que sus sentimientos hacia él se estaban apagando, que a su supuesta irresponsabilidad. Se sintió liberado de pronto. Era incapaz de romper una relación por sí mismo y las circunstancias señalaban que el momento de la separación estaba al llegar. Como muchas otras veces, dejaría que recayera sobre el otro el peso de la ruptura. Era extraño, tan extraño como la selva en

la que se había transformado el jardín de la azotea o como el horrible trapo que ahora contemplaba entre sus manos. Parecía como si no fuera capaz de mantener el control de su entorno, como si la cotidianidad se rebelase contra él a la menor oportunidad. Tal vez por eso se sentía incapaz de llevar las riendas de una vida normal. A veces tenía la impresión de que la realidad cercana no lo apreciaba en lo más mínimo.

—No te preocupes. La próxima vez que me vaya me despediré... —se acercó a ella e intentó rodearla con el trapo de cocina, pero Kaori se escabulló y le amenazó con un tenedor de aspecto imponente.

—No tengo ganas de juegos. Vete de mi cocina, diablo. Quiero prepararla comida y limpiar este desastre. Ya hablaremos. No creas que esto va a quedar así.

Nunca la había encontrado tan hermosa. Sus rasgados ojos azules centelleaban en su pálida tez, débilmente sonrosada por el enfado; sus labios tenían apenas un toque de carmín y su pelo negro, alborotado, le hizo suspirar. *Bueno, pensó, es mejor irse cuando aún sigues enamorado, así sientes la pérdida en lo que vale.*

Delano levantó las manos en señal de rendición y salió de la cocina, bostezando. Se había pasado buena parte de la noche en vela y su cuerpo reclamaba, a gritos, el descanso perdido. Por enésima vez, pensó que había nacido para languidecer en un sofá, no para llevar la vida que llevaba. No había nacido para más aventuras que las que le pudieran deparar la literatura y el cine y, en cambio, se dedicaba a corretear en pos de fortuna y gloria. La vida era en verdad demasiado confusa como para tratar de racionalizarla.

Una vez en la habitación, encendió su portátil y comprobó que la hermandad ya había procedido al primer pago, tal y como habían prometido. Apagó el ordenador y lo dejó sobre una silla junto a la cama antes de desvestirse hasta quedar en calzoncillos —estampados con diferentes rostros de personajes de la Disney. No recordaba si habían sido un regalo, un capricho o una maldición que ya había olvidado—. Se rascó la cabeza y bostezó, dejándose caer sobre la cama.

Una cruzada apóstata... Una expedición en busca de uno de los Misterios Furtivos más codiciados del mundo oculto. Pero no debía dejarse cegar por la extraordinaria naturaleza de aquello. Había sido contratado bajo presión y si eso no era un mal comienzo y un fatal augurio no sabía qué podía serlo. Le habían tratado como muchos pensaban que era el modo adecuado de tratar con mercenarios: con dureza, frialdad y sin el menor respeto. ¿Y cuál era en definitiva la tarea que le habían encomendado? Una misión propia del mercenario sin escrúpulos que muchos asumían que era: infiltrarse en el grupo que buscaba las fuentes y, llegado el momento, traicionarlos. Lo más sensato sería olvidarse por completo del asunto, poner tierra de por medio y tratar de despistar a la hermandad de Dhemian Milvidas. Eso sería lo más sensato, sí... Pero se trataba de una cruzada apóstata, y la sensatez poco o nada tenía que ver con ellas; no buscaban un tesoro cualquiera y a la vez los

buscaban todos, porque ésa era la esencia de las fuentes perdidas: un compendio de todo lo que una vez había deseado la humanidad. Y la posibilidad de dar con ellas, aunque fuera remota, bastaba para adormecer su conciencia —ya de por sí bastante predispuesta a la somnolencia—. Se infiltraría en ese grupo como era el deseo de la hermandad, pero ¿accedería a jugar el juego propuesto por el hombre de piedra o iría alterando las reglas a medida que la partida se desarrollara? Suspiró. De nada servía hacer cábalas ahora, cuando la información de la que disponía era tan escasa.

Bostezó de nuevo y, cuando estaba todavía a medio envolver entre las sábanas perfumadas, se quedó dormido. Los dilemas morales solían darle sueño.

El sueño que irrumpió en su sueño podía ser suyo o bien no serlo. Había estado soñando que era una palabra perseguida por una rima interna particularmente horrenda; en su huida se había deslizado por cientos de párrafos de un libro sin título, tratando de esquivarla; pero la rima interna siempre se le adelantaba, implacable, buscando atraparlo entre sus mandíbulas asonantes para despojarlo de todo significado, reducirlo a meros caracteres desnudos y convertirlo en una cáscara vacía sin sentido.

Cuando sus vías de escape se iban esfumando, el sueño se rompió en pedazos. Una lluvia irreal salpicó de torpes resonancias su subconsciente y Delano se encontró de pie en el centro de un cementerio de película de terror de serie B. Cientos de lápidas sucias y torcidas lo rodeaban, asomando sus hocicos de mármol sobre el mar de niebla esmeralda que se derramaba, reptileo, sobre la misma tierra que lo invocaba. Las gibosas siluetas de los mausoleos y panteones se alzaban entre los setos y los cipreses, hoscas vigilantes de la necrópolis. Todo tenía un aire precario, recién construido, apenas real. Delano tuvo la impresión de estar en el centro de un decorado mal montado. Acarició el tronco del árbol más próximo y sintió en la yema de los dedos la suavidad del plástico, no la seca rugosidad de la madera. Hacía un frío terrible; del cielo gris cemento caía una lluvia pegajosa, salivazos de puro hielo. Miró a izquierda y derecha y sólo vio tumbas y panteones envueltos en aquella fantasmal miasma verde. De pronto comenzó a hundirse en el piso embarrado. La tierra tiraba de él, con ansia, con rabia, como si pretendiera devorarlo. Amagó un paso y al instante el suelo recobró su consistencia, lo liberó y le dejó avanzar. El sueño no quería que Delano permaneciera inmóvil. Se obligó a caminar, chapoteando entre tumbas, barro y niebla; avanzando a trancas y barrancas en un cementerio barrido por la lluvia ácida. Si se detenía aunque sólo fuera un segundo la tierra se reblandecía bajo sus pies, dispuesta a succionarlo de nuevo. En algún punto perdido en la oscuridad algo aulló y gimió durante largo rato. Escuchó un lejano arrastrar de cadenas y apenas pudo contener un grito. *Cadenas no, se dijo, cualquier cosa menos cadenas, por favor...*

Después de mucho caminar encontró la estatua de la sirena. Estaba en el centro de una hondonada en la que raleaban las tumbas pero donde la niebla se hacía más densa, más real dentro de la irrealidad del sueño. Se trataba de una sirena esquelética labrada en mármol gris que se levantaba sobre la gran cola de pez que le servía de pedestal. La sirena sostenía entre sus manos alzadas una enorme copa de la que bullía un líquido aceitunado que no llegaba a derramarse. ¿Era hasta ahí donde había querido traerle el sueño? ¿Hasta la estatua de una sirena?

Se detuvo a unos metros de la estatua, temiendo que el terreno que pisaba volviera a perder consistencia y tratara de aspirarlo otra vez. Pero ocurrió justo lo contrario, el suelo enlodado corcoveó como una montura desatada y lo arrojó hacia delante, envuelto en sargazos de niebla verde y lógamo. Delano aleteó en el aire y sólo el apoyo de una lápida evitó que cayera. Se aferró con fuerza a la cruz de piedra mientras el mundo a su alrededor enloquecía. Bajó la vista y contuvo un nuevo grito al ver cómo docenas de brazos muertos pugnaban por salir del lodo, brazos descarnados y corruptos que se rasgaban unos a otros en su frenética búsqueda de la libertad, regando de putrefacción el terreno embarrado que los aprisionaba. En el cementerio, bajo la tormenta ardiente, los muertos se levantaban. Un sin fin de rostros descompuestos se abrían camino entre la niebla, rostros recién enterrados que aún guardaban un débil hálito de vida entre los pedazos de tierra oscura, hueso blanco y gusanos que eran sus facciones. Las manos de los muertos, convertidas en garras, trataron de atraparlo, pero él, con la agilidad propia de los sueños, los esquivó en una suerte de confusas piruetas que lo llevaron al pie de la sirena. Un olor denso y pegajoso se extendía en el cementerio. La lluvia dejó de ser lluvia para trasmutarse en un aterrador granizo orgánico. Nubes de carne picada. Un matadero en los cielos — en Tokio, en la seguridad de su cama, el cuerpo de Delano sufrió la primera arcada y un hilillo de vómito bajó de sus labios hasta la almohada—. Los monstruos recibieron con bocados hambrientos el horrendo maná que se vertía desde el cielo de cemento y danzaron de alegría, uniendo su propia carne a la carne de la tormenta. Delano —en el sueño— retrocedió un paso, pegando aún más su espalda contra la estatua.

Dejó de llover. Cientos de cuencas vacías se giraron al unísono hacia él. De pronto, en la caótica lógica de los sueños, una copa —gemela a la que portaba la estatua— apareció en las manos de cada uno de los cadáveres revividos. Todos la alzaron en silenciosa ofrenda hacia Delano. Las mandíbulas descarnadas se abrieron suplicantes mientras le ofrecían sus copas. En cada una de ellas bullían e hipaban formas oscuras.

Delano soltó una maldición y trepó a la estatua. No contaba con más armas que sus manos ni con más fuerza que la voz interna que le repetía una y otra vez «*es un sueño, es un sueño*». Se aferró a la estatua, apoyó un pie en la cintura de mármol y se aupó, ayudándose de los senos fríos de la sirena. Los muertos lo rodearon.

En ese mismo momento el rostro de la sirena de piedra giró treinta grados en su dirección. Por vez primera Delano notó la respiración de la estatua bajo su cuerpo, la respiración lenta y trabajosa de algo que no está preparado para respirar. Se quedó inmóvil, aterrado, incapaz de decidirse entre el horror de los cadáveres y sus copas sedientas o el pavoroso engendro que había confundido con una estatua.

Cuando abrió la boca para desatar un grito, la sirena se movió a velocidad de vértigo y hundió su propio cáliz en el grito de Delano, destrozando labios y dientes con el filo de piedra, obligándole a beber con tal violencia que la sangre de su boca y el pútrido líquido que se vertía en ella se convirtieron en uno. El licor y la agonía ardían en su garganta y, aunque luchaba con todas sus fuerzas, la cosa le obligó a apurar la copa hasta las heces antes de aflojar su abrazo.

... y su grito naufragó en la náusea, y con la náusea y el grito...

Despertó.

Se sentó en la cama, abrazándose y meciéndose a un ritmo suave, constante, respirando muy despacio. Todavía recordaba el olor y el sabor putrefacto de aquello que la maldita sirena le había obligado a beber. Tragó saliva y bilis y de un empujón apartó las sábanas revueltas, haciéndolas caer al suelo. La boca le hedía a vomito y tenía los ojos llorosos. Palmeó sobre la semilla y atrapó una cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas, incapaz de sosegar, dejando caer la ceniza al suelo. Odiaba soñar. Si pudiera anular para siempre la absurda necesidad del subconsciente de caer en el delirio cada vez que la mente se relajaba, si fuera capaz de extirpar de su cerebro hasta el menor vestigio de la maquinaria que ponía en marcha los sueños, lo haría sin dudar ni un instante.

Miró de soslayo al reloj en su mesilla; eran las cuatro de la tarde. Bajó de la cama y se encaminó hacia el pasillo, ¿espacio. El sueño lo había alterado más de lo que estaba dispuesto a reconocer, había algo extraño en él, no pertenecía a la amplia nómina de sus pesadillas recurrentes y además tenía la vivida sensación de que no se trataba de algo natural. Ese sueño había venido de fuera.

—¿Kaori? —necesitaba escuchar una voz querida, alguien que le consolara y le dijera que todo marchaba bien, que no había nada equivocado en su mundo, que los muertos no se iban a levantar para atormentarlo y que las estatuas sólo cobraban vida en los sueños. Pero ella no estaba en casa. Encontró una nota en la nevera, sujeta con un imán en forma de plátano. La letra, inclinada y estirada, era la de Kaori: había salido a pasar la tarde con sus amigas; la comida, por si le interesaba saberlo, estaba en el horno. Abrió la nevera y sacó una cerveza. La apuró en dos tragos, dejó caer el cigarrillo en el interior del botellín y, aturdido aún, se dirigió hacia el cuarto de baño.

No había voz querida que lo anclara a la realidad, pero una ducha tal vez lograra arrancar los posos que la pesadilla había dejado en su mente, como resacas de

piel muerta. Hizo equilibrios con el grifo del agua caliente y el del agua fría hasta lograr una temperatura ideal y entró en la bañera. Inmóvil bajo la ducha, aislado por la leve cortina de agua, se sintió con ánimos para pensar.

El sueño era un aviso; no sabía cuál era su procedencia pero su naturaleza estaba clara: era una advertencia. ¿De quién? Eso era lo que le intrigaba. Ya había sido amenazado por la hermandad y todavía no conocía al grupo al que debía unirse. *Espera acontecimientos*, se repitió bajo la ducha, *todavía no tienes la perspectiva completa, no te precipites y espera*. Alzó la cabeza hacía el chorro de agua que salía de la ducha y lo recibió de pleno, agradecido.

—Las fuentes perdidas... —No importaba cuántas veces lo repitiera, siempre seguía sonando igual de bien. Si existía en verdad un mapa y conseguía poner sus manos sobre él... Todos sus deseos se verían cumplidos. Eran deseos pequeños al fin y al cabo, nada que no se pudiera conseguir con unos pequeños sorbitos en las fuentes adecuadas: amor, salud, dinero y tiempo para gastarlo. *¿No necesitaba nada más? ¿Nada más? ¿No más deseos? ¿No?* Cerró los ojos y apretó los dientes. El agua resbalaba por su cuerpo desnudo. Sus músculos se tensaron. *¿Cuál es tu mayor deseo, Delano Gris? ¿Qué ansias cada vez que despiertas a un nuevo día? ¿Fortuna y gloria? ¿O venganza? ¿No es eso lo que buscas? ¿No sacrificarías todo lo que posees y puedes llegar a poseer por alcanzarla? ¿No lo harías?*

Delano Gris abrió los ojos bajo el chorro de agua. Su mirada se había vidriado de pronto.

Sí, claro que sí, ésa era su meta y su único amor: la venganza. Ésa era la fría dama que anhelaba, caprichosa y soberbia. Sí, había aprendido a conocerla bien. La venganza que él buscaba no se dejaba cortejar por miserables, la venganza que él buscaba sólo caía en brazos de los poderosos, y Delano todavía era menos que nada para ella. Pero si encontraba las fuentes perdidas...

Encendió su portátil, sentado sobre la cama deshecha, todavía empapado por la ducha. Entró en modo red y su buscador personal apareció en pantalla al momento. Se trataba de Mortimer, un pequeño diablo. Arrastraba su cola con laxitud y alzaba la vista de cuando en cuando como si pudiera verlo, cosa que Delano no estaba seguro de que no sucediera. Llevaba un tenedor plateado que le hacía las veces de tridente.

—Buenas tardes, Morti.

—Buenas tardes, alto señor del pelo gris. ¿En qué puedo servirle?

—Hermandad de la Piedra y el Filo. Todas las entradas en cualquier idioma.

El diablillo volteó su tenedor y lo clavó en el suelo ficticio por el que caminaba. Miró por la grieta que él mismo había creado, inspeccionando lo que pudiera haber debajo. Al cabo de un segundo, levantó la vista y habló con su voz de ratón de dibujos animados:

—No hay ninguna, señor.

—¿Estás seguro?

—¡Me ofende, señor! Ni en Internet ni en la red del sistema. Lo más parecido que he encontrado es una hermandad de amigos de la Hiedra y el Tilo; no hay nada más, ¿quiere que cargue su página?

—Ni se te ocurra. Prueba con Dhemian Milvidas, haz el favor.

El diablillo resopló y repitió la operación con el tenedor.

—Nada de nada —señaló.

—Fascinante...

Golpeó con la yema del dedo la pantalla de cristal líquido. Juguetó con la idea de recurrir al Oráculo, pero el número de visitas a las que tenía acceso eran limitadas y no quería desperdiciar ni una de ellas.

—Búscame a Michael, a Mordekay o a Sandra por la red. Si no están conectados mándales el siguiente mensaje: «¿Qué tal, colega? Estoy metido en un pequeño embrollo y necesito tu ayuda. ¿Sabes algo de un grupo conocido como hermandad de la Piedra y el Filo? Es urgente, de veras, muy urgente. Mándame toda la información de la que dispongas. Te debo una.»

—¿Eso es todo?

—Lo es —lo pensó mejor—. No, espera, en el mensaje de Sandra añade la palabra «cena» al final de la última frase.

El diablo suspiró y volvió a mirar por la grieta, negó con la cabeza y lanzó a través de ella tres sobres pulcramente enrollados en el interior de tres botellas de vidrio.

—Mensajes lanzados con éxito.

—Gracias, Mortimer. Utiliza tu tiempo fuera de conexión para indagar por la red del sistema. Cuélate en todo lo que te huelga a secta y busca referencias sobre la hermandad. Mírame también todas las entradas que encuentres sobre las fuentes perdidas y hazme un resumen —el diablillo había hecho desaparecer el tridente y en su lugar había aparecido una libreta en la que garrapateaba, a toda velocidad, los encargos de Delano—. Eso es todo por ahora. Puedes retirarte...

Desconectó el buscador.

En la esquina superior derecha de la pantalla parpadeaba un sobre lacrado. Correo electrónico en espera, pero no correo normal. El lacre de color rojo oscuro en el icono del sobre lo identificaba como procedente de una red que nada tenía que ver con Internet. Llegaba desde la red principal del sistema. Mientras buscaba información sobre Milvidas y su hermandad alguien lo había encontrado a él. Un escalofrío premonitorio recorrió su espalda.

—Vaya... ¿Buscáis un guía para las tinieblas entre los mundos? —preguntó mientras abría el archivo de texto—. ¿Buscáis, acaso, las fuentes perdidas?

Delano leyó despacio el correo, entrecerrando los ojos a medida que avanzaba en su lectura. Milvidas había tenido razón: Delano no tenía de qué preocuparse; el grupo que buscaba las fuentes perdidas iba a entablar contacto. Ya lo habían hecho. Y la cita estaba dispuesta.

Estimado Delano Gris:

Nos ponemos en comunicación con usted para ofrecerle el que tal vez sea el trabajo más gratificante y provechoso de toda su carrera. Y no estamos hablando sólo en términos económicos. Le rogamos que disculpe nuestra parquedad, pero este asunto es algo que preferimos tratar cara a cara con usted. Estaremos hasta el viernes en Copenhague, esperaremos su visita hasta entonces. Tenemos costumbre de visitar a *La sirenita* en el paseo marítimo Lange Linie todos las noches en torno a las ocho.

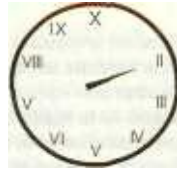
Nos reconocerá con facilidad, somos un grupo ciertamente pintoresco.

Delano apagó el portátil y se mordió el labio inferior.

El ocaso del lunes cayó sobre las calles de Tokio a través del mar de nubes que las lentas rachas de viento se llevaban hacia el oeste, con la infinita paciencia de quien lo sabe todo escrito.

En algún lugar cercano a la casa, un gato salvaje maulló durante largo rato, retando a su reflejo, retando al mundo, retando a sirenas muertas y a sueños.

Un grupo ciertamente pintoresco
Mapas desplegados
Visitas y viajes
Delfos



Las respuestas a sus mensajes llegaron durante la tarde del martes y la mañana del miércoles: ni uno solo de sus camaradas había oído hablar nunca de semejante hermandad; le aconsejaban precaución y mostraban cierta curiosidad sobre sus nuevas andanzas. Delano mandó una breve nota de agradecimiento a todos, prometiendo mantenerlos al corriente de los acontecimientos, cosa que, por supuesto, no tenía la menor intención de hacer.

Kaori lo observaba, con los brazos cruzados bajo el pecho, mientras él preparaba su equipaje, que consistía en una mochila verde —capacidad treinta y cinco litros— y una Bolsa Coherente, lo que a primera vista daba la impresión de ser un saco de dormir de cuero negro—. Cerró el portátil y lo guardó entre dos toallas en la bolsa, luego eligió ropa cómoda y un traje de etiqueta azul oscuro —nunca se sabía lo que se iba a encontrar—, las suficientes mudas de ropa interior para una larga temporada, dos pares de zapatillas, dos de botas y un par de zapatos negros, nueve pares de calcetines —siete blancos y dos negros para combinar con los zapatos y el traje—, su camiseta negra talismán —tan raída y avejentada que apenas debía quedar suerte entretejida en ella—, un saco de dormir pulcramente doblado dentro de su funda, un atlas de los lugares de paso, un botiquín, una navaja multiuso, unos prismáticos de largo alcance, un pequeño neceser que contenía agujas de distintos tamaños, ovillos de hilo, unas tijeras, un lima, una caja de preservativos, un peine, un cepillo de dientes, una brocha y una maquinilla de afeitar con varias cuchillas de repuesto.

Se detuvo y miró a Kaori, inmóvil junto a la puerta.

—¿Me puedes alcanzar la cantimplora, por favor? —pidió.

Kaori tomó la cantimplora de la cómoda y la arrojó sobre la cama. Delano Gris la enganchó a la mochila sin dejar de mirar a la mujer.

—Esto no tiene porque acabar así —dijo tragando saliva para deshacer el nudo de amargura que se le había quedado atravesado en la garganta. Se sintió terriblemente miserable cuando el nudo se deshizo con más facilidad de la que había esperado.

—No, no tiene, pero acaba así —le replicó ella—. No hay más vuelta de hoja, Delano. Hemos tenido nuestro tiempo. La cosa funcionó hasta que dejó de hacerlo... no lo hagamos más difícil.

Sacudió la cabeza, apesadumbrado, y continuó con su tarea, de forma mecánica, sabiendo siempre lo que hacía pero sin prestar demasiada atención a sus acciones; su cuerpo podía estar preparando el equipaje, pero la mayor parte de su mente parecía estar ya rumbo a Copenhague. Abrió el armario, sacó un subfusil —un clásico Uzi nueve milímetros—, una pistola —una Sig Sauer plateada— y una docena de cargadores para uno y para otra que fue acomodando en los compartimientos laterales de la mochila y en el interior de la bolsa. Kaori una vez le había preguntado, muy seria, si se dedicaba al tráfico de armas. Él se había encogido de hombros antes de contestar que le gustaba sentirse protegido y que, además, tenía la teoría de que todas

las armas que tuviera en su poder serían armas que difícilmente podrían tenerlo a él como blanco.

Kaori seguía todos sus movimientos con expresión adusta y seria pero, por raro que pareciera, Delano no notaba el menor atisbo de tensión en el ambiente. Ella tenía razón: las cosas debían resolverse así, sin discusiones, simplemente porque ya era hora de ponerle punto y final. La comedia del día a día llegaba a su fin.

—Quiero que te quedes con la casa —anunció de pronto. No lo había pensado hasta ese instante, pero le pareció buena idea.

—¡Delano! —exclamó ella.

—Y no acepto un no por respuesta —le advirtió. —No te preocupes, tengo otra casa en Tokio, es menos extravagante que ésta pero me acostumbraré...

—Es demasiado, no puedo, Delano. No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes y lo harás si eres lista. Y yo sé que lo eres. —«*Me estás dejando*» estuvo a punto de añadir.

Cogió una toalla de uno de los cajones y la extendió sobre la cama, colocó sobre ella varios fajos de billetes de distintas nacionalidades, dos bolsas de polvo de oro y el subfusil. Enrolló de nuevo la toalla y la metió en la Bolsa Coherente, dejando sitio para un rollo de cuerda de veinte metros y una linterna. Cerró la cremallera y la bolsa desapareció, trasladándose a una Sombra hasta que fuera llamada de regreso. Nada más escuchar el gemido de asombro de Kaori, cayó en la cuenta de que era la primera vez que usaba un objeto *poco convencional* ante ella. Estaba tan ensimismado con la idea de partir en busca de las fuentes —y tratando a la par de descubrir si se sentía en verdad apenado por el fin de su relación— que había cometido un error imperdonable. Kaori miraba hacia el lugar donde hasta un segundo antes se había encontrado la bolsa, incrédula.

Estuvo tentado de mentir, pero la realidad ya era de por sí demasiado extravagante como para estropearlo más.

—Se ha movido —intentó explicar—. Está... uh... en otra fase de la realidad. Puedo llamarla en cuanto la necesite. Es una Bolsa Coherente, es muy útil para llevar cualquier cosa sin tener que cargar con ella. Si sólo tengo una es porque las propias bolsas impiden que estés enlazado con más al mismo tiempo... —Se guardó la pistola en la cartuchera del cinto, no sin antes comprobar que estuviera cargada—: No hace mucho me han definido como aventurero y mercenario, entre otros adjetivos menos agradables. Es una definición bastante acertada: la gente requiere mis servicios para todo tipo de empresas, algunas rozan lo imposible, otras..., bueno, van un par de kilómetros más allá... Ahora mismo me van a proponer participar en una expedición en busca de la fuente de la eterna juventud...

—Esto es de locos...

—Por eso no te contaba nada de mi extraña vida. —Píldoras purificadoras para

cincuenta litros de agua, dos bengalas de emergencia, un amuleto contra hechizos suaves, varios talismanes, sus últimas tres pastillas para visitar Delfos, cerillas impermeables, un diminuto GPS y la maravillosa píldora que llegado el momento le libraría de los inconvenientes de la falta de nicotina en su organismo, todo bien dispuesto en los distintos compartimentos del cinto.

—Esto es de locos... —repitió Kaori.

En su rostro y su postura, Delano leyó la turbación y el desconcierto que su explicación suscitaba. La miró por el rabillo del ojo, mientras terminaba de preparar el equipaje. Era muy probable que sus defensas mentales borrarán lo que había visto y lo que él le había contando. Tal vez fuera lo mejor. Estaba seguro de que Kaori se las podría apañar perfectamente en el mundo oculto, pero si algo malo le sucedía —y allí sucedían *accidentes* a una velocidad de vértigo— nunca podría olvidar que había sido él quien le había ayudado a traspasar el velo.

—He sido bastante superficial en la explicación. Como se suele decir: hay cosas que es mejor no saber. —Miró en derredor y se rascó la cabeza—. Mierda... no sé si me olvido algo. —Se puso su cazadora gris y se echó la mochila al hombro; la cazadora ocultaba de miradas indiscretas la pistola enfundada—. ¡Vale! No importa... si algo falta ya me lo compraré por ahí. Bien, Kaori, esto es más parecido a un adiós que a un hasta luego. Tenías razón. Fue bonito mientras duró...

Se acercó a ella, la besó en la mejilla y la dejó perpleja y aturdida en la puerta del dormitorio mientras salía, silbando una cancioncilla para informar a los espíritus protectores de la casa globular que tenían una nueva dueña.

Dos horas y media después, Delano se encontró bajo el cielo de Copenhague. La ciudad desprendía un intenso aroma a mar y a escarcha. Aspiró con fuerza mientras bajaba las escaleras de la Casa Igual. Hacía frío, pero de manera desconcertante era un frío tibio, casi cálido. Tenía tiempo hasta que llegara la hora de la cita, así que se entretuvo deambulando por la capital danesa. El cielo era una pátina azul surcada por nubes leves, casi translúcidas. Paseó junto a los canales y contempló, con cierto bochorno visual, las fachadas de las casas, pintadas todas ellas de vivos colores. Después de un rápido refrigerio en una terraza se perdió a propósito por los jardines Tívoli, boquiabierto entre las piscinas, las magníficas edificaciones y los distintos puestos que salpicaban y llenaban de agitación los parques. Más tarde se acercó hasta la plaza del ayuntamiento y se detuvo a comer un perrito caliente en un tenderete, mientras contemplaba el edificio neorrenacentista que era santo y seña de la plaza. Las Casas Iguales podían haber transformado todas las ciudades del mundo en simples barriadas de una única y gigantesca megalópolis, pero se trataba sin duda de barriadas milagrosas, con una personalidad propia más allá de toda duda y

explicación.

Sacó una foto a una pareja de francesas con la estatua de cobre del obispo y general Absalón, el fundador de la fortificación que más tarde se convertiría en Copenhague, como fondo; comió un nuevo perrito, más por gula que por verdadero apetito, y, cuando el carillón de la alta torre proclamó las ocho con sorda estridencia, ya caminaba por el paseo marítimo Lange Linie, donde se encontraba la sirena de bronce emblema de la ciudad. Un crepúsculo tímido, arrebolado en tonos rojos y malvas, lo acompañó durante todo el camino.

No tuvo problemas en descubrirlos: eran cinco, tres hombres y una mujer castaña con un niño de corta edad en brazos. Ciertamente era un grupo pintoresco. La gente que deambulaba por el paseo procuraba evitarlos. Estaban al borde del jardín que descendía en cuesta hacia el cinturón de rocas de la costa, admirando *La sirenita* que Edward Erikson había esculpido en honor de Hans Christian Andersen; más allá se recortaban contra el crepúsculo los veleros y yates que aquel día se daban cita sobre las aguas del Báltico. Intentó leer entre líneas en el grupo, pero, como parecía ser la norma en los últimos días, se encontraban protegidos contra la lectura. Captó, eso sí, un retazo de información en el niño en brazos de la mujer: el niño no era tal, se trataba de una apariencia falsa. Le faltaban unos metros para llegar hasta ellos cuando el hombre más alto y corpulento del grupo se giró de repente hacia él, como si hubiera intuido su presencia. Sonrió y llamó la atención a sus compañeros con un «Ya está aquí» que Delano alcanzó a leer en sus labios. Luego echó a andar en su dirección, a paso vivo, mientras el resto del grupo aguardaba al borde del paseo. La mujer comentó algo y soltó una carcajada.

El hombre era enorme y destilaba violencia en cada uno de sus movimientos. Sus músculos se tensaban y distendían a cada paso que daba, marcándose en la ceñida camisola de terciopelo oscuro que, junto a unos pantalones negros y unas botas del mismo color, completaba su atuendo. Sus ojos, grandes y castaños, eran el único remanso de paz en un cuerpo siempre tenso. Llevaba el pelo moreno rapado casi al cero y una leve barba poblaba su rostro rectangular; en su oreja izquierda brillaba un pendiente dorado con forma de *ankh*, la cruz de los egipcios, símbolo de vida. Su mano derecha estaba cubierta por un guante negro mientras que la izquierda aparecía desnuda. Delano recordó la sólida mole de Milvidas y pensó que un combate entre ambos sería algo digno de ver. Cuando lo tuvo a su lado, alcanzó a oler su perfume, breve a la par que intenso.

—¿Delano Gris? —su voz era ronca y dura. Una voz en consonancia con el cuerpo del que surgía.

—El mismo... —su pelo gris ratón le hacía fácilmente reconocible—. ¿Y usted es...?

—Alan Rigaud —le tendió su mano derecha, inmensa y enguantada, y Delano la tomó. El saludo fue como su perfume: corto en el tiempo pero perdurable en la memoria—. Asesor fiscal y, como usted, aventurero ocasional —continuó—. Soy el hombre que desea contratarlo. Y, por lo que veo —señaló la mochila a la espalda de Delano—, no me lo va a poner muy difícil.

—Eso depende de lo que me vaya a ofrecer. Siempre llevo mi mochila a cuestas. Así me da la sensación de estar yendo hacia alguna parte. Viajero en vez de habitante... no sé si me entiende... Además me gusta sentir su peso en mi espalda. Me da seguridad... —sonrió nervioso, con la sensación de estar hablando demasiado.

—¿Es mágica?

—Para nada. Es verde y amplia. Todo lo que le pido a una mochila.

Rigaud sonrió y asintió con suavidad, como si hubiera comprobado por sí mismo algo que le hubieran insinuado.

—Me han hablado muy bien de usted, Delano... Y también me han prevenido sobre su excentricidad... —apuntó, mientras sus ojos castaños lo examinaban con sumo interés, como si esa excentricidad que acababa de mencionar fuera visible en su rostro como una verruga o una marca de nacimiento.

Delano enarcó una ceja. No sabía a ciencia cierta de qué estaba hablando Rigaud, y así se lo hizo saber.

—Espero no haberle ofendido —se apresuró a decir el inmenso hombretón—. Los comentarios que he oído sobre usted son halagadores, es verdad. Su índice de éxitos es admirable, pero como le he dicho, también he sido advertido sobre ciertos comportamientos suyos que se salen de lo habitual. Cierta, llamémosla, mentalidad dispersa.

—¿Mentalidad dispersa? Vaya, me han llamado muchas cosas pero ésa es nueva. —Sonrió, no quería dar la impresión de estar ofendido, ni él mismo estaba muy seguro de estarlo—. No, no suelo actuar conforme a la norma, si a eso se refiere, tal vez ése sea uno de los motivos de mi índice de éxitos —y *de buena parte de mis fracasos*, pensó para sí—. Ser excéntrico me ha salvado la vida en más de una ocasión...

—Espero que su vida no corra ningún peligro si acepta finalmente unirse a nosotros. Eso significaría un viaje tranquilo y apacible. ¿No cree?

Delano soltó una carcajada.

—Si esperara un viaje tranquilo y apacible no me hubieran llamado —comentó—. No valgo para guía turístico... Sea lo que sea, lo que tiene en mente es peligroso.

—Sí... Está en lo cierto —corroboró Rigaud ofreciéndole su enésima sonrisa. Delano pensó que aquel hombre sonreía demasiado. Además había algo extraño en su gesto, cierta artificialidad, enarbolaba sus sonrisas con la misma profesionalidad con la que un cirujano maneja su bisturí.

—Y ya que estamos hablando de ello —dijo Delano—. Éste puede ser un buen momento para que me desvele cuál es ese asunto que tanto provecho me puede traer.

La sonrisa de Rigaud se hizo más amplia, luego, guardando el medido silencio que precede a las grandes revelaciones, dijo:

—Necesitamos su ayuda y su guía, Delano Gris... —le miró a los ojos esperando, tal vez, una reacción a lo que venía a continuación—. Estamos embarcados en una cruzada apóstata. Vamos tras las fuentes perdidas...

Procuró componer una aceptable expresión de sorpresa y desconfianza.

—Os presento a Delano Gris, el nuevo miembro de nuestra pequeña expedición.

—Grato placer conocerlo... —dijo el niño en brazos de la mujer castaña, extendiendo una diminuta mano de dedos regordetes. Su voz era burbujeante y viscosa. Estaba vestido con un peto azul y unos patucos del mismo color. Llevaba un gorro de lana encasquetado hasta las orejas que asomaban como soplillos retorcidos—. ¿Señor Gris le parece una nomenclatura adecuada? —preguntó.

—Delano o Delano Gris bastará. No estoy acostumbrado al tratamiento de señor, la verdad... —apretó con cuidado la mano del niño, temeroso de lastimarlo.

—Pues será Delano Gris para mí entonces... Mi nombre es Charlotte Blue... —No parecía tener ninguna dificultad para hablar por su boca desdentada, si es que utilizaba la boca para comunicarse—. Como es obvio no soy un infante de su especie. Mi verdadero aspecto nos traería desagradables complicaciones en este lado del mundo, así que he optado por la sabia discreción del disfraz.

—Yo soy Gema Árida —se presentó la mujer, acomodándose mejor a Charlotte y extendiendo una mano hacia Delano que él se apresuró a estrechar. Era de mediana altura; sus rasgos eran suaves y de una delicadeza casi tan fantasmal como su pelo castaño, que parecía flotar sobre su cabeza sin puntos de unión con ella. Sus profundos ojos azules estudiaban a Delano con interés y, si interpretaba bien el brillo que veía en su mirada, regocijo—. Estoy encantada de que haya aceptado formar parte de esta locura —su voz fluctuaba suavemente del agudo al grave, produciendo un efecto sónico agradable y desconcertante a la vez. Indinó la cabeza en dirección a Delano quien a punto estuvo de hacer una reverencia como respuesta. No pudo evitar pensar en los preservativos que llevaba en la mochila.

Un hombre espigado y de cabello rubio, recogido en una coleta que caía en espiral sobre su hombro, levantó una mano en señal de saludo y dio un paso en dirección a Delano. Veintitantos años, calculó éste, enfilando ya hacia la treintena. Vestía unos pantalones oscuros y una camisola de seda color carmesí. Sus ojos, sin iris ni pupila, eran completamente negros: los ojos de un lector. Llevaba un pequeño osito de peluche rosa prendido en la pechera de la camisa, atravesado a la seda con varios cuchillos en miniatura. El muñeco giró su cabeza para mirar a Delano a través de los botones que eran sus ojos, ojos de un color incierto, mezcla de azul sucio y

rojo sangre.

—MI SEÑOR ALEXANDRE, NO TIENE VOZ ESTA NOCHE —explicó con una voz que le recordó el chirrido de una tiza rota contra una pizarra—. HACE POCO MURIÓ ALGUIEN MUY IMPORTANTE PARA ÉL Y SU VOZ LE SUENA CASCADA Y AJADA POR NO COMPARTIR CON ESA PERSONA EL MISMO MUNDO. MI SEÑOR QUIERE QUE LE TRANSMITA SUS BUENOS DESEOS Y ALEGRÍA, ASÍ COMO SU DESCONCIERTO ANTE SUS INTENTOS VANOS POR LEER ENTRE LÍNEAS SOBRE SU PERSONA...

—También ustedes están protegidos contra la lectura... —señaló Delano, sin saber muy bien sí tenía que dirigirse al peluche o al lector. ¿Y Rigaud le había tachado a él de extravagante?

—MI SEÑOR APUNTA QUE ÉL HA PROTEGIDO A TODO EL GRUPO CON SUS ARTES... Y SEÑALA QUE SU PROTECCIÓN PARECE INNATA...

—También nací con el pelo gris... Caprichos de la genética...

—MI SEÑOR REITERA SU ALEGRÍA Y BUENOS DESEOS...

—Lo mismo digo —clavó su mirada en esos ojos negros, intentando discernir lo que podían ocultar. Para cualquier otro esa negrura supondría una amenaza, pero no para él. Sus secretos estaban a salvo, a buen recaudo tras esa protección que lo rodeaba. Sólo había una persona capaz de leer entre líneas en él y era el propio Delano.

El oso debía de ser un remedo, una inteligencia biológica artificial trastornada. Aunque según ley las inteligencias manufacturadas debían ser destruidas en cuanto apareciera la más pequeña deficiencia en ellas, la mayor parte pasaba a engrosar el amplio catálogo de mercancías que ofertaban los mercados ilegales del mundo oculto. Los remedos eran caros pero, aun así, se vendían a un precio muy inferior al de las inteligencias normales y muchos mantenían intactas buena parte de sus habilidades; si a cambio había que soportar sus chaladuras y sus manías, bienvenidas fueran. Supuso que el oso debía de tener algún tipo de enlace telepático con el tal Alexandre.

El último miembro del grupo se acercó hacia él. Era un joven atlético, de rasgos morenos y afilados, sus ojos claros lo contemplaron con inusitada viveza sobre su nariz aguileña. Vestía unos pantalones vaqueros muy desgastados y una cazadora de cuero negro rodeada por una fina y larga cadena de eslabones oxidados que Delano contempló con aprensión; en el lóbulo de su oreja izquierda brillaba un *ankh* gemelo al de Rigaud. Tomó la mano que el joven le tendía y, al notar la fuerte presión del apretón, pensó que se iban a embarcar en un estúpido duelo de fuerza, pero por suerte para él, la demostración de virilidad sólo duró un segundo y Delano pudo retirar la mano con rapidez, dolorido pero con su orgullo intacto.

—Juan Carlos Heredia —se presentó el joven con un marcado deje hispano.

—Bien... Y ahora que nos conocemos todos... —Rigaud, cómo no, sonreía y hasta en su sonrisa había violencia y tensión... tal vez le gustaría saber cómo

pretendemos triunfar en la empresa en la que tantos han fracasado...

—Puede jurarlo.

Y, en efecto, tenían un mapa.

Rigaud lo extendió sobre la amplia mesa de madera de cedro que ocupaba un lateral de la habitación del hotel en el que el grupo —y ahora también Delano— se alojaba. El mapa estaba realizado en un rectángulo de tela fina, de unos cincuenta centímetros de largo por treinta de ancho y sobre su superficie se dibujaba un confuso amasijo de líneas y curvas concéntricas, surcado por una línea errática de un negro deslucido que, tras deambular de un extremo a otro, se detenía a los pies de una cruz inclinada de un violento tono oscuro. Había pocos nombres sobre la tela y estos se concentraban en la primera mitad del recorrido, escritos con tosquedad sobre la superficie del mapa. Delano sólo reconoció dos nombres: la Planicie Montaraz, conocida también como la colina del silogismo rápido, uno de los vórtices más importantes de los lugares de paso; y el templo de la reina Hatshepsut en Tebas donde, si interpretaba bien el mapa, se escondía un punto de fracción.

—¿Una entrada a los lugares de paso en Tebas? —preguntó, escéptico.

—Así es —respondió Rigaud.

Delano entrecerró los ojos. Nunca había oído hablar de un punto de fracción en Tebas. Nunca había oído hablar de un solo punto de fracción en todo Egipto. Los cambios de realidad desde allí no eran aconsejables. El viejo reino seguía siendo un lugar temible; el remanente de poder que subsistía desde los antiguos días lo convertía en el equivalente a una nova a punto de estallar en el plano místico y dimensional. Egipto era un país a evitar.

—¿Cómo consiguieron este mapa? —preguntó.

—Formamos parte de una importante organización, Delano. Realmente importante. Buscamos lo inverosímil dentro de un mundo ya de por sí inverosímil. Hasta contamos con exploradores de Sombras —hizo un gesto ambiguo, una señal al vacío—. Uno de nuestros sombreadores encontró el mapa en una Bolsa Coherente anclada. No tenía dueño y pudo abrirla sin problemas: o su propietario había fallecido o había renunciado a ella.

—Aquí no se mencionan las fuentes perdidas para nada... —dijo, posando el índice sobre la cruz que marcaba el fin del trayecto—. Y aunque el mapa no está protegido no leo nada entre líneas. ¿Cómo averiguaron donde llevaba?

—MI SEÑOR QUIERE INFORMAR A DELANO GRIS DE QUE LOS NIVELES SUPERIORES DE LA LECTURA ENTRE LÍNEAS SON CAPACES DE DISCERNIR MÁS DE LO QUE LOS INICIADOS PUEDEN SUPONER JAMÁS.

Alexandre lo miró desde la fría noche de sus ojos negros. El lector estaba clavando una y otra vez un puñal diminuto en el pecho del peluche. El remedo hablaba despacio, con su voz chirriante, sacudido por espasmos de intenso placer.

Perlas de sangre roja manaban de su piel sintética, manchando los brazos del sofá en el que Alexandre estaba sentado. Delano frunció el ceño y se centró de nuevo en el mapa, no sin antes lanzar una nueva mirada perpleja al lector y a su extravagante mascota.

—¿Y tenemos que entrar por Tebas? Es peligroso y no creo que sea necesario.

—Hay que seguir el trazado del mapa —contestó Charlotte Blue. A salvo ya de miradas indiscretas se había retirado la falsa apariencia que lo había cubierto y mostraba su verdadero aspecto. No parecía tener una forma física estable aunque la mayor parte del tiempo era una masa informe de color esmeralda de la que surgían dos remedos de antenas y varios zarcillos que bien pudieran ser algún tipo de extremidades. Delano ignoraba cómo podía hablar y no tenía mucho interés por preguntarlo.

—Conozco caminos que llevan a la Planicie Montaraz mucho más rápido... —No quería dar su brazo a torcer, un cambio de realidad desde Egipto era peligroso—. Hasta hay un punto de fracción en Birmania que nos llevaría directos allí. ¿Por qué perder tiempo entrando por Tebas?

—Hemos preparado el viaje a conciencia, Delano —dijo Rigaud—. Todas las decisiones que hemos tomado, aunque puedan parecer ridículas, tienen un sentido. Se trata de un Misterio Furtivo. Una cruzada apóstata. El viaje en sí es tan importante como el punto de destino —le explicó.

—Vale... Conozco el tópico... pero... ¡Joder! ¿Egipto?

—Cuánto mayores son el sacrificio y el esfuerzo mayor es la recompensa. —Gema Árida lo miró sonriente. Usaba el mismo tono de voz que se usa para dar una lección evidente a un niño tozudo—. Buscamos la vida eterna, Delano; si para hallarla no arriesgamos la vida en el camino ¿Crees que la encontraremos? ¿Crees que se dejará encontrar?

Delano Gris levantó las manos en señal de rendición. Tan sólo era el viejo reino; tumbas, momias y mucha arena. Tal vez no pasara nada excesivamente malo.

—Está bien... Está bien... —concedió—. Ustedes mandan... Por la boca de la misma esfinge si es lo que quieren.

—¡Así se habla! —exclamó Heredia desde el sofá en el que estaba recostado, jugando con una navaja de mariposa, sin despojarse todavía de su cazadora encadenada. Era la primera vez que lo oía hablar desde que se había presentado.

Volvió a consultar el mapa. El recorrido era lineal, lo cual, dadas las características de los lugares de paso, no dejaba de ser insólito. Contar con un trazado que marcara la ruta no era sinónimo de llegar a destino. Había demasiadas encrucijadas, demasiadas ramificaciones que podían dar la sensación de llevarte en la dirección correcta, cuando lo que hacían era alejarte de ella. El punto marcado como destino final quedaba al este de la Planicie Montaraz, y Delano tenía la sensación de

que quedaba muy alejado de las rutas conocidas.

—¿Han contrastado este mapa con los atlas de los lugares de paso? —quiso saber.

—Por supuesto —contestó Rigaud. Había encendido un diminuto puro y se dedicaba a sembrar de nubes grises toda la estancia—. La mayor parte del viaje tendrá lugar por caminos no cartografiados... Los únicos puntos de referencia con los que contamos son la Planicie Montaraz y algunos prados comunales antes de llegar a ella... Pero lo que sí sabemos es que es importante seguir el recorrido del mapa... Y además tenemos que hacerlo todo lo rápido que podamos...

—¿Qué? —Delano levantó la vista del mapa.

—No sólo es un plano geográfico —le explicó Rigaud—. También es en cierto modo un mapa efímero, las fuentes permanecerán en el lugar marcado hasta el diez de junio. Luego desaparecerán hasta su próximo ciclo.

—Lugares móviles... —resumió Delano. Le eran conocidos aunque nunca había pisado uno. El asunto sonaba ya a broma pesada. ¿Qué sería lo próximo? No sólo querían realizar un trayecto absurdo que se podían ahorrar si seguían su consejo, ahora también resultaba que tenían un límite de tiempo para llevarlo a cabo. Consultó su reloj para cerciorarse de la fecha. Era el veinte de mayo. Apenas tenían tres semanas para llegar hasta las fuentes—. Lugares móviles... —repitió.

—EXACTO... POR ESO LAS FUENTES SON TAN DIFÍCILES DE ENCONTRAR, ESTÁN DISPUESTAS SOBRE UN LUGAR MÓVIL... NAVEGANDO EN DISTINTOS TIEMPOS EN DISTINTOS LUGARES... GIRANDO ENTORNO AL MUNDO Y LOS FILOS... RECORRIENDO...

—Ya sabe lo que son, oso —cortó Heredia—. ¿Podrás llevamos hasta allí, pelo gris?

—No lo sé, no lo sé... El único lugar que reconozco es la Planicie Montaraz, pero no sé cómo voy a llegar hasta allí, ni cómo voy a guiarlos después...

—MI SEÑOR INTERPRETARÁ EL MAPA PARA USTED Y USTED ELEGIRÁ LOS CAMINOS ADECUADOS. NO SE PREOCUPE POR NADA, PORQUE NADA ESTÁ DEJADO AL AZAR...

Delano no hizo ningún comentario, aunque se le ocurrió más de uno.

—No he oído el nombre de su organización... —dejó caer de pronto.

—Porque no lo hemos dicho —Gema Árida sacó un cigarrillo rubio de un paquete arrugado y con suma delicadeza lo encendió con un leve chasquido de dedos. El humo se deshilachó ante ojos azules—. Nos vas a permitir que guardemos eso en secreto.

—Me gusta saber para quién trabajo.

—Pero eso ya lo sabe, Delano. Trabaja para mí. Trabaja para Alan Rigaud... Lo demás no debe importarle.

Delano examinó detenidamente a Rigaud antes de hablar.

—Está bien. Espero poder sobrevivir con mi curiosidad saciada a medias... ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Este sábado —respondió Rigaud.

Delano lo miró sin comprender.

—¿El sábado? Pero si corre tanta prisa, ¿por qué no partir mañana jueves? ¿Por qué malgastar dos días en Copenhague?

—Falta un séptimo miembro del grupo... Alguien fundamental que llegará el viernes... —dijo Rigaud acariciándose con lentitud el mentón, por el tono de su voz Delano comprendió que lo que venía a continuación no le iba a gustar—. Si queremos encontrar las fuentes necesitamos un hechicero en nuestras filas... Necesitamos un nigromante.

Los ojos de Delano se abrieron como platos. Dio un paso hacia atrás, perplejo, sobrepasado ya el umbral del asombro.

—Santo cielo... —alzó la mirada hacia el techo y negó con la cabeza, incrédulo—. Santo cielo... —repitió—. ¡Un nigromante!, ¡Joder! ¿Están locos o qué les pasa? ¡La vida eterna no sirve cuando estás muerto!

—Es arriesgado, lo reconozco, pero es un riesgo que debemos correr. Necesitamos un nigromante —repitió de nuevo.

—Y otro guía... —dijo Delano.

—MI SEÑOR DICE QUE SI ÉL PUEDE SOPORTAR LA PRESENCIA DEL MAL, USTED, SIN LUGAR A DUDAS, TAMBIÉN PODRÁ. —Todo el pelaje del oso estaba oscurecido por su propia sangre. El ritmo de las puñaladas que le asestaba Alexandre se aceleró, como si subrayara con ellas las palabras del remedo.

—Qué cojones sabrás tú de lo que puedo soportar o no... —soltó él entre dientes, mirando de soslayo al peluche y su dueño.

—Delano...

—¡No quiero escuchar una palabra más! ¡Búsquense a otro para encontrar sus fuentes! ¡Yo me largo! —y en efecto se marchaba. La cruzada apóstata había terminado para él. En sus sienes resonaban tambores de guerra. A cada segundo que pasaba se le hacía más difícil pensar con claridad. *Nigromantes...* Un zumbido salvaje recorrió su cráneo de parte a parte. *El alarido mudo del que ya no tiene fuerzas para gritar. El cuchillo tatuando su cuerpo con los arabescos ensangrentados que proclaman a aullidos la gloria de la tortura.* Los dedos de Alexandre manchados de sangre artificial se movían de manera hipnótica sobre el remedo, apuñalándolo una y otra vez con una diminuta espada de plata blanca. Un velo de tenebrosa oscuridad aleteó durante un segundo ante su mirada. *El vibrante ruido de las cadenas al agitarse... El frío mordisco de la argolla de metal contra su cuello en carne viva...* Los eslabones de la cadena de Heredia dejaban su huella oxidada sobre el cuero viejo y agrietado de su cazadora. Delano Gris agitó la cabeza tratando de espantar a todos los fantasmas que comenzaban a acosarle, cogió la mochila del suelo y echó a andar. Anularía su reserva en el hotel y regresaría a Tokio. Es taba decidido.

No había llegado a la puerta cuando una voz lo detuvo:

—Pobre, pobre Delano Gris... —Gema Árida se enredó sensualmente a la cintura de Rigaud y envolvió su rostro con el humo del cigarrillo—. A su padre lo asesinó un nigromante... El mismo que lo mantuvo encerrado a él durante siete años en una de sus mazmorras. Siete largos años de cautiverio... Siete años de continua tortura, de continua humillación...

Delano la fulminó con la mirada. El zumbido en su mente y los tambores de sus sienas cesaron al unísono, devorados por la corriente de rabia que llegaba en oleadas desde donde quiera que estuviera su alma. Cuando habló su voz era un pálido reflejo de la ira que sentía, y aún así, las palabras abrasaban su garganta.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, sintiendo cómo una presencia inhumana surgía bajo su córtex cerebral y estiraba sus miembros, alargados y nudosos como cuerdas de un titiritero dispuesto a ejecutar su labor—. ¿Quién diablos eres?

—Tu secreto está a salvo con nosotros, Delano... ¿Quién sabe? Tal vez hasta podamos ayudarte en tu empresa, si tú nos ayudas a nosotros en la nuestra —subrayó sus últimas palabras con una nube de humo blanco. La hermosura de sus rasgos, la marcada sensualidad de su postura y su mirada, inflamaba aún más la sedienta barbacana de furia que Delano sentía a punto de estallar en la boca del estómago.

Avanzó un paso se abrió la cazadora y desenfundó su pistola. Quitó el seguro y apuntó a Gema Árida. El rostro de la mujer se desencajó al ver la ciega determinación del hombre que la encañonaba. Los ojos negros de Alexandre se entrecerraron hasta convertirse en comas simétricas. Rigaud amagó un paso hacia delante pero tras una rápida mirada a la pistola pareció pensárselo mejor y se quedó donde estaba.

—Delano... —dijo—. No hagamos nada de lo que más tarde poda...

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó de nuevo, ignorando a Rigaud. Las palabras surgían como lava entre sus labios. El sonido de su voz le resultaba ajeno, distante. En su mano la pistola era un espectro de plata, un espejismo fatal, el último verbo que faltaba por pronunciar en una frase despiadada.

—MI SEÑOR DICE QUE DISPARARÁ, NO HACE FALTA LEER ENTRE LÍNEAS PARA VERLO...
GEMA ÁRIDA TIENE LA COSTUMBRE DE IR DEMASIADO LEJOS...

—Delano... Discúlpame si te he ofendido, lo siento... Baja la pistola por favor... Si la bajas intentaré explicarme... Bájala...

—Gema es espiritista —se adelantó Heredia desde el sofá, incorporándose a medias, sopesando quizá la idea de levantarse. Todavía empuñaba la navaja pero en su gesto no había rastro de amenaza sino más bien cierta indolencia—. Cuando pensamos que podrías servirnos de guía te investigamos, para ver si eras de fiar... ¿comprendes? Cada uno a su manera... Y ella habla con fantasmas y ecos y cosas así... Habló con tu padre en la casa de la playa... —le hizo un gesto con la navaja—. Baja eso... ¿Quieres? Hoy no tengo ganas de matar a nadie...

La presencia en su cabeza exigía muerte. Aquella sombra se negaba a retirarse sin tomar su ración de sangre. Delano apretó los dientes luchando contra el ansia desbordada de matar; el dedo en el gatillo temblaba, notó como estaba a punto de completar la presión necesaria para disparar. Gema Árida no se movía, ni siquiera respiraba. *Dispara*, dijo una vocecilla maliciosa en su cabeza, *dispara, dispara...* Delano cerró los ojos, retrocedió un paso e invocando hasta el último ápice de su voluntad enfundó el arma. Alzó una mano temblorosa para limpiar el sudor de su frente y la bajó antes de que llegara a su destino. La oscuridad se replegaba en su interior, de regreso a los pozos negros de su conciencia, frustrada como un niño al que no dejan salir a jugar. Gema Árida soltó un suspiro de alivio y se escudó tras Rigaud.

—Mentalidad dispersa... —masculló Delano entre dientes, con la voz tomada aún por la rabia. Cogió la mochila que había resbalado de su hombro en el intervalo, pero no se encaminó aún hacia la puerta. Sin mirar a nadie en especial, preguntó—: ¿Qué más han averiguado sobre mí?

—Que eres de fiar —dijo Heredia—. Si no, no estarías aquí.

—¿Y todavía lo creen? —lanzó una mirada fría en dirección a Gema Árida que, temblorosa, dejó caer el cigarrillo que se estaba llevando a los labios—. Tal vez yo sea tan peligroso como lo que puedan encontrar en su cruzada...

—Le hemos investigado a fondo, Delano —comentó Rigaud—. Sabemos todo lo que debemos saber y conocemos de lo que es capaz. Gema Árida se merecía una lección y usted se la ha dado. Una lección desproporcionada tal vez..., pero no ha ocurrido nada que no se pueda olvidar y perdonar. Todo sigue igual. Confiamos en usted, Delano, y necesitamos su ayuda, pero no nos vamos a rebajar a rogarle que se una a nosotros. Es libre de hacerlo o no.

—Es su decisión —apuntilló Charlotte Blue.

—Tiene tiempo para pensárselo. Lo que acaba de suceder no cambia para nada nuestra oferta —reiteró Rigaud—. Medítelo, por favor...

—Tal vez lo haga... o tal vez no —Delano Gris salió de la habitación cerrando la puerta tras él. Después de avanzar tres pasos por el pasillo se detuvo, casi sin aire. Apoyó su espalda contra la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentado, con la cabeza entre las manos. Las tinieblas de su mente se estiraron en una sonrisa sarcástica.

«*Antes de que esto acabe probaré la sangre.*»

De algún lugar perdido en lo más profundo de su alma llegó un lejano resonar de cadenas. Delano Gris ahogó un grito contra la palma de su mano.

Se tomó una nueva pinta de cerveza, sintiéndose ligeramente achispado, pero sin traza alguna de la falsa alegría que a veces buscaba en el alcohol. *Estás bebiendo*

demasiado, se dijo, sin saber muy bien si se refería a esa noche en concreto o a la vida en general. En el otro extremo de la barra, un grupo de borrachos lo miraba entre risitas mal disimuladas. Delano estaba de un humor de perros. Encendió el enésimo cigarrillo de la noche, le pegó una furiosa calada que se le quedó, grasienta y candente, pegada a la garganta y acto seguido lanzó el cigarrillo al suelo repleto de serrín, tratando de controlar las arcadas secas que lo asaltaban. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se limpió el rostro con el antebrazo y sorbió por la nariz de una manera tan grotesca que las risas del otro lado de la barra se avivaron.

¿Estaba loco? ¿Era eso lo que ocurría? Contempló su rostro en el espejo que cubría parte de la pared tras la barra... ¿Qué era lo que veía? Un hombre perdido, con el rostro crispado en una mueca angustiada, aferrado a una jarra de cristal sucia de espuma con el desespero con el que un náufrago se aferra a su tablón de madera. El pelo gris, media melena, desordenado sobre un rostro más alargado que curvo. Los labios, agrietados por la larga noche en vela, temblando sin control como si recitara de un modo maniaco un mantra silencioso. Los ojos castaños, anónimos, comunes por su forma, pero extraordinarios por todo lo que habían visto. Y en esos ojos, en su brillo apagado, casi mate, Delano alcanzó a ver al abanderado de la locura que se ocultaba en su interior. Una sombra demente anidaba en sus pupilas, retraída, oculta, aguardando la hora de regresar con la paciencia del que sabe que su hora, tarde o temprano, llegará.

En un bar sin nombre de una ciudad cualquiera, Delano Gris creyó escuchar la melodía secreta del mundo oculto, el sordo rumor de las distintas realidades que se unían unas a otras, como distintas estrellas en un mismo cielo, para configurar una única y esplendorosa realidad.

Pero ni siquiera allí había consuelo. Ahora, en aquel lugar, la maravilla del misterio se trocaba en tortura y muda desesperación. Podía pensar en los mil milagros que había contemplado y en los miles que le quedaban aún por contemplar, pero todo eso se diluía en la nada, sin importancia ni valor alguno. Ni la venganza ni los sueños, ni mundos en mundos, ni sombras, ni deseos. Nada importaba. Nada. Había vuelto a perder el control. La presencia oscura que habitaba en su cabeza, la sombra que lo llevaba, a empellones, al cenagoso pantano de la locura, había vuelto a adueñarse de su voluntad. Delano Gris alzó la cabeza y miró hacia el espejo, entrecerrando los ojos. Todo volvería a tener sentido si uno sólo de los jóvenes sentados al otro lado de la barra se acercaba hasta él.

Escuchó los pasos, lentos y alcohólicos, antes de ver en el espejo la silueta del joven risueño y fornido que se había colocado a su espalda.

—¡Oye, tío! ¿Has metido la cabeza en un cenicero?

El hombre del pelo gris sonrió mientras preparaba el primer golpe.

Tuckers Island, Nueva Jersey. Las islas de barrera se desgranaban perezosas de las costas estadounidenses y del golfo de México, separadas unas de otras por brazos de mar cansado, apenas amanecidos aquel día. A pesar de lo temprano de la hora y de lo desahucado que presagiaba ser la jornada, ya había gente apostada sobre la playa que circundaba la isla, preparada para hacerse con los rayos de sol que fueran capaces de burlar el cielo nublado.

—Te han pegado una buena paliza. —La voz de mujer le llegó de muy arriba. Aturdido por los golpes que había recibido en el otro hemisferio del planeta no pudo precisar si le era conocida o no. Estaba sentado en la arena y sobre su cabeza el sol deslumbrante y frío trataba de alcanzar su lugar en el cielo. Hizo un esfuerzo para mover el cuello y descubrir quién le hablaba, pero el reflejo directo del sol y su ojo derecho, a medio cerrar por un oscuro hematoma, sólo le dejaron ver una silueta borrosa coronada por dos cabezas. Una de las cabezas, mucho más pequeña que la otra, fue la que habló en ese momento mientras alargaba dos cortos tentáculos hacia él:

—¡Tito! ¡Tito! —dijo, borboteando luego un sin fin de ruidos sin sentido que quizá pretendían formar palabras.

Delano sonrió mientras se dejaba arrapar por los regordetes brazos de su sobrina Etolia. El peso tibio de la niña en sus brazos le reconfortó. Su hermana Diana lo miró con las manos en la cintura hasta que, después de soltar un lánguido suspiro, se sentó a su lado. Vestía un pantalón deportivo de color gris, una camiseta color crema de manga larga y unas enormes botas también grises, completamente fuera de lugar en aquella isla. En su costado izquierdo se bamboleaba un enorme capazo negro. La mujer olía a ártico y parecía envuelta en una neblina de frío azul. Era alta y mucho más delgada de lo que recordaba. Los dos habían heredado de su padre los mismos ojos marrones pero, gracias al cielo, Diana se había librado del pelo gris y las viejas leyes de la herencia le habían permitido tener el pelo rubio de su madre. El mismo pelo rubio que había heredado la niña de apenas un año que tenía en sus brazos.

—Estás hecho un asco... —dijo Diana, mientras le revolvió el cabello, Delano apretó los dientes cuando le rozó en un corte.

—Te podría decir que los otros han quedado peor, pero no quiero mentirte...

—Han debido ser muchos...

—No. Uno sólo, pero muy grande. ¿Cómo me habéis encontrado?

—La peque. Se despertó hace un rato llorando y preguntando por ti. Ha tirado de mí de Igual a Igual hasta llegar aquí.

—¡Tito! —las manos de Etolia se acercaron a su rostro lacerado. En cuanto sintió el primer contacto, el dolor comenzó a disminuir.

—Creo que está preocupada por su tío. ¿En qué andas metido?

—Todavía en nada. Pero hay algo en perspectiva y puede ser peligroso.

Delano tenía los ojos cerrados. Las manos de su sobrina se movían sobre su cara como mariposas sobre una flor y, allí donde paraban, el dolor y la hinchazón iban menguando como por ensalmo.

—¿Más fortuna y gloria?

—Más fortuna y gloria...

Dejó que las manos de la niña se enredaran en su pelo. Las heridas en su rostro eran ya sólo leves enrojecimientos que no tardarían en desvanecerse. Besó a Etolia en la mejilla una y otra vez, intercalando besos con fuertes resoplidos hasta hacerla reír. Ella se apartó de él, divertida, y se limpió de saliva el rostro con el antebrazo.

—¡Más! ¡Más! —gritó a la par que buscaba con sus manos las magulladuras y contusiones en los brazos y en el torso de Delano.

—¿Cuándo vas a dejarlo? —preguntó su hermana. Luego entrecerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol de la mañana. La brisa removió su cabello. Sí, era una suerte que no tuviera el pelo gris. Los reflejos del sol en los cabellos de Diana no eran tan intensos como para cegarle pero, de todas formas, apartó la mirada. Había un punto triste en aquella escena, un aura de melancolía canalla que amenazaba con frustrar lo mágico del momento.

—¿Dejar que?

Diana se encogió de hombros. Parecía en trance bajo la claridad taciturna que traía la mañana. A lo lejos, en la curva de la playa, se divisaban las ruinas de una casa; no eran más que cimientos, una intersección de paredes medio derruidas, varios tablones de madera y una columna de piedra que sujetaba una porción de techo. Allí se encontraba atrapado el espíritu de su padre y allí permanecería hasta que la deuda de sangre quedara saldada. Sólo entonces recuperaría la libertad y podría atravesar el velo de la verdadera muerte. Y el cobro de esa deuda era responsabilidad de Delano, por ser hijo de quien era y por el propio suplicio al que había sido sometido en el infierno en el que moraba el nigromante. Pero durante años no había hecho más que demorar la hora de la venganza, jurándose que emprendería ese camino una vez estuviera preparado. ¿A eso se refería su hermana? ¿Debía dejar de eludir su responsabilidad y buscar venganza? No, eso no tenía sentido, las deudas de sangre iban en contra de la naturaleza de Diana.

—¿Dejar qué? —volvió a preguntar al cabo, cuando vio que su hermana no contestaba—. ¿A qué te refieres?

—No lo sé. No sé a que me refería... —contestó ella, todavía con los ojos cerrados y el rostro bañado por la suave luz del sol—. Hablaba por hablar.

—¡Eso es absurdo! Siempre eres consciente de lo que dices. ¿A qué te referías?

—No te enfades, Delano... —Diana inclinó su cabeza hacia la izquierda y sonrió. Su hermana siempre daba la impresión de estar, en parte, en otro lugar. Como si perteneciera a más de un mundo y tuviera la capacidad de estar en todos a un mismo

tiempo—. Vives de excusa en excusa... —dijo—. Vas de aquí para allá sin saber muy bien por qué ni cómo... Te dices a ti mismo que vas en busca de fortuna y gloria, en busca del poder necesario para cumplir no sé qué promesa insensata. Pero es una excusa... Toda tu existencia no es más que una sucesión de excusas, una tras de otra. Puedes enamorarte en cada nuevo puerto y detenerte hasta que una nueva excusa te haga partir. Tu vida es caótica, azarosa... Te obligas a vivir una vida que no es tuya, Delano —las palabras de su hermana parecían deslavazadas, como si su mensaje fuera un puzzle que él debía montar para encontrar el sentido final—. ¿Es tu conciencia o es todo un pretexto? ¿Buscas venganza, te buscas a ti mismo o buscas sombras? Mírate... no has tomado una decisión en tu vida... Las verdaderas elecciones son las que no tienen vuelta atrás... Sólo has ido demorando momentos a base de excusas. Y eso te está destrozando...

—Vaya sermón... —dijo él cuando tuvo claro que Diana no iba a seguir hablando.

—Gracias.

—¿A qué viene todo esto?

—No lo sé. Creo que estoy embarazada otra vez. ¿Me compras una nube de algodón?

—No. ¿Estás embarazada?

—Casi seguro.

Se quedaron en silencio, con la vista perdida en las olas que rompían contra la playa. Etolia jugaba con las manos de Delano, trazando líneas de luz en espiral entre sus dedos. En el cielo del amanecer tardío naufragaban nubes blancas. Delano encendió un cigarrillo con su mechero de hueso de grifo y se quedó contemplando, embelesado, el rubor de las olas del mar y el reflejo de la magia entre los jirones de humo de su cigarro.

—*Ahh... si fuera capaz de parar el tiempo.*

—Alguna parte de París.

Diana mordió la nube de algodón que Delano le había comprado, y se limpió las hebras pegadas a sus labios con la punta de la lengua. Delano llevaba a Etolia en brazos y el capazo de Diana en un costado.

La niña miraba con desconfianza a los patos que nadaban en el lago artificial que ocupaba el centro del parque por donde paseaban.

—Corres peligro, Delano... Etolia lo ha soñado y hasta yo lo presiento.

—Siempre corro peligro... Tengo una capacidad increíble para meterme en líos...

—*Mmmmmmmmmmm...* Etolia tiró de su camisa y le hizo fijarse en sus ojos claros.

La seria expresión que nublaba el rostro de la niña le turbó. *Mmmmmmmmmmm...* — repitió sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha.

—Parece preocupada...

—¿Y tú vas a hacer algo al respecto, o vas a ignorar los sabios consejos de mi maravillosa hija? —le arrebató a Etolia de los brazos, dejándole la nube a medio comer a cambio, y tranquilizó a la niña con un leve toque en la pimita de la nariz.

—Consultaré al oráculo...

—¿Eso te parece lo más acertado?

—¿Qué tal está Kaori? —preguntó de pronto Diana.

—Lo hemos dejado.

—Ya —no intentó sonsacarle nada más. Sólo le tomó del antebrazo y apretó suavemente. Luego se hizo de nuevo con la nube de caramelo mientras acomodaba a Etolia en el hueco de su brazo izquierdo. La niña alargó una mano, cogió un trozo de algodón y lo examinó con tal intensidad que bien podía estar estudiando su estructura molecular.

—¿Y qué es de Kurt? —preguntó él.

—Cosas de magos. Está tejiendo el destino para el primogénito de un ministro de Samarkanda —se detuvo al contemplar la expresión de Delano—. ¿¡Qué pasa!?! ¿Por qué me miras así? La paga es buena y los inviernos son duros cuando vives en el polo. Hay que ganarse la vida, Delano. Y tú ya has pactado con más de un demonio...

—Sí, pero eran demonios chiquitos.

—Un demonio siempre es un demonio... —Diana lanzó un bocado a su nube de algodón y se relamió—. Y hacer pactos con ellos no te contagia su condición si eres hábil. Y Kurt lo es. Lo sabes.

Él asintió y sopló a Etolia en el flequillo rubio. La niña le mostró las manos sucias de caramelo y sonrió como si compartieran un magnífico secreto.

Delano se había opuesto con firmeza a esa boda. No le hacía ninguna gracia ver a su hermana casada con un mago, aunque éste perteneciera a los círculos de la magia alba, la enemiga por excelencia de la nigromancia. Ni siquiera el hecho de que en el pasado ambos hubieran compartido andanzas —la mayor parte de las veces en el mismo bando— pudo hacerle cambiar su opinión. Kurt era un hechicero y eso era lo único que importaba.

No tuvo ningún problema en rechazar la invitación a la boda, aún a sabiendas del daño que causaba a su hermana. Durante el primer año de casados, no visitó a la pareja ni mantuvo la menor comunicación con ellos, pero eso cambió cuando le llegó la noticia de que acababa de convertirse en tío. El hecho de que una nueva rama hubiera crecido en el maltrecho árbol genealógico familiar, lo embargó de una emoción desconocida hasta entonces. Después de sobreponerse y tras un arduo y más que pesado examen de conciencia, viajó hasta el hogar de Diana y Kurt y allí, embelesado, convertido a su pesar en el prototipo de familiar babeante, no pudo menos que acercarse hasta Kurt y soltarle «Buen trabajo, pero que conste que sigo pensando que eres un cabronazo», que acabó con un abrazo y un apretón de manos.

Etolia era preciosa, un diminuto montón de carne que anhelaba cariño y ofrecía amor. Y con sólo un año de vida era más poderosa de lo que muchos magos lograrían ser en toda su existencia.

Se despidieron en la Casa Igual de Copenhague. Diana y Etolia seguirían viaje de casa en casa hasta llegar a su destino: una Igual que se apretaba contra un pabellón abandonado junto a la base antártica Casey. Su hermana le aferró del antebrazo con fuerza antes de irse.

—Cuídate ¿de acuerdo? Si no lo haces por ti, hazlo por Etolia y por mí. No nos falles.

Delano asintió.

—Tendré cuidado, siempre procuro tenerlo.

—Eso puede no ser suficiente, Delano.

—Hasta ahora lo ha sido. Me arriesgaré.

—No busques más excusas. No te dejes arrastrar por las circunstancias, se tú quien decide qué encrucijadas tomas y cuáles dejas atrás.

La mirada de su hermana se detuvo un momento en la suya antes de darle un apresurado beso en la frente. Delano revolvió el pelo de su sobrina y recibió entre risas la cascada de besos que llegó de ella. Luego las dos se marcharon y él se quedó solo en el porche de la Casa Igual, taciturno y con una creciente sensación de vacío perforándole el pecho. Tardó más de diez minutos en encaminarse hacia el hotel y cuando lo hizo fue con paso lento, cansado.

Dos mil quinientos años atrás, los hombres se dirigían a Delfos —el centro de Grecia y, según las leyendas griegas, del universo—, para presentar sus preguntas a Apolo, con la esperanza de que la respuesta del dios, dada a través de la boca de sus sacerdotisas, las pitias, fuera clara y auténtica. Millares de peregrinos enfilaron el camino de la Vía Sagrada que, atravesando el valle a los pies del Parnaso, llegaba hasta el templo donde aguardaba la pitia. Y aunque todos regresaban con una respuesta, pocos se iban con la verdadera cuestión solucionada.

Delano contempló a través de la ventana del hotel cómo la noche comenzaba a descender desde los cielos de Copenhague. La naturaleza críptica del oráculo no había cambiado con los siglos. Se había refinado quizá. Pero lo que sí había cambiado era el modo de desplazarse hasta allí. Delano dejó de jugar con la pastilla blanca que tenía entre los dedos y la contempló con detenimiento. Sólo le quedaban tres pastillas y sabía que necesitaría poco menos que un milagro para encontrar más. Era una píldora esférica, con una línea gris recorriendo su ecuador y una muesca con forma de hoja de laurel adornando uno de sus polos. Aquellas pastillas, junto a otras dos que ya había utilizado, habían pertenecido a su padre.

Se tumbó en la cama y colocó la píldora sobre sus labios, golpeándola

suavemente con la punta de la lengua, jugando con ella, indeciso aún.

Los pozos de la sabiduría engañan; rehuye sus consejos porque siempre tienen dos filos. Su verdad nunca es la verdad completa y la parte que falta suele ser la que te podría ayudar a salvar la vida. Apártate de los oráculos, niño. Apártate de ellos porque ten por seguro que, si pueden, te engañarán.

Recordaba las palabras, palabras que nunca tuvieron rostro. Era una voz que venía de un tiempo lejano y terrible. La voz del hombre que había compartido con él aquellos siete largos años de prisión y tortura, encerrados en calabozos contiguos. Delano suspiró. Casi sin ser consciente de haber tomado una decisión, dio un último toqucito a la pastilla con la punta de la lengua, la dejó caer a su boca y la tragó. Sabía a menta. A menta y a esperanza.

—Aquí estoy otra vez, Darío... No te preocupes... estoy seguro de que algún día seguiré alguno de tus consejos... —aseguró a la habitación vacía mientras una lúcida inconsciencia se iba haciendo cargo de su cuerpo y de su espíritu.

La transición fue suave y veloz. El aroma de la estancia, mezclado con el olor intenso del tabaco, dio paso al frescor del campo regado por un aguacero reciente. La temperatura descendió varios grados. La blandura del colchón fue sustituida por la superficie irregular de una pradera perlada de lluvia y el techo blanco se convirtió en la cúpula celeste detenida en un crepúsculo incompleto.

Delano se incorporó hasta quedar sentado y se masajeó el cuello con ambas manos. No podía asegurar si las pastillas le hacían soñar con Delfos o si, de alguna forma, lo trasladaban hasta un Delfos que era mitad sueño mitad real. Lo único cierto era que se encontraba en el valle del Parnaso y que, fuera sueño o no, tenía una consulta que hacer. No había templo ni edificio que albergara al oráculo, tan sólo una profunda y quebrada grieta en la tierra de la que surgían, a lentos borbotones, unas volutas de un hediondo vapor grisáceo. Delano se acercó hasta el borde de la hendidura y contempló la mortecina oscuridad que se precipitaba hacia el abismo. Contaba la leyenda que el primer oráculo de Delfos había sido un rebaño de cabras que tras acercarse más de la cuenta a la grieta y respirar los vapores que surgían de ella, había comenzado a lanzar extraños balidos en los que casi se distinguían palabras. Delano trató de inhalar la menor cantidad posible de aquel gas mientras exploraba los alrededores de la fisura, esquivando las acumulaciones de humo y conteniendo la respiración cuando no le quedaba otro remedio que atravesar las nubes cenicientas que se alzaban por doquier. En su primera visita se había descuidado por completo y había respirado tanto gas que durante una semana tuvo fuertes migrañas y una constante y desagradable sensación de *déjà vu*.

Tardó unos minutos en encontrar la zona por donde debía descender; el terreno que rodeaba aquel recodo de la hendidura aparecía completamente pelado, sin rastro alguno de vegetación. Delano miró hacia abajo. La pared interna de la grieta estaba

tan desgastada por la erosión que parecía pulida, pero alguien había realizado una serie de muescas horizontales en la piedra, dispuestas en vertical a irnos veinte centímetros unas de otras, de las que era fácil servirse para bajar hasta el fondo. Delano inició la bajada con precaución, afianzándose bien en cada muesca antes de dar un paso. A medida que descendía, las tinieblas se fueron espesando más y más, hasta que se encontró bajando en la más absoluta oscuridad. Se detuvo para tomar aliento, dedicó una mirada a la estrecha franja de cielo errado que se alcanzaba a ver desde donde se encontraba y continuó el descenso, todavía más despacio. Tras un lapso de tiempo que le fue imposible determinar, su pie, mientras tanteaba buscando la siguiente hendidura, pisó suelo firme. En la pared opuesta a la que había usado para descender se abría la entrada de una gruta: una arcada casi perfecta que, aunque en su punto más alto medía casi tres metros, era tan estrecha que un hombre sólo un poco más corpulento que Delano hubiera tenido problemas para atravesarla. La entrada estaba iluminada por una suave luminiscencia procedente del interior.

Delano entró en la gruta. Una corriente de viento frío pasó rozándolo. Miró en derredor. Aquella penumbra falsa no le gustaba en lo más mínimo. Se encontraba en un pasadizo oscuro, de techo alto, iluminado parcialmente por las vetas de mineral brillante que serpenteaban en las paredes como cicatrices tumefactas. Echó a andar tratando de no prestar atención a los destemplados ecos que creaban sus propios pasos. La humedad era terrible y pronto el sudor lo bañó por completo. Su pelo gris quedó apelmazado contra su cráneo como si una tormenta repentina e invisible se hubiera descargado sobre él. Cuando el túnel que seguía se bifurcó, Delano continuó en línea recta, sin mirar siquiera a la boca del pasaje que había dejado a su derecha. Cada pocos metros la galería se desdoblaba y en las paredes fosforescentes se abrían nuevas arcadas. Delano sabía que debía avanzar siempre en línea recta, pero los pasillos eran engañosos y las encrucijadas continuas. Era fácil perderse en aquel laberinto si no se procedía con precaución, aún sabiendo que, por una vez, el camino más corto era el recto. Las corrientes de aire se multiplicaron, acariciándole juguetonas, incitándole a desviarse de su camino, pero Delano conocía esas corrientes y sabía que debía Burlarlas si no quería perderse en la intrincada maraña de pasadizos y grutas que guardaba al oráculo y al Omphalos, la piedra robada al centro de la tierra.

Caminó durante lo que le parecieron horas por aquel sin fin de galerías. Caminaba despacio, atento al menor movimiento o sonido.

Una fría presencia en una zona en sombras le hizo detenerse. Una respiración lenta saltó a su encuentro.

—Que Gaia te proteja, hombre... ¿Buscas consejo?

Delano desenfundó su pistola, sin apartar la vista de los ojos platea dos que brillaban en la oscuridad, a menos de medio metro del suelo. Eran ojos de mujer.

Hermosos, pero fríos y tristes, como si no hubiera nada ni nadie que se atreviera a mirar a través de ellos.

—¿Pitia? —preguntó, dubitativo.

—*Nooo...* —la voz era aun más triste y fría que la mirada—. No soy la sacerdotisa que buscas, pero puedo rendir el futuro a tus pies si me guardas pleitesía. ¿Para qué quieres conocer tu destino si yo puedo doblegarlo para ti?

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Mi nombre verdadero no importa y si importara sería un secreto —un fulgor de rubí pasó de izquierda a derecha en la mirada de plata Las corrientes de aire en torno a Delano se multiplicaron—. Me conocen como Delano y me apellidan por el color de mi pelo que es el color de los campos calcinados y las esperanzas vanas. ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

Delano Gris calló y observó la silueta oculta en las tinieblas. No supo distinguir su forma. Sólo aquellos ojos brillando en la oscuridad. Su suave respiración, débil como un aleteo, no creaba el menor eco en el tortuoso pasillo. Si Delano quería llegar hasta la pitia debía pasar junto a eso que decía ser él.

—¿Por qué te has quedado mudo, hombrecillo? ¿Por qué no respondes?

Delano se pegó a la pared opuesta y, apuntando entre los dos ojos de plata, avanzó muy despacio. Las vetas de metal le arañaban la espalda, la humedad de la piedra empapaba aún más su ropa. De muy atrás llegó un lastimero aullido. Delano dio un respingo.

—¿Me temes? —quiso saber aquello—. ¿Que clase de hombre eres tú que teme a una sombra? ¿Qué clase de hombre eres tú que teme...

La mirada plateada se alzó en la oscuridad. La respiración suave que apenas era un aleteo se convirtió en un aleteo que apenas era un suspiro. Los ojos plateados se transformaron en dos brillantes alas.

—... a una mariposa...

Delano se quedó inmóvil viendo revolotear a la mariposa de plata: un centelleo que zigzagueaba en la penumbra. Enfundó su pistola y se quedó mirando el pasadizo por donde había desaparecido la mariposa, con el corazón acelerado en el pecho.

Hizo una pausa para tranquilizarse antes de continuar su camino, siempre vigilante. Antiguas presencias moraban en aquel Delfos, y muchas no se contentarían con burlarse de él, muchas —y recordó el quejumbroso aullido que acababa de escuchar— arrastraban hambre de siglos y no dudarían en darle muerte aunque estuviera bajo el amparo de la mismísima sacerdotisa.

A medida que avanzaba en el laberinto el techo bajaba más y más. Pronto no le quedó otro remedio que marchar encorvado, jadeando en la atmósfera rancia de los túneles. Después de mucho caminar en esa postura llegó hasta una nueva bifurcación: del pasaje que se adentraba hacia la izquierda, de apenas un metro de altura, llegaba

un resplandor opalino, vibrante, una melodía trenzada en hebras de fina luz. Delano soltó un largo suspiro. El viaje por las tinieblas tocaba a su fin. Se acuclilló para entrar en el pequeño túnel y avanzó con las manos apoyadas en las paredes, en dirección a la claridad. Al cabo de unos minutos, la galería desembocó en una cueva circular de gran tamaño. Delano emergió del túnel casi de rodillas, se alzó y miró a su alrededor.

Las paredes de la gruta estaban recubiertas por vistosos mosaicos que narraban la turbulenta existencia de los dioses del panteón griego. En uno de los mosaicos, el que más había impresionado a Delano en su primera visita, se podía contemplar cómo Apolo abatía de un golpe a una pitón gigantesca. Y había llamado su atención no por la evidente maestría de su autor, ni por el realismo con el que había sabido representar a Apolo en la hora de su victoria; si le había impresionado fue por el sencillo motivo de que, en el centro mismo de la cueva, se erguía un cráneo de serpiente de más de cuatro metros de largo y casi dos de ancho. Las mandíbulas descarnadas estaban abiertas en un bostezo de pesadilla. Dentro de las fauces, sentada en un trono de ébano dispuesto bajo los colmillos superiores, se encontraba la sacerdotisa.

La pitia era la mujer más hermosa que Delano había podido contemplar jamás. Aunque era la tercera vez que estaba ante su presencia notó de nuevo la misma sensación de incredulidad y maravilla que le había asaltado en las dos ocasiones precedentes. Su belleza, serena y majestuosa, se irradiaba hacia fuera en lentas oleadas que iban mermando poco a poco la fuerza y la concentración de quien la admiraba. Su pelo negro caía en cascada sobre la pálida tersura de sus hombros desnudos, su mirada era fuego suave presidiendo la magnificencia de un rostro perfecto. Era alta y esbelta; una túnica liviana y transparente envolvía el rotundo prodigio de su cuerpo. Tenía las piernas cruzadas y se sentaba lánguida en el trono de ébano, con la barbilla apoyada en el cuenco de la mano izquierda y el codo reposando en la rodilla derecha. A pesar de lo relajado de su postura, la aureola de poder que la rodeaba era portentosa. A sus pies brillaba y zumbaba la piedra ovoide que era conocida como el Omphalos, la piedra que una vez, durante el proceso de la creación, fue el centro del mundo. Su brillo, entrecortado por sombras fluctuantes, bastaba para iluminar la gruta.

Delano dio un paso en dirección al cráneo y agachó la cabeza en señal tanto de reconocimiento como de veneración. Cuando habló, lo hizo con voz suave, engolada lo justo para no resultar ridículo.

—Vengo de la luz que su gracia me permite recibir... Vengo del lugar donde apenas duran los sueños... Soy descendiente de aquel que restauró el Omphalos... Soy sangre de sangre derramada que una vez consiguió tu merced. Soy el que busca venganza y se hace llamar Delano Gris. Pido audiencia...

—La tienes... —dijo la pitia. Su voz completaba el soberbio cuadro que era la sacerdotisa. Era una voz sensual y cálida, tan cargada de fuerza que casi podía ver cómo el sonido recorría el espacio que los separaba. Sintió una corriente de viejo poder enredándose en su columna vertebral y afianzándose en torno a sus testículos. Una antigua energía brotaba de la pitia, un poder que sólo podía pertenecer a los dioses. La mujer en las fauces de la serpiente tal vez había sido humana en otro tiempo, pero el inmenso poder de Delfos había hecho que trascendiera a su propia humanidad. En cierto modo Delano se encontraba cara a cara, no con un dios, pero sí con la aproximación más cercana que un hombre sería capaz de contemplar de cerca y salir con bien.

—Hacía mucho tiempo que no acudías a mí... —prosiguió la sacerdotisa. Descruzó las piernas y lo miró con expresión disgustada—. Pensé que me habías olvidado.

Delano se acercó unos pasos más antes de detenerse a una prudente distancia de los afilados colmillos de la serpiente.

—¿Olvidarte? Tengo problemas para pensar en algo que no seas tú... —le aseguró.

—Mientes... Eres tan reticente a visitarme como lo fue tu padre.

El juego de luces y sombras que proyectaba el latido del Omphalos en la caverna era asombroso. Su brillo parpadeante se deshacía en confusos fractales que hablaban con el alma de misterios aún por plantear.

—Sabes por qué he venido... —dijo Delano.

—Lo sé... —la pitia sonrió y la luz de su sonrisa rivalizó con el esplendor del Omphalos—. ¿Pero lo sabes tú? ¿Qué preguntas traes? ¿Hablabamos de lo que en verdad te obsesiona o de Misterios Furtivos?

—Lo único que me obsesiona ahora es la cruzada apóstata a la que me han invitado a unirme... —contestó él, rápido. Sin detenerse a considerar alternativas—. Pero necesito saber más de lo que sé antes de tomar una decisión...

En la gruta resonó la carcajada de la pitia.

—Eso es lo que todo el mundo precisa, Delano... Sólo que pocos plantean las preguntas adecuadas por miedo a lo que puedan averiguar... —se reclinó en el trono y lo miró con una intensidad felina—. Y ahora haz las tuyas, Delano Gris... Si está en mi mano, responderé...

Delano tragó saliva antes de hablar:

—¿Qué me puedes decir de una secta llamada Hermandad de la Piedra y el Filo?

La pitia susurró algo ininteligible y su mano se llenó de hojas de laurel, las hojas del árbol sagrado de Apolo. Se llevó una a la boca y la masticó despacio, sin apartar la vista de Delano quien, conocedor de lo que se avecinaba, retrocedió. Apenas se había alejado unos metros cuando el cráneo comenzó a temblar con violencia. El

voraz bostezo de la serpiente cabeceó de izquierda a derecha y derecha a izquierda, como si acechara una presa que sólo sus cuencas vacías podían ver. El suelo bajo el hueso se fracturó y quebró hasta que una intrincada red de fisuras se abrió paso en su superficie, cercando el cráneo. En cuanto el temblor cesó, varias fumarolas de humo gris surgieron de las grietas. La sacerdotisa se echó hacia atrás en su trono y sonrió mientras la respiración de la gruta caía sobre ella. Delano se convirtió en una silueta embozada en la niebla.

La pitia contestó a su pregunta cuando todavía el humo no se había disipado:

—La Hermandad de la Piedra y el Filo... Su pasado es intrascendente, vano, surgieron de la paranoia de un hombre cuerdo y la paranoia los ha guiado desde entonces; su presente es fragmentario y frágil; su futuro es una incógnita porque se adentran, sin saberlo, en la tempestad... La muerte viaja con ellos, Delano... Y sus alfanjes negros se cernirán sobre ti antes de que tu viaje acabe...

—No sé porque, pero no me sorprende demasiado... ¿Quiénes son y qué buscan?

—Son amantes de la entropía e hijos bastardos del caos. Adoradores de la primera mentira. Vienen de uno de los filos más primitivos, moran en las Sombras y, aunque pocas veces se aventuran en la luz, son peligrosos cuando deciden hacerlo. Se han proclamado a sí mismos custodios de los Misterios Furtivos y no dudan en acabar con aquellos que buscan desentrañarlos.

—En este caso se han vuelto más comedidos. Sólo tengo que hacer de guía del grupo y evitar que beban de las fuentes... Demasiada sutileza si lo que quieren es acabar con la cruzada de Rigaud... ¿Por qué no atacarlos sin más?

—Para proteger los Misterios Furtivos, primero hay que conocerlos.

Delano tardó un segundo en comprender a qué se refería la pitia.

—No sólo voy a guiar a Rigaud hasta las fuentes, también voy a llevar a la hermandad hasta allí —tenía sentido, pero sólo en parte ¿por qué no acabar con Rigaud y compañía en Copenhague, hacerse con el mapa y buscar las fuentes ellos mismos? Quizá no quisieran enfrentarse directamente a la organización de Rigaud. ¿O habla algo que se le escapaba?

La pitia esperaba una nueva pregunta y Delano abandonó sus cavilaciones:

—¿Qué me puedes decir de Rigaud y su misteriosa organización?

—Nada.

—¿Nada? —Delano enarcó una ceja, confuso—. ¿Cómo que nada?

—Están fuera de mi alcance. Los rodea un halo de energía mística que resuena en la misma longitud de onda que los Misterios Furtivos.

—¿Qué significa eso?

—Que se han camuflado para que ningún oráculo ni adivino pueda responder preguntas sobre ellos. Está prohibido responder directamente a cuestiones relacionadas con los Misterios Furtivos y, en la práctica, ellos, para mí y para

cualquier otro oráculo, se han convertido en uno. Te codeas con gente importante...

—Vaya... Pues se supone que la hermandad me ha contratado para traicionarlos... —Delano meditó unos segundos. De aceptar el trabajo quedaría atrapado entre dos poderosas organizaciones, una posición siempre difícil para un mercenario. Entrecerró los ojos. Si tomaba parte de la loca expedición de Rigaud cumpliría su cometido de llevarlos hasta las fuentes: eso no entraba en conflicto con las órdenes de Milvidas, es más, eso mismo era lo que el hombre de piedra le había ordenado hacer. Si todo iba bien no tendría que decidir a cuál de los dos grupos iba a traicionar hasta el final del viaje. Se volvió de nuevo hacia el oráculo que masticaba una nueva hoja de laurel con los ojos entornados.

—Había un tipo peculiar con la Hermandad de la Piedra y el Filo, alguien importan te por lo que pude ver. Se llama Dhemian Milvidas, un tipo grotesco, hecho de piedra o algo por el estilo ¿sabes algo de él?

—Es un hederón, uno de los sumos sacerdotes de la Hermandad —contestó el oráculo—. No te enfrentes a él, si lo haces auguro tu muerte en sus manos.

—Fascinante... Hoy son todo buenas noticias...

—Lo que hay es lo que es, Delano Gris... Te predigo el futuro y algunos de sus cauces más probables; en tu mano está evitarlos o proseguir su senda, la decisión final es, o debería ser, siempre tuya. No desoigas mis consejos. Son dados de buena fe.

—Discúlpame... ¿Qué más sabes de ese tal Milvidas?

—Nació humano hace tres siglos en Leuthen, un pueblo de Silesia... —La pitia sonrió, mostrando dos deliciosas filas de pequeños dientes—. ¿Tienes tiempo para escuchar una historia?

Delano asintió.

—Milvidas tenía diecisiete años y otro nombre cuando los prusianos y los austríacos eligieron Leuthen para una de sus más gloriosas y sangrientas batallas. La muerte se desbordó por los campos; diez mil austríacos murieron en esa larga noche, poco más de mil fueron las bajas prusianas. Dhemian era un joven sin más destino que una vida corta plagada de penurias hasta que decidió cosechar su propio botín de guerra tras la batalla.

»Como una voraz ave de rapiña se lanzó a registrar petates y bolsillos. No era el único. Medio pueblo se dedicaba a ello. Dinero, ropas, medallas, piezas dentales. Todo valía. Más de uno mató esa noche por unas botas o una guerrera ensangrentada. El hedor de la muerte se extendía por doquier, mezclado con el olor a pólvora y a carne quemada. Los alaridos de los moribundos eran atroces. A Dhemian eso no le importaba; en su cabeza sólo había lugar para el hambre y la desesperación, y chapoteando entre sangre y vísceras, se dedicó a la tarea de despojar a los muertos de todo aquello que ya de nada podía servirles. ¿Te lo imaginas? ¿Puedes verlo? Un

joven débil, de mirada desorbitada, corriendo ansioso de cadáver en cadáver. Y fue cuando hurgaba en la casaca de un austríaco destrozado en una explosión, cuando una mano aferró la suya y su destino quedó sellado.

»Por piedad... —rogó el soldado entre espumarajos de sangre, saliva y barro—. No me dejes morir aquí... Por favor... te lo ruego...

»Dhemian se apartó de un salto y se frotó la mano contra los calzones, asqueado porque aquel moribundo hubiera logrado tocarlo. El austríaco intentó en vano incorporarse, sus intestinos se desparramaron sobre el suelo bañado en sangre.

«¡Muérete! ¡Muérete! ¡Te han partido en dos! ¿Por qué no te mueres?»

»Soy un encantador... No me rijo por vuestras leyes... pero si me dejas aquí moriré..., tardaré en hacerlo pero moriré... Y no soporto ni el dolor ni la muerte...

»¡Satán te mantiene con vida! —le replicó Dhemian golpeando la masa de tripas que se había vaciado en el suelo. El encantador gritó como nunca antes había gritado, su boca se llenó de sangre y sólo su terrible fuerza de voluntad evitó que buscara el consuelo de la muerte.

»Por favor... —alzó la única mano que aun tenía e invocó varias monedas de plata que cayeron en cascada de la nada al suelo, usando para ello la última chispa de poder que atesoraba—. Puedo enseñarte cosas que jamás has soñado... Puedo darte riquezas sin cuento y tiempo para disfrutarlas... ¡Por favor! Ayúdame y te ayudaré... Telo prometo...

—Le ayudó... —cortó Delano Gris—. La clase de tipo que desvalija a los muertos no suele tener muchos escrúpulos...

—Tienes razón, Dhemian ayudó al hechicero. Cargó lo poco que había que cargar y se lo llevó a su casa, dejando un rastro de despojos tras él. Y cuando el mago le pidió las vidas de sus padres y hermanos a cambio de todo el poder que pudiera soñar, también aceptó, lleno de codicia. Los mató uno por uno, con un cuchillo de deshuesar reses... Vacío la sangre de toda su familia en un caldero que una vez lleno sirvió de bañera al herido. Éste formuló sus palabras, entonó sus cánticos y cuando salió de su baño ya era de nuevo un hombre entero. —El oráculo sonrió, y en su sonrisa brillaban ahora nuevas hiladas de afilados colmillos—. Un baño reparador sin lugar a dudas...

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Dhemian sacrificó a su familia, Delano. Los sacrificó para conseguir fortuna y gloria... Eso es más que suficiente para definir a un hombre, ¿no crees? —La pitia entrecerró sus ojos y se pasó una lengua, afilada y negra, por los labios. Seguía siendo la mujer más hermosa que Delano hubiera visto, pero su belleza se estaba volviendo tétrica, oscura—. El mago cumplió su palabra e instruyó al niño en el misterio y en la magia. Por un tiempo vagaron juntos hasta que, como suele acabar pasando, sus caminos se separaron y tomaron distintas direcciones. Y ahora el camino

de Milvidas se ha cruzado con el tuyo. Ten cuidado, Delano... Esta vez la muerte te ronda más cerca de lo que desearía.

Delano observó a la pitia, cada vez más sombría y terrible en su trono negro. Tragó saliva. Le costaba un gran esfuerzo apartar su mirada de los ojos del oráculo; se veía atraído hacia ellos de una manera desesperada. Sacudió la cabeza con violencia, buscando liberarse de esos ojos ardientes en los que podía perderse para siempre o peor aún: encontrar respuestas a cuestiones que no quería plantear. Su mente, confusa, se aferró a otra pregunta:

—Si acepto guiarlos por los lugares de paso conoceré a un nigromante... ¿Quién es?

La pitia sonrió y el imán que era su mirada pareció relajarse. Tardó un segundo en contestar:

—Se llama Adriano Sforza. Nació en Venecia hace treinta y cinco años. Es hijo de Vladimir Sforza, uno de los mayores magos negros de tu siglo. Vladimir era un recolector. Viajó de tragedia en tragedia recogiendo dolor y sufrimiento, visitó lugares asolados creando un foco de poder maligno en su mansión en Venecia. Ha estado presente en las mayores catástrofes de la humanidad, recolectando la cosecha impía que rezuman las almas de los que agonizan. Eso te puede dar una idea de qué tipo de ejemplo paterno ha tenido tu hechicero.

—Si quieres acabar con la poca moral que me queda sólo tienes que decirme que de tal palo tal astilla.

—No. Es curioso pero no es así. Adriano Sforza no es excesivamente cruel... Pero entiéndeme, Delano, sigue siendo lo que es, eso no puede evitarlo como tú no puedes evitar ser lo que eres —sus ojos resplandecieron, se relamió un segundo y continuó hablando—: Si encuentra algún beneficio en ello te matará, a ti y a cualquier otro que se cruce en su camino. Esa circunstancia puede darse en vuestro viaje; si la percibes cuida bien tu espalda.

—Cuidar mi espalda es mi ocupación favorita —suspiro, desalentado por todo lo que la pitia había dicho—. ¿Pero merece la pena tanto riesgo? —la pregunta era más para él que para la sacerdotisa pero ésta respondió:

—Llegarás a las fuentes, Delano.

—¿Qué?

—Llegarás a las fuentes... —sonrió, desvaneciéndose poco a poco, borrándose a zarpazos entre las fauces de la serpiente que desaparecía también. Los labios de la pitia se curvaron en una nueva sonrisa, llena de malicia—. Llegarás a las fuentes... y las tendrás a tu disposición, Delano Gris, podrás beber de todas ellas si así lo quieres. O de ninguna si ese es tu deseo.

—¡Espera! ¡No te vayas aún! ¡Me quedan preguntas que...

—La consulta ha terminado... —y se desvaneció por completo dejándolo en la

oscuridad. Oscuridad que sólo duró un instante. Porque no era la sacerdotisa de Apolo quien se había desvanecido sino él, devuelta a la realidad, significase eso lo que significase.

Desde la ventana del hotel en Copenhague, Delano alcanzaba a divisar el espigado vértice de la torre del ayuntamiento. Se la quedó mirando largo rato, sintiendo todavía en su cuerpo la tibieza de la ducha con la que se había desprendido del penetrante olor de Delfos. Pronto bajaría a la habitación de Rigaud para comunicarle que, a pesar de todo, aceptaría participar en su locura apóstata.

Cerró la ventana y contempló su imagen en el cristal. La preocupación ensombrecía sus rasgos y marcaba en su piel más arrugas de lo que solía ser habitual. Apenas podía reconocerse. Sintió vértigo. Desoyendo antiguos consejos, Delano Gris leyó entre líneas en su propia reflexión, tratando de reconciliarse con aquella imagen cansada y ajena. Fue un impulso repentino al que no pudo resistirse, influido quizá por el cansancio acumulado en dos días sin dormir, o por la intensa desazón que le habían provocado tanto la conversación mantenida con el oráculo, con sus extrañas predicciones y augurios, como con su hermana, con su charla sobre excusas y falta de decisión. Sea como fuera, olvidó todos los consejos que le habían dado, y enfocó la lectura en el hombre que lo contemplaba en la ventana. Retrocedió de inmediato, sobresaltado por el intenso caudal de información que se vertía desde su reflejo. El verdadero Delano Gris se desplegaba ante sus ojos, de un modo tan brutal como desconcertante. Sus sentimientos más secretos, sus motivaciones, sus esperanzas y sus miedos; toda su esencia en suma quedaba desnuda ante él, abriéndose como una flor diseccionada por un escalpelo maniaco.

Y si apenas había podido reconocerse en el rostro cansado que se reflejaba en la ventana casi le resultaba imposible hacerlo en aquel Delano que le entregaba la lectura entre líneas. *¿Cuánto de nuestra verdadera naturaleza nos ocultamos a nosotros mismos?*, se preguntó, impactado por las continuas revelaciones que surgían de la avalancha de datos que llegaba hasta él. Muchas no sabía cómo interpretarlas, eran demasiado ambiguas o extrañas, pero otras estaban dolorosamente claras. Su vida amorosa, siempre frágil, todas sus relaciones surgiendo del mismo terror atávico a la soledad, a la oscuridad, y todas rompiéndose por el miedo a estar encadenado a algo que no fuera el mismo; su vida entera marcada y perfilada en cada detalle por esos siete años pasados en el infierno; el odio hacia su padre que no sólo fue incapaz de salvarse a sí mismo sino que con su derrota lo condenó a él a la pesadilla...

Y a un segundo nivel, una costra de oscuros temores que sustentaban el grueso de su personalidad y que se podían resumir en uno solo: el miedo a la muerte, un pánico atroz, desmesurado. Había pasado toda su infancia en el infierno y aunque ignorara como ignoraban todos lo que podía aguardarlo una vez traspasara el velo, temía que

fuera aún peor que aquello.

Pero la sorpresa definitiva, lo que le hizo recordar el motivo por el que siempre le habían advertido que jamás debía leer en sí mismo —*nunca sabes qué puedes estar ocultándote, nunca sabes qué puedes llegar a averiguar de ti mismo*—, fue lo que encontró a un nivel más profundo. Bajo aquel mantillo pegajoso de miedo atávico se ocultaba otra capa de sedimentos, un nuevo estrato de la esencia que lo conformaba: temía a la muerte, sí, desde luego, pero en lo más profundo de su ser eso era precisamente lo que deseaba: quería morir. Deseaba la muerte, anhelaba que ésta llegara y le apartara para siempre de la senda que debía seguir. Rompió el contacto con su reflejo, confuso y asustado.

La muerte sería su última excusa.

Heredia le abrió la puerta y la mantuvo abierta hasta que Delano pasó. El joven torció el gesto al verlo, como si se sintiera disgustado por su regreso. Delano siguió sus espaldas cubiertas de cadenas por el pasillo hasta llegar a la sala de estar. En ella sólo se encontraba Rigaud. Sentado en uno de los sofás contemplaba con ojo clínico una enorme copa de coñac, mientras la giraba con lentitud. Heredia los dejó solos sin decir una sola palabra. Se contentó con una media sonrisa dirigida a Delano, que éste no supo cómo interpretar, y se marchó de la habitación.

—Me alegro de que haya decidido acompañarnos a pesar de todo —dijo Rigaud, haciendo un gesto de invitación hacia el sillón que quedaba frente a él, al otro lado de la mesa.

—¿Cómo sabe cuál ha sido mi decisión?

—Está aquí. Eso es bastante revelador.

Delano se acercó a la mesa, cogió la botella de coñac y buscó una copa donde servirse. Necesitaba urgentemente un trago y olvidar aquello que había leído entre líneas en sí mismo, sepultarlo de nuevo en su subconsciente, de donde nunca debía haber salido. Por ahora lo primero parecía más sencillo que lo segundo, si conseguía una maldita copa donde servirse el coñac. Rigaud le señaló un mueble bar bajo el aparato de televisión apagado.

—¿Ha tenido tiempo suficiente para investigarnos? —preguntó mientras Delano se encaminaba hacia allí.

—Su grupo es curioso. No sólo están protegidos contra la lectura, también están ocultos para los oráculos.

—Somos precavidos. Debería seguir nuestro ejemplo y no recurrir a oráculos, son peligrosos y de una fiabilidad más que dudosa... —dijo.

—Gracias por el consejo, pero yo tomo mis propias decisiones —por un momento creyó escuchar en su mente la risa de su hermana Diana.

Delano volvió con la copa y se sirvió hasta el borde de coñac; varias gotas

cayeron sobre la mesa formando una constelación con forma de espada. El calor que descendió por su garganta fue como una caricia consoladora.

—Lamento el incidente de ayer —dijo Rigaud—. Gema Árida se porta a veces como una chiquilla caprichosa... no mide sus palabras y no sabe cuándo pueden causar daño. Está más acostumbrada a tratar con los muertos que con los vivos. Debe disculparla.

—Fue culpa mía... No debí perder el control como lo hice... —levantó la vista y miró a Rigaud—. No puedo prometerle que no vuelva a suceder...

—Tendremos que arriesgarnos... Le quiero con nosotros, Delano Gris... Si alguien nos puede ayudar en esta cruzada es usted...

—Hablando de nosotros ¿dónde está el resto? —quiso saber.

—Gema Árida se ha retirado a descansar. Lleva todo el día preocupada; pensaba que por su causa iba a abandonarnos... Creo que le había caído usted simpático. —Alzó su copa en señal de brindis hacia Delano y la apuró de un trago. Su nuez subió y bajó con tanta fuerza que Delano creyó escucharla hendir el aire—. Charlotte, Alexandre y su oso charlatán están en la terraza del hotel. En cuanto a Heredia, ya lo ha visto. Conociéndolo, ahora mismo debe estar destrozando su habitación o deambulando por las calles en busca de algún tugurio abierto. Eso nos deja completamente solos. ¿Quiere preguntarme algo? Ahora puede ser un buen momento...

—¿Por qué buscan las fuentes?

Rigaud rompió a reír.

—¿No es obvio? —preguntó—. La vida eterna, la perpetua felicidad, el amor y la riqueza absolutos. Todo lo que un hombre puede desear y lo que no se atreve siquiera a soñar... ¿No le parecen motivos suficientes?

—No me refiero a usted en particular. Me refiero a su organización. Las fuentes no son sólo un Misterio Furtivo, también son una considerable fuente de poder. Cualquier agrupación que las controle, bueno... si sus intenciones no fueran del todo correctas... Podrían provocar un Conflicto... Y eso podía tener consecuencias catastróficas...

—¿No cree en la nobleza de nuestros actos?

—¿Nobleza? ¡No me haga reír! Están esperando a un nigromante...

—Ya conoced refrán: la necesidad a veces crea extraños compañeros de cama.

—Claro, y el fin justifica los medios ¿no es así?

—Depende del fin del que estemos hablando... Y en el caso del nuestro, sí, sin duda cualquier medio que usemos quedará justificado si logramos nuestro objetivo. Nigromantes incluidos... —le dedicó una nueva sonrisa; ésta vez a Delano le pareció sincera—. Pero no tiene por qué preocuparse, no somos unos insensatos, hemos investigado en profundidad a nuestro nigromante...

—Cómo a mí... —preguntó. «*Que estoy contratado por la hermandad de Milvidas para traicionarlos...*»

—Cómo a usted... —Rigaud agudizó un poco más su sonrisa mientras observaba la copa ya vacía de Delano—. ¿Otro trago? —ofreció.

Siguieron hablando entre fintas y contrafintas. Delano intentaba salvar las barreras que Rigaud levantaba cuando se tocaba el tema de las fuentes, pero todos sus intentos fracasaron. Rigaud no parecía dispuesto a dar más información de la que ya había dado y tuvo que conformarse con lo que sabía y con lo que le había dicho la pitia. Sobre la una de la mañana descubrieron su afición común por el buen vodka ruso y llamaron a recepción solicitando una botella.

Rigaud era canadiense francés. Había nacido en un pueblo cercano a Québec, hacía casi setenta años.

—¡Quién lo diría! —Delano comenzaba a sentir los cálidos efectos del vodka en conjunción con el coñac. Se sentía amigable y eso le producía cierto desasosiego. El traidor del grupo confraternizando al peligroso borde de la borrachera—. Yo te echaría unos cuarenta años, no más. Te conservas bien para tu edad...

—Trato de cuidarme... El mundo es demasiado maravilloso como para abandonarlo antes de tiempo...

Rigaud provenía de una familia de larga raigambre en los fillos intermedios. Sus padres estaban versados en la magia natural y en la adivinación de sueños, nada demasiado espectacular, pero sí lo suficiente como para que, cuando decidieron abandonar el filo y descender a tierra, no les faltara trabajo, comida y un techo bajo el que cobijarse. Vagaron durante mucho tiempo antes de encontrar, cerca de Québec, un pedazo de tierra al que quisieran llamar suyo. Allí adoptaron el apellido Rigaud, menos exótico que el verdadero, y se dedicaron a vivir de lo que proveía la tierra.

—Podían haber hecho cualquier cosa. Tenían la capacidad y el talento suficiente. Estoy seguro de que hubieran podido conseguir la ciudadanía en cualquiera de las ciudades mágicas. ¿Por qué no lo hicieron? No lo sé a ciencia cierta, nunca hablaron del motivo que les hizo tomar esa determinación, creo que simplemente decidieron abandonar, olvidar lo que se oculta entre las líneas de la realidad y vivir una vida tranquila. Tal vez ambicionaban la normalidad... No sé si puedes comprenderlo...

Delano puso los ojos en blanco y suspiró.

—Mejor de lo que crees. Pero viéndote ahora se me hace difícil imaginarte como un rudo y esforzado campesino...

—Pues lo fui, lo fui... puedo asegurártelo, ayudado por la poca magia que mis padres me dejaron aprender y ciertos artilugios fuera de lo común, sí, pero eso no me libró de doblar el espinazo muchas veces sobre la tierra. Muchas veces. —Le mostró la palma de la mano izquierda, encallecida y agrietada, afanándose en intentar revelar la edad que en verdad tenía—. Cuando tuve uso de razón, y la voluntad y el dinero

necesario para ejercerla, comuniqué a mis padres que esa vida silvestre podía ser adecuada para ellos, pero no para mí. Lo entendieron, ellos habían contemplado un sin fin de horizontes y maravillas, yo sólo conocía campos de trigo... Necesitaba un cambio.

—Y te hiciste asesor fiscal.

Rigaud se echó a reír.

En su nuevo sueño un oso gigantesco irrumpió en el cementerio y saltó sobre los cadáveres que alzaban sus copas hacia él. Era un oso gris rosáceo, con el pelaje sucio de sangre y los ojos de un immaculado azul. Todo su cuerpo estaba atravesado por docenas de espadas y lanzas quebradas. A cada uno de sus movimientos levantaba nubes de sangre. Con el primer golpe de sus garras delanteras destrozó tres engendros; con el segundo fueron cuatro los que salieron despedidos envueltos en nebulosas de tejido descompuesto. La legión de cadáveres se abrió con un rugido y saltó sobre su atacante.

En ese mismo instante la sirena de piedra soltó a Delano y éste cayó de rodillas al suelo, doblado por las arcadas, intentando librarse del líquido ponzoñoso que hervía en su boca destrozada. Trató de levantarse y cayó de bruces entre el barro y la niebla.

Frente a él, los muertos trataban de frenar el avance del oso. El inmenso animal era el centro de un remolino de brazos pálidos que golpeaban, arañaban y desgarraban; alzado sobre sus patas traseras, rugía de dolor y rabia, regando el viento con su sangre y la de los que le atacaban. Delano comprendió que el oso no había venido a rescatarlo.

El animal rugió y redobló su empuje. Sus garras batían el aire una y otra vez mientras su mirada enloquecida se mantenía fija en él.

—*¡Te mataré, traidor, te mataré! ¡Devoraré tu sucia aima!* —aulló, tratando de abrirse camino hasta Delano a golpes de garra. Cuando parecía estar a punto de conseguirlo, los muertos empuñaron las armas que sobresalían de su cuerpo y, con un movimiento simultáneo, las desenterraron de la carne. El oso detuvo su avance, soltó un terrible gruñido y se desplomó hacia delante. La horda de cadáveres saltó sobre él, como una marabunta temible y ciega. Cuando se retiraron, apenas unos segundos después, del oso tan sólo quedaba un esqueleto de límpidos huesos.

Delano abrió los ojos, aturdido. Tardó un instante en darse cuenta de que lo que le había despertado no había sido el final del sueño sino el sonido de golpes a la puerta.

—Voy... voy... —acertó a decir, deslizándose fuera de la cama. La cabeza le pulsaba dolorosamente. Encontró una bata del hotel en uno de los armarios; aún estaba ciñéndose a ella cuando abrió la puerta.

Gema Árida le miró con una sonrisa a medias.

Buenos días, Detano. Me preguntaba si te apetecería desayunar conmigo. El otro día me porté como una imbécil y me gustaría disculparme —le examinó de arriba a abajo—. ¿Te he despertado?

—Sí... más bien. —Se frotó los ojos y reprimió un bostezo—. ¿Qué hora es?

—Casi las once. No tienes buen aspecto.

—Fascinante... Mira, me pego una ducha rápida y me reúno contigo en la cafetería... Y quien tiene que pedir disculpas soy yo... Perdí los nervios...

—Hemos empezado con mal pie.

—Sí... y de verdad que lo siento.

—Bueno, hagamos lo posible por solucionarlo ¿de acuerdo? —la media sonrisa de la espiritista se completó y a Delano le dio un vuelco el corazón.

Convirtió su media melena en una pequeña coleta sujeta con una goma a la altura de la nuca. Escogió como vestimenta una camiseta gris y un pantalón vaquero oscuro, desgastado en las rodillas y a punto de romperse; como calzado unas zapatillas de deporte, también grises. Comprobó su aspecto en el espejo del armario y sonrió satisfecho ante el conjunto. Una vez Kaori lo había descrito como poco atractivo en lo general, pero muy exótico en lo particular. Todavía se preguntaba a qué se refería.

Bajaba hacia la cafetería cuando se encontró, esperándolo en el descansillo de la escalera, a Alexandre y a su remedo masoquista. No pudo reprimir un escalofrío al ver el muñeco y recordar su sueño.

—Buenos días, Alexandre.

—MI SEÑOR LE HACE PARTÍCIPE DE SUS BUENOS DESEOS PARA EL DÍA DE HOY. Y QUIERE MOSTRAR SU CONTENTO POR SU DECISIÓN DE PERMANECER CON NOSOTROS, INVITÁNDOLE A DESAYUNAR. —Alexandre cubría sus ojos negros con unas gafas de sol y su sonrisa tenía algo de burla contenida, un gato ciego de Cheshire.

—Gema Árida ya me ha invitado, pero no creo que ponga ningún inconveniente en que seamos tres.

—No, no pondrá la menor objeción.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puede hacerlo.

—¿Por qué dijo a todos que iba a disparar? Ni siquiera yo sabía si ésa era mi intención.

—MI SEÑOR DICE QUE EN ESE MOMENTO LE PARECIÓ BUENA IDEA. GEMA ÁRIDA TIENE UNA EXAGERADA TENDENCIA A HABLAR DEMASIADO, Y A VECES NO MIDE EL ALCANCE DE SUS PALABRAS. FUE DIVERTIDO VERLA ASUSTADA.

Caminaron hacia la cafetería en el ala este del edificio. Delano cerró los ojos unos instantes, escuchando el bullir mañanero del hotel y el constante gemir del remedo a su espalda. Podía situar ambos sonidos en los polos opuestos de la racionalidad, y era

agradable ser capaz de hacerlo. Por un lado, el trasiego de los camareros, las voces conversando, la risa y los juegos de los niños, la algarabía de los televisores y las radios; todo eso era un catálogo incompleto de lo racional: el mundo lleno a rebosar de la maravilla de lo cotidiano y el milagro, pocas veces comprendido, de la monotonía. La respiración entrecortada del remedo bastaba para transportarlo al reverso irracional que campaba oculto —pero no escondido— a los ojos de la mayoría: un mundo repleto de magia y portentos, un mundo donde se construían ciudades entre líneas que merodeaban en los bordes de los mapas, un mundo enmarañado, guardián de viejos y profanos misterios que se susurran en el silencio de las noches en calma, cuando se está seguro de que los únicos oídos que pueden escucharte son los oídos que alcanzas a ver.

Nunca pierdas de vista la dualidad, niño, es lo único que te asegura la perspectiva suficiente para conservarte cuerdo, lo único que te protegerá de la locura.

Más palabras de Darío. Sonrió. Un ramalazo de optimismo lo embargó y tuvo la certeza de que todo iba a salir bien; sabía que era una certeza caduca y frágil, y que sólo duraría hasta que se presentara el próximo e inevitable ramalazo de pesimismo, pero se permitió disfrutarla hasta entonces.

La cafetería estaba muy concurrida, pero no tuvieron el menor problema para encontrar a Gema Árida. Alexandre leyó entre líneas su situación sólo con contemplar la disposición de las mesas y de las personas que las ocupaban. Sólo había una mesa posible para ella, y allí era donde estaba, junto a uno de los grandes ventanales, mirando hacia la calle.

—¡Hola! —saludó cuando vio sus reflejos en el cristal—. Somos los más madrugadores por lo que veo.

—Bueno... Lo mío no ha sido por elección propia... ¿he tardado mucho?

—Lo suficiente para hacerte el interesante —sonrió a Alexandre—. ¿Vuelves a hablar, cariño?

—NO. —El oso entornó los ojos, por sus mejillas resbalaron dos gotas de sangre—. PIDO PERMISO PARA TOMAR ASIENTO, AUNQUE NO HAYA SIDO INVITADO.

—Tú siempre estás invitado. Además, alguien deberá estar pendiente de que no nos matemos.

Delano tomó asiento en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa de cristal. Alexandre se sentó a su lado.

—Siento muchísimo lo que pasó. Perdí el control —dijo Delano, sintiéndose francamente incómodo. Quería olvidar cuanto antes lo ocurrido, pero se sentía obligado a dar una explicación a la mujer—. Creo que a eso se refería Rigaud cuando habló de mi mentalidad dispersa.

—¿Mentalidad dispersa?

—Sí, así es. A veces alcanzo lo que se podrían llamar puntos de ruptura, cauces

de pensamiento que ni siquiera yo comprendo y que me hacen actuar de la manera más insospechada —era una explicación burda, pero menos peligrosa que confesar que a veces tenía la sensación de que algo en su interior le arrebatava el control de sus actos.

—Sorprendente, por lo tanto hay veces que ni siquiera tú sabes qué es lo que vas a hacer al segundo siguiente. —Más o menos.

Un camarero llegó hasta ellos y aguardó en silencio.

—Para mí un zumo de naranja, un café solo y un bollo de crema —pidió Delano.

—Él tomará lo mismo —dijo Gema señalando a Alexandre. Delano dio cuenta de su desayuno en silencio, sintiéndose restablecido ya por completo de la leve resaca con la que había despertado. Cuando terminó, echó hacia atrás la silla y sacó un paquete de cigarrillos, ofreció a la mesa y Gema asintió con una sonrisa, alargando la mano para tomar uno. Delano sacó uno para él y encendió ambos con su mechero de hueso de grifo. Gema Árida le atraía. Había algo etéreo en ella, un aura de sensualidad a flor de piel en cada uno de sus movimientos; además de ella emanaba el viejo y conocido aroma del salvajismo desbocado, y eso la hacía aún más atrayente. Sintió una terrible desazón cuando recordó que la había apuntado con su pistola. Y sorprendentemente después de aquello le habían recibido con los brazos abiertos, sin hacerle el menor reproche. ¿Qué clase de gente era aquella?

Por unos instantes contempló las nubes de humo ascendiendo hacia el techo, antes de decidirse a hablar:

—Este grupo es una curiosa mezcla de gente. Rigaud es el líder de la expedición y parece un tipo curtido; usted, Alexandre, es un lector y por lo que veo conoce algo de magia; Gema es espiritista —hizo una pausa entre dos bocanadas de humo—. Estamos esperando a un nigromante y yo soy un tipo que se desenvuelve bastante bien por los senderos y los caminos que no están marcados... Todavía no conozco las habilidades del resto y ésta puede ser una buena oportunidad.

—Eres demasiado curioso; eso no es bueno, ya sabes lo que dicen sobre la curiosidad y el gato... —apuntó Gema. Sujetaba el cigarrillo entre los dedos índice y corazón y sus caladas eran delicados besos que se deshacían en humo blanco.

—Me gusta saber con quién cuento a mi lado. Sólo eso. Y yo no soy un gato.

—Juan Carlos es un guerrero. Es efectivo aunque a veces se exceda en sus funciones; tiene una desmesurada predilección por el dolor y los modos de impartirlo. Su lealtad está fuera de toda duda, está hermanado con Rigaud desde que era un chiquillo. .

—Los dos llevan un *ankh* como pendiente... ¿Es algún símbolo de su organización?

—Puede ser...

—Me cansa tanto secretito... Voy a ser su guía en esta cruzada y aunque no esté

hermanado con nadie, tienen más que asegurada mi lealtad —sintió, de pronto, una terrible náusea interior. Alexandre se agitó en su asiento.

—MI SEÑOR QUIERE INTERVENIR DE NUEVO. —La voz del oso se le antojó intranquila, como si hubiera intuido algo errado en él. Alexandre lo miraba fijamente —. QUIERE HACERLE SABER QUE PREFERIMOS EL SILENCIO Y EL SECRETO. ES UNO DE LOS DOGMAS DE NUESTRA ASOCIACIÓN. TENEMOS ENEMIGOS QUE SOSPECHAN DE NUESTRA EXISTENCIA; DE CONFIRMARLA NO DUDARÍAN EN PERSEGUIRNOS HASTA EXTERMINARNOS. EL SILENCIO ES PARTE DE NUESTRO SISTEMA DE DEFENSA. ESPERAMOS QUE LO COMPRENDAS..

—De acuerdo, de acuerdo. —Imaginó los ojos del lector clavados en él tras las lentes negras, tratando de rastrear la fuente de su desasosiego. Delano era inmune a la lectura, pero había cosas que eran demasiado evidentes cómo para ocultarlas. Se levantó de su silla—. Si me disculpan un momento... Necesito empolverarme la nariz...

Salió de la cafetería a buen paso. El remedo susurró algo que Delano no alcanzó a escuchar.

Una vez en los servicios se agarró a uno de los lavabos y se obligó a respirar con calma. Luego se lavó la cara con agua fría, tomó aire y se enfrentó a su imagen reflejada en el espejo —sin pensar en ningún momento en lo que había ocurrido la última vez que estuvo ante su reflejo—. Permaneció unos segundos contemplando su rostro, tratando de convencerse de que el recelo que había intuido en Alexandre era imaginación suya. No ganaba nada sintiéndose culpable.

Por ahora no estás haciendo nada malo, se dijo. Los vas a llevar a las fuentes... Cumplés tanto las órdenes de la hermandad como los deseos de Rigaud... Así que deja de sentirte como un maldito cabrón. Ya tendrás tiempo para eso...

Cuando regresó a la mesa, encontró a Heredia y sus cadenas sentado en la silla que él había ocupado, Los tres lo observaban con evidente curiosidad, el cigarrillo de Gema languidecía entre sus dedos y el humo trepaba por el aire como alargados signos de interrogación. Un apreciable cono de ceniza desafiaba a la gravedad.

—Buenos días, Heredia... Hablábamos de ti hace un instante ¿verdad? —tomó asiento a la mesa observando a Gema y a Alexandre por el rabillo del ojo.

—Sí, así es. Delano está interesado en conocer las habilidades de todos los miembros del grupo. —Gema sacudió la ceniza de su cigarrillo sobre un cenicero de metal—. Quiere conocernos mejor...

—Lo que quiero es que no haya sorpresas...

—La sorpresa es parte esencial de la existencia, Delano —dijo Heredia—. La vida sin sorpresas no sería vida. Sería simple y puro aburrimiento.

—Bendito aburrimiento, proclamo —Delano se frotó las sienes con una mano antes de preguntar a Gema—: ¿Y dónde está nuestro pequeño cachorro?

—Se refiere a Charlotte.

—Duerme aún. Necesita más descanso que nosotros —explicó Gema.

—¿Qué se supone que es?

—Un genio menor de algún filo perdido —contestó Heredia—. No cumple deseos, pero es muy sensible a los posibles peligros. Y dicen que es un cocinero cojonudo.

—Charlotte no conoce la lectura, pero su talento comparte características con ciertos niveles superiores. Rigaud no da ningún paso sin consultarlo con él. Charlotte intuye en todo momento qué grado de posibilidad de éxito hay en una situación después de sopesar y estudiar todos los factores.

—¡Vaya! —Delano estaba sorprendido—. ¿Y qué porcentaje de éxito ha dado a nuestra empresa?

—Antes de que llegaras rondábamos el veinte por ciento —le contestó Gema Árida—. Contigo descendimos hasta el diecisiete, cuando se nos una el hechicero alcanzaremos la cota más alta: un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito. Una apuesta arriesgada, aún...

—Espera, espera... ¿Estás diciendo que mi llegada ha aumentado la posibilidad de fracasar?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Por qué me han contratado entonces? Si ese bicho tiene razón soy un peligro para la cruzada.

—Mi amo me pide que recuerde mis palabras anteriores. Es la unión de factores lo que analiza Charlotte. Ese cincuenta por ciento se consigue uniendo al resto el factor Delano y el factor nigromante. Si prescindiéramos de sus servicios y contratáramos sólo al mago nuestras posibilidades de éxito serían minúsculas.

—¿Lo entiendes ahora, Delano? La suma de las partes es mayor que el todo. —Gema Árida sonrió—. Os necesitamos a los dos para tener alguna probabilidad de triunfo. ¿No es emocionante?

Comió con el resto del grupo en el restaurante, sin hablar apenas. Cuando terminó se excusó y regresó a su habitación. Se tumbó en su cama mientras el día se desvanecía tras la ventana, contemplando el techo blanqueado de la habitación y fumando un cigarrillo tras otro. Vacío su mente de todo pensamiento y fijó su vista en las nubes de humo que creaba, ascendiendo hacia el techo donde remoloneaban en manada hasta desvanecerse. Se durmió, sin sueños que lo perturbaran, arrastrando su conciencia dormida por los territorios desiertos del duermevela. Despertó una hora más tarde. Se fumó el enésimo cigarrillo del día y dejó que su mente vagara por donde el azar quisiera llevarla.

La voz de Darío regresó del pasado, desde el oscuro e infecto agujero que habían compartido durante siete años, sin verse nunca las caras, separados siempre por los húmedos y sucios tabiques de piedra; el adulto, intentando retener la cordura

educando al niño desconocido de la celda contigua; el niño, perdido en la inmensa oscuridad, abrazándose a esa voz cálida para no morir de miedo.

Ninguna elección es fácil. Toda elección es un acto que te libera a la vez que te esclaviza. Desde lo más trivial hasta lo más importante. Tomar una opción es desechar las demás.

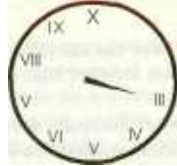
Rigaud llamó a la puerta.

—Es la hora... Vamos a buscar al mago. ¿Vienes?

—Sí... —arrugó el paquete de tabaco, aunque quedaban varios cigarrillos en él, y lo dejó sobre la mesilla. Nunca fumaba cuando trabajaba—. Estoy preparado.

Las verdaderas elecciones son las que no tienen vuelta atrás, el resto sólo son excusas.

Sforza
La puerta
Los lugares de paso
Aarón



Salieron del hotel cuando el atardecer del sábado pintaba de rojo violáceo el celaje del cielo y teñía de negro las aguas del Báltico. La mayor parte de los viandantes los ignoraba, pero algunos les dedicaban miradas que iban desde la curiosidad más inocua hasta la más absoluta perplejidad, ya fuera por su extraña indumentaria —ropa de campaña, trajes de etiquetas, mochilas, cadenas—, o porque detectaran algo equivocado en ellos, como si intuyeran, aunque fuera de manera inconsciente, que aquel grupo iba de camino a un lugar del que nunca sabrían nada.

Delano y Alexandre abrían la comitiva; tras ellos marchaba el resto del grupo, cerrado por Gema Árida y Adriano Sforza quienes charlaban animadamente. El mago tenía una personalidad atrayente, Delano no podía negarlo; dramáticamente afectada quizá, ya que cada uno de sus movimientos parecía realizado con deliberada lentitud, como si siempre se tomara un segundo para meditar lo que se disponía a hacer y luego lo llevara a cabo despacio, intentando no desviarse ni un ápice del plan mental trazado. También hablaba y escuchaba con exagerada afectación, empeñado tal vez en demostrar lo mucho que le interesaba la charla. La media máscara plateada con la mueca de la tragedia que cubría la parte derecha de su rostro le otorgaba un halo de desamparo que había hecho mella en la espiritista. Charlotte, de nuevo en su aspecto de niño y en brazos de Gema Árida, contemplaba al nigromante con una sonrisa embobada.

Sforza era tan encantador que a Delano lo aterrizzaba por completo. Su mirada era amigable y su sonrisa cálida, pero él conocía a los nigromantes y sabía que tras esa mirada y esa sonrisa se ocultaba alguien capaz de cometer las más terribles atrocidades.

La tarde anterior, Delano y Alexandre se habían apartado del grupo mientras aguardaban al hechicero. Cuando llegó, Rigaud fue el primero en acercarse a él. Hablaron durante largo rato y Delano aprovechó ese tiempo para estudiarlo detenidamente. Sforza era un hombre alto, de complexión media. Vestía un elegante traje de etiqueta negro y se apoyaba en un fino bastón blanco. En otra persona, aquel atuendo unido a la máscara griega que le tapaba la mitad de la cara hubiera resultado ridículo, pero viendo a Sforza se hacía difícil pensar en un vestuario más adecuado. Había algo en su indumentaria que recordaba a los clásicos magos de escenario y chistera. La parte del rostro que quedaba a la vista era la de un joven atractivo de rasgos delicados, con el pelo corto y rubio y una sonrisa jovial que pocas veces desaparecía de sus labios.

Delano y Alexandre fueron los últimos en presentarse.

—NOS COMPLACE CONTAR CON USTED —dijo el oso después de presentar a su señor—. BIENVENIDO.

—¡Que encantadora criatura! —Adriano Sforza se inclinó para examinar mejor al peluche. El oso bajó los ojos, turbado por su curiosidad—. Es un remedo, ¿verdad?

—Sí —contestó el propio Alexandre, apático—. Lo es. —En el tono de su voz quedaba bien claro cual era su opinión sobre el nigromante y lo desagradable que le resultaba su cercanía.

Adriano Sforza acarició con dos dedos la cabeza del peluche, su sonrisa había perdido buena parte de su alegría.

—Por lo que veo sus prejuicios no nos van a dar la menor oportunidad de llevarnos bien. —El nigromante parecía apesadumbrado—. ¿No hay nada que pueda hacer para arreglar esta situación? —preguntó, alzando la vista.

Alexandre no se dignó a contestar.

—Lo entiendo, lo entiendo...

Adriano Sforza se acercó a Delano, con la mano extendida y su sonrisa armada de nuevo.

—Ahorre saliva, Sforza —le cortó—. Soy Delano Gris, seré el guía del grupo y espero y deseo que estas palabras sean las últimas que crucemos en todo el viaje.

La sonrisa de Adriano Sforza no varió ni un ápice. Hizo una ligera reverencia, dio la espalda a Delano y se reunió con Rigaud y el resto del grupo.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Nos pueden dar la pelota? —pidieron las niñas tras el vallado del parque junto al que caminaban. Sus madres estaban sentadas en un banco de madera al linde de un camino de piedra blanca, conversando sin prestar demasiada atención a las andanzas de sus hijas. Delano miró a su alrededor sin encontrar ni rastro de la pelota; cuando las pequeñas danesas echaron a correr entre risas se dio cuenta de que había sido víctima de una broma inocente. Sonrió. Aquella jugarreta infantil le levantó el ánimo y ya pensaba que podía tratarse de un buen augurio cuando, a un grito del nigromante, la sangre se le heló en las venas:

—¡Niñas! —La voz de Sforza las hizo detenerse y mirar atrás, con la risa aún suelta en los labios. El nigromante se llevó una mano a la espalda y suspiró tres palabras—. ¿Es ésta vuestra pelota? —preguntó lanzando hacia ellas un balón rojo invocado de la nada. Delano, frenético y sin aliento, siguió la trayectoria de la pelota en el aire tratando de leer entre líneas en ella. Alexandre le asió del brazo y tiró hacia atrás. Sólo entonces se percató de que había estado a punto de desenfundar la pistola.

—No explotará ni nada ¿verdad? —preguntó Gema Árida, intranquila.

—¿Quieres que explote? —preguntó a su vez el nigromante.

—¡No!

Las niñas contemplaban boquiabiertas la pelota que había caído ante ambas. Sforza se despidió con un gesto y echó a andar, lanzando el bastón al aire y atrapándolo al vuelo. El resto del grupo tardó un instante en reaccionar y seguirlo. Delano echó un rápido vistazo hacia atrás: las niñas mostraban la pelota a sus madres, señalando con exagerados ademanes hacia el grupo que se alejaba. Leyó entre líneas en la pelota y aunque no encontró nada de qué preocuparse, tuvo un mal

presentimiento. Sacudió la cabeza y continuó andando junto a Alexandre. Su ánimo, de nuevo, flaqueaba.

—La dualidad se ha vuelto loca en Sforza —comentó el lector en voz baja una vez recuperaron la cabeza del grupo. Su verdadera voz era un respiro tras la estridente vocecilla del muñeco. Todavía llevaba el oso apuñalado en la túnica y de cuando en cuando éste seguía aportando su punto de vista, pero de manera más esporádica—. Su *ying* y su *yang* se han fundido en una amalgama tal que no es ni blanco ni negro, sino todo lo contrario. ¿Me entiendes?

—Fascinante. —Miró otra vez a su espalda. Gema Árida reía con la cabeza echada hacia atrás ante una nueva muestra de ingenio del nigromante; Charlotte babeaba entre carcajadas—. ¿Has leído en él?

Delano no se había atrevido a hacerlo, la sola idea de entrar en contacto con la esencia de un hechicero le daba arcadas.

—Sí. No tenía ninguna protección contra la lectura hasta que yo se la proporcioné.

—ENFERMIZO... SU SENTIDO DEL BIEN Y DEL MAL ESTA ATROFIADO —prosiguió el oso, sus ojos giraron en círculos como si intentara dejar patente la locura de Sforza, reflejándola en la suya propia—. ES INCAPAZ DE PENSAR EN ESOS TÉRMINOS. HA OÍDO HABLAR DE ELLOS, SABE QUE EXISTEN, PERO NO LE INTERESA CONOCERLOS.

—Cree que está más allá del bien y del mal.

—COMO EL AMOR DE NIETZSCHE.

—Para él no somos nada. Ni nos desprecia ni nos odia. Somos tan insignificantes que no nos merecemos el esfuerzo. Nos mataría con la misma emoción con la que nos salvaría la vida.

—Un tipo encantador —remató Delano, poniendo fin a la explicación a dos voces.

La Casa Igual estaba a veinte minutos del hotel. Cuando llegaron la noche cubría ya por entero la ciudad y había traído consigo una fina lluvia envuelta en rachas de viento helado. La construcción se encontraba ubicada en el extremo este de una hilera de edificios de tres plantas, de fachadas coloreadas en una variada gama de tonos pastel, y había que mirar dos veces para poder apreciarla. Era como si a su alrededor se formara un campo opaco, como si la Casa Igual sólo pudiera ser vista si se sabía a ciencia cierta que estaba allí. Delano subió los cinco escalones de mármol blanco que llevaban a la entrada. Las Casas Iguales no estaban nunca cerradas con llave, sus puertas gemelas sólo se abrían ante una frase pronunciada en cualquier idioma:

—«Abandonad toda esperanza» —dijo Delano.

La respuesta de la casa fue inmediata: las puertas se abrieron en un invitador

bostezo en el que los claroscuros de la noche danesa se fusionaron con la iluminación de los fluorescentes del interior. La frase que daba entrada a las Casas le fascinaba, aunque no fuera más que un tópico repetido mil veces desde que Dante la escribiera a las puertas de su infierno, subrayaba a la perfección la intensa melancolía que le embargaba al cruzar el umbral de las Iguales. En la atmósfera de aquellas casas se respiraba una tristeza pesada, patente en todos y cada uno de sus rincones. A veces, al entrar, Delano tenía la desasosegante sensación de que, justo antes de poner un pie en el pasillo, alguien en el interior había parado de llorar, alertado por el sonido de la puerta, y que esperaba en silencio a que aquel extraño abandonara la Igual para seguir llorando.

Uno a uno entraron en la casa. El último en hacerlo fue Sforza, que cerró con sumo cuidado la puerta a su espalda.

—No me importa si sois perros viejos en esto o no... —susurró Delano, con la vista fija en las sombras que bordeaban la puerta al fondo del corredor—. Lo digo siempre que entro con alguien que no conozco en una Igual: Que nadie toque nada, absolutamente nada... A veces los trayectos se trastocan cuando mueves algo y no queremos aparecer en algún lugar que no nos interese...

Tras su advertencia avanzaron en silencio por el pasillo hasta llegar al salón del cisne con el cuello quebrado. La porcelana rota se encontraba sobre una mesa rectangular de cristal cubierta con un bordado azul celeste. El cisne no estaba solo, junto a él paraba una extensa colección de figuras de pájaros; las había de cerámica, de cristal tallado de madera policromada y hasta se podía ver un colibrí hecho en papel de plata. Cercando la mesa y su amplio muestrario de aves se agazapaban dos sillones de grandes orejas y mullidos cojines. En la pared izquierda, tapizada en terciopelo gris, un inmenso cuadro de caza mostraba cómo tres perros negros cercaban a un ciervo blanco al pie de un acantilado; el ciervo se alzaba desafiante sobre sus cuartos traseros, barriendo el aire con su osamenta. En la pared contraria se apoyaban una estantería repleta de libros y un mueble bar vacío; entre ellos se escondía un viejo y polvoriento gramófono con un disco sin nombre sobre el plato, la aguja estaba detenida justo en el surco inicial. En el techo colgaba una lámpara de araña.

La sensación más común que tenían los visitantes de las Iguales era la de la inmediatez constante, el presentimiento de que la aguja del gramófono iba a empezar a destejer la música que el disco guardaba en sus surcos y que el misterio de las casas se iba a desvelar al son de su melodía. Y nadie quería estar allí cuando eso ocurriera. Eso explicaba el apremio con que el grupo atravesó la sala en busca de una puerta idéntica a la puerta acristalada que acababan de cruzar, situada en la pared opuesta. Al atravesarla, en una cabriola de la lógica, se encontraron de vuelta en el pasillo inicial encarados hacia la puerta de entrada; sólo que ya no era ni el mismo pasillo, ni

la misma casa, ni la misma puerta. Cuando salieron de nuevo a la calle habían cambiado el más que fresco anochecer de Copenhague por la noche profunda y ardiente de Calcuta. Volvieron a entrar, abandonando toda esperanza en la entrada. Había algo de pesadilla recurrente en el modo de usar las Casas, como en un sueño pesado en el que se sueña, una y otra vez, que se despierta para darse cuenta de que se sigue soñando.

Calcuta, Bonn, Teruel, Bujara, Tokio... siguiendo siempre la misma pauta y ceremonia, abriendo y cerrando las mismas puertas bajo distintos cielos. Remontando el curso de lo imposible hasta alcanzar el destino final: Luxor, la ciudad que ocupaba el sur de lo que en la antigüedad fue Tebas.

La Casa Igual estaba a escasos metros de la Oficina de Turismo, en la orilla del Nilo. Desde donde se encontraban, alcanzaban a ver, en la orilla oriental, el resplandor de los focos que bañaban la majestad del templo de Luxor, imponiéndose a la tenue iluminación de la carretera que separaba el templo del río. Sobre las aguas oscuras del Nilo se bamboleaban varias barcazas.

—Tengo una furgoneta en un cobertizo en la orilla... —anunció Rigaud—. Estamos a seis kilómetros de Deir-el-Bahari y allí es donde empezará nuestro viaje. —Miró a Delano y a Sforza—. Si alguien quiere renunciar, ahora es buen momento.

Delano negó con la cabeza: ya había tomado su decisión. Sforza golpeó el suelo varias veces con su bastón y miró hacia el cielo punteado de estrellas.

—¿Renunciar? ¿Tan pronto quieres librarte de mí, Rigaud? —preguntó—. Pongámonos en marcha, señores... Encontremos la inmortalidad que los faraones buscaron en vano.

—Ellos iban en pos de la vida eterna, sí, pero tras la muerte. Ésa no es la inmortalidad que perseguimos nosotros, nigromante —apuntó Charlotte desde los brazos de la espiritista—. ¿Acaso son inmortales los fantasmas y los ecos? Inmortal significa no morir nunca, y ellos ya lo han hecho una vez.

Todos comenzaron a caminar tras Rigaud y Heredia.

—Y os recuerdo que no sólo buscamos la fuente de la vida eterna —comentó Gema—. Hay más fuentes, muchas más de las que podemos imaginar. La vida eterna puede resultar tediosa si no está acompañada de, bueno... de otras cosas... —sonrió, soñadora.

—¿Hay alguna fuente de la que pueda beber para conseguir tu corazón? —preguntó el mago, inclinándose y entrecerrando su único ojo visible.

—Prueba a buscarla. Tal vez tengas suerte... —le contestó ella, inclinándose a su vez hacia él.

—Si existe la encontraré, no lo dudes.

—Voy a vomitar —murmuró Delano Gris para sí mientras se abrochaba la

cazadora.

Alexandre caminaba junto a él con la vista puesta aún en el templo de Luxor.

—Ahora comprendo por qué no te hacía gracia entrar a los lugares de paso desde aquí... Este lugar bulle de poder...

—Este lugar es un jodido polvorín esperando la chispa que lo haga explotar... —dijo él con un bufido.

Delano Gris notaba el poder al que se refería el lector hasta en el último poro de su piel. No podía dar un paso sin sentirlo en el aire, no podía respirar sin notar cómo sus posos penetraban en su organismo. En todo Egipto ocurría lo mismo, pero tanto allí, en el lugar que antes había ocupado la antigua Tebas, como en el valle de Gizeh, esa energía quedaba magnificada a través de la paradoja. En aquellos lugares, pasado y presente se daban la mano de una manera incongruente, casi profana. Las construcciones del pasado remoto estaban iluminadas por focos de última generación y las últimas moradas de los faraones compartían espacio con tenderetes y tiendas de souvenirs. Y precisamente por ese marcado contraste entre la historia pretérita y la realidad presente, el misterio que danzaba en el aire, en las rocas, en la arena del desierto, en el mismísimo cielo, quedaba ensalzado.

Delano exhaló una nube de vapor blanquecino y apretó el paso. Cuanto antes se alejaran de allí, mucho mejor.

La furgoneta era una gigantesca Nissan de color gris con matrícula alemana y el cobertizo era poco más que una cuadra, Colocaron las mochilas en la parte trasera del vehículo, entre el ordenado conjunto de cajas, garrafas de agua y latas de aceite y gasolina que se apilaban contra las paredes, a las que, además, habían soldado cuatro estrechos sillones de cuero en su zona central. Delano, Rigaud y Heredia subieron a la cabina y el resto se desperdigó en los asientos del compartimiento de carga. Las dos partes de la furgoneta estaban separadas la una de la otra por una mampara metálica plegadiza. Tomó asiento al lado de la portezuela derecha mientras echaba un vistazo preliminar a la cabina. El símbolo del Filo de la prefectura de Katay —una estrella de cuatro puntas inscrita en un pentágono—, estaba grabado sobre la guantera. Delano se inclinó hacia delante y leyó entre líneas en el salpicadero, acariciando el metal con una mano, de forma distraída. Habían trucado el vehículo en el filo, pero los cambios realizados no habían sido hechos con vistas a facilitarles el viaje sino que se trataba de una simple casualidad; el capricho de un propietario anterior, quizá. O eso o Rigaud y su majestuosa organización manifestaban una preocupante ignorancia sobre la naturaleza de los lugares de paso y las normas a observar allí. De todas formas, una de las dos mejoras realizadas al vehículo si les resultaría útil durante el trayecto: en la prefectura habían reducido el consumo de gasolina hasta niveles sorprendentes —no fue capaz de precisar cuánto, pero por lo que pudo intuir no pasaría de los cinco litros a los cien kilómetros—; pero la segunda

modificación, la que concernía a la velocidad, de poco o nada les iba a servir allí donde se dirigían: la furgoneta era capaz de alcanzar sin problemas los cuatrocientos kilómetros por hora, pero por ley y por sentido común la velocidad máxima permitida en los lugares de paso estaba limitada a los doscientos kilómetros por hora; superada esa frontera se corría el serio riesgo de atraer entes muy peligrosos.

Rigaud invocó su Bolsa Coherente, la abrió y sacó el mapa que debía guiarlos hasta las fuentes. Devolvió la bolsa a las sombras. Observó el mapa durante un instante, lo plegó y lo guardó en la guantera.

—Nos vamos... —anunció.

Heredia sacó unos raídos guantes del bolsillo de su cazadora y embutió sus manos en ellos. Dio una palmada polvorienta y agarró el volante con aire resuelto. El sonido del motor al ponerse en marcha fue como el gruñido bajo de una bestia atrapada en un mal sueño.

La Nissan brincaba entre dunas y tumbas, rumbo al valle de Deir-el-Bahari. Tebas, la que cuatro mil años antes fue la capital del orgulloso Egipto, la No-Amón bíblica, la ciudad de las cien puertas, languidecía en la espectacularidad de su historia, convertida en uno más de los numerosos centros turísticos excavados en torno al pasado. Heredia salió de la carretera principal y rodeó el complejo de edificios y tumbas. No había nubes en el cielo y las estrellas se perfilaban nítidas y frías en el negro aterciopelado de la noche.

Pronto la llanura desértica se vio sustituida por áridas colinas de roca y paredes verticales. Contra una de ellas, en la caldera del valle de Deir-el-Bahari, se levantaba el mausoleo de la reina Hatshepsut. La horizontalidad del templo funerario y la verticalidad del acantilado que lo cobijaba fundían la belleza y matemática de la arquitectura humana con el maravilloso azar de la naturaleza, uniéndose en un conjunto que arrebatava el aliento. Las rampas y las galerías se mostraban en toda su serena majestad en la noche clara.

—Los antiguos egipcios llamaban Dyeseret a esta parte del valle: lugar sagrado... —comentó Rigaud—. Decían que aquí se encontraba el umbral hacia el más allá... —añadió.

—Y por lo que parece tenían razón —señaló Delano.

Rigaud recitó en voz alta, imponiéndose al sonido del motor:

Los jueces que juzgan a los afligidos no se muestran
suaves el día en que los pecadores
comparecen ante ellos.
Es un estúpido el que no siente
un gran respeto por los jueces de los muertos.
Sin embargo, aquél que se presente ante ellos
sin haber pecado,

será como un dios,
libre como los dueños de la eternidad

Guardó silencio, miró a Delano a su derecha y le preguntó, sonriendo:

—¿Has pecado, Delano? ¿Podrías pasar el juicio de los dioses y ser dueño de la eternidad?

—Lo dudo. Soy un tipo vil y cobarde. No tendría ninguna oportunidad — contestó, sorprendido todavía por la poesía de Rigaud, que, si no andaba equivocado, pertenecía al *Libro de los Muertos* egipcio.

Delano miró las sombras tras el cristal con el ceño fruncido. El increíble caudal de magia que había sentido en la orilla se hacía mucho más patente en el valle, como si la cercanía del punto de fracción inquietara el sueño de las energías dormidas.

Heredia redujo la velocidad al aproximarse hacia el mausoleo. Delano esperó a que la Nissan se detuviera por completo para abrir la puerta y saltar fuera. El frío de la noche del desierto le espoleó en su carrera hacia las rocas junto al lateral izquierdo del templo, el lugar donde Rigaud le había indicado que encontraría la entrada al punto de fracción. Los faros de la furgoneta iluminaron con intensidad la pared rocosa, ayudando a Delano en su búsqueda.

Sus dedos palparon la gélida superficie de la pared al tiempo que sus ojos leían entre el gris y el marrón de las piedras. Fue más allá de los accidentes de la roca, profundizó con su mirada en las aristas y fisuras, buscando un esquema en lo accidental que le revelara la estructura que se escondía tras ellas. No tardó en encontrar lo que buscaba: una pauta en la textura que serpeaba oculta entre líneas. Retrocedió un paso, colocó las palmas de las manos a ambos extremos de aquella marca invisible y empujó, resoplando nubecillas de vaho. No tuvo que esforzarse demasiado. Diez metros cuadrados de roca se deslizaron primero hacia atrás y luego hacia la derecha en el más absoluto silencio, dejando a la vista la entrada de una gruta tan magnífica como el propio templo. Delano desenfundó su pistola, atento a la oscuridad y a lo que pudiera surgir de ella. Contó hasta diez y de dos rápidos pasos entró en la inmensa galería. Los faros de la furgoneta apenas alumbraban, pero prefirió sacar su propia linterna y explorar por su cuenta antes de indicarles que se aproximaran más. En la atmósfera flotaba el olor pegajoso del aire estancado. Las paredes estaban pintadas con apagados tonos azules, casi grises; a media altura del muro izquierdo se desplegaban largas cenefas de jeroglíficos mientras que en la pared derecha habían esculpido los bustos de los viejos dioses. Pudo ver a Anubis, a Horus y el perfil leonino de Sekhmet antes de que la oscuridad reclamara la caverna para sí. El suelo era de roca viva, cubierta por una gruesa capa de polvo y arena. El techo se perdía en las sombras y aunque proyectó el haz de luz de su linterna hacia arriba no

consiguió ver nada.

Se acuclilló en la entrada, todavía con la pistola en la mano. Había huellas recientes de cascos de caballo en la arena. Dos jinetes, dedujo, entraron y salieron. Descubrió un goterón oscuro y seco en el suelo y muchos más desperdigados por el terreno. Una simple lectura entre líneas le indicó que era sangre de una de las monturas. ¿Alguien los atacó en el pasadizo? ¿O el caballo ya estaba herido cuando entraron? La distancia entre las huellas no indicaba el trote rápido de la huída sino un paso de marcha normal. Alumbró en semicírculo a su alrededor, pero no vio nada que llamara su atención. Enfundó el arma. Todo parecía despejado.

Hizo una señal con la linterna a la furgoneta y ésta se aproximó despacio. La oscuridad de la galería se replegó ante el empuje de los faros. Delano se dirigió hacia la puerta cuando la Nissan entró en el túnel, alborotando el polvo y la arena. Empujó el lateral rocoso y al instante la pared de piedra se puso en movimiento, deslizándose hacia la izquierda con lentitud. Miró hacia el valle. Sobre una de las terrazas del templo, un vigilante los observaba con interés pero sin sorpresa. Delano pensó que cuando se trabajaba en la noche del Antiguo Reino, la maravilla debía convertirse en rutina. Saludó al hombre con la mano mientras la puerta terminaba su recorrido lateral y comenzaba a desplazarse hacia delante. El vigilante, un segundo antes de que la puerta se cerrase, respondió a su saludo con un rápido movimiento de cabeza. Había reconocimiento en aquel gesto.

La temperatura en el pasaje subió varios grados en cuanto la puerta se cerró. La oscuridad se hizo más profunda en torno a la furgoneta. Delano se acercó hacia ella a buen paso, mirando de reojo a su alrededor. Rigaud abrió la puerta para permitirle subir.

—Alguien estuvo aquí hace poco... —informó nada más sentarse—. Dos personas a caballo.

—Fuimos Juan Carlos y yo, Delano —dijo Rigaud—. Un reconocimiento sobre el terreno mientras preparábamos la expedición. Llegamos hasta la puerta que lleva a los lugares de paso, pero no fuimos capaces de abrirla.

—Uno de los caballos estaba herido. ¿Os atacaron mientras explorabais?

Rigaud negó con dos movimientos de cabeza, pero fue Heredia quien contestó.

—El arnés de mi caballo estaba demasiado apretado, pelo gris... Se hizo una herida con el roce; nada grave, pero bastante aparatoso... —dijo mientras arrancaba de nuevo la furgoneta. La luz de los faros brincó en la oscuridad.

Delano se acomodó en su asiento y fijó la vista en las tinieblas que avanzaban hacia ellos, transformándose en sombras claras cuando la luz de los faros las alcanzaba. Al cabo de unos minutos, el pasaje se convirtió en una suave cuesta descendente. Los bustos de los antiguos dioses egipcios los vigilaban taciturnos desde la pared derecha, envueltos en jirones de oscuridad que la luz del vehículo no lograba

disipar.

El calor en el interior se fue haciendo más y más sofocante. Rigaud activó el aire acondicionado, pero tras unos minutos de relativo frescor el calor se impuso de nuevo. Delano se quitó la cazadora y la colocó en el resquicio entre el asiento y la portezuela. Miró hacia atrás, aflojándose el cuello de la camisa y resoplando. La mampara estaba desplegada hasta el tope y pudo ver cómo Sforza y Gema Árida, sentados el uno frente a la otra en los sillones de cuero más cercanos a la cabina, mantenían la vista fija en el túnel tras el parabrisas. La espiritista le sonrió y él le devolvió la sonrisa tras un instante de duda. Sforza no le prestó la menor atención; la máscara de la tragedia apenas relucía bajo la tenue luz del interior de la furgoneta. Alejandro estaba sentado tras ellos, recostado contra la pared con los ojos cerrados; con una mano, de cuando en cuando y de manera apática, apuñalaba a su remedo; el peluche se retorció de placer con los ojos en blanco. Charlotte Blue yacía desmadejado sobre una de las cajas, agitando sus zarcillos sin orden ni concierto.

—Allí está la salida... —anunció Rigaud.

Delano se giró y fue tal la impresión que le causó ver el gigantesco portón que remataba el pasaje que quedó sin aliento, abrumado por sus dimensiones. Las colosales hojas de madera negra se catapultaban con furia geométrica hacia las sombras que ocultaban el techo. Además, era tal su ángulo de inclinación que daba la impresión de estar a punto de derrumbarse sobre ellos y aplastarlos. A un metro de cada jamba se levantaban dos estatuas gemelas del dios Thot, el dios de la sabiduría egipcio. Las estatuas eran grandiosas, pero en comparación con la puerta no eran más que frágiles miniaturas. Delano se sintió insignificante.

Heredia detuvo la furgoneta y todos descendieron con rapidez y en silencio. Las tinieblas eran tan densas que la luz de los faros sólo lograban teñirlas de gris. Rigaud encendió una potente linterna. Sforza trazó un semiarco con su brazo izquierdo y una llama tornasolada cubrió su mano. La superficie pulida de la puerta brilló, aceitosa. Delano creyó ver su reflejo y el reflejo de los que le acompañaban, pero se trataba de sombras que no tenían nada que ver con ellos. Aquellos retazos de oscuridad se movían como si contaran con vida propia, atrapados en la madera.

Delano leyó entre líneas en la puerta y un torbellino sensorial le hizo recular hacia atrás como si hubiera recibido un golpe en pleno rostro. Un regusto de cobre, ceniza y sangre le inundó el paladar.

Había maldad en aquella puerta y, al tratar de leerla, parte de esa maldad se había colado en su interior. Por un segundo, un velo de furia roja cubrió su mirada. Escupió al suelo, tratando de librarse de aquel sabor a ruinas de la boca.

—Esa cosa apesta a muerte... —musitó la espiritista, contemplándola con los ojos muy abiertos y acariciándose el cuello con una mano—. A muerte antigua, muy

antigua, pero presente todavía. —Tragó saliva antes de continuar—; Hay almas encerradas en la madera... Cientos de almas... Llevan siglos allí dentro y están completamente desquiciadas...

—Me parece muy bien. Yo también lo estaría. ¿Cómo se abre? —preguntó Rigaud.

La espiritista se encogió de hombros.

—No lo sé... He tratado de comunicarme con esas esencias, pero no encuentro respuesta —un escalofrió la recorrió—. Sólo hambre y terror.

—¿Alexandre? ¿Puedes ayudarnos?

—Preferiría no tener que leer en eso.

—Comparto tu opinión —afirmó Rigaud, acercándose hacia él. Delano no creyó escuchar rastro alguno de ironía en sus palabras—. Pero necesitamos saber cómo diablos se abre esa puerta.

—El talento del muchacho no será necesario por ahora —le interrumpió Sforza. En su cara se dibujó una sonrisa que pretendía ser amable, pero que quedaba desfigurada al prolongarse en los labios de la mueca trágica que ocultaba la mitad de su rostro—. Es una puerta nepente... He visto alguna antes, aunque nunca de este tamaño. Creo que voy a resultar útil mucho antes de lo que nadie esperaba...

El mago avanzó hacia la puerta.

—No estaría de más que tuvierais las armas preparadas —les advirtió cuando se encontraba a un metro de distancia del portón—. No sé que habrá detrás, pero podría resultar peligroso.

Rigaud desenfundó dos pistolas ametralladoras de cachas plateadas y Delano empuñó su Sig Sauer. El ruido de los seguros al retirarse se repitió como un eco funesto. Sforza dio el último paso y quedó frente a la puerta, casi rozándola con el rostro. Contempló la madera negra con expresión sombría. La llama chispeante que recubría su mano se avivó y en el difuso círculo de luz que se reflejaba en la puerta, las sombras se hicieron más densas, como si todas las almas que Gema Árida decía que estaban allí atrapadas se hubieran desplazado hasta ese punto, soliviantadas por la luz intrusa. El mago estudió aquel confuso revoltijo de tinieblas movedizas. Desplazó su mano iluminada, arrastrando el reflejo de la luz en la puerta y a las sombras que se arremolinaban sobre él. Tras unos minutos de tensa concentración, Sforza dio un paso hacia atrás, estiró la mano que no estaba iluminada y, señalando hacia el amasijo de sombras, musitó una sola palabra que Delano no alcanzó a comprender. Se giró luego hacia ellos, alzando los brazos como un mago que busca el aplauso del público mientras a su espalda, con un crujido siniestro, la puerta se abría de par en par.

Una vaharada de aire fétido los envolvió a todos. La oscuridad grasienta del túnel se vertió sobre la caverna. Más allá de la puerta se escucharon gritos que no podían provenir de garganta humana, aullidos simiescos y aleteos de seres alados que

echaban a volar, asustados por la inesperada intromisión.

—Sería buena idea que entráramos en la furgoneta —dijo Sforza, echando a andar con paso vivo hacia ella. El bastón blanco había aparecido en su mano por arte de magia y hundía su punta en el polvo revuelto por sus propias huellas—. Dudo que la puerta permanezca abierta mucho tiempo.

El viento nauseabundo danzaba en torbellinos alrededor del grupo. Un lastimero aullido rompió el tenso silencio en el que se había sumido la galería y unos instantes después escucharon el ruido de pasos que huían en estampida hacia delante. Uno a uno ocuparon su lugar en la Nissan. El último en subir fue Delano, mirando con desconfianza hacia la entrada que había despejado el mago.

En unos segundos franquearon la puerta y se vieron inmersos en una oscuridad tal que convertía en diáfana claridad la iluminación de la caverna que los había llevado hasta allí.

Durante un tiempo permanecieron en silencio, atentos a los sonidos del exterior. Era como si hubieran entrado en una exuberante jungla repleta de vida, aunque ni uno solo de aquellos escandalosos seres se dejaba ver. *Están más asustados que nosotros*, pensó Delano.

—¿Qué puerta era ésa? —escuchó preguntar a Gema en la parte de atrás.

—Una puerta nepente creada por un hechicero oscuro —respondió Sforza—. Sus dominios debían de estar situados aquí, en estas mismas cavernas que atravesamos... Los visitantes que ignoran la palabra de poder que abre la puerta son absorbidos por ella y condenados a permanecer allí hasta el fin de los tiempos... Ya no se usan... Ahora hay otros modos de protegerse y éste no resultaba del todo seguro. Las palabras de poder son pocas y un buen mago puede averiguar cuál es la palabra adecuada sólo con escuchar los gritos de los atrapados... No hacen otra cosa que gritarla una y otra vez...

Siglos gritando una única palabra. Atrapados en una vorágine de locura. Delano se estremeció.

—¿Y las estatuas de Thot junto a la puerta? —preguntó la espiritista—. ¿También fueron obra del nigromante?

—Lo dudo. Ese pasaje debió de ser construido por hechiceros del Antiguo Reino... Atraídos tal vez por la magia que emanaba de la puerta. No sé si el nigromante habitaba todavía en su santuario cuando eso ocurrió... De lo que estoy seguro es de que hace mucho tiempo que abandonó este lugar.

La oscuridad se hacía eterna, los faros arañaban su superficie, incapaces de traspasarla más de unos metros.

—¡Joder! ¡No consigo ver nada! —exclamó Heredia, con los ojos convertidos en dos estrechas rendijas y encorvado sobre el volante; de cuando en cuando usaba la manga de su cazadora para limpiar de vaho el parabrisas de la furgoneta.

—No te gustaría ver lo que nos rodea... —le aseguró Sforza—. Conténtate con la oscuridad y sigue conduciendo...

—El túnel es un hervidero de criaturas furiosas... —les informó Alexandre. Se había acercado hasta la división entre la cabina y la trasera, y estaba en pie tras ellos, con las manos apoyadas en los respaldos de los asientos de Heredia y Rigaud—. Se apartan de la luz... Si no fuera por ella, caerían sobre nosotros...

Delano consiguió distinguir una silueta jorobada y contrahecha huyendo en las tinieblas. Agitaba a su paso varias ristras de largos pseudópodos finos y afilados, una mezcla entre tentáculo y arma blanca. La criatura aullaba, aterrada por la proximidad de la luz.

Heredia conducía con suma precaución, esquivando las sombras más densas. Los sonidos que llegaban de fuera eran enloquecedores y la algarabía iba en aumento. Un alarido espantoso resonó durante un largo minuto, tapado luego por un gorgoteo profundo.

—¡Joder! —exclamó Delano. Durante el tiempo que había durado aquel penetrante aullido ni siquiera había pestañeado.

Heredia resopló y encendió el lector de cedés de la furgoneta. *Dire Straíts* invadió la cabina con los primeros acordes de su *So far away*. El joven subió el volumen hasta que el ruido de gruñidos y garras del exterior quedó ahogado por la música. Algo blanco, casi translúcido reculó hacia atrás al paso de la luz, emitiendo un cloqueo gutural. Delano abrió la guantera, sacó el mapa de las fuentes perdidas, lo desplegó sobre sus rodillas y siguió con un dedo el trayecto bajo la mortecina luz del salpicadero, subiendo y bajando a golpe de baches. El túnel que atravesaban estaba representado por dos líneas paralelas de las que surgían un sin fin de pequeños ramales retorcidos, apenas esbozados sobre la tela, afluentes del túnel principal que el autor del mapa sólo había dibujado como referencia. Contempló la representación de la Planicie Montaraz, el único punto del trayecto que conocía, tratando de hacerse una idea del tamaño con la que ésta había sido representada para así deducir la escala que habían utilizado para dibujar el mapa. Quería saber cuánto quedaba de aquel horrible túnel.

Algo golpeó con energía el techo de la furgoneta, graznó y se elevó en el aire.

—Nos están perdiendo el respeto —advirtió Delano.

Y en ese mismo instante el parabrisas estalló. Una lluvia de cristales se precipitó sobre la cabina. Delano se cubrió el rostro con el antebrazo. Alexandre, tras ellos, gritó y reculó hacia atrás, con una mano en el hombro. Heredia perdió durante un segundo el control del vehículo. Dio un fuerte volantazo, que derribó al lector y lanzó a Delano contra su portezuela. Éste soltó un bufido, apretó los dientes y desenfundó su pistola. El tableteo furioso de las armas se unió al pandemonio de rugidos y gritos. Rigaud disparaba a dos manos a través del parabrisas destrozado; sus dos pistolas

ametralladoras refulgían entre los destellos del tiroteo y el humo.

Delano abrió fuego sobre las sombras, medio incorporado sobre el salpicadero. Tuvo un atisbo de una criatura oscura, con el cuerpo recubierto de placas, antes de que un frontal del vehículo la arrollara. La Nissan brincaba descontrolada. Delano vació su cargador y cuando trataba de sacar otro de los enganches de su cinto, Rigaud le lanzó una de sus pistolas y desenfundó una tercera.

Delano bajó la ventanilla para cubrir aquel flanco. La pistola de Rigaud era ligera y en cada lateral de las cachas habían grabado un símbolo en bajorrelieve: una estrella de cinco puntas. Era un arma fabricada en los filos. Su aspecto exterior era el de una pistola ametralladora convencional, pero no había rastro alguno de cargador. La munición estaba en una Sombra y era transportada al arma a medida que era necesaria; la cantidad de balas era prácticamente ilimitada, sólo había que cuidar que la pistola no se calentara en exceso.

Delano no veía a sus atacantes. Sólo intuía bultos informes parapetados tras la oscuridad. Escuchaba sus alaridos y el tableteo frenético de las armas; y, como un contrapunto demente, la música de *Dire Straits*. Los fognazos y las pausas de oscuridad creaban una atmósfera de retardo, de cámara lenta. Todo tenía el sabor lento y maniático de una pesadilla.

Los golpes en la carrocería no cesaban. Rocas de todos los tamaños impactaban contra el vehículo.

—¡Están tratando de romper los faros! —gritó Alexandre, de nuevo en pie.

Aquellas criaturas odiaban la luz. *Bien*, se dijo Delano. Se echó hacia atrás, se levantó a medias y cogió una de las bengalas enganchadas a su cinturón. *Dentro de un momento habrá luz de sobra...*

Antes de que tuviera tiempo de poner en marcha su plan, de atrás le llegó el sonido de la puerta trasera al abrirse. Volvió la vista sorprendido y contempló a Sforza en pie junto a la entrada. El hechicero se le antojó enorme y, aunque tal vez fuera una ilusión producida por el tiroteo, tuvo la impresión de que se encontraba envuelto en un nimbo negro y pulsátil. Algo estalló tras la furgoneta, un resplandor rojizo tiznó los retrovisores con su aliento sanguinario y una vaharada de carne asada anegó el túnel. Los golpes cesaron. Las sombras retrocedieron aullando de rabia y pánico. Delano volvió a encajar la bengala, inútil ya, en su trabilla. Se escuchó un alarido bestial tras ellos y luego nada. Sólo los *Dire Straits* diciendo que alguien llamado Johnny venía a contar una historia.

—Se van... —dijo Delano.

—¿Todos bien? —preguntó Rigaud, recorriendo el grupo con la mirada.

—La piedra que rompió el cristal me acertó en el hombro —dijo Alexandre—. Nada más grave que un moratón.

—Déjame echarle un vistazo... —dijo Gema Árida acercándose hacia él.

Heredia barrió con el dorso de la mano los cristales del salpicadero, sin dejar de conducir. El piso de la cabina estaba plagado de esquirlas. Delano le pasó la pistola a Rigaud. Todavía tenía el mapa de las fuentes extendido en las rodillas con varios fragmentos de cristal encima. Los dejó caer al suelo con una sacudida de sus piernas. Captó el reflejo de las llamas de la explosión provocada por el nigromante en el retrovisor y se tragó una maldición.

El papel de Sforza en el grupo cobraba un protagonismo preocupante. Había abierto la puerta nepente y acababa de poner en fuga a las criaturas que habitaban en el túnel antes de que él pudiera intentarlo con la bengala. Y lo había hecho de un modo tan espectacular como gratuito, la explosión no sólo había servido para despejar el camino, intuyó Delano, Sforza había querido impresionarlos.

Las criaturas del túnel no volvieron a acercarse, aunque en la distancia se escuchaba su frenético y rabioso parloteo. El aire que entraba por el parabrisas roto traía consigo la peste rancia de las cloacas y la putrefacción. Delano se subió el cuello de su camisa hasta tapar su nariz y cerró los ojos. Se dejó mecer por la música, todavía intranquilo. En la parte de atrás, Charlotte, Gema Árida y Sforza teorizaban sobre la naturaleza de sus atacantes. Llegaron a la conclusión de que podía tratarse de animales mutados por el remanente de magia que quedaba en los túneles. Aunque hiciera siglos que el reino del nigromante hubiera desaparecido, todavía quedaban posos de su poder, posos que, según Sforza, perdurarían hasta el final de los tiempos.

Al cabo de unos minutos la atmósfera se dulcificó y una leve claridad se adivinó a lo lejos.

—La luz al final del túnel —anunció Heredia, señalando hacia el círculo lechoso que crecía ante ellos. La luz aparecía cortada a sesgo en algunos puntos, como si algo se interpusiera entre el vehículo y la salida. Delano se incorporó en el asiento y entrecerró los ojos. Allí se había levantado otra puerta nepente, idéntica a la que habían atravesado, de la que sólo quedaban restos desperdigados por el piso polvoriento—. Durante el tiempo que tardaron en llegar hasta la salida, nadie prestó atención a lo que había tras ella. Las miradas de todos estaban fijas en el armazón destruido de la nepente, en las gruesas astillas de madera oscura y los maderos torcidos y quebrados que se amontonaban a ambos lados de la boca de la galería. Daba la impresión de que la puerta había sido volada en parte o que había sido echada abajo con un gigantesco ariete. Lo que quedaba claro era que el ataque había venido del exterior. Las ruinas caían sobre el túnel, erosionadas y cubiertas de polvo pero, a su modo, tan espectaculares como la puerta intacta que habían dejado atrás. Allí dentro se habían enfrentado fuerzas poderosas, y esa destrucción era una prueba palpable de ello.

—¿Las almas atrapadas en la puerta siguen ahí? —preguntó Delano, girándose a

medias para mirar a Gema Árida que en pie junto a Alexandre contemplaba los restos del portón destrozado.

—Sí —contestó—. El hechizo que las ató a la puerta es más fuerte que la puerta en sí.

El polvo que cubría el suelo y los restos de madera negra titilaban bajo la luz clara que entraba por la abertura. Estaban apenas a unos metros de la salida y aquella claridad era molesta después de las tinieblas del túnel. Heredia apagó los faros, sacó unas diminutas gafas de sol de un bolsillo interior de la cazadora y se las puso. Delano hizo pantalla con la palma de la mano inclinada sobre la frente y bajó la cabeza. Rigaud permaneció con los ojos abiertos, contemplando la luz, sonriente.

—Los lugares de paso... —dijo.

La furgoneta salió de las tinieblas moribundas a la luz, fundiéndose con ella y desapareciendo como si ésta la hubiera devorado. El túnel quedó en calma. El polvo que había levantado el paso del vehículo no tardó en estancarse sobre el túnel, sobre las ruinas de la puerta neopent y las almas que aullaban atrapadas en su interior.

Circulaban por un camino de roca vieja, gastada y erosionada por el tiempo. A ambos lados se extendía un mar de hierba salpicada de flores esplendorosas y fragantes. El viento que entraba por el parabrisas roto era levemente molesto, pero pronto se acostumbraron tanto a él como a los insectos ocasionales que chocaban contra ellos. Delano aspiró el aire tibio. El color del cielo era el correcto, pero el sol que brillaba sobre sus cabezas se sostenía demasiado pequeño y anaranjado. Las nubes abrían una perezosa senda entre bandadas de flamencos y garzas blancas que surcaban el cielo, rumbo al sur. El paisaje tendía a la horizontalidad, a la paz. Después del opresivo viaje en la oscuridad, aquello era un regalo divino.

—Deberíamos parar ¿no os parece? —dijo Gema Árida desde la puerta—. Para comprobar los daños en la furgoneta y cosas así... Además el oso de Alexandre necesita ir al baño.

—Pregúntale si puede esperar un rato —le contestó Heredia—. Me gustaría dejar muy atrás ese maldito agujero antes de detenerme...

—No —subrayó su negación con un enérgico movimiento de cabeza—. Sinceramente creo que no puede... Y además dudo que las cosas del túnel se atrevan a salir a la luz del día...

—Está bien, pararemos aquí mismo... —dijo Rigaud—. Una hora tan sólo. Que nadie se aleje demasiado de la furgoneta ¿de acuerdo?

Heredia acercó la Nissan hasta el arcén arenoso que separaba el camino de los campos, espantando a una bandada de garzas que dormitaba en las cercanías y que echó a volar entre graznidos frenéticos y lluvia de plumas. Un viento meloso movía en oleadas los extensos mantos de hierba.

Delano fue el primero en bajar. Estiró los brazos y alzó el rostro al sol diminuto

que colgaba alto en el cielo. Sus rayos tibios le acariciaron la cara y por un instante pensó en su sobrina Etolia y sonrió. Al cabo de un rato se unió a Rigaud y a Heredia en el examen de la furgoneta. Gema Árida desapareció unos minutos entre las altas hierbas y Aíexandre y Sforza se quedaron en las cercanías, contemplando el paisaje, cada uno perdido en sus propios pensamientos. El lector contemplaba taciturno el cielo azul; la mirada del hechicero se perdía en el camino, inexpresiva.

La furgoneta, además del parabrisas destrozado, tenía varias abolladuras de distinta consideración en la chapa y la pintura gris saltada en varios puntos. Nada que les impidiera continuar adelante, aunque quien condujera debería llevar siempre puestas las gafas de sol para evitar la acometida del viento.

—Ojalá esto sea lo más grave que nos ocurra en todo el viaje... —deseó Delano.

—Lo dudo... —auguró Rigaud—. Los Misterios Furtivos tienen la fea costumbre de protegerse a sí mismos... —levantó la vista y le dedicó una sonrisa irónica—. Y si esperaríamos un viaje tranquilo y apacible no te hubiéramos contratado... ¿verdad?

—Quizá por mi gracia y simpatía... —dijo él, sonriendo a su vez.

—Y pundonor y saber estar e infinita modestia...

Delano soltó una carcajada y echó a andar, siguiendo la línea del sendero de piedra. Respiró hondo y se adentró en el mar de hierba hasta que, tentado por la suavidad de aquel verdor, se tumbó en el suelo estirando los brazos en cruz. El frescor del rocío le humedeció la ropa y la espalda. Dobló los brazos tras su cabeza a modo de almohada y cerró los ojos. Ya estaba en marcha. El viaje había dado comienzo y, aunque era incapaz de imaginar en qué acabaría aquello, se sentía más vivo de lo que se había sentido en meses. Abrió los ojos y descubrió justo sobre él una nube de inmaculado color blanco con forma de rosa.

Alexandre se sentó a su lado. Un minuto después se acercó Heredia, arrastrando tras él su enervante ruido de cadenas. Rigaud, Sforza y Gema Árida dialogaban junto a la furgoneta. No había ni rastro de Charlotte, el genio probabilístico debía de haberse quedado en la parte trasera.

—Opinas como Rigaud ¿verdad? Va a ser un viaje difícil —dijo Alexandre.

Delano se incorporó a medias y se encogió de hombros.

—No lo sé... —contestó—. Los lugares de paso suelen ser sitios seguros si no abandonas los caminos y no te sales de las rutas conocidas... Nosotros respetaremos el primer punto, pero no el segundo... La mayor parte de nuestro trayecto se sale de las rutas usuales... No sé lo que nos podemos encontrar allí... Nadie lo sabe.

—Dentro de unos días enlazaremos con las rutas transitadas... Todo será más sencillo a partir de entonces...

—Sí, pero cuando dejemos la Planicie Montaraz nos meteremos otra vez en terreno desconocido...

Heredia sacó su navaja del bolsillo del pantalón, la abrió y la arrojó a la tierra

húmeda, clavándola hasta media hoja entre la hierba. La recogió con un movimiento fluido y veloz y volvió a lanzarla, hundiéndola hasta la empuñadura esta vez. El chasquido resonó como una burla.

—No tenemos que preocuparnos por lo que podamos encontrarnos o no en el camino... Estamos preparados para enfrentarnos a lo que sea —aseguró desclavando la navaja.

—No lo dudo... Pero estar preparado para un conflicto, no significa que lo desees o que no lo evites si tienes la posibilidad de hacerlo.

—Ésa es la filosofía de un cobarde —le espetó el hispano.

Delano se encogió de hombros.

—Es mi filosofía. Y si quieres llamarme cobarde, adelante, no me importa... Seré un cobarde hasta que las circunstancias me obliguen a dejar de serlo... Entonces verás lo bien que sé cuidar de mí mismo.

—Lo veremos, pelo gris... —el joven sonrió antes de arrojar la navaja por tercera vez con más fuerza si cabe. Delano le devolvió la sonrisa, inclinando la cabeza en una suerte de reverencia burlona y se tumbó de nuevo cara al cielo, decidido a dejar pasar el tiempo por el mero placer de hacerlo.

Al cabo de unos minutos, de la furgoneta llegó el aroma de comida cocinándose.

—Charlotte está preparando algo —comentó Alexandre. Delano se apoyó en el codo y miró hacia allí, no fue capaz de dar con el genio pero el olor de comida se intensificaba por momentos.

Heredia alzó la cabeza y olfateó el aire. Su nariz ganchuda se contraía y distendía en el centro de su rostro afilado como un gusano hambriento. Desvió la mirada hacia el cielo donde vagaban las últimas garzas y flamencos que su presencia había puesto en fuga, entornando sus ojos claros. Cuando se movió lo hizo de un modo vertiginoso: se abalanzó hacia su navaja, la desclavó y, sin aparente esfuerzo, la lanzó hacia arriba a una velocidad imposible. Un flamenco graznó una sola vez y cayó a tierra, a unos cien metros de donde se encontraban dejando en su caída un rastro de plumas.

—Que os aproveche... Yo ya estoy servido... —dijo el hispano, levantándose y sacudiéndose el fondillo del pantalón con aire cansino.

Delano no daba crédito a lo que acababa de presenciar.

—¿Qué...? ¿*Qué diablos?* ¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

—Sólo como lo que cazo, gris... —le respondió Heredia mientras se alejaba en dirección al flamenco muerto.

—Será bastardo... —masculló Delano en voz baja, sacudiendo la cabeza, atónito.

El hispano le dedicó un gesto obsceno con la mano izquierda. Alexandre esbozó una sonrisa, sin dejar de clavar sus diminutas espadas y agujas en el cuerpo del muñeco.

—No lo puede evitar: es así.

—¿Cómo? ¿Imbécil?

—ES UNA PERSONIFICACIÓN DE LA BESTIA INTERIOR. LA RESPUESTA VIOLENTA A UN MUNDO VIOLENTO. NO HAY DISIMULOS NI ENGAÑOS. SIN RIGAUD PARA CONTROLARLO AHORA MISMO SERÍA UN PSICÓPATA, UN ASESINO ESCONDIDO EN LAS SOMBRAS U OTRA COSA AÚN PEOR... —continuó el oso, entre espasmos y jadeos.

—Fascinante... —dijo él.

Heredia se sentó ante el ave caída, de espaldas a ellos. Lejano pero claro, Delano escuchó el desagradable sonido de la carne cruda, desgarrada a mordiscos.

—No te lo tomes a mal, pero cada vez estoy más convencido de que estáis todos completamente locos.

—CLARO QUE ESTAMOS LOCOS... PERSEGUIMOS LEYENDAS Y SUEÑOS... ESO NOS CONVIERTE EN DEMENTES. Y TU SABÍAS CON QUIÉN IBAS A COMPARTIR ESTE VIAJE... CAMINAS JUNTO A ASESINOS Y MONSTRUOS, CONDENADOS EMBAUCADORES Y HASTA HABLAS CON UN PELUCHE ¿EN QUÉ TE CONVIERTE ESO A TI?

—Eres un oso jodidamente impertinente... ¿te lo habían dicho alguna vez?

—SI, MUCHAS VECES. PERO NO HAS RESPONDIDO, DELANO GRIS ¿QUÉ ERES TÚ?

—Un cobarde —le respondió cabeceando en dirección hacia donde el hispano continuaba con su festín—. ¿No escuchaste a Heredia?

Gema Árida se acercaba hacia ellos por la senda de arena junto al camino, con tres bocadillos en precario equilibrio en sus brazos. Sacudía su cabeza de un lado a otro, intentando apartarse del rostro el cabello que el viento se obstinaba en revolverle.

—Charlotte me ha dado esto para vosotros. Espera que os guste. —Se dejó caer hasta quedar sentada junto a ellos—. ¿De qué estabais hablando?

—Delano dice que está rodeado de locos. —Alexandre tomó el bocadillo que la mujer le tendía después de limpiarse las manos de sangre contra la hierba húmeda.

—¡Vaya! ¡Todo un halago viniendo de parte del señor Mente Dispersa! —le lanzó blandamente el bocadillo sobre el pecho. Delano se incorporó hasta quedar sentado.

—Eso me puede convertir en un loco esporádico, vuestra demencia es constante y mantenida... —puntualizó. Observó el bocadillo con ojo crítico, empezaba a sentir hambre a pesar de los grotescos ruidos que llegaban desde donde se encontraba Heredia.

—Danos tiempo, danos tiempo... haremos que tu dispersión se centralice.

—No lo dudo. —Desvió la mirada hacia Sforza y Rigaud, que seguían conversando junto a la furgoneta. El nigromante señaló hacia el este, la dirección que debían seguir, y el canadiense miró hacia allí, haciendo pantalla con una mano y asintiendo. Gema siguió la dirección de la mirada de Delano.

—Es un buen tipo. Me esperaba un monstruo sin escrúpulos y me parece una

persona encantadora.

—No, no es un buen tipo. No te dejes engañar —le advirtió Alexandre con un tono de voz tan serio como perturbador—. Ni siquiera creo que sea correcto definirlo como persona. Es un monstruo amoral, él no sabe que está siendo encantador... Se limita a comportarse como se lo indican sus instintos.

—SI LE PEGA UN MAL AIRE PUEDE DECIDIR QUE LE GUSTARÍA VER TU CABEZA EN UNA BANDEJA.

Delano encontró que todo lo que había dicho Alexandre le parecía acertado, así que se abstuvo de hacer más comentarios y se dedicó por completo al bocadillo. Tenía un gusto agradable a carne suave, espolvoreada con limón y especias que no logró identificar.

—Si pretendéis asustarme no lo vais a conseguir... —les advirtió Gema, doblando las rodillas en busca de una postura más cómoda—. Y no os preocupéis por mí, sé cuidarme sola.

—SÍ, POR LO QUE SE VE TODOS SOMOS AUTOSUFICIENTES EN GRADO SUMO. DEBERIAMOS BUSCAR LAS FUENTES POR SEPARADO EN VEZ DE EMPEÑARNOS EN ESTAS ALIANZAS TAN ABERRANTES.

Alexandre examinó su bocadillo, lo encontró adecuado y le lanzó un mordisco tanteador. Asintió complacido. Delano sonrió; en un primer momento había pensado que Alexandre era uno más de esos lectores místicos, demasiado orgullosos de su talento como para rebajarse a observar el mundo desde la perspectiva normal. Esos lectores no se daban cuenta de que la lectura no era un don ni un regalo divino, solamente una disciplina que podía ser aprendida por todo aquel que tuviera la oportunidad de hacerlo. Lo que había confundido con misticismo era un aura de melancolía y tristeza que aunque a veces se atenuaba nunca desaparecía del todo. Alexandre era una persona excéntrica pero, a pesar de eso o por eso mismo, le resultaba agradable. Llegó a la conclusión de que el lector le despertaba simpatía. Pero no estaba seguro de poder decir lo mismo del oso; lo veía como una mórbida conciencia fuera de lugar, un Pepito Grillo defectuoso y deforme. Y no podía olvidar el sueño.

Dieron cuenta de sus bocadillos charlando entre bocado y bocado, saltando de tema en tema con la flexibilidad y la libertad de una charla amistosa que sólo busca matar el tiempo. Alexandre le explicó, cuando trataron el tema de la lectura, que él era un lector de nivel medio: sólo hacia dos años que conocía el arte de leer entre líneas, pero ese tiempo había sido suficiente para que dejara atrás la etapa de iniciado y los primeros niveles.

—¿Cómo te metiste en el jaleo de la lectura? —le preguntó Delano.

—Bueno... fue bastante desconcertante al principio... Era mi último año de carrera y acabé matriculado sin saber muy bien cómo en una asignatura optativa

llamada Técnicas de Lectura Superior. Es una historia muy larga.

—¿Quién te enseñó a ti? —preguntó Gema Árida. Se había ausentado unos momentos y había regresado con una cantimplora, a tiempo de escuchar parte de la explicación de Alexandre.

—Mi padre me enseñó los rudimentos —contestó Delano—. Poca cosa... Podía leer el nombre de las personas y los sentimientos más fuertes. Más tarde un buen amigo me educó hasta convertirme en iniciado. Fue hace mucho y desde entonces no he tenido interés en profundizar más en ello.

—¿Por qué? —Gema Árida se pasó una mano por los labios, espantando a las migas tenaces que se prendían en torno a sus labios.

—En cierto modo porque me siento incómodo... Procuero no usar la lectura en las personas... me resulta violento invadir de ese modo su intimidad —Gema Árida le pasó la cantimplora y Delano bebió un trago antes de pasársela a Alexandre—. Siempre me digo que nunca la volveré a utilizar y siempre acabo haciéndolo. Es enfermizo. Supongo que soy un voyeur de almas o algo por el estilo...

—Todo lo que es bueno tiene un uso equivocado.

—Y todo lo que es vil tiene un uso noble.

—¿Hablas por Sforza, Gema? —se interesó Alexandre, espantando una mosca que trataba de posarse sobre su cara.

—Hablo por hablar —se dirigió de nuevo a Delano—: Es curioso que a pesar de ser un iniciado como dices, no tengas el estigma del lector...

—¿Los ojos negros? No es eso cierto... Durante un tiempo me vino bien cuando jugaba al póquer con los amigos. Pero terminaron por descubrirme... —añadió con una sonrisa—. Ahora no me dejan acercarme a cien metros en días de partida...

Un grito de Rigaud les indicó que la hora de parada había concluido. Delano terminó de comer con dos apresurados mordiscos.

—¿De qué era el bocadillo? —preguntó, levantándose.

—¿Lo preguntas ahora? ¿Cuándo ya te lo has comido?

—Claro. Estaba demasiado bueno como para arriesgarme a preguntarlo antes.

—Es algún tipo de embutido guisado. La Bolsa Coherente de Charlotte está llena de comida de todo tipo. No te preocupes, no te matará. Espero...

Delano no aguantaba el hedor a sangre que despedía Heredia y a los pocos minutos de reanudar el viaje, se marchó atrás. Gema Árida ocupó su lugar en la cabina, más acostumbrada, por lo que parecía, al hispano y sus excentricidades.

Pasó junto a Sforza, que leía ensimismado un libro mientras jugaba con la larga hierba que tenía en los labios, y se sentó en el asiento de cuero más cercano a la puerta y más alejado del nigromante. Charlotte dormía en el asiento que Delano tenía enfrente. Su cuerpo gelatinoso se contraía y se distendía hacia los lados, siguiendo un

curioso compás. Alexandre también dormitaba, sentado en el suelo entre dos cajas de cartón, con la espalda apoyada en la pared. El oso de peluche miró a Delano con ojillos ansiosos, esperando quizá que sus miradas se cruzaran para interpelarlo, pero él no se sentía tan sociable como para charlar con un peluche masoquista, así que esquivó su mirada sin dificultades ni remordimientos. Contempló el camino que iban dejando atrás a través del cristal de la puerta: recto, siempre recto, partiendo en dos el mar de hierba que se entrelazaba con el cielo azul en calma. La monotonía del paisaje y el movimiento de la furgoneta lo fueron adormeciendo. Al cabo de unos minutos Delano cayó en un suave letargo del que salió con un repentino cabeceo, sobresaltado. Durante un instante había creído ver la mueca terrible de la sirena de piedra y las siluetas de la legión de muertos que moraba entre la niebla del cementerio soñado. El sueño acechaba, esperando a que se durmiera para saltar de nuevo sobre él. Sacudió la cabeza. Las ganas de dormir se habían esfumado por completo.

Sforza le dedicó una mirada inexpresiva y continuó con su libro. Delano volvió a fijar su vista en el camino hasta que, de pronto, la furgoneta frenó bruscamente, zarandeándolos a todos. Alexandre chocó contra una de las cajas y despertó maldiciendo. Sforza se incorporó a medias, apoyando la palma de la mano contra el respaldo de su asiento y miró hacia la cabina.

—Hay algo delante... —anunció Heredia desde allí.

—Una barricada... —especificó Gema Árida girándose hacia ellos. El genio seguía dormitando en su asiento, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Delano se levantó y se acercó hacia la cabina con el ceño fruncido. La barricada estaba a menos de un kilómetro, cortando el camino en seco. Se trataba de un grueso tronco de árbol descortezado, envuelto en alambre de espino y recubierto por una maraña de hierros torcidos, de bordes y puntas afiladas. Varios brazos de acero se alzaban de la madera, apuntando hacia delante y hacia arriba. El alambre de espino se prolongaba en un precario vallado que se adentraba unos metros en ambos márgenes del camino.

—¿Qué significa eso? —preguntó Delano.

—PROBLEMAS... —auguró el remedo arrugando la nariz.

Heredia detuvo el vehículo a unos cien metros de la barricada. Cuando Delano y Alexandre salieron de la parte de atrás, seguidos por Sforza, el hispano y Rigaud ya se acercaban hacia la barricada con paso resuelto. Gema Árida se había quedado un poco más retrasada, junto a la portezuela izquierda de la cabina.

Había más de una docena de cabezas decapitadas clavadas en la madera o enredadas entre el alambre de espino. Eran simples cráneos apenas recubiertos por jirones de carne desgarrada, con la mirada negra de sus cuencas vacías perdida entre la tierra y el cielo. Una nube de moscas sobrevolaba el tronco, lentas y aturdidas.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Rigaud se dio la vuelta con rabia— ¡Alexandre! ¡Gema!

¡Venid aquí!

Gema asintió, se acercó a las cabezas a paso rápido y, sin el menor titubeo, colocó la palma de la mano sobre el pelo sucio de uno de los cráneos, apelmazado de sangre seca.

—¿Qué diablos es eso? —Rigaud hizo un gesto despectivo hacia la macabra barricada—. ¿Alguien puede explicármelo?

—Llevan demasiado tiempo muertos para mí —se excusó Gema Árida mientras se levantaba limpiándose la mano contra la pernera del pantalón. A Delano no le sorprendió la entereza de la mujer: era espiritista y para ellos, igual que para los nigromantes, la muerte no era más que la materia prima de su trabajo—. Han alcanzado la muerte verdadera hace mucho. ¿Alexandre?

—Es una advertencia para viajeros... Una prohibición... Esto ya no es zona de paso... Alguien la ha reclamado para sí. —El lector estaba en cuclillas contemplando la barricada con sus ojos negros, escrutando las historias escondidas entre líneas en la construcción y las cabezas que la adornaban—. Los cadáveres son miembros de la casta de un mago negro, sacrificados para tomar dominio del camino. Tienes un camarada, Sforza. Por lo que parece esta zona es un reclamo para los de tu clase... Está levantando un santuario y ha elegido este lugar como tierra propiciatoria.

—Molestarle entonces sería mala idea —aseguró el nigromante—. Nuestras cabezas pueden servir de aviso para los próximos que lleguen hasta aquí. Erigir un santuario es complicado y cualquier interrupción puede resultar fatal.

Delano torció el gesto. Las castas de los nigromantes le ponían los pelos de punta. Los magos negros robaban la esencia de los recién muertos y, mediante uno de sus rituales oscuros, lograban que los que habían amado al difunto les profesaran una demente y total fidelidad.

—Bien, jefe, ¿qué hacemos ahora? —le preguntó a Rigaud tratando de que su voz sonora tranquila—. Una cosa es disparar a bichos asustadizos, otra meterse con un nigromante...

El canadiense se acarició la barba, pensativo.

—¿Dónde está Charlotte?

—Que alguien vaya a despertarlo y lo traiga aquí.

—No conozco todos los detalles y prefiero guardarme cualquier estimación probabilística sobre la posible resolución de un conflicto. Quiero añadir que sea cual sea la decisión tomada, yo la acataré —el genio había adquirido de nuevo su aspecto de niño, más manejable y sólido que su verdadera forma. Oírle hablar con su voz pastosa desde un cuerpo como aquel era desconcertante.

—Vale, gracias... Me has servido de mucha ayuda... —gruñó Rigaud.

—¿Estás pensando en cruzar? ¿Cruzar por ahí? —Sforza lanzó al aire una sola y violenta carcajada. Rigaud no le respondió. Examinaba los terrenos más allá de la

barricada a través de unos prismáticos potenciados y por la expresión de su rostro no le debía gustar lo que estaba viendo.

—Está construyendo como a dos kilómetros de aquí... —dijo—. A la izquierda del camino... *Mierda puta*... Rigaud lanzó los prismáticos a Delano, quien los atrapó al vuelo y buscó el lugar señalado por el canadiense.

Los prados verdes y las flores, que comenzaban a ralear antes de llegar a la barricada, dejaban su sitio a la desolación de los campos arrasados una vez traspasada ésta. Salpicados por ambos márgenes del camino pudo observar pequeños túmulos de distintos tamaños y formas, dispuestos en una pauta extraña no exenta de cierta lógica desquiciante. Todo indicaba largas jornadas de trabajo.

Encontró el santuario: era una construcción ovalada de unos cinco metros de altura, cubierta por placas solares y adornos cabalísticos. La remataba una cúpula de vidrio sucio a medio cubrir por una conjunción de huesos y varillas metálicas colgadas, a modo de grandes anzuelos, del tejadillo de la cúpula; entre éstas sobresalía un largo arpón de hierro oxidado que señalaba hacia el cielo como un dedo quebradizo. Los reflejos que a duras penas le arrancaba el sol eran oscuros y grasientos. Toda la estructura estaba rodeada por un rudimentario sistema de andamiaje donde se afanaban varios hombres desnudos. Desde la distancia no supo apreciar a qué actividad se dedicaban, pero sí pudo ver que hasta el último centímetro de su piel estaba cubierto de sangre.

Podemos abandonar el camino —sugirió Gema—. Ir campo a través...

Sforza negó con la cabeza.

—Toda la zona estará controlada. Y no es seguro abandonar los senderos marcados. —Se inclinó apoyando todo su peso en el bastón y comenzó a balancearse suavemente.

—¿Por qué hace eso? —preguntó ella—. ¿Por qué construye en mitad de un lugar de paso?

—Porque rebosan de energía... La está absorbiendo, focalizándola para construir el santuario. Va a convertir esta zona en un foco de dominio —explicó Sforza sin dejar de balancearse como un siniestro péndulo—. Y no es ningún novato: está jugando con un considerable caudal de poder sin atraer la atención del Panteón Oscuro... Sí en algún rapto de estúpida locura decidís enfrentaros a él, dejadme que os diga que probablemente nuestra cruzada apóstata termine antes de comenzar... —Delano creyó adivinar en las palabras de Sforza una parte de envidia y otra de admiración.

—Quien evalúa los porcentajes de éxito es Charlotte, no tú —le indicó Rigaud.

—¿Qué son esos túmulos que cubren el campo? —preguntó Gema Árida.

Sforza sonrió antes de contestar.

—Tumbas. Buena parte de la casta del nigromante es enterrada en vida. No es

necesario para el ritual, pero la energía de los sepultados se complementa muy bien con la energía del lugar; la sazón, por así decirlo.

—¡Es horrible! —exclamó Alexandre.

—Y opcional —añadió Sforza. Cesó de bascular, lanzó al aire el bastón y lo atrapó con fuerza—. Más aparatoso que efectivo. Yo no soy dado a tales alardes... Es difícil hacerse con una casta numerosa y es una lástima gastarla como mera *performance* de un hechizo.

—Basta de cháchara... Yo digo que pasemos... —dijo Heredia. Sus ojos brillaban enloquecidos. Estaba tan tenso que parecía a punto de romperse. Alzó su brazo derecho e invocó su Bolsa Coherente—. Y que se atenga a las consecuencias si pretende detenernos... —musitó entre dientes.

—Valiente chiquillo... —dijo el nigromante, sonriendo con ironía—. Si tan poco aprecias tu vida podrías dejármela a mí. Haré buen uso de ella, te lo aseguro.

Heredia dejó caer con violencia la Bolsa Coherente, clavó su mirada maniática en el mago y dio un paso hacia delante, cerrando con fuerza los puños.

—¡Basta ya! —ordenó Rigaud—. ¡Tú eres un mago negro, Sforza! ¿No puedes hablar con él? ¿Pedirle permiso para que nos deje pasar sin enfrentamientos?

—Ya puestos también puedo pedir su alma, me va a hacer el mismo caso.

Rigaud guardó silencio. La mirada que dedicaba al nigromante hablaba por él.

Heredia se acuclilló junto a la bolsa, maldiciendo. El canadiense se mesó la barba, con violencia, debatiéndose entre las distintas opciones que pudiera estar sopesando sin saber por cuál de ellas inclinarse. La tensión parecía estar a punto de sobrepasarlo, igual que le ocurría a Heredia. Delano observó a los dos hombres: sus movimientos eran calcados, su agitación gemela. Los dos compartían la misma traslúcida locura de una manera que Delano no supo explicar, pero que se le antojó siniestra, aberrante. ¿Había algo más que casualidad en la extraña simetría de sus comportamientos? Frunció el ceño. Según Alexandre ambos estaban hermanados. ¿Qué significaba ese hermanamiento? Enfocó su lectura en los pequeños *ankhs* dorados que adornaban sus oídos y captó un tenue brillo, un fulgor amaranto que recorría la curva de cada pendiente. El canadiense se giró hacia él y lo miró directamente a los ojos, luego desvió la vista hacia el resto del grupo.

—Pasaremos —dijo, llevándose la mano izquierda al interior de su guerrera negra como si fuera a sacar de ella la llave que les iba a despejar el camino—. Y si tenemos que usar la fuerza, la usaremos.

—¡Qué locura! —exclamó Sforza.

—¡Así se habla! —Heredia abrió su bolsa, hurgó dentro y extrajo varias piezas de metal brillante que extendió a sus pies. En un minuto montó un arma inverosímil. Se asemejaba a un fino y estilizado bazooka de color amarillo sucio, finalizado en una punta de lanza. A primera vista no parecía muy amenazador, pero Delano hacía

tiempo que había dejado de fiarse de las primeras impresiones.

—Es un arma de los filós. Partículas, láser... no tengo ni idea... pero si ese hijo de puta se interpone en nuestro camino pasaremos a través de él.

—Espero que eso no sea necesario... —dijo una voz, extremadamente educada, desde el otro lado de la barricada.

Todos se giraron hacia ella como si fueran una sola persona movida por un mismo resorte. Heredia apoyó la culata del arma sobre su hombro y fue tal su ímpetu al volverse que Delano no comprendió por qué no había disparado al terminar el giro, como sin duda era su intención. La mano izquierda de Rigaud permaneció un segundo más en el interior de su cazadora; cuando salió, lo hizo vacía aunque pálida, como si hubiera empuñado algo al límite de sus fuerzas.

Tras las barricadas los observaba un joven esbelto, de pelo rojizo y revuelto. Su rostro era bello a pesar de las sombras que lo cubrían, y sus ojos, de un verde profundo, brillaban risueños sobre una nariz altiva. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de una cazadora vaquera tan sucia y desastrada como la de Heredia; bajo ella una raída camiseta color crema anunciaba, con letras rojas, que no había futuro para nadie. Se encontraba flanqueado por una docena de hombres desnudos, de rostros carentes de expresión, encorvados bajo un peso invisible; sus manos y antebrazos estaban completamente mutilados, no había rastro alguno de carne o músculos en ellos, sólo falanges y huesos ensangrentados.

—Lamento las molestias que les haya podido causar el encontrar el lugar de paso cerrado —continuó el joven—. Es un camino perdido y no vi inconveniente alguno en hacerme su dueño. Mis disculpas...

Agachó la cabeza para volver a alzarla con una sonrisa renovada. Cada gesto, cada palabra, cada movimiento, irradiaba una rotunda confianza en sí mismo.

—¿Podemos pasar, entonces? —preguntó Rigaud en un tono de voz tan escéptico que sonaba ridículo. Buscó con la mirada a Alexandre, pero el lector parecía desconcertado.

—Desde luego... —contestó el mago—. No hay por qué recurrir a la violencia cuando la educación y las palabras están hechas para evitarla... —Chasqueó los dedos y la casta que lo rodeaba se apresuró, entre jadeos asmáticos, a retirar la barricada, arrastrándola a la vereda con sus brazos esqueléticos, sin importarles en lo más mínimo que el alambre o los hierros se clavaran en su carne.

Delano respiró hondo e intentó leer entre líneas en el mago, pero se encontraba protegido contra la lectura: una protección rancia y antigua, muy antigua. Sintió un hormigueo nervioso recorriendo su espalda. Si Sforza le aterraba, la mera presencia del pelirrojo bastaba para que todos sus sentidos enloquecieran.

El séquito del mago negro volvió a formar a sus flancos una vez retirado el

tronco.

—Dejen que me presente. Mi nombre es Aarón... Soy nigromante y, como puedo ver que tienen un camarada mío en sus filas, no creo que mi presencia les resulte desagradable... Permítanme invitarles a descansar en mi llanura hasta que lo crean oportuno —sus palabras y el tono de su voz no tenían nada que ver con su atuendo ni su aspecto—. Hace mucho que la única compañía que disfruto es la de mis fieles y echo de menos una conversación decente... Y tengo curiosidad en saber cómo han encontrado este camino...

—Nada nos agradecería más que aceptar su ofrecimiento, pero por desgracia viajamos con cierta prisa y nos vemos forzados a declinar tan amable invitación —declamó Sforza con voz engolada. Aarón lo contempló sombrío, sin saber si estaba siendo objeto de alguna broma.

—¿Habla por todos, mi compañero en el arte? —preguntó, sin apartar la vista de Sforza.

Rigaud tomó la palabra:

—Así es. Si las circunstancias fueran distintas aceptaríamos sin dudarlo... Pero ahora nos resulta imposible —comentó el canadiense, frío.

El nigromante pelirrojo recorrió con la mirada a todo el grupo.

—Entonces tómenlo no como una invitación sino como el peaje que exijo por atravesar estas tierras que ahora son de mi dominio...

—Estas tierras no pertenecen a nadie, mago... —le replicó Rigaud—. Estamos en los lugares de paso, son caminos olvidados... Déjanos pasar y sigue con tu tarea, niños inmiscuiremos en ella ni daremos parte a nadie de lo que estás haciendo aquí...

—Cuánta amabilidad... —dijo el nigromante. Un brillo oscuro se posó en sus ojos. Las sombras se avivaron en su rostro—. Tal vez me engañe, pero noto cierta hostilidad en sus palabras... Algo preocupante...

Como única contestación Heredia acomodó el arma de los filos bajo su axila, sin dejar de apuntar al pelirrojo.

—Reniegan de mi hospitalidad y me amenazan a las puertas de mi casa —su tono se volvió tan gélido que cortaba—. Los trato con deferencia, con educación y me apuntan con sus ridículas armas —finalizó dedicando a Heredia una mirada fulminante.

—Velamos por nuestra seguridad... —dijo Rigaud.

Las sombras en su cara se cerraron sobre él como una máscara tenebrosa. El verde profundo de sus ojos dio la impresión de ser capaz de ahogarlos. Delano dio un paso atrás, notando cómo su aplomo flaqueaba y el pánico comenzaba a adueñarse de él.

—Hasta ahora no había motivos para hacerlo... —gruñó el mago.

Dispara, pensó Delano con la vista fija en la espalda y las cadenas del hispano

que seguía apuntando al pelirrojo. *Mátalo o acabará con nosotros*, pidió en silencio sin que la deflagración esperada llegara.

La figura del hechicero parecía agrandarse por segundos. Las criaturas que lo escoltaban gruñían nerviosas, presagiando la matanza.

—Dispara... —musitó en voz baja Delano, acercando la mano derecha hacia su propia arma, enfundada en el cinturón. Sólo Gema Árida escuchó su ruego y lo miró asustada.

Estaba a punto de desatarse, la violencia crepitaba en el aire como una tormenta próxima. Alexandre maldijo en voz baja. Delano siguió la mirada del lector. Tras la barricada los túmulos se agitaban. La tierra rodaba por sus laderas. Cientos de tambores comenzaron a resonar en el camino, descompasados, aterradores. El pensamiento de Delano, azuzado por la adrenalina, vibró un segundo sobre el recuerdo de su sueño. Una de las tumbas se derrumbó y una mano esquelética se agitó en el aire, buscando apoyo, grotesca como una flor infernal que hubiera florecido de pronto. Un mojón de tierra se vino abajo sobre el rostro desgarrado de un cadáver que se desenterraba a dentelladas. Delano trató de recordar cuántos túmulos había visto a través de los prismáticos de Rigaud. No fue capaz. El cuerpo de un gigante se liberó de su prisión, la parte superior de su torso había desaparecido y una segunda criatura montaba a horcajadas sobre los restos de la primera, alzando maniática sus brazos descarnados al sol de los lugares de paso, El nigromante no había sacrificado a su casta como había creído Sforza o, si lo había hecho, conocía el modo de traerlos de vuelta. Un ejército de horrores se alzaba tras la barricada.

—Si buscas muerte la encontrarás —le advirtió Sforza en un tono tranquilo y pausado, pero no exento de cierta provocación que volvió del revés el estómago de Delano. Las miradas de los magos quedaron enfrentadas—. Podemos evitarla por esta vez... Tu santuario casi está terminado... No es momento de jugar con fuego...

Decenas de cuerpos corruptos surgían de los túmulos. Sucios de tierra y podredumbre se erguían a golpe de la energía invisible que les insuflaba el nigromante. Los túmulos más lejanos comenzaban a temblar también, trozos de tierra negra se desparramaban en silencio. Un cadáver con el rostro reventado y repleto de cristales reptó hacia ellos, abriendo sus fauces ensangrentadas y mostrando la constelación de cuchillas que surgían de la confusa masa amoratada que eran sus encías.

—¿Es cobardía o miedo lo que destilan tus palabras?

—Prudencia... Y la arrogancia de saberme poderoso y saber del poder de los que me acompañan.

Sforza lo miró, desafiante por fin.

—¿Te arriesgarás a ver fracasar tu empresa cuando estás tan cerca del final?
¿Buscas la muerte, mago?

Lenta, perezosamente, los cadáveres de brazos descarnados se fueron acercando. Sus dedos en hueso se crispaban al compás de la respiración del mago. Hombres, mujeres y niños, cadáveres todos arrancados de las tumbas donde los sepultaron en vida, se arremolinaron a su espalda. Delano evitó mirarlos. El pensamiento de que su familia podía verse en esa tesitura lo enfureció.

El pelirrojo pareció meditar en silencio las últimas palabras de Sforza. Luego su mirada recorrió de uno en uno a los miembros del grupo. Delano, sorprendiéndose a sí mismo, mantuvo la vista fija en los ojos del nigromante sin flaquear, a pesar del intenso poder que intuyó bajo aquel fulgor verde.

—De acuerdo... —concedió el mago finalmente—. Por esta vez el destino os sonríe... Podéis pasar y seguir vuestro camino con toda libertad.

—Tu benevolencia me aturde.

—No juegues con tu suerte, cara partida, o tu cabeza acabara adornando la cúspide de mi santuario...

Sforza a punto estuvo de hacer un nuevo comentario, pero en el último segundo sus labios solo se movieron en tomo a una sonrisa burlona.

Los muertos se abrieron para crear un pasillo en el camino. El grupo montó en la furgoneta. Heredia confió su puesto de conductor a Gema Árida y pasó a la parte de atrás, sin dejar de apuntar al nigromante que observaba la partida del grupo con expresión sombría. Delano buscó sitio en la cabina junto a Rigaud y a Gema. Por muy poco contuvo el impulso de desenfundar su arma cuando el vehículo arrancó y pasó entre la casta. Sus rostros vacíos lo miraron con el odio atroz de lo muerto hacia lo vivo.

Se alejaron despacio, vigilando siempre al pelirrojo y a su ejército de cadáveres. Nadie hablaba. El silencio solo se veía roto por los jadeos de la casta y el sonido del motor. Aarón se giró despacio para mirar en su dirección, con los brazos cruzados bajo el pecho. Parecía sonreír.

Avanzaron por el reino de pesadilla que el nigromante había erigido en los lugares de paso, vigilados siempre por su casta que, inmóvil y silenciosa, se esparcía por los campos arrasados. A la derecha del camino se levantaban cruces quebradas de madera negra, manchadas de sangre seca. Entre ellas se alzaba un obelisco de metal de cinco metros de alto, en cuya superficie habían grabado a fuego mensajes arcanos que desasosegaban el alma como solo las plegarias dedicadas a los dioses oscuros conseguían hacerlo. Pasaron junto a una montaña de huesos amarillentos sobre la que montaba guardia un niño ciego con el torso despellejado. El niño se arañaba la cara con sus dedos esqueléticos, arrancándose largas tiras de carne. Su boca, desencajada y rota, era una invitación a la locura. Delano sintió como el nudo de angustia de su garganta se hacía más intenso, más opresivo. La furia fría que lo embargaba se avivó

de pronto. Una ráfaga de viento helado recorrió su interior, irradiándose desde sus sienes a todo su cuerpo, llenando cada una de sus articulaciones de la urgencia de saltar, de atacar. En aquella parte de su mente donde moraba la oscuridad, algo sonrió. La visión de aquel niño, de toda aquella casta fabricada de inocentes, era demasiado horrible como para ignorarla y pasar de largo sin tratar de liberarlos, sin tratar de darles el descanso eterno de la verdadera muerte. Por un momento deseo que la presencia oscura que habitaba en los recovecos de su mente se hiciera con el control, aunque eso significara la ruina y la muerte para todos ¿y no era eso lo que de verdad buscaba? ¿No deseaba la muerte?, —pero recordó lo que podría ocurrirles a Diana y Etolia si caía en las garras del nigromante y su furia se transformo de nuevo en miedo—. *Seria digno de mi, se dijo, condenar conmigo a las pocas que me aman.*

Antes de ver el santuario percibieron la peste a muerte que despedía. Delano mantuvo fija su vista en la carretera, evitando mirarlo, intentando ignorar el olor a sangre y los gritos de dolor que surgían de dentro. Poco después encontraron una segunda barricada, retirada ya del camino. No había rastro de miembros de la casta del nigromante pero seguían sintiéndose vigilados.

—La filosofía del cobarde ha surtido efecto esta vez... —comento Heredia desde atrás una vez traspasaron la barrera.

—Vete a la mierda —le espetó Delano. El hispano lo irritaba cada vez mas.

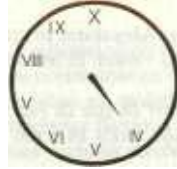
—Un encuentro curioso... —dijo Gema. Ella también parecía afectada por lo que habían visto. Delano esperó que aquello la hiciera recapacitar sobre la naturaleza de Sforza—. Podía ser el mismo nigromante que construyo las puertas del tunel? —pregunto.

—Lo dudo... —respondio Rigaud.

—LA MAGIA DEL PELIRROJO NO RESONABA EN LA MISMA LONGITUD DE ONDA QUE LA DE LAS PUERTAS. ARTES DISTINTAS PERO IGUAL DE NEGRAS LAS DOS. E IGUAL DE PODEROSAS, ME ATREVERÍA A APUNTAR...

Delano miro de nuevo hacia atrás. En la lejanía vislumbro la cúspide del santuario. Uno de los miembros de la casta se había subido al arpón y los vigilaba desde allí. Tardó unos segundos en darse cuenta de que la criatura se había empalado en los hierros: la punta de metal le sobresalía casi diez centímetros de la nuca. Volvió la vista hacia delante, se llevo el puño a la boca y lo mordió hasta que se le pasaron las ganas de gritar.

El tercer sueño
La expedición anterior
El Panteón Oscuro
La encrucijada



Durante cuatro horas viajaron sin novedad por el camino de piedra, imparable rumbo al este. Delano pasó a la parte trasera de la furgoneta en cuanto el aroma de la fritura llegó hasta él, indicándole que Charlotte Blue tenía algo entre manos. No se equivocó. El genio estaba agazapado sobre un hornillo de curioso aspecto, semejante a una lámpara india. Una llama que ardía sin humo flotaba entre la parte superior del hornillo y la bandeja plana donde Charlotte iba sofriendo filetes de carne blanca, lonchas inidentificables y hojas multicolores. La trasera estaba llena de una fragancia deliciosa que hablaba a la par con el olfato y el estómago. Heredia le cedió su asiento y retomó el volante, tan asqueado por el olor de la carne cocinada como Delano con la peste a sangre que le había hecho abandonar la cabina tras la primera parada.

Charlotte preparó media docena de bocadillos y los dispuso en una bandeja sobre un barril, indicando que podían servirse a medida que les apeteciera. En quince minutos habían acabado con ellos. Delano llegó a insinuar que no sería mala idea preparar una segunda hornada. Todavía no estaba seguro de que las artes probabilísticas del genio funcionaran, pero el hecho de que era un cocinero excelente había quedado demostrado más allá de toda duda. El bocadillo era tan delicioso como el anterior. Si el viaje se alargaba mucho, acabarían ganando todos unos cuantos kilos. Tuvo la imagen mental de un grupo de aventureros, que de tan orondos parecían esféricos, chocando unos contra otros y rodando por el suelo como enormes pelotas de playa mientras trataban de llegar a la fuente del adelgazamiento súbito. Delano paró a medio bocadillo, atragantado por lo estúpido de su ocurrencia. Alexandre lo miró con una ceja arqueada y él le hizo participe de su visión. El lector sonrió y agitó la cabeza sin decir nada.

—¿QUÉ PROBABILIDADES HAY DE QUE LA PROFECÍA DE DELANO SE CUMPLA CHARLOTTE? ¿SE CONVERTIRÁN TODOS EN BOLAS MANTECOSAS GRACIAS A TUS SINIESTRAS ARTES?

—¡Esa hipótesis es absurda...! —les respondió el genio. Su tono dejaba bien claro que el comentario no le había hecho ninguna gracia—. Todos los materiales que uso en mis guisos son de primera calidad y bajos en calorías ¡Sólo un necio tendría tal ocurrencia! —soltó un bufido, remató su discurso con un «mentecato» y Alexandre y Delano se echaron a reír a la par ante el furioso arrebató del genio.

Aquel rapto de inofensiva locura le sentó bien. El encuentro con el nigromante le habían ensombrecido el ánimo de una manera brutal, como si después de atravesar una tormenta varios de sus nubarrones, los más pesados y oscuros, se hubieran ido con él, revoloteando tozudos alrededor de su cabeza. Reír de nuevo había servido para ahuyentarlos. *¿Quién sabe?* se dijo, ganado de nuevo por su vertiente optimista, *tal vez no sea un mal viaje después de todo...*

Doscientos kilómetros antes de llegar a ella, ya comenzaron a ser visibles los efectos

de la encrucijada en el paisaje. Del horizonte emergieron diez cielos diferentes mezclados en un collage imposible. Junto a un cielo blanco, repleto de nubes lentas, se veía una borrasca de dimensiones apocalípticas. Más allá, en un cielo azul en calma, un arco iris se partía a media curva para dejar paso a una noche de la que colgaban, como una mirada perpleja, dos lunas llenas gemelas. Era un cielo partido, un cielo de pesadilla y ensueño que devoraba el cielo único que los había acompañado hasta entonces.

En la cabina sólo Delano prestaba atención a aquel espectáculo delirante. Rigaud leía un libro amarillento sobre la constitución alemana y Heredia estaba demasiado concentrado conduciendo y tarareando las canciones de un disco pretérito de Bruce Springsteen. De la parte de atrás, llegaba el murmullo de una conversación en voz baja. Delano se recostó en su asiento, sin perder detalle de la reunión de cielos que se iba extendiendo sobre el horizonte. La naturaleza de los lugares de paso se mostraba al fin en toda su majestuosidad. Hasta entonces, y descontando el sol errado y las tierras desoladas donde el nigromante construía su santuario, el paisaje podía haber correspondido a la tierra, pero ahora aquel fenómeno luminoso y embriagador venía a recordarle por donde viajaban: por la más colosal, fantástica y caótica red de caminos jamás concebida.

Los lugares de paso se entretajan en el espacio sin formar parte completamente de él, pero cortándolo en numerosos puntos. Son las arterias secretas que alimentan un mundo secreto. Los paisajes se intercalan sin orden ni concierto: llanuras de altas espigas plateadas doblegadas al viento; zonas umbrías acechando entre las cañadas de cordilleras de cristal y diamante; mares de colores audaces donde las nubes se sumergen en busca de alimento; desiertos de piedra caliza que se pierden en largos monólogos enloquecidos. Cualquier paisaje, por imposible o improbable que pudiera antojarse puede aparecer a la vuelta del siguiente recodo.

Y aquel cielo roto, desgajado, era el preludio del caos cambiante en que se resume la naturaleza de los lugares de paso. ¿Por cuántos mundos avanzaban aquellos senderos y caminos? Nadie lo sabía. Nadie podía saberlo. Eran caminos abandonados en sus lugares de origen, senderos olvidados que sus habitantes no recorrían y que habían acabado formando parte de aquella desmesurada locura.

Delano se incorporó y volvió a sacar el mapa de las fuentes de la guantera. Lo desplegó con sumo cuidado sobre sus rodillas y lo examinó detenidamente. Aunque la encrucijada estaba marcada en el mapa con un grueso punto negro, las distintas ramificaciones de ésta no aparecían señaladas, tan sólo una línea negra surgía de aquella marca y seguía su camino, rumbo al este. Delano suspiró y lanzó una nueva mirada al caos multicolor al que se aproximaban. Contaba ya once cielos diferentes cuando un duodécimo, una tormenta de torbellinos plateados, surgió del horizonte que comenzaba a quebrarse por las distintas geografías que cobijaban aquellos cielos.

Eso hacía un mínimo de doce caminos. Doce posibilidades a las que sin duda se les sumarían muchas más cuando llegaran al vórtice.

Bueno, se dijo, cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.

Doblaba ya el mapa para devolverlo a la guantero cuando algo en el dibujo llamó su atención. En un primer momento creyó que se trataba de una sombra proyectándose sobre la tela, pero pronto se dio cuenta de su error: no había sombra ni mancha ni doblez: el mapa había cambiado. El trayecto recorrido se había vuelto de un negro brillante mientras que el resto del camino seguía siendo del mismo negro mate, rozando el gris; como si la tinta con la que lo hubieran dibujado hubiera sido repasada de nuevo. Entrecerró los ojos y leyó entre líneas en el mapa. El camino seguía oscureciéndose, de un modo casi imperceptible pero constante. Cada metro que avanzaban era repasado con precisión milimétrica por aquella mano invisible.

Delano se levantó de su asiento para encaramarse a él y pasar al otro lado, con tan mala fortuna que su pie izquierdo quedó atrapado en la separación entre su asiento y el de Rigaud, y cayó desequilibrado hacia delante, golpeándose de bruces contra la puerta corredera.

—¿Se puede saber que diablos haces? —le preguntó Rigaud, mirando hacia atrás.

—¡Alexandre! —llamó él, mientras echaba a un lado la puerta y pasaba. Sforza y Gema se habían despertado con el estrépito. Charlotte y Alexandre lo miraron perplejos tras su accidentada entrada—. ¿Has mirado el mapa desde que comenzamos el viaje? —le preguntó Delano.

—No... la última vez que le eché un vistazo fue en el hotel —dijo, guardando en un bolsillo de su camisa el diminuto sable con el que había estado torturando a su remedo—. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Míralo de nuevo... —se lo tendió y se frotó la mejilla izquierda. Se sentía ciertamente estúpido. Evitó mirar a Gema Árida y Sforza.

Los ojos de Alexandre se convirtieron en dos rendijas oscuras mientras examinaba el mapa. No hubo ningún cambio perceptible en su rostro, el lector se limitó a asentir de pronto y se incorporó llamando a Rigaud. Delano lo dejó pasar en su camino a la cabina.

—Es más que un mapa... —dijo Alexandre, mostrándole la tela mal doblada al canadiense. Rigaud lo miró sin comprender—. Está marcando el recorrido que vamos haciendo... Fíjate en el color del trazo... Se oscurece a medida que avanzamos —le explicó el lector.

—¿Eso nos servirá de ayuda? —preguntó Rigaud, escéptico por lo que parecía, a creer que hubiera buenas noticias.

—Lo dudo. Lo que hace es complicarnos más las cosas. Ahora que está activado no deberíamos desviarnos ni un ápice del camino que marca el mapa.

—¿De lo contrario?

—Ni idea. Pero supongo que nada bueno. Es un mapa sensible... Marca tiempos y ruta. Debemos atenemos a él. Lo que pueda pasar si no lo hacemos es un misterio.

—¿Y si hubiéramos entrado directamente a ía Planicie Montaraz como aconsejaba Delano? —preguntó, cabeceando en dirección ai aludido—. ¿El mapa se hubiera activado?

—Lo dudo... —contestó Alexandre. Se pasó una mano por la frente mientras con la otra sostenía el mapa doblado ante sus ojos, estudiándolo aún—. Es más que un mapa, sí... No sólo nos guía hasta las fuentes, es la llave que nos permitirá acceder a ellas. Y no hay que ser muy listo para saber que no funcionará si no está activado...

—Tal vez eso sea lo que ocurra si nos desviamos —auguró Gema Árida, de pie tras Delano—. Puede que se desactive...

—O TAL VEZ ESTALLE, O LLAME LA ATENCIÓN VE ALGUNA ENTIDAD POCO CONSIDERADA, O NOS EMPUJE A UNA SOMBRA SIN SALIDA O...

—Basta de sandeces —cortó Rigaud—. No sé que ocurrirá si nos salimos del mapa, pero eso no va a pasar. Dejémonos de especulaciones estúpidas. ¿De acuerdo?

Se sumieron todos en un silencio oscuro. Delano pensaba en la encrucijada a la que se aproximaban y en las palabras del remedo de Alexandre. Si se equivocaban al elegir el camino correcto no tardarían en averiguar qué era lo que ocurría al salirse del mapa.

Bostezó y se acurrucó en el asiento. Las más de doce horas de viaje que llevaba a su espalda comenzaban a hacerle mella. Jugueteó con la idea de pasarse a la parte trasera y dormir un rato, pero era agradable sentir en el rostro el viento que se colaba por el parabrisas roto. Además, no quería perderse el espectáculo de los cielos enloquecidos que venían a su encuentro: torbellinos de plata, arcos iris quebrados, noches de dos lunas y nubes azules. Era una conjunción caótica pero hermosa. Ahogó otro bostezo.

Rigaud lo miró y le dedicó una de sus eficientes sonrisas:

—¿Cansado? —preguntó.

—Somnoliento... ¿Tienes pensado parar algún día o pretendes llegar de un tirón hasta la Planicie Montaraz?

—Acamparemos en cuanto dejemos atrás la encrucijada, no te preocupes...

—¿Por qué la llaman así? —preguntó Heredia—. A la Planicie, me refiero...

—Por la nave que la descubrió. Montaraz, así se llamaba —contestó Delano—. Lo curioso es que no es una planicie... ¿Habéis estado allí alguna vez? —preguntó.

Rigaud negó con la cabeza.

—Sé que es uno de los núcleos más importantes de los lugares de paso, pero mis viajes no han hecho necesario que pasara nunca por allí...

—Pues te aseguro que es un lugar digno de verse...

—Tengo la teoría de que una persona se define más por los lugares en los que no

ha estado que por su propia personalidad —dijo Heredia de pronto. Delano enarcó una ceja—. Son sus expectativas y posibilidades lo que le hacen ser lo que es... Su potencial... ¿Entiendes lo que te digo? —le preguntó.

—La verdad es que no —contestó Delano.

—Bueno. No me esperaba menos de ti...

Delano sacudió la cabeza, sorprendido por el rapto de alocada filosofía de Heredia. El sopor llegó renovado, colándose con delicadeza pero sin pausa entre los resquicios de su pensamiento. Lugares donde nunca has estado, definirte con carácter negativo. Mostrarte como lo que no eres. Dar todos los nombres del mundo excepto el tuyo. Una persona es lo que busca, lo que persigue... lo que deja atrás sólo es pasado muerto... montañas de tierra escondiendo los cadáveres del tiempo que llamamos recuerdos... Las fuentes perdidas... Una sirena... Soy una sirena gris que...

Y de nuevo el sueño.

Las lápidas torcidas surgían de la tierra como molares careados, como arrecifes envueltos en la bruma. Él seguía postrado a la sombra de la sirena y su copa. El dolor de su boca destrozada era insufrible; el sabor del brebaje que la estatua le había obligado a beber se iba extendiendo poco a poco por todo su cuerpo. A unos metros de donde yacía se encontraba el esqueleto del oso, tumbado de costado. Entre ellos se apilaban montones de cadáveres, devueltos ya a la condición de materia inerte. Pero habían cambiado desde su último sueño... Ahora sus brazos estaban completamente descarnados. La niebla se enredaba en torno a los huesos desnudos, como si tirara de ellos animándolos a levantarse otra vez.

—Por favor... —se escuchó de pronto en la quietud del páramo.

La voz era un susurro amargo. El gemido de un moribundo. La urgencia de la súplica le hizo incorporarse, pero no para ir en ayuda de quien suplicara sino para escapar de allí antes de que la identidad de éste se revelara. Bajo una verdadera montaña de cuerpos amontonados, a la izquierda del enorme animal muerto, se alzó una mano, ensangrentada y rota, pero con carne y músculos en tomo a los huesos.

—Por piedad... No me dejes morir aquí... Por favor... te lo suplico...

Los muertos temblaban, incapaces de contener aquello que mantenían oculto; la mano libre se abría y cerraba, presa de espasmos. Delano se detuvo y sintió en el sueño las frías corrientes de un *déjà vu* girando dentro de un *déjà vu*.

—Soy un encantador... No me rijo por vuestras leyes... pero si me dejas aquí moriré... tardaré en hacerlo pero moriré... Y no soporto ni el dolor ni la muerte...

La sirena de mármol a su espalda rompió a reír. Sus carcajadas secas estremecieron su cuerpo rocoso.

—Por favor... —de la mano erguida que asomaba de un uniforme austríaco

fluyeron, de una en una, treinta monedas de plata que se precipitaron entre los muertos con un tintineo de cuchillos y sables—. Puedo enseñarte cosas que jamás has soñado... Puedo darte riquezas sin cuento y tiempo para disfrutarlas... ¡Por favor!

Los muertos se hicieron a un lado como los peleles que eran y el nigromante se incorporó todo lo que su cuerpo, seccionado por la cintura, podía permitirle. Su pelo rojo se derramaba por su cara como sangre fresca.

—Ayúdame y te ayudaré... —ya no había súplica en sus palabras, tan solo burla—. Te lo prometo...

Despertó, conmocionado. Se incorporó en su asiento y el sueño y lo que implicaba volvió sobre él como una ola que sólo se hubiera retirado para embestir con más fuerza.

—¡No estaba construyendo un santuario! —gritó.

—¿Qué? ¿Qué dices? —preguntó Rigaud.

—¡Ese cabrón nos estaba esperando! —y en la expresión de Rigaud, serena y fría, llegó la siguiente revelación—. ¡Joder! ¡Y tú lo sabías!

El canadiense lo ignoró por completo y se dirigió a Heredia.

—Deten la furgoneta, Juan Carlos, finalmente acamparemos aquí. Luego miró a Delano detenidamente y le preguntó:

—¿Te dice algo el nombre de Dhemian Milvídas?

—¿Quién? —Delano trató que la sorpresa que le acalabraba el vientre no se reflejara en su cara—. ¿Dhemian Milvidas has dicho? No, no lo conozco. ¿Por qué?

—Porque era el dueño de la Bolsa Coherente en la que encontramos el mapa. La bolsa anclada en las sombras...

Heredia había detenido ya la furgoneta a un lado del camino. Rigaud le hizo un gesto a Delano para que descendiesen y él siguió su indicación, despacio, mordiéndose el labio inferior, con la sensación de haber sido descubierto o estar a punto de serlo. Se encontraban a una hora escasa de la encrucijada y la unión de los retazos de los distintos cielos le hizo pensar en catástrofes inminentes, como si aquel cielo hecho de jirones estuviera a punto de derrumbarse sobre sus cabezas. Se metió las manos en los bolsillos y se giró para hacer frente a Rigaud, dispuesto a averiguar si aquella extraña mascarada llegaba a su fin.

Pero el canadiense ni siquiera lo miraba. Estaba pendiente de los que ocupaban la parte trasera de la furgoneta, que bajaban de ella sin prisa alguna, charlando entre ellos. Cuando Sforza, con su habitual aire cansino, puso pie y bastón en tierra, Rigaud llamó su atención con un leve movimiento de cabeza.

—Ven con nosotros, hechicero. Esto también te interesa a ti... —luego se dirigió al resto—. Quiero hablar con Delano y con Sforza. Los demás podéis hacer lo que se os antoje siempre que no os alejéis demasiado de la furgoneta. Heredia se encargará

de montar el campamento mientras tanto.

—¿Ocurre algo? —preguntó el nigromante cuando llegó junto a ellos.

—Hablaemos mientras caminamos, si no os parece mal. Me muero por estirar un poco las piernas.

Los tres echaron a andar por el camino, con Rigaud en el centro. La luz que llegaba hasta ellos era la luz de un caleidoscopio ebrio; sus sombras en el suelo de piedra eran múltiples y difusas. En el cielo azul claro que quedaba a su espalda, el sol diminuto no se había movido desde que habían entrado en los lugares de paso.

—Delano ha llegado a la conclusión de que el pelirrojo nos estaba esperando —le explicó Rigaud a Sforza, sacando un cigarro habano que encendió antes de preguntar, entre humo recién exhalado—: ¿Qué opinas tú?

El italiano guardó silencio mientras dibujaba el contorno de una de las piedras con la punta de su bastón, luego chasqueó la lengua y habló, muy despacio, como era costumbre en él:

—Entiendo el proceso lógico con el que nuestro guía ha llegado a esa conclusión... —Delano frunció el ceño, no había seguido más lógica que la de aquellos disparatados sueños—. Aarón no eligió aquel lugar por azar para construir su santuario... ¿Por qué elegir un terreno tan cercano a un punto de fracción? Es un riesgo innecesario, podía ser descubierto por los Garantes... ¿Por qué correrlo entonces? —preguntó, entrecerrando su único ojo visible, para luego responderse a sí mismo cambiando levemente el tono de su voz—. Por el control. Control del paso... Quería controlar el camino, sabía que cualquiera que usara la entrada de Tebas pasaría por allí... Sí, desde luego..., nuestro pelirrojo esperaba a alguien... Lo que no alcanzo a comprender es por qué nuestro guía está tan seguro de que nos aguardaba a nosotros y no a otros.

—Muy pocas personas conocen esta entrada, Sforza —le contestó Rigaud—. Y los que la conocen o han estado en contacto con el mapa o forman parte de nuestra organización... —mordisqueó el cigarro y escupió al suelo un desagradable salivazo negro—. Delano tiene razón, pero sólo en parte. Ese nigromante estaba esperando a alguien, sí, pero no a nosotros. Esperaba a Dhemian Milvidas... —dio una fuerte calada al puro y los miró, primero a Sforza y luego a Delano—. Esperaba al hombre que lo traicionó hace medio siglo, cuando ambos buscaban las fuentes perdidas.

Delano tragó saliva, preguntándose una vez más por la procedencia de aquellos sueños proféticos y delirantes. El último era un calco de la historia que el oráculo le había contado sobre la iniciación de Dhemian, y Rigaud acababa de confirmarle que su sueño, aunque retorcido, era real: el mago negro al que Milvidas había salvado de la muerte era el mismo pelirrojo que había tomado una parte de los lugares de paso para su uso privado.

—¿Quiénes son ese Aarón y ese tal Milvidas? ¿Y cómo habéis averiguado todo

eso? —preguntó Delano. La sensación de irrealidad que lo embargaba era tal que apenas podía pensar. Su mente se había convertido en un torbellino de pensamientos dispersos que se atropellaban unos a otros como en una película mal montada.

—Dentro de la Bolsa Coherente no sólo encontramos un mapa —Rigaud sonrió—. Había otros objetos en la bolsa, algunos relevantes de por sí... otros lo fueron después de ser analizados minuciosamente... El trabajo no acabó allí. También hubo investigación de campo... Pero olvidemos cómo lo averiguamos. Lo que de verdad importa es lo que aprendimos:

»Hace cincuenta años, Aarón Breithenthaler y su discípulo Dhemian Milvidas organizaron una gran expedición en busca de las fuentes perdidas. Esta cruzada apóstata estaba formada por la casta del mago y por más de sesenta mercenarios del clan Sargazo. Aarón nunca tuvo la intención de beneficiarse de los efectos de las fuentes, no: buscaba el lugar en sí, un lugar de poder desmedido donde ejecutar uno de los grandes rituales de la magia oscura. Buscaba el terreno propicio para el Arribo Eterno.

Sforza se detuvo a medio paso y preguntó, incrédulo:

—¿El Arribo Eterno? ¡Es una locura autodestructiva! —agitó la cabeza, asombrado y perplejo—. ¡Nadie en su sano juicio trataría de realizarlo!

—¿Qué diablos es el Arribo Eterno? —preguntó Delano.

—Un ritual de metamorfosis y control... —contestó Rigaud—. Se abandona el cuerpo para entrar en otra esfera... una dimensión de influjo fuera de toda lógica según cuentan. En ella se dispondría del control total sobre todo lo que muere desde el momento en que el ritual tiene éxito hasta el fin de los tiempos... Eso es lo que se supone que ocurre. Es un hechizo negro antiquísimo... De los tiempos del Rey Muerto. ¿Me equivoco, Sforza?

—No. Muchos dicen que fue el mismo Aazardian quien ideó el ritual. Aunque nunca lo puso en práctica... Nadie, nunca, jamás... ha intentado realizarlo. Los Grandes Rituales son magia teórica, el verdadero reto consiste en idearlos, nada más. En teoría pueden funcionar, sí, pero en la práctica son irrealizables. El Panteón Oscuro nunca permitiría que nada de tal índole se llevara a cabo...

—De acuerdo entonces... —dijo Delano—. Nuestro pelirrojo es un megalómano chiflado y marchaba tras las fuentes para convertirse en algo parecido al señor de la muerte. ¿Qué ocurrió? ¿Qué salió mal?

—Dhemian Milvidas. Eso fue lo que le salió mal. Sus planes eran muy diferentes a los del mago, más prosaicos por así decirlo. Quería encontrar las fuentes para su propio beneficio. Llevaba años siendo la sombra de Aarón y había decidido que ya era hora de cambiar de aires y labrarse una reputación por sí mismo. Su plan era sencillo: mientras el nigromante le resultara útil seguiría con su papel de fiel sirviente y alumno, pero en cuanto alcanzara su objetivo, lo eliminaría.

—¿Eliminarlo? ¿Y qué le hacía pensar que podría hacerlo? —preguntó en ese momento Sforza—. He visto el poder latente en el interior de ese hechicero, y es un poder inmenso, abrumador. Y aún así... Aún así es un poder herido. En otros tiempos debió ser todavía más poderoso... Milvidas debía guardar algo bajo la manga sí creía tener una oportunidad de victoria...

—Estaban los mercenarios, Sforza. La casta era fiel a Aarón, pero la milicia Sargazo debía su fidelidad a quien los había contratado: a Milvidas. Puso mucho cuidado en que los Sargazos entendieran muy bien ese punto cuando los contrató...

—Sigue sin parecerme suficiente —insistió—. Aarón contaba con su poder y con su casta para neutralizarlos. Debía haber algo más... ¿Qué era, Rigaud? ¿Algo que no debería saber? —preguntó, mirando fijamente al canadiense.

—No veo por qué no... —contestó Rigaud, metiéndose una mano en un bolsillo interior de su guerrera, repitiendo el mismo gesto que había realizado cuando Aarón los sorprendió tras la barricada. Esta vez la mano no salió vacía: empuñaba algo que Delano no había visto jamás. Por la expresión de asombro de Sforza llegó a la conclusión que él, en cambio, sabía perfectamente qué era aquello. Y parecía temerlo.

Tenía el tamaño y la forma de un revólver convencional, pero ahí terminaba toda semejanza. El cañón era el cuerpo de un ave fosilizada, con las alas plegadas; el pico curvo y rojo, abierto hasta el límite, y los diminutos ojos negros resaltaban como joyas engarzadas en el blanco sucio del cuerpo desplumado. La culata la formaban las dos patas del ave, retorcida una sobre otra. Rigaud la empuñaba con cierta desidia, pero Delano observó que encañonaba a Sforza, y que aquel gesto no era del todo inocente.

—¿Cómo has conseguido eso? —preguntó el mago. La voz, hasta entonces siempre agradable y medida, se había convertido en un susurro venenoso. La mano que sujetaba el bastón cambió de posición, en guardia.

—Lo he dicho más de una vez... —Rigaud parecía divertido ante la reacción de Sforza—. Pero lo volveré a repetir: la organización a la que pertenezco no deja nada al azar y ha preparado esta cruzada hasta en el menor de los detalles. Conocíamos la existencia de Aarón y sabíamos que existía la posibilidad de encontrarlo en el camino. Si eso pasaba debíamos estar preparados...

Delano de nuevo tuvo la sensación de haber quedado en fuera de juego.

—¿Y qué se supone que es eso? —preguntó.

—Un ave nago... El único pájaro que sólo canta después de muerto. Y sólo una vez. Y pobre del hechicero al que vaya destinado su canto... ¿Verdad, Sforza? —volvió a guardar el pájaro fosilizado en el bolsillo de su guerrera, sin dejar de mirar al nigromante—. Absorbe la energía del mago. Lo seca por completo. Milvidas tenía uno en su poder y por eso creía que podría salir con bien de su traición —su mirada se fijó ahora en Delano, risueña—. Son casi imposibles de conseguir, pero si

conseguimos triunfar en nuestra cruzada, puedo hacer que te proporcionen uno. Aunque como luego verás tampoco son del todo fiables. Pero ya llegaremos a eso, cada cosa a su tiempo. Continuemos... —Dio una corta calada al puro antes de retomar su historia—:

»El viaje transcurrió con normalidad hasta salir de la Planicie Montaraz. No tuvieron ningún encuentro reseñable, el pequeño ejército formado por los vivos de Milvidas y los muertos de Aarón bastaba como arma disuasoria contra cualquier posible ataque. Cuatro camiones y nueve jeeps trasladaban a los Sargazos y el material de la expedición. La casta corría tras ellos, incansable.

»El mago apenas se dejaba ver, viajaba en un camión negro que conducía un tipo pálido y esquelético que durante todo el viaje no bajó ni una vez de la cabina. Los Sargazos evitaban el camión del mago. Apestaba a mal, decían. El conductor aparcaba siempre fuera del campamento y el vehículo permanecía custodiado por los miembros más poderosos de la casta: cinco gigantesos hombres oscuros que lo acompañaban a todas partes.

»Una vez abandonaron la planicie, la tensión entre el nigromante y su pupilo fue creciendo. A Milvidas le costaba cada vez más esfuerzo mantenerse en su papel de dócil sirviente y las disputas entre ambos se hicieron cada vez más frecuentes. Dos días después de salir de la Planicie Montaraz, Aarón le pidió el mapa a Milvidas; éste se negó a entregárselo aduciendo que sólo su capacidad de leer entre líneas lograría llevarlos hasta las fuentes y que sus artes negras no servirían de nada con el mapa. El mago no insistió más en ese momento. Por lo que sabemos, Milvidas fue quien encontró el mapa, dónde y cómo son dos preguntas para las que no tenemos respuesta. Nunca lo llevaba encima, siempre lo mantenía oculto en su Bolsa Coherente y sólo lo consultaba cuando era estrictamente necesario. Al día siguiente, Aarón volvió a pedirle el mapa y Milvidas, de nuevo pero con más firmeza, se negó. El nigromante volvió a ceder. Cuando llegó la noche, se escabulló fuera del remolque de su camión y se dirigió al puesto de guardia más alejado del campamento. Asesinó a la pareja de Sargazos que cumplían su turno allí y practicó un sencillo ritual de alerta con sus cadáveres.

—¿Todo eso lo averiguasteis leyendo entre líneas en la bolsa y lo que contenía?
—preguntó Delano, asombrado de que la lectura pudiera llegar a tal nivel de detalle.

Rigaud soltó una carcajada, divertido por su ocurrencia.

—No, claro que no... No olvides el trabajo de campo. Miró hacia atrás antes de continuar y Delano lo imitó; una tienda de campaña estaba ya colocada en la vereda del camino y una segunda estaba a medio montar. El canadiense dejó caer el purito al suelo tras una última calada, y lo aplastó con la suela del zapato.

—Encontramos a uno de los supervivientes de los mercenarios Sargazo en una taberna de Sydney —dijo—. Un lugar sórdido que apestaba a cerveza rancia. Era un

anciano arrugado al que le faltaba la pierna izquierda y buena parte de la mano derecha. Vivía en la trastienda del bar y se ganaba la vida trenzando pequeños encantamientos de protección y suerte. Dijo llamarse Moloch. Estaba loco. Pero no hagáis cábalas extrañas; no fue la expedición a las fuentes lo que le desequilibró. El hombre estaba loco por otros motivos, sospecho que relacionados con no sé qué historia que se empeñaba una y otra vez en contarnos, una historia absurda de demonios y naves abandonadas que no le dejamos ni empezar. Cuando al fin conseguimos que se centrara en lo que nos interesaba nos contó todo lo que sabía y así, junto a los datos que nos proporciono la Bolsa Coherente reconstruimos lo ocurrido. Y ahora, después de esta digresión, me gustaría continuar...

»Como os he dicho antes, Aarón asesinó a dos Sargazos para llevar a cabo uno de sus rituales. No podemos saber lo que averiguó, pero debió de ser lo suficiente como para confirmar sus sospechas. Se presentó en la tienda de Milvidas, todavía ensangrentado, y exigió el mapa. Mientras, una de las dos patrullas de Sargazos que recorrían el perímetro del campamento dio con los cuerpos destrozados de sus compañeros. En tres minutos todos los mercenarios estuvieron en pie y con las armas dispuestas.

—Un error por parte de Aarón... —comentó Sforza; había recuperado su tono de voz normal, pero bajo éste persistía, como un eco, aquel susurro amenazante que se le había despertado en la garganta al ver el pájaro nago—. Debería haber acabado con la amenaza potencial de los Sargazos por sorpresa. Atacarlos mientras la mayoría aún dormía.

—Moloch pensaba lo mismo que tú.

—No lo creo. Lo que descubrió con el ritual debió enfurecerlo tanto que perdió la perspectiva. Todo se rehízo a su furia y al causante de esa furia: a Milvidas. El resto de la realidad no sólo dejó de importar, fue como si ni siquiera existiese... Conozco esa rabia. Es propia de gente peligrosa...

Delano recordó su incidente con Gema Árida en el hotel, cuando la encañonó con su arma. Probablemente la espiritista le había contado a Sforza lo ocurrido.

—¿Qué pasó después? —preguntó para reconducir la conversación con la mayor rapidez posible. Sforza lo miró una sola vez y en su mirada descubrió un brillo inclasificable, un brillo mezcla de desprecio y de algo que Delano fue incapaz de identificar. ¿Lástima? ¿Podía ser lástima?

—Según lo que nos contó Moloch, una verdadera carnicería. La casta del nigromante estaba enterrada a las afueras del campamento y, en cuanto Aarón se percató del movimiento de los Sargazos, los hizo entrar en acción. Él, mientras tanto, se enfrentó a su pupilo. Pero Milvidas había aprendido mucho de su maestro, y no había tenido reparos en estudiar otras disciplinas por su cuenta; además, contaba con otra cosa a su favor: Aarón no se podía permitir matarlo con el mapa de las fuentes

dentro de la Bolsa Coherente. Si Milvidas moría la bolsa quedaría anclada en las Sombras y él perdería el mapa. Debía refrenarse, cosa que, por supuesto, no hacía Milvidas. La tienda de campaña se consumió ante los poderes desatados por los dos hombres. Moloch recuerda que vio cómo Milvidas salía despedido envuelto en una bola de fuego con Aarón saltando detrás, rodeado de humo oscuro y grasiento.

»Los Sargazos trataban de acabar con un enemigo que atacaba por todas partes a la vez y, aunque unos luchaban con armas de fuego y otros con garras y colmillos, la contienda era desigual. Es difícil frenar la ferocidad de los muertos. Ya no temen a la muerte, y eso siempre les da ventaja. Los cinco gigantes oscuros saltaban y aullaban en la matanza, ajenos a las balas que los alcanzaban. El único que permanecía impassible era el conductor del camión negro, con la mirada perdida y las manos fijas al volante. El campamento era un frenesí de disparos, carreras y gritos. Y en el centro del caos, maestro y pupilo enzarzados en una lucha que tanto vivos como cadáveres evitaban.

»Aarón cayó sobre Milvidas. La energía negra que surgía de sus dedos atravesó y desgarró el cuerpo de su aprendiz. Le prometió más dolor del que nadie había sufrido jamás si no invocaba su Bolsa Coherente y le entregaba el mapa. Milvidas, destrozado por dentro y por fuera, así lo hizo. Pero no fue el mapa lo que su mano temblorosa sacó de la bolsa, sino el pájaro nago, al que hizo cantar mientras apuntaba a su antiguo maestro. El tremendo alarido del mago sonó en el campamento con tal fuerza que muchos Sargazos no pudieron sacárselo de la cabeza durante horas. Moloch nos dijo que fue como si Milvidas empuñara un agujero negro: veía ondas y ondas de energía negra escapando por cada poro del nigromante y entrando en torbellino en la mano de Milvidas. Aarón cayó de rodillas, doblegado por el arma, aullando de dolor. La casta perdió su ferocidad, su empuje; sólo una suerte de inercia los mantenía en combate pero, sin la energía del nigromante para sustentarlos, eran una burda parodia de lo que habían sido hasta unos segundos antes. Los Sargazos comenzaron a creer en una victoria hasta entonces imposible. El grito de Aarón terminó en un silencio mortal. Cayó hacia atrás, vacío de todo poder. El pájaro nago brillaba en la mano de Milvidas como una estrella. Su mano estaba destrozada pero seguía apuntando al hechicero, entre espasmos de dolor, temiendo que se levantara, aunque el pájaro ya no podía servirle de nada.

»Aarón no se levantó. No le quedaban fuerzas. Comenzó a arrastrarse por el suelo como un insecto agonizante. Pero no en dirección a Milvidas sino hacia el camión negro y su conductor.

—Dios... —musitó Delano. Sospechaba lo que venía a continuación.

—Milvidas miró el camión y, cuando comprendió lo que el nigromante pretendía, gritó de pánico. Estaba tan destrozado que no pudo seguirlo; se quedó allí, gritando a los Sargazos que lo mataran, congelado por el dolor y el miedo. La casta ya había

dejado de ser un problema, pues los pocos que aún quedaban en pie caían al suelo como muñecos rotos. Dos Sargazos se aprestaron a terminar con el mago, disparándole a bocajarro, pero las balas, aunque lo herían, no lograban detenerlo, como si se encontrara todavía protegido por un encantamiento que el pájaro no hubiera logrado absorber. El nigromante continuaba su avance lento. A los dos primeros Sargazos se le unieron otros tres, Moloch entre ellos. Pero ni todo el fuego del infierno parecía capaz de pararlo. El cuerpo del nigromante era una ruina ensangrentada donde la sangre y la carne se mezclaban con el hueso astillado y, aún así, seguía adelante, tenaz, dejándose a sí mismo a su espalda. Milvidas gritó que se olvidaran de él y les ordenó destruir el camión y a su ocupante. Las armas cambiaron de blanco pero nadie llegó a disparar. El conductor dejó de mirar al vacío. Con sólo una mirada bastó para que todos los mercenarios salieran despedidos a vanos metros de distancia.

»Aarón llegó a la furgoneta y trepó como pudo a la cabina. Moloch no consiguió ver lo que hacía, pero le pareció intuir que el nigromante hundía su boca en la garganta de hombre pálido. Por lo que hemos podido averiguar, eso no es del todo correcto.

—No —confirmó Delano, con voz neutra, fría. El paisaje se desvaneció ante sus ojos, borrado de un plumazo por el peso de una imagen grabada a fuego en su memoria. Las figuras de Rigaud y Sforza se volvieron borrosas, se desdibujaron, y fueron sustituidas por dos rostros que se besaban, los dos pálidos, cerúleos, uno debido a la muerte y el otro a la perversión más absoluta—. No le mordía el cuello... Le besaba en la boca —continuó en un susurro, con la vista fija en aquella visión que desplegaba su cerebro y que hacía que su corazón bombeara sangre helada—. Lo vi una vez... Hace mucho tiempo... El conductor era un receptáculo del poder del mago. Una prolongación de su fuerza de la que servirse en momentos de apuro. Una vasija con forma humana a la que nadie prestaría atención hasta que fuera demasiado tarde... —Había dejado de hablar de Aarón, sus palabras se referían a otro nigromante, al ser oscuro que habitaba en sus pesadillas.

—Tienes razón... —dijo Rigaud—. El chofer de Aarón era un depósito del poder y Aarón lo apuró hasta la última gota. —Aquel no era un hechizo sencillo, el mago quedaba exhausto después de rellenar la marioneta y tardaba mucho tiempo en recuperarse por completo. Pero gracias a ese pequeño sacrificio conseguía una fabulosa batería de emergencia a la que recurrir cuando las cosas se torcieran—. Una vez cumplió su cometido el conductor se convirtió en cenizas. Y Aarón se irguió, ensangrentado y roto, apenas una sombra de lo que era, pero terrible aún. Milvidas lo vio aproximarse de nuevo hacia él, y viéndose perdido quiso lograr una mínima victoria y renegó de su Bolsa Coherente y de todo lo que contenía.

»Y ahora llegamos a la parte *Deux Ex Machina* de la historia. Antes, un repaso de

lo sucedido hasta ahora: la lucha entre Aarón y su discípulo, el canto del pájaro nago y toda aquella inmensa riada de poder que pasó de Aarón al fósil, la recarga del nigromante con lo que aquello representaba: un nuevo trasvase de energía mágica y, por último, Milvidas rompiendo el lazo místico que lo ataba a su bolsa. ¿Os parece suficiente? ¿Os hace adivinar lo que pudo pasar a continuación?

Fue Sforza quien respondió:

—Tanto poder desatado... Además en un lugar que ya de por sí está tan lleno de energía como los lugares de paso... —asintió antes de continuar—. Creo que existía un alto riesgo de que alguna de las criaturas del Panteón Oscuro se viera atraída hasta allí. Eso fue lo que ocurrió, ¿verdad? ¿No me equivoco?

—No —le contestó Rigaud—. No te equivocas. Adorac, el ciego, hizo acto de presencia. La nada se rasgó para dejar pasar a uno de los engendros que habitan en los márgenes del mundo.

Adorac era una de las siete entidades menores del Panteón Oscuro. La familia de semidioses que habitaba entre los resquicios del espacio y del tiempo, ajena casi siempre a los actos humanos hasta que estos hacían algo que atraía su atención. Delano sólo había tenido un encuentro con una de aquellas entidades. Años atrás había visto cómo Ssegok se llevaba por delante a cuarenta hombres en una de las cañadas del Filo Boreal. Por suerte había estado lo bastante alejado del grupo para que aquella montaña hecha de colmillos, garras y placas de lava no se fijara en él. No era buen asunto llamar la atención de tales criaturas.

Rigaud continuaba hablando:

—Adorac bramó en los lugares de paso. Moloch no trató de describirlo. Dijo que no tenía palabras para ello y que dudaba de que existieran. Lo único que nos comentó es que medía más de cuarenta metros y que su cabeza estaba rematada por varias docenas de finos cuernos que se bifurcaban una y otra vez, como si estuviera coronado por alambre de espino. Durante unos segundos el tiempo quedó en suspenso y todos los Sargazos congelados con él. Adorac atacó a Aarón y, por segunda vez en aquel día, el grito del mago negro resonó en los lugares de paso. Los Sargazos supervivientes actuaron con rapidez. Trasladaron a los heridos a los vehículos y se marcharon, sin mirar atrás. Los gritos de Aarón y los rugidos de Adorac les persiguieron durante mucho tiempo. Por suerte para ellos no les siguió nada más.

—Nadie sobrevive a las entidades del Panteón Oscuro... —susurró Delano.

—Aarón lo hizo. ¿Cómo? No tengo respuesta...

—Hay modos... —dijo Sforza con una enigmática sonrisa—. Hay modos de burlarlas... Sí. Pero permitidme que me los guarde. No es de recibo ir desvelando secretos del gremio. ¿No creéis?

—No me importa demasiado cómo salvó el pellejo —dijo Rigaud—. La

cuestiones que está vivo... Y que sabe que buscamos las fuentes perdidas...

En el regreso al campamento nadie dijo una palabra. Delano caminó perdido en sus pensamientos, sopesando lo que aquel nigromante pelirrojo implicaba en la búsqueda de las fuentes. No podía evitar pensar que se había sumergido de lleno en sus sueños, que había entrado por la puerta de una reina muerta hasta un reino de pesadillas y cadáveres donde esta vez le estaba vetado despertar.

El campamento lo formaban cinco tiendas de campaña individuales dispuestas alrededor de la furgoneta. Las tiendas estaban confeccionadas en una tela negra que parecía entretejida con sombras líquidas; en la oscuridad de la noche deberían resultar casi invisibles, pero a la luz del día, y en aquel mar de verdor, llamaban la atención con la fuerza de un intenso incendio. Alexandre y Gema Árida estaban sentados junto al hornillo de Charlotte, entre dos de las tiendas, y observaban con interés al genio, quien aún ocupado con la bandeja de humeante fritura tenía tiempo para rezongar de cuando en cuando sobre la presión añadida de trabajar bajo constante vigilancia. Heredia estaba sentado en la parte superior de la furgoneta; entre sus piernas cruzadas descansaba el arma de los filos, desmontada en dos mitades, y una de las pistolas ametralladoras de Rigaud. No prestó ninguna atención a los recién llegados. Vigilaba las amplias extensiones de terreno que los rodeaban con una expresión de concentración tal que sus rasgos se veían deformados por la tensión; sus ojos se entrecerraban hasta convertirse en dos finas puñaladas que crecían y menguaban, haciéndose más o menos profundas, al ritmo frenético de su constante olfateo. Parecía más bestia que humano.

Rigaud, Sforza y Delano se sentaron junto al resto del grupo. Gema Árida les dedicó una sonrisa y Alexandre un rápido saludo en el que, de algún modo, logró que quedara claro que excluía a Sforza. El pequeño sol seguía inmóvil en lo alto, tan perfectamente esférico que daba la impresión de estar trazado con un compás. En el este, los distintos cielos que se agolpaban sobre la encrucijada temblaban y se retorcían, sacudidos por las fuerzas imposibles que los habían citado en los lugares de paso. Mientras Delano miraba, un remolino de arena dorada se alzó de pronto en uno de aquellos retazos, girando y girando en dirección contraria a las agujas del reloj, gigantesco y espeluznante.

Delano apartó la vista y se masajó los ojos con las palmas de las manos, intentando librarse de los fantasmas retinianos que había creado el torbellino al recortarse contra la luminosidad del cielo. Todavía trataba de digerir la historia de Rigaud y, cuánto más reflexionaba sobre ella, más cuenta se daba de que había faltado una importante cuestión por formular: ¿Qué había sido de Dhemian Milvidas tras la expedición? En un primer momento había tratado de no mostrarse demasiado interesado en él, como si un mínimo interés por su parte hubiera bastado para

delatarlo, como si un «¿*Dhemian Milvidas me has dicho que se llamaba?*» viniera seguido de un irremediable: «¡*Ah, ¿Lo conoces!*! ¿*Has tratado con él a nuestras espaldas acaso?*» Delano se daba cuenta de lo infantil que resultaba esa línea de pensamiento, pero no podía evitarla. No sabía si era un renacido sentimiento de culpa o que simplemente se encontraba confuso. Decidió que abordaría al canadiense en cuanto tuviera oportunidad.

—NUESTRO INTRÉPIDO GUÍA PARECE PERDIDO EN OSCURAS SENDAS DE PENSAMIENTO...

Levantó la vista. Alexandre, ocupado en su perenne tarea de torturar a su remedo, lo miraba con la intensidad asfixiante de sus ojos negros.

Delano se encogió de hombros.

—¿Oscuras sendas de pensamiento? Bueno, es una manera de describirlo bastante acertada... Estaba pensando en el Panteón Oscuro... —mintió aunque sólo a medias, en su mente todavía rebullía la aparición de Adorac en la historia de Rigaud, unida al recuerdo de Ssegok masacrando a aquellos hombres en la cañada de Filo Boreal—. En que nadie sabe qué diablos son aunque lleven siglos masacrándonos...

—Cinco siglos... Exactamente llevan cinco siglos masacrándoos... —le apuntó el remedo mientras, por una vez, se acuchillaba a sí mismo, haciendo girar la espada corta que sobresalía de su pecho—. LA PRIMERA APARICIÓN CONOCIDA DE UN MIEMBRO DEL PANTEÓN OSCURO TUVO LUGAR EN 1492 Y DESDE ENTONCES HASTA EL DÍA DE HOY SE CALCULA QUE EN TORNO A DOSCIENTAS MIL ENTIDADES HAN SIDO ASESINADAS POR ELLOS...

—¿Ese bicho no tiene botón de apagado? —preguntó Heredia desde el techo de la furgoneta.

—Tú sí que deberías tener botón de apagado... —le espetó Gema Árida.

—Y lo tengo, en la punta de la... —Alguien le arrojó una taza vacía que el hispano atrapó en el aire y dejó ante él, soltando una carcajada.

—Es muy poco lo que se sabe del Panteón Oscuro, es cierto... —comentó Alexandre al cabo de un instante—. Y lo que se sabe es estremecedor...

—Lo mejor que se puede hacer es dejarlos tranquilos... —opinó Rigaud. Charlotte ya había acabado de preparar los nuevos bocadillos y los fue distribuyendo entre el grupo.

—¿Pero cómo lo haces cuando no sabes a ciencia cierta qué les molesta? —preguntó Delano, cogiendo el nuevo bocadillo y sintiéndose, al instante, hambriento.

—No hagas nada demasiado extravagante, Delano... —le aconsejó el canadiense con una sonrisa.

—Difícil, —contestó él—. Soy extravagante por definición...

—Doy fe...

El Panteón Oscuro; ése era sólo uno de los muchos nombres que se les daba. Había otros: la familia impía, los doce avatares, los apóstoles de la aflicción y un sin fin de intentos más por poner nombre al horror absoluto, a los caprichosos titanes que

merodean entre las líneas de la realidad, brutales y monstruosos como sólo lo irracional puede serlo.

Había siete entidades menores, Adorac, el ciego, y Sesgok formaban parte de ellas; sus apariciones eran las más frecuentes y por eso se habían podido identificar muchos comportamientos y situaciones que conllevaban un alto riesgo de atraerlas y que no sólo el sentido común invitaba a no cometer, sino que además, estaban prohibidos por ley. Evitar lugares de poder en fechas señaladas, los grandes y rápidos consumos de energía mística, sin importar el tipo ni el objetivo de su uso; altas velocidades en las intersecciones entre los planos; el uso de la magia y de idiomas olvidados en zonas prohibidas...

Unos pocos habían querido ver en su comportamiento el reflejo de algo mayor, la sombra de un dios atroz que dictaba las reglas por las que el Panteón se regía. Pero si ese ser supremo existía no sólo demostraba una crueldad fuera de toda proporción, sino que además contaba con un curioso sentido del humor, ya que muchas de sus reglas rayaban en el absurdo más total. Al este de la ciudad de Dublín se alzaba la colina de la noche aciaga, envuelta siempre en una neblina opaca que la mantenía oculta de las miradas de los que ignoraban su existencia; era un lugar de antiguo poder donde hechiceros de todos los credos y magias acudían en peregrinación, neutrales por una vez. Durante siete horas al día había que evitar pisar la tierra de la colina; si en ese tiempo alguien ponía un pie sobre ella, siempre aparecía Nocta, la dama de las cuchillas, otra de las entidades menores. Y sí durante el resto del tiempo, el número de visitantes en la colina de la noche aciaga era un número par, era Sesgok quien se veía irremisiblemente atraído hada ella.

Las cuatro entidades mayores se dejaban ver menos que sus hermanas. En el último siglo sólo habían aparecido seis veces. Eran más brutales que las menores y mucho más tenaces; no desaparecían por su propia voluntad, como aquellas, sino que debían ser expulsadas al plano donde vagaran mediante magia. Existían varios hechizos para repelerlas, hechizos que todos los magos estaban obligados a aprender para medrar en sus distintas órdenes. Eran rituales peligrosos ya que debían celebrarse en la cercanía de la entidad, con el riesgo que eso conllevaba, y, además, al ser el volumen de magia requerido tan enorme, siempre cabía la posibilidad de que, una vez devuelta la entidad mayor a su plano, fuera una de las menores la que se viera atraída hasta allí.

Habían pasado tres años desde la última aparición de una de las grandes entidades, cuando Kymodharad se materializó en la plaza Orada, en pleno centro urbano de Filo Atado, sin motivo aparente, siguiendo la tónica habitual en aquellos seres. Fue como si la noche se hubiera desgajado del cielo para caer sobre la ciudad. Después de cuatro horas de intentos fallidos lograron por fin mandarlo de vuelta allá donde morara, pero a su paso dejó casi mil muertos y dos barriadas de Filo Atado

reducidas a escombros. Delano todavía recordaba las imágenes de aquel espantoso día. La criatura era un ciclón de destrucción masiva, una interminable extensión de negrura salpicada de gruesos tentáculos que se agitaban con la velocidad de relámpagos; cada una de aquellas extremidades estaba recubierta de espinas de más de un metro de longitud, y rematadas por huesos de color pardo en forma de sierra que cortaban los edificios de metal y cristal como si fueran de barro.

Siete entidades menores y cuatro entidades mayores. Y sobre todas ellas, completando el Panteón Oscuro, la Gorgona. Nadie la había visto jamás, pero su influencia y poder estaban más allá de cualquier duda o discusión. Era la única de aquellas criaturas que extendía su territorio de caza al mundo tras el velo, al mundo habitado por los ignorantes del misterio. Sin embargo a pesar de ser considerada como la entidad suprema, la Gorgona era la más benévola de las criaturas del Panteón Oscuro, ya que sus apariciones, aun siendo mortales, eran selectivas y estaban en cierto modo anunciadas. Cuando se hablaba de ella siempre había una pregunta que se hacía inevitable, era casi una tradición. Fue Delano quien la formuló esta vez.

—¿Habéis soñado alguna vez con la Gorgona? —preguntó.

Rigaud y Alexandre negaron con la cabeza. El nigromante se limitó a sonreír, pero no dijo una palabra. Delano supuso que la Gorgona era una asidua visitante de los sueños de aquel hombre.

—LOS REMEDOS NO SOÑAMOS... —murmuró el oso.

—Y la Gorgona por ahora jamás ha molestado a mi especie... —contestó Charlotte. El genio estaba tumbado boca arriba en el suelo, sus zarcillos se agitaban bajo la brisa suave—. Somos tan insignificantes que ni siquiera se fijan en nosotros...

—Yo he soñado dos veces con ella... —confesó Gema Árida en un suspiro—. Y fue espantoso...

Delano asintió, comprendía muy bien a qué se refería la espiritista.

—Yo sólo una, y ojalá no vuelva a hacerlo... —*ojalá no vuelva a soñar jamás*, se dijo por enésima vez. Así se libraría no sólo de las pesadillas que sus años de encierro le habían dejado como legado, sino de la desesperada angustia de otros sueños aún más terribles: las pesadillas atroces que jamás recordaba al despertar, pero que le sacudían con la turbia intensidad de un proyectil psíquico y lo dejaban aturdido durante horas, incapaz de hacer nada aparte de gemir y desesperarse por aquella parte de su cerebro que le era, en cierto modo, ajena. En comparación con esos sueños, el de la Gorgona, aún temible, había sido un sueño amable. Todo había comenzado con una oscuridad palpitante colándose a raudales en su cabeza, ahogando su verdadero sueño e imponiéndose a éste como una densa marea negra. Dentro de su cráneo estalló una tormenta de sombras, una oscuridad movediza hecha de aristas y aire vidriado. Y por esa desolación cuajada de tinieblas avanzaba él, consciente de sí mismo por la fría agonía que implicaba el movimiento, reconociéndose tan sólo como

un inmenso dolor con forma humana. La primera revelación llegó a medio sueño: la miasma, la oscuridad repleta de filos cortantes por la que avanzaba, estaba viva. La segunda revelación tuvo lugar justo antes de despertar, una revelación espantosa e ilógica, pero no por ello menos cierta, que lo expulsó al reino de la vigilia con un golpe seco: no estaba soñando ese sueño terrible; era el sueño el que lo soñaba a él. Era la Gorgona avisándolo. Algo en los actos de Delano estaba llamando su atención. Y la atención de la Gorgona era mortal.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Gema Árida. Aquella era otra de las preguntas rituales. Sforza se había sentado junto a la espiritista y Delano no pudo dejar de observar que, a medida que la conversación había avanzado, la distancia que los separaba se había ido reduciendo hasta que sus caderas casi se rozaban. Estaba naciendo algo entre ellos, le resultaba tan claro como, de una manera ambigua, doloroso.

—No lo sé a ciencia cierta... —contestó, tratando de abstraerse de la presencia del nigromante dirigiendo su atención y sus palabras sólo hacia la mujer—. Estaba metido en un asunto bastante complejo que tenía que ver con contrabando de objetos de arte, una guerra civil en uno de los filos independientes, un libro que nadie quería leer y un fantasma estúpido... En cuanto tuve ese sueño hice las maletas, me olvidé de todo y me volví a casa... La Gorgona no me molestó más —sonrió a la espiritista, tratando de apaciguar con ese gesto aquel ramalazo de celos—. ¿Y tú qué hacías? —le preguntó.

—La primera vez nada especial. Absolutamente nada. Estaba de vacaciones en las Barbados. Aquella misma tarde había conocido a un muchacho que parecía muy interesado en mí y en mi dulce aura de misterio —se echó a reír y se acarició el cabello con un gesto de exagerada y fingida coquetería; cuando bajaba la mano, Delano tuvo la impresión de que iba a dejarla caer sobre la mano de Sforza, pero al final la llevó de vuelta a su regazo—. No me miréis así. Fue lo que dijo él... os lo juro —soltó una risilla nerviosa antes de continuar—. Esa misma noche soñé con la Gorgona y, como tú, hice las maletas y me largué con viento fresco... —guardó silencio un segundo, como si necesitara coger aliento para contar lo que venía a continuación. Su voz fluctuó más de lo normal cuando prosiguió con su historia—: La segunda vez fue mucho más... reveladora, si se puede decir así. Formaba parte de un comité que investigaba la desaparición de un grupo de científicos en Samarkanda... Habían estado estudiando las ruinas de Etherion, al oeste de la capital. Los patrocinaba el mismísimo gobierno de Samarkanda, en el enésimo intento de averiguar algo sobre las antiguas civilizaciones no humanas que ocuparon los filos... Desaparecieron sin dejar rastro. Todos. Veinte hombres y dos toneladas de material. Desaparecidos sin más. El gabinete de notables del emir decidió mandar a un grupo de psíquicos y científicos a Etherion para tratar de descubrir qué había ocurrido con

ellos. Comenzamos a indagar sobre el terreno... Había un leve rastro, una pequeña resonancia mística que ni mis colegas ni yo habíamos percibido jamás... Hasta hubo quien insinuó que podía tratarse de una nueva energía mágica... Fuera lo que fuera, esa noche todo el equipo soñó con la Gorgona. Al día siguiente levantamos el campamento, pasamos un informe al gabinete y recibimos la orden de abortar la misión de inmediato. No fue suficiente, no me preguntéis por qué, no lo sé. Yo me olvidé del tema, sí. Pero dos de mis compañeros debieron de seguir investigando por su cuenta... La Gorgona apareció y se los llevó. Sólo dejó dos manchones de sangre seca... Nada más...

Cómo mandaba la tradición, siguieron discutiendo durante un rato sobre el Panteón Oscuro; hasta Sforza, que durante buena parte del tiempo se había mostrado apático, participó en la charla compartiendo con ellos la teoría más extendida entre los nigromantes, según la cual el Panteón Oscuro había llegado a nuestro plano atraído por la devastadora cantidad de magia usada en la última gran guerra mágica, la que acabó con la primacía tiránica de la magia regia.

Poco después de que hablara el hechicero, Rigaud se levantó y dio una sonora palmada para llamar la atención de todos.

—Sin duda es un tema interesante, amigos... Pero llevamos ya demasiado tiempo de charla y no estamos de acampada... Será mejor que nos vayamos todos a dormir... Heredia nos despertará dentro de seis horas para continuar viaje.

—¿No haremos turnos de guardia? —preguntó Delano mientras se levantaba.

—Juan Carlos se encargará de todo, Delano. No te preocupes.

—¿Y cuándo dormirá él?

—Mañana mientras conduces tú... —le contestó el hispano desde su puesto de vigía—. Trabajo en grupo, compañero —y le lanzó la taza que le habían arrojado antes. Delano la atrapó al vuelo y la dejó.

Entró en la tienda y, a pesar de la claridad exterior, fue como si una noche profunda se cerrara sobre él. La tela de las tiendas absorbía con avidez la luz de aquel día eterno. Invocó su Bolsa Coherente y extendió su saco de dormir en el suelo. Luego se desvistió despacio, con la puerta de la tienda todavía entreabierta. Era curioso cómo la luz de fuera se frenaba en la entrada. Echó un vistazo al exterior. Rigaud y Alexandre ya habían desaparecido y sólo alcanzó a ver a Sforza, en pie junto a una de las tiendas. Gema Árida, después de llevar a Charlotte Blue al interior de la furgoneta, se unió a él.

—¿Por qué llevas siempre esa máscara? —le preguntó. Delano entrecerró los ojos, interesado a su pesar. Desde el interior de la tienda podía ver sin ser visto. Gema Árida le daba la espalda y el mago sólo tenía ojos para ella. Aunque mirara en su dirección, Delano dudaba de que Sforza pudiera verlo.

—Es un amuleto. No es demasiado cómodo, pero a cambio consigo ciertas ventajas de las que es mejor no hablar. Nunca se sabe qué oídos pueden estar al acecho... —añadió con una sonrisa. Delano, entre las sombras de la tienda, siguió atento a la conversación.

—¿Y no te lo podrías quitar aunque sólo fuera un momento? —preguntó ella—. Me gustaría verte la cara...

—Por supuesto... —dijo él. Se llevó las manos a la máscara y la retiró con suavidad. Delano por un momento se imaginó escuchando el grito de terror de la espiritista al ver un rostro plagado de úlceras y cicatrices, un rostro tan monstruoso y repugnante que hubiera empujado al mago a esconderlo tras una máscara. Pero no había cicatrices ni llagas. Adriano Sforza era hermoso, de una hermosura fría tal vez, pero atractiva. Había algo de aniñado en su rostro completo y eso lo hacía más dulce aún. Delano masculló una maldición y espantó de un manotazo una mosca que se había colado en su tienda.

—¿Cuál es el veredicto? —le preguntó Sforza a Gema Árida.

—Hermoso... —dijo ella, acarició con suavidad la mejilla que había quedado oculta por la máscara y se puso de puntillas para darle un corto beso en los labios antes de desearle felices sueños y desaparecer.

—Cabrón... —murmuró Delano y cerró la cremallera de la tienda con fuerza.

Delano durmió en paz. Los únicos sueños llegaron desde su propio subconsciente, sin influencias externas, una mezcla compacta de los acontecimientos del día anterior tamizada por recuerdos y sensaciones pretéritas —pero no tan pretéritas como para preocuparlo—. Soñaba con su sobrina Etolia, metida en una inmensa bola de algodón, lo cual parecía hacerla infinitamente dichosa, cuando las voces de Heredia y el trajín de la gente que despertaba lo arrancaron de su sueño. Aún así, remoloneó unos minutos más en el saco, hasta que una voz que lo llamaba justo frente a su puerta se hizo tan perentoria que no pudo hacer otra cosa que prestarle la atención. Bostezó en las densas tinieblas de la tienda.

—¡Es para hoy, Delano! le gritaba Gema Árida. Soltó un bufido, salió del saco y, sin levantarse del todo, bajó la cremallera de la tienda y echó un vistazo a la hiriente claridad del día. Recordó el fugaz beso que la espiritista le había dado a Sforza y sintió una punzada en el estómago. La mujer llevaba puestas unas botas negras de puntera reforzada que, junto a unos pantalones anchos de tela marrón, plagados de bolsillos, y una blusa gris, completaban su vestimenta. Había recogido su melena castaña en un moño alto. Parecía inusualmente fresca. Por el contrario, Delano se sentía sucio y pegajoso. Se dejó caer a los pies de la espiritista, implorante. —Sólo media hora más, por favor, por favor...

—Yo de ti me daría prisa... Rigaud ha ordenado ejecutar a los perezosos...

—Está bien... Dije que venga a darme el tiro de gracia... Dentro de media hora...

La espiritista le sonrió, se marchó despidiéndose con la mano, ignorando la última súplica de Delano «¿Veinte minutos?», y se acercó a Sforza, que daba cuenta de un liviano desayuno sentado en la parte trasera de la furgoneta.

Abrió por completo la cremallera de la tienda y se replegó de nuevo a las tibias sombras del interior. Cogió las ropas que había amontonado en una esquina y les echó un vistazo. Estaban sucias, pero todavía no habían superado el umbral de la tolerancia y de las buenas costumbres y se volvió a vestir con ellas. Luego salió de la tienda. Todos estaban ya en pie, aunque ninguno se mostraba demasiado activo. Alexandre se acercó hasta él con una taza de café en las manos; también iba vestido con uno de esos pantalones repletos de bolsillos y una camiseta gris, sóbrela que llevaba una cazadora marrón abierta. El remedo jadeaba, pidiendo las atenciones de Alexandre. Delano agradeció el café.

—¿No sabrás donde podría encontrar una ducha, verdad?

—No. Tendrás que limitarte a apestar como el resto...

—Lo que suponía... Delano dio un sorbo al café; era demasiado amargo para su gusto pero terminó de despejarlo. Echó un vistazo al cielo. El sol diminuto seguía inmóvil en la misma posición del día anterior y su calma todavía hacía más caótica y surrealista la conjunción de cielos que se agitaba en el este.

—Da escalofríos... —susurró Alexandre, mirando en la misma dirección que Delano—. Te hace pensar en el punto de absurdo que tiene este mundo...

—¿Un punto sólo? —Delano resopló sobre su taza—. ¿Sabes? A mí lo que me da escalofríos es la encrucijada que nos espera bajo todo ese cisco... Sólo nos vale un camino... Y no tengo ganas de averiguar qué pasa si el mapa se desactiva... Me he levantado muy poco curioso... —de pronto, algo que hasta entonces había pasado por alto se hizo evidente, no era demasiado importante pero podía servirle para preguntar a Rigaud sobre Mitvidas. El canadiense se encontraba junto a la furgoneta, llenando con parsimonia el depósito de gasolina.

Delano dejó a Alexandre y, con el café aún entre las manos, se acercó hacia él. El hombretón movió la cabeza en su dirección a modo de saludo, y enarcó una ceja, como si se hubiera dado cuenta de que algo le daba vueltas en la cabeza.

—Acabo de darme cuenta de una cosa. No nos afecta en nada, pero me resulta curioso: ayer comentaste que Milvidas llevaba siempre el mapa en la Bolsa Coherente... —Rigaud asintió—. Y que renegó de la bolsa cuando Aarón se bebió su recipiente y él creyó que todo estaba perdido.

—Así es. Dije eso, sí. Me alegra ver que me prestas atención cuando hablo.

—Gracias... Por lo tanto, si el mapa estaba en la bolsa cuando empezaron el viaje lo más probable es que no se activara... Y si Alexandre está en lo cierto y el mapa es la llave para acceder a las fuentes. Bueno, la expedición de Aarón y Milvidas fracasó nada más empezar; no lo hubieran conseguido ni aunque hubieran llegado al final.

—Puede que tengas razón... —Rigaud se encogió de hombros y siguió llenando el depósito. El intenso olor a gasolina cosquilleó en la nariz de Delano—. Lo que cuenta es que el mapa ahora está activado y tenemos que tratar que continúe así ¿De acuerdo?

Delano asintió y se preparó para realizar la pregunta que de verdad te interesaba:

—Otra cosa: ¿Qué fue de Milvidas? ¿Qué pasó con él tras la expedición?

«¡Ah! ¿Lo conoces? ¿Has tratado con él a nuestras espaldas acaso?» canturreó una voz burlona en su mente un segundo antes de que Rigaud contestara:

—Llegó bastante maltrecho a la Planicie Montaraz. Durante meses estuvo en una casa de curación y reposo regida por adoradores de Gaia. No sabemos qué fue de él después de eso, y todos los intentos que hemos hecho para averiguarlo han sido en vano... Es como si se lo hubiera tragado la tierra...

Delano pensó que él mismo no podía haberlo expresado mejor. El aspecto de Dhemian Milvidas era exactamente ése: el de alguien al que se lo ha tragado la tierra, lo ha masticado y escupido a continuación, disgustada tal vez por su sabor. Y era evidente que los adoradores de Gaia, una de las hermandades practicantes de magia natural, habían tenido algo que ver en aquella transformación. ¿Tan maltrecho había llegado Milvidas a sus manos que la única solución que encontraron para mantenerlo vivo fue transmutarlo en roca? ¿O había sido él, después de ser dolorosamente consciente de su propia mortalidad, quien había decidido someterse a tal cambio? La piedra prevalece sobre la carne... Rigaud continuaba hablando:

—Por lo que sabemos Aarón, después de recuperarse de su malograda expedición, también trató de dar con Milvidas y como nosotros lo hizo en vano... También le perdimos la pista... Por lo que sabemos el muy cabrón puede llevar décadas esperando en los lugares de paso...

El depósito ya estaba lleno, así que Rigaud enroscó el tapón de la lata y la devolvió al interior de la furgoneta, mientras Delano daba cuenta de su café a pequeños sorbos. Regresó frotándose las manos.

—Creo que Sforza tiene razón... Aarón se volvió loco al descubrir la traición de su pupilo... Y creo que desde entonces el único pensamiento coherente que ha hilvanado su cerebro es encontrarlo y acabar con él...

—¿Por eso nos dejó pasar sin más? ¿Se ha olvidado de las fuentes y los arribos oscuros? ¿Crees que ahora sólo le mueve la venganza?

—No trates de encontrar lógica en el comportamiento de un nigromante... La razón no tiene nada que ver con ellos, deberías saberlo. Sobre todo tú.

—No he sido yo quien ha contratado uno —dijo Delano, mientras buscaba con la mirada a Sforza. Estaba junto a Gema Árida, ayudándola a desmontar su tienda.

—Por ahora ha resultado útil, Delano. No puedes negarlo... —dijo el canadiense.

—No, no lo niego... —admitió con desgana—. Y ayer, para asegurarte su lealtad,

le enseñaste el pájaro nago... —añadió—. Le demostraste que tienes con qué pararlo.

Rigaud sonrió y negó con la cabeza.

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho... —dijo—. El pájaro es una medida de precaución contra Aarón. Si nos lo volvemos a encontrar estaremos preparados.

—Si tú lo dices...

—Confío en Sforza tanto como en ti, Delano. No lo olvides...

No, pensó Delano, *no lo olvidaré*.

Media hora después estaban de nuevo en marcha. La furgoneta, con Delano al volante, atravesaba a buena velocidad aquel paisaje monótono espantando a las bandadas de flamencos y garzas que encontraban camino. Heredia iba sentado en el asiento contiguo a Delano, echado hacia atrás y con las piernas estiradas a través del parabrisas roto. En los altavoces del vehículo sonaba *el Back Out of Hell* de *Meat Loaf*. El hispano cantaba en voz baja, tenía las manos sobre el vientre y de vez en cuando se marcaba un punteo con una diminuta guitarra invisible. Cuando le tocó el turno a la canción *Paradise By The Dashboard Light*, Delano unió su voz a la del hispano. Rigaud los miró, sacudió la cabeza y siguió leyendo su libro sobre las leyes alemanas.

No había nada ni nadie.

Ni viajeros ni asentamientos de ningún tipo, y eso era raro en las encrucijadas, los puntos neurálgicos de los lugares de paso. Todavía estaban alejados de las rutas normales, era cierto, pero Delano había tenido la esperanza de encontrar movimiento antes de llegar al primer vórtice.

El paisaje era borroso y se agitaba como un decorado mal montado. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Cuando quedaban pocos kilómetros para llegar a la encrucijada, la conjunción de cielos se abalanzó sobre ellos como una aurora psicópata. A Delano aquel espectáculo de paisajes trenzados le recordaba siempre el cuadro *El sol* de Munch, sólo que la claridad que despedía la obra del pintor noruego había sido sustituida aquí por una vorágine de distintas luces y matices que devoraba la existencia con la misma fuerza con la que en el cuadro, aquella intensa luz, parecía darle vida.

Y en el centro de aquel caos se agazapaba el zarpazo de oscuridad que era el vórtice.

Delano detuvo la furgoneta a unos veinte metros de la encrucijada.

Los senderos se arremolinaban en el perímetro de la misma, como criaturas exhaustas que acudieran a abreviar a su regazo. El camino que habían seguido hasta allí se cortaba en seco al pie de la encrucijada. Todos los retazos de cielo estaban acompañados ya de su correspondiente parcela de tierra con lo que la locura visual

quedaba por fin completa. Altos farallones de roca oscura se erguían bajo una noche glacial, sobre sus picos sesgados flotaban nubes de un desvaído color azul que parecían a punto de ser devoradas por las bárbaras fumarolas, negras y densas, que vomitaban las tres chimeneas del volcán que dominaba la noche en llamas del camino vecino. Allí un sendero de baldosas irregulares de color ceniza avanzaba entre escoria ígnea y ríos de lava, junto a los cuales daban la impresión de florecer las espadas de plata que cubrían la pradera de la senda contigua.

La mirada se rebelaba ante aquel absurdo paisaje. Era complicado tratar de abarcarlo en su totalidad sin acabar mareado. Delano buscó las ramificaciones de la encrucijada que iban hacia el este y contó siete. La que más llamó su atención fue una carretera mal asfaltada que se abría paso a través de un erial de piedra; toda su superficie estaba salpicada por cráteres que parecían causados por fuego de artillería.

—Bueno, Delano... Ahora dependemos de ti. ¿Qué camino escogemos? —le preguntó Rigaud, mirándolo con intensidad.

—Tanta responsabilidad me abruma... —contestó él, inclinándose para sacar el mapa de la guantera—. Esperad aquí y trataré de averiguarlo. ¡Alexandre! ¿Puedes venir conmigo? A lo mejor necesito un lector de verdad...

—Desde luego... —le contestó el lector desde la parte trasera.

—Y coge tu cazadora... —le aconsejó Delano, sin apartar la vista del vórtice y de los caminos que surgían de éste. Las encrucijadas siempre le sumían en un estado de euforia de difícil comprensión; aún ahora, sabiendo que un error podía tener consecuencias imprevisibles, se sentía invadido por ese entusiasmo. Estaba en su terreno, haciendo lo que mejor se le daba: elegir el camino correcto que le llevara a la meta. Procuraba no pensar en lo poco en común que tenía ese talento con su forma de afrontar las vicisitudes de la vida.

Los dos bajaron de la furgoneta y echaron a andar hacia la encrucijada. El camino del sol quieto desembocaba, como el resto, en una plazoleta natural de contornos irregulares. El suelo del vórtice estaba cubierto de minúsculas rocas negras, todas idénticas, pequeñas y redondas, sólo un poco más grandes que granos de arena.

Antes de llegar, Delano se puso su chaqueta gris y se la abrochó hasta el cuello, sabedor de lo que se avecinaba. Nada más poner un pie sobre aquel terreno, la temperatura descendió de una forma tan brutal que dolió hasta el último de sus capilares pareció encogerse, sobrecogido por aquel cambio devastador. La temperatura de los vórtices siempre era inferior a cero grados, sin importar que a su lado hubiera volcanes, mares en llamas o cielos incandescentes. La parcela de cielo que quedaba sobre sus cabezas era completamente negra, una oscuridad insondable que era más abismo que noche. Aquella siniestra oscuridad pendía sobre todos los vórtices de los lugares de paso, ya fueran pequeñas encrucijadas o grandes núcleos como la Planicie Montaraz. Frío eterno y cielo negro. Delano había escuchado

muchas teorías distintas sobre la naturaleza de los vórtices. La más repetida aseguraba que eran el entramado original de la realidad. Luego éste podía retorcerse y modelarse a sí mismo hasta adoptar la forma que se le antojara, pero eso no cambiaba el hecho de que, en esencia, no era más que oscuridad helada.

Alexandre barrió con un pie las piedras del suelo, como si quisiera averiguar qué ocultaban debajo. Las rocas se desparramaron por todas direcciones pero al instante volvieron sobre sus pasos y ocuparon su posición inicial. El lector miró el abanico de caminos que surgían de aquel terreno baldío. Delano señaló a los que iban en dirección este.

—Uno de esos es el nuestro... —dijo—. Y será mejor que no nos equivoquemos al escogerlo.

—NO NOS METAS EN ESTO, INTRÉPIDO GUÍA. ÉSA ES TU TAREA, NO LA NUESTRA...

—Es asunto mío, sí, pero un poco de ayuda nunca viene mal...

Los siete caminos eran lo bastante amplios como para que la furgoneta pudiera pasar sin dificultades. Delano había tenido la esperanza de que alguno fuera intransitable; eso lo descartaría por completo ya que, según Rigaud, la expedición de Aarón y Milvidas no tuvo que abandonar sus vehículos en ningún momento.

Se concentró en el mapa. No había ni indicaciones ni más pistas que la que resultaba evidente: debían mantener el rumbo. Se lo tendió a Alexandre y éste lo estudió con la avidez depredadora propia de los lectores. La respiración de ambos era lenta y las nubecillas de vapor que exhalaban se diluían con rapidez en aquel aire helado.

—Hay algo... —dijo Alexandre. Sus palabras apenas lograban hacerse escuchar sobre el fuerte castañeteo de sus dientes—. Pero enterrado a tal profundidad que se me hace difícil percibirlo. —Se acercó hacia uno de los caminos: una rampa de piedra caliza que descendía paralela a un riachuelo de aguas turbias. Con el corte seco del vórtice, el río daba la impresión de nacer desde la nada—. Todo es vago... Tengo la misma impresión que cuando trato de leer entre líneas en sueños... No sé si será el vórtice que afecta a mi lectura o el mismo mapa...

Delano se adelantó hasta el nacimiento de otro camino: discurría por una selva tan exuberante que parecía más un túnel de inusitado verdor que un sendero; las hojas de los árboles creaban un tupido techo natural que la luz de aquel mundo apenas podía traspasar. Delano se acuclilló en el punto en que el vórtice se convertía en selva, con los brazos apoyados en las rodillas.

El número de mundos de los que los lugares de paso tomaban prestados caminos podía ser finito, pero a nivel práctico era tan difícil tropezar con dos caminos idénticos que la palabra «finito» dejaba de tener sentido. Aún así Delano, a lo largo de sus años como guía y viajero, había aprendido ciertas pautas de comportamiento para evitar caminos de alto riesgo. Sabía, por ejemplo, que siempre debía evitar las

sendas de suelo rojo o evitar los cielos con tres astros o que no era conveniente seleccionar una ruta que comenzara en un punto desde el que se divisara algún tipo de construcción.

Pero ahora se trataba de escoger el camino correcto, no el más seguro o el más rápido. De las siete opciones que iban rumbo al este sólo una mantendría el mapa activado. Ante aquella disyuntiva todos sus conocimientos y su experiencia no servían para nada. Peor, inconscientemente podía basarse en lo que sabía de los lugares de paso y los vórtices para pasar por alto el camino acertado.

Delano se incorporó y deslizó la mirada por otra de las alternativas. Se detuvo, enarcó una ceja, dubitativo, mirando el puente natural que salía de uno de los ramales de la encrucijada y que avanzaba durante varios kilómetros sobre un lago de aguas negras, curvándose hasta descender al nivel de la orilla opuesta y unirse a ella.

Volvió la vista a la carretera mal asfaltada con aspecto de haber sufrido un bombardeo reciente. Por nada del mundo hubiera tomado ese camino; todos sus sentidos se revelaban ante tal posibilidad pero ¿cómo podía saber que ése no era el que debían seguir? Otro de los caminos discurría junto a una cordillera abrupta y nevada. ¿Cómo podía tomar su decisión si no tenía nada en qué basarla? Por un momento se vio lanzando mentalmente un dado de siete caras y dejando al azar la elección. Luego miró hacia el camino contiguo a la cordillera: una senda de hierba parda que serpenteaba entre álamos resecos, quebrándose a izquierda y derecha en un pronunciado zigzag, pero avanzando siempre hacia el este. Delano se quedó inmóvil, con el corazón acelerado. En su fuero interno había esperado una señal, un signo tan evidente que no dejara lugar a dudas sobre qué camino tomar y ahora que lo tenía ante sí se encontraba perplejo.

Tragó saliva y se giró hacia Alexandre.

—Vámonos... —dijo.

—¿Has encontrado el camino? —preguntó el lector.

Delano se limitó a agitar la cabeza en un gesto que nada significaba y de tres rápidos pasos salió del vórtice. El brusco cambio de temperatura le sacudió como una bofetada en llamas. Se quitó la cazadora, se pasó la palma de la mano por la frente y, esquivando la mirada inquisitiva de Rigaud, se aupó al asiento del conductor. Los muelles del asiento chirriaron bajo su peso. Heredia lo miró sin decir nada. Rigaud ocupó su asiento en la cabina y, de atrás, llegó el sonido de Alexandre subiendo también al vehículo.

Delano tamborileó sobre el volante con las dos manos. Sacó las gafas de sol de su bolsillo y se las puso.

—Bueno... ¿qué? —preguntó Gema Árida, asomada a la portezuela que llevaba a la parte trasera—. ¿Nos ponemos en marcha de una vez o no?

—No tienes ni puta idea de qué camino escoger, ¿verdad...? —preguntó Heredia

con sorna.

—Sí que la tengo... —aseguró Delano, poniendo el motor en marcha.

Buscó el mapa de las fuentes en los bolsillos de su pantalón y, cuando no lo encontró, recordó que se lo había pasado a Alexandre en el vórtice.

—¡Alexandre! ¡Controla el mapa! ¿Quieres? —pidió, aun a sabiendas de que no era necesario: ése era el camino.

El lector se asomó a la cabina, con el mapa desplegado, justo cuando la furgoneta entró en el vórtice. El frío se hizo notar al instante a través del parabrisas roto.

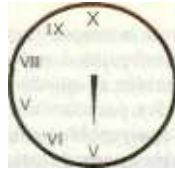
—Bien... —susurró Delano—. Allá vamos...

Giró el volante hacia la izquierda y tomó el camino entre los álamos secos. Una niebla verdosa se enredaba y desenredaba entre los árboles y el sendero; la misma niebla que en su sueño había cubierto el cementerio de la fuente con forma de sirena. La misma niebla de la que surgían los muertos que iban a su encuentro, portando copas o matando osos. Las raíces de los árboles asomaban de ella como garras desesperadas, las rocas eran lápidas torcidas bordeando el camino.

«*Mis sueños me guían*» pensó Delano.

Un escalofrío recorrió su espalda.

**Un golpe de viento
Sforza y Delano estrechan sus manos
Jugar con la suerte
Garantes**



Los lugares de paso están formados por miles de caminos arrebatados al olvido. Miles de caminos que se pierden en giros y alocadas piruetas o avanzan serios y bien dispuestos sobre el rígido academicismo de la recta. Hay sendas que sólo llevan donde uno más teme ir. Atajos que acumulan sobre sus polvorientas espaldas el retraso de siglos. Senderos olvidados que languidecen a las puertas de la próxima maravilla y el siguiente milagro. Caminos que vuelan de ninguna parte y se adentran con la furia ciega de lo inerte en ningún lugar. A veces los más osados atraviesan el tejido temporal, viajando al ayer, al mañana o al segundo inmediatamente anterior con la despreocupación propia de los caminos jóvenes. Hay caminos que tratan de extraviar al viajero con espejismos y falsas señales, tratando de hacerles pagarla tremenda herejía que cometen al mancillarlos con sus pasos; esto es propio de los caminos arrogantes, los que se creen importantes, los que ni saben ni quieren saber que son los viajeros los que dan forma al camino, robando itinerarios al azar y a la confusión, los que no entienden que un viajero sin camino siempre es un viajero y que un camino sin viajero es suelo y nada más que suelo.

A partir de la primera encrucijada, los paisajes se hicieron tan cambiantes que era raro que el mismo los acompañara durante más de una hora; los distintos tramos de los lugares de paso se unían unos con otros sin solución de continuidad. Muchos cielos diferentes los cobijaron en su marcha hacia el este. Atravesaron una vía empedrada tan ancha que sólo se alcanzaba a ver el límite de la margen izquierda, que se fundía de manera brusca con un desierto de arenas grises. La vereda derecha se perdía más allá de la vista, envuelta en la neblina pulsátil de la canícula.

A medida que avanzaban, la temperatura se fue haciendo más y más insoportable. Delano terminó quitándose hasta la camiseta, pegajosa ya por el sudor. Rigaud también se quedó con el torso desnudo; sus músculos, brillantes de sudor, parecían hinchados, surcados de cuando en cuando por un más que perceptible temblor, como si los mantuviera siempre en constante tensión a pesar de los intermitentes calambres que aquel esfuerzo debía costarle. En la cabina sólo Heredia permanecía inalterable, con su cazadora de cuero negro y sus cadenas, sin que la más pequeña gota de sudor perlara su rostro. Delano comenzaba a sospechar que el hispano no tenía sangre en las venas.

La erosión y el abandono habían hecho mella en aquel camino y tuvieron que esquivar grandes depresiones anegadas de lègamo y deshechos. A la izquierda apareció el esqueleto de una bestia tan enorme que en un principio lo confundieron con un edificio en ruinas. Era vagamente equino y sus huesos brillaban cegadores bajo el sol ardiente. Las grandes cuencas vacías de la calavera contemplaron con desidia el avance de la furgoneta. Poco después de dejar atrás el esqueleto vieron las primeras señales de que el camino tocaba a su fin. Un nuevo cielo se acercaba hacia ellos, un cielo crepuscular, repleto de nubes grises y rápidas que auguraban un más

que remarcable cambio de clima.

El camino de roca dejó su lugar a un sendero de tierra y arena gruesa que zigzagueaba entre collados de pizarra recubiertos de musgo. El paso de uno a otro fue como el cambio de una estancia cálida y bien iluminada a otra en penumbra y con todas las ventanas abiertas. Delano que, como Rigaud, se había vuelto a enfundar en todas sus ropas nada más ver llegar el fin del camino de piedra, se subió hasta el tope la cremallera de su cazadora. No era normal aquella rápida sucesión de caminos; era como si esa parte de los lugares de paso hubiera sido remendada a toda prisa, casi de forma improvisada, escogiendo los fragmentos más cortos de los caminos olvidados para completarla. Por un momento pensó que el camino se estaba creando a medida que avanzaban.

Hicieron parada al linde de un impresionante bosque que trepaba por las faldas de una montaña de cumbre nevada, envuelta en un penacho de bruma. Heredia desapareció en el bosque nada más detener la furgoneta y Delano supuso que cuando volvieran a verlo apestaría a sangre y carne fresca. En aquel lugar se respiraba un aire a primavera desatada que embriagaba los sentidos y hacía estornudar y lagrimear a los alérgicos, Delano entre ellos. Comieron junto a árboles de tronco frágil y color tenue, a medio camino entre el marrón y el verde, de hojas violetas, con forma de espiga. Charlotte Blue no preparó esta vez sus exquisitos bocadillos, sino que les sorprendió con varias fuentes de ensalada repletas de una carne picada suave que se deshacía en la boca nada más entrar en ella.

Iban a acampar durante una hora pero ésta se convirtió en dos cuando Gema Árida encontró un estanque en un claro cercano, en el que aprovecharon para lavarse. Charlotte, que por lo visto tenía otros medios para permanecer pulcro y aseado, se quedó a la sombra de la furgoneta sesteando y espantando insectos con sus antenas y zarcillos.

Delano, limpio, afeitado y con el estomago lleno, se dejó caer a la sombra de un árbol, estornudó dos veces y contempló cómo las nubes discurrían lentas y ociosas en el poco cielo que se dejaba ver entre las ramas del árbol. Sintió cómo le iba ganando un agradable sopor. La amenaza de Aarón, Milvidas, las fuentes perdidas... todo eso se le antojaba lejano e irreal, intrascendente. Cerró los ojos a! paisaje que le rodeaba y otro paisaje se abrió en su mente, un recuerdo del pasado que llegó como suelen llegar estas cosas: sin avisar.

El mundo estaba hecho de piedra y agua.

La gran catarata caía sobre la curva oriental del lago, levantando un violento murallón de espuma veteada de arco iris y nubes de vapor. El lago era una inmensa extensión de agua brillante y tranquila excepto allí donde la catarata rompía contra su superficie con sordo estruendo. Los acantilados curvos que contenían el lago se

alzaban hacia los cielos como un cañón. En aquel día lejano, Delano no se llamaba Delano y aunque ya tenía el cabello color ceniza todavía no había adoptado el sobrenombre de Gris. Se aferraba con fuerza a la barandilla de cañas reatadas que flanqueaba el puente que atravesaba el lago circular, impresionado por el paisaje. El extremo del puente llegaba hasta el mismo centro de la cascada y hacia allí se dirigían, justo bajo las aguas rabiosas que aullaban desde los cielos.

Tenía miedo. El puente no dejaba de agitarse como una balsa a punto de naufragar. Tenía miedo, sí, pero era un miedo emocionante, el miedo que cosquillea en la boca del estómago ante una atracción de feria espectacular. Porque tenía seis años y su padre estaba junto a él. Y con él nada malo podía suceder.

El niño de pelo color ceniza contempló las amplias espaldas del hombre que caminaba ante él. Sentía la reverencia y el amor palpitando en su pecho; el miedo era accesorio, un añadido fascinante a aquella escena, como la sonrisa jubilosa en su rostro. El zarandeo del puente aumentó a medida que se acercaban a la cascada que surgía de la roca como una lengua ávida. El hombre se detuvo para dejar pasar al niño y caminar ambos a la misma altura. El estruendo de la catarata era atronador. Caminaban envueltos en una constante lluvia tibia que iba cobrando virulencia con cada paso que daban y que en apenas un minuto se convirtió en una verdadera tempestad. El niño abrió la boca para protestar.

—Mira a tu alrededor... —dijo su padre. Su rostro anguloso y amable era apenas un borrón bajo el torrente. Habían llegado al centro de la cascada.

El niño que años después se haría llamar Delano Gris cumplió la orden del hombre que moriría al día siguiente, y nada más hacerlo se olvidó por completo del agua que caía sobre él y de la altura que lo separaba del lago. El mundo había estallado en una explosión de luces fantásticas y milagrosos fulgores. Los arco iris habían tomado el control de la realidad y ahora todo era un delirio de color y formas difusas. Estaba en el centro de un diamante donde se citaban todos los colores y tonalidades del universo, estaba dentro de un juego de espejos que multiplicaban hasta el infinito el enloquecido patrón cromático en el que se apoyaba el mundo.

—La paleta secreta de dios... —dijo su padre y él, sin aliento, se convirtió en un color más que caía enhebrado a la cascada.

Delano abrió los ojos a la claridad del día y a la realidad del ahora. Las ramas se mecían inquietas sobre su cabeza. Sus recuerdos se disiparon en cuanto salió de su ensoñación, aunque por un segundo todos los colores que lo rodeaban parecieron más vividos, más intensos. Se pasó una mano temblorosa por la frente. El recuerdo del día bajo la catarata le había desasosegado profundamente. Aquel había sido el último día de su infancia. Cuando el siguiente amanecer se vertió sobre el mundo ya no hubo espacio para la ingenua felicidad de la niñez. Sólo quedó sitio para la pesadilla y el

dolor.

Alexandre charlaba con Gema Árida junto a la furgoneta; sus manos ensangrentadas no dejaban de torturar al oso de peluche, que se estremecía de placer con cada cuchillada. Delano recordó otras cuchillas y agujas.

—¿No puedes dejarlo en paz ni un minuto? —preguntó, incorporándose furioso. Sabía que esa furia era desproporcionada y que tenía más que ver con el recuerdo de su padre que con Alexandre y su oso, pero esa injusticia sólo valía para que la furia hacia el lector aumentara, como si ya superados ciertos niveles dejara de importar si ésta era justa o no—. ¡Déjalo en paz, joder!

—No —contestó el lector con frialdad y, apuñalando con más fuerza al remedo, le dio la espalda y subió a la trasera de la furgoneta.

—¿Qué es lo que te pasa a ti? —le preguntó Gema Árida—. ¿El baño te trastorna?

—La vida en general me trastorna... —contestó él y echó a andar hacia la cabina con las manos en los bolsillos. Justo entonces, Heredia salió de entre los árboles. Parecía haberse adecentado también en el estanque, pero un fino cuajaron de sangre se había quedado prendido a su mejilla.

Cinco minutos más tarde estaban otra vez en marcha.

Después de tres horas conduciendo, cuando pensaba insinuarle a Rigaud que ya iba siendo hora de acampar, el paisaje envuelto en las tinieblas densas de un crepúsculo repentino cambió de repente. Heredia anunció entre dientes:

—Mal sitio.

A la izquierda del camino se alzaba una pared de roca negra, escabrosa y sombría que se perdía más allá de donde alcanzaba la vista, confundiéndose con la oscuridad del cielo de tal forma que era imposible averiguar qué era risco y qué era noche; a la derecha, el terreno descendía en una suave pendiente durante unos metros para luego caer en un brusco picado sin fondo aparente; en aquel abismo se agitaba un mar de nubes translúcidas y livianas. Aunque el camino, una terraza natural que circundaba aquella cordillera, era más que suficientemente ancho para la furgoneta, Delano redujo la velocidad y se acercó a la izquierda, alejándose todo lo posible del precipicio. Entre los riscos se veían pequeñas aberturas oscuras. Delano captó un movimiento repentino, una sombra que cruzó rauda de un hueco a otro, demasiado rápida para poder enfocarla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz baja.

—Mira a la carretera... —le susurró Heredia, con la vista fija en la pared.

Al cabo de unos minutos la puerta que unía la cabina con la parte trasera se plegó y Gema Árida se asomó a la cabina. Apoyó sus manos sobre el asiento de Rigaud y se inclinó para susurrarle al oído:

—Estamos en zona de riesgo, querido. Alexandre dice que lee peligro hasta en el

mismo aire. Y aquí huele a muerte —añadió, arrugando la nariz.

—Estaremos atentos. Gracias por el aviso. —Rigaud alargó su mano enguantada para tomar la mano de la espiritista y darle un afectuoso apretón antes de dejarla marchar. Delano captó el refrescante aroma de su perfume y deseó que Sforza se cayera muerto allí mismo.

—Tened cuidado... —dijo Gema, cerrando la puerta tras ella.

Heredia invocó su Bolsa Coherente, armó dos mitades del arma de los filos y las colocó a ambos lados de su asiento. Rigaud comprobó el estado de sus tres pistolas ametralladoras; se enfundó una en la cartuchera de su cinto, dejó la segunda en la guantera abierta y tendió la tercera a Delano. Cuando iba a tomarla, un salvaje golpe de viento en el flanco izquierdo de la furgoneta le obligó a pisar el freno y girar el volante en sentido contrario al bandazo. De atrás llegaron juramentos y maldiciones varias.

—SI TU PERICIA AL VOLANTE ES PAREJA A TU CAPACIDAD DE GUÍA, MAS NOS VALE DAR MEDIA VUELTA Y VOL...

—¡Cállate! —gritó Rigaud.

Delano se hizo de nuevo con el control del vehículo. Se mordió con saña el labio inferior; un rápido vistazo a su derecha le indicó que se habían acercado mucho al precipicio, aunque la pendiente todavía quedaba lejos. Manióbró para volver al resguardo de los riscos, mirando a su alrededor con el corazón en un puño. Aquel golpe de viento no había sido natural.

—¡A la izquierda! —indicó Heredia—. ¡En la pared!

Varias sombras corrían entre las rocas siguiendo la trayectoria de la furgoneta. Surgían a pares de los orificios entre las rocas y descendían por la pared escarpada con una facilidad asombrosa. Había algo de lobuno en ellas, en sus hocicos y sus ojos llameantes, pero sus movimientos eran felinos y su piel, a trazos de pelaje negro y anaranjado, traía a la mente la imagen de un tigre de colores errados. Las patas cortas, terminadas en un infierno de garras, apenas rozaban la pared en su veloz descenso. Delano leyó hambre en aquellos seres, pequeños en tamaño pero grandes en voracidad, un hambre antigua e insaciable salía a su encuentro en los lugares de paso.

El viento embistió de nuevo, esta vez contra el lateral derecho de la furgoneta. Delano giró el volante ahogando una maldición. La tercera embestida huracanada fue más de lo que la furgoneta pudo soportar y se inclinó sobre dos ruedas con un lastimero quejido y un retumbar de fardos cayendo. Rigaud chocó contra Delano quien, sin aliento y dolorido, fue incapaz de recuperar el control de la Nissan. El viento, con un nuevo y furioso embate, terminó de volcarla, y su fuerza y la inercia la arrastraron varios metros sobre el lateral, dejando una estela de chispas tras ella. La perspectiva del mundo cambió por completo y la cabina se convirtió en un caos de objetos que caían. El cristal de la ventanilla de Delano estalló y algo afilado y

caliente rasgó su brazo. Los tres airbag saltaron al unísono con impotente silbido y se encontró encajonado entre su colchón de aire y el cuerpo de Rigaud. Su hombro izquierdo palpataba sordamente y sentía la humedad viscosa de la sangre sobre su piel.

No podía ver nada, sólo escuchaba gritos, el aullido del viento y los bramidos de las criaturas que se precipitaban hacia ellos. La furgoneta estaba inmóvil aunque las ruedas giraban estúpidamente en el vacío.

—¡Todos fuera! —gritó Rigaud. Descargó su brazo derecho contra el airbag. Su puño centelleó en el centro de una explosión de luz nacarada y el airbag reventó con un estampido ensordecedor y una vaharada de aire fétido. Heredia abrió la portezuela de una patada, se revolvió en la cabina y saltó fuera, uniendo las dos partes de su arma y efectuando el primer disparo aún antes de tocar tierra. Una lanzada de luz blanca salió despedida del extremo del arma de los filos, un relámpago recto que aullaba en busca de vida que segar. Rigaud atravesó el parabrisas destrozado abriendo fuego con una pistola y desenfundando la otra; en torno a su puño enguantado comenzaba a concentrarse un nuevo campo de energía perlada, la misma energía que había desatado para destrozarse el airbag.

Delano maniobró entre los asientos vacíos, tratando de salir también de la cabina. Las palpaciones en su hombro herido se convirtieron en corrientes alternas de escalofrío y dolor. No miró hacia allí. El brazo era utilizable y ésa era toda la información que necesitaba. Desenfundó su Sig Sauer, maldiciéndose por no haber cogido la pistola de Rigaud a tiempo, y saltó fuera. El viento lo recibió con una fría bofetada. Miró a su alrededor jadeando.

Las bestias avanzaban a velocidad de vértigo. Descendían en riada por la pared como si ésta fuera suelo llano y no frenaban su velocidad cuando llegaban al camino, enderezaban el cuerpo con una brusca sacudida y seguían carrera, mostrando sus fauces abiertas y babeantes.

Rigaud había trepado a la furgoneta y desde allí abatía filas y filas de criaturas con las ráfagas de sus armas. Su puño derecho seguía envuelto en una nube de crepitante energía. Delano vio a Heredia corriendo al encuentro de las bestias, escorándose para evitar los disparos del canadiense; gritaba, abriendo fuego una y otra vez. Con cada disparo de luz blanca una criatura estallaba en una nube de sangre, carne y hueso.

Delano Gris retiró el seguro de su pistola y comenzó a disparar mientras retrocedía.

Sforza flotaba a varios metros de altura, las faldas de su chaqueta ondeaban al viento como las alas de un ángel negro. Contemplaba lo que ocurría a sus pies con la expresión vacía del que asiste a un espectáculo sumamente aburrido, con una mano apoyada con dejadez sobre la hebilla de su cinturón. Delano comprendió que el vuelo

del italiano no tenía nada que ver con la magia. Sforza estaba utilizando algún dispositivo integrado en su cinturón para desafiar las leyes de la física.

La sombra de algo imposible cayó sobre ellos. Una silueta colosal descendía lentamente del cielo, en paralelo a los riscos: un zeppelin deforme de color caoba; su piel caía en suaves pliegues en torno a su cuerpo de globo. Bajaba bamboleándose y arrastrando tras de sí una cola huesuda acabada en un aguijón cerúleo que penduleaba al viento. Varias criaturas se agitaban sobre su lomo, hundiendo sus garras en el cuerpo de la criatura globular. El viento enloquecido que había volcado la furgoneta zarandeaba toda la escena, haciéndola más irreal si cabe.

Heredia, a cuatro metros de la furgoneta volcada, causaba estragos en el centro de un maresmagnum de garras y colmillos que trataba en vano de cerrarse sobre él. Los fogonazos del arma iluminaban su rostro, desencajado en una mueca de euforia desquiciada: disfrutaba de cada segundo. Rigaud sobre la furgoneta y Delano en tierra abatían con sus disparos al resto de engendros que trataban de llegar hasta ellos. A sus disparos se les unió el tableteo frenético de una ametralladora. Delano vio a Gema Árida con la rodilla en tierra disparando una metralleta que escupía fuego a una velocidad endiablada. Alexandre, en pie junto a ella, apuntaba su rifle con suma precaución, cambiando de un blanco a otro sin apretar el gatillo, guiándose por la lectura y disparando sólo cuando uno de aquellos seres ganaba una posición ventajosa desde la que atacar a Heredia o se acercaba demasiado a la furgoneta. Por el flanco derecho llegaba una manada de bestias, frenética y aullante. Todos habían dado por supuesto que Sforza se encargaría de cubrir ese lado, pero el nigromante seguía inmóvil en el aire, ausente.

Delano vació tres cargadores cubriendo el flanco desguarnecido pero, aunque pronto contó con el fuego de apoyo de Rigaud, tres bestias aprovecharon la fragilidad defensiva y llegaron hasta ellos. La primera saltó a la furgoneta en busca del canadiense que la reventó de un solo puñetazo. Las otras dos enfilaron directas hacia Delano.

Disparó a bocajarro a la primera y se hizo a un lado para esquivar la embestida de la segunda. Pero fue demasiado lento y chocaron y cayeron al suelo, enredados el uno en el otro. Delano soltó la pistola cuando su mano golpeó contra el suelo. Las garras de la criatura buscaban su garganta y el cepo mortal que era su boca iba en pos de su rostro. Apestaba a carroña y humedad, a hambre y sudor. Su mandíbula se cerró con un potente chasquido a un centímetro escaso de sus ojos. Delano de un violento empujón se libró de ella. Reculó hacia atrás hasta chocar contra la furgoneta. La bestia negra se rehizo, le mostró los colmillos en un tosco gruñido y saltó de nuevo. A medio salto se convulsionó en el aire y cayó al suelo sacudiendo sus cuartos traseros; una bala de Alexandre le había atravesado el cráneo. Delano no tuvo tiempo de levantarse, rodó hasta donde se encontraba su pistola, la empuñó y se giro hacia otra

bestia que llegaba ya, gruñendo y derrapando en el piso rocoso. Disparó tres veces y la criatura vio cortada en seco su carrera. Rigaud estiró su brazo y Delano se aferró a él para que lo subiera a la furgoneta mientras disparaba enloquecido a la horda de criaturas que se le venía encima. La situación comenzaba a ser desesperada.

—¡Sforza! —gritó Rigaud, enfurecido—. ¡¿Qué cojones estás haciendo?!

El nigromante no contestó y siguió imperturbable en el aire, con la mano apoyada lánguidamente en el dispositivo antigraavedad de su cinturón. Delano, tumbado mientras recargaba su arma, pestañeó incrédulo. Lo que en principio había tomado por un espejismo óptico resultó ser real: la máscara de Sforza ya no era la de la tragedia sino su complementaria: la sonrisa exagerada de la comedia.

—¡Adriano! —gritó Gema Árida sobre el estrépito de las armas y el viento—. ¡Ayúdanos!

Esta vez el hechicero sí reaccionó a la llamada. Bajó la vista para mirar a la mujer, parpadeó varias veces y agitó la cabeza, como si sólo ahora se percatara de la lucha que estaba teniendo lugar en la terraza del acantilado. El mago descendió en un pronunciado picado hacia la furgoneta. A medio camino invocó su Bolsa Coherente: un enorme bolsón de cuero grisáceo recubierto por una red metálica de cuyas uniones colgaban amuletos y huesos coloreados. Aterrizó entre Rigaud y Delano, que se desesperaban por frenar las acometidas de las bestias negras. El canadiense fulminó al mago con la mirada, pero éste ni se inmutó. Metió una mano en la bolsa y, tras un solo instante de búsqueda, extrajo una cabeza decapitada, aferrándola con firmeza por el cuero cabelludo. Delano resopló cuando la mirada vidriada de la cabeza quedó fija en él. Durante un segundo dejó de disparar, impresionado por aquel rostro muerto, surcado de tatuajes e incisiones. Casi se le paró el corazón cuando aquello comenzó a aullar.

Sforza gritó dos palabras ininteligibles y lanzó la cabeza hacia la marabunta que rompía contra la furgoneta. El macabro proyectil chocó contra el suelo, se revolvió en el aire y quedó envuelto en una esfera pulsátil de energía cenicienta, notando a veinte centímetros de altura. El mar de bestias se abrió, con los ojos fijos en la cabeza. La esfera de sombras que la rodeaba comenzó a expandirse, a vibrar, a oscurecerse, convirtiéndose en un torbellino de llamas negras que giraban y danzaban. La primera criatura a la que rozaron las aspas sombrías se desplomó en silencio, con el lomo seccionado y el vientre en llamas. El griterío de las bestias se hizo ensordecedor. Las sombras se movían como guadañas, cercenando y quemando todo lo que hallaban a su paso. En el centro de aquel remolino negro la cabeza seguía aullando envuelta en la oscuridad que ella misma exhalaba.

Un potente gruñido se escuchó desde el risco y, antes de que su eco se apagase, todas las bestias habían retrocedido, apiñándose contra y sobre la pared. En una de las cuevas de las rocas, alta y en tinieblas, apareció un engendro enorme. Era

completamente lampiño y triplicaba en tamaño a sus congéneres; sus ojos albinos parecían faros gemelos barriendo el acantilado. Heredia trató de alcanzarlo, pero sus disparos eran demasiado imprecisos y los destellos blancos se perdían lejos de la boca de la cueva. El hispano retrocedió hacia la Nissan, sin apartar la vista de la maraña de fauces y garras que se agitaba ante ellos. Enarboló el arma a una mano, apuntando al cielo, mientras cobijaba la otra bajo la axila como si se la hubiera dañado de tanto disparar. Todos aguardaron, expectantes. Delano buscó una mejor posición de tiro sobre el vehículo volcado. Sforza dio un paso atrás. El halo de oscuridad cortante que rodeaba la cabeza había dejado de crecer pero no de girar y arder.

Las criaturas habían formado un frente compacto y aunque arañaban furiosas la roca del camino no se movían de su posición.

—¿Qué están haciendo?! —gritó Delano para imponerse al rugido del viento.

Alexandre, de pronto, alzó su rifle y apuntó a la bestia de la cueva, pero justo cuando apretaba el gatillo ésta regresó a la oscuridad y, desde allí, a salvo de las balas, gruñó por segunda vez. Un gruñido largo y terrorífico.

—¡Cuidado! —gritó el lector, bajando el arma y dando la primera zancada de una huida sin dirección.

El viento alzó a Heredia en volandas y lo lanzó contra la furgoneta. El joven chocó contra los bajos, cayó al suelo de rodillas, todavía con el arma en la mano, y, cuando trataba de incorporarse, un nuevo golpe de viento lo elevó tres metros en el aire y lo arrojó contra los que se resguardaban sobre el vehículo volcado. Rigaud esquivó la acometida del hispano de un salto. Sforza y Delano no pudieron apartarse a tiempo y el joven chocó de lleno contra ellos. Delano cayó hacia atrás. Dejó escapar todo el aliento de sus pulmones en un grito mudo. Por un segundo pensó que ese doloroso bufido era el que hacía despegar a Sforza y Heredia y se los llevaba a rastras por los cielos. El viento redobló su furia. La mano invisible del huracán lanzó a los dos hombres hacia el precipicio y en ese mismo instante las bestias cargaron contra la furgoneta, esquivando la cabeza aullante y sus sombras afiladas.

Las primeras criaturas saltaron gruñendo y bufando sobre la cabina. Delano disparó a bocajarro a dos que se le venían encima y retrocedió junto a Rigaud. El canadiense hundió el cráneo de una de las bestias con un puñetazo brutal y saltó a tierra sin dejar de disparar, tratando de huir de la incontenible oleada de garras y colmillos que saltaba sobre el vehículo. Delano intentó seguirlo pero justo cuando se daba impulso para saltar, sintió la embestida de un ariete huracanado que lo proyectó hacia delante y lo aplastó contra el suelo de piedra. Gritó o, por lo menos, creyó gritar. La locura que lo rodeaba subió un grado. Una fina lluvia fría comenzó a caer.

—¡Usan el viento contra nosotros! —gritó, sintiéndose dolorido por la caída y estúpido por señalar lo obvio.

Gema Árida se agachó a su lado y lo ayudó a levantarse sin dejar de disparar la

ametralladora que llevaba apoyada en la cadera. Todo su cuerpo se sacudía al ritmo de las ráfagas.

Delano corrió hacia el arma que le había arrebatado el viento. Una sombra se cruzó en su camino y Gema Árida la partió en dos. Delano saltó sobre el cuerpo caído y cogió la pistola a la carrera. Alexandre se encontraba unos metros más adelante, zarandeado por el viento, todavía llevaba el rifle en la mano pero parecía haberse olvidado por completo de él; a su lado estaba Rigaud, disparando a dos manos. Delano buscó a Heredia con la mirada y lo encontró jadeando de rodillas al pie del precipicio, desarmado. Sforza estaba con él, empuñando su bastón y mirando hacia la decena de criaturas que se aproximaban al trote por su izquierda. Heredia se incorporó despacio mientras desenredaba las cadenas que cubrían su cazadora dispuesto a repeler el ataque.

Delano escuchó el grito de Alexandre sobre el sonido de las armas, los gruñidos de las fieras y el rugir del viento.

—¡La criatura globo, Sforza!, ¡Acaba con el espantajo! ¡Termina con él!

El nigromante dijo una sola palabra y la cabeza envuelta en llamas voló hasta su mano, dejando a su paso una estela de negrura y llamas. Luego se propulsó hacia la gigantesca criatura. Avanzaba a trompicones, esquivando corrientes de aire y zigzagueando en los cielos como un insecto borracho. La bolsa inmensa que flotaba contra la pared lo vio llegar y aulló tempestades. Las nubes negras se rompieron sobre sus cabezas y escupieron un vendaval de lluvia y truenos. De algún modo Heredia había retrocedido hasta ellos, azuzado por las bestias que trataban de esquivar los golpes de sus cadenas para caer sobre él. Delano disparó una última bala y descubrió, horrorizado, que ya no le quedaban más cargadores.

La oscuridad centelleaba y vibraba alrededor de Sforza. Cuando llegó a la altura del zeppelin, arrojó la cabeza hacia él con una fuerza endiablada. La cabeza chocó contra el monstruo y estalló por segunda vez, en el preciso instante en que la cola huesuda con su aguijón volaba al encuentro del mago.

Sforza dio una cabriola en el aire para esquivar el aguijón y la cosa, tras recibir la tremenda explosión de la cabeza decapitada, se desplazó violentamente hacia la derecha, chocando contra las rocas. Sforza volaba a toda velocidad, alejándose del monstruo que permanecía inmóvil, colgado del aire, congelado en torno a la brecha oscura que se abría en su costado. La cabeza aullaba, las sombras horadaban e incendiaban la carne.

—¡Al suelo! ¡Tiraos al suelo! —gritó Alexandre.

Delano hizo caso omiso de la orden, hipnotizado por la oscuridad hambrienta que se cebaba en el flanco de la criatura globular. Los pliegues de su piel y los finos tentáculos que surgían de su lomo aleteaban desesperados al viento. Las bestias levantaron sus hocicudas cabezas al cielo enmarañado de nubes y tormenta; las que

montaban sobre la criatura zeppelin aullaron y saltaron de su lomo hasta la pared; la mayoría consiguió ponerse a salvo entre los riscos; otras, con menos suerte, cayeron a plomo sobre la terraza, reventando contra el suelo.

Un último espasmo recorrió el cuerpo del monstruo cuando la grieta oscura se colapso hacia dentro. Luego estalló en un amasijo de cartílagos, sangre y tifones. El tiempo explotó con él.

Delano sintió cómo le arrancaban del suelo, lo zarandeaban en el aire y se lo llevaban en volandas, como una brizna de hierba a merced del huracán. Dio bandazos entre las nubes que se derrumbaban, giró a merced de las frenéticas corrientes de la riada que descargaba el cielo y fue a caer al mismo borde del precipicio. El viento lo meció de izquierda a derecha, alejándolo del borde para volver a llevarlo hasta él. Intentó levantarse, perdió el equilibrio y una nueva racha de viento aprovechó ese momento para darle el zarpazo definitivo y empujarlo al abismo.

En el frenético instante en que se veía perdido, una mano llegó de la nada y le aferró brutalmente de la muñeca, retorciéndosela con violencia. Se agarró con la otra mano al brazo salvador. Miró hacia arriba y se encontró con el brillo mortecino de una máscara griega. Adriano Sforza flotaba en el vacío mientras Delano se agitaba en él, pataleando desesperado. El nigromante le sonreía y era una sonrisa enfermiza y demente.

Delano fue consciente de las rápidas y frías puñaladas de la lluvia contra su rostro, de la fuerza inhumana de la garra que le separaba de la muerte y de la locura que campaba, desatada, en el único ojo visible del mago.

—Ahora sí estrechas mi mano, ¿verdad? —preguntó Sforza en un venenoso susurro. Su mirada partida se desorbitó y la punta de su lengua recorrió sus labios hasta topar con el borde la máscara.

—¡Ayúdame!

—¡Creo que todavía no hemos sido convenientemente presentados! —la voz de Sforza se impuso al rugido de la tormenta invocada por la destrucción del monstruo.

—¡Me llamó Adriano!, ¡Adriano Sforza! —gritó, y Delano no supo si se lo gritaba a él o a la realidad entera.

—¡Sácame de aquí! —gritó, aterrorizado.

—¡Se digna a dirigirme la palabra! ¡A mí! ¿Será la situación la que le hace rebajarse tanto? ¡No sería justo aprovecharme de tal ventaja! —aflojó su presa y Delano chilló al perder apoyo.

—¡No! ¡Maldita sea tu puta alma! ¡Súbeme!

El nigromante voló hasta llegar a la altura del borde, pero no hizo ningún gesto por alcanzarlo.

—¿Debo hacerlo? ¿Sería justo? —se preguntó mientras lo alzaba para mirarle a los ojos. Delano vio su rostro reflejado en la máscara del mago y tuvo la certeza de

que iba a morir bajo la tormenta.

Las puñaladas de la lluvia sobre su rostro se hicieron más rápidas y heladas. El aliento del temporal se instaló en su pecho. De pronto, de una manera imposible, la pupila del mago se desdobló y hubo dos puntos negros en el interior de su ojo, uno de ellos fijo en su lugar y el otro moviéndose hacia la derecha. Delano tardó un segundo en comprender que aquella segunda pupila no era tal: era un insecto negro, una mosca que caminaba por el interior del ojo, con las alas húmedas plegadas a su espalda, mostrando sus patas peludas y su abdomen en su recorrido. Casi pudo ver cómo la piel se abombaba al paso del insecto cuando éste atravesó el lagrimal y desapareció.

—¡Suéltame, puto loco! —gritó desesperado. Algo en su interior lanzó un grito de júbilo, de apoyo incondicional a sus palabras—. ¡Suéltame!

Sforza, con un giro de muñeca, lo arrojó hacia la derecha. Durante un instante Delano no supo si al vacío o a la terraza, si a la muerte o a la vida. Cuando sus huesos chocaron contra las rocas, se quedó inmóvil durante un largo minuto, boca abajo sobre el camino agrietado y mojado, La tromba de agua se agitaba espasmódica ante los vaivenes del viento huracanado. Delano se dio la vuelta y dejó que el agua resbalara sobre su cara y se mezclara con la sangre que manaba de su hombro, agradecido por el dolor y el frío que sentía, agradecido de estar vivo para poder sentirlos. Su corazón latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de escapar de su pecho, era un ariete demoledor, un trueno constante que ocultaba, pero no por entero, el grito desolado que se le escapaba de esa parte de su alma que anhelaba desesperadamente la muerte.

Sforza se alejó flotando hacia la furgoneta caída donde el resto del grupo se resguardaba del temporal.

Para él no somos nada. Ni nos desprecia ni nos odia, somos tan insignificantes que no nos merecemos el esfuerzo. Nos mataría con la misma emoción con la que nos salvaría la vida.

Alexandre, inclinado sobre su hombro herido, dio una última vuelta a la venda y comprobó que estuviera bien ceñida antes de dar por finalizada la cura.

—Ya está. Ha sido un corte limpio. En unas horas la herida desaparecerá, Mañana ni siquiera te acordarás de ella.

—Gracias... —Bebió un largo trago de la petaca de vodka que Alexandre le había tendido antes de limpiar y vendar la herida.

El tiempo había vuelto a su cauce habitual aunque las nubes de tormenta seguían fijas en el cielo, resistiéndose a abandonar el lugar donde habían sido invocadas. Heredia y Rigaud se afanaban en los arreglos de la furgoneta. Había sido espectacular ver cómo los dos hombres la levantaban a pulso. El hispano había prometido que volverían al camino en una hora, dos a más tardar, a pesar de que el vehículo había

recibido un serio castigo. Rigaud llevaba su puño derecho envuelto en una venda ensangrentada. Heredia estaba cubierto de heridas, pero no había dejado que Alexandre se acercara a reconocerlo. —Curarán por sí solas— había asegurado.

Charlotte Blue también había salido malparado del vuelco de la furgoneta. Una caja le había rozado en el caos que produjo el incidente en la parte trasera y había necesitado los cuidados de Aíexandre, aunque el lector desconocía casi por completo la fisiología del genio. Un leve encantamiento sanador había surtido el efecto adecuado y la criatura se había sumido en un sueño reparador, no sin antes informarles de que evaluaba sus posibilidades de supervivencia en un noventa y cinco por cien.

El temporal se había cebado con las bestias. Las que habían sobrevivido habían optado por una prudente retirada hacia sus guaridas en los riscos. De cuando en cuando alcanzaban a verlas merodeando en las sombras, demasiado aturdiditas como para pensar en un contraataque. Sforza y Gema charlaban en voz muy baja a unos metros de distancia. El mago le había salvado la vida, les había salvado la vida a todos al acabar con el monstruo. Aún así, Rigaud se había acercado a él nada más terminar el combate, y le había propinado un fuerte empujón que el nigromante encajó sin inmutarse.

—¿En qué estabas pensando, cabrón? —le espetó, regando máscara, de nuevo trágica, y rostro de saliva—. ¡Te necesitábamos!

—Hice lo que tenía que hacer... —contestó él.

—¡Pero no a tiempo! ¡Podíamos haber muerto todos por tu estupidez!

—Puedes llamarlo estupidez si quieres, yo lo llamo curiosidad... ¿Recuerdas nuestro encuentro con Aarón? —le preguntó, y antes de que Rigaud contestara prosiguió con voz átona—: Dije que, no tenía miedo de enfrentarme a él, que conocía el alcance de mi poder y de los que viajaban conmigo. Y no era cierto. No conocía vuestro poder... Necesitaba ver de lo que erais capaces...

—No debiste dudar de nosotros, Sforza... —le contestó el canadiense apretando los dientes—. No nos vuelvas a poner a prueba...

Adriano se encogió de hombros por toda respuesta y dio la espalda a Rigaud, alejándose de él despacio. No había dado dos pasos cuando preguntó:

—Dime, Rigaud... ¿Quién ha matado al monstruo? ¿Quién os ha salvado?

—¿Tratas de provocarme?

—En absoluto... No me atrevería a hacerlo, ahora que sé de lo que sois capaces... —añadió, sin que Delano percibiera el menor matiz de sorna en sus palabras.

Adriano no es un mago negro excesivamente cruel... pero sigue siendo lo que es, no puede evitarlo como tú no puedes evitar ser lo que eres.

Ésas habían sido las palabras de la pitia allá en Delfos. Es difícil evitar ser lo que eres, desde luego... Delano apartó las dudas que le asaltaban con un nuevo trago de

vodka. Adriano Sforza era un nigromante, un profanador de cadáveres, y el muy cabrón le había salvado la vida sabiendo que, de darse el caso contrario, Delano no movería un músculo para salvarlo.

En hora y media Heredia puso en marcha el vehículo. El lateral izquierdo estaba raspado y abollado y la portezuela del conductor había desaparecido. Delano se sentó en el asiento central de la cabina, entumecido todavía por el ataque de las criaturas de los riscos y sintiendo el comezón de la venda mágica sobre sus heridas.

Rigaud consultó el mapa al poco tiempo de reanudar la marcha.

—Falta poco para la siguiente encrucijada. Acamparemos allí...

Las nubes de borrasca se abrieron de pronto a la luz anaranjada de un sol extraño, con su centro eclipsado por una luna anillada. Daba la impresión que un ojo gigantesco les contemplaba desde lo alto.

—¡Mirad allí! ¡A la derecha! —el grito de Heredia no era de alarma sino de sorpresa. Frenó la furgoneta, abrió la puerta y salió a la carretera de un salto.

Delano se incorporó a su vez para ver una infinidad de criaturas como la que había abatido Sforza, flotando lentas y perezosas. Su cola y su aguijón las anclaban en tierra hasta que decidían moverse; entonces arrancaban el garfio e invocaban al viento para avanzar con solemne lentitud en el cielo libre de nubes, aleteando con su piel flaccida color caoba. Todos estaban parados en la carretera contemplando los gigantes globos colgados del aire.

—Saben que no deben adentrarse en las sombras... —dijo Alexandre con la voz tomada—. Los que lo hacen nunca encuentran el camino de vuelta.

Delano contempló aquellas inmensas moles flotantes, entristecido de pronto.

Durante otros dos días recorrieron los lugares de paso en la más absoluta soledad.

Docenas de caminos y paisajes diferentes se fueron sucediendo bajo las ruedas de la castigada furgoneta. Atravesaron vergeles imposibles de sofocante belleza; en uno de ellos la vegetación se fue retirando de los márgenes del camino a medida que avanzaban; en otro la floresta entonó una dulce melodía coral que inducía al sueño y uno a uno fueron cayendo bajo su hechizo hasta que todos, excepto Heredia, inmune a esos cantos, acabaron dormidos. Una carretera de diamante les llevó a través de una lluvia de estrellas tan copiosa que era como si una catarata luminosa de tamaño planetario se desplomara desde los cielos.

En una ocasión un sol que no era un sol sino una suerte de majestuoso monolito iridiscente los iluminó desde lo alto de la cúpula de vidrio que servía de cielo a ese mundo; allí las constelaciones estaban formadas por las grandes grietas que surcaban la superficie interior del domo y las verdaderas estrellas eran borrones difusos y apagados, marcas deslucidas tras el cristal.

Al final del tercer día de viaje atravesaron una verdadera ciudad fantasma, una

ciudad de edificios ruinosos con torretas de madera. Los espíritus de sus habitantes vagaban por las calles y se asomaban a las ventanas de las pocas casas que aún se mantenían en pie, translúcidos. Observaban el paso de la furgoneta con algo cercano a la admiración, como si llevaran tanto tiempo muertos que hubieran olvidado por completo lo que significaba la vida y no pudieran comprender qué tipo de criaturas eran aquellas que se presentaban ante ello.

La absurda magia de los lugares de paso se extendía a su alrededor como una sinfonía demente, pero ejecutada con maestría.

En esos dos días encontraron otras tantas encrucijadas. Delano había seguido confiando en sus sueños, tan vividos en su recuerdo que parecía dotado de memoria eidética, para seguir adelante. En el primero de esos vórtices eran cinco los caminos que se dirigían al este. Delano no tardó en dar con el adecuado: un camino de barro que se adentraba entre colinas boscosas. La fuerte lluvia que caía dotaba al paisaje de una consistencia nebulosa, como si se tratara de un borrador inacabado. Nada más echar un vistazo al cielo, Delano supo que ése era el camino. El cielo era idéntico al cielo de sus sueños: la misma tiniebla gris cemento cargada de nubes que se había alzado sobre el cementerio se alzaba ahora sobre aquel mundo.

Tuvo más dificultades en la segunda encrucijada. Esta vez eran ocho los caminos y no había sido suficiente con examinarlos desde el vórtice para encontrar el adecuado. Finalmente se decidió a explorar los primeros tramos de todos ellos hasta que, en el quinto camino, se topó con el esqueleto de un oso semioculto por la hojarasca. En la cuenca de su ojo izquierdo florecía un lirio azul.

Sus sueños le guiaban, y eso le aterraba.

Durante sus años de encierro, soñar fue la única vía de escape a la pesadilla constante en la que estaba atrapado. La mayoría de sus sueños no dejaban de ser un eco distorsionado de lo que ocurría cuando estaba despierto, pero había veces en las cuales lograba evadirse por completo y entonces, por unas horas, era libre, completamente libre. Aquellos momentos de falsa paz le ayudaron a mantenerse cuerdo.

Cuando fue liberado, aprendió a temer a los sueños con la misma intensidad con la que antes los había deseado. Aunque ya estuviera libre, su mente aún permanecía presa en aquella mazmorra. En sus sueños siempre regresaba allí, al lugar donde había comprendido el verdadero significado del terror, al grito constante que sólo puede surgir cuando la agonía se une al desespero. Eran pesadillas arcoses, tan vividas y asfixiantes que cuando despertaba, no podía dejar de preguntarse si no era entonces cuando soñaba, si no permanecería todavía encerrado en la oscuridad soñando que era libre y que el infierno había quedado atrás.

Con el tiempo las pesadillas se hicieron menos frecuentes, aunque todavía ahora, casi dos décadas después, todavía lo asaltarán. Delano Gris sabía que mientras viviera

no se libraría jamás de ellas. Pero no eran ésas las pesadillas que más temía. Había otras peores, espantosas: eran los sueños que siempre olvidaba, los sueños de los que despertaba llorando, con un grito de terror atravesado en la garganta, desesperado sin saber por qué, incapaz de recordar qué había sido lo que le había sumido en tal estado.

Pero nunca, jamás, había tenido sueños como los de ahora, sobre todo por la certeza de que eran sueños inducidos por algo ajeno a él. ¿Pero quién o qué los introducía en su cabeza? ¿Milvidas? En los sueños habían tenido lugar ciertas revelaciones sobre el sacerdote de la hermandad, eso era cierto, pero ¿debía descartarlo por ello? ¿Debía descartar a quienes lo acompañaban? De ellos, tan sólo Sforza parecía tener el poder necesario para hacer algo como eso, y se habían conocido mucho después de que el primer sueño tuviera lugar. Y tampoco debía olvidar la extraña corazonada que le había asaltado tras leer el mensaje que lo citaba en la cafetería de Madrid. Fuera quien fuera el culpable de esos sueños también era el causante de ese presentimiento, de eso estaba seguro. Alguien lo había querido desde el primer momento en la expedición a las fuentes. ¿Pero quién?

Aunque Alexandre y Gema Árida habían pasado a tomar parte en los relevos al volante, casi siempre era Heredia quien conducía. Delano no recordaba haberlo visto descansar jamás y, aún así, el hispano estaba siempre fresco y atento a todo lo que le rodeaba. El joven lo desconcertaba, más aún después de verlo luchar: su ferocidad le había dejado perplejo. Había algo inhumano en su agilidad, sus movimientos eran más propios de las fieras que los habían atacado que de un ser humano normal. Y para redondear aquella imagen de salvajismo, el hispano seguía comiendo únicamente lo que el mismo cazaba. Desaparecía en cuanto acampaban, sigiloso, y regresaba bañado en sangre, con un brillo inhumano en sus pupilas.

Caminas junto a asesinos y monstruos, condenados y embaucadores

Esas habían sido las palabras del remedo en la primera parada del viaje y cada vez estaba más convencido de que eran más descriptivas de lo que en un primer momento parecían. Pero no tenía sentido etiquetar a los miembros de la expedición. Él mismo entraba sin muchas dificultades en las cuatro categorías. Aunque si alguien encajaba de piano y perfectamente ése era Sforza.

Desde el incidente en el acantilado, Delano procuraba mantenerse alejado de él. No era por el hecho de que el italiano le hubiera salvado la vida; era por lo que había visto en él mientras lo hacía. Sujeto de su brazo, pataleando en el vacío, había tenido un atisbo del verdadero Sforza, de su locura, de su rabia. El nigromante era peligroso como sólo los auténticos dementes pueden serlo.

Otra imagen que era incapaz de olvidar era la de esa mosca que había atravesado el ojo del mago. Ahora cada vez que miraba a Sforza no podía evitar pensar en él

como en un saco de insectos con forma humana. El recelo —por no llamarlo miedo— que le había inspirado desde que lo había conocido se había convertido en pánico y autentica repugnancia. Delano no tenía la menor intención de mantener trato con él en lo que restaba de viaje, ano ser que las circunstancias no le dejaran otro remedio. Y teniendo en cuenta que la naturaleza de la relación entre Sforza y Gema Árida había variado sutilmente, dudaba de que su decisión cambiara.

El nigromante y la espiritista habían dejado de medir distancias y se habían volcado a una pasión violenta que a Delano le abarrotaba la mente con desagradables imágenes de necrofilia. Al escucharlos cuando acampaban, intentando controlar sus jadeos y suspiros en el interior de la tienda que ahora compartían, se sentía enfermo.

Su atracción inicial por la mujer había estado motivada más por el reto erótico que hubiera supuesto la conquista que por sentimientos más profundos, pero todas sus posibilidades se habían venido abajo ante la máscara griega de Sforza. Y tampoco podía reprochárselo, no sólo porque ella era libre de decidir a quién quería en su cama, sino porque mientras él la había encañonado al poco de conocerla, el nigromante había sido un dechado de educación y buenas maneras. Si a eso se le añadía que a lo largo del viaje había quedado claro el acierto de incluir a Sforza en el grupo, la balanza se había decantado definitivamente en contra de él.

A finales del cuarto día de viaje comenzaron a ver indicios de que se aproximaban a los lugares de paso transitados. Cuando circulaban por un estrecho y polvoriento camino, divisaron a lo lejos las ruinas de un enorme caserón colonial. Su fachada casi permanecía intacta, aposentándose precariamente sobre el montón de escombros en el que se habían convertido sus tres plantas y que, por un milagro de la probabilidad, se mantenían en pie unas sobre otras guardando su configuración original. Los muros laterales de la casa se habían derrumbado hacia tanto tiempo que los cascotes, desperdigados sobre el prado, estaban plenamente integrados en el paisaje, cubiertos de hierba y musgo.

Cuando pasaban junto a la mansión alguien disparó contra la Nissan. Fue un solo disparo y la bala se hundió en un lateral sin atravesar la plancha de metal. Delano entrevió una figura humana recortándose en uno de los ventanales y hasta creyó distinguir un uniforme sudista entre las sombras. Todo el grupo preparó sus armas, pero no se produjo ningún otro ataque y pronto dejaron la casa atrás.

Una hora después avistaron dos chabolas de metal, con una bandera brasileña ondeando en lo alto de una de ellas. Había una niña con un camisón raído por todo atuendo en el exterior. Estaba acuclillada al borde de la carretera, haciendo construcciones en la arena del arcén, hasta que la presencia de la furgoneta la hizo detenerse. Alzó la cabeza rubia y despeinada y se la quedó mirando boquiabierto, como si estuviera contemplando un animal mitológico escapado de algún cuento. Una

mujer morena, vestida con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta negra, salió de una de las chabolas alertada por el ruido del motor, corrió hasta donde se encontraba la niña, la tomó del brazo y la hizo entrar en la caseta a toda prisa. Unos segundos después un hombre corpulento y barbudo, embutido en unos desastrados pantalones de chandal, salió de la chabola y aguardó ante ella en silencio. Llevaba una enorme cimitarra en una mano y, por la forma en que la empuñaba, parecía diestro en su manejo. Vigiló la furgoneta hasta que se perdieron de vista definitivamente.

Al final de la cuarta jornada de viaje acamparon al abrigo de un promontorio rocoso que a Delano le recordaba un castillo medieval de una sola y espigada almena.

Heredia trepó de nuevo a la parte alta de la Nissan, con el arma de los filos montada y al alcance siempre de su mano. El resto del grupo levantó el campamento alrededor del vehículo, mientras Charlotte Blue preparaba la cena, que esta vez consistía en un asado de carne y patatas, regado con abundante vino y sazonado con multitud de especias. Apenas dos minutos después de que el genio comenzara a cocinar, el embriagador aroma de la comida se extendió por todo el campamento. Delano sospechaba que la Bolsa Coherente de Charlotte era tan inagotable como las municiones de las ametralladoras de Rigaud. La idea de secuestrar al genio para su propio uso y disfrute comenzó a rondar en su cerebro. Si el asunto de las fuentes salía mal, siempre podía abrir una cadena de restaurantes.

La noche era fresca. El genio no apagó su fogón como era su costumbre cuando acabó de cocinar y todos se fueron sentando alrededor, al refugio de su calor. Aún así Delano se levantó después de cenar para ir a la furgoneta a coger su cazadora.

—Setenta y seis por ciento de probabilidades de éxito... —estaba diciendo el genio cuando regresó.

—¿Y si añadimos a Aarón a la ecuación? —quiso saber Rigaud, inclinándose hacia Charlotte para escuchar mejor su respuesta.

—El factor «Aarón» es difícil de integrar... Es inconstante, un punto oscuro en la trama de los futuros a los que nos aproximamos... Ni siquiera soy capaz de medir qué probabilidad existe de encontrárnoslo de nuevo, menos aún de cuantificar cómo afectará al éxito de nuestra misión...

Delano y Charlotte habían estado charlando sobre el don del genio y éste había tratado de explicarle lo inexplicable. La mera probabilidad de que algo existiera, por ínfima que fuera, bastaba para conferirle peso y realidad en su mente. Era capaz de cuantificar en porcentajes los futuros probables porque para él cada uno de esos futuros, por imposible que pudiera parecer, era igual de real que los demás. La realidad con la que interactuaba era la realidad por defecto, lo que sus sentidos, su mente y la gente que en ese instante lo rodeaba, acataban como norma.

Delano se dejó caer junto a Alexandre, mirando con anhelo la cafetera plateada

que Charlotte había colocado sobre el fogón. El genio la retiró con presteza y comenzó a verter el café caliente en pequeñas tazas de cerámica.

—Las fuentes perdidas son un reclamo poderoso para cualquiera... —dijo Rigaud justo cuando el genio maniobraba para llenar su taza—. Y Aarón ya las buscó una vez... Espero equivocarme, pero creo que tratará de hacerse con el mapa...

—Quizá nos venga siguiendo... —apuntó Gema Árida. La espiritista estaba rumbada en el suelo, con la cabeza reposando en la pierna de Sforza y fumando un cigarrillo con la languidez típica que sigue a todo buen banquete. Tuvo que hacer malabarismos para tomar la taza de café y beberla sin cambiar de postura.

—Puede, sí... —dijo Alexandre, aceptando la taza que le tendía Charlotte—. Pero ha perdido un buen montón de oportunidades de atacarnos en estos cuatro días... Pronto enlazaremos con los lugares de paso transitados y dudo que se arriesgue a llamar la atención de los Garantes atacándonos allí...

—Tal vez intente interceptarnos más adelante, cuando hayamos abandonado la Planicie Montaraz y estemos de nuevo en zonas no exploradas. —Rigaud encendió uno de sus puros. El ascua pulsó como un diminuto corazón en llamas al compás de sus aspiraciones—. Conoce el trayecto del mapa, por lo menos hasta el punto en que su expedición se fue al infierno... Y conoce la entrada del templo de Hatshepsut. Puede haber salido de los lugares de paso para buscar una ruta más rápida a la Planicie Montaraz... Delano dijo que había un punto de fracción que llevaba directamente hasta allí desde ¿Birmania?

Delano asintió, soplando las nubecillas de humo de su café:

—En la orilla del Irawadi, junto a las pagodas de Pagan... —dijo.

—Yo no me preocuparía por Aarón... —comentó Sforza, interviniendo por primera vez en la conversación—. Sigue donde lo dejamos... Ayer mismo terminó su santuario...

Las miradas de todos se dirigieron al nigromante.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Rigaud.

—Tengo mis medios...

—No me vengas con misterios ahora, mago. Quiero saber cómo lo sabes...

Sforza guardó silencio y contempló al canadiense con expresión risueña.

—Puedo verlo... —susurró al fin. Acarició el cabello de Gema para que ésta se apartara y le permitiera incorporarse. Luego se acercó al fogón del genio, lo tomó del asa y, acuclillándose, lo inclinó hasta que la hierba prendió bajo su calor. Unas diminutas y vivarachas llamas danzaron en círculo a los pies del hechicero.

Extrajo entonces un fino puñal tallado del envés de su cinto y se lo clavó en el dorso de su antebrazo izquierdo con un movimiento rápido. Dejó caer tres gotas de sangre sobre el fuego. Cuando caía la cuarta gota, la atrapó en la palma de su mano y se acarició la herida de tal modo que cuando la caricia finalizó ya no había marca

alguna en su brazo. Hizo dos pases de mano sobre el fuego y el escaso humo que las llamas desprendían se volvió de un gris ceniza primero y de un suave blanco después. Enmarcada por el humo apareció una imagen borrosa que, a medida que el nigromante canturreaba, se fue haciendo más clara.

Delano reconoció la extraña construcción que Aarón había edificado en el camino. El santuario brillaba bajo el sol diminuto y quieto como un absurdo abalorio perdido por un gigante. La antena fabricada con huesos y varillas que remataba la cúpula estaba envuelta en una vibrante esfera de energía negra. La imagen derivó hacia la izquierda y realizó un prolongado picado, como si estuviera siendo tomada por una diminuta cámara aérea que sobrevolara el lugar. Una mosca, comprendió Delano torciendo el gesto, Sforza había dejado una mosca junto al santuario del hechicero. El insecto revoloteó alrededor de la construcción, mostrándoles distintas vistas de la desolación de los lugares de paso expropiados. No se veía rastro alguno de su casta, pero no tardaron en descubrir al propio Aarón: el pelirrojo estaba acucillado sobre un montón de rocas, desnudo y cubierto de sangre, en algunos puntos apelmazada formando cuajarones oscuros. Tenía los ojos cerrados y una plácida expresión en su rostro. Parecía dormir.

—¿Qué hace? —preguntó Gema Árida.

—Acumula energía... —contestó Sforza—. La absorbe de su santuario y éste a su vez de los lugares de paso... ¿Pero para qué la quiere? ¿Para enfrentarse con nosotros? ¿O se está preparando para algún hechizo que requiera una gran bolsa de poder? No lo sé... Hasta puede que duerma esperando el día en que el tal Milvidas se cruce en su camino... Pero sea lo que sea lo que trame, no os preocupéis, mi espía me mantendrá informado de sus movimientos...

A un gesto de su mano la imagen se desvaneció y el humo de las llamas, que se habían extinguido mientras contemplaban la escena.

—De acuerdo entonces... —dijo Rigaud—. Aunque en el futuro me gustaría que me mantuvieras informado de estos pequeños detalles... Pero olvidémonos de Aarón por ahora —comentó—. Tal vez tengamos suerte y nos deje en paz...

—NO CONFÍES EN LA SUERTE, QUERIDO LÍDER. ES UNA PERRA TRAICIONERA Y CUANDO MENOS TE LO ESPERES TE APUÑALARÁ... —dijo el oso en el mismo instante en que Alexandre lo apuñalaba a él.

—Sí, pero hay modos de controlarla y retorcerla a tu antojo... —señaló Sforza, sentándose de nuevo junto a Gema Árida.

—Los habrá, no te lo niego. Pero no es bueno jugar con ella... —aseguró la espiritista—. Si tratas de atraerla puede salirte el tiro por la culata... Conseguir el efecto contrario, ya me entendéis...

—Como cuando juegas con cualquier otra fuerza que se burle de la entropía, cariño... —apuntó Rigaud—. Hasta la lectura entre líneas puede ser peligrosa...

—Sí, lo sé, lo sé... Pero la suerte es un caso distinto... Y no creo que se burle de la entropía, probablemente sea una de las fuerzas más respetuosas con el equilibrio... Creo que, a lo largo de la vida, la mala suerte y la buena se equilibran...

Delano pensó en su camiseta talismán. La había conseguido cinco años antes, cuando después de robar un arcón repleto de artefactos mágicos, descubrió que el viejo anticuario que lo había contratado no tenía el dinero prometido. El anciano le propuso escoger tres objetos de su tienda como pago y él aceptó encantado. Por aquel tiempo, aprovechando que sus ojos no lo delataban, todavía mantenía en secreto el hecho de estar iniciado en la lectura y gracias a eso pudo elegir, ante la perplejidad del anticuario, los tres productos más valiosos que tenía en venta; la camisa talismán entre ellos. A pesar de su enfado, el hombre no sólo fue fiel a su promesa sino que tuvo a bien advertirle que debía usar la camiseta con precaución. No era conveniente desequilibrar la balanza del azar durante largos periodos de tiempo, porque la otra cara de la moneda siempre está al acecho y podía cebarse con el dueño del talismán de un modo espantoso, una vez que la suerte tejida en sus hebras se hubiera terminado.

—¿No hubo una vez un hechicero que le robaba la suerte a sus víctimas? —preguntó Alexandre.

—¡Sí! ¡Sí! Lo recuerdo... —dijo Gema Árida—. Era un nigromante... Y de los más poderosos que han existido en nuestra época... Era...

—Ignacio Rivas... —completó Sforza—. Y tienes razón, Gema... Fue uno de los nigromantes más poderosos de los últimos tiempos. Conocía los secretos para dominar la suerte y los usaba en su provecho. Durante años consiguió acumular tanto poder que muchos creían ver en él a la reencarnación del Rey Muerto. Todos estábamos esperando a que restaurara la casa de la nigromancia y nos guiara en la lucha final contra el resto de castas mágicas. Pero no pudo ser. Murió el año pasado.

—¿Cómo? —preguntó Rigaud.

—Se le acabó la suerte y el equilibrio se restauró... No recuerdo en qué ciudad fue, tampoco tiene mucha importancia... Fuera donde fuera la cuestión es que llovía a mares. Rivas caminaba por la calle, al resguardo de las cornisas, cuando... Bueno, una mujer que salía del portal de su casa abriendo su paraguas, tropezó con el primer escalón y cayó hacia delante... Era uno de esos paraguas con punta de metal y ella era bastante robusta... La cuestión es que empaló a Ignacio... Le atravesó el corazón con el paraguas... Murió en el acto...

Un silencio sobrecogedor recibió las últimas palabras del nigromante. Hasta el viento se detuvo.

—La gorda incompetente mató al nigromante más poderoso de nuestro tiempo... —resumió Heredia desde el techo de la furgoneta, con gesto impertérrito.

—Eso es...

—Le atravesó el corazón...

—Con la punta del paraguas, sí.

Todos rompieron a reír al mismo tiempo. Sforza los contempló extrañado, como si no entendiera a qué se debía aquel ataque de histeria colectiva. Hasta Charlotte Blue hipaba de manera desaforada y los extraños sonidos que salían de su cuerpo gelatinoso avivaron aún más las risas del grupo. Delano trató de serenarse pero, justo en ese instante, Heredia, retorciéndose también de risa, rodó por el techo de la Nissan y cayó al suelo, donde quedó despatarrado, riéndose aún. Las carcajadas se redoblaron. La risa, por un momento, los unió a todos, a monstruos, condenados, asesinos y embaucadores. Junto a su santuario, Aarón sonrió también.

Al día siguiente encontraron una nueva encrucijada nada más reanudar la marcha; Delano no tuvo que bajarse de la furgoneta para decidir qué camino escoger, ya que tan sólo una de las ramificaciones de aquel vórtice iba rumbo al este; se trataba de una carretera de dos carriles tan bien asfaltada que parecía recién construida. Era difícil comprender cómo un camino como aquel había sido olvidado en su mundo de origen. Delano recordó una conversación mantenida hacía unos años con un estafalario explorador de Lilith, quien sostenía con la tenacidad que le proporcionaba una buena borrachera que una vez, durante cinco minutos, había atravesado las ruinas todavía humeantes de la Quinta Avenida de Nueva York. Delano prefirió mantenerse escéptico, si bien era cierto que no había razón alguna para que los lugares de paso no alimentaran su geografía con caminos que estuvieran dispuestos en distintos puntos en el tiempo, prefería poner en duda que aquellas ruinas pertenecieran a Nueva York, antes de pensaren lo que implicaría que un lugar como la Quinta Avenida no sólo hubiera sido destruida —lo cual ya era de por sí bastante horrible— sino que además hubiera sido olvidada por toda la humanidad.

Delano se acomodó en el asiento, haciendo rechinar sus castigados muelles. Desde su posición, la carretera parecía caer del cielo para ser devorada por los hambrientos bajos del vehículo. ¿Qué ocurriría si alguna vez el camino por el que transitaban era reclamado por su mundo original?, se preguntó y no por primera vez. ¿Se precipitarían en el vacío rodeados por la repelente negrura de los vórtices? ¿Un nuevo camino robado a otro mundo aparecería para recogerlos? ¿o acabarían ellos también en el mundo de origen de aquella senda, arrastrados por ésta en su regreso?

Preguntas, preguntas, preguntas. Era divertido hacerlas siempre y cuando no te importara saber que muy probablemente nunca querrías conocer las respuestas.

Dos horas después, marchando aún por la misma carretera de impecable aspecto, se toparon con el primer viajero, rumbo al vórtice que habían dejado atrás. Era un volvo de color índigo que daba bandazos de izquierda a derecha, invadiendo el carril contrario cada pocos metros para regresar al correcto con un violento volantazo. Pasó

junto a ellos tocando una estruendosa bocina que graznaba como un pato furioso. Una mujer se asomó por una ventanilla bajo la inmensa maraña rubia que era su cabello y gritó algo que no alcanzaron a oír.

Pasados unos minutos el cielo se oscureció cuando una nave de los filos lejanos llegó hasta ellos, al límite de la velocidad permitida en los lugares de paso. Los pocos cristales que quedaban enteros en la furgoneta vibraron y zumbaron cuando la nave los sobrevoló. Tenía forma de manta marina y de su vientre, de un intenso color malva, colgaba una cesta de mimbre desde la que un ser amarillento de largas orejas caídas no perdía detalle del paisaje que se iba extendiendo ante sus grandes y brillantes ojos.

Una caravana de guepardos cargados con arcas metálicas los adelantó al poco tiempo, corriendo con la velocidad fluida de los rápidos y las cataratas. En el felino que cerraba la marcha montaba a horcajadas una mujer desnuda, sus trenzas albinas aleteaban tras ella, despavoridas. Ni siquiera los miró al pasar.

Delano sonrió. Los lugares de paso no eran lo mismo sin el continuo ir y venir de viajeros, sin la maravilla constante de los habitantes del mundo oculto. Aquella cruzada apóstata había dejado de ser un viaje.

Ahora estaba en casa.

Heredia canturreaba con los ojos fijos en la carretera, tamborileando sobre el volante al ritmo de una canción de *The Clash*. Delano salió del ligero letargo en que se había sumido y bostezó sonoramente. Rigaud, entre Heredia y Delano, dormitaba ajeno a la música acelerada que surgía de los altavoces.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció Delano después de echar un vistazo al reloj de su muñeca; el joven llevaba cinco horas conduciendo de continuo.

—No... Tranquilo, —contestó Heredia—. Te has perdido a dos dragones en celo a unos veinte kilómetros de aquí. Todo un espectáculo, macho...

—Fascinante... —Delano volvió a bostezar y los ojos se le llenaron de lágrimas. Abrió los ojos de par en par en un intento de librarse de las últimas hebras de somnolencia que le atenazaban la mente, y movió el cuello de izquierda a derecha tratando de desentumecerlo. No consiguió ninguna de las dos cosas. *Me estoy haciendo viejo*, pensó y alzó la vista más allá del parabrisas roto.

Entonces los vio.

Eran cinco destellos de plata que sobrevolaban el horizonte, acercándose veloces hacia ellos. Delano se giró hacia Heredia, pero éste ya miraba hacia allí con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Rigaud despertó de repente, a mitad de un ronquido, se incorporó y miró directamente a las cinco luces, tan próximas ya que se podían intuir formas humanas dentro del fulgor que despedían.

—Garantes... —dijo el canadiense, inclinándose en el asiento y apoyando la

mano enguantada sobre el salpicadero.

Delano asintió. Los Garantes eran inconfundibles y a su pesar tenía que reconocer que verlos acercarse impresionaba. Las cinco siluetas enfilaban en su dirección como incongruentes cometas dotados de voluntad propia, cinco destellos de luz pura abriéndose camino por los cielos de los lugares de paso. Aunque era imposible leer entre líneas en ellos, Delano tuvo la corazonada de que no iban a pasar de largo. Iban a su encuentro.

En apenas dos minutos llegaron a su altura. El blanco inmaculado de sus trajes de combate los cubría por entero sin que se apreciara juntura o unión entre las piezas. Los cascos, ovalados y con un cuerno plano y curvo rematado en punta en el lateral izquierdo, reflejaban la furgoneta y la carretera con una nitidez pasmosa. Las armaduras eran sobrias, sin el menor adorno en su superficie pulida, ni emblemas que delataran la graduación del Garante ni nada que pudiera parecer un arma. Uno de ellos, el que ocupaba el centro de la formación, les hizo una señal para que se detuvieran al borde del camino. Heredia cumplió la orden de inmediato, sin vacilar. Nadie en su sano juicio provocaba a los Garantes. Los tres hombres descendieron con rapidez de la Nissan, con el ceño fruncido. Gema Árida echó a un lado la puerta plegable y pasó junto a Alexandre a la cabina mientras Sforza quedaba más rezagado, al resguardo de las sombras de la parte trasera. Los Garantes permanecían inmóviles en el aire, espectrales. Sus armaduras de plata blanca eran tan brillantes que se hacía imposible mirarlas fijamente.

Los Garantes eran una orden milenaria. Su origen era un misterio que había dado pie a numerosas leyendas, la mayoría demasiado fantásticas como para ser creíbles. Delano dudaba mucho que el primer Garante hubiera sido el último Dragón Hermético que, cansado de las tropelías de su estirpe, hubiera decidido equilibrar la balanza cósmica luchando por el bien y que, al ver como llegaba su hora final sin haber compensado el daño causado por su raza, hubiera instruido a un grupo de elegidos en las artes secretas de los dragones. Y menos crédito daba a los rumores que insinuaban que los Garantes eran ángeles caídos que buscaban la expiación ayudando desinteresadamente a los demás, sobre todo porque tenía el placer —o la desgracia— de conocer a un par de Garantes y no sólo sabía que su ayuda era muy poco desinteresada dado el sueldo que cobraban, sino que además, de ángeles, tenían más bien poco.

Fuera como fuera, los Garantes eran una fuerza autónoma completamente independiente que luchaba por mantener el orden en la caótica realidad en la que les había tocado vivir. No respondían a más autoridad que a la suya y, aunque tuvieran su sede en filo Samarkanda, el centro de gobierno del sistema, nunca habían rendido cuentas al emir ni éste, en previsión de lo que pudiera ocurrir si los irritaba, se las había pedido.

No eran una fuerza policial. Eran una leyenda.

Y cinco Garantes los observaban ahora inmóviles a dos metros de altura.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rigaud, alzando una mano a modo de visera para evitar el intenso reflejo de la armadura del Garante al que se dirigía.

El aludido tomó tierra frente a ellos mientras los otros cuatro se distribuían en el aire: dos guardando la espalda de su compañero y dos a izquierda y derecha de la furgoneta.

—Simple rutina... Estamos rogando a todos los viajeros que extremen al máximo las precauciones y que no acampen fuera de los prados comunales —contestó el Garante. Su voz no tenía la menor inflexión, era tan neutra que era imposible distinguir si quien hablaba era un hombre o una mujer, casi parecía mecánica. Lo que escuchaban bien podía tratarse de un mensaje radiado desde algún puesto de control.

—¿Y por qué? —se interesó Delano.

—Partidas de ganaderos de Cicero... —contestó el Garante. Nada más escuchar el nombre de la ciudad maldita, un escalofrío salvaje mordió la espalda de Delano—. Están operando en las cercanías de la Planicie Montaraz. Por lo que parece es tiempo de recolección de esclavos y hay una gran operación en marcha. La voz del Garante le llegaba desde muy lejos, amortiguada por el latido de sus sienas. Cicero. El escalofrío de su espalda se había transformado en una cuchilla de hielo que iba profundizando más y más en su carne. Dio un paso atrás y se apoyó en la furgoneta, tratando de serenarse.

—No hemos visto nada extraño hasta ahora... —comentó Rigaud—. No más extraño de lo habitual, quiero decir...

—Y probablemente no lo vean. Pero siempre es preferible estar sobre aviso. ¿Están armados? —preguntó el Garante.

—Hasta los putos dientes —contestó Heredia con una sonrisa.

—Bien... Muy bien... —el Garante levantó la cabeza, por un momento pareció mirar a Delano directamente—. Por ahora las partidas que hemos localizado y erradicado eran pequeños grupos de mercenarios contratados por Cicero. Pero hemos recibido informes de que varios grupos importantes deambulaban por los caminos. Extremen las precauciones, por favor... Y si detectan cualquier movimiento extraño informen en el prado comunal más cercano —dijo.

—Así lo haremos... —le aseguró Rigaud.

El Garante asintió, luego se cuadró ante ellos, en un alarde de marcialidad, y despegó para reunirse con sus compañeros que ya maniobraban para partir en formación conjunta.

Los observaron alejarse rumbo al oeste. Delano contempló las estelas de energía que dejaban a su paso; perdido en su estupor, aquellas marcas en el cielo se le antojaron cicatrices irreales, cuchilladas en el aire de la tarde. Heredia le palmeó con

fuerza en el omoplato derecho, por lo visto su turbación no había pasado desapercibida.

—¡Vamos, muchacho! —lo animó—. No te preocupes por esos ganaderos. Si se cruzan en nuestro camino, prometo salvar tu sucio trasero.

Delano permaneció todavía unos segundos con la vista perdida en las estelas que se iban desvaneciendo en la claridad del día. Cicero era la ciudad del terror, la ciudad maldita donde moraban los asesinos y los monstruos.

La ciudad donde había estado encerrado durante siete años.

Cicero
El Prado Comunal
El cuarto sueño
La oscura naturaleza de la venganza



Delano deseó, y no por primera vez, que las mentes estuvieran dotadas de un interruptor que, con sólo accionar, pusiera fin a ese curioso estado en que los pensamientos se rebelan y marchan en tropel a lugares del cerebro a los que, en un estado normal y equilibrado, nunca se atreverían a ir. Pero ahora su pensamiento se empecinaba en ahondar en esos territorios vedados, como la lengua que golpea una y otra vez la llaga en la boca o el dedo del niño que es incapaz de apartarse de la costra de la rodilla. Un agujero negro se había reabierto en su memoria y le resultaba imposible escapar de su atracción. Caía irremisiblemente hacia él, hacia los enlodados torbellinos que lastraban su memoria —y su vida entera—. Caía hacia Cicero.

Cicero. La ciudad del dolor. La ciudad del espanto y la pesadilla.

Sólo la había contemplado durante unos instantes mientras la nave en la que huían se abría paso a sangre y fuego por sus cielos salvajes. Había una ventanilla a su lado y su mirada se desvió hacia allí tras un cabeceo casual; no hubo curiosidad ni interés en su gesto, sólo azar. Se encontraba en estado de shock y permanecería así durante meses: incapaz de pensar o de sentir, envuelto en una maraña de sombras tal que era como si se hubiera llevado la oscuridad de su celda con él.

Y en aquel vuelo enloquecido, los ojos del niño se toparon por casualidad con la ventanilla, y la ciudad de Cicero se mostró ante él en todo su horrible esplendor.

Recordaba las altas torres elevándose en el cielo como cuchillos descomunales. La piedra negra se unía al rojo sanguíneo de las ensambladuras. Terrazas afiladas como dientes de sierra remataban los edificios que a medida que se adentraban hacia el centro de la orbe reducían su tamaño y su forma, haciéndose más oscuros y grotescos, hasta confundirse con las piedras retorcidas que rodeaban la columna negra, el corazón de la ciudad maldita. Aquella urbe daba la impresión de ser algo orgánico, una manada de engendros angulosos que se alimentaba con paciencia infinita entre la niebla y el humo. Y para subrayar más esa imagen de depredación insaciable, los aullidos de agonía de las víctimas de Cicero llegaban de todas partes. Era como si el mismísimo aire gritara. El niño que pronto se llamaría Delano contempló la ciudad maldita y, perdido en su delirio, creyó que él era el culpable que toda esa locura. Esos edificios oscuros que se recortaban a cuchilla en las tinieblas eran el fruto de su sangre y su agonía. El sufrimiento de los que gritaban abocados a mil muertes horribles, era el fruto de su propio sufrimiento. Aquella cosecha horrible había sido regada con su dolor.

Delano trató en vano de escapar de esa postal infernal que los Garantes habían despertado en su mente. Su conciencia se precipitaba hacia el mar de sombras que golpeaba contra los farallones negros que eran las torres de Cicero en su recuerdo. Sargazos de bruma tumefacta se alzaban entre ellas como notas dibujadas en un pentagrama brutal.

Una petaca de color plata envuelta en una funda de terciopelo cayó sobre su regazo. Delano alzó la vista y se encontró con la mirada preocupada de Rigaud.

—Te vendrá bien... No tienes buen aspecto...

—No... No lo tengo —corroboró él. Desenroscó el tapón de la petaca y bebió un largo trago. Estaba tan alterado que ni siquiera fue capaz de distinguir qué era lo que estaba bebiendo. Fuera lo que fuera, le infundió ánimo y las fuerzas necesarias para tomar al menos por un rato el control de sus pensamientos.

—Gracias... —le devolvió la petaca y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rigaud—. Parece que has visto un fantasma...

—Nada. No te preocupes... —trató de sonreír pero su intento se quedó en un amago—. Mente dispersa ¿recuerdas? Los Garantes me recordaron algo que prefiero olvidar, sólo eso... Pasará...

No lo sabían, comprendió Delano. Estaban al tanto de que un nigromante lo había torturado durante años, pero no conocían la magnitud exacta de lo ocurrido. Rigaud guardó silencio sin apartar la vista de él. Por la intensa mirada del canadiense, Delano sospechó que estaba preguntándose si los problemas mentales de su guía podían poner en peligro la búsqueda de las fuentes. O comprendiendo tal vez la razón de su desasosiego.

—Estoy bien... —le aseguró Delano, recomponiendo su postura sobre el asiento que hasta entonces había sido la postura lánguida y abandonada de alguien derrotado. Rigaud se encogió de hombros y fijó toda su atención en el camino por el que circulaban.

Delano suspiró.

Durante el resto de la jornada, Delano y Heredia se turnaron al volante. Esta vez el joven no puso impedimento alguno para cederle su puesto, como si comprendiera que Delano necesitaba estar ocupado en algo para tranquilizarse. El recuerdo de Cicero le había afectado de un modo físico, y le estaba costando un gran esfuerzo purgar las toxinas que la mera mención de la ciudad maldita había desatado en su cuerpo.

Con el transcurso de las horas, los encuentros con otros viajeros se fueron haciendo más frecuentes y eso también le ayudó a distraerse. Era un goteo constante que se iría incrementando a medida que se acercaran a la Planicie Montaraz, alcanzando su climax en la periferia de la misma, con las sempiternas retenciones que eran norma común en torno a todos los grandes vórtices.

Cuando cruzaban un desierto de arenas blancas, una barca dorada del filo Megido llegó de frente. Rigaud ordenó a Delano que saliera del camino y permitiera el paso al navío. Éste, un espigado catamarán bañado en oro y plata, avanzaba despacio sobre el agua turbia que vertía la boca entreabierta de su mascarón de proa. En su cubierta varios tripulantes luchaban con los aparejos de la nave. Eran hombres recios de filo

Megido, su torso desnudo mostraba un intenso bronceado que aún parecía más oscuro en contraste con las máscaras de yeso que les cubrían el rostro; sobre la superficie de las máscaras habían dibujado unas facciones tan burdas que parecían realizadas por niños de corta edad. Los movimientos de la tripulación del balandro eran bruscos, mal acompañados, como si fueran autómatas con problemas de funcionamiento. Una vez el barco pasó ante ellos y la arena absorbió el inesperado líquido con que la habían regalado, Delano volvió al camino y siguieron su viaje rumbo al este.

Alexandre pasaba tanto tiempo en la zona que separaba la cabina de la furgoneta de la parte trasera que Rigaud, con un resoplido, tomó su libro sobre la constitución alemana y se fue atrás, dejando su asiento al lector. Alexandre parecía ávido por verlo todo y procuraba no dejar pasar la oportunidad de leer entre líneas en cada uno de los viajeros que se cruzaban con ellos. Delano comprendía al lector. Si como decía llevaba sólo dos años en el mundo oculto, era imposible que se hubiera acostumbrado a él. Hacía falta mucho tiempo para eso y Delano sospechaba que nadie lo conseguía del todo.

Heredia iba al volante cuando llegaron al primer prado comunal con el que se toparon en el viaje. Rigaud decidió dar por finalizada la jornada y anunció que descansarían unas horas allí.

El prado era un pequeño poblado de casitas de adobe con techumbre de metal, rodeado por una verja construida con docenas de vallas publicitarias soldadas de mala manera unas a otras. En el centro del enclave se elevaba un imponente depósito de agua, medía unos treinta metros de altura y muchas de las planchas de metal que se habían dispuesto en torno a su estructura cónica habían desaparecido, dejando entrever su interior, reciclado y convertido en albergue.

Aquel lugar había sido construido, como todos los prados comunales, sobre la tierra negra de un vórtice. Decenas de farolas de distintos tipos y diseños se desplegaban por sus calles, brillando como un ejército de fuegos fatuos sitiado por la oscuridad de la encrucijada. En la parte superior del depósito habían dispuesto una serie de focos que cabeceaban lentamente de izquierda a derecha, vertiendo sus rayos de luz sobre las pequeñas casas.

Delano leyó entre líneas y descubrió un débil campo mágico rodeando el prado; la temperatura en su interior debía ser más elevada que fuera, pero no demasiado como evidenciaban las fogatas y los radiadores industriales que zumbaban por doquier. Aún así, para mantener ese campo activo debía necesitarse un gran caudal de energía mágica.

Por la periferia del vallado se desplegaban varias torretas de madera, agrupadas por parejas tras los portones construidos en las desembocaduras de los caminos que confluían en el prado. Parapetados en ellas, varios hombres contemplaron cómo la

furgoneta se detenía justo en el lugar donde el camino que les había traído hasta allí quedaba cortado por el vórtice. Todos los guardianes estaban armados y los observaban con algo más que suspicacia.

—¡Viajeros buscando reposo! ¡Dejadnos pasar! —gritó Heredia.

—¡Estáis protegidos contra el Arte! —gritaron a su vez desde la torreta que cubría el flanco izquierdo de la puerta. Delano vio a un lector envuelto en una túnica roja que apoyaba ambas manos en la barandilla de la plataforma—. ¡Seguid vuestro camino! ¡No os queremos aquí! —aulló con el rostro congestionado.

La puerta trasera de la furgoneta se abrió con violencia y, al cabo de unos segundos, la voz de Rigaud atronó en el camino.

—¿Os habéis vuelto locos?! —preguntó—. ¡Éste es un maldito paso libre!

—¡Ya no! ¡Marchaos! —replicaron desde arriba.

—¡No podéis contravenir las leyes de los caminos! ¡Hemos pedido refugio y aunque fuéramos el mismísimo Panteón Oscuro estáis obligados a dárnoslo!

—Están asustados... —susurró Alexandre a Delano—. Una partida de ganaderos atacó a una caravana muy cerca de aquí hace apenas unas horas.

—¿Nos dejarán pasar?

—No les queda otro remedio... Es la ley.

Las puertas se abrieron al cabo de unos minutos en los que nadie respondió a los furiosos requerimientos del canadiense, pero no se abrieron para permitirles el paso sino para que un grupo fuertemente armado saliera a su encuentro. Eran ocho hombres robustos, envueltos en gruesas ropas de abrigo de tonos oscuros. En el grupo resaltaba el lector que los había interpelado desde la torreta, no sólo por ser el único desarmado sino porque su liviana túnica roja contrastaba con las prendas de los demás. Sus ojos negros no se apartaban de la furgoneta; estaba al borde de un ataque de pánico. La puerta se cerró en cuanto el último hombre salió del prado. Rigaud echó a andar hacia ellos. Heredia se deslizó fuera de la maltratada cabina y fue tras él, invocando su Bolsa Coherente y cargándosela al hombro. Bajaron del vehículo con rapidez. Sólo Alexandre permaneció más retrasado junto a la cabina. En cuanto los hombres del prado vieron a Sforza, sus armas, que hasta entonces habían apuntado al suelo, se alzaron unos centímetros. El lector casi lanzó un chillido al verlo.

El líder del grupo, un hombre de anchas espaldas vestido con pantalones de camuflaje y un tabardo negro, se adelantó un paso. Su rostro estaba poblado por una densa barba negra que parecía una prolongación del cuello peludo de su abrigo.

—Están protegidos, protegidos... —murmuraba en aquel momento su lector—. Y tienen un puto nigromante con ellos... —añadió.

—Lo siento mucho pero tendrán que seguir adelante... —dijo el líder, mirando a Rigaud con frialdad—. Encontrarán otro prado y un puesto de Garantes a unos ciento cincuenta kilómetros rumbo oeste... Si tienen alguna queja o denuncia la podrán

formular allí... Aquí no podemos acogerlos... Y no contravenimos ninguna ley. Estamos en situación de emergencia y la capacidad del prado está al límite...

—Mientes... —anunció Alexandre adelantándose y mostrando sus ojos negros, brillantes como ópalos. Arrancó una aguja del remedo y continuó hablando—: No somos ganaderos, Sebastian... Y sí: hay un nigromante en nuestro grupo... No buscamos problemas. Sólo descansaremos unas horas aquí y seguiremos nuestro viaje. No te compliques la vida y cumple las leyes del camino...

Sebastian desvió su mirada del lector a Gema Árida. La espiritista llevaba a Charlotte Blue en brazos. El genio había adoptado de nuevo su forma de infante y jugueteaba entre barboteos felices con el cuello de la camiseta de la mujer. Delano no necesitó leer entre líneas para comprender que las reticencias del tal Sebastian estaban menguando.

—Lamento todo esto —dijo y esbozó una sonrisa tímida y frágil, fuera de lugar en un rostro como el suyo—. Solemos ser más hospitalarios con los desconocidos, créanme... Pero los últimos días han podido con nosotros...

—Lo suponemos —dijo Rigaud. El tono de su voz seguía siendo hostil—. Pero que los tiempos sean duros no es excusa para romper las reglas...

—Podemos acampar aquí... —comentó Heredia, mirando a su alrededor sin demasiada convicción—. Si hay ganaderos por la zona no creo que se atrevan a atacar tan cerca del prado.

—No será necesario —dijo Rigaud, mirando a Sebastian—. ¿Verdad?

El hombre guardó silencio y fijó su vista en las punteras de sus botas de cuero. Exhaló un suspiro y negó con la cabeza.

—No, eso no será necesario... Pueden pasar —concedió por fin—. Les indicaré donde pueden alojarse...

El albergue estaba situado en una esquina del prado, junto a una de las torretas de vigilancia. Heredia condujo hacia allí, por el camino de piedra que seguía el contorno interior de la valla. El frío del vórtice, aunque no llegaba a los niveles de las encrucijadas desnudas, era espeluznante. Cada dos metros llegaban al área de influencia de una nueva farola. Todas eran distintas, tanto en forma como en el tipo de luz que despedían. El interior de la furgoneta resultaba irreal bajo aquel constante cambio de iluminación. Heredia y Rigaud eran fantasmas pálidos un segundo, casi translúcidos, para convertirse luego en rotundas estatuas de granito rojo. La calle que seguían estaba desierta, pero Delano vio hombres armados encaramados a los techos de cada una de las casas que dejaban atrás.

—Han desalojado a todos los que se encontraban en la primera línea de albergues... —susurró Alexandre—. Sospechan que la partida de ganaderos que atacó a la caravana todavía anda cerca y temen que puedan estar planeando un ataque al prado... —se acomodó mejor en el asiento, junto a la puerta abierta que separaba

las dos partes de la Nissan y asestó una brutal puñalada al peluche antes de continuar hablando—: No sé mucho de ciudades mágicas, es cierto, pero todo esto me parece exagerado...

—Nada que tenga que ver con Cicero es exagerado, cariño... —le advirtió Gema Árida.

—Las ciudades mágicas son un mundo aparte dentro del mundo oculto, Alexandre... —comentó Sforza, desde algún lugar en la parte trasera—. Las reglas del juego son distintas allí y sobre todo en Cicero. Es el reino de la oscuridad y la depravación absoluta.

—Y el hogar de muchos de tus colegas... —canturreó Heredia.

—Te equivocas, muchacho. Llamáis nigromantes a los magos de Cicero cuando no tienen nada que ver con nosotros... Su arte es distinto, beben en otras fuentes más oscuras que las nuestras, te lo aseguro. Nos desprecian... Dicen que sólo nos hemos atrevido a dar un paso en la oscuridad por miedo a perder de vista la luz... Todo en Cicero está más allá de vuestro entendimiento, ni siquiera yo puedo describirlo... Y deberíais estar agradecidos de la existencia de esa ciudad que consideráis maldita —continuó Sforza—. Si no existiera, los engendros que la habitan vagarían libres por la realidad entera y su radio de acción sería todavía mayor.

—Fascinante... —susurró Delano. No quería oír hablar de Cicero.

Tardaron unos minutos en llegar hasta el lugar indicado por los guardianes: un barracón gris de una sola planta que se agazapaba junto a la torre y la esquina del vallado. Delano vio que varios hombres se asomaban en la plataforma de la torre, pendientes de todos sus movimientos. Por lo que pudo leer entre líneas, el recelo de Sebastian no había desaparecido del todo: los vigilantes tenían órdenes de estar muy atentos a la casa. Pudo ver una ametralladora fija que apuntaba hacia el tejado de metal del barracón, de una manera que pudiera parecer casual a todo aquel que no fuera capaz de leer entre líneas.

Heredia aparcó ante la puerta de la casa. El haz de luz de uno de los focos del depósito pasó sobre ellos, deslumbrándolos.

—Ocho horas de parada y de vuelta al camino —anunció Rigaud, frotándose las manos y soplando nubecillas de vaho sobre ellas—. Voy a quitarme las botas y a estirarme hasta que se me rompan los dedos de los pies. Estoy hasta los cojones de ir sentado...

Heredia estornudó. Se frotó la nariz con fuerza y bajó del vehículo, reprimiendo otro estornudo. El aire traía consigo un penetrante hedor mezcla de comida pasada y aceite quemado.

Delano se aprestaba ya a ir tras el hispano, cuando una idea repentina le hizo sentarse de nuevo en su asiento. Abrió la guantera, sacó el mapa de las fuentes. Lo dobló y se lo metió en un bolsillo de su cazadora. A continuación, rebuscó bajo su

asiento hasta dar con el libro grueso que se anunciaba en portada como «La guía definitiva de los Lugares de Paso», pensando en meterla en el interior de su mochila en cuanto los de atrás se la pasaran.

—¿Se puede saber que haces? —le preguntó Rigaud, observándolo curioso de pie junto a la puerta.

—Este prado debe estar señalado en el mapa de las fuentes, quiero contrastarlo con la guía general. Tal vez descubra algo que nos ayude con las siguientes encrucijadas...

—Me parece muy bien... —dijo el canadiense—. Lo comprobaremos juntos y luego me darás el mapa —añadió con una sonrisa burlona.

—¿Y a qué se debe esa total y repentina falta de confianza? —le preguntó, enarcando una ceja.

—No es falta de confianza, Delano... Es por una simple cuestión de salud. Dormiré mejor si sé que el mapa está en mi poder...

—Lo entiendo, a tu edad es sensato preocuparse por esas cosas...

—Tú sí que me preocupas...

Rigaud y Heredia fueron los primeros en entrar en la casa. En cuanto empujaron la puerta, Delano sintió el calor del interior golpeándolo en el rostro a pesar de encontrarse todavía junto a la furgoneta, doblando mal la guía de los lugares de paso para meterla en su mochila. Era un calor denso y dulce como una bofetada de caramelo caliente. Se le antojó el paraíso, comparado con el frío exterior. Gema Árida y Sforza pasaron a su lado, abrazados por la cintura y hablando en susurros. Delano se demoró unos instantes a propósito para no entrar con ellos. El pelo suelto de la espiritista se veía radiante bajo la luz plateada de la farola frente a la puerta. Delano maldijo por enésima vez al nigromante, se colgó la mochila al hombro y echó a andar tras la pareja justo cuando Alexandre, con el genio en brazos y su propia mochila a la espalda, lo alcanzaba. Gema Árida se volvió hacia ellos y les dedicó una sonrisa afectuosa justo cuando iba a traspasar el umbral de la puerta. De pronto la expresión risueña de su rostro se hizo añicos. La sonrisa se quebró en sus labios y dejó paso al desconcierto y a una absoluta y sorprendente turbación. La espiritista, pálida y temblorosa, abrazó con más fuerza a Sforza y lo hizo entrar en la casa con rapidez. Delano, perplejo por lo que acababa de presenciar, se giró hacia Alexandre y se encontró contemplando el vacío.

El lector se había quedado atrás, inmóvil, mirando fijamente al frente. Estaba lívido, sus labios se movían en una frase silenciosa que Delano entendió sólo a medias: por lo visto había alguien que no quería regresar. El brillo negro de sus ojos parecía rebasar sus párpados, como una sombra viva y rabiosa.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó Charlotte, alarmado. Se había aferrado con fuerza a la cazadora de Alexandre, como si temiera que lo pudiera dejar caer, como si

en muchas de las realidades que albergaba su cerebro eso mismo fuera lo que estaba a punto de ocurrir. El lector bajó la mirada hacia el genio, aturdido. Delano se acercó hasta él, temiendo también que lo soltara.

—¿Alexandre? ¿Te encuentras bien?

El joven sacudió la cabeza en un gesto que nada significaba, se acomodó a Charlotte contra el pecho y siguió adelante, trastabillando a cada paso. Entró en la casa. Delano, con el ceño fruncido, fue tras él. Alexandre había leído entre líneas en Gema Árida y lo que había descubierto le había trastornado por completo. La espiritista estaba protegida contra la lectura, sí, pero había sido el lector quien le había dotado de esa protección y era más que probable que ésta no fuera completa. Los que lanzaban hechizos de escudo siempre dejaban una vía de acceso abierta, un lugar por el que poder atisbar en caso de ser necesario, fuera del alcance de cualquier otro lector. ¿Pero por qué había leído entre líneas en Gema Árida? ¿Y qué era lo que había descubierto que le había afectado tanto?

El barracón constaba de seis habitaciones individuales separadas en dos grupos por un pasillo de baldosines azules. En el techo blanco, descascarillado y húmedo, se sujetaban como bien podían varios tubos fluorescentes. Hileras de radiadores circunvalaban la parte baja de las paredes del pasillo, algunas de las secciones tubulares estaban rotas y por sus grietas escapaban pequeños geiseres de vapor. La atmósfera de aquel lugar estaba cargada con un pesado y penetrante olor férrico. Al fondo del corredor, una puerta de dos hojas mal cerradas dejaba ver una ducha comunal. La luz allí era de un azul vaporoso y húmedo.

Rigaud estaba en el centro del pasillo y el resto del grupo se encontraba desperdigado a su alrededor. Alexandre era el más alejado de todos, casi a las puertas de las duchas. La expresión de su rostro era indescifrable. Hasta el remedo se agitaba en su pecho, inquieto. Gema Árida se había pegado tanto a Sforza que parecía querer desaparecer en su interior.

—Ocho horas, recordad... —dijo Rigaud, mirando su reloj de pulsera—. Coged la habitación que más rabia os dé... Delano... ¿Le echamos un vistazo a esos mapas?

Asintió, mirando la puerta que Alexandre acababa de cerrar a su espalda. ¿Quién no quería regresar y de donde?

Las habitaciones eran lo bastante grandes como para no ser consideradas armarios pero muy poco más. El mobiliario consistía en una cama estrecha, un armario con cajones en su parte baja y un taburete, apilado todo ello en un alarde tal de economía que Delano dudaba que se hubiera podido realizar de manera más efectiva empleando fórmulas empíricas de aprovechamiento del espacio. En la habitación resonaba la respiración ronca de un calefactor oculto en los tabiques. Hacía un calor seco y desagradable. Nada más entrar, sintió que el aire le faltaba, y el hecho de que un canadiense inmenso marchara tras él no lo ayudaba en lo más mínimo. Se dispusieron

en torno a la cama y desplegaron parte del atlas de los lugares de paso sobre la colcha descolorida; a continuación colocaron el mapa de las fuentes, también extendido, sobre él.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Rigaud.

—Prado comunal Golán... —murmuró Delano. No recordaba si alguien había mencionado el nombre, o si lo había leído entre líneas o del modo tradicional en alguna parte.

Les llevó unos minutos encontrarlo, pero una vez localizado fue fácil trasladar la ruta del mapa de las fuentes al atlas. Delano entrecerró los ojos y siguió el recorrido desde el prado Golán hasta la Planicie Montaraz, contando todas las encrucijadas que encontraba en su camino, casi una veintena. Luego la guía de los lugares de paso resultaba inútil: el mapa de Rigaud se adentraba en territorios no cartografiados al poco de abandonar la Planicie. Enfocó la lectura entre líneas en ambos mapas, contrastando uno con otro, pero sin llegar a ninguna conclusión. Las encrucijadas aparecían señaladas en el mapa de las fuentes, pero no sus ramificaciones, sólo un camino era el válido. En cambio, en el atlas era posible ver las distintas sendas que marchaban hacia el este. Delano había albergado la esperanza de que, tal vez, alguna semejanza en el trazo le indicara cuál era el camino a seguir. Le hubiera gustado dejar de depender de sus extraños sueños, aunque sólo fuera hasta dejar atrás la Planicie, pero por lo visto debería seguir dejándose guiar por ellos.

Soltó un suspiro.

—¿Has sacado algo en claro? —le preguntó Rigaud.

—Que dentro de un par de días llegaremos a la Planicie Montaraz... Nada más... —gruñó y dobló los dos mapas. Tendió el de las fuentes a Rigaud y lanzó el otro sobre la silla—. Y para averiguar eso podíamos haber preguntado a cualquiera de los gilipollas de la puerta...

Rigaud se marchó enseguida y Delano se quedó solo en su exigua habitación sentado sobre la cama, contemplando con el ceño fruncido el atlas mal doblado sobre la silla. Estuvo unos minutos así, con lamente en blanco, respirando despacio en busca de la tranquilidad que habían espantado los Garantes. Estaba intrigado por el comportamiento de Alexandre y de Gema Árida, pero eso debería esperar a mañana, se negaba a pensar en ello. Se negaba a pensar en nada. Las paredes eran tan finas que Delano percibía el eco de una conversación cercana que hubiera podido escuchar de haber querido. Sólo era molesto el ruido de fondo, como el zumbido sordo de la calefacción o el latido en su pecho y en sus sienes. Invocó su Bolsa Coherente, sacó ropa limpia y una toalla de su interior y colocó todo a los pies de la cama.

Exhaló un suspiro y comenzó a desnudarse, muy despacio. Metió las zapatillas, los calzoncillos y los calcetines en una bolsa de plástico, la cerró y la dejó caer en la Bolsa Coherente, luego colocó junto a ella sus pantalones y la camiseta.

Se tumbó en la cama, con la vista fija en las sombras móviles del techo.

No quería soñar. No esa noche, no con el recuerdo de Cicero tan vivo en su memoria. Por primera vez en todo el viaje, sintió la imperiosa necesidad de fumarse un cigarrillo. Resopló, retiró las sábanas y se deslizó, reticente en su interior. Los muelles del colchón crujieron de un modo alarmante.

Cerró los ojos tragando saliva, tenso como sien vez de estar tumbado en una cama estuviera suspendido de una cuerda floja. En la oscuridad el recuerdo de la ciudad maldita amenazó con regresar de nuevo. Se giró hacia la izquierda y el colchón soltó un nuevo chirrido que casi sonó como un quejido humano.

Que no sueñe, por favor, por favor. Que no sueñe esta noche. Suplicó, aún a sabiendas de que era una súplica inútil. Casi era capaz de sentir la presencia oscura de una pesadilla aguardando a caer sobre él en cuanto se durmiera. Y, para su sorpresa, tardó muy poco en hacerlo.

Y, en efecto, al otro lado, esperaba el sueño.

Abrió los ojos en la oscuridad y el frío. Sintió la presión del metal en torno a su cuello y el metálico resonar de las cadenas; las rocas húmedas y ásperas del suelo le recordaron donde estaba y rompió a llorar con las pocas fuerzas que fue capaz de reunir.

—Pssssss... ¿Qué te pasa, niño? —preguntó Darío, tras la pared de su celda.

El niño apoyó su rostro contra la piedra, incapaz ni de articular palabra ni de frenar las lágrimas, ansiando las caricias que la roca le negaba.

—¿Niño? ¿Me escuchas? ¿Estás bien? —Darío sonaba preocupado. Tenía la voz quebrada y ronca, su compañero de celda todavía no se había recuperado de la última sesión de tortura.

El niño se limpió las lágrimas a manotazos y se agarró desesperado a la roca.

—He tenido un sueño... —hipó—. Ya no estaba aquí... Soñé que era mayor y que ya no estaba aquí...

—Tranquilo... tranquilízate... —no podía ver el rostro de Darío, pero al cabo de los años había aprendido que ciertos tonos de voz sólo podían venir acompañados de una sonrisa—. Te lo he dicho mil veces; eres libre en tus sueños, eso no te lo puede quitar nadie. Disfrútalos mientras puedas.

—¡Pero era tan real! ¡La gente me llamaba Delano! Y... Y buscábamos unas fuentes que estaban perdidas y había un oso que hablaba...

—No te pueden sujetar cuatro paredes, niño, tu imaginación las derriba cada vez que te duermes —calló un momento—. Eres libre, eres libre en tus sueños... —Darío tragó saliva, fue un regüeldo viscoso, un chapoteo cárnico que espantó de tal modo al niño que se apartó de la pared. La voz que siguió hablando ya no era la de su compañero de celda aunque surgiera de su misma garganta y sonara prácticamente

igual—: *Y ésta es la única verdad. Sólo eres libre en tu imaginación. Siempre serás un niño encadenado a la oscuridad. Estarás aquí para siempre... Por toda la eternidad...*

Era un susurro maligno, una voz que escupía en su mente hilachas de carne descompuesta. El Delano durmiente abrió de par en par sus ojos en la penumbra de la habitación, pero sin dejar de soñar por eso. Aún con los ojos abiertos, Delano Gris soñaba. Y era un niño aterrado escuchando la salmodia que recitaba aquella voz perversa.

—*Eres sueño, realidad y mentira. Y los sueños no sueñan, Delano. Habitan en las sombras hasta que alguien se atreva a soñarlos.*

De pronto la oscuridad se hizo total. El niño gritó. Sus manos buscaron el apoyo del muro que tenía delante y cuando lo encontraron su grito se redobló, por un segundo había tenido la seguridad de que sus manos se precipitaban al encuentro de la tibieza pegajosa de un cuerpo ensangrentado. En su imaginación se vio rodeado de cadáveres, hacinados todos en una misma fosa. Se aferró a la roca áspera, con tanta fuerza y tal ansia que dolió. La voz de la celda contigua había callado, pero en su lugar se escuchaba el rumor de miles de respiraciones entrecortadas, el gemido de algo inmenso y maligno que agonizaba pero que aún tenía fuerzas para reptar.

La oscuridad sabía a arena y a destrucción.

Sus dedos se hundieron en el muro con un crujido. El niño reculó hacia atrás, sorprendido por la fragilidad de la piedra. Una grieta llameante surgió allí donde sus dedos habían atravesado la roca. Era una cicatriz rojiza que se iba haciendo mayor a ojos vista, creciendo tenaz de izquierda a derecha con un penetrante silbido. El niño no podía dejar de mirarla, perplejo y asustado. Algo en su forma le resultaba familiar, aunque era incapaz de recordar por qué. De pronto la grieta se detuvo y su color se hizo más intenso, más vivo, hasta tomar la forma de una arteria pulsante adherida a la piedra. Los latidos fueron aumentando en intensidad en un frenesí enloquecedor. El niño cerró los ojos pero tras sus párpados cerrados la herida llameante seguía latiendo, con más fuerza si cabe. Abrió los ojos a tiempo de ver cómo la grieta se colapsaba y cientos de ramificaciones surgían de su trazo irregular, quebrando la roca como si fuera de vidrio. La pared se vino abajo. El niño gritó, cegado por el súbito resplandor que llegó en tromba desde el lugar en el que antes se había levantado el muro.

Flotaba en el vacío de una noche cerrada. Estaba soñando y lo sabía. Aún en su sueño notaba la frialdad del grillete en torno a su cuello. En su sueño, volaba.

Bajo él se extendía un pueblo iluminado por cientos de farolas. En el centro de aquel lugar se elevaba un depósito de agua enorme, remendado mil veces. En cuanto lo vio recordó su sueño anterior, ese sueño tan vivido en el que había crecido y lo conocían como Delano Gris. El sitio que sobrevolaba era un prado comunal, recordó.

No sabía por qué lo llamaban prado. Allí no había ni una sola brizna de hierba; sólo arena negra y casas destartadas.

Sobrevoló aquel lugar pero no por voluntad propia. Una fuerza que nada tenía que ver con él lo arrastraba por el aire. Se dejó llevar, disfrutando de aquellos instantes de libertad que sabía efímeros. Cuando despertara se encontraría de regreso en la mazmorra, en la verdadera pesadilla. En el sueño descendió —le hicieron descender— en dirección a un barracón en forma de *L* y, cuando lo sobrevolaba, el techo de metal y las paredes del mismo se desvanecieron como por arte de magia y el interior se mostró desnudo ante él.

Era un bar oscuro, de suelo de madera vieja y agrietada. El niño se encontró envuelto en una embriagadora nube de alcohol y humo. Alguien lloraba en una canción a bajo volumen. No había demasiada gente y la que había se arremolinaba entre las sombras en un extremo de la barra. No parecían reales, se trataba de meras manchas borrosas. No eran importantes para su sueño, comprendió, y por eso aparecían velados: no eran más que parte del decorado. Dirigió la vista hacia la única zona iluminada de la barra; en el centro del resplandor se encontraba un hombre de largo cabello rubio, sentado en un taburete alto. Tenía un vaso ante él lleno en su mitad de un licor ambarino y lo miraba con sus intensos ojos negros, sin rastro de pupila ni de iris. El hombre era un lector y parecía inmensamente triste. Tomó el vaso, se lo bebió de un trago y se pasó el dorso de la mano por un ojo, como si quisiera enjugarse una lágrima. Cuando volvió a dejar el vaso en la barra, el niño vio que el cristal estaba manchado con pequeñas gotas de sangre. De pronto recordó su nombre. Se llamaba Alexandre y viajaba con él. También buscaba las fuentes y llevaba un oso de peluche sujeto a la ropa al que no dejaba de torturar.

Como a mí, pensó.

La mano invisible que lo guiaba se lo llevó de allí. El niño frunció el ceño, le hubiera gustado averiguar qué entristecía tanto a aquel hombre, pero el sueño tenía otros planes para él. Sobrevoló de nuevo el prado que no era un prado y cuando creía que iba abandonarlo, comenzó a descender, dirigiéndose hacia una casa de techumbre baja junto a la valla que rodeaba el pueblo. Reconoció la maltrecha furgoneta aparcada junto a la entrada. El techo de la casa, como había ocurrido antes con el del bar, desapareció justo cuando llegó hasta él.

Lo que veía le recordó la casa de muñecas que su padre le había regalado a su hermana Diana cuando cumplió cinco años. Era una casa diminuta, con un montón de habitaciones repletas de muebles en miniatura en las que su hermana colocaba sus muñecos y juguetes y los hacía vivir vidas disparatadas en las que Carlomagno, el gorila rosa, y Beatriz, la muñequita de porcelana, luchaban contra las huestes del mal guiadas por un coche de carreras robado a su hermano.

El niño sobrevoló la casa sin techo, yendo de habitación en habitación.

Dos hombres dormían en la habitación más cercana a la entrada. También recordó sus nombres: Heredia y Rigaud. Los dos estaban desnudos y yacían abrazados el uno al otro; había algo sórdido en ese abrazo, antinatural. Sabía que un hombre podía amar a otro hombre y que en eso no había nada extraño, aunque fuera excepción y no norma. Pero en ese gesto no había ni un ápice de amor, sólo posesión.

En el siguiente cuarto, Gema Árida abrazaba con furia al hombre que se sacudía sobre ella. Ella suspiraba entrecortada, sin aliento. Él gruñía mientras sus caderas golpeaban contra los muslos de la joven. El niño no sintió ni pudor ni vergüenza al verlos así. Sintió náuseas. Tan horrible le había parecido la escena anterior, con aquellos dos hombres abrazados, como la que ahora presenciaba. Ambas eran extrañas, retorcidas. Las manos de Gema arañaban la espalda de su amante; sus uñas dejaban regueros sangrientos sobre la carne, pero a Sforza no parecía importarle. Una de las heridas eclosionó y un insecto oscuro asomó su húmeda cabeza entre los pliegues sangrientos, contorsionándose hasta salir del cuerpo del mago. Agitó sus alas manchadas y salió volando para unirse a la nube de moscas negras que llenaba la habitación. Gema Árida no podía ver los insectos, como tampoco pudo ver, cuando tomó la mano de Sforza y la llevó hasta su boca, la mosca que se coló entre sus labios para salir de nuevo reluciente de escarcha. El niño se marchó. Se lo llevaron.

En la tercera habitación dormitaba el genio probabilístico.

En la última estancia se encontró a sí mismo. Estaba sentado al borde de la cama, encorvado sobre un mapa a medio desplegar sobre la colcha. Se acercó despacio. El hombre en el que según su sueño se iba a convertir, tenía los ojos cerrados y una expresión de tensa concentración ensombrecía su rostro dormido. El pelo gris caía apelmazado sobre su frente. Estaba haciendo algo en el mapa. Una gota de sangre cayó de la yema de su dedo índice y manchó el papel, dibujando un lago de aguas rojas. El niño miró a las manos del hombre para descubrir que su yo adulto estaba recortando el papel con una cuchilla de afeitar. Seguía la línea negra de uno de los caminos del mapa y, cuando llegaba al punto en que éste se ramificaba, tomaba otro y continuaba hacia delante. Hasta llegó un momento en que no había sendero que seguir, pero aún así, el hombre siguió rasgando el papel, dando forma a un camino no trazado hasta entonces. El niño abrió los ojos asombrado. El dibujo de la cuchilla era idéntico al de la grieta que había destrozado la pared de su prisión.

¿Qué estaba pasando? ¿Soñaba o lo soñaban? Contempló el rostro del adulto que tenía ante sí, sintiendo cómo el vértigo se apoderaba de él. Se reconocía en aquellos rasgos. Era él, sin ninguna duda. Y tuvo la certeza de que ninguno de los dos soñaba, que todo aquello era real.

Y con esa certeza el niño despertó.

Delano abrió los ojos, aturdido, tambaleándose al borde de la cama. Una figura

fantasmal flotaba en la oscuridad: la vaga silueta de un niño esculpido en humo blanco. Extendió una mano hacia él, sin saber si buscaba ayuda, la ofrecía o si sólo pretendía comprobar la realidad de aquel fenómeno que había escapado de su sueño —si no era ahora cuando soñaba, si no permanecía todavía encadenado a las tinieblas, aguardando la llegada de los monstruos—. La cuchilla ensangrentada que tenía entre los dedos le cortó una vez más y la soltó resoplando. Se levantó de la cama, con tal brusquedad que tropezó y volvió a caer. Cuando miró de nuevo, la presencia había desaparecido. Una gota de sangre cayó desde un corte en la yema de su índice: una esfera perfecta que brilló incandescente en la penumbra. También parecía esculpida en humo. La realidad entera no era más que eso: una escultura hecha de niebla.

Se llevó las manos a la cara y gimió asustado y desorientado, perdido en su propio cuerpo. Las paredes de la habitación se abalanzaron hacia él, tratando de robarle el poco aire que llegaba a sus pulmones. Buscó el interruptor de la luz junto a la cabecera de la cama. Boqueó deslumbrado por la claridad. Se llevó una mano al pecho, asfixiado. Necesitaba aire, se ahogaba en el ambiente caldeado de la habitación. Se vistió todo lo rápido que pudo y salió al pasillo. El calor allí también era insoportable. De una habitación cercana lo llegó el sonido chirriante y continuo de los muelles oxidados de una cama. Cerró los ojos y vio de nuevo a Sforza sobre Gema Árida, en su imaginación ambos estaban cubiertos por moscas negras, grandes como puños.

Abrió la puerta del albergue y salió al frío del exterior. La temperatura glacial que lo recibió fuera lo despejó al instante. Escuchó susurros y movimiento en la torre, pero no miró hacia allí. Se metió las manos en los bolsillos de su cazadora y echó a andar a paso rápido, envuelto en las cambiantes luces de las farolas del prado comunal.

Le resultó fácil encontrar el bar. Estaba en el lugar preciso que le había mostrado el sueño, a la izquierda del gran depósito de agua, junto a unas caballerizas. Se hubiera sorprendido mucho de no encontrarlo allí. Aquella zona del prado estaba mucho más concurrida que la que les habían asignado, pero seguía siendo igual de triste y gris que aquélla. El miedo flotaba por doquier, era una miasma densa y fría que se pegaba a cada pensamiento, a cada paso, convirtiendo sombras en demonios a punto de saltar, transformando el sonido más inocente en el chasquido de una mandíbula al cerrarse.

Delano empujó la puerta de madera sobre la que colgaba el cartel con el nombre del establecimiento, tan castigado por el tiempo que sólo se distinguían las dos últimas letras —OS— y un desvaído dibujo que podía ser un oso rampante. Nada más traspasar el umbral le salió al encuentro la voz de David Bowie cantando «*Five Years*» casi en un susurro. El local olía a alcohol añejo y serrín mojado.

Alexandre seguía allí, en el mismo lugar del sueño. Delano se sentó en un

taburete junto a él, sin saludarlo siquiera, y pidió un vodka al taciturno camarero que navegaba tras la barra, fumando un cigarrillo tras otro. Se lo bebió casi de un trago y pidió otro, esta vez en vaso largo. Estuvo tentado de pedirle un cigarrillo también, pero al final decidió dejarlo correr. Durante largo rato los dos hombres permanecieron en el más absoluto silencio. Ni siquiera se miraban. Delano se pasó una mano por el cabello y jugueteó con su vaso. Bebió un tragó y lo dejó de nuevo sobre la barra, tratando de hacer coincidir la base con el círculo húmedo que había dejado antes en la madera: le costó conseguirlo. En los grandes ventanales la luz de las farolas proyectaba charcos y sombras magenta. El camarero pasó veloz junto a ellos rumbo al otro lado de la barra, dejando una estela de humo a su paso.

—¿Has leído alguna vez en el humo de un cigarrillo? —preguntó Alexandre de pronto, mientras acariciaba una de las nubes que el camarero había dejado tras él. Su voz estaba tomada por el alcohol, pero sonaba extrañamente lúcido.

—No —contestó Delano, pensando en el niño esculpido en humo que se le había aparecido en su habitación—. Nunca.

—Con el nivel adecuado de lectura puedes ver el estado del organismo del fumador... Ver lo dañado que está... —Alexandre alargó la mano para tomar su vaso, pero se lo pensó mejor, cogió uno de los alfileres que había dispuesto ante él sobre la barra y lo clavó en el torso del remedo. Un reguero de sangre fluyó de la herida, manchando el pelaje del peluche y los dedos temblorosos de Alexandre. El lector miró a Delano—. Viajamos con nuestra muerte a cuestas... ¿Lo sabías? —preguntó arrastrando las palabras—. Conocí a un lector en Bagdad que era capaz, con sólo mirarte, de adivinar la fecha de tu muerte. No recuerdo su nombre, pero no podré olvidar jamás su mirada... La oscuridad de la lectura se había comido sus ojos y se le había extendido como un tumor bajo la cara... —Alexandre pasó sus manos ensangrentadas sobre su rostro, como si estuviera delimitando con sus dedos la silueta de un antifaz invisible. Varias líneas sangrientas se dibujaron sobre su piel—. Me dijo que me quedaban treinta y dos años de vida. Una afección cardiaca, dijo... —guardó silencio mientras bebía un nuevo trago—. Ada también se lo preguntó... A ella... A ella le quedaban más de cuarenta... Yo me alegré al enterarme de que me iba a sobrevivir... Pero a Ada no le sentó bien la noticia... —sonrió—. «¿Te atreverás a dejarme tanto tiempo sola?» me dijo «¿De verdad me harías eso?» «Jamás» le contesté. «Nuestro amor vencerá hasta a la misma muerte...» —Alexandre suspiró. Durante unos segundos se centró en torturar a su peluche. Luego levantó la vista, aunque no miró hacia Delano. Había lágrimas en sus ojos negros—. Lo sé, lo sé... son palabras estúpidas... Memeces de enamorados. Sólo tienen sentido cuando se dicen, no cuando se recuerdan...

»Y nada de lo que dijéramos tiene importancia. Ella está muerta... Murió hace ocho meses... La asesinaron... Llevamos nuestra muerte a cuestas, sí, pero hasta eso

nos pueden arrebatarse... Se la sacaron del pecho, le robaron toda la vida que le quedaba... Y yo... trataba de arreglar eso... Esquivar los designios del mismísimo Dios y hacerla volver a mí lado... Porque hasta a la muerte se la puede burlar... —tomó su vaso y lo alzó a modo de brindis—. Por las fuentes perdidas...

—La fuente de la resurrección... —comprendió Delano.

El lector asintió con desgana. Se bebió lo que quedaba de un violento trago y colocó el vaso sobre la barra, empujándolo con un dedo hasta acercarlo peligrosamente al borde.

—La fuente de la resurrección —repitió—. Sí. Ése era mi destino... Pero ella no quiere volver, Delano... Gema Árida me engañó para que me uniera al grupo... Me hizo creer que... Me mintió... —se levantó de la banqueta, por lo visto dispuesto a marcharse del bar. El lector se tambaleaba. Delano decidió acompañarlo hasta el albergue—. Yo habría muerto por ella, pero ella no quiere vivir por mí... —dijo Alexandre, inmóvil pero ya encarado hacia la puerta—. No quiere volver...

Delano hizo una seña al camarero y pagó las consumiciones de ambos sin molestarse en recoger el cambio. Luego siguió al lector a la calle.

Una lluvia lenta y dispersa los aguardaba en el exterior; gotas grandes como puños se dejaban caer desde la oscuridad del cielo, estrellándose contra el suelo con el sonido pastoso de los salivazos espesos. Delano miró hacía arriba. Era imposible que lloviera en el prado comunal. En los vórtices sólo había oscuridad, vacío y un frío que helaba el alma. Alexandre también levantó la mirada, pero sólo un segundo. Acarició con lentitud el rostro del remedo y siguió caminando. Una gota viscosa impactó en el dorso de su mano, diluyéndose en la capa de sangre que lo cubría. Delano leyó entre líneas en aquella lluvia fuera de lugar y confirmó lo que ya sospechaba: no era agua lo que caía del cielo: era magia, magia condensada desprendiéndose del escudo que rodeaba el prado. Magia vieja y deshecha que dejaba su lugar a la magia nueva que alguien tejía en algún lugar del vórtice.

Caminaron en dirección al albergue hasta que la lluvia se intensificó tanto que se vieron forzados a buscar refugio bajo un alero. Aquello sólo duraría unos minutos, pero a ninguno de los dos parecía agradarles la perspectiva de darse un baño de magia líquida.

Algunos goterones brillaban como perlas. Otros eran opacos y estallaban al chocar contra el suelo negro del vórtice. Delano apoyó la espalda contra la pared y contempló la lluvia de residuos mágicos. El suelo de la encrucijada se llenó de charcos líquidos, de plata rutilante y de esquirlas de magia. En uno de esos charcos, Delano descubrió su reflejo inquieto por el azote constante de las gotas de magia.

—¿Por qué leíste en Gema Árida, Alexandre? —preguntó, sin apartar la vista de su reflejo cambiante—. ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

—No quería leer en ella... —contestó el lector—. Jamás leo en nadie al que

considerare mi amigo... No me parece... No me parece leal... Leía en Sforza, quería averiguar qué sabía sobre Cicerone... Pero ella se cruzó en mi camino. Me sonrió... y de pronto me encontré contemplando la culpabilidad que siente por haberme mentado... Culpabilidad y regocijo... El regocijo cabrón del que disfruta con las desgracias de los que están cerca... Entonces lo supe...

—Qué perra... —susurró Delano.

—Pero no voy a volver atrás... —alzó la vista hasta el alero, desde donde se precipitaba una catarata incesante de magia gastada—. La necesito. Encontraré la fuente, le llevaré el agua de la vida y se la haré beber... ¿Alguna vez has necesitado tanto a alguien como para que sus deseos no importen?

—No lo sé... no sé si alguien me ha importado de verdad... —Se encogió de hombros. El repiqueteo de la lluvia contra el alero era hipnótico—. Nunca dejo que los lazos se hagan demasiado fuertes... Soy un cobarde. No soporto estar encadenado a nada...

—Ojalá fuera como tú...

—No desees barbaridades... —guardó silencio y de pronto se sorprendió preguntando—: ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo murió? —maldijo su curiosidad malsana nada más formular las preguntas, pero a Alexandre no pareció importarle. El lector tenía ganas de hablar.

—Fue algo premeditado, cruel... —contestó—. Me había topado con un asunto turbio relacionado con la familia de un niño al que trataba de iniciar en la lectura... —tragó saliva, un resplandor verde se dejó ver en sus pupilas y Delano se preguntó si ése era el color que habían tenido sus ojos antes de que la nebrura llegara—. No era nada demasiado importante... O eso creía... Como suele pasar, formaba parte de algo mayor, algo inmenso en lo que estaban implicadas personas a las que era mejor no molestar... Y yo las molesté, aunque ni siquiera fui consciente de ello... Me tendieron una trampa... Ada murió y yo resulté gravemente herido...

Delano no dijo nada. Contempló el rostro grave del lector, con un nudo en la garganta.

—El hombre que había mandado asesinarme me visitó en el hospital... ¿sabes? —La lluvia sobre los aleros seguía con su errático repiqueteo—. Quería asegurarse de que había entendido el mensaje, aunque no hubiera sido entregado conforme a sus deseos... Yo le dije que me había quedado muy claro... —el tono de su voz se tornó gélido—. *Muy claro*... —Clavó una aguja con furia en el remedo que se retorció e hipaba de placer. El ritmo de las puñaladas se hizo frenético.

Las agujas entraban y salían. La sangre salpicaba la ropa del lector y sus manos. La magia vieja se precipitaba sobre el prado, con su chapoteo caliente, con su melodía viscosa y mareante. Alexandre clavó una nueva aguja y la retorció con fuerza.

La comprensión sacudió a Delano con la bofetada fría de lo obvió, con el silencioso reproche del detalle pasado mil veces por alto. Miró a los ojos del lector y luego, despacio, muy despacio, bajó la vista hasta al peluche, horrorizado. En su mente un niño encadenado gritó en mitad de una pesadilla, en su mente vio un muñeco negro grotescamente retorcido hasta dotarlo con algo parecido a una forma humana. Unas manos oscuras cubiertas de abalorios iban clavando con lentitud alfileres en el muñeco. Cada alfiler estaba acompañado por un lejano grito de insoportable dolor.

—*Dios mío...*

—La magia antigua sigue siendo eficiente... —continuó Alexandre—. Más todavía si consideramos cómo se ha refinado con las nuevas técnicas. Un solo cabello del sujeto en cuestión, analizamos su estructura hasta aislar el milagro de la espiral genética que le da forma y es su esencia. Trasladamos esa espiral a un receptáculo adecuado y luego, gracias a los viejos rituales, enlazamos el receptáculo con el sujeto, abriendo un canal sensible del primero al segundo... —las agujas se clavaban una y otra vez en el remedo, frenéticas, rotundas.

Delano dio un paso hacia atrás y salió del cobijo del alero. La magia vieja cayó sobre él como vómito caliente. Con una mano en la boca, ahogado por la impresión, contempló el baile demencial de las agujas y cuchillos. A cada jadeo del remedo le correspondía un grito, un grito humano. Tan seguro como que a cada relámpago le sigue su trueno.

—Dios mío... —repitió, casi jadeando. Una náusea creciente le retorció el vientre.

El lector, ajeno a su sorpresa, continuó hablando:

—La naturaleza humana es caprichosa... Una frase trillada, desde luego. Pero tan cierta que espanta... Ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos... Ignoramos por completo nuestro potencial... Ignoramos lo que podemos llegar a hacer si las circunstancias nos empujan a ello... *Sí nosotros mismos nos empujamos a ello...* —las manos de Alexandre estaban manchadas por la sangre del remedo—. En nuestro interior duermen verdaderos monstruos... —miró fijamente a Delano, sus ojos negros resplandecían como si un incendio de alabastro se hubiera desencadenado tras ellos—. Y desean despertar...

—¡Pero eso es demencial! —exclamó Delano, sin apartar la mirada de las manos que herían, una y otra vez, al remedo.

—¿Demencial? —la expresión burlona de Alexandre deformó las facciones de su rostro—. ¡Ese cabrón mató a lo que daba sentido a mi vida! Me lo arrebató todo ¿comprendes? ¡Todo!

—¡Nadie se merece una tortura semejante! ¡Nadie!

—¿Y tú, Delano? ¿Qué me dices de ti? ¿Qué harás cuando te encuentres con tu

nigromante? ¿Le darás una hostia por haberse portado mal? ¿O tratarás de devolverle con creces todo el dolor que te hizo sufrir?

Delano reculó hacia atrás, sin más respuesta que la mueca perpleja que tenía clavada al rostro. Miró de nuevo al remedo. En aquella locura veía reflejada su propia ansia. En los demonios de Alexandre veía un atisbo de hasta donde podían llegar los suyos.

—¿Cuándo acabarás con eso? —preguntó con la voz quebrada.

Alexandre, antes de responder, extrajo una pequeña caja de plata de un bolsillo de su cazadora. La abrió con sumo cuidado y sacó una aguja negra, el doble de larga de las que usaba habitualmente.

—Cuando clave esto en el corazón del remedo el hijo de puta que destrozó mi vida morirá... Es lo que haré si consigo que Ada vuelva a la vida... Pero si fracaso... Si fracaso no pararé nunca. Jamás. Le haré sufrir como nunca antes ha sufrido nadie...

La nausea de Delano se redobló. *¿Cómo nunca antes ha sufrido nadie?* Él conocía muy bien ese sufrimiento. Había sido su sacramento durante siete largos años. El castigo al que Alexandre estaba sometiendo a aquel asesino, fuera quien fuera, era idéntico a lo que el nigromante de Cicero le había hecho a él.

—Estás loco... —susurró, apartándose del lector—. Puedes matarlo. Puedes acabar con esto... Es inhumano, joder... Estás loco, Alexandre... Loco, joder...

Y esa locura es la mía, pensó, mientras daba la espalda a Alexandre y se alejaba de él adentrándose en la noche vacía del vórtice. La voz del lector a su espalda le golpeaba con la misma fuerza viscosa que las gotas que caían sobre él:

—¿¡Qué harás tú cuándo lo encuentres, Delano? ¡No me has contestado! ¡¿Qué es lo que harás?!

Tardó unos segundos en darse cuenta de que había echado a correr.

Caminó durante una hora por las callejuelas del prado comunal, temblando por el frío, por la situación, por la angustia atávica de haberse encontrado consigo mismo y haber sido vencido por el pánico. Se había atrevido a juzgar a Alexandre, lo había tildado de loco cuando eran hermanos en la locura.

—Sólo que él tiene cojones para hacer lo que todo el mundo espera que haga yo... —musitó bajo la mortecina luz color cereza que vertía un árbol retorcido de frutos luminosos.

Había llegados una zona despejada del prado, con un quiosco de música de paredes blancas y tejado negro, acanalado. Se dejó caer en las escaleras, con los brazos apoyados en las rodillasy la mirada perdida en el suelo oscuro. La temperatura a la sombra del tejado del quiosco era agradable. Miró hacia arriba. Entre las nervaduras de la cara interior del tejado danzaban unas diminutas llamas con forma humana. Delano casi creía escucharlas cantar, dichosas. Elementales, comprendió, de

ellos surgía la magia que creaba el campo alrededor del prado. Una de aquellas criaturas descendió en picado hacía él y revoloteó en torno a su nariz, mirándolo curiosa.

—Hola... ¿Os importa que me quede por aquí? Sólo será un rato...

Como toda respuesta, Delano recibió un fognazo cegador seguido del doloroso mordisco del fuego en el mentón. Dio un grito y se frotó la quemadura. El elemental ya regresaba al techo, zigzagueando. Su crepitar lo seguía como una carcajada burlona.

—Cabrón... —gruñó Delano.

Se tumbó en el suelo del quiosco, frotándose todavía el mentón magullado. Bajo el tejado los elementales seguían inmersos en sus juegos ajenos al mundo. Delano se quedó mirándolos largo rato, tratando de encontrar señales, mensajes ocultos en sus señales, perdido en su vagar entre los canales del techo, hasta que notó cómo le iba ganando la somnolencia, una somnolencia tranquila esta vez, pausada, una somnolencia que no tenía nada que ver con la que le había arrastrado a aquel extraño y desasosegante sueño. Delano sabía que cuando se durmiera sus sueños serían íntegramente suyos. La tormenta había pasado. Se preguntaba si sería prudente echar una cabezada bajo dos docenas de elementales juguetones, cuando se quedó dormido.

Despertó escuchando una melodía fabricada de llamas y chisporroteos, un incendio melódico cuyas notas no hablaban de catástrofes sino de renovación. Abrió los ojos y la claridad de los elementales bajo el tejado le obligó a apartar la mirada y pestañear varias veces antes de mirar de nuevo hacia ellos. Se habían agrupado en el centro del tejado y se agitaban todos siguiendo el mismo compás, convertidos en una cimbreada esfera en llamas que giraba sobre sí misma. Comenzó a llover otra vez; las primeras gotas y esquirlas de magia antigua se precipitaron sobre el tejado, justo sobre el lugar en el que los elementales cantaban y danzaban. Luego su radio de acción fue creciendo. Delano se incorporó, agarrotado, y miró a su alrededor. La lluvia era una borrosa cortina que alguien corría de izquierda a derecha, siguiendo el círculo del quiosco de música. La cortina flameó y se hizo más oscura a medida que la lluvia de magia se fue extendiendo, trazando círculos por todo el prado.

Miró en dirección al lugar donde se encontraba el albergue en el que se habían alojado. A través de la cortina de magia muerta, el mundo aún parecía más irreal y confuso que de costumbre, un mar de sombras líquidas pobladas por el difuso resplandor de las luces de las farolas, que flotaban suspendidas como astros apagados.

Delano Gris soltó un largo suspiro, pensando que lo mejor que podía hacer era olvidarse de todo, desertar de aquella loca aventura de la que no podía surgir nada bueno y marcharse a casa. Eso sería lo razonable. El oráculo había vaticinado que alcanzaría las fuentes perdidas, pero no había hablado del precio que debería pagar

para ello, no le había comentado el pequeño detalle de que se encontraría consigo mismo durante el viaje y que no le gustaría lo que iba a ver. Se apoyó en una de las finas columnas de madera blanca que se levantaban desde último escalón al tejado, con la vista perdida en la lluvia. En el fondo había dejado de ser útil para el grupo. Su labor ya estaba hecha: alguien le había dictado en sueños el camino que debían escoger para llegar a las fuentes y él lo había trazado obedientemente en el atlas de los lugares de paso. El grupo podía continuar adelante sin su ayuda.

Unos minutos después la lluvia dejó de golpetear sobre el tejado del quiosco. Los elementales detuvieron sus cánticos y sus juegos. La lluvia cesaba de manera paulatina, como había empezado. La cortina que antes se había extendido siguiendo el contorno del quiosco se destejía poco a poco, siguiendo la misma pauta pero en sentido contrario. La lluvia se replegaba, devolviendo todo su peso a la realidad del vórtice. Las esferas luminosas de las farolas surgían de la cortina de agua como nadadores exhaustos; su luz incidía de tal forma en la humedad del aire que pronto una miríada de diminutos arco iris se hizo dueña del lugar. Delano, por segunda vez en su vida, quedó rodeado por un mosaico de luces cambiantes. Lo contempló, sin aliento, arrojado de nuevo en su recuerdo a aquel lejano día en que su padre le había mostrado el espectáculo luminoso de la catarata sobre el lago. Poco a poco, el despliegue de luces fue remitiendo, diluyéndose en la claridad mortecina y ambigua que creaba la conjunción de las distintas farolas, uniéndose en un mismo tono amarillento.

Delano abandono el amparo del quiosco de música, empotrándose de lleno contra el frío del vórtice y su olor grasiento. Observó el cielo oscuro de la encrucijada. Sacó una moneda del bolsillo de su cazadora y la lanzó con fuerza al aire, sin hacer el menor ademán de cogerla cuando cayó. La moneda repicó plana contra el suelo, rebotó, quedó de canto y rodó sobre el piso irregular, salvando charcos y esquirlas, siguiendo el camino que llevaba al albergue.

Delano suspiró y echó a andar hacia allí, deteniéndose para coger la moneda y devolverla al bolsillo.

La furgoneta seguía aparcada en la entrada. Rigaud se encontraba en cuclillas junto a ella, observando los bajos con el ceño fruncido, como si lo que estuviera viendo le inspirara muy poca confianza. Mientras se acercaba, Delano recordó su sueño: ahora sabía a ciencia cierta que había algo extraño entre el canadiense y Heredia; algo que iba más allá de las complejas relaciones humanas y cuya naturaleza se le escapaba. De lo que estaba seguro era que no resultaría conveniente interrogar sobre el asunto a los dos implicados. Hasta hacía bien poco el único personaje del grupo que se le antojaba siniestro había sido Sforza, pero ahora ese halo oscuro se había extendido a todo el grupo excepto al genio.

Caminas junto a asesinos y monstruos, condenados y embaucadores.

—Espero no llegar tarde... —dijo Delano cuando llegó hasta él, con las manos en los bolsillos de su cazadora. Desde la torre cercana, los vigilantes del prado repartían su atención entre los dos hombres y las proximidades de la valla.

Rigaud ni siquiera lo miró. El vaho que surgía de sus fosas nasales y de su boca le daba el aspecto de una fiera inquieta. No pudo dejar de pensar en el canadiense y el hispano, abrazados en la cama.

—No... Falta todavía más de una hora —le dijo, luego alzó la vista. Rigaud se había recortado la barba, descuidada en los días anteriores, hasta convertirla en una fina perilla—. ¿Has visto a Alexandre? Creía que estaba contigo...

Delano asintió.

—Estaba conmigo, sí... Pero nos separamos hace mucho... ¿No ha regresado?

—¿Por qué crees que te lo pregunto? —resopló incorporándose, extrajo un pañuelo de papel de un bolsillo de su abrigo y se limpió las manos en él.—. No, no lo ha hecho. Y no ha dormido en su cama. La tuya por lo menos estaba revuelta...

—¿La palabra «intimidad» te dice algo? —preguntó y la malcarada vocecilla de su mente añadió; «¿Sabes, Rigaud? Yo he entrado en tu habitación en sueños y te he visto abrazado con Heredia. ¿Podrías explicarme que significa eso, por favor? Y no me vengas con que sois pareja que no me lo trago...»

—Dejaste la puerta abierta... Y el atlas de los lugares de paso sobre la cama —los ojos castaños de Rigaud buscaron los suyos. Delano desvió la mirada hacia la puerta, evitando cualquier contacto visual—. ¿El recorrido que has marcado en el mapa es el que debemos seguir? ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas... —respondió.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—Secreto profesional... —contestó—. Y ahora si me disculpas, me estoy pelando de frío y quiero darme una ducha...

Esquivó la inmensa mole de Rigaud y entró en el albergue, sintiendo la mirada del canadiense en su espalda. Ya en su habitación, sin mirar en ningún momento el mapa extendido sobre la cama, llamó de regreso a su Bolsa Coherente, que había regresado a las Sombras después de permanecer una hora en el exterior sin ser usada, y sacó una toalla y su neceser.

Se afeitó utilizando un espejo agrietado y cubierto de vaho perpetuo, se duchó con más rapidez que eficiencia y con la toalla anudada a la cintura, regresó a su habitación para terminar de secarse y vestirse. Estaba dando los últimos toques a su atuendo, cuando del exterior le llegó el escándalo de dos personas haciendo entrar a una tercera que, por lo visto, era incapaz de caminar por su propio pie. Escuchó cómo avanzaban a trompicones por el pasillo, sin cruzar palabra entre ellos.

Una puerta se abrió.

—¿Ocurre algo? —preguntó Gema Árida.

—Nuestro lector se ha corrido una buena juerga... —murmuró Heredia—. Vamos a darle una ducha para que se espabile...

—En cuanto esté en condiciones de continuar nos pondremos en marcha. Id preparándoos —dijo Rigaud.

Unos minutos después, cuando Delano escuchó el sonido de la ducha, salió de la habitación.

El pasillo estaba desierto. Avanzó hacia los servicios, sin saber muy bien el motivo que lo llevaba hasta allí. Descubrió las ropas del lector tiradas sobre los azulejos desgastados y sucios del cuarto de baño; un poco apartados de éstas descubrió la cazadora rodeada de cadenas de Heredia y el abrigo de Rigaud. Del interior llegaban los gemidos de Alexandre y los forcejeos de los dos hombres que trataban de mantenerlo bajo el chorro de agua a pesar de sus débiles protestas. Cuando Delano entró, nadie se fijó en él, ni siquiera Heredia pareció darse cuenta de su presencia. Las duchas apestaban a cloro y a desinfectante. Todos los espejos de la hilera de lavabos situada frente a las puertas estaban empañados y su reflejo, repetido en todos ellos, era el de un hombre perdido en la niebla. Dos moscas revoloteaban cerca del techo. Contempló sus evoluciones y luego miró en dirección a la puerta de la habitación de Sforza y Gema Árida. Volvió a fijar su atención en el montón de ropas en el suelo. El remedo empujaba y tiraba de los pantalones que le habían caído encima, jadeando por el esfuerzo. Continuó dando tirones hasta liberarse por completo y respirar a bocanadas el aire enrarecido de los baños. En cuanto descubrió a Delano observándolo se envaró. Cerró su diminuta boca y abrió los ojos de par en par. Delano buscó con la mirada el bolsillo de la cazadora donde Alexandre guardaba la caja de plata con la aguja negra. Podía hacerlo. Podía sacar esa aguja y acabar con toda esa locura.

—CADA UNO ESCOGE SU CAMINO, DELANO GRIS... —dijo el remedo, como si estuviera leyéndole el pensamiento—. NADIE DEBERÍA APARTARNOS DE ÉL CONTRA NUESTRA VOLUNTAD... YA SEA UN ERROR SEGUIRLO O NO...

En ese instante, Gema Árida y Sforza salieron de la habitación de Alexandre. La joven llevaba a Charlotte en sus brazos, todavía enfundado en su falsa apariencia de niño. La espiritista se había dejado el pelo suelto; vestía unos pantalones de camuflaje y una camiseta blanca. Sforza, como siempre, iba totalmente de negro, las únicas notas de color en su atuendo eran la plata de su máscara griega y el blanco de su bastón. La mueca de la tragedia de la máscara se prolongaba en una sonrisa despectiva que Delano intuyó dedicada a él.

Gema hizo ademán de saludarlo cuando lo descubrió a través del cristal de la puerta de las duchas, pero la intensa frialdad de la mirada de Delano la disuadió. Bajó la cabeza y se aferró con más fuerza al brazo de Sforza. El genio pareció reaccionar a la cercanía del nigromante y se sacudió hasta apartarse de él.

—VAMOS TODOS EN LA MISMA DIRECCIÓN, PERO YA NO VIAJAMOS JUNTOS... —dijo el oso.

—¿Disfrutas con lo que te hace? —preguntó Delano.

—NO —contestó—. DISFRUTO CON LO QUE LE HACE A ÉL. ERA MI AMIGA...

El agua dejó de correr. Heredia y Rigaud cargaron con Alexandre, que no parecía demasiado despejado tras la ducha y se encaminaron hacia la entrada. El hispano fue el primero en descubrir a Delano.

—¿Qué haces ahí parado? —le preguntó—. ¿De charla con el peluche? ¡Mueve el culo que nos vamos!

Delano salió del servicio y observó cómo los tres hombres avanzaban con dificultad hacia la puerta. Cuando llegaron a ella, Rigaud cargó durante un momento con todo el peso del lector, mientras que Heredia se agachaba, recogía la ropa de manera desmañada, y seguía al canadiense fuera. Alexandre sacudió la cabeza mojada, gruñó una maldición y estornudó dos veces. Su pelo caía en remolinos sobre su rostro pálido.

—Recoge tus cosas, Delano... —le dijo Rigaud cuando pasó a su lado—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Delano asintió. Los observó hasta que cerraron la puerta de la habitación tras ellos, y después regresó a su propio cuarto. Estaba temblando. Le costó unos minutos dominarse. Luego metió el atlas de los lugares de paso mal doblado en la mochila, mandó a su Sombra a la Bolsa Coherente, se cargó la mochila al hombro, y salió de la habitación y del albergue.

Subió a la cabina de la furgoneta, ocupando el asiento contiguo al conductor. El frío del vórtice era terrible; los elementales del quiosco de música parecían tener el poder necesario para que la temperatura no fuera mortal para todo aquel que estuviera largo rato a la intemperie, pero muy poco más. Se frotó las manos, tratando de revivirlas. Luego abrió la portezuela de comunicación con la parte trasera de la furgoneta y dejó la mochila entre dos cajas y una lata de gasolina, sin mirar siquiera a Sforza y Gema Árida que cuchicheaban sentados al fondo de la trasera.

Alexandre llegó junto a Heredia, caminando por su propio pie pero sin pizca de seguridad. Cuando pasó junto a la cabina, Delano desvió la vista.

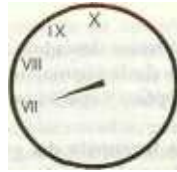
—Duerme la mona, muchacho... —se escuchó decir a Heredia en la parte trasera al cabo de unos segundos—. Procuraré no pillar muchos baches...

—Que te jodan...

El hispano soltó una carcajada. La puerta tras Delano se abrió y el joven maniobró sobre los asientos hasta sentarse frente al volante. Rigaud fue el último en subir a la furgoneta; llevaba un fusil cruzado a la espalda y las dos pistolas ametralladoras en las cartucheras al cinto. Se sentó pesadamente junto a Delano.

—En marcha —ordenó.

La Planicie Montaraz
Columnas desgastadas
El callejón equivocado
El quinto sueño



La Planicie Montaraz, a pesar de lo que su nombre daba a entender, no era tal planicie sino una extensa loma. El motivo de que fuera conocida así no tenía nada que ver con su topografía, sino con un error de percepción al ser descubierta, ya que a vista de pájaro el terreno daba la impresión de ser completamente llano. Había sido descubierta trescientos cuarenta años antes por una nave de los filos diseñada para cartografiar los lugares de paso. Era una nave propulsada mediante una obsoleta amalgama de motores de vapor, circuitería mágica y mástiles plegables en sus laterales, que al abrirse le daban la apariencia de un insecto rechoncho de alas nerviosas. Pertenecía a la dotación de exploradoras del filo Samarkanda y, por lo tanto, ateniéndose a la reglamentación vigente en aquel tiempo, el vórtice descubierto quedó bajo control exclusivo del que muy pronto sería el principal filo del sistema.

La nave se llamaba «*Montaraz*» y, además de a la planicie, dio nombre a un río caótico que discurría más allá de lo que hasta entonces habían sido los límites conocidos de los lugares de paso, y a una singular estructura rocosa que fue bautizada como Torre Montaraz, y que se elevaba hasta salir de la atmósfera y adentrarse en el espacio durante un buen trecho. Era la cuarta torre de esta naturaleza que se descubría en los lugares de paso, idéntica a las tres que se habían descubierto hasta entonces y a las dos que serían descubiertas después. Se trataba de torres espiraladas de roca azul, de menos de quinientos metros de diámetro pero que alcanzaban cientos de kilómetros de altura. Todas ellas estaban rematadas por una estructura en forma de mastaba que difícilmente podía ser natural.

Tras el río y la torre, el tercer descubrimiento de la expedición y primero en importancia sin duda alguna, fue el lugar al que llamaron planicie por un espejismo óptico y apellidaron Montaraz en honor a la nave que pilotaban.

Cuando la destartalada furgoneta del grupo llegó a la planicie, trescientos cuarenta años después de su descubrimiento, poco quedaba ya de aquella enorme extensión de tierra negra que la tripulación de la Montaraz había descubierto desde el cielo. En ese tiempo, la superficie árida del vórtice había ido desapareciendo bajo el caos de construcciones que se fue aposentando sobre ella. Primero se levantó un prado comunal de emergencia para albergar a los viajeros que llegaban atraídos por la recién descubierta encrucijada, en su mayoría exploradores esperanzados en encontrar fortuna y gloria en los nuevos caminos. Luego llegaron los mercaderes y buhoneros, los picaros y los ladrones, los traficantes y los soñadores; en resumen: los habitantes primigenios de toda urbe, aquellos que con su sudor y su sangre —o con el sudor y la sangre ajenos— afianzan los cimientos de las ciudades recién nacidas. Se erigieron templos a la luz y a la oscuridad, a la muerte y a la vida, al caos y al orden. Hubo sacrificios propiciatorios en altares borrachos de humo. Agregados culturales y científicos de los filos más importantes realizaron estudios por toda su superficie. Místicos y magos recorrieron el vórtice de parte a parte. La burocracia de

Samarkanda desembarcó en la encrucijada y aunque en primera instancia trató de poner orden en la ciudad, pronto se dio cuenta de lo imposible de la tarea y decidió encontrar un nicho en aquel caótico ecosistema donde poder medrar. Al poco tiempo los Garantes edificaron una de sus torres de vigilancia. Más tarde se construyó el primer puerto espacial y la primera dragonera. Y así, poco a poco, el asentamiento fue creciendo hasta convertirse en la ciudad abrumadora que era ahora.

La ciudad estaba más preocupada por el comercio y el enriquecimiento que por la arquitectura y la lógica urbana. Grandes complejos comerciales se alzaban junto a las coloristas carpas de los buhoneros. Los bazares mágicos compartían espacio con los asombrosos puertos en los que atracaban tanto las naves de los filos como las monturas aladas de ciertos viajeros, siempre respetuosas, tanto unas como otras, con las normas de velocidad máxima que imperan en los lugares de paso. Construcciones achaparradas y grises compartían vecindad con estilizadas torres de metal y plataformas flotantes, estáticas unas y otras siempre en marcha por los cielos del vórtice. La tecnología más puntera no tenía el menor rubor en compartir espacio con chabolas de piedra cocida y chozas de madera y paja.

Doscientos años después de su descubrimiento tuvo lugar en la planicie un extraño fenómeno que nadie había logrado explicar aún: la naturaleza había hecho acto de presencia en la ciudad de un modo tan exultante como surrealista y, ahora, entre el caos de puentes, arcadas, escalinatas, pasadizos, bajeles varados, puntos de hospedaje, piscinas, rascacielos, cementerios, templos, tabernas y burdeles, zigzagueaba la naturaleza libre de riendas, salpicando de verde las calles y las aceras, tapizando las paredes de hiedras y enredaderas; cubriendo de rosales las señales viarias que todo el mundo aprendió a ignorar antes de saber qué significaban; repartiendo lagartijas y arañas doradas entre las placas de las centrales de control; llenando de nidos los torreones de los magos y de musgo las altas torres de metal donde moraban tanto los científicos locos como los cuerdos.

El cielo seguía siendo negro sobre la ciudad, pero el frío glacial propio de los vórtices había sido erradicado de la ciudad mediante la colocación estratégica de grandes calefactores y de núcleos de energía mágica aprisionados en las esferas que remataban las farolas que se esparcían por doquier.

Delano recordaba muy bien la primera vez que había tenido ante sí la Planicie Montaraz. Acababa de cumplir diecinueve años y todavía no había contemplado la majestuosidad de las metrópolis de los filos, ni había visitado Baluarte, la capital de Avalón, ni puesto el pie en Soberbia, la más importante de las ciudades mágicas y némesis de Cicero. Pero aunque todos aquellos lugares superaban en maravilla y locura a la Planicie, nunca olvidaría la sensación de vértigo que le embargó al contemplar la extravagante mezcolanza de arquitecturas que se citaban en el vórtice. Luego, por caprichos del destino, la Planicie Montaraz se convirtió durante cinco

años en su residencia y centro de operaciones habitual y aún ahora, una década después, todavía era el lugar del mundo oculto que visitaba con más frecuencia. Habían pasado más de ocho meses desde su última estancia en la planicie y, como siempre que tenía ante él la enorme muralla roja que rodeaba el perímetro de la encrucijada, se sintió invadido por la nostalgia y la melancolía. Y no sólo por todo lo que aquel lugar había significado en su vida. Había una visita inexcusable que realizar allí y, a pesar de que las circunstancias no fueran las más oportunas, Delano no podía abandonar el vórtice sin hacerla.

La cola de vehículos que aguardaba turno ante uno de los cientos de puestos de control de acceso a la Planicie avanzaba de manera lenta y ordenada. La alta muralla de roca roja que rodeaba el vórtice brillaba saeteada por los distintos rayos de los distintos astros que recorrían los miles de caminos que llegaban allí; casi toda su superficie estaba tomada por hiedras y otras plantas trepadoras, muchas en flor, pero esa frenética vegetación desaparecía en su parte alta, totalmente cubierta de hielo. Cuando avanzaron hasta el primer lugar, el rostro granujiento de un funcionario cano se asomó por la ventanilla como el cuello de una tortuga por su concha. Si le impresionó el estado ruinoso de la furgoneta no hizo el menor comentario.

—Un instante... —musitó mientras el radar del puesto recorría la Nissan, captaba la imagen de sus ocupantes y la contrastaba con la base de datos de Samarkanda. Ya antes de iniciar viaje, Rigaud se había asegurado de que todos y cada uno de los miembros de la expedición estuviera reglado en el censo de Samarkanda, pero sólo quedó claro que ninguno tenía cuentas pendientes con la capital del sistema, cuando al cabo de diez segundos el hombrecillo se inclinó hacia delante y le tendió a Heredia una tarjeta perforada de color amarillo.

—Número 1354-8-4672 —indicó. La enrevesada burocracia que era santo y seña del filo Samarkanda se había adueñado también de la colina, por lo menos en lo que se refería al control de entrada y salida—. No olvide entregarla cuando se marchen. Muchas gracias por su visita —remató con tono neutro.

Heredia maniobró a través de las calles anárquicas de la Planicie entre gritos e insultos hacia todo aquello que ponía trabas a su avance. El estridente sonido de la bocina, aderezado con la riqueza del vocabulario camorrista de Heredia, sirvió de aviso a viandantes y conductores y de instigador de un pequeño dolor de cabeza situado en la sien derecha de Delano.

Si la Planicie Montaraz era un desordenado prodigio visual, lo mismo se podía decir de los seres que acogía. En su mayor parte eran humanos, pero no faltaban ni los más exóticos habitantes de los filos ni una pequeña representación del mundo de los muertos en forma de fantasmas y ecos. Cuatro oscuros seres de filo Baluarte salían de la ciudad cuando ellos entraban, cabalgaban una nave cocida en una Sombra rumbo a una senda alada. Una hermosa joven de cabello verde contemplaba

embelesada el escaparate de una tienda de ropa, con la vista fija en un traje de esquejes blancos; su vestido de seda dejaba la espalda al descubierto para evitar dañar sus alas doradas. Una calesa propulsada por dos pequeñas toberas les adelantó veloz, dejando un rastro azulado a su paso; iba guiada por un hombre de camisa blanca y pantalón vaquero, con un murciélago negro de grandes alas balanceándose en su hombro. Un diminuto dragón cobrizo sesteaba en el asiento trasero de una nave de baja gravedad aparcada junto a un pozo verde de hiedra y musgo, un cartel clavado al cubo suspendido sobre el brocal indicaba que la empresa no se hacía responsable de la posible variación de los deseos concedidos.

La ciudad entera parecía acelerada. Si había alguna religión mayoritaria en la planicie, ésta era la del culto a la prisa. El vórtice no era un lugar para quedarse, era un lugar para estar de paso, detenerse un momento, sacudirse el polvo del camino y continuar viaje.

Heredia detuvo el vehículo a las puertas de un hotel en la zona residencial. En su fachada, sobre las triples puertas acristaladas a las que llevaba una escalinata curva de brillante pizarra, ondeaban las dieciséis banderas de los filos de la confederación, presididos en su centro por la enseña de Samarkanda. El hotel era un edificio de siete plantas de aire colonial, de piedra clara y amplios ventanales y terrazas. Delano se lo había recomendado a Rigaud a pesar de no haberse alojado nunca allí, pero le habían hablado bien de él y además contaba con la ventaja añadida de hallarse lejos de las zonas de la Planicie en las que era conocido. No quería ni dar explicaciones de sus andanzas a quien se pudiera interesar por ellas, ni perder la perspectiva: no estaba de regreso a la Planicie, era una escala más en la cruzada apóstata, sólo eso. Bajaron del vehículo. Delano flexionó las piernas agarrotadas por horas y horas de viaje y giró el cuello en círculo. Heredia hizo crujir todos los huesos de su cuerpo y palmeó a Delano en la espalda.

—¡Ya queda menos, intrépido guía! —le dijo con una sonrisa.

Alexandre, Gema Árida con Charlotte en su forma de niño y Adriano Sforza llegaron hasta ellos cargando los bártulos y las mochilas; todos mostraban evidentes signos de cansancio, todos excepto el incombustible Heredia quien miraba a su alrededor desafiante, como si cualquiera dé los que se cruzaban en su camino fuera una amenaza potencial a la que debía intimidar. Con su cazadora de cuero remendada y reatada por los giros y giros de su cadenas, el hispano parecía una burda caricatura de chulo barriobajero. Delano dejó la mochila a sus pies y respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire fresco aunque tolerable de la encrucijada. Una escuadrilla de naves de metal claro pasó sobre sus cabezas.

—Por una vez vamos a cambiarla rutina, muchachos... Doce horas de parada y volvemos a la carretera... —les informó Rigaud mientras subían las escaleras—. Haced lo que queráis con vuestro tiempo pero recordad que a partir de mañana

entramos otra vez en terreno desconocido y me gustaría teneros frescos a todos... Así que limitad vuestras fiestas y orgías ¿de acuerdo? —lanzó una mirada reprobatoria a Gema Árida y Sforza. Delano apoyó en silencio al canadiense, había comenzado a odiar fervientemente las finas paredes de los albergues de los prados comunales—. Y otra cosa, Sforza... Echa un vistazo al pelirrojo cuando puedas... Quiero saber si se ha puesto en marcha o sigue en trance...

El nigromante asintió, pasando el brazo sobre los hombros de Gema Árida.

Los casi tres días transcurridos tras la parada en el prado Golán habían servido para confirmar el vaticinio del remedo: podían viajar en la misma dirección pero ya no lo hacían juntos. Delano se había aislado por completo de los que ocupaban la parte trasera de la furgoneta y hasta su trato con Rigaud y Heredia se había resentido. Lo único positivo que había sacado en esos tres días fue que todo rastro de celos que la relación entre Sforza y Gema Árida hubiera podido despertar en él se había desvanecido por completo. La espiritista había manipulado el sentimiento de pérdida de Alexandre para lograr que el lector se uniera al grupo y aquel gesto ponía tan en evidencia su verdadera naturaleza que ahora ya no veía nada antinatural en su relación con Sforza: eran tal para cual. En cuanto a Alexandre, no habían cruzado ni una sola palabra desde lo ocurrido bajo la lluvia de magia muerta. Delano se sentía avergonzado por su reacción en el prado, y a la vez intimidado por el alcance de la locura de Alexandre, por lo que el lector estaba haciendo a través de su remedo y lo que aquello removía en su mente. El lector se había sumido en una nueva fase de silencio de la que nadie trataba de sacarlo. Ni siquiera el oso, al que seguía torturando con más insistencia si cabe, hablaba por él. Era obvio que Rigaud se había percatado del clima tenso que imperaba en el grupo, pero se había desatendido por completo del asunto. A Delano no le parecía una decisión acertada por parte del líder de la expedición, pero imaginó que si no intervenía para tratar de calmar la tensión era porque esta no ponía en serio peligro la búsqueda de las fuentes. Cada vez con más frecuencia, Rigaud y Charlotte mantenían largas charlas lejos de los demás; analizando datos y sopesando las probabilidades de éxito de la expedición. Delano se preguntaba cuánto habían mejorado esas expectativas ahora que habían solucionado el problema de las encrucijadas gracias a sus disparatados sueños. Había tratado de averiguarlo en más de una ocasión, pero tanto el genio como el canadiense le habían ofrecido la misma respuesta: un escueto «*Va bien. Va muy bien*» que lejos de animarlo lo intranquilizaba.

Las puertas del hotel se deslizaron hacia la izquierda con un crepitar eléctrico y el grupo fue entrando en el vestíbulo, amplio, bien iluminado, con una escalera bífida al fondo cuyos brazos gemelos rodeaban la recepción para unirse a mitad de camino de la primera planta y ascender juntos hasta ella; a la izquierda del brazo izquierdo, una

sala densamente poblada por sillones de cuero negro y mesas de mica era el punto de encuentro de los clientes del hotel; a la derecha del brazo derecho, tras pasar ante distintos teléfonos y terminales alineados contra la pared, unas puertas dobles daban entrada a una gran estancia que servía de comedor y de esporádica sala de festejos.

Se encaminaron a recepción. Allí languidecía un recepcionista apático que, entre bostezo y bostezo, intentaba rematar un crucigrama doblado sobre el mostrador. Rigaud se ocupó de negociar habitaciones para todos siguiendo la política que habían inaugurado en el prado Golán: dos habitaciones dobles y dos simples —Alexandre y Charlotte compartían la suya—. Subieron por la bifurcación izquierda de la escalera hacia sus habitaciones, contiguas todas, después de que Rigaud preguntara al recepcionista dónde se encontraba el taller mecánico más próximo y éste tratará de explicárselo dibujando en el margen del crucigrama.

Rigaud detuvo al grupo cuando llegaron al final de las escaleras.

—Doce horas... Ya lo sabéis... —miró su reloj—. En algún lugar del mundo son las siete de la tarde. A las siete de la mañana os quiero a todos en recepción. Yo me acercaré a ese garaje y veré si pueden poner en condiciones la furgoneta para entonces o si no nos queda más remedio que comprar una nueva...

—Yo también tengo cosas que hacer en la Planicie —comentó Delano—. Quizá lo haga hoy o mañana a primera hora... Lo decidiré después de pegarme una ducha.

—¿Y qué cosas tienes que hacer tú, estimado guía? —le preguntó Heredia.

—Una visita a un amigo. Será breve, no os preocupéis...

—Tú sabrás lo que haces con tu tiempo de descanso, Delano... Pero no quiero retrasos ¿de acuerdo? —le advirtió Rigaud.

—No te preocupes. No los habrá... —dijo, marchando en busca de su cuarto sin despedirse del resto del grupo.

La habitación, aunque era bastante amplia, tenía un aspecto simple, meramente funcional; una cómoda de buen tamaño, un armario empotrado, dos sillas y una cama enorme con una mesilla a la izquierda constituían todo el mobiliario, que si bien podía parecer escaso era de indudable calidad. La decoración se reducía a una reproducción de «*Curva Dominante*» de Kandinsky sobre la cabecera de la cama y un jarrón obtuso en el centro de la cómoda, en el que dos rosas de plástico se enlazaban la una a la otra, en un desesperado y vano intento por marchitarse juntas. Una puerta lateral llevaba a un pequeño cuarto de baño equipado con una ducha diminuta.

Delano dejó caer la mochila a los pies de la cómoda, se quitó el cinto y la cazadora y colocó ambos sobre el respaldo de una silla de asiento metálico. Se tumbó en la cama, hundiéndose en el mullido colchón y se quedó perplejo un instante mirándose a sí mismo reflejado en el espejo que recubría el techo. Encontró un dispositivo sobre la mesilla, un pequeño émbolo junto al interruptor de la luz, que le sirvió para tiznarlo y librarse de reflejos curiosos. Bostezó, indeciso, sin saber qué

hacer a continuación, si tratar de dormir un rato o ducharse y salir a dar una vuelta por la Planicie. Permaneció contemplando su reflejo en sombras durante largo rato, hasta que sintió como le iba invadiendo la pereza y el hastío. Se incorporó soltando un bufido, se masajeó las sienes con fuerza y bajó de la cama.

Se regaló una ducha larga y tibia de la que salió renovado. La habitación estaba llena de nubecillas de vapor y el espejo del techo había quedado completamente empañado. El mundo parecía un lugar más seguro y racional después de haberse lavado y afeitado. Por primera vez desde que salieron del prado Golán, Delano sintió algo cercano al buen humor.

Invocó su Bolsa Coherente, la dejó sobre la cama y luego colocó su mochila junto a ella. Se vistió con unos pantalones vaqueros de color negro y una camiseta gris oscura. Luego, en un frenético arrebató de actividad, limpió su pistola y su subfusil, hizo recuento de toda su munición y la desplegó sobre la cómoda y el asiento de la silla. A continuación sacó su portátil de la Bolsa Coherente, buscó un enchufe de salida por toda la habitación y cuando lo encontró, semioculto tras una pata de la cama, enchufó el cable de conexión del ordenador.

Se conectó a las redes. Consultó sus distintas direcciones de correo y casi pereció ahogado por más de una semana de mensajes atrasados. Borró todos excepto tres que le mandaba su hermana Diana. Etolia seguía preocupada por su tío, le informaba. En los últimos días se había despertado varias veces preguntando por él, terriblemente agitada. Y la preocupación de la niña se había contagiado a la madre cuando el tiempo fue pasando sin que Delano diera señales de vida. Mandó un mensaje para tranquilizarlas asegurando que se encontraba bien y se disculpó por la tardanza en contestar, que en nada tenía que ver esta vez con su desidia genética sino a lo complicado que resultaba encontrar conexiones a red en los lugares de paso.

Al cabo de un rato apagó el portátil, se tumbó en la cama y observó las sombras quietas del espejo que pendía sobre su cabeza. No había pasado ni un minuto cuando se incorporó en la cama como impulsado por el proverbial resorte, agitando a su reflejo en el techo. Antes de ducharse, la idea de descansar de un tirón hasta la mañana siguiente le había parecido atractiva, pero ahora sentía la imperiosa necesidad de ponerse en movimiento. La tranquilidad y el silencio de la estancia le ponían nervioso. Necesitaba bullicio y gente a su alrededor, necesitaba desconectar durante un rato de cruzadas y Misterios Furtivos. Y la Planicie Montaraz era el lugar adecuado para ello.

Cogió la cazadora del respaldo de la silla y salió del cuarto, sin preocuparse siquiera de cerrar la puerta con llave. La habitación quedó en absoluta calma hasta que la sombra en el techo que había sido el reflejo de Delano Gris se levantó de la cama, se encaminó hacia la puerta reflejada, la abrió y salió también.

Bajó a buen ritmo por el brazo derecho de la escalera. Saludó a un nuevo

repcionista que respondió a su saludo con un distante cabeceo y salió a la noche iluminada de la Planicie. El cielo del vórtice, como todos los de su especie, aparecía vacío de estrellas, pero no por eso se encontraba huérfano de brillos. Allí paraban las luces y centelleos de las naves que partían y arribaban a los pequeños puertos espaciales, réplicas en miniatura de los colosales complejos que se sostenían entre los filos. El resplandor de las plataformas y las cimas de las torres y rascacielos completaban el mosaico fulgurante del cielo de la Planicie.

Dejó atrás las tranquilas calles de la zona de descanso en la que se habían hospedado. Una pareja de Garantes lo sobrevoló rumbo al norte. Pasó junto a la línea de factorías energéticas que se ocupaban de mantener la ciudad abastecida de agua, energía y magia; atravesó la diminuta plaza del mercado en la que, sin importar la hora, siempre había alguien ofertando a voz en grito la última maravilla, el último milagro y el último sueño de moda; escuchó al pasar por el cinturón de templos los distintos cánticos de los distintos servicios nocturnos, que se entremezclaban en una caótica armonía no exenta de una fortuita belleza. Cruzó puentes que salvaban auténticos lagos de mansa hierba, custodiados por obeliscos engalanados de rosas y nomeolvides; caminó escoltado por las esfinges de basalto de una larga avenida y alcanzó por fin su destino final: el barrio centro de la Planicie Montaraz.

Se adentró en el laberinto de callejuelas que serpenteaban unas sobre otras arrastrando el gentío de local en local envueltos todos en una tenue luz alcohólica de procedencia ignota. Un hombre alto y desgarbado, cubierto de plumas irisadas, tropezó con él, graznó una vaporosa disculpa que bien podía ser un eructo y tomó por una bocacalle atestada abriéndose camino a codazos. La noche del vórtice se volvía loca en aquel lugar, perdía su buen sentido y repartía vapores embriagados entre los que se reunían para rendirle pleitesía.

La multitud se hizo a un lado para dejar paso a un dragón cobrizo de tres metros de alzada y cinco de largo, montado por un hombre pálido de cabello rojo y despeinado. El dragón abrió sus fauces, en un gesto que denotaba más aburrimiento que enfado, y soltó un gruñido ronco: su larga lengua bífida, envuelta en llamas, chasqueó en el aire.

Delano se adentró más aún entre la muchedumbre, camino de las calles profundas, buscando un bar que le resultara agradable para refrescarse. De pronto una mano le aferró el hombro y le obligó a volverse, sin violencia pero sí con fuerza.

Heredia y sus cadenas sonrieron a la par.

—¿Así es como descansas, Gris? —le preguntó.

—¿Qué haces aquí?

—Fui a tu habitación, pero ya te habías ido. No ha sido difícil encontrarte, tienes un olor peculiar... ¿lo sabías?

No supo por qué pero la imagen de Heredia husmeando tras su pista como un

sabueso le divirtió.

—No podía dormir y decidí dar una vuelta por el centro para despejarme, nada más —explicó Delano.

—¿Despejarse aquí? Más bien parece el lugar apropiado para lo contrario.

—¿Por qué me buscabas?

—No te buscaba a ti. Buscaba un lugar donde beber algo y supuse que yendo tras tus pasos daría con él —le dedicó una amplia sonrisa—. Ahora podemos despejarnos juntos si no te parece mal —remató su frase con un gesto hacia un bar que vertía sobre la callejuela una temblorosa luz azulada.

Delano se encogió de hombros. Su idea inicial de desconectar por completo de la cruzada apóstata y sus miembros se había ido al traste.

—No me parece mal, ya sabes lo que dicen: más vale mal acompañado...

Heredia sonrió y traspasó el umbral azul. Delano lo siguió. La súbita presencia del hispano le preocupaba, algo le decía que Rigaud lo había mandado tras él. Quizá el comentario sobre la visita que tenía pensada hacer había intrigado al canadiense.

Entró en el bar tras las cadenas de Heredia. El pelo negro del joven lucía sobrenatural bajo la luz azulada del bar y Delano se preguntó cómo se vería su cabello gris ratón bajo aquella iluminación. La voz del vocal de *The Pogues* cantando *Lorelei* le salió al encuentro. Mientras se acercaban a la barra, Delano tuvo tiempo de echar un vistazo al bar y a la concurrencia que allí se reunía. La luz trataba de dar una atmósfera submarina al local y todo estaba decorado para llevar esa sensación al cliente; peces de distintos tamaños y colores flotaban en el aire, arrastrando sus campos de éxtasis llenos de agua salobre por donde quiera que fueran. La luz provenía de ampollas de cristal atornilladas a los tablones de madera de la pared; estaban rellenas de un intranquilo líquido azul y eran las diminutas burbujas que pululaban entre sus corrientes las que despedían el supuesto brillo submarino. Del entramado del techo colgaban ramilletes de algas de vivos colores, encerradas en sus propios campos de éxtasis. Las mesas eran cofres del tesoro y el suelo estaba sembrado de fina arena dorada. El mundo submarino se completaba con el sonido distante de olas rompiendo contra rocas y el burbujeo que acompañaba a los peces en sus vacíos de agua salada.

La clientela, a excepción de un androide solitario cercado por un nutrido banco de salmonetes, era más bien mundana y se reducía a varios grupos de hombres y mujeres que charlaban dando cuenta de sus bebidas en la barra o sentados en torno a los cofres del tesoro. El camarero, un hombre grueso y sudoroso, les dedicó un gesto que era, a la vez, un saludo una invitación a sentarse en los altos taburetes que crecían a la sombra de la barra y la inevitable pregunta de qué iban a tomar.

Delano examinó con ojo crítico las botellas, apiladas dentro de las gigantescas peceras que se repartían en las estanterías tras la barra. Al final se decidió por una

cerveza. Heredia pidió lo mismo.

—Pierdes las buenas costumbres —dijo Delano—. Esa cerveza no la has cazado tú.

El hispano soltó una risotada y se dedicó a su botellín. Delano dio cuenta del suyo contemplando el baile de un diminuto pez espada.

—¿Cuándo calculas que llegaremos a las fuentes? —preguntó el joven en voz baja.

—Cuatro o cinco días, si todo va bien... Cuando salgamos de aquí volveremos a caminos no transitados... Y cualquiera sabe lo que nos podemos encontrar allí...

—Nada bueno, supongo...

—Cabe esa posibilidad, sí... Los caminos no explorados son peligrosos... Yo suelo esquivarlos siempre que me es posible. Pero bueno, también evitaba Egipto y codearme con nigromantes y ahora mírame... El mundo es una puta caja de sorpresas...

La puerta del bar se abrió dejando entrar a un grupo de jóvenes risueños y alcoholizados que buscaron refugio en el otro extremo de la barra y en varias jarras de un licor tan azul como la luz que los envolvía.

—Si sólo pudieras beber de una de ellas ¿cuál elegirías? —preguntó Heredia al cabo de un rato. Delano sonrió, por un momento había pensado que se refería a las jarras azules.

—Bebería de la fuente de la vida eterna —dijo—. El resto es sólo cuestión de tiempo.

—¿Eso es lo que crees?

Delano resopló, no sabía qué creía. Desde que había empezado el viaje no estaba seguro de nada. Acabó su cerveza y le hizo un gesto al camarero para que sacara otra ronda. Se volvió a Heredia.

—¿De cuál beberías tú? —se interesó a su vez.

—No lo sé. Por ahora mi única meta es llegar hasta allí.

—¿No hay nada que desees?

—No, no hay nada. —Heredia se acarició el *ankh* de su oreja izquierda, en un gesto que era un calco idéntico al que tenía costumbre de realizar Rigaud. Delano enarcó una ceja. Había llegado el momento que había esperado para indagar sobre la relación del joven con el canadiense.

—¿Hace mucho que conoces a Rigaud? —preguntó.

Heredia asintió.

—Desde niño, pero no me tomó bajo su tutela hasta que me formé como hombre.

—Alexandre me contó en Copenhague que Rigaud y tú estáis hermanados.

—Sí, lo estamos... —contestó, alzando su rostro anguloso hacia el techo. Su expresión era casi soñadora.

—¿Y eso que significa?

—Que mi vida es suya —explicó llanamente volviendo a acariciar con infinito mimo el *ankh* dorado que perforaba su lóbulo izquierdo.

Cuando salieron la calle seguía siendo un constante ir y venir de gente. Delano se subió el cuello de la cazadora, se metió las manos en los bolsillos y caminó junto a Heredia entre la multitud. No había conseguido sacarle una palabra más sobre su hermanamiento con Rigaud y había tenido que conformarse con una charla inocente que había variado de tema a medida que fueron llegando las cervezas. Al principio del viaje, el retrato mental que se había hecho del joven era bastante simple: salvaje, irascible y superficial. Pero había más; su fortaleza y su seguridad no bastaban para ocultar cierta fragilidad de carácter. A lo largo de los días, Delano había descubierto en el joven un aura imprecisa, algo vago y sutil que no sólo no se había concretado cuando comprendió que su relación con Rigaud distaba mucho de ser normal, sino que se había hecho más imprecisa todavía.

—¿Volvemos ya al hotel? —preguntó Heredia. Delano se sentía un poco achispado pero el alcohol, como tantas otras cosas, no parecía afectar al hispano en lo más mínimo.

Delano negó con la cabeza.

—¿Recuerdas la visita que comenté que quería hacer? El sitio está aquí cerca... Si no te importa, podemos ir ahora. Sólo será un momento...

—Por mí, vale. Además un paseo te vendrá bien. Te tambaleas, camarada...

Siguieron su marcha por las calles hasta que dejaron atrás la efervescencia del barrio centro y de su gente. Caminaron durante diez minutos, girando aquí a la izquierda y allí a la derecha, tomando por estrechas callejuelas y amplias avenidas, subiendo y bajando escaleras de roca y de metal, hasta terminar desembocando a una gran plaza circular cubierta por una bóveda baja de piedra gris. La bóveda estaba sujeta por un frondoso bosque de finas columnas, raídas y astilladas. Sobre el suelo se había formado un fino manto del polvo ceniciento.

Delano se detuvo allí, a la entrada de la plaza. Heredia miró en todas direcciones.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó.

—Un cementerio.

—Huele a escarcha. No hay muertos aquí, Delano, no me tomes el pelo...

—No es esa clase de cementerio. No hay ningún cuerpo enterrado en la plaza. Sólo están sus nombres. Los nombres de los muertos se escriben sobre la piedra.

—¿Quién los escribe?

Delano se encogió de hombros.

—No lo sé... El viento... —aventuró—. Cuenta una leyenda que cuando el último hombre alcance la muerte verdadera la cúpula se vendrá abajo y todos los condenados encontrarán la liberación.

Diez desde la entrada, tres a la izquierda, dos a la derecha. Heredia fue tras él, rozando suavemente las columnas que Delano tocaba en su cuenta. Todas las columnas estaban cubiertas por lo que parecían montañas de jeroglíficos apilados unos sobre otros; nombres diminutos, apenas legibles, convertían su superficie en una enmarañada tela de araña, culpable de la erosión que iba menguando su fortaleza y diámetro.

—Es ésta —anunció, palmeando dos veces la superficie de la piedra. Sabía dónde debía buscar y allí, entre Keneth Alien y Cari Koster, encontró el nombre y el apellido del hombre con quien había compartido siete años de infierno—, Darío Katsura —susurró mientras su dedo índice recorría el nombre escrito en la piedra manchándose de polvo ceniciento. De alguna parte llegaba un viento débil y cansado.

Heredia siguió en pie, contemplando las columnas que le rodeaban con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos de su cazadora cadenada.

—Protege mi sueño, amigo... —rogó al nombre grabado en la columna gris.

Más tarde, mucho más tarde, pensó en lo paradójico que resulta pedir protección para tus sueños precisamente unos minutos antes de que la pesadilla, la verdadera pesadilla, dé comienzo.

De regreso al hotel tomaron por una callejuela estrecha, mal empedrada, y en la que una neblina baja remoloneaba entre las torretas que delimitaban ambos márgenes de la calle. No fue un acto consciente ni premeditado, simplemente esa calle iba en la dirección en la que se encontraba el hotel y por eso la escogieron. No hubo nada más.

Se adentraron en la callejuela bajo la sombra de las torretas. Eran edificios de piedra negra, basta y desgastada, que alcanzaban los diez metros de altura. Todos estaban coronados por un tejado cónico, rodeado en su parte baja por un pequeño almenar. A lo largo de las fachadas, repartidos por parejas, se podían ver estrechos ventanucos de los que no salía ni el menor destello de luz. La calle estaba iluminada por farolas de gas de tallo de hierro, fijadas mediante brazaletes oxidados a las fachadas de las torres. Delano pensó en grotescos peces abisales, con sus apéndices fluorescentes surgiendo de los frontales de sus cabezas deformes. La sensación de abandono de aquella callejuela era tan opresiva que estuvo tentado de volver atrás y buscar otro camino, pero no lo hizo, primero porque sabía que sus temores no tenían ninguna base y, segundo, porque no quería volver a ser objeto de las burlas de Heredia.

Los ecos de sus pasos se alargaban el tiempo suficiente para superponerse al eco siguiente. La niebla se movía, lánguida, a su paso, con el lomo pintado de plata por la luz de las farolas. Heredia marchaba un paso delante escrutando las tinieblas. Caminaron en silencio durante cinco minutos, acompañados por el sonido de sus pasos y el goteo esporádico de los canalones. La bruma se hacía más espesa cuanto

más avanzaban. De pronto Heredia se detuvo, mirando hacia delante. La niebla ante ellos se agitaba en espirales y remolinos.

—Viene alguien... —murmuró el joven y antes de que Delano pudiera preguntar nada, lo empujó hacia la oscura abertura que separaba dos torretas y fue tras él.

Delano lo miró, atónito. Sus labios formaron un silencioso «¿*Qué pasa?*» al que Heredia replicó llevándose el dedo índice a los labios y asomándose a la callejuela. El joven olfateaba como un animal salvaje; con los labios entreabiertos en un gruñido mudo. Se encontraban en un pequeño callejón de unos diez metros de profundidad y apenas dos de ancho que iba a dar a una pared de ladrillo sucio. El piso estaba encharcado y buena parte de los adoquines estaban rotos y agrietados. Dos retorcidas tuberías descendían por la pared ciega y se hundían en el suelo. Las tuberías estaban rajadas en muchos puntos y el lógamo transparente que rezumaba por sus grietas apestaba a orín y amoniaco.

Pasó un minuto y cuando Delano ya perdía la paciencia escuchó pasos aproximándose. Eran pasos rápidos, casi a la carrera; sonaban torpes, como si fueran dados por alguien extremadamente cansado. Heredia se echó hacia atrás, cobijándose en las sombras. Se escuchó el retumbar de otros pasos en pos de los primeros, más rápidos y seguros. Delano frunció el ceño. O mucho se equivocaba o estaba a punto de presenciar una persecución.

La luz de las farolas de gas al unirse con la niebla de la calleja creaba un ambiente irreal de un tono amarillento y desvaído. Delano entrevió una sombra acercándose a media carrera, trastabillando cada pocos pasos. Cuando la figura comenzaba a definirse, Heredia le obligó a adentrarse más aún en las sombras. Él se dejó llevar, con la vista fija en la porción de calle que tenía ante sí. Los primeros pasos sonaban ya muy cerca.

Una mujer pasó frente a ellos. Tuvo una fugaz visión de una joven harapienta, aterrada, que corría tambaleándose, con una mano crispada en el costado izquierdo, brillante de sangre. Apenas tuvo tiempo de leer entre líneas en ella, pero la ola de desesperación que le llegó fue de tal magnitud que su primer impulso fue salir en su auxilio. La mano que Heredia apoyaba en su hombro se convirtió en una garra en cuanto amagó el primer paso, frenándolo en seco.

—Ni se te ocurra, Delano... —le susurró al oído.

Fulminó con la mirada al hispano antes de volver a fijar su atención en la callejuela. El perseguidor se acercaba.

La niebla se abrió para dejar paso a un hombre corpulento, con un peto negro y una bayoneta calada entre las manos. Su rostro, carnoso, casi porcino, se agitaba en una mueca furiosa. Delano tampoco tuvo mucho tiempo para leer entre líneas en él, pero fue suficiente para comprender el motivo por el que Heredia le había empujado a la oscuridad del callejón.

Aquel hombre era un ganadero de Cicero, un mercenario contratado para proveer de carne y almas a los engendros que moraban en la ciudad maldita.

—Dios... —susurró Delano.

—Apesta a miedo que no es suyo y a sangre derramada... No nos inmiscuyamos en sus asuntos ¿de acuerdo? Que cada uno se dedique a lo suyo y que los dioses juzguen...

Delano apretó los dientes y asintió entre las sombras. La niebla amarillenta se agitaba en remolinos siniestros, todavía inquieta por el paso del ganadero. Heredia tenía razón: lo mejor que podían hacer era permanecer ocultos, no interferir. Primera regla del mundo oculto: ocúpate de tus asuntos.

Los pasos se alejaban en dirección a la salida de la callejuela. Delano animó a la joven en silencio, con la certeza de que si lograba salir de la línea de torres estaría a salvo. No había completado su pensamiento cuando escuchó el sordo golpe de un cuerpo al caer sobre el adoquinado seguido de una grotesca carcajada. Al primer alarido de la muchacha, la lógica del consejo de Heredia se rompió en pedazos. Empujó al hispano con todas sus fuerzas y salió corriendo del callejón, resbalando sobre los adoquines. Cuando su mano aleteó en el vado a la altura de su cartuchera recordó que estaba desarmado. *Da igual, sólo es un hombre*, se dijo. No es un *Morador. Sólo es un mercenario...*

—¡Me cago en tu alma, Delano! —chilló Heredia y trató de darle alcance, pero Delano estaba ya en el centro de la calle, corriendo en la niebla.

La joven gritó de nuevo cuando el ganadero clavó la bayoneta en su vientre. Fue un alarido débil, terminal, un gorgoteo desabrido. La sangre se abría camino entre las hendiduras del suelo, hasta la bruma parecía pintada de rojo. Delano alcanzó a ver la espalda flexionada del asesino, inclinado sobre la mujer que se sacudía, con las manos pálidas en torno al cañón del arma que la mataba.

—¡Deja a la chica, cabrón! —aulló Delano. El mercenario se giró hacia él. En su rostro rollizo la sorpresa apenas duró un segundo. Desclavó la bayoneta de un tirón y se preparó para recibirlo con una agilidad impropia de su tamaño. El cadáver a sus pies se convulsionó en una sacudida dada más allá de la vida cuando quince centímetros de metal salieron de su interior con un chasquido licuado.

Delano se escoró hacia la izquierda para esquivar la bayoneta y conectó un potente directo en la mandíbula del ganadero sin frenar su carrera. *Sólo es un hombre, sólo un hombre...* pensó de nuevo, apretando los dientes. Se frenó para asestar un segundo golpe pero su contrincante se apartó con un rápido medio giro mientras blandía la bayoneta a la caza de su garganta. La hoja oxidada rasgó el cuello de su cazadora. Delano se hizo a un lado y aferró la culata del arma, forcejeando para hacerse con ella. Trató de lanzar un rodillazo a la entrepierna del ganadero, pero su rodilla chocó contra un muslo duro como la piedra. En ese momento su adversario le

propinó un soberbio empujón y lo derribó.

La caída le cortó la respiración. Levantó la vista y vio como la hoja de la bayoneta bajaba ya, dispuesta a ensartarlo. Un fulgor de metal sucio vibró en el aire y chocó contra la cabeza del mercenario, proyectándolo hacia la derecha aullando de dolor y sorpresa. La sangre manaba a chorros de su rostro. Delano se echó hacia delante para coger la bayoneta caída, en el mismo momento en que Heredia, usando sus cadenas como un látigo, lanzaba un nuevo golpe en dirección al ganadero. La cadena volvió a impactar de lleno, esta vez en el cuello, y el hombre trastabilló aullando, tropezó con la joven muerta y dio con sus huesos en el suelo.

Heredia pasó como un relámpago junto a Delano y se lanzó sobre el ganadero que a medio incorporar nada pudo hacer para esquivar su acometida. El choque fue tremendo. Heredia hundió su rodilla en la nuca del mercenario y se abalanzó en busca de su cuello con las manos llenas de cadenas. La mirada del depredador ardía otra vez en sus pupilas. Los dos hombres rodaron por el suelo, removiendo la niebla a su paso. Heredia trataba de anudarle la cadena a la garganta, pero el ganadero se resistía entre feroces aullidos.

Delano, ya en pie, se acercó siguiendo la trayectoria de los dos luchadores, enarbolando la bayoneta como un pescador torpe dispuesto a ensartar con su arpón un pez esquivo. La lucha era demasiado violenta y rápida y Heredia siempre estaba sobre el ganadero, evitando que Delano obtuviera un blanco claro.

—¡Apártate! —gritó, pero el hispano lo ignoró por completo, obcecado en estrangular a su oponente.

La luz espectral que los rodeaba estalló de pronto. Dos soles gemelos amanecieron sobre sus cabezas deslumbrándolos con la violencia de un puñetazo no esperado. Delano se cubrió los ojos con el antebrazo y miró hacia arriba, pestañeando ofuscado por la intensa luz, incapaz de ver nada más que sombras negras y destellos.

—¿Qué está ocurriendo aquí?! —atronó una voz envuelta en la luz brillante. Delano reconoció la modulación metálica típica de los Garantes. Maldijo en voz baja mientras dejaba caer la bayoneta. Su estúpido arrebató de valentía no sólo había resultado inútil sino que además ahora, con toda probabilidad, los conduciría a la torre de detención de los Garantes. No dudaba que serían puestos en libertad, pero la justicia Garante era lenta y podían pasar varios días antes de que todo se aclarara. Aquello ponía en serio peligro la continuidad de Heredia y de Delano en la expedición.

Dos Garantes tomaron tierra ante ellos. Sus armaduras brillaban bajo la luz que ellas mismas emitían, ampliándola y disipando las sombras de la callejuela. Después de haber aturdido a los combatientes, la intensidad de la luz había menguado hasta hacerse casi tolerable. Ahora Delano podía mirar a los Garantes sin quedar cegado. Los reflejos fantasmales de sus cuerpos de combate activados y la lentitud de sus

movimientos les otorgaban una consistencia ultraterrena, casi intangible.

Heredia había dejado de luchar con su adversario y miraba a los recién llegados con expresión confusa. El ganadero se revolvió con violencia e hizo caer al hispano de costado mientras gritaba, enloquecido:

—¡La puta se escapó! ¡Se escapó! ¡Y cuando la pillé ese cabrón se me echó encima! ¡Y luego vino el otro! —El mercenario hacía gestos desmedidos, señalando primero a Delano y luego a Heredia. La sangre seguía manando a borbotones por su rostro congestionado. Delano lo miraba, perplejo. *Había algo rematadamente mal en aquella escena.*

—¿Y tú no tuviste nada que ver con su huida? —preguntó uno de los Garantes. Una mano de hielo aferró con fuerza el estómago de Delano. No, *aquello no podía estar pasando.*

—¡Sólo quería divertirme con ella! ¡Sólo eso! ¡La subí arriba y se escapó!

—Imbécil... —musitó el otro acercándose despacio a él. El ganadero se arrastró por el suelo, alejándose, resbalando en la sangre de la joven muerta.

—No lo mates... —terció el otro—. Deja que Dionisio se encargue de su propia basura... —el casco plateado del Garante giró sobre su cuello y Delano tuvo la fría certeza de que aquellos ojos que no podía ver lo miraban fijamente—. ¿Qué hacemos con estos?

Heredia se levantó del suelo muy despacio, había dejado la cadena en el suelo.

—Déjenos marchar, por favor... —suplicó, en un entrecortado susurro. Delano lo miró, más perplejo aún si cabe, aquel ruego estaba tan fuera de lugar en los labios de Heredia como una maldición en los de un santo—. No diremos nada... Mi amigo y yo sólo queríamos ayudara la chica... Creímos que estaba en problemas... No sabíamos que los Garantes ibais tras ella... Déjenos marchar...

—Nos hemos topado con un par de buenos samaritanos... —dijo un Garante. Delano no tuvo problema alguno en imaginarse uno sonrisa mordaz bajo el casco—. ¿Has oído? Sólo pretendían ayudar...

—Conmovedor... —terció el otro, con la misma voz carente de emoción. Luego se dirigió al ganadero quien, todavía en el suelo, estudiaba entre gemidos los destrozos que la cadena le había producido en el rostro y la garganta—. Mete el alma de la furcia en tu redoma —le ordenó—. Nosotros nos encargaremos de estos dos...

La expresión de Heredia pasó de la súplica a la ciega furia. Se agachaba para coger su cadena cuando un Garante se le echó encima y le golpeó en la base del cuello. El joven se desplomó como un saco.

Delano retrocedió un paso, con los ojos abiertos de par en par. El Garante ya no estaba junto a Heredia, se había movido a una velocidad imposible y en el tiempo que dura un parpadeo lo tuvo frente a él. Se vio reflejado un segundo en el casco espejado, luego algo estalló junto a su oído y ya no vio nada más.

En la medianoche de la inconsciencia profunda algo susurró su nombre.

Llovía muerte. Una tormenta de sangre y carne pulverizada se descargaba sobre el cementerio. Relámpagos sin trueno abrían su camino entre una constelación de estrellas tumefactas, sembrando la oscuridad de cicatrices ígneas. Una sirena de piedra cayó del cielo, haciéndose pedazos ante sus ojos, pero no fue el estrépito seco de la roca al romperse lo que escuchó sino el sonido tremendo del metal contra el metal: la salvaje cantinela de las cadenas que se agitan.

Las esquirlas de roca gris saltaban por el suelo del cementerio, tintineando como esposas, como casquillos de bala que repicaran sobre una plancha de acero. Los ecos de aquellos sonidos se multiplicaban y estiraban en una cacofonía ensordecedora, alzándose hacia los cielos metálicos y bajando de nuevo hacia él, amplificadas hasta el paroxismo, hasta la locura.

Y, de pronto, se hizo el silencio y el cementerio a su alrededor desapareció. El escenario del sueño cambió por completo, sin que su cerebro —o lo que fuera que le impelía a soñar— se preocupase de montar una transición lógica entre uno y otro. Ahora se encontraba en Delfos, al final del pasadizo que llevaba a la cripta de la pitia. La cueva estaba iluminada por una luz parpadeante que la sumía en una negrura casi sólida antes de volver a llenarla con su claridad deslumbrante. Luz y oscuridad se alternaban cada vez a mayor velocidad y Delano no tardó en percatarse de que esos cambios se producían siguiendo el compás de los latidos de su corazón.

Entró en la cueva, inmerso en el enervante espejismo óptico de la cámara lenta. Una ola de calor malsano lo arrastró hacia el centro de la cripta. Delano tuvo la impresión de que lo que entraba en sus pulmones no era aire sino llamas.

En el centro de la cripta se erguía, majestuosa, la calavera de la serpiente gigante, sus fauces abiertas enmarcaban el trono de la pitia, ahora vacío. Por un latido todo fue como Delano lo recordaba, pero luego llegó la oscuridad y, cuando al latido siguiente se desvaneció, la escena había variado. Ya no era un cráneo descarnado lo que se alzaba ante él sino la cabeza terrible y rotunda de una serpiente viva. Ahora en la cripta no sólo se alternaban la luz y la oscuridad; dos visiones oníricas se superponían una a la otra a cada nuevo destello, similares en composición pero no en la naturaleza de sus elementos. Una de las visiones era idéntica al recuerdo de Delano de la cripta. La otra era una pesadilla distorsionada. Oscuridad, recuerdo, oscuridad y locura se entrelazaban a un ritmo de ciento veinte pulsaciones por minuto.

La cabeza viva abrió su boca y una vaharada de aliento venenoso empujó a Delano hacia atrás. Dos chorros de saliva blanca colgaban de los colmillos curvos del ofidio, sin llegar a caer. La calavera desnuda regresó tras el siguiente fogonazo, con el espectro visual de las escamas rojas y negras flotando sobre el hueso. La serpiente, en las dos visiones paralelas, tenía las cuencas de sus ojos vacías, pero en la visión

distorsionada surgían de ellas venas sangrantes, como si acabaran de arrancarle los ojos un segundo antes.

El trono vacío del oráculo se transformaba en la lengua bífida del monstruo, curvada dentro del refugio de sus fauces abiertas. La pitia montaba a horcajadas sobre ella aunque el trono siguiera vacío. Su belleza se había convertido en algo siniestro, una rosa marchita que le observaba burlona entre corrientes de podredumbre y ponzoña. A sus pies, donde debería encontrarse el Omphalos, latía un corazón del tamaño de la cabeza de un toro. La víscera pulsante estaba rodeada por un confuso entramado de patas nervudas, terminadas en una única garra curva.

Delano dio un paso atrás cuando la pitia pronunció su verdadero nombre. Su visión periférica se llenó de engendros tentaculares y brillos afilados que se acercaban hacia él desde atrás. Se giró buscando con su mano un arma que no estaba allí. Los latidos de su corazón se pisaban unos a otros, atropellándose en un frenesí descontrolado que sólo podía conducir al infarto. La luz comenzó a fluctuar a ciento ochenta pulsaciones por minuto. Había quedado frente a una de las curvas del mosaico: la conjunción de teselas mostraba a Pegaso en el momento de su nacimiento. El caballo alado surgía del cuello de Medusa, envuelto en la sangre del monstruo que acababa de abatir Perseo. La cabeza llena de serpientes aun no había tocado el suelo y el héroe griego estaba congelado en la postura en la que había decapitado a una de las Gorgonas. En su brazo izquierdo llevaba ceñido el escudo, pulido como un espejo, con el que había burlado la mirada mortal de Medusa. Tras el siguiente ramalazo de oscuridad, el mosaico cambió: las teselas multicolor que describían la victoria del hijo de Zeus cedieron su puesto a unas teselas grises, blancas y negras, que se desplegaban en la pared formando un nuevo dibujo. Delano trastabilló, atónito, las pulsaciones de su corazón se aceleraron, el intervalo de tiempo que separaba la luz de la oscuridad se redujo. El mosaico alternaba el nacimiento de Pegaso con el dibujo de un niño de pelo gris, encadenado a un muro.

La pitia volvió a pronunciar su nombre y él se giró hacia ella, llorando.

—Cruzadas apóstatas... El viaje en sí es tan importante como el punto de destino... —decía la pitia, pero no era la voz del oráculo la que surgía de sus labios sino la voz dura y seca de Rigaud—. Cuánto mayores son el sacrificio y el esfuerzo, mayor es la recompensa... —dijo con la voz de Gema Árida—. Buscamos la vida eterna, Delano, si para hallarla no arriesgamos la vida en el camino ¿Crees que la encontraremos? ¿Crees que se dejará encontrar?

Por el rabillo del ojo captó el movimiento sinuoso y amenazante de aquellas criaturas a las que su mente trataba, por todos los medios, de no dar forma. Esta vez no se giró hacia ellas.

La pitia desapareció entre dos fogonazos. La lengua quedó vacía pero en la siguiente serie de destellos una nueva forma comenzó a dibujarse sobre ella. Era una

sombra viscosa que taladraba la realidad, un despojo negro que se iba fraguando entre los relámpagos de aquella tormenta desatada, definiéndose mejor con cada nuevo destello.

—Ahora comienza el sacrificio... —dijo la sombra. Algo enterrado en lo más profundo de Delano despertó al reconocer aquella voz; un chispazo de terror puro surgió de su cerebro primitivo y se propagó hasta la última célula de su cuerpo. Antes de que la sombra se aclarara por completo, él ya estaba gritando.

Delano despertó con un alarido pugnando por salir de su garganta. Abrió los ojos y la visión de un cadáver tumbado en el suelo, apenas a medio metro de distancia, convirtió su grito en un patético silbido. En primera instancia, aturdido y aterrado como estaba, fue incapaz no sólo de reconocer el cuerpo que tenía delante, sino de pensar con cualquier atisbo de lógica. Su mente se había cortocircuitado y lo único que hacía era repetir, en un bucle enfermizo, la última escena de su pesadilla.

«Ahora comienza el sacrificio...»

Luego el recuerdo de lo sucedido en el callejón regresó y reconoció al ganadero con quien se habían enfrentado. A las heridas causadas por las cadenas de Heredia se le había unido un agujero de bala entre las cejas. La circunferencia perfecta que había practicado el proyectil al entrar en el cráneo estaba recubierta por una fina película de sangre fresca.

—El sacrificio... —murmuró Delano, mirando el rostro del cadáver y sintiendo la aspereza del suelo de madera contra su mejilla. A su espalda escuchó ruido y voces amortiguadas, pero no les prestó la menor atención. Estaba demasiado ocupado tratando de centrarse, tratando de liberarse del maldito eco de la pesadilla y del dolor pulsante que se le había despertado en el oído, allí donde el Garante le había golpeado.

El ganadero tenía los ojos desmesuradamente abiertos, como si algo que acabara de descubrir tras Delano le hubiera deparado la mayor sorpresa de su vida. De pronto el cuerpo sin vida desapareció y Delano tuvo de nuevo ante sí la calavera brillante de la gran serpiente, envuelta en un nimbo de luz sangrienta. El suelo seguía siendo madera al tacto, pero a la vista era la roca de la cueva del oráculo. Parpadeó y volvió a contemplar el orificio de bala y su membrana de sangre. Intentó incorporarse pero el arriba y el abajo se habían vuelto frágiles, cambiantes.

Alguien le aferró del antebrazo izquierdo y lo levantó sin contemplaciones. Aunque la iluminación, una suave tiniebla que no ocultaba lo que le rodeaba, no varió, Delano percibió una explosión de luz blanca seguida de una súbita oscuridad. Jadeó. La pesadilla no había desaparecido con su despertar.

Tardó unos instantes en percatarse de que alguien lo observaba desde un sofá oculto entre las sombras de la pared opuesta, pero sólo necesitó un segundo para

reconocerlo. Retrocedió todo lo que el brazo de hierro que lo sujetaba le permitía. Sus labios se movían sobre una continua negación. Era él. El nigromante. El monstruo de Cicero. El torturador estaba sentado en las tinieblas, estudiándolo con la misma frialdad de antaño. Sus desvaídos ojos azules flotaban en la oscuridad de su rostro como estrellas muertas. Había descabalgado de la lengua de la serpiente para perseguirlo en la vigilia.

En un vano intento por liberarse, Delano resbaló y cayó de costado. Lo volvieron a levantar sin el menor miramiento, para luego empujarlo contra una pared. Resbaló hasta quedar sentado. Por el rabillo del ojo captó el brillo blanco de un Garante. A su izquierda un hombre enfundado en un traje de cuero le apuntaba con una pistola y le ordenaba a gritos algo que no alcanzaba a entender. A su espalda podía ver uno de los mosaicos de la cueva de la Pitia y las teselas, blancas y grises, mostraban a un hombre vestido de negro apuntando a alguien que se tambaleaba ante él. Toda aquella locura desatada no era más que ruido de fondo en torno a la silueta sombría que ocupaba el sillón, mera estática que se convertía en nada ante el horror supremo.

La cara del nigromante salió de la oscuridad, tan pálida que brillaba.

Y en ese preciso instante, la realidad entera saltó a su alrededor. Los colores y formas de la estancia se derrumbaron unos sobre otros y Delano se encontró hundido hasta la cintura en un mar policromo bajo una aurora boreal acelerada. Placas tectónicas, que en nada tenían que ver con sus hermanas bajo tierra, colisionaron bajo sus pies; columnas de agua multicolor salieron despedidas hacia los cielos incendiados. Cerró los ojos, aturdido. Cuando los volvió a abrir, la más suprema oscuridad había devorado aquel caos cromático. El suelo que pisaba era el suelo negro de los vórtices y sobre su cabeza pendía la oscuridad extrema de estos. Algo estalló a su espalda. Delano se giró a tiempo de ver cómo una inmensa flor de luz se abría camino en la negrura, creciendo y girando hasta convertirse en un remolino avasallador. En esa lenta explosión que se le venía encima, Delano distinguió una amalgama de imágenes congeladas. Era como si alguien hubiera sacado miles de fotografías en todas las perspectivas posibles de la habitación en la que había despertado, para luego romperlas en pedazos y formar con ellas un collage tridimensional en movimiento. Mientras Delano miraba, los retazos de imágenes se fueron combinando, buscando sus semejantes entre los pétalos crecientes y agrupándose con ellos.

La realidad se había desintegrado y ahora asistía al proceso de su reensamblaje. Pronto se vio sobrepasado por aquella lenta explosión y fue como si un perezoso tsunami en cámara lenta estuviera cayendo sobre él. Las imágenes agrupadas cobraron profundidad, haciéndose reales en el proceso; luego, empujadas suavemente por la onda expansiva, se fueron colocando en el lugar que les correspondía.

Delano se encontró en pie, jadeando, con las palmas de las manos entrecruzadas

en el pecho. Dirigió una mirada de puro pánico hacia el sillón en sombras y fue tal el alivio que sintió al ver que el hombre sentado allí no era el nigromante que a punto estuvo de echarse a llorar. Era un hombre grueso aunque bien musculado, con una abundante mata de pelo blanco cayendo sobre sus grandes hombros. Su tez pálida contrastaba con el negro de sus ropajes de cuero reforzado. Ceñía su cintura un inmenso cinturón oscuro del que colgaban una docena de cuchillos de distintas formas y tamaños y dos imponentes revólveres.

A su izquierda estaba el ganadero que lo había levantado como si fuera un pelele y tras él, desmadejado boca arriba en el suelo, con un brazo doblado de mala manera bajo la espalda, estaba Heredia. El pecho del hispano subía y bajaba al ritmo de una respiración tranquila y sosegada. Parecía desnudo sin las cadenas en torno a su cazadora de cuero. A su espalda había una puerta entreabierta. Delano vio el inicio de un pasillo estrecho y los barrotes de bronce de la barandilla de una escalera. Entrevió una ventana y, tras ella, la oscuridad y la niebla amarillenta de la callejuela. Estaban en una de las torres negras.

—¡Tu Bolsa Coherente, cabrón! ¡Invócala o te vuelo la cabeza! —vociferaba el ganadero junto a Heredia mientras agitaba el arma hacia él.

—Haz lo que dice... —le recomendó el hombre del pelo blanco, sonriendo y levantándose del sofá. Había desenfundado un cuchillo de filo serrado y pasaba con calculada morosidad la yema de un dedo por los dientes del arma.

Delano asintió con ansiedad. Luego se levantó agarrándose a la pared, temblando todavía, tratando de olvidar lo que acababa de ocurrir para enfrentarse a la situación desesperada en la que se encontraba. Leyó entre líneas en los ganaderos, pasando por alto al Garante al que sabía protegido. Los dos hombres vestidos de cuero no contaban con esa protección y Delano usó la lectura en ellos de un modo hambriento, despiadado. Hasta el detalle más insignificante les podía ayudar a sobrevivir. Leyó con toda la rapidez que fue capaz, abrumado por el inmenso caudal de información, bregando con él para buscar lo que de verdad importaba. Y descubrió que Dionisio tan sólo barajaba dos posibles salidas para ellos; o los asesinaba en los próximos minutos o acabarían formando parte de la caravana de esclavos que estaba por salir hacia Cicero.

El mercenario volvió a agitar el revólver en su dirección. Delano dejó de jugar con su suerte e invocó su bolsa sabiendo que su vida dependía de lo que ésta contuviera. Ya les habían registrado y vaciado hasta el último bolsillo, ahora le tocaba el turno a la Bolsas Coherentes. Y no sólo pretendían despojarles de lo que éstas contuvieran: dada su naturaleza, su contenido era un reflejo perfecto de la personalidad de su dueño y si en ellas encontraban algo que les indicara que podían ponerlos en dificultades, los matarían allí mismo. Lo que no llegaba a comprender era por qué no habían acabado con ellos en el callejón. Mientras el mercenario

desparramaba el contenido de su bolsa a sus pies y él agradecía haber dejado sus armas en el hotel, enfocó su lectura en el hombre del pelo blanco. Se llamaba Dionisio y era el cabecilla del pequeño grupo que los había aprisionado y el responsable de que todavía estuvieran vivos. El mercenario había puesto muchas esperanzas en aquella cacería, pero nada había salido cómo él esperaba y sólo contaba con un puñado de prisioneros. Dionisio necesitaba entregar un mínimo de diez esclavos si quería convertir en un éxito moderado lo que de otro modo sería un rotundo fracaso. Ahora, con sus dos nuevas adquisiciones, apenas sobrepasaba ese número y tenía claro que alguno de los prisioneros moriría antes de llegar a destino. Hasta se arrepentía del arrebató de furia que le había llevado a matar al mercenario culpable de la fuga y posterior muerte de una de las prisioneras. Aquel hombre hubiera pagado su necedad siendo un esclavo más en la cordada. No se podía permitir otro acto irreflexivo y, por lo que sospechaba, sus dos nuevos cautivos no eran más que un par de borrachos que habían cometido la imprudencia de envalentonarse en el momento mas inapropiado.

—Un puto excursionista... —dijo el otro ganadero, contemplando la ropa desordenada y el resto de objetos que, por lo menos un siglo antes, Delano había guardado en su bolsa—. Nos hemos topado con un puto excursionista... —repitió, dando una patada a una cantimplora.

El hombre del pelo blanco escrutó el revoltijo de pertenencias de Delano. Enfundó el cuchillo, se agachó y cogió la camiseta talismán provocando una lluvia de billetes. La olfateó un momento y sonrió. Había reconocido el aroma a menta y a azúcar caliente de la suerte entretejida, muy pocos podían hacerlo.

—Mal día para no llevarla puesta... —dijo, mirándolo burlón.

Delano se fijó por vez primera en los ojos de Dionisio, de un verde claro. Rápidamente se giró hacia el segundo ganadero: ojos marrones. Si entre los mercenarios había algún lector, estarían perdidos, en cuanto percibieran sus protecciones, descubrirían que había algo extraño en ellos. Sobre todo cuando descubrieran la suya: perfecta e innata.

—El otro está despertando... —anunció el Garante.

Delano miró a Heredia con un nudo en la garganta, consciente de lo estúpido que era preocuparse por lectores cuando, con toda probabilidad, el contenido de la bolsa del hispano iba a condenarlos a ambos.

Heredia se incorporó, despacio, tambaleándose, mirando alelado a los ganaderos y al Garante. Parecía ido, hasta que su vista se fijó en Delano y sus ojos se desorbitaron.

—¡Te dije que no nos metiéramos donde no nos llamaban, maldito cabrón! —le espetó mientras avanzaba a su encuentro, con los puños alzados. Se detuvo en seco en cuanto el mercenario le apuntó al pecho.

—Daos prisa... —urgió el Garante—. Ya va siendo hora de que nos pongamos en marcha... Pegadles un tiro o lleváoslos con vosotros, pero decididlo rápido...

—Queremos tu Bolsa Coherente, muchacho...

—¿Qué? —preguntó Heredia, con la vista fija en el arma que lo encañonaba, como si fuera la primera vez en su vida que veía algo parecido y su mera contemplación le moviera al espanto, aún sin estar muy seguro de qué era aquello. Sus labios comenzaron a temblar. Casi parecía a punto de llorar.

El ganadero amartilló el arma.

—Tu bolsa. Ahora.

Heredia asintió, sin dejar de mirar el cañón negro de la pistola, e invocó su Bolsa Coherente tan rápido que Delano creyó ver cómo los zarcillos de la Sombra que la había guardado se separaban de la lona. Delano tragó saliva.

¡Reniega de ella o nos matarán! pensó, y al instante: *Y así sabrán que tenemos algo que ocultar y nos matarán igual...*

El hispano tendió sumiso la bolsa al hombre que le apuntaba. Éste la cogió con su mano libre y retrocedió un paso antes de abrirla. Delano esperaba ver caer un auténtico arsenal. Flexionó las rodillas y contuvo el aliento cuando el ganadero se dispuso a vaciar la bolsa en el suelo. En cuanto cayera la primera arma trataría de hacerse con ella. La certeza de que iba a morir en los instantes siguientes le inundó de una paz fría, desasosegante, de una suerte de objetivo cumplido que le revolvió el estómago. Recordó de nuevo lo que había leído entre líneas en su reflejo. Se mordió los labios, negando aquello, negando que su verdadero deseo fuera morir, y se preparó para saltar.

Pero para su sorpresa, lo que cayó de la bolsa fueron dos toallas del hotel donde se habían hospedado, ropa sucia, una botella de vodka casi vacía y varios utensilios de baño que parecían proceder del mismo lugar que las toallas. Ni un arma cayó de la bolsa. Exhaló un silencioso suspiro. No supo si de alivio o de frustración.

—Nos los llevamos... —anunció Dionisio al cabo de un instante, reatándose la camisa talismán de Delano al cinto, como si fuera un trofeo de caza. A continuación el otro ganadero recogió las bolsas y, después de asegurarse de que no quedaba nada dentro, se las devolvió a sus dueños, arrojándoselas con violencia. Por un momento Delano temió que fueran a obligarles a renegar de ellas, pero les permitieron conservarlas.

Delano mandó su bolsa a las Sombras mientras miraba a Heredia. El joven contemplaba la puerta entreabierta, con el rostro desencajado, como si estuviera a punto de perder los nervios y derrumbarse. No parecía el mismo hombre que había saltado sobre las bestias que los emboscaron en los riscos. Debía estar fingiendo, comprendió Delano. No era el lugar ni el momento para heroicidades y Heredia lo sabía. Mejor darles lo que esperaban obtener, mejor plegarse a la situación hasta que

las circunstancias mejoraran y tuvieran una oportunidad de huir.

—¿Qué...? ¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Heredia, dirigiéndose a Dionisio. El mercenario no se dignó a contestar.

Delano entrecerró los ojos y continuó con la lectura. El incidente en la callejuela les había hecho adelantar la partida de la Planicie, fijada en principio para el día siguiente. Por lo que Delano pudo leer, pretendían reunirse con otros grupos de mercenarios en un punto de encuentro no demasiado distante del vórtice. El tiempo de la recolección había llegado a su fin y era hora de unirse a la caravana que iba rumbo a Cicero, rumbo a la ciudad maldita.

Los hicieron bajar por las escalinatas de la torre. De la madera desvencijada del techo colgaban bombillas de luz tan débil que apenas conseguían alumbrarse a sí mismas. El Garante bajó primero y Delano, tras él, se encontró contemplando su reflejo en la armadura brillante. Sintió la tentación de volver a leer en su imagen, pero sólo fue un segundo, luego el movimiento y las voces que llegaban de la planta baja captaron toda su atención.

Había otros cinco mercenarios allí, pertrechados todos con los mismos uniformes de cuero. Dos de ellos estaban junto a una trampilla abierta en el suelo, sacando a los prisioneros que habían retenido en el sótano, mientras un tercero apuntaba con su ametralladora al interior. Delano examinó a todos los presentes mientras bajaba los últimos escalones; no había lectores entre ellos.

El primer hombre que surgió de la oscuridad pestañeó aturdido a la luz de la estancia; tenía el ojo derecho semioculto por un hematoma rojo que le desfiguraba horriblemente la cara, entre los amasijos de carne abierta se alcanzaba a ver la blancura del pómulo. La siguiente en salir fue una muchacha que se desplomó de rodillas y rompió a llorar mientras trataba de sujetar los jirones de lo que antes había sido un vestido. Uno de los mercenarios la agarró por las axilas, la levantó y la empujó hacia el otro prisionero.

Toda la estancia estaba impregnada por el olor del sudor y el miedo. La niebla del callejón se colaba por las rendijas de la puerta frente a las escaleras. Delano se pasó una mano por la frente y miró de reojo a Heredia. El joven tenía la vista fija al frente, la palidez de su rostro era tan evidente que Delano pensó que tal vez no fingía, que tal vez estaba realmente sobrepasado por la situación.

Una vez en la planta baja, el Garante se hizo a un lado y se cruzó de brazos junto a la puerta de entrada, mientras el ganadero que bajaba tras ellos les indicaba con un brusco movimiento de revólver que se unieran a los otros prisioneros. Los dos cumplieron la orden de inmediato. Las miradas vacías del hombre magullado y de la joven pasaron sobre ellos sin verlos.

Las escaleras los habían llevado al porche de la torre. Era una estancia de siete metros por cinco, con puertas en tres de sus paredes. Una de ellas estaba abierta y

dejaba ver un almacén destrozado; las estanterías y todo lo que éstas habían contenido estaban esparcidas por el suelo; cristales rotos, fetos deformes, cráneos animales y un sin fin de artefactos y amuletos descargados flotaban en un caldo espeso y maloliente. Una rata trataba de arrastrar un feto que la triplicaba en tamaño hasta un agujero en la pared. Delano observó las evoluciones del animal largo rato, fascinado de un modo enfermizo, casi hipnótico.

Cuando volvió en sí, ya habían sacado a todos los prisioneros. Seis hombres, tres mujeres y un niño de unos diez años se arremolinaban ahora junto a ellos en el centro de un círculo formado por seis mercenarios. Siete hombres y un Garante custodiando doce cautivos se le antojó excesivo, sobre todo teniendo en cuenta que los diez del sótano casi no podían tenerse en pie, mucho menos pensar en escapar.

—Bien, hora de ponerse en marcha... —anunció Dionisio. Desenfundó una de sus armas y estudió ensimismado su mecanismo durante unos segundos, como si nunca antes hubiera tenido nada semejante entre las manos—. El Garante nos llevará hasta el punto de control, si todo va bien en menos de dos horas estaremos fuera y a salvo —volvió a enfundarse el revólver y repitió la operación con el otro—. Y quiero que todo vaya bien... ¿Me entendéis? No quiero el menor error esta vez... Si uno solo de los prisioneros hace el menor intento de escapar o dar la alarma, quiero que los matéis a todos y salgáis cagando leches de aquí.

Salieron de nuevo a la callejuela envuelta en niebla. Los prisioneros marchaban en el centro de la formación, con los mercenarios desplegados a su alrededor y el Garante flotando sobre ellos. Dionisio abría la comitiva.

Delano supuso que el Garante estaba en contacto permanente con su compañero, patrullando muy por encima del grupo, oculto en la claridad parpadeante del cielo de la Planicie. De cuando en cuando los hacía cambiar de ruta o detenerse durante varios minutos antes de dar la orden de continuar. Las armas de los mercenarios no dejaban de apuntar a los prisioneros. Heredia y Delano caminaban juntos, pero en todo el trayecto no se dirigieron ni una mirada.

Leyó entre líneas en el resto de los cautivos mientras avanzaban hacia las estribaciones de la muralla roja. La mayoría habían formado parte de una expedición científica rumbo a la Garganta del Mesías, uno de los accidentes geológicos más conocidos de los lugares de paso. Hacía más de una semana que el grupo había sido atacado por los ganaderos y el horror del cautiverio se había marcado a fuego en cada una de sus facciones, en cada uno de sus movimientos.

La muralla roja se alzó sobre ellos como una ola rotunda a punto de devorarlos. Habían desembocado en una plazoleta encharcada, delimitada por la curva de la muralla y por las fachadas de dos grandiosas chimeneas pertenecientes al sistema calefactor de la Planicie. Una desagradable ventolera trazaba remolinos en el agua sucia que anegaba el suelo. Atravesaron la plaza con rapidez, en dirección al puesto

de vigilancia que controlaba la única entrada y salida en aquel tramo de muralla.

Dionisio los hizo detenerse con un brusco ademán junto a la cabina. El Garante aterrizó sobre el techo y quedó allí en cuclillas, inclinado hacia delante, como una gárgola con forma humana... El resplandor nacarado de su armadura bañó el rostro de cautivos y mercenarios, marcando la palidez cadavérica de unos y el rubor nervioso de los otros.

—Todo despejado... —murmuró el Garante sin cambiar ni un ápice su postura—. Pueden salir cuando quieran...

—No tan deprisa... No tan deprisa... —dijo una voz desagradable y carnosa tras el cristal de la cabina—. No era hoy cuando estaba previsto que abandonarais la planicie, mi querido Dionisio... Debo comprender que este adelanto de fecha está vinculado a una situación de emergencia... ¿No es así?

Tal vez en el pasado el rostro del hombre en la cabina pudo resultar agraciado, pero ahora la mezquindad había deformado sus rasgos hasta convertirlo en la caricatura de un demonio. Sus labios brillaban, húmedos de saliva. La punta de su lengua no hacía otra cosa que recorrerlos, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, relamiéndose constantemente. Bajo el flequillo pajizo, sus ojos, diminutos y rodeados por profundas arrugas, se movían casi al mismo compás que la lengua. No paraba de jadear.

—Llamarla situación de emergencia se me hace exagerado... —protestó Dionisio—. Simplemente hemos adelantado nuestra marcha por precaución, nada más... Que nos marchemos ahora no te crea problemas, te los ahorra...

—Buen intento, pero por desgracia esto no funciona así. Tenemos un trato... Has pagado por un servicio que nos vincula a ambos. Una salida precipitada es un riesgo para mí y para los míos... —se echó hacia delante en su taburete y colocó la palma pálida de su mano contra el cristal de la cabina. La punta de su lengua quedó situada en el centro de los labios mientras sus comisuras se precipitaban hacia arriba en una sonrisa enloquecida—. Y, como sabes muy bien, cualquier incidente dobla la cantidad pactada como pago a mis servicios... Y esto tiene toda la pinta de ser un incidente...

—¡No me jodas! ¡Mira la basura que he reunido! Con lo que me paguen apenas podré pagar la soldada de mis hombres... ¡No puedo darte más!

—Puedes, si sabes lo que te conviene...

La protección contra la lectura del hombre dé la cabina de control era una protección estándar, el hechizo de serie con el que Samarkanda protegía a sus burócratas menos importantes. Delano la sorteó como si no existiera y leyó en él, de la manera salvaje con la que había leído en los ganaderos. Sólo pudo mantener el contacto unos segundos antes de retirar la mirada asqueado.

Se llamaba Ramiro Madariaga y no era un simple burócrata corrupto. El hombre de la cabina era el principal dirigente de los bajos fondos de la Planicie Montaraz.

Controlaba la mayor parte del crimen organizado del vórtice mientras mantenía su tapadera en el puesto de control de acceso, tapadera que había sido el inicio de su enriquecimiento. Había amasado una fortuna permitiendo la libre entrada y salida de la Planicie Montaraz a toda la podredumbre del mundo oculto. Contrabandistas, mercaderes de placeres prohibidos, asesinos, traficantes de pesadillas, esclavistas... Todos los que se podían permitir su tarifa la pagaban con gusto, ya que no sólo compraban libertad de movimientos en la planicie sino que, además, conseguían durante su estancia allí la protección de un pequeño grupúsculo de Garantes a sueldo de Madariaga.

Pero eso no era lo que había espantado a Delano. No, Madariaga no era un simple burócrata corrupto, y tampoco era un hampón cualquiera. Lo que le había aterrado era su esencia, la profunda oscuridad que anidaba en su interior. No buscaba el dinero ni le interesaba el poder. Lo único que perseguía era el deleite de causar daño. Madariaga odiaba toda clase de vida y para él era un goce supremo pervertirla, torturarla o permitir que fuera pervertida o torturada. Se sabía limitado y comprendía que nunca sería capaz de causar por sí solo todo el daño que desearía causar y por eso se había colocado en el epicentro del terror, en el ojo de un huracán que él mismo se encargaba de alimentar y mantener en movimiento. El hombre llevaba escrito en su rostro cada uno de los viles asesinatos que había cometido, cada segundo de tortura y violencia. Delano apretó los dientes, sacudido todavía por las imágenes que en su mente había despertado la lectura, imágenes de depravación sin límite y del gozo que aquello le había procurado.

La discusión entre Madariaga y el líder de los mercenarios arreciaba. Dionisio estaba descontrolado, gesticulando ante el cristal. Madariaga seguía con su sonrisa torva y burlona, hablando de un modo tan afectado como artificial. Los ganaderos comenzaban a intranquilizarse.

—Basta, basta, basta... —Madariaga unió las palmas de sus manos y dejó escapar un largo suspiro. La expresión de su rostro era la de un hombre a punto de conceder un favor desmedido—. Esta discusión está en punto muerto, amigo... Y por una vez, y sin que sirva de precedente, cedo. Dejaré que me pagues en especie —separó las manos, chasqueó la lengua y señaló hacia uno de los prisioneros—. Dame al niño...

—¿Qué?

—Me has oído. No eres sordo ni idiota Dionisio. Quiero al niño. Dámelo y os dejaré marchar...

Delano, helado, contempló al muchacho que al borde de un ataque de pánico, se acercó a otro de los prisioneros, buscando refugio. Volvió la vista hacia Dionisio y leyó de nuevo entre líneas. El líder de los mercenarios se mordía el labio inferior y agitaba la cabeza, mirando alternativamente al niño y a Madariaga. Los niños eran un bocado succulento para Cicero y estaba convencido de que conseguiría más dinero por

él del que Madariaga le exigía. El problema era que no contaba con ese dinero. Pero aún así se resistía a cederle al niño. Examinó al grupo de prisioneros apiñados ante la barrera.

—El niño no... —contestó—. Quédate con esos dos y haz lo que quieras con ellos... —dijo, señalando con el cañón de su fusil a Delano y a Heredia. Los ojos del hispano se iluminaron, como sí la idea de quedarse en la Planicie, aunque fuera a merced de Madariaga y sus Garantes, le satisficiera más que continuar la marcha con los ganaderos. Delano contuvo la respiración, expectante.

—Me enervas, Dionisio... —replicó Madariaga, torciendo el gesto—. Te hago un favor y me escupes a la cara... Es muy probable que el niño muera antes de llegar al barracón y su alma vale lo mismo que el alma de un adulto... Déjalo aquí y sigue tu camino... O dame el dinero de una puta vez y desaparece de mi vista. Pero no me aburras. No me gusta que me aburran...

—Eres un cabrón, Madariaga...

—Soy muchas cosas. Y ésa no es de las peores, te lo aseguro...

Dionisio resopló. Sacudió su cabeza y escupió al suelo.

—Quédate con el crío... —masculló entre dientes.

Madariaga sonrió.

—¿Era tan difícil ser sensato?

Uno de los mercenarios agarró al niño del antebrazo y lo apartó del grupo, casi arrastrándolo, ajeno a sus lloros y sus súplicas. Delano apartó la vista, y se encontró con la mirada dura de Heredia fija en la suya. El mensaje era claro: «No interfieras». Él asintió, asqueado consigo mismo y con la realidad entera.

El Garante descendió de la cabina para aterrizar junto al niño que seguía pataleando y aullando. Su mano voló hasta su cuello, pinzó un nervio y el muchacho cayó al suelo, inconsciente.

—Y esto es todo, caballeros... Ha sido un placer hacer negocios con ustedes... Que mis mejores deseos os acompañen hasta el final del camino...

Dionisio, como contestación, maldijo y le dio la espalda.

Madariaga soltó una carcajada y alzó la barrera.

Las armas volvieron a apuntar a los prisioneros. Echaron a andar. Madariaga contempló la marcha de la comitiva con un deleite enfermizo, casi con los ojos en blancos. Disfrutaba de cada segundo. El terror que se reflejaba en el rostro de los que veía pasar ante él era su alimento, la energía que le daba fuerza. Los ojos del burócrata se encontraron con los ojos de Delano y éste, por un momento, sostuvo su mirada. La rabia le quemaba el alma. Recordaba a otro niño abandonado a su suerte en las manos de un monstruo.

Te mataré. Juro que si salgo de ésta y tengo la oportunidad... Volveré a la Planicie y te mataré.

Maradiaga había apartado ya la vista y contemplaba extasiado al niño inconsciente a los pies del Garante, relamiéndose con más rapidez aún.

El grupo salió de la Planicie y entró en un camino de barro y piedra.

Delano miró a su espalda, hacia el caos de luz y movimiento que era el vórtice. Un Garante flotaba alto sobre la muralla, con los brazos cruzados en el pecho, vigilando la partida de mercenarios y prisioneros. Tras él, las torres de cristal que ocupaban el centro de la planicie se elevaban en el falso día, plagadas de reflejos. Una nave esférica de un intenso color rojo viró sobre la plataforma de amarre de una de las torres y avanzó despacio hacia el norte; una perla de sangre derramándose por un pliegue de la realidad. Aquel caos de luces y movimiento no engañaba a Delano. Sólo era un espejismo, una fachada construida por el hombre para no tener que enfrentarse con la verdad definitiva, con la oscuridad profunda que es el verdadero impulso de la civilización desde que se conquistó el fuego. Magia, ciencia, progreso, cultura... Todo no era nada más que una frágil barricada para contener la negrura del abismo, un inútil círculo de tierra arrasada para retrasar la llegada de un incendio al que se trata de no mirar.

No hay nada más que oscuridad. No somos más que un miserable chispazo de luz en el abismo, se dijo Delano. Y ésa es la esencia de las cruzadas apóstatas... Por eso buscábamos las fuentes perdidas. Para escapar de la oscuridad que tíos espera al final de nuestras vidas... Pero los Misterios Furtivos saben cómo protegerse...

Mientras los ganaderos lo adentraban en la noche profunda, Delano recordó las palabras que una sombra montada en la lengua de una serpiente había venido a decirle en sueños: «Ahora comienza el sacrificio...»

El Pabellón

Cadenas

La batalla de las moscas y los ganaderos



Avanzaban por un infierno de hielo y nieve, doblados por el viento salvaje que se les echaba encima a cada paso que daban. A la izquierda del camino se levantaba un glaciar quebrado del que de cuando en cuando se desprendían, en el más absoluto silencio, grandes lajas de hielo. Los rayos del sol, mortecino y lejano, se deshacían en dolorosos destellos al reflejarse en el suelo cuarteado. La nieve no tardó mucho en abrirse paso por las zapatillas deportivas de Delano, congelando sus pies. Los ganaderos caminaban a su alrededor, cercándolos con la amenaza candente de la violencia contenida. Nadie hablaba. Heredia avanzaba junto a Delano, cabizbajo y sombrío, con el pelo y el rostro cubiertos de fina escarcha.

El cielo era una manta gris desgarrada en torno al sol. Dionisio se detuvo unos instantes a la cabeza de la marcha, escrutando en la distancia. Las faldas de su gabardina negra salían despedidas hacia atrás por el soplo embravecido del viento. Delano leyó de nuevo la preocupación que sentía por el escaso botín conseguido. Necesitaba entregar diez esclavos a los enviados de la ciudad maldita, ése era el número mínimo exigido para acceder a la bolsa de pagos y aunque la cantidad a percibir por un grupo tan reducido era ridícula, les abría las puertas al negocio anexo a la cacería: la venta de almas. Y de éstas estaban bien provistos.

Las almas de todos los que morían en Cicero iban a parar a los santuarios de los cuatro gobernadores de la ciudad, alimentándolos y acrecentando su poder. Pero muchos de los que allí moraban también precisaban de almas para su sustento y debían procurárselas de otro modo. Sus emisarios aprovechaban la temporada de recolecta para conseguir la mayor cantidad de almas posibles, haciendo tratos con los mercenarios que muchas veces resultaban más lucrativos para estos que la venta de humanos vivos.

Dionisio contaba con once prisioneros y sólo podía permitirse una baja más. Sus hombres lo sabían, como sabían que esa baja era inevitable, necesaria. Otra alma sería más beneficiosa para sus arcas que un cautivo vivo.

Llevaban casi tres horas de marcha cuando llegó la hora de cuadrar cuentas: una de las mujeres del grupo, la más joven, cayó de rodillas sobre la nieve y rompió a llorar de manera histérica, enloquecida, como si quisiera acallar con su llanto el aullido del viento. La mujer que caminaba a su lado se apresuró a ayudarla y yo pasaba su brazo sobre sus hombros cuando uno de los ganaderos, a una señal de Dionisio, saltó hacia delante y soltó un tremendo culatazo contra su rostro.

La mujer trastabilló, con la nariz rota y chorreando sangre, aleteó desesperada en el aire y chocó contra Delano, que no hizo el menor ademán de sujetarla cuando cayó al suelo. Cerró los ojos y aceleró el paso empujando con fuerza a la joven que observaba horrorizada lo que ocurría, con el llanto congelado en los ojos. El mismo ganadero que la había golpeado se acercó a la mujer que se debatía en la nieve y le reventó el pecho con una ráfaga de subfusil. Sacó luego una pequeña redoma de

crystal tallado de un bolsillo de su gabardina y se acuclilló junto al cuerpo caído. La sangre manchó sus botas y la falda de su abrigo mientras canturreaba una siniestra letanía, con la redoma abierta apoyada en los labios de la mujer muerta. El cadáver sufrió un espasmo y Delano, entre líneas, vio como un haz de plata entretejido de destellos azules pasaba de la boca rota a la redoma. El asesino cerró el pequeño bote, lo guardó de nuevo y regresó junto al resto del grupo con el aire cansino de un hombre que ha cumplido con el deber que le impone la rutina.

La matemática había prevalecido. Diez prisioneros vivos y una nueva alma que vender a los depredadores de Cicero.

El pabellón apareció poco tiempo después a la izquierda del camino, recortándose contra el omnipresente glaciar. Los prisioneros recibieron la orden de dirigirse hacia él y la acataron con la temblorosa diligencia que trae el miedo. Era un edificio rectangular, cubierto de hielo y óxido, de unos veinte metros de altura y rematado por tres grandes chimeneas inclinadas que le daban el aspecto de un antiguo trasatlántico varado entre los hielos. En el pasado debió de estar acompañado de una estructura gemela, de la que ahora tan sólo quedaban un armazón de metal, una docena de vigas desperdigadas por el terreno y una chimenea que asomaba entre la nieve como un cañón exhausto. Se encontraban todavía a doscientos metros del complejo cuando sus enormes portones comenzaron a abrirse hacia fuera despacio, emitiendo un largo y quejumbroso chirrido que cesó cuando la abertura entre las dos hojas fue lo bastante ancha para permitir el paso de un hombre. Media docena de ganaderos armados salieron del edificio y se acercaron hacia ellos atravesando el barrizal de la entrada. Todos eran mercenarios, hombres curtidos, plagados de cicatrices y con mil atrocidades a sus espaldas. Y, como Delano comprobó aliviado, tampoco había lectores entre ellos. Tras unas rápidas palabras de bienvenida se unieron a sus captores y los condujeron hacia la entrada. Mientras se acercaban descubrió varios nidos de ametralladora situados en la parte alta del edificio, espionando la lejanía como aves de mal agüero; junto a cada una de las armas ardía una hoguera alimentada con magia y Delano supuso que a su resguardo, aunque no fuera capaz de verlos, había mercenarios apostados.

Los hicieron entrar en el pabellón a punta de fusil. Delano jadeó ante el sofocante calor del interior y la peste a humanidad hacinada que le estalló en la cara. Se desabrochó la cazadora y se limpió el sudor del rostro. Dionisio se acercó a una mesa, dispuesta junto a la entrada, para dar parte de la entrega al taciturno mercenario sentado a ella mientras el resto de sus hombres escoltaban a los prisioneros hacia dentro.

Tres docenas de personas, demacradas, exhaustas y al borde de la desesperación, se desperdigaban en el inmenso corral que los ganaderos habían improvisado con madera, alambre y placas de acero en el centro de la nave industrial. Un lateral del

cercado había sido habilitado como letrina y la peste descompuesta que surgía de ella flotaba en el ambiente como una presencia casi sólida. Las dimensiones del corral sobrecogieron a Delano. Tenía capacidad para varios centenares de personas y eso no presagiaba nada bueno: era un vacío que aguardaba ser llenado.

La puerta del cercado se cerró tras ellos, los candados fueron colocados de nuevo. El grupo se quedó de pie en la entrada, indeciso. Delano fue el primero en salir de su inmovilidad y sentarse en el suelo, cubierto por una alfombra de fibra sucia, Heredia se alejó unos metros y se sentó también, mirando a su alrededor muy despacio, como si estuviera haciéndose un diagrama exacto de su situación. Delano cerró los ojos y trató de aislarse durante unos minutos de las voces de los mercenarios, del gemido de los cautivos, del pestilente olor a excrementos... Luego alzó la vista e inspeccionó el pabellón. Era un lugar enorme y los sonidos se multiplicaban en un pandemonio de ecos metálicos y fríos. No había nada en él que le indicara qué uso había tenido en el pasado, sólo cuatro paredes, varios pilares y vigas entrelazadas en el techo. Contó una veintena de ganaderos y, de estos, seis de guardia permanente alrededor del corral. El resto trataba de pasar el rato como bien podía, con las armas siempre a mano. Algunos habían tirado jergones de paja en una esquina y roncaban plácidamente, otros charlaban sin más o jugaban a las cartas. Dionisio y sus hombres se habían mezclado con ellos.

Los mercenarios formaban un grupo ciertamente heterogéneo en cuanto a su indumentaria y equipamiento, unos vestían armaduras de placas oxidadas e iban armados con espadas anchas, arcos y viejas pistolas de yesca y pedernal; otros, como Dionisio y su grupo, habían elegido el cuero como atuendo y llevaban fusiles de asalto. Había algunos que vestían túnicas recubiertas de extrañas runas, arcanos protectores, dedujo. Aquellos mercenarios eran magos, probablemente desterrados, hechiceros expulsados de sus órdenes que habían vendido sus artes al mejor postor.

Leyó entre líneas en todos ellos y se vio arrollado por un sin fin de sensaciones y sentimientos ajenos: cansancio, hastío, lujuria al contemplar a las mujeres en el cercado, ganas de terminar y volver a sus casas y, sobre todo, la paciencia del que espera. Aquel pabellón era el punto de encuentro de las distintas partidas de mercenarios. La temporada de caza había terminado. Ahora esperaban a los enviados de Cicero para luego, todos juntos, partir hacia el punto de fracción que llevaba a la ciudad maldita.

Heredia se había tumbado en el suelo y permanecía inmóvil allí, con la vista perdida en el techo. Delano masculló una silenciosa maldición. No podrían escapar sin ayuda. Cualquier intento de fuga estaba abocado al fracaso. Heredia lo sabía. Todos los que estaban encerrados en el corral lo sabían. Y ni siquiera la muerte era una vía de escape posible. Las almas de los que murieran a manos de los ganaderos irían a parar a las redomas. No, no había escapatoria posible, al menos no sin ayuda.

¿Podía tener la esperanza de que Rigaud no los abandonara a su suerte? Si sólo hubiera desaparecido él, Rigaud podría pensar que había desertado en un nuevo rapto de mentalidad dispersa, pero la ausencia de Heredia debía hacerle suponer que había ocurrido algo extraño. Existía un fuerte lazo entre ambos, un vínculo cuyo alcance Delano no alcanzaba a comprender. «*Mi vida le pertenece*» le había confesado el hispano en el bar de la planicie. ¿Pero sería suficiente ese vínculo cómo para desoír la lógica irrefutable de ese mapa que no debía apartarse del camino? ¿Sacrificaría las fuentes por su amigo, su hermano, su amante, lo que fuera que fuese Heredia para él? Delano, de ser Rigaud, hubiera puesto la decisión en manos de Charlotte Blue, el genio probabilístico, ese ser que era más un instrumento de medición que un verdadero miembro del grupo. Charlotte, al inicio del viaje, había pronosticado que la única garantía de éxito de la expedición era que permanecieran unidos. Si seguía siendo así no les quedaría otro remedio que tratar de dar con ellos, pero en caso contrario, si las probabilidades de éxito no se habían visto seriamente alteradas con su desaparición, Rigaud seguiría camino sin dudar. Delano estaba seguro de ello.

Le hubiera gustado poder hablar con Heredia pero prefería no arriesgarse, no quería llamar la atención de los ganaderos. Corno siempre, como durante buena parte de su vida, decidió que lo mejor que podía hacer era ser paciente y aguardar acontecimientos.

A lo largo del día fueron llegando más y más grupos de mercenarios. El vacío del cercado, como Delano había temido, se fue llenando de prisioneros; cuerpos temblorosos y agotados se fueron esparciendo a su alrededor, la mayoría se tumbaba en el suelo y permanecía inmóvil, con la vista fija en la nada, como si estuvieran montando, poco a poco, entre todos, la representación de un campo de batalla. Cada vez que las puertas se abrían con su espantoso y lento chillido, Delano se incorporaba y espiaba a los recién llegados, buscando siempre el estigma del lector en los ganaderos y respirando aliviado cada vez que se veía libre de esa amenaza.

Muchos de los cautivos, leyó Delano, habían sido capturados hacía semanas. Un prisionero desnudo, demacrado y pálido, permaneció de pie junto a la puerta sin mover ni un músculo durante una eternidad, hasta que uno de los mercenarios de guardia, cansado de verlo siempre en la misma posición a cada vuelta que daba, se acercó a él y lo golpeó en el pecho con la culata de su arma. El hombre se desplomó sin perder su rigidez de cadáver.

El tiempo se había detenido en el barracón, los segundos se habían transformado en gemidos desesperados y los minutos eran una tortura lenta. Delano había dejado su reloj en la habitación del hotel y le resultaba imposible calcular cuánto tiempo hacía que había comenzado aquella pesadilla. ¿Doce horas? ¿Quince? No podía saberlo. Comenzaba a notar los primeros pinchazos del hambre y la sed, antes soterrados por la angustiada tensión que lo atenazaba.

De pronto una fuerte disputa estalló en un extremo del hangar entre un grupo de mercenarios que jugaba a las cartas. Uno de ellos, un hombre fibroso de rostro ratonil, se levantó y se encaró con dos de sus compañeros, enarbolando una mano de cartas como si fuera la prueba irrefutable que los condenaba. Los otros dos se reían en su cara y sus risas pronto contagiaron al resto. Delano descubrió a Dionisio sentado contra la pared, sonriendo de manera inocente mientras acariciaba la camiseta talismán reatada a su cinturón. El otro arrojó sus naipes contra el rostro de uno de los que se burlaban y con su gesto sólo logró que las carcajadas se redoblaran. El ganadero maldijo a todos y a cada uno de los que se encontraban allí y echó a andar a grandes pasos hacia el corral, sin dejar de maldecir y agitar la cabeza de un lado a otro. Cuando estuvo a menos de cinco metros desenfundó su revólver. Alguien tras la valla dio un grito de alerta al verlo aproximarse y la locura se apoderó de los prisioneros. Se retiraban hacia el centro del cercado, empujándose unos a otros en su desesperada huida. El mercenario llegaba ya, frenético, alzando el brazo que empuñaba el arma. Delano se levantó del suelo para evitar ser aplastado por la multitud aterrada que intentaba alejarse de la valla. Cuando un codo se hundió en su costado, respondió con un puñetazo dado a ciegas, sin importarle si quién lo recibía era el que le había golpeado o no.

El ganadero se subió a la verja y descargó su rabia y su tambor de ocho balas sobre los prisioneros. El eco de las detonaciones resonó en el pabellón como salivazos metálicos. Los cautivos se atropellaban unos a otros tras el cercado, aun cuando de la pistola sólo saliera ya el chasquido de las recámaras vacías. El mercenario saltó la valla, se enfundó el arma y sacó una redoma vacía. Su acceso de furia había dejado tras sí cuatro muertos y dos heridos; uno reptaba por el suelo arrastrando su pierna, mientras que el otro se apretaba el vientre, retorciéndose sobre la alfombra. El ganadero no prestó la menor atención a ninguno de los dos y procedió a verter el alma de los cadáveres a la redoma. Luego salió del cercado y regresó con sus compañeros, que lo recibieron con más risas y burlas.

Delano escuchó un susurro en el oído. Heredia había aprovechado el tumulto para acercarse hasta él, con una mano le apretaba con firmeza el codo mientras le hablaba tan bajo que apenas lograba reconocer palabras.

—¿Qué? —preguntó.

—Vienen a por nosotros... —le repitió Heredia, mirando de reojo a su alrededor.

—¿Quiénes? ¿Rigaud? ¿Todos? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé... —se limitó a contestar y comenzó a alejarse—. Estáte preparado...

—¡Espera!

Pero el hispano ya se había abierto camino sin contemplaciones en la cada vez más sofocante aglomeración de prisioneros. Delano no fue tras él, se quedó parado observando cómo se escabullía, asombrado. *Vienen a por nosotros*. Paseó la mirada

tras el cercado. El contingente de mercenarios rondaba ya el medio centenar. Aunque Rigaud se presentara con el grupo al completo y armado hasta los dientes: ¿cómo pretendía rescatarlos? De pronto la vía de pensamiento de Delano tomó un nuevo curso: *Vienen a por nosotros*.

Heredia sabía a ciencia cierta que venían a por ellos, no era suposición ni cabala, era certeza absoluta. ¿Cómo estaba tan seguro? Delano buscó al hispano pero no pudo encontrarlo. Y más aún... ¿Cómo sabía Rigaud lo que había ocurrido? ¿Cómo sabía en que dirección marchar para encontrarlos?

Mi vida le pertenece... Había dicho Heredia. Recordó la visión en su sueño, cuando los descubrió abrazados en la cama del albergue del prado Golán. Había algo terriblemente equivocado en todo aquello y a la par, de algún modo extraño, familiar. Por un momento tuvo la imagen mental de un Rigaud gigantesco, con un diminuto Heredia de peluche prendido en la pechera de la camisa.

Poco tiempo después Delano escuchó el sonido de motores acercándose. Miró hacia el enorme portón cerrado. Por la frenética actividad a la que se habían lanzado los mercenarios, recogiendo el improvisado campamento y llamando a sus Bolsas Coherentes, no pudo ni albergar la absurda esperanza de que se tratara de una operación de rescate. Los enviados de Cicero acababan de llegar.

Del exterior llegó la algarabía de una nutrida caravana deteniéndose ante el pabellón. Se escuchaba el sonido de vehículos frenando, el relinchar y trote de varios caballos, voces furiosas, órdenes dadas a gritos y el ruido de la nieve blanda al ser pisada por una lenta multitud. Sonó un disparo, seco, abrupto.

Delano aguardó expectante, observando la puerta de metal a la que se aproximaban ya varios mercenarios. Su andar era temeroso, reticente. No habían llegado aún a ella cuando se abrió de par en par con una violencia insólita, dejando entrar remolinos de viento y nieve. Todos dieron un paso atrás. Delano sintió de nuevo la presencia de Heredia a su lado. Casi pudo escuchar cómo olfateaba, tan tenso como él.

Por un instante el gran rectángulo enmarcado por los batientes de la puerta pareció un cuadro delirante, una obra surrealista. Un infierno de siluetas imposibles destacaba en primer plano, recortándose contra el cielo ceniciento, el blanco sucio de la nieve y el suelo enlodado; tras ellas se arremolinaba una multitud pálida, casi fantasmal: más esclavos para la ciudad maldita. Los prisioneros y mercenarios del hangar contuvieron el aliento, sobrecogidos todos por igual.

Las dos primeras criaturas entraron con rapidez en el pabellón, hociqueando, gruñendo, agitando sus alas y abriendo de par en par sus bocas dentadas. Sus cabezas eran humanas mientras que su cuerpo era el de un cánido de gran tamaño, De su lomo peludo surgían dos alas membranosas. El tallo de éstas era un brazo humano reseco

rematado por una mano crispada; unidas a la piel del dorso de ambos brazos flameaban dos velas de piel curtida. Marchaban a cuatro patas, envueltas en una densa bruma negra que surgía de las heridas abiertas que unían el cuello humano con el cuerpo animal. De repente el humo que envolvía a una de ellas se hizo tan espeso que la criatura desapareció de la vista. Volvió a aparecer unos metros más adelante, sin que hubiera tenido tiempo suficiente para recorrer esa distancia. Las cuencas de los ojos de aquellas bestias con cabeza humana estaban vacías.

—¿Qué diablos son esas cosas? —le preguntó Heredia, aprovechando el murmullo aterrado que recorría todo el corral.

—Rastreadores... —le contestó él, con la voz quebrada de puro pánico, pero no por aquellas criaturas que habían entrado en el pabellón ni por las que ahora las seguían, más horribles si cabe. Delano acababa de descubrir el brillo de las cadenas que unían a los prisioneros del exterior. Había grilletes en sus tobillos y en sus cuellos. La sombra de un caballo pasó ante la puerta, eclipsando aquellos fulgores que se clavaban en su mente como estiletes—. Rastreadores... —repitió, girándose hacia Heredia para esquivar la visión de las cadenas—. Perros de caza... Cicero los utiliza para proveerse de carne fuera de la temporada de recolecta... Cazan solitarios y perdidos... Cazan a los que nadie echará de menos...

El resto de la comitiva seguía entrando en el pabellón. A lo largo de su vida Delano se había topado con todo tipo de engendros y ni siquiera la visión de Ssegok en la cañada del filo Boreal le causaba tanto pavor como estar en presencia de los engendros de Cicero. La mayor parte de sus habitantes no eran prodigios de la naturaleza, ni entes nacidos de la magia o traídos a la vida por las ciencias erradas. Eran monstruos por iniciativa propia. Seres humanos que habían pervertido por completo su esencia, dejándose subyugar y modelar por el mal puro.

Los enviados de Cicero entraron en el hangar, arrastrando sus cuerpos mutilados con ellos, bamboleándose sobre extremidades con las que no habían nacido, mostrando con necio orgullo las cicatrices rituales que demacraban sus rostros. Un hombre alto y pálido, envuelto en una liviana túnica blanca se encaminó a la mesa donde un mercenario se había encargado de anotar la llegada de los distintos grupos y contabilizar sus cautivos. El enviado se había arrancado la piel de la cara dejando tan sólo unos retazos blancuzcos en torno a sus labios violáceos. El resto de su faz era un entramado de músculos y tendones humedecidos por la sangre que rezumaban sus heridas. Otra criatura cruzó unas palabras con los mercenarios y se aproximó al cercado, con el consiguiente revuelo en el interior. Era negro como el carbón y en la masa acuchillada que era su rostro apenas eran perceptibles sus rasgos. Aquella criatura era ciega. Llevaba el torso desnudo, mostrando las dos cicatrices cárdenas que le recorrían de los hombros a las caderas. El ser se agarró a la valla y agitó la cabeza de izquierda a derecha. La carnicería que era el centro de su cara se contraía y

distendía con violencia, como si estuviera olfateando.

Eran pocos los enviados de Cicero que todavía podían pasar por humanos. Y esos eran los más aterradores. Las deformaciones del resto eran visibles, pero las de aquellos habían tenido lugar a otro nivel, alterando sus almas y sus mentes. Las miradas de esos seres dejaban bien claro que habían renegado totalmente de su humanidad.

Heredia asistía boquiabierto a aquel desfile de horrores, incrédulo.

—Putá mierda... —le escuchó mascullar—. Putá mierda...

Delano volvió a mirar hacia la puerta. Una sombra inmensa e informe oscureció la claridad del paisaje nevado. A su espalda se agolpaban varias docenas de mercenarios, algunos en tierra sujetaban las bridas de sus cabalgaduras, otros permanecían montados todavía, alertas, con las armas preparadas. Tras ellos se apiñaban los esclavos encadenados, pero Delano, por esta vez, ni siquiera les prestó atención. Sólo tenía ojos para el último enviado de Cicero en entrar al hangar, el que sin duda era el líder de aquella macabra congregación.

Su porte, ya de por sí impresionante, quedaba magnificado por su armadura negra que de alguna manera imposible apenas parecía sólida, como si toda ella fuera una inmensa sombra dividida en placas, remaches y espolones. Medía cerca de dos metros y medio de altura. De las hombreras de la armadura surgían dos cuernos verticales de más de un metro de largo, junto a cada cuerno había un cráneo humano, con las mandíbulas abiertas en un grito despavorido. Dos vainas sin arma alguna caían a ambos lados de sus caderas, bamboleándose a cada paso que daba. Un casco con celada cubría por completo su enorme cabeza, grotesca, hinchada y retorcida de tal modo que había adoptado la forma de un ocho amorfo. El cuerpo de aquel ser era completamente deforme y por unos segundos Delano lo contempló sin ser consciente de lo que estaba viendo. Sólo cuando lo que había tomado por cuernos sobre sus hombros descendieron hasta quedar en paralelo a la vertical del cuerpo lo comprendió. Había dos hombres amalgamados en el interior de la armadura. Los cuernos eran los brazos de la segunda entidad, las vainas vacías eran las piernas y la extraña forma de su casco se debía a que en su interior había dos cabezas, situadas una sobre la otra. El casco tenía celadas para ambas y a través de ellas Delano pudo ver sus dos pares de ojos. Los superiores eran dos brasas llameantes, dos incendios contenidos apenas en sus cuencas. Los de abajo eran los ojos de un lector.

Dio un paso hacia atrás, buscando el amparo de la aterrada marea humana que lo rodeaba.

—¿Qué...? —gruñó el hispano.

—Sus ojos... —acertó a decir.

—¿Qué les pasa a sus ojos? Son... —Heredia se calló de pronto y soltó una nueva maldición—. Somos un montón y hay muchos más fuera... No se fijará en

nosotros si no le damos motivos...

—Tenía que haberme quedado en el callejón... —dijo Delano, volviéndose hacia el hispano. De repente había sentido la irrefrenable necesidad de pedir disculpas—. Tenía que haberte hecho caso...

—Sí... El mundo está lleno de capullos y de imbéciles... Y siempre tengo alguno pegado al culo... Ya me pedirás disculpas cuando salga...

—¿Pero cómo sabes que vienen a por nosotros? —le preguntó en un susurró, tratando de abstraerse del caos que poblaba el pabellón.

Pero Heredia no parecía dispuesto a contestar. Señaló sin más hacia la turbamulta de mercenarios que se estaba formando a las puertas del corral y retrocedió de nuevo, dejándose arrastrar por la corriente de prisioneros.

—No te hagas notar... —le advirtió.

—*Espera...* —susurró Delano. Pero el joven ya había desaparecido.

Alguien chocó contra él, Delano se giró y se topó de bruces con el rostro de un hombre que trataba imperiosamente de huir. Se echó a un lado y alzó la mirada para ver mejor lo que ocurría.

La enorme criatura doble resaltaba sobre el resto y no sólo por su tamaño. La rodeaba una desagradable nebrura, un halo de intenso poder que tanto sus compañeros como los mercenarios evitaban. Aquel ser era un verdadero morador de la ciudad, un habitante de pleno derecho de Cicero. El resto de los que le acompañaban eran acólitos, simples bestias al servicio de su amo.

Y ese Morador no era más que un sirviente de poderes más altos, un servidor de los cuatro temibles seres que gobernaban Cicero. Y él buscaba vengarse del más poderoso de todos ellos. Estuvo a punto de romper a reír. Ahora, cuando tenía ante sí a aquel sicario de la ciudad maldita, comprendía lo ingenuo de su afán, lo imposible de esa meta que se había fijado. ¿Cuánto poder debería acumular para poder vencer a algo tan terrible que ni siquiera se atrevía a pronunciar su nombre? Se sintió ridículo, minúsculo, estúpido. La venganza estaba fuera de su alcance. Siempre lo había estado y siempre lo estaría. ¿Podían cambiar eso las fuentes perdidas? ¿Podía cambiar eso cualquier otro Misterio Furtivo? Lo dudaba. Delano se sintió como un escalador que al tener ante sí la alta montaña que siempre ha deseado coronar se descubre vencido por el pánico.

Los mercenarios retiraron los candados, abrieron las puertas de la cerca y comenzaron a hacer salir a los cautivos. Los dos rastreadores se dispusieron uno a cada lado de los que salían, como perros ovejeros, ladrando y empujando con sus cabezas a los que se desviaban un ápice de la fila.

Hora de regresar ¿No es lo que quieres? preguntó la insidiosa voz de su interior. *Él aguarda... Lleva tiempo esperando y hay tantas cosas que no probó contigo...*

Delano cerró los ojos.

Oscuridad. Las manos del nigromante profanaban su carne con el filo de mil armas distintas. Buscando el preciado secreto de la agonía en cada una de sus convulsiones. Buscando la revelación en cada uno de sus alaridos.

—No... —susurró, tratando de detener el torrente de recuerdos que comenzaba a inundar su mente. De pronto descubrió que se había puesto en marcha. Avanzaba casi por inercia hacia la puerta entre el frenético revuelo de movimientos y gritos en que se había convertido el pabellón. Fuera, entre la nieve y la carne despellejada, brillaban las cadenas.

Lucha, dijo la voz.

—No... —murmuró de nuevo, sin saber si su negativa se refería a la orden de su cerebro o si trataba de negar el espanto que le rodeaba.

Parpadeó varias veces al atravesar las puertas del pabellón, cegado por la claridad del día. Lo empujaron hacia delante y hacia allí trastabilló él. Hasta que el chasquido metálico de unos grilletes al cerrarse le hizo detenerse, como si se hubiera topado con una barrera invisible. Los ganaderos del exterior encadenaban a los prisioneros que salían del hangar, formando una larga cordada con ellos. Un mercenario de cabello grasiento cerró los grilletes en torno a los tobillos del hombre que precedía a Delano, como ya había hecho con los que inmovilizaban sus muñecas. Después colocó un collar de acero alrededor de su cuello, soltando una hastiada nube de vaho por sus fosas nasales. El chasquido del metal contra el metal resonó como una campanada diabólica. Delano alzó una mano temblorosa hacia su garganta, recordando aquella cadena que le había aprisionado a un muro durante siete años. El mercenario acabó con su tarea y empujó al hombre, un anciano enjuto en permanente estado de shock, hacia delante. Luego se agachó para coger un nuevo juego de grilletes del inmenso montón esparcido en el suelo y se acercó a Delano. En algún lugar cercano restalló un látigo y alguien dio un grito.

«*Déjalo ya*» dijo aquella voz, en un tono tan razonable y mesurado que se hacía imposible no escucharla. «*Ríndete. No tienes porque pasar por esto. Recuerda que tú verdadero deseo es morir, ahora es un buen momento... Déjame ayudarte. Déjame tomar el control y te prometo una muerte gloriosa...*»

Delano negó la cabeza, tratando de acallar la voz y al ansia irrefrenable de ceder a esa petición, de dejarse llevar por última vez.

El ganadero se agachó a sus pies. Una vaharada de sudor amargo anegó sus fosas nasales. Delano cerró los ojos mientras las cadenas resonaban y se reencontraban, después de tanto tiempo, con su carne.

«Eres tan cobarde que ni siquiera tienes el valor necesario para rendirte.»

No parecían tener intención de parar nunca. La larga hilera de prisioneros se extendía casi dos kilómetros, avanzando en columna de a dos por el centro del camino, un sendero de tierra húmeda que ascendía por las faldas de una colina

boscosa. Aunque la cuesta apenas era pronunciada, subirla se convertía en una tortura para los encadenados. A ambos lados de las columnas de cautivos cabalgaban los ganaderos. Siete vehículos destartados completaban la comitiva. Abrían la marcha dos viejos todoterrenos de color impreciso en los que viajaban los enviados de Cicero y la cerraban cuatro furgonetas y un camión negro de gran remolque. Sobre los techos de las furgonetas habían colocado las ametralladoras fijas dispuestas antes en el tejado del hangar, asegurándolas a los anclajes tras los parapetos curvos que debían proteger a quienes las manejaran. Del camión, tanto de la cabina cuadrada y chata como del remolque, colgaba un sinfín de machetes, cuchillos y pequeñas hachas; en el techo habían improvisado un horrible armatoste de tortura: un aspa sembrada de cuchillas y clavos que, si bien en aquel instante estaba vacía, las innumerables manchas de sangre seca que cubrían su superficie, daban pruebas de que era utilizada a menudo. En ese camión viajaba el Morador, sentado en el asiento del copiloto mientras el del conductor permanecía vacío. Su silueta tenebrosa se dejaba entrever por el parabrisas sucio. Los brillos negros de los espolones y remaches de su traje eran como señales en código de un lenguaje secreto que hablaba del dolor por llegar y de la muerte venidera.

Delano caminaba como un autómatas, exhausto por una caminata que se alargaba desde hacía horas y doblado por el angustioso peso de los grilletes. El anciano que lo precedía en la cordada se encontraba tan débil que se caía una y otra vez. Cuando esto ocurría imploraba entre gemidos que lo dejaran allí, que lo dejaran morir. Pero los ganaderos, que cada vez que la caravana frenaba su marcha o se detenía durante más tiempo del que consideraban admisible ejecutaban a un prisionero elegido al azar, no se acercaron a él. El anciano, como para reprocharles aquella falta de atención, se caía todavía con más frecuencia.

En una de esas caídas, Delano perdió el equilibrio por el tirón de la cadena que los unía y fue tras él. El choque contra el suelo lo aturdió unos segundos. Trató de incorporarse y cuando casi lo había logrado, resbaló y cayó de espaldas. Uno de los mercenarios que marchaban a pie junto a los prisioneros se introdujo en la cordada y se acercó a grandes zancadas hacia ellos, con el revólver amartillado en la mano. Delano apretó los dientes, a la espera del disparo que le arrancara por fin de esa penuria, pero éste no llegó. El hombre los levantó con violencia y los empujó hacia delante. Se escuchó una detonación lejana y el grotesco canturreo con el que los esclavistas introducían el alma de los recién muertos en sus redomas. Uno de los jinetes enarboló su látigo para hacerlos andar con más brío. El látigo restalló cerca de Delano, una serpiente ávida de carne y sangre. Alguien gritó mordido por el cuero. Sobre sus cabezas un cielo de invierno se resguardaba plomizo entre nubes negras y densas como vaharadas de humo. Delano pensó que un incendio devastador se había desatado en los cielos.

El peso de las cadenas en su cuello y sus tobillos era más de lo que podía aguantar. Sentía el metal llagando su carne y el recuerdo de otras cadenas se le echaba encima a cada paso que daba. La claridad del día se convertía en la perpetua oscuridad de un calabozo húmedo. La sequedad en los labios y el hambre que le acalabraba eran la misma sequedad y la misma hambre de antaño. Nada había cambiado. Nada. Sus años de libertad, su vida sin cadenas, quedaban en el olvido, efímeros como un suspiro e igual de inasibles que un sueño. Siempre había sido prisionero. Siempre.

Cayó al suelo de nuevo, sin que esta vez el anciano hubiera tenido nada que ver en su caída. Se levantó con rapidez, tratando de no retrasar el avance de la caravana. Aquello que dormía en su mente soltó una risilla. Nada cambia. Nunca. Nada. Siempre la constante agonía de ser esclavo, de estar encadenado al infierno.

Comenzó a llover con tanta fuerza que en unos minutos el suelo estuvo completamente embarrado, dificultando aún más el avance de los prisioneros, multiplicando los disparos, los cánticos aberrantes y el sonido del látigo. La cortina de agua se hizo tan intensa que era difícil ver más allá de un metro de distancia. Delano abrió la boca y alzó el rostro hacia el cielo, sediento. El agua tenía un sabor amargo, intenso, pero no del todo desagradable. Los cuerpos más próximos se desdibujaban y se convertían en siluetas difusas entre las sombras y el agua. Tuvo la impresión de caminar entre fantasmas. Más allá de la lluvia se escuchaba el relinchar de los caballos y el hosco gruñido de los motores. Delano cerró los ojos y dejó que sus piernas ateridas tomaran el control de su cuerpo. No necesitaba ver para seguir avanzando, el acto de caminar ya no era una acción individual sino colectiva. La cadena que unía a todos los prisioneros los convertía en un solo ente, una criatura facetada y agonizante que se arrastraba por los lugares de paso en busca de un lugar donde morir. Hasta el agua que caía los hermanaba, como una suerte de líquido amniótico que los abrazara a todos en el vientre de la misma bestia. En algún lugar de la cordada debía de marchar Heredia. Delano sospechaba que el hispano aún seguía con vida. Si uno de los jinetes ejecutores se hubiera acercado demasiado a él, Heredia habría luchado hasta la muerte, tratando de llevarse por delante al mayor número de esclavistas posible. Hubiera escuchado el revuelo de la lucha aunque se hubiera encontrado en la misma cabeza de la columna.

La lluvia remitió y pudo ver con más claridad. Descubrió que el anciano había caído por última vez y que el hombre que lo precedía arrastraba tras él su cadáver embarrado, sin ser consciente del peso extra con el que cargaba. Como Delano, como todos los que formaban parte de aquella horrible comitiva, había pasado el umbral de la tolerancia hacía tiempo. Avanzaban porque no quedaba más remedio. La sombra rápida y líquida de un jinete pasó a escasos centímetros de Delano y su montura le resopló en la cara. El mercenario hizo frenar la marcha de la comitiva, bajó del

caballo y sacó una redoma del interior de su cazadora. Extrajo el alma del anciano con eficiencia y rapidez, entonando aquella salmodia macabra que tantas veces había escuchado Delano. Luego desenfundó un enorme cuchillo de sierra y de tres rápidos tajos decapitó al cadáver. Lanzó la cabeza hacia la zona arbolada a la que se abría el camino y, después de echarse el cuerpo decapitado al hombro, montó en su caballo. Delano volvió a cerrar los ojos.

Los abrió de nuevo cuando la lluvia cesó de pronto y el tiempo cálido dejó paso a una temperatura glacial. Habían entrado en un nuevo camino: un desierto de roca blanca que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, jalonado por peñas tan erosionadas que parecían pulidas. Delano tenía la sensación de llevar días andando sin detenerse ni un instante. ¿Qué era lo que pretendían? ¿Reventarlos? ¿Llevarlos muertos a Cicero? ¿Qué sentido tenía aquello? Leyó entre líneas en el mercenario más próximo, un hombre de espaldas anchas tocado con un sombrero vaquero. Estaba agotado y aguardaba ansioso la orden de detenerse. Por lo que sabía no podía faltar mucho para levantar el primer campamento. Un grupo de exploradores había recorrido de antemano el camino que llevaba hasta el punto de fracción de Cicero y había elegido los lugares más seguros y protegidos donde acampar.

Caminaron durante una hora más por aquel pedregal desértico. Un crepúsculo suave se estiró sobre los cielos y el erial de roca, hermanándolo todo, poco a poco, en una misma oscuridad, opresiva y monótona. Delano marchaba con la vista fija en las grietas del camino, envuelto en su cazadora sucia y maltrecha. Había descubierto que el mero hecho de concentrarse en algo que no fuera aquella caravana le ayudaba a avanzar. Sus piernas ya no eran parte de su cuerpo, las sentía como algo ajeno, dos prolongaciones palpitantes y endurecidas tan extrañas para su organismo como la cadena que surgía de la argolla metálica de su cuello.

De pronto se escuchó un gran revuelo en la cabeza de la columna. Alzó la vista de la línea de grietas casi a regañadientes. Los vehículos que habían cerrado la marcha, con la caravana negra del Morador al frente, aceleraban junto a las filas de prisioneros, levantando una intensa polvareda. Leyó en uno de los mercenarios que espoleaba su caballo tras los vehículos, con la esperanza de que se hubieran topado con algún tipo de dificultad, algo de lo que aprovecharse para intentar escapar. Pero no ocurría nada anormal. Habían llegado a un accidente del terreno y estaban preparándose para sortearlo. Se arriesgó a salirse un momento de la cordada para mirar hacia delante y pudo ver cómo el camino quedaba cortado por una grieta espectacular. Había un puente natural de unos quinientos metros de largo que salvaba el vacío hasta llegar a una segunda formación rocosa; no discurría recto sino que ascendía en una suave curva para volver a descender llegada su mitad. El puente era estrecho, lo justo para que pasaran los vehículos y no sin dificultades.

Regresó a la fila. Lo último que pudo ver fue que los enviados de Cicero y varios

mercenarios habían formado un pequeño cónclave en el nacimiento del puente. El Morador no estaba entre ellos, por lo visto dejaba esos asuntos banales a sus acólitos. Cuando unos minutos después las filas de prisioneros llegaron hasta allí, Delano vio que tres furgonetas ya habían cruzado el puente y aguardaban al otro lado, junto a un nutrido grupo de jinetes. Tres mercenarios habían subido a los techos de los vehículos, colocándose tras las ametralladoras. Una de ellas, la de la furgoneta blanca, la más pequeña de las tres, apuntaba hacia el puente mientras que las otras dos cubrían la explanada. Aquel lugar iba a ser, por fin, la primera parada de los ganaderos. Estaban asegurando el perímetro.

Los jinetes se dispusieron a ambos lados de los encadenados y los obligaron a avanzar hacia el puente. Delano, nada más poner el pie en él, miró hacia abajo, hacia el abismo que se hundía en las entrañas de aquel camino robado. No alcanzaba a ver el fondo. ¿Qué ocurriría si saltaba? ¿Arrastraría a la cordada tras él, liberándolos del horror que se avecinaba? ¿O se rompería el cuello y sería izado por sus captores para no desperdiciar su preciosa alma? No había jinetes sobre el puente, dada su estrechez sólo los acompañaban los mercenarios a pie y en aquel momento no había ninguno cerca de Delano. Nadie podría impedir que saltara si ése era su deseo. Contempló el vacío con anhelo. Agitó la cabeza y volvió a centrarse en las grietas del suelo.

La noche sin estrellas se cerró sobre ellos.

Los ganaderos que habían cruzado en primer lugar iban agrupando a los prisioneros a la izquierda del camino, a unos doscientos metros del puente. El terreno que pisaban estaba cuarteado y plagado de hondonadas y grietas, como si el paso del tiempo lo hubiera castigado con mayor ardor que a su gemelo del otro lado. Delano miró hacia el puente y tuvo una fugaz visión de Heredia cruzándolo. El joven contemplaba la caída con curiosidad y hasta creyó verlo escupir al vacío antes de perderlo de vista entre el resto de cautivos y la oscuridad creciente.

Cuando el último hombre cruzó el puente, los ganaderos dieron la orden de acampar. Delano se dejó caer al suelo jadeando. Sentía el estómago acalambreado y un dolor tremendo se despertó en su costado derecho al poco rato de estar inmóvil. Se frotó las piernas con fuerza, tratando de recuperarlas después de aquella marcha salvaje. La inmovilidad no trajo consigo el descanso; ahora el frío, el hambre y la sed se hacían aún más patentes, eran gritos desaforados que lanzaba su propio organismo y que no podía hacer nada por aplacar.

Los prisioneros se habían ido sentando sobre el suelo de roca, acercándose unos a otros en busca de calor y compañía o aprovechándose de la longitud de las cadenas para alejarse de todo y de todos. Los mercenarios dispusieron varias tiendas de campaña, separadas unos metros del contingente de prisioneros y apostaron vigilantes por todo el campamento. La tienda más grande quedó en el centro de la extensión

rocosa, una carpa negra brillante que a Delano le recordó la tela de las tiendas de Rigaud. En cuanto estuvo colocada se camufló perfectamente en la noche, como un pedazo de oscuridad más. Aparcaron los vehículos en un extremo de la zona de tiendas, opuesto al puente de piedra blanca guardado por las tres furgonetas y sus ametralladoras.

Delano vio cómo la criatura pálida de Cicero trepaba a la cabina del camión del Morador y permanecía allí escrutando el cielo.

La primera vez que Delano despertó del sopor en el que se encontraba sumido, creyó que soñaba y que estaba de regreso al cementerio donde paraban los muertos y la sirena de piedra viva. Como en aquel sueño, llovía carne y sangre de los cielos. Delano se incorporó, aterido. Un pedazo de carne golpeó blandamente contra su hombro y cayó al suelo, chapoteando. Sus fosas nasales se llenaron con el aroma de la carne guisada.

Varios ganaderos caminaban entre los prisioneros tumbados. Llevaban enormes cubos de los que brotaba un fragante humo blanco. De su interior iban sacando gruesas porciones de carne que arrojaban con dejadez sobre la marea humana que los rodeaba.

Delano no necesitó leer entre líneas para averiguar que aquello con lo que pretendían alimentarlos era carne humana. La carne de los que habían muerto durante la marcha. Miró a su alrededor, con el corazón agarrotado en el pecho y un nudo amargo en la garganta. Apenas podía respirar. Muchos habían aceptado la carne, unos con relucencia, otros con verdadera avidez. Delano cogió el trozo de carne que tenía ante él y lo lanzó tan lejos como que pudo, haciendo una mueca. Luego se tumbó y cerró los ojos, tratando de no escuchar el ruido de mordiscos y desgarros con los que se daba sepultura final a los que habían muerto entre ellos.

Cuando volvió a sumirse en aquella calma muerta que casi era inconsciencia su último pensamiento fue que, desde que había despertado bajo la lluvia de carne hasta ese mismo instante, no había dejado de salivar.

Despertó por segunda vez cuando notó cómo algo diminuto y vibrante trataba de introducirse entre sus labios. Movi6 la cabeza y la molestia desapareci6, llevándose consigo un zumbido bajo, casi eléctrico. El zumbido regresó casi de inmediato y se posó de nuevo sobre su rostro, en la barbilla ahora. Delano volvió a agitar la cabeza, asqueado, pero esta vez aquello no remontó el vuelo. Ascendió con rapidez por su cara hasta llegar a las fosas nasales. Entró un momento en cada una de ellas y, después de un segundo de aparente duda, trepó por el arco de la nariz. Delano abrió los ojos por fin, bizqueando ante la luz difusa del amanecer. Una mosca negra, veteadas de un blanco lechoso, alzó el vuelo y quedó suspendida a unos centímetros de su cara. Dos diminutos ojos humanos lo observaban desde la cabeza del insecto.

—Sforza... —susurró Delano. Se incorporó despertando en su cuerpo una jauría

de dolores y calambres y miró a su alrededor. El campamento dormía el sueño inquieto que traen el agotamiento y el horror. Mercenarios a caballo y a pie hacían su ronda en la penumbra de un lento amanecer. Había decenas de moscas en el campamento, moscas negras y blancas zumbando entre los excrementos, la suciedad y los cuerpos hacinados. Dos insectos se posaron sobre la palma de su mano y trazaron círculos concéntricos sobre su piel clavando sus miradas demenciales en él antes de echar a volar.

Con cada segundo que pasaba, el número y audacia de las moscas se multiplicaba. Se detenían de cuando en cuando sobre el cuerpo de un prisionero para luego posarse sobre las monturas de los ganaderos o entrar por las ventanillas de los vehículos. Se agrupaban formando densas nubes vibrantes aquí y allá, apenas visibles bajo la mortecina claridad del día que llegaba, como si estuvieran conspirando entre ellas, trazando el mejor plan de acción o recibiendo las últimas instrucciones de sus líderes. Luego deshacían el grupo y partían en direcciones distintas, extendiéndose por el campamento como una humareda viva.

Sforza estaba cerca.

Delano, completamente despierto, siguió el vuelo de uno de los insectos. La mosca se fue a posar sobre el hombro de un ganadero pelirrojo que pasaba montado a caballo a dos metros escasos de donde se encontraba. Permaneció unos segundos allí, frotándose con fruición las patas delanteras, para luego volver al aire. Voló en torno a la cabeza del pelirrojo, se posó en el lóbulo de su oreja izquierda y entró con rapidez por el pabellón auditivo. El hombre dio un respingo, se palmeó el oído con fuerza y agitó la cabeza. Luego se rehizo en su montura, carraspeó y escupió un gargajo oscuro antes de continuar su marcha, mirando a izquierda y derecha, ignorante de que el enemigo ya había traspasado sus líneas. Delano lo vigiló mientras se alejaba. No podía asegurarlo, pero tenía la sensación de que la mosca no había vuelto a salir.

Se tumbó de nuevo y se obligó a respirar con calma. La operación de rescate estaba en marcha, eso era evidente, pero la cuestión que le preocupaba era saber si se encontraba preparado para afrontarla. Y lo dudaba. Estaba agotado, tanto física como mentalmente. Delano gimió y se hizo un ovillo, ajeno a las moscas que zumbaban a su alrededor y al trasiego que recorría el campamento.

Un ruido amortiguado a su izquierda le indicó que alguien se aproximaba. Hacía ademán de girar la cabeza en esa dirección cuando escuchó la voz de Heredia susurrándole en el oído.

—No te muevas... —le ordenó—. Ni siquiera abras los ojos.

Delano notó cómo el joven se revolvía a su espalda. Por el rabillo el ojo captó un atisbo de sus manos, aleteando junto a él. Se produjo un rápido destello seguido de un chasquido y la cadena que unía los grilletes de sus tobillos se aflojó. Luego ocurrió lo mismo con las que mantenían presas sus muñecas y su cuello, aunque ninguna llegó a

caer. Heredia le dio una suave palmada en el hombro.

—Espera mi señal... —le advirtió y Delano sintió más que escuchó cómo se alejaba.

Giró sobre sí mismo hasta quedar bocabajo sobre el suelo. No era una posición muy cómoda, pero le sirvió para examinar sus cadenas a salvo de miradas indiscretas. Los grilletes estaban abiertos, pero Heredia los había dejado perfectamente encajados y cualquiera que los observara no se daría cuenta de que ya no estaban cerrados. Delano agitó las muñecas, entrecruzadas bajo su vientre, y los grilletes se abrieron. Volvió a cerrarlos con el corazón acelerado. En su imaginación el *click* de apertura había sonado como un cañonazo. Recuperó la compostura y apretó los dientes, temblando.

No estoy preparado... ¡Ahora no! ¡No estoy preparado, maldita sea!

Sonó un disparo y Delano casi gritó, sobrecogido, antes de darse cuenta de que no se trataba de un ataque sino de la señal de que el campamento volvía a la vida. La luz del amanecer comenzaba a ser diáfana, aclarando sombras y devolviendo al paisaje toda la gama de colores cenicientos que la noche le había arrebatado. El sol apareció en el este, semioculto por jirones grisáceos que más parecían harapos abandonados en el cielo que nubes.

El Morador salió de su tienda, arrastrando tras él el vaho negro que surgía de las juntas de su armadura. Se acercó a su camión despacio y despacio miró en derredor. El griterío de los mercenarios poniendo en pie a los prisioneros se mezclaba con el sonido de los motores en marcha, los gritos, el relinchar de los caballos y algún que otro disparo ocasional. Delano se levanto con la escasa calma que fue capaz de reunir.

Que no sea ahora, por favor... Que no sea ahora... ¡Necesito tiempo!

Los látigos mordían aquí y allá. Algunos prisioneros no habían sobrevivido a la noche y los ganaderos trataban de verter sus almas en las redomas; muy pocas habían escapado totalmente y la mayoría acabó en las prisiones de vidrio en las que serían transportadas a Cicero. A continuación varios mercenarios cargaron los cadáveres a sus espaldas y los trasladaron a la trasera de una de las furgonetas. Las pocas tiendas del campamento fueron recogidas con rapidez.

En medio de la confusión apareció Heredia, abriéndose paso a codazos entre los cautivos. Ni prisioneros ni guardianes se dieron cuenta de que sus grilletes no estaban unidos a las cadenas con las que había rodeado su cazadora, sustituyendo a las que había perdido en el callejón de la planicie. No miró a Delano mientras avanzaba hasta colocarse justo su lado.

—No creo que sea un buen momento para tratar de... —susurró Delano.

—Cállate... —le espetó el joven en un tono de voz seco y cortante. La tensión en su rostro era tal que sus rasgos parecían tallados en piedra quebradiza. Mantenía los ojos entrecerrados, fijos en la mole oscura del Morador. El *ankh* dorado en su oreja

palpitaba tenuemente.

La armadura negra del monstruo era como un desgarrón en la realidad, un tumor al que el azar había dotado de forma humana. Sus ojos llameantes recorrieron todo el campamento y por un momento pareció dispuesto a dar la orden de partida, pero algo le detuvo. Alzó sus dos cabezas, alerta como un depredador que ha captado en el viento el aroma de una presa. Delano tragó saliva.

El ser estaba inmóvil ante la cabina del camión. Algunos ganaderos comenzaron a murmurar, sorprendidos por la quietud del monstruo. Un rastreador descendió del techo de una de las furgonetas, se desvaneció envuelto en la miasma negra que exudaban las incisiones en su cuello y apareció a los pies del Morador.

Los ojos oscuros de la cabeza inferior del ser examinaban las cordadas de humanidad temblorosa, deteniéndose de cuando en cuando en uno de los cautivos antes de seguir su rastreo metódico y paciente. La mirada de la cabeza superior seguía el mismo camino que su hermana, escoltándola en su escrutinio.

—Está leyendo en los prisioneros... —susurró Delano, tratando de escudarse en la multitud y empujando con el hombro a Heredia para que hiciera lo mismo. Pero con sus movimientos sólo lograron delatarse. Los ojos negros del Morador saltaron hacia ellos como dos panteras gemelas.

Al instante Delano sintió un tirón casi físico arrastrándolo hacia el monstruo. Los esclavos, Heredia a su lado, los mercenarios y sus vehículos y caballos se desvanecieron ante el influjo de aquellos ojos que lo atraían con la fuerza fatal con la que la tierra atrae a los meteoros. El mundo entero desapareció. En aquel páramo desolado sólo quedó lugar para Delano y el demonio. El par de llamas de la segunda cabeza se desorbitaron como bocas de volcanes a punto de entrar en erupción. «*Ha descubierto que estoy protegido.*» pensó para que luego la verdad le sacudiera como una cuchillada de hielo: el Morador de Cicero estaba leyendo entre líneas en él. Su protección innata había quedado hecha trizas, reventada por la mirada oscura. Nada escapaba de su escrutinio, todos sus secretos y esperanzas quedaron al descubierto y con cada uno de ellos el regocijo de la criatura crecía. Delano trató de resistirse pero era imposible. El demonio devoraba su esencia con el ansia salvaje del gourmet que, por azar, ha dado con un succulento banquete en el lugar más insospechado.

El Morador apartó la mirada bruscamente, repleto. Delano trastabilló hacia atrás cuando el contacto se rompió y cayó al suelo. El grillete de su cuello se abrió y salió despedido en parábola, todavía unido a su cadena.

—¡Mierda! —exclamó Heredia. Se llevó las manos al interior de su cazadora y sacó las dos pistolas de munición en Sombra que había llevado ocultas. Arrojó una a Delano, que a duras penas consiguió atraparla, y saltó hacia delante, casi trepando sobre la primera línea de prisioneros, para abrir fuego sobre los mercenarios.

Delano, desde el suelo, aturdido, escuchó cómo el mundo enloquecía. El tableteo

de la pistola ametralladora de Heredia pronto se vio ahogado por el sonido de decenas de armas abriendo fuego al unísono. Los prisioneros gritaban y corrían en todas direcciones y, limitados por sus cadenas, muchos acababan en el suelo, arrastrando a los que se encontraban unidos a ellos.

Delano se libró de sus grilletes tan rápidamente como pudo. Un cautivo le pisoteó en el hombro izquierdo mientras huía de la balacera y otro, al caer, hundió una rodilla en su estómago. Delano lo apartó de un empujón, tragándose un grito. Se revolvió en el suelo en un desesperado intento por incorporarse y una cadena le sacudió un golpe atroz en el mentón, derribándolo de nuevo. Iban a aplastarlo. Si no conseguía levantarse en el instante siguiente moriría arrollado por aquella estampida humana. *Y no quería morir...* Un cuerpo cayó junto a él con el torso cosido a balazos y, como si ésa hubiera sido una señal convenida, Delano Gris abrió fuego sobre los prisioneros. La pistola saltaba en su mano como un animal histérico, rabioso. Delano siguió disparando mientras se erguía con el rostro congestionado por la tensión y el horror, sin ver los rostros de los que caían abatidos por sus disparos, sin escuchar más sonido que el latido de su corazón que, ahora sí, le gritaba que su verdadero y único anhelo era sobrevivir, sobrevivir a pesar de todo, sobrevivir fuera quien fuera el que tuviera que morir para ello.

Se alzó rodeado de cadáveres, gritando, aullando. Lo que corría por su cuerpo no era adrenalina, era fuego. En la profundidad de su mente algo reía y le animaba a seguir matando. Dio dos rápidos pasos hacia delante. La sangre manaba a chorros de su mentón herido. Se retiró el pelo, sucio y pegajoso, de la frente. Un prisionero salió de su camino dando un alarido y resbaló en el suelo ensangrentado. Las balas silbaban sobre su cabeza. A su derecha una explosión lanzó por los aires, girando sobre sí mismo, el cuerpo de un caballo con los cuartos traseros destrozados. Cuando el humo de la explosión se aclaró, Delano pudo ver el puente natural y las tres furgonetas aparcadas en sus cercanías. Los dos vehículos encarados hacia el campamento vibraban bajo el intenso fuego que escupían las ametralladoras colocadas en sus techos. Los mercenarios subidos allí disparaban sobre sus propios compañeros. Y no sólo ellos. El contingente de ganaderos se había dividido en dos bandos que se masacraban entre sí, atrincherados tras las rocas y los vehículos. Leyó entre líneas. Las moscas de Sforza habían tomado el control de buena parte de los mercenarios y ahora trataban de cubrirlos en su huida.

Delano salió del barullo de prisioneros, disparando el arma en un arco ascendente, sin apuntar a nada en particular. Apoyó la mano izquierda en el suelo para no caer y se impulsó, casi a cuatro patas, hacia delante, consciente de que estaba en mitad del camino y que presentaba un blanco fácil. El griterío era ensordecedor. En aquel caos era difícil hacerse una idea de lo que ocurría. Se limitó a correr bajo el fragor de las balas. Creyó ver la espalda de Heredia, escudado tras lo que parecían ser sacos de

tierra pero estaba demasiado lejos y las balas silbaban demasiado cerca como para detenerse a investigarlo. Descubrió una depresión del terreno a escasos metros y los salvó a la carrera, esperando que en cualquier momento lo parara una bala. Se dejó caer en la zanja, contó hasta tres y atisbo tras su parapeto.

Dos enormes nubarrones de moscas se cernían al otro extremo del campamento, donde se guarecían los mercenarios no poseídos, respondiendo al fuego que llegaba desde el otro lado. Los insectos no sólo hacían todo lo posible para dificultar su visión sino que además se lanzaban feroces contra ellos. Una mosca estalló al impactar en plena cara de un hombre de pelo rubio que cayó hacia atrás, palmeándose el rostro desesperado, como si el insecto hubiera estado repleto de ácido. Los magos que integraban las filas de los ganaderos eran el blanco principal de los insectos de Sforza, los atacaban con saña, sacándolos del terreno de juego con sus ataques y evitando que usaran sus hechizos contra los poseídos.

¿Era ésa la casta del mago negro? ¿Aquellos horribles insectos podían haber sido humanos alguna vez?

Delano se llevó la mano izquierda al mentón donde le había golpeado la cadena y la retiró húmeda de sangre. Por un instante había creído notar las inmundas patas de uno de aquellos seres intentando colarse por la herida abierta.

Heredia se encontraba unos metros más adelante, parapetado tras el cadáver de uno de los caballos, con las rodillas hundidas en las vísceras humeantes del animal. El joven se asomó el tiempo suficiente para descargar una corta ráfaga y volvió a refugiarse tras su precaria barricada justo cuando la lomera del caballo recibió la lluvia de balas con la que respondieron a su ataque. El caballo muerto era la frontera que separaba a los mercenarios poseídos de los que seguían siendo dueños de sus actos. A la izquierda los prisioneros trataban de liberarse de sus cadenas, corrían en direcciones contrarias, rodaban por el suelo...

El grueso de ganaderos se desplegaba en abanico en torno al Morador, que permanecía inmóvil junto a su camión, ajeno al tiroteo. A sus pies los dos rastreadores rugían y bramaban, desplegando sus alas membranosas. Las venas de su cuello se hinchaban y deshinchaban al ritmo de sus aullidos y de sus convulsiones rabiosas. El humo de las detonaciones se alzaba en el aire, difuminándose al ir ganando altura, como espectrales signos de admiración.

¿Y el resto de los enviados de Cicero? ¿Dónde estaban y por qué no participaban en la lucha? Delano atisbo desde su parapeto y descubrió que la mayor parte de ellos se encontraba en el interior de los todoterrenos, sentados con la vista al frente, ajenos a todo, como si la locura que se había desatado no fuera de su incumbencia y estuvieran esperando a que todo acabara para reanudar la marcha.

—¡Tenemos que salir de aquí, Delano! —le gritó Heredia, acurrucado contra el vientre abierto del caballo y empuñando su arma con ambas manos—. ¡Cúbreme!

El joven se incorporó casi en cuclillas, disparó dos ráfagas sobre el animal muerto y cuando amagaba un primer paso hacia la posición de Delano, uno de los enviados de Cicero, el monstruo oscuro con la cara demolida a cuchilladas, se materializó frente a él de manera tan repentina que no pudo hacer nada para esquivarlo. Dos poderosas garras aferraron su cabeza y la hicieron girar brutalmente hacia la derecha, en un movimiento tan bárbaro que debería haberle fracturado el cuello. El chasquido se escuchó sobre los disparos y los gritos. Heredia se desplomó como un saco roto. El enviado saltó dispuesto a descargar el golpe de gracia si era necesario. Delano disparó hacia él, pero las balas que lo hicieron retroceder partieron de la pistola del propio Heredia. El joven se impulsó desde el suelo dando un grito, embistió con su hombro al monstruo y lo derribó, sin dejar de disparar. Luego echó a correr hacia la trinchera, frotándose el cuello. Delano vio como el enviado se incorporaba y abrió fuego, escorándose exageradamente a la izquierda para no alcanzar a Heredia. La criatura se desvaneció en el aire antes de que las balas llegaran. Por un momento su cabeza desfigurada pendió en el vacío; los pliegues negros que eran sus ojos resaltaban como estrellas furiosas en la huella cárdena de su rostro.

Heredia aterrizó a su lado resoplando, frotándose una y otra vez el cuello en el que ya comenzaban a dibujarse las huellas amoratadas de las zarpas del enviado.

Los dos hombres se asomaron a la par por el borde la zanja y a la par abrieron fuego. Tras ellos los ganaderos poseídos seguían abatiendo a sus amigos y compañeros mientras ellos mismos caían bajo sus disparos. A la izquierda, los prisioneros trataban de organizarse para escapar hacia el puente, pero los primeros intentos de coordinar la huida habían sido vanos y cuando por fin parecían a punto de lograr cierto orden, uno de los rastreadores se materializó entre ellos y comenzó a lanzar salvajes mordiscos aquí y allá, provocando una nueva estampida y anulando cualquier posibilidad de fuga.

El Morador seguía ante su camión, imperturbable. El segundo rastreador caminaba de un lado a otro a sus pies, con el pelaje encrespado.

—Hora de irse, gris... —dijo Heredia apuntando su arma hacia las furgonetas aparcadas cerca del puente. Las palabras apenas lograban abrirse camino por su garganta malherida. Seguía frotándose la con la mano izquierda, como si tratara de avivar la circulación en sus venas.

Delano miró hacia los vehículos aparcados, midiendo mentalmente la distancia que los separaba de ellos.

—No llegaremos nunca... —susurró sacudiendo la cabeza—. Son casi doscientos metros...

—No te preocupes... Tendremos cobertura... Confía, muchacho. Lo peor ya ha pasado... —aseguró con su voz cascada. Tenía los labios bañados en sangre.

Delano resopló y miró de nuevo hacia las tres furgonetas. El mercenario poseído

que manejaba una de las ametralladoras cayó fulminado. Otro trepó al techo para ocupar su lugar y un segundo lo siguió al cabo de unos instantes, con todo su cuerpo reatado en cintas de munición. Suspiró. No podían quedarse en la zanja mucho tiempo. Tenían que ponerse en movimiento, no había otra solución.

—Bien... bien... De acuerdo... —miró a Heredia y asintió—. Cuando quieras...

El joven sonrió, lanzó una mirada hacia atrás y se incorporó de un salto.

—¡Ahora!

Nada más dejar el amparo de la trinchera, Delano vio cómo, desde el otro lado del puente, una sombra envuelta en una orla de energía pulsátil salía despedida hacia los cielos. La máscara de Sforza era una rutilante lágrima de plata bajo los rayos del sol que trepaba sobre sus cabezas. El nigromante alcanzó el centro del campamento y se detuvo allí. Trazó un arco con su mano derecha que tiñó el aire de polvo negro y ceniza. Luego catapultó el brazo izquierdo hacia delante. Una ola de negrura lo eclipsó durante un segundo antes de salir proyectada hacia los ganaderos no poseídos. Delano sintió un intenso crepitar a su espalda y los disparos que llegaban desde allí cesaron bruscamente, sustituidos por un sinfín de maldiciones y gritos. Delano no miró hacia atrás. Ni siquiera cuando aquella voz retorcida y bestial, que sólo podía surgir de una de las gargantas del Morador, dio una orden seca en un idioma ininteligible. El rastreador respondió con un aullido demencial. Unos segundos después, cuando apenas les faltaban cincuenta metros para alcanzarlas furgonetas, el tiroteo se reavivó desde ambos lados del campamento. Delano tuvo la sensación de que todos los disparos le buscaban a él.

Tuvo un fugaz atisbo del rastreador volando a trompicones en el cielo, desapareciendo y apareciendo en tomo a Sforza, lanzándole furiosos bocados que el nigromante esquivaba a duras penas mientras trataba de lanzarle un maleficio con la mano que no manejaba el dispositivo de vuelo de su cinturón. Fuera lo que fuera lo que había hecho para cubrir su huida, se había ido al traste con el ataque del perro con cabeza humana.

Heredia llegó a la primera furgoneta y, sin apenas frenar su carrera, se dejó caer y se deslizó entre el suelo y el bajo del vehículo. Delano lo imitó y su codo izquierdo golpeó con tal fuerza contra la roca que una explosión eléctrica le dejó el brazo insensible e inútil durante unos instantes.

Lo primero que vio al girarse fue que el Morador, por fin, se había puesto en movimiento. La realidad entera quedó congelada bajo el avance de sus poderosas zancadas. Los brazos superiores desfundaron dos espadas curvas de hoja negra y mellada, las bocas de las calaveras que adornaban sus hombreras se abrieron en un silencioso grito. Las balas repicaban contra su armadura con el sonido y la constancia de un intenso aguacero. El mismo aguacero que se precipitaba sobre la furgoneta bajo la que se refugiaban.

Dos balas se hundieron contra la chapa de metal del vehículo, demasiado escoradas como para provenir del otro extremo del campamento. Delano buscó la fuente de los disparos y descubrió a Dionisio, el líder de los mercenarios que los había sacado de la Planicie. El ganadero, escudado entre los prisioneros, recargó su escopeta con un movimiento rápido y volvió a apuntar hacia ellos.

—¡Joder! —exclamó Heredia cuando el primer disparo reventó la rueda que tenía a su derecha, a unos centímetros de su rostro. La segunda bala tironeó de la pernera del pantalón de Delano. Heredia se revolvió en el suelo y abrió fuego contra Dionisio quien se escabulló en el caos reinante. Tres cautivos cayeron abatidos por los disparos antes de que el hispano dejara de disparar.

El rancio hálito de podredumbre y escoria quemada que despedía el Morador llenó de lágrimas los ojos de Delano. El demonio se acercaba. —¡Fuera! —gritó Heredia, empujándolo sin contemplaciones—. ¡Corre hacia la furgoneta blanca! ¡Hacia la blanca!

Delano rodó por el suelo, saliendo por el lateral izquierdo del vehículo mientras el joven hacía lo propio por el derecho. La lluvia de balas arreciaba. La peste de la criatura se hizo más densa.

Un destello desde el otro lado del puente precedió al trallazo de luz blanca que se hundió a unos centímetros del monstruo, horadando la roca y levantando un surtidor de guijarros y humo pardo. El Morador retrocedió con un gruñido y alzó sus cabezas, tratando de localizar a su atacante. Rigaud, rodilla en tierra, apuntó de nuevo con el arma de los filos. Era el arma de Heredia, el arma que Delano había temido ver aparecer cuando los mercenarios registraron la Bolsa Coherente del hispano allá en la torre de la Planicie. Y por primera vez cayó en la cuenta de que empuñaba una de las pistolas ametralladoras del canadiense. Sacudió la cabeza. No era el momento más oportuno para pensaren ello.

La mayor parte del fuego de los poseídos se centró en el Morador, ignorando por completo al resto de mercenarios. Los ganaderos víctimas de las moscas de Sforza sólo parecían tener un objetivo: facilitar la huida de Delano y Heredia; sus vidas eran intrascendentes en ese nuevo orden cósmico que tenía como centro a los dos fugitivos.

El Morador flexionó sus piernas y saltó sobre el techo de la furgoneta que les había servido de refugio. Un nuevo haz de luz perlada escupida por el arma de los filos buscó al demonio sin encontrarlo, y se perdió en la distancia como un relámpago desbocado. El mercenario que manejaba la ametralladora sobre la cabina cambió de blanco al ver al Morador frente a él. El monstruo recibió la embestida de las balas y reculó hacia atrás, desequilibrado por la potencia de las ráfagas. Con un violento gesto clavó la espada de su mano izquierda en el metal del techo, afianzando su posición, y dio un paso en dirección a la ametralladora, usando el arma clavada como

apoyo. Trazó una doble aspa con su segunda espada que decapitó al mercenario y cercenó su brazo derecho. El Morador desclavó la espada del techo y saltó a tierra. Dos ganaderos llegaron a la carrera listos para interceptarlo. Las cuencas vacías del cráneo de su hombro izquierdo cobraron un repentino brillo nacarado y de su boca surgió un haz de luz que atravesó el pecho del más próximo. El ganadero se convulsionó y cayó hacia atrás, aullando de dolor. Todo su cuerpo burbujeaba como si carne, músculos y huesos se estuvieran convirtiendo en licor hirviente hasta que, de repente, con una última sacudida, estalló en pedazos, rociando de zumo orgánico a todos los que estaban cerca. El Morador retrocedió un paso cuando los disparos del segundo poseído impactaron contra su armadura y, con un elegante movimiento se balanceó hacia delante, partió al mercenario en dos y regresó a su posición inicial entrechocando las hojas de sus espadas ante su casco doble.

Delano llegó hasta la segunda furgoneta y se escudó contra un lateral, sin aliento. El vehículo estaba inclinado hacia la derecha, apoyado en las llantas de los neumáticos destrozados de ese flanco. Se cambió el arma de mano y se limpió la palma sudada contra el pantalón mientras contemplaba la trasera de la furgoneta blanca, la que se encontraba más cerca del puente y encarada a él. Tan sólo le separaban diez metros de ella. Desde el otro lado del vehículo escorado le llegó el tableteo furioso del arma de Heredia y el sonido pesado de un cuerpo cayendo. Se preparaba para correr hacia la tercera furgoneta cuando una ráfaga del aire fétido le hizo girarse. El Morador estaba apenas a dos metros. Ahora eran cuatro las espadas que empuñaba, tan repletas de sombras en movimiento como su armadura. Los dos se contemplaron un largo instante. Sentía la frialdad inútil de la pistola en su mano. Las balas no harían mella en aquel demonio.

Tres poseídos cargaron contra el monstruo. Las cuatro espadas bailaron entre ellos, desmembrando y cortando carne, dibujando un hipnótico fractal de destrucción mientras su portador se abría camino hacia Delano. Delano dio un grito, sin saber si era de rabia o de pánico, y abrió fuego sobre la sombra que se le echaba encima. El Morador le sobrepasó con un majestuoso salto que lo llevó hasta el techo de la furgoneta inclinada. Segundos después dos nuevos cadáveres cayeron desde la parte superior. Una cabeza cercenada estalló contra las rocas como un melón maduro, salpicando de sesos líquidos las zapatillas de Delano. Una mosca con las alas húmedas y brillantes se debatía en el centro de un charco de materia gris.

Por el rabillo del ojo Delano captó la carrera frenética de Heredia en pos de la tercera furgoneta. Se giraba para ir tras él cuando un resplandor metálico eclipsó su visión. Durante un instante creyó que se trataba del Morador pero luego escuchó el estrépito metálico de éste aterrizando a su espalda y supo que se equivocaba. El silbido de dos filos cortando el aire le impulsó a arrojar al suelo. Se escuchó el sonido metálico de las armas entrechocando, justo sobre su cabeza y él rodó sobre el

piso de roca apartándose de los chirriantes sonidos del metal contra metal. El Morador se batía contra un inmenso hombretón, vestido con una armadura plateada y oculta su faz por un casco con forma de águila con las alas extendidas. El mercenario enarbolaba con habilidad un gran espadón a dos manos y logró parar la lluvia de estocadas que cayó sobre él hasta que una falla en su guardia dejó desguarnecido su flanco izquierdo y dos espadas tajaron su costado. Cayó de rodillas y las armas del Morador se hundieron en su cuerpo desde cuatro direcciones diferentes. La criatura replegó sus espadas, formando con ellas un aspa sangrienta ante su cuerpo. Llovió sangre.

Delano trató de levantarse, tan fuera de sí que no hacía otra cosa que resbalar y caer. Reculó hacia atrás, con la vista fija en la impresionante estampa del monstruo de Cicero.

Y sólo es un sirviente. Sólo es un sicario del engendro al que pretendes destruir.

El Morador, ignorando a Delano, echó a correr hacia el tercer vehículo justo cuando Heredia abría la portezuela lateral y se colaba dentro. La criatura brincó de nuevo con aquella agilidad fantástica y aterrizó sobre el techo de la furgoneta. Delano se levantó, con el corazón acelerado y la alocada sensación de estar inmerso en una pesadilla surrealista. Patinó en un charco de sangre, se rehizo y corrió hacia la furgoneta. Llegó trastabillando a la puerta lateral del compartimiento de carga justo cuando el torso de un hombre salía despedido hacia el abismo. Entró en el vehículo, agachando la cabeza para no golpearse contra el techo bajo y al instante Heredia cerró la puerta de un fuerte tirón.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Un denso olor a sangre y sudor salió a su encuentro en el pequeño compartimiento. Acostumbrado a la amplitud de la furgoneta del grupo aquella se le antojó no más grande que un ataúd y las cajas de madera que se apoyaban en las paredes intensificaban esa sensación. Los pasos del Morador sobre sus cabezas abombaban hacia dentro la chapa de metal, marcando su lento trayecto. Delano tuvo la imagen de una fiera al acecho, preparada para asestar el golpe definitivo. No había separación entre la trasera y la cabina y Heredia se plantó allí de dos zancadas, sin apartar la vista de las huellas en el techo. Se sentó al volante, comprobó que la llave estaba en el contacto y la giró. El motor tosió dos veces y soltó un rugido bajo, contenido.

Heredia alzó la vista un segundo antes de que el filo negro de una de las espadas atravesara el metal, apenas a un centímetro de su asiento. Se dejó caer, empuñó la pistola con ambas manos y disparó hacia arriba.

La espada retrocedió a través de la grieta y al instante siguiente fueron tres hojas las que se hundieron buscando al joven.

Delano vislumbró a través de la trampilla del techo la silueta de la ametralladora

y la sombra inmensa del Morador sobre la cabina, recortándose contra el cielo azul. Apretó los dientes, guardó la pistola en la parte trasera de sus pantalones y se aupó por la trampilla. El viento estaba envenenado con la peste de demonio.

Sólo un sicario. Un sirviente. ¿Si no puedes enfrentarte a él cómo te enfrentarás a su amo?

El Morador le daba la espalda ocupado en sus intentos por ensartar a Heredia. Los disparos del hispano chocaban y repicaban contra la armadura sin producirle la menor mella. Delano se arrastró hacia la ametralladora. La larga cinta de munición de calibre cincuenta caía por un lateral, como una desmesurada lengua sedienta. Se aferró al metal de la culata. En cuanto sus pulgares rozaron la diminuta palanca que hacía de gatillo la criatura se giró hacia él, irguiéndose en toda su altura.

Los cuatro ojos del Morador lo recorrieron de arriba abajo y Delano quedó congelado, con los dedos muertos sobre el gatillo. Las miradas del monstruo le hablaban en el idioma silente de los que comparten secretos inenarrables, espantosos. Las llamas feroces que lo inmovilizaban le traían recuerdos de los tiempos en los que había sido carnaza para seres como aquel, criaturas que se alimentaban de la agonía con el ansia inagotable de los depredadores que matan no por necesidad sino por placer. Y Delano supo que el monstruo que tenía ante él jamás le haría daño. No ahora, no así. Delano estaba marcado. Era propiedad de Cicero, No importaba el tiempo que transcurriera, no importaba que escapara de aquella caravana delirante. Regresaría a la ciudad maldita. Y no iría encadenado. Iría por voluntad propia.

—*Deo gratias...* —dijo el monstruo un instante antes de que Delano abriera fuego sobre él. El Morador trastabilló bajo la potencia de la ráfaga a quemarropa y cayó de la cabina. Delano siguió disparando, envuelto en el fragor de los disparos y la lluvia de casquillos. La vibración del arma desbocada se prolongaba como un relámpago acerado por su espina dorsal.

—*¡Arranca!* —gritó, rezando para que Heredia estuviera todavía vivo. El Morador se alzó ante la furgoneta. Rigaud, al otro lado del puente, apuntaba a la criatura sin llegar a disparar, temeroso tal vez de dañar el vehículo que representaba la única vía de escape de la pareja. El rugido del motor se redobló.

Una auténtica horda de poseídos embistió contra el monstruo de la armadura oscura. Las cuatro espadas comenzaron de nuevo su danza macabra. Una tormenta de sangre y carne se desencadenó ante la furgoneta, salpicando el metal y los cristales. El campamento estaba sembrado de cadáveres y humo.

Heredia dio marcha atrás y maniobró el vehículo tratando de enfilear el puente. El parachoques trasero golpeó contra el lateral de otra furgoneta, con tanta fuerza que el segundo vehículo se escoró violentamente y el cadáver del ganadero que yacía sobre su techo cayó al suelo. Heredia giró a la derecha, corrigió hacia la izquierda y apretó el acelerador. El parachoques se desprendió de sus sujeciones y se perdió tras ellos,

girando como el aspa de un molino fuera de control.

Heredia volvió a dar marcha atrás para esquivar la increíble melé que se había formado delante. Casi una veintena de ganaderos hostigaba al Morador que, poco a poco, con medida morosidad, iba dando cuenta de ellos sin recibir el más mínimo rasguño. Su armadura absorbía las salpicaduras de sangre, ávida de muerte. Los remolinos de sombra que la conformaban se agitaban enfebrecidos en un caos de figuras dantescas.

Delano se aferró a la plancha de metal curvo que protegía la ametralladora, tratando de no salir despedido de la furgoneta ante sus furiosos embates. Un disparo agujereó el techo. Una segunda bala impactó contra la plancha a la que se aferraba, cambió de trayectoria, y salió aullando buscando el cielo. Se giró a tiempo de ver cómo Dionisio saltaba desde la furgoneta escorada, con el rifle en la mano. Aterrizó de cuclillas a un metro escaso de Delano. Éste soltó una mano de la plancha y buscó la pistola encajada en su cinto. La desenfundó con rapidez, con demasiada rapidez. El arma resbaló de su mano sudada y se deslizó girando por el techo hacia Dionisio quien de una patada la lanzó fuera.

El mercenario se reclinó hacia delante, contrarrestando frenéticos movimientos de la furgoneta con la agilidad y gracia de un marinero acostumbrado alas embestidas del mar, mientras Delano tenía bastante con evitar caer del vehículo, afianzándose con todas sus fuerzas a la placa protectora. Dionisio se colgó el rifle al hombro y desenvainó uno de sus muchos cuchillos. La camiseta talismán aleteaba al viento prendida en su cinto. Delano comprendió que su única posibilidad de sobrevivir era hacerlo caer de la furgoneta. El mercenario le doblaba en tamaño y él estaba agotado. La explosión de adrenalina había quedado muy atrás.

El vehículo dio un brinco y aterrizó sobre el puente. El abismo se abrió bajo ellos y Delano tuvo la impresión de que la furgoneta volaba, que desafiaba todas las reglas de la física y se deslizaba en el aire, ingrávida e imposible. Dionisio saltó hacia Delano, empuñando el cuchillo en horizontal.

Delano hundió sus rodillas en el estómago del mercenario y desvió la trayectoria del cuchillo con el antebrazo. Dionisio se rehizo y cayó sobre él. La furgoneta llegó al final de la cuesta del puente y voló literalmente antes de posar sus cuatro ruedas de nuevo sobre la roca. La terrible sacudida elevó unos centímetros a los dos hombres y volvió a lanzarlos con fuerza contra el techo. Delano resopló y se soltó por completo de la plancha de metal.

Quedaron el uno sobre el otro, con el cuchillo destellando entre ambos. Delano trató de golpearlo en el estómago, pero su puño tan sólo rozó el costado de Dionisio y se enredó en la camiseta talismán. Tiró de la prenda, desenrollándola por completo del cinturón. La camiseta crepitó en su mano y justo en ese instante la rodilla de Dionisio chocó contra el metal con tal fuerza que crujió como si hubiera estallado.

Delano le lanzó una patada al abdomen y el ganadero cayó hacia atrás.

En el otro extremo del puente, el Morador había abierto un hueco en la multitud que lo asediaba. Las dos calaveras de sus hombros se abrieron en un nuevo bostezo y dos caudales de energía gemela surcaron veloces la distancia que los separaba de la furgoneta. Uno de los relámpagos impactó en la espalda de Dionisio, el otro se perdió en la distancia. El mercenario trató de erguirse, con un grito que apenas era un susurro entre sus labios tembloroso. La carne de su rostro se llenó de ampollas líquidas, los ojos se hundieron en sus cuencas como si algo los absorbiera desde dentro. Cayó al vacío. El estallido borboteante que dio fin a su vida fue un regüeldo viscoso.

La furgoneta apenas redujo su velocidad cuando llegó al final del puente. Rigaud disparó por última vez, dejó su refugio al amparo de las rocas y corrió hacia el vehículo. Delano escuchó cómo la portezuela se abría y cerraba con rapidez.

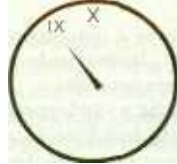
Miró hacia el caos que dejaban atrás. El Morador seguía ejecutando su danza entre los mercenarios poseídos. Decenas de cadáveres manchaban con su sangre la piedra pálida de la meseta. Una sombra en los cielos sobrevoló la grieta mientras la furgoneta se alejaba del puente. Era Sforza, convertido en un remolino informe de sombras negras del que de pronto se desgajó una diminuta esfera irregular, del tamaño de una cabeza humana. La esfera cayó a plomo directa hacia el puente de piedra, aullando como un alma en pena. Cuando impactó contra la roca, el día pareció vibrar un segundo antes de que el estallido, magnificado por los ecos de las paredes del cañón, dibujara una flor negra sobre el puente, reduciéndolo a pedazos. Una lluvia de rocas y llamas se alzó en los cielos.

Delano quedó de rodillas sobre la chapa de metal, con la boca desencajada en un grito que no llegaba a brotar.

Nunca escaparás. Tu destino está allí, en la ciudad maldita, entre sus sombras muertas y la oscuridad.

Volverás a Cicero.

El corazón enjaulado
Muerte y paradoja
El viaje va llegando a su fin
El último sueño



Delano se tumbó sobre el techo de la furgoneta, todavía con la camiseta talismán en la mano. Una nube de humo blanco flotaba en el vacío, un nuevo puente etéreo que tomaba el relevo del que hasta entonces había salvado el abismo. El Morador permanecía inmóvil ante el ramal cortado del puente, con la armadura cubierta de polvo blanco. Enfundó sus espadas, alzó sus dos cabezas y se alejó de allí a travesando el camino sangriento que él mismo había abierto a orillas del puente. En el campamento el sonido de los disparos se redobló cuando los mercenarios efectuaron una última carga contra los poseídos sin que estos opusieran resistencia alguna. Habían dejado de ser útiles y Sforza los había abandonado a su suerte. ¿Murieron cuando las moscas del nigromante se adueñaron de sus cuerpos? ¿O era ahora cuando de verdad morían, abatidos por sus compañeros? Pronto una lúgubre letanía coral se dejó oír en el aire del amanecer ya consumado, todavía inquieto tras la explosión. Había muchas almas que verter en las redomas.

Delano cerró los ojos, transido, lívido, arrebatado por la súbita conciencia de lo que acababa de ocurrir, de lo que él mismo acababa de hacer. Mientras escuchaba cómo aquella melodía insana se perdía en la distancia se preguntó si el alma de alguno de los prisioneros a los que había asesinado en su desesperado intento por sobrevivir había encontrado la muerte verdadera, escapando así del horror de Cicero. Sabía que las probabilidades de que una sola de aquellas almas hubiera cruzado el último umbral en tan poco tiempo eran minúsculas. Y aunque fuera así, aunque todas ellas hubieran eludido la suerte de las redomas, eso no cambiaba nada. No había consuelo ni excusa posible. Era un asesino.

Ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos... Ignoramos por completo nuestro potencial... Ignoramos lo que podemos llegar a hacer si las circunstancias nos empujan a ello...

De pronto el techo se combó y vibró cuando Sforza aterrizó sobre la furgoneta, junto a la ametralladora. Llevaba al rastreador cogido por el cuello; los dedos de su mano derecha desaparecían dentro de las incisiones de su garganta como lampreas ansiosas, rodeados de sangre y carne desgarrada. El monstruo ni siquiera tenía fuerzas para debatirse, estaba inmóvil, con sus cuencas vacías fijas en el cielo.

Delano dedicó una mirada aturdida al nigromante, consciente de que de nuevo le debía la vida. El mago no le prestó atención, ni siquiera se dignó a mirarlo. La expresión de su rostro era la de un hombre que se apresta a llevar a cabo con urgencia una tarea de suma importancia. Una mancha de sangre fresca cruzaba en vertical su máscara de plata.

Sforza invocó su Bolsa Coherente y la dejó caer sobre el techo, sin soltar su presa. Giró al rastreador y lo alzó en el aire hasta que sus caras quedaron frente a frente. Palpó luego el pecho de la bestia con la mano izquierda, con una delicadeza engañosa. El monstruo gemía y temblaba, sus miembros colgaban exangües a ambos

lados de su cuerpo cánico y un silbido áspero surgía de las incisiones en su cuello. Delano escuchó el seco crujido de las costillas del ser al quebrarse cuando la mano de Sforza se hundió en su pecho, hasta la altura de la muñeca. El rastreador se envaró y quedó rígido. De las comisuras de sus labios fluyó un torrente de saliva y sangre.

Delano retiró la vista. Una inmensa nube oscura los perseguía. Por un segundo no tuvo claro qué estaba mirando, hasta que escuchó el zumbido de cientos de insectos y comprendió lo que ocurría: las moscas regresaban a Sforza. La nube negra oscureció el día cuando pasó sobre Delano apenas un minuto después. Se abalanzaron sobre el mago como una inmensa ola. Lo rodearon con su inmenso zumbido común y buscaron el refugio de su cuerpo entrando por sus oídos, por sus fosas nasales, por su boca... Sforza ni siquiera se inmutó. Por lo que parecía, la tarea que llevaba a cabo en el interior del rastreador precisaba de toda su atención. La humareda negra que formaban los insectos desaparecía —y con ella su enloquecedor zumbido— a través de la cabeza del nigromante como agua sucia por un sumidero.

Poco después de que la última mosca hubiera desaparecido, Sforza terminó su tarea. Su mano salió del torso del monstruo con un espantoso crujido. El cadáver golpeó el metal, rebotó y cayó al camino, dando tumbos hasta quedar inmóvil. El mago se enderezó. En su puño izquierdo, completamente bañado en sangre, latía el corazón del rastreador, envuelto en una bruma de humo pardo.

Delano respiró hondo, invocó las pocas fuerzas que le quedaban y se arrastró de regreso a la trampilla. Antes de alcanzarla descubrió dos formas azules situadas en el extremo del brazo interior de la curva que estaban a punto de tomar. Agachó la cabeza y resopló preguntándose qué nuevo horror le tenía preparado el camino y cuánto tiempo más iba a soportarlo. Cuando volvió a alzar la vista, las formas ya se habían perfilado: eran dos caballos azules con las riendas reatadas a una estrecha columnata de piedra. Los animales apenas se movieron cuando pasaron a su lado, sólo giraron sus cabezas y los contemplaron con sus ojos opacos. Eran las monturas que habían llevado a Sforza y Rigaud hasta allí, ligadas a sus dueños por un hechizo de dominación que iba más allá de la muerte. Y ahora los dos animales los veían marcharse, abandonándolos en aquel páramo. Y allí, por el lazo inquebrantable de la magia ígnea, deberían permanecer, fieles hasta que sus amos regresaran. El frío y el hambre acabarían con ellos, pero ni muertos desistirían... Firmes por toda la eternidad. Delano tuvo la fugaz imagen de dos esqueletos puestos en pie, apenas recubiertos ya de carne, con las testuces cadavéricas mirando implorantes hacia el camino por donde se alejaron los que nunca jamás regresarían.

Delano se deslizó por la trampilla al interior de la furgoneta.

Con la huida, todas las cajas del compartimiento de carga habían volcado y buena parte de su contenido estaba esparcido por el suelo. Localizó un mugriento colchón, medio oculto por un montón de ropa, La idea de despejarlo, tumbarse en él y dormir

hasta el día del juicio final era sumamente tentadora. Sin embargo se encaminó hacia la cabina. Rigaud se giró en el asiento. Su rostro estaba tenso y parecía agotado.

—No me des las gracias... —fue lo primero que dijo.

—No iba hacerlo... —le replicó él, apoyando las manos en los respaldos de ambos asientos. Arrastraba las palabras al hablar, como si estuvieran llenas de pesada arena. No sentía ningún agradecimiento hacía el canadiense. Sólo sentía hastío y un terrible cansancio—. Si estás aquí es porque no te quedaba otro remedio, ¿verdad? ¿Bajó mucho la probabilidad de llegar a las fuentes sin nosotros?

Rigaud pareció calibrarlo con la mirada. En sus ojos, Delano vio cierta sorpresa, cómo si no comprendiera muy bien a qué se debía su comportamiento.

—Lo suficiente... —admitió—. Pero aunque no lo hubiera hecho, estaría aquí... No lo dudes.

—Habrías venido a rescatar a Heredia. Lo que me pueda pasar a mí te importa una mierda...

—No sabes lo que dices...

—No... —dijo él. Las palabras ardían en su garganta—. No lo sé...

—Te hemos sacado de ahí, Delano... Lo que nos haya motivado a hacerlo no tiene la menor importancia ¿no crees? Te hemos salvado...

—Es tarde para eso, Rigaud...

Se giraba para poner en práctica aquella maravillosa idea de dormir hasta el fin de los tiempos cuando una explosión de baja intensidad resonó tras la furgoneta.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Heredia mirando hacia atrás.

—Nada de lo que debáis preocuparos... —respondió la voz pausada del nigromante desde arriba. Sforza se dejó caer a través de la trampilla. Por primera vez Delano se percató que su traje oscuro estaba lleno de desgarrones—. He levantado un muro de alarma en el camino... si algo lo traspasa lo sabré al instante. También he dejado un par de mis espías entre ellos...

—Cojonudo... —escupió Delano pasando a su lado. Apartó a patadas la ropa amontonada sobre el colchón. Una botella de whisky sin etiqueta rodó por el suelo y fue a parar a los pies de una silla metálica plegable. Delano la atrapó por el cuello, desenroscó el tapón y bebió un largo trago que bajó como lava por su garganta y se estancó en su pecho, ardiente, sofocante. Un acceso de bilis se abrió camino hacia su boca y lo hizo retroceder con un nuevo trago. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se limpió la boca con el antebrazo y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Cogió el colchón y lo tiró al suelo, lo hizo con furia, como si tratara de arrojar fuera de sí toda su desesperación. Se quitó la cazadora mugrienta y la dejó caer. Luego se dispuso a deshacerse de su camiseta. Estaba tan adherida a la piel que tuvo que forcejear con ella antes de conseguirlo. Se enfundó la camiseta talismán y se tumbó, hecho un ovillo. El colchón olía a polvo viejo y a vómito.

Se negaba a pensar en nada. Estaba demasiado cansado, demasiado harto. Lo único que deseaba era que todo acabara de una vez, como fuera, pero que terminara. La vida debería estar dotada de un botón de avance rápido. No, se corrigió, la vida debería estar dotada de un botón de borrado, un modo efectivo de olvidar la pesadilla de la existencia para poder enfrentarse a ella con ojos nuevos, con la ingenuidad del que no conoce el dolor, con la mirada clara y serena del que no ha visto ni comprendido el mal que devora al mundo.

No soñó. Pero en la oscura calma que le trajo la fatiga, fue consciente de que, en algún lugar recóndito de su mente, comenzaba a armarse un nuevo sueño, una bomba onírica que iba dándose forma a sí misma, tomando de aquí y de allí los elementos que la conformarían, moldeando los engranajes, la carga, detonadores y cables que, a su debido tiempo, la harían estallar.

Abrió los ojos sin saber dónde estaba ni quién era, consciente de un modo lejano de que el mundo se movía, pero no como lo había hecho hasta entonces.

—Por fin... —gruñó Heredia y el movimiento, un zarandeo intenso en vertical, cesó—. Delano pestañeó varias veces para enfocar bien al joven. Estaba acucillado al pie del colchón, con una mano apoyada en su superficie mugrienta. Se había puesto ropa limpia y hubiera parecido aseado de no ser porque aún llevaba puesta la misma cazadora con la que había comenzado el viaje, reatada ahora con las cadenas que lo habían aprisionado en la cordada de esclavos. Las costras de suciedad y barro se adherían al cuero como distintas capas de estratos en una excavación geológica.

—Llevo media hora sacudiendo el colchón, si no resoplaras como un puto volcán hubiera creído que te habías muerto... —sonrió—. ¿Estás mejor?

Delano carraspeó mientras se incorporaba a medias. La gruesa chaqueta de aviador con la que alguien le había cubierto mientras dormía se deslizó a un lado del colchón. Tosió y al instante mil dolores diferentes se dieron cuenta de que estaba consciente y comenzaron a clamar al unísono pugnando por conseguir su atención.

—Pregúntamelo dentro de un par de meses... —contestó Delano.

Heredia se giró y cogió una taza de porcelana negra, llena de un caldo humeante de color ceniza.

—Bébetelo... Sabe a rayos, pero te sentará bien...

En el joven no había la menor huella de la pesadilla vivida con los ganaderos. Para Heredia lo ocurrido no había sido más que un obstáculo incómodo del camino que ya había quedado atrás. Algo destinado al olvido, no al recuerdo. Nada memorable.

Delano sacudió la cabeza. Poco a poco comenzaba a ser consciente de lo que le rodeaba, de manera gradual la realidad volvía a tener sentido. El vehículo estaba detenido y en el compartimiento de carga flotaba una atmósfera parda y movediza. Las

sombras tras el parabrisas se agitaban con suavidad. Escuchó el sonido de una intensa lluvia, era un soniquete lejano y relajante que le trajo a la memoria el recuerdo de la catarata que había visitado junto a su padre antes de que todo se fuera al infierno.

—¿Qué es? —preguntó aceptando la taza. El olor era desagradable, pero el calor de la cerámica en sus manos le reconfortó.

—Un viejo hechizo de magia natural que Rigaud heredó de sus padres... No preguntes y bébetelo...

Delano dio un sorbo y torció el gesto.

—¡Sabe a tierra!

—Ése es uno de sus ingredientes principales, sí.

Lo bebió despacio y con cada trago sintió cómo el calor se extendía por su cuerpo, reviviéndolo, insuflándole una suerte de energía de baja intensidad que caldeaba sus agarrotados músculos. El griterío ensordecedor de los distintos dolores que campaban por su cuerpo se redujo hasta alcanzar el límite de lo tolerable. Apuró la taza y se quedó mirando el fondo, repleto de arenilla y ramitas quebradas. Tenía el sabor terroso de aquello pegado en el paladar pero, como había predicho Heredia, se sentía mucho mejor. Acarició la taza, atesorando el calor de la cerámica entre sus manos.

—¿Y Rigaud? —preguntó.

—Fuera... Estamos de parada técnica, compañero... Pero nos pondremos en marcha enseguida... Vamos a poner la directa hasta reunirnos con Gema y Alexandre... Iremos algo apurados de tiempo pero lo conseguiremos, ya lo verás...

Delano lo miró sin comprender a qué se refería. Hasta que recordó su deber de que tenían que llegar a las fuentes antes del día diez de junio. Ésa era la fecha límite que marcaba el mapa, a partir de entonces el lugar móvil en el que se encontraban las fuentes perdidas dejaría de estar allí. Lo había olvidado por completo.

—¿A qué día estamos?

—Treinta y uno de mayo... —contestó Heredia—. ¿Quieres salir a tomar el aire? Te vendrá bien...

Delano asintió y trató de levantarse. La pócima de Rigaud todavía seguía trabajando en su organismo. Las fuerzas revivían en sus cansados músculos y su mente comenzaba a funcionar con normalidad.

En cuanto el aire fresco de la noche acarició su rostro, se sintió aún más despejado. La furgoneta estaba aparcada en el arcén de un camino empedrado, a la sombra de un pinar cuyas copas se movían de izquierda a derecha, medidas por el viento en una continua negación. No recordaba haber pasado por ese camino con los ganaderos, pero sus recuerdos de la caravana comenzaban a desdibujarse; ciertos acontecimientos se le presentaban tan vividos como si acabaran de suceder un segundo antes; en cambio otros, como por ejemplo los distintos parajes por los que

habían transitado, se habían vuelto brumosos. A unos metros de distancia el camino se cortaba y era sustituido por una senda embarrada envuelta en las sombras líquidas de un impresionante aguacero. Sí, recordada ese camino, allí había caído por última vez el anciano que lo precedía en la marcha. Trató de apartar esa imagen de su recuerdo.

Rigaud y Sforza estaban sentados en el suelo junto a la furgoneta. Entre ellos crepitaba una hoguera donde se cocinaban un par de conejos ensartados en un espetón improvisado con dos gruesas ramas. Ahora fue el recuerdo de otra carne mal guisada el que se empeñó en acudir a su mente.

—¿De regreso con los vivos, Delano? —le preguntó Rigaud, sin girarse hacia él. Sforza levantó la cabeza para mirarlo. Las llamas de la hoguera se reflejaban en su máscara y la sonrisa de la comedia se derretía bajo su resplandor.

—Tu maravilloso elixir tiene la culpa... —dijo él, después de descartar que las palabras de Rigaud tuvieran un doble sentido.

Delano respiró hondo. La noche era tibia, tranquila, punteada por el constante chapoteo de la intensa lluvia que caía en el siguiente camino. Los conejos crepitaban en el fuego, rodeados de las chispas inquietas que saltaban de la leña. Delano los miró, descubriendo, asombrado, que no tenía hambre. Su estómago todavía estaba agarrotado. Volvió la vista de nuevo a la senda embarrada y a la galerna que la azotaba. La cortina de lluvia era tan densa que le pareció contemplar el corte del cauce de un río caudaloso. Se dirigió hacia allí.

—¿Delano?

—Ahora vuelvo... —contestó.

Llegó hasta el lugar donde el camino quedaba cortado. Alargó la mano y dejó que la lluvia, fresca y rápida, la empaparé. A continuación se pasó la palma húmeda por el rostro, despacio, saboreando ese líquido con el mismo deleite con el que había saboreado el calor de la pócima de Rigaud y abrazándose al frágil espejismo de la purificación que trae el agua. Luego comenzó a desnudarse, de forma tan insegura y torpe que tuvo que sentarse para acabar su tarea. Dejó la ropa en la orilla del camino, se levantó y entró en la tromba de agua, que lo rodeó al instante, anhelante, devorando el mundo exterior y reduciéndolo todo a una húmeda oscuridad. Delano alzó el rostro hacia un cielo que no podía ver. La lluvia caía sobre él, transformando la suciedad de su cuerpo en desbordantes riachuelos que seguían el contorno de su cuerpo para desembocar a sus pies. Cerró los ojos, ajeno al frío, embriagado por aquella ducha salvaje, deseando en vano que se llevara también los posos de horror que acumulaba su alma.

Volvió al camino unos minutos después, tiritando.

—¿Alguien tiene una toalla? —pidió.

Rigaud invocó su Bolsa Coherente, la abrió y extrajo una toalla enorme de color

marrón. Delano se envolvió en ella, frotando con fuerza hasta el último centímetro de su cuerpo. Miró el montón de ropa que había dejado al linde del sendero, cogió la camiseta talismán y se la puso. Después de unos instantes de duda descartó los calzoncillos, dado su más que lamentable estado, y se enfundó los pantalones. Se sentó para calzarse, olvidándose también de los calcetines.

Cuando regresó junto a la hoguera, Rigaud estaba sacando los conejos del espetón. Seguía sin hambre, pero aceptó su parte cuando el canadiense se la tendió, no sin antes percatarse de que éste llevaba las manos envueltas en los vendajes mágicos de Alexandre.

—El arma de los filos se calienta como la boca del infierno... —le explicó Rigaud cuando Delano le preguntó qué le había ocurrido—. Se me levantaron un buen montón de ampollas al cubriros.

Heredia se acuclilló junto a la hoguera y se frotó las manos. Delano probó la carne. Estaba sosa y dura pero se obligó a comer. Aunque no le apeteciera en lo más mínimo necesitaba algo sólido en el estómago.

—¿Qué fue lo que paso con el Morador, Delano? —le preguntó el hispano al cabo de un rato, mirándolo desde el otro lado de la hoguera—. ¿Por qué nos descubrió?

—Leyó en mí... —contestó él, reviviendo de nuevo la violación mental y espiritual a la que le había sometido el Morador—. Se saltó mi protección y leyó entre líneas en mí... Nadie lo había conseguido nunca. Nadie...

Los ojos de Rigaud se abrieron de par en par. Dejó caer su trozo de conejo aún ensartado en la madera en el suelo y se giró hacia Delano. Había miedo en su mirada.

—¿*Qué estás diciendo?* —preguntó con la voz quebrada.

—La lectura de Cicero es mucho más inquisitiva que la lectura normal... —señaló Sforza, mientras jugaba con una pata de conejo, sus dedos arañaban la carne y de cuando en cuando sorbía de manera apática las hebras que se le quedaban prendidas entre las uñas—. Los que la cultivan allí la han refinado de una manera insospechada, por lo menos eso es lo que cuentan... Mientras que el modo de lectura habitual se podía calificar como sutil, la de ellos se podría definir como voraz... Una simple protección puede no ser bastante contra ellos...

—¡Entonces Cicero sabe que buscamos las fuentes...! —exclamó Rigaud, casi sin aliento. Delano no recordaba haberlo visto nunca tan fuera de sí. Rigaud siempre se jactaba de tenerlo todo bajo control y la perspectiva de que la ciudad maldita se inmiscuyera en su cruzada apóstata no debía resultar agradable.

—Si es cierto que han leído en Delano, lo saben, desde luego... —corroboró Sforza, con la voz templada—. Pero por ahora parece que nuestro Misterio Furtivo no les interesa en lo más mínimo. Han seguido su camino rumbo al punto de fracción de Cicero...

Aquello no pareció tranquilizar a Rigaud.

—Quiero que les sigas los pasos... ¿Podrás vigilarlos una vez lleguen a la ciudad maldita?

—Mis espías no entrarán allí... —le advirtió el nigromante—. Las descubrirían al instante y encontrarían el modo de atacarme a través de ellas... Aguardarán en el punto de fracción que abre los lugares de paso a Cicero, pero no irán más allá... Eso deberá ser suficiente...

—Así lo espero... —Rigaud se incorporó y pisoteó la hoguera hasta reducirla a rescoldos—. Será mejor que nos pongamos en marcha... —dijo, mirando con el ceño fruncido al camino donde persistía el aguacero, como si temiera que la cortina de agua fuera a abrirse en cualquier momento para vomitar un ejército formado por los horrores de Cicero.

Rigaud volvió a asegurar que no los hubiera abandonado aunque las probabilidades de triunfo no se hubieran reducido de manera tan notable, pero Delano siguió sin creerle, sobre todo porque le corroía la idea de que él sí lo hubiera hecho. Por lo menos en otros tiempos.

Fuera como fuera, Rigaud y Sforza se habían puesto en marcha seis horas después de que los Garantes los apresaran en la callejuela. El canadiense fue muy parco cuando quiso saber cómo se había enterado de lo ocurrido, pero no le quedó otro remedio que reconocer lo que Delano ya sabía: existía un fuerte enlace psíquico entre Heredia y él, fruto de aquel hermanamiento que los unía. Rigaud no dio más explicaciones y Delano no se las pidió, comenzaba a formarse una idea de la naturaleza de ese enlace.

Antes de partir, Rigaud dio órdenes claras al resto del grupo: debían seguir viaje y mantener a toda costa el mapa activado. Si todo salía bien, les darían alcance en cuanto rescataran a los cautivos. Por desgracia, cuando llegaron al pabellón se encontraron con que la comitiva de ganaderos y prisioneros lo acababa de abandonar. Los siguieron a una distancia prudencial. Aunque no hubiera existido enlace alguno entre Rigaud y Heredia no hubieran tenido problemas en seguirles la pista gracias al rastro de muerte que los ganaderos dejaban a su paso. Los dos hombres habían trazado ya un plan de rescate, que sólo podían poner en marcha cuando la caravana se detuviera. Rigaud les confesó que, como Delano, había llegado a pensar que los iban a conducir directamente a la ciudad maldita. Por fortuna para ellos esa eventualidad no se produjo y, por fin, los ganaderos montaron su campamento. Entonces fue cuando Sforza y su casta entraron en acción.

El plan era sencillo y como todo plan sencillo que se precie no había salido bien. Delano y Heredia tenían que haber aguardado a que la caravana se pusiera en marcha e ir ganando las posiciones de cola de la cordada para luego escapar hacia el puente. En ese momento los poseídos atacarían, dándoles cobertura en la huida. Por desgracia la intervención del Morador había complicado las cosas.

Delano escuchaba todo eso sentado en el colchón, arrebujado en una manta áspera que había encontrado en una de las cajas. Estaba bebiendo una nueva taza de mejunje revitalizador y trataba de engañar a la somnolencia que lo rondaba, más por miedo a lo que podía encontrarse en sus sueños que por atender a Rigaud. Apoyó la espalda contra la chapa, y se dejó arrastrar por las brascas sacudidas de la furgoneta, consciente de la sensación de vacío que le taladraba las entrañas.

Sforza estaba sentado en el suelo, en la intersección entre el compartimiento de carga y la cabina. Su riguroso traje de etiqueta negro estaba manchado de sangre y el lateral izquierdo de su chaqueta presentaba varios aparatosos desgarrones. De cuando en cuando entre las costuras rotas asomaba uno de sus insectos de ojos humanos.

El nigromante lo miraba. Delano contempló su reflejo borroso en la superficie de la máscara de la comedia. La curva de la sonrisa cortaba su cabeza en dos. Desvió la mirada hacia la cabina. Rigaud estaba inclinado hacia delante estudiando el mapa de los lugares de paso donde Delano, en sueños, había marcado el recorrido que indicaba aquel otro mapa que Gema Árida y Alexandre trataban de mantener activo. Heredia estaba al volante, deshaciendo el camino que habían realizado con la caravana de Cicero, de regreso a la Planicie Montaraz.

Un súbito destello en el cristal de la portezuela del conductor llamó su atención. El fulgor se repitió tres veces más y luego se fue apagando paulatinamente. Era el *ankh* plateado que Heredia llevaba de pendiente. Idéntico al que adornaba el lóbulo izquierdo de Rigaud. La cruz egipcia de la vida. Un súbito bandazo del vehículo empujó a Delano hacia delante. Ni siquiera se inmutó. Sus ojos saltaron de Heredia a Rigaud, posándose un instante en el arma de los filos que, desmontada en sus dos mitades, descansaba entre los asientos.

Delano tenía la absoluta certeza de que Rigaud había vaciado la Bolsa Coherente de Heredia cuando cayeron en poder de los ganaderos, llenándola con lo primero que encontró a mano. Más tarde el canadiense colocó de nuevo las armas en la Bolsa Coherente para que Heredia se sirviera de ellas durante la fuga.

Heredia y Rigaud. Rigaud y Heredia.

Ambos compartían una misma Bolsa Coherente y eso era absolutamente imposible. Las bolsas sólo admitían un único dueño, sin excepciones. Y no había modo de engañarlas ni manipularlas. No había magia ni ciencia capaz de descubrir el mecanismo que las hacía funcionar y mucho menos alterarlo. Y eso sólo podía significar una cosa. Algo que podía parecer absurdo pero que, por el momento, a Delano se le antojaba como la única explicación posible: Heredia y Rigaud eran una misma persona dividida en dos cuerpos diferentes.

Mi vida es suya... Había contestado Heredia cuando Delano le preguntó sobre el significado de su hermanamiento. Aquella frase cobraba ahora una dimensión

completamente distinta.

Delano entrecerró los ojos, observando los movimientos de los dos hombres en la cabina. El reflejo del *ankh* contra el cristal parpadeó de nuevo y Delano se encontró pensando en qué tipo de magia sería capaz de lograr esa dislocación. Esa vida compartida en dos cuerpos diferentes. Recordó entonces lo que Rigaud había contado sobre la cruzada apóstata de Milvidas y Aarón, cuando ambos se enfrentaron en el campamento de los Sargazos y el pelirrojo, vació tras el canto del pájaro nago, se arrastró hasta su camión, hasta el hombre al volante que no era nada más que un recipiente de su poder, una vasija de la que servirse llegado el momento.

Delano dudaba que la relación entre Heredia y Rigaud fuera de ese tipo. Rigaud no era mago aunque conociera hechizos menores de magia natural y Heredia estaba dotado, por lo menos lo parecía, de un libre albedrío completo. Aunque formara parte de Rigaud actuaba como una entidad del todo independiente. Delano sacudió la cabeza. El agotamiento le impedía pensar con claridad.

—Voy a tratar de dormir un rato... —dijo rindiéndose al fin a su cuerpo. Se tumbó en posición fetal aspirando la seca y vieja peste a sudor del colchón.

—Dulces sueños... —le deseó Heredia.

—Ojalá... —contestó él.

Tampoco soñó esta vez. Pero algo inmenso rondaba por las circunvalaciones de su cerebro. Una bestia que acechaba, paciente, aguardando.

Durmió durante horas, inmerso en una oscuridad profunda, mientras su cuerpo y su mente trataban de recuperarse de los dos días largos pasados con los ganaderos. Despertó sin acabar de despertar del todo. Se sentía consciente del movimiento de la furgoneta y de las charlas entre Rigaud y Sforza, pero era como si no tuvieran lugar en el mismo plano de la realidad en el que él se encontraba. Por lo menos en dos ocasiones más llegó hasta sus manos una taza del licor terroso de Rigaud y él lo bebió obediente, en un estado lindante al sonambulismo. Hasta creyó haber hablado con Sforza, aunque luego no pudo recordar ni una sola palabra de la conversación que había mantenido o había creído mantener con él.

A la tercera taza del elixir de Rigaud, Delano por fin despertó por completo.

Se levantó despacio y avanzó hacia la cabina, apoyando las manos en el techo. Sforza, sentado contra la pared del compartimiento, replegó las piernas para permitirle el paso. El nigromante estaba concentrado en un libro delgado, de encuademación negra y sobria.

Delano se reclinó en el respaldo de los dos asientos y miró por la ventanilla. Avanzaban a través de un paisaje invernal envuelto en una melancólica luz plateada. A la derecha se alzaba un gigantesco glaciar. Se pasó la lengua por los labios, arrastrando minúsculos granos de tierra con la punta. Por aquel camino los había arrastrado Dionisio, rumbo al pabellón fijado como punto de encuentro por los

enviados de Cicero.

Quedaba muy poco para llegar a la Planicie Montaraz.

Delano recordó el rostro anguloso y cruel del hombre que había facilitado la entrada y salida de los mercenarios de la Planicie. Recordó su ansia depravada, su necesidad de convivir con el dolor y la agonía ajena. Recordó al niño que había exigido como pago extra por sus servicios. Luego se vio a sí mismo, abriéndose hueco a fuego entre los prisioneros, alzándose entre cadáveres para aferrarse a la vida con la desesperación implacable del suicida que no quiere serlo.

—*Madariaga*... —susurró Delano, casi escupiéndolo el nombre.

Una hora después, la Planicie Montaraz apareció ante sus ojos, como un gigantesco y demencial castillo de hadas iluminado por un carnaval desbocado. Durante todo ese tiempo, Delano había permanecido en pie tras el asiento de Rigaud, expectante, inmerso en ese ansia primaria de acabar con una vida. De nuevo la sombra de la venganza le salía al paso. Todos los caminos confluían en un mismo punto: el afán de resarcirse, de cobrarse con creces el daño causado. En el pabellón, cuando el Morador había atravesado las puertas y se había mostrado ante él, había comprendido lo fútil de su esfuerzo. Luego, en la lucha a orilla del puente, se había arrastrado por el suelo, tratando de escapar del demonio de la armadura negra, sabedor de que nunca podría derrotarlo, ni a él ni al mago que le aguardaba en la ciudad maldita. Pero el camino seguía allí, ante él, la senda estaba trazada y su destino escrito, aunque éste fuera imposible. Siempre en alas de la venganza. Delano apretó los dientes mientras se encaminaba a la comunión sangrienta de la violencia y la muerte.

Las naves revoloteaban entre las cúpulas y torres como insectos ávidos de destellos. Las luces de la ciudad tiznaban con sus reflejos el cielo negro del vórtice, maquillando su oscuridad pero incapaces de restarle un ápice de aquel peso abrumador que traían consigo los cielos de las encrucijadas. Delano no se dejó cegar por aquel espectáculo multicolor, entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante. A un kilómetro de donde se encontraban podía ver el paso a nivel con barrera que antecedió el puesto de control de Madariaga.

Iba a matarlo. Era tan sencillo como eso.

—Ni se te ocurra... —le dijo Rigaud, girándose hacia él como si le hubiera leído el pensamiento—. Vamos a bordear la colina, repostaremos junto a una de las puertas y seguiremos adelante... Nada de problemas. Nada de estupideces que nos retrasen más. No podemos permitirnoslo... ¿Queda claro?

—No, no queda claro... Quiero pegarle dos tiros a ese cabrón...

—Y a mí me encantará ayudarte a hacerlo cuando todo esto haya acabado, te lo aseguro... —dijo Rigaud, cordial—. Si quieres y si te apetece hasta podemos declarar la guerra a los putos Garantes... Pero ahora no... Ahora no. No voy a poner en

peligro la expedición por una venganza personal... ¿Me entiendes?

—Déjame aquí entonces... Marqué el recorrido en el mapa. Ya no os hago falta... Dame una pistola y seguid vuestro camino... Sabré apañármelas...

—Estoy seguro de eso, Delano... —señaló Rigaud—. Y cumpliría tu deseo si pudiera... Pero te necesitamos con nosotros... Y si tengo que llevarte atado el resto del camino, te juro que lo haré...

—Fascinante... ¿Ahora soy tu prisionero, Rigaud?

—¿Me dejarás otra alternativa? —preguntó éste, recorriendo su rostro con la mirada.

Delano suspiró.

—De acuerdo... —concedió finalmente. No tenía sentido seguir discutiendo. Madariaga debería esperar—. Haremos las cosas a tu modo...

—Me alegra oírlo...

—A mi no...

Siempre retrasándolo todo. Siempre buscando excusas o dejándose llevar.

La furgoneta salió del camino al alcanzar el borde del vórtice y derrapó bajo la inmensa muralla que rodeaba la ciudad, siguiendo su contorno en busca del camino que llevaba a las fuentes perdidas y se alejaba de Madariaga. Delano miró hacia el punto de control, reafirmando en la promesa que había realizado allí, rodeado de ganaderos y mirando fijamente al rostro de aquel hombre ruin: *Volveré a la Planicie y te mataré...*

Y como un eco, en su mente, otra promesa.

Y volveré a Cicero. Y no me arrastraré ante nada ni nadie.

Era el dos de junio.

Un sol diminuto se hundía tras las cumbres nevadas de la cordillera que los escoltaba en su peregrinar por los lugares de paso, el fulgor sangriento de su crepúsculo resbalaba por las estribaciones heladas como un torrente de lava. La furgoneta brincaba y daba bandazos en su descenso por la pendiente rocosa que bordeaba las faldas de la montaña. La ametralladora cabeceaba sobre el techo, mal asegurada. Delano, acomodado como siempre en la parte trasera del vehículo, contemplaba el paisaje a través de la puerta abierta, sin inmutarse ante las sacudidas y saltos del vehículo. Sforza estaba sentado en el suelo tras los asientos de la cabina, leyendo su libro con una atención que Delano sólo podía calificar de maniática.

Respiró hondo. La brisa fragante y fresca que se colaba a través de la portezuela era un bálsamo para él, un recordatorio de vida tras la pesadilla de los ganaderos. Se recostó contra la pared frente a la puerta, abrochándose la cazadora de aviador sobre el grueso jersey de lana que había encontrado en otra de las cajas. Dio dos mordiscos más al bocadillo de jamón cocido que tenía entre manos antes de envolverlo por

cuarta vez en el papel de aluminio y guardarlo en uno de los inmensos bolsillos de la cazadora. Aunque poco a poco iba recuperando el apetito, su estómago todavía distaba mucho de estar completamente repuesto y no podía dar tres bocados seguidos a nada sin sentir ganas de vomitar. Se limpió las migas de su rostro con el dorso del brazo y se recostó aún más contra la pared, dispuesto a seguir contemplando, como hacía horas que venía haciendo, el despliegue de paisajes diferentes que los lugares de paso traían ante él.

Los sauces que poblaban la vereda izquierda del camino fueron difuminándose a medida que la oscuridad avanzaba, convirtiéndose en sombras soñadoras agitadas por el viento. Delano alzó la vista hacia la constelación de estrellas que se desperdigaban por el cielo, jugando a encontrar una pauta en sus dibujos grupales con la que imaginar un nuevo zodiaco al que encomendar su suerte.

Cuando abandonaron ese camino y su cordillera nevada, Delano escuchó cómo Rigaud, por enésima vez, trataba de ponerse en contacto con Gema Árida y Alexandre a través del radiotransmisor que casi por arte de magia había aparecido en sus manos una vez dejaron atrás la Planicie Montaraz. Había tratado de contactar con ellos cada vez que se adentraban en una nueva senda y hasta entonces todos sus intentos habían sido en vano. Sólo estática y el rumor bajo de comunicaciones que nada tenían que ver con ellos. Esta vez obtuvo respuesta. Delano se incorporó para poder escuchar mejor la conversación aunque sólo llegó a escuchar las palabras de Rigaud:

—¿Gema? Sí... sí... Te oigo fuerte y claro, cariño... Sí... Están aquí. Los dos a salvo... ¿Y vosotros? ¿Todo bien? ¿Ningún problema? —el canadiense guardó silencio, asintiendo con la cabeza—. ¿Tres horas? Sí... —Bien, bien... Podéis frenar la marcha cuando entréis en el siguiente camino... Os alcanzaremos rápido... ¿Qué? —otro silencio, más largo esta vez—. Echaremos un vistazo entonces... No, no demasiado... Sí, mujer... Sin problemas... —dijo incorporándose en el asiento y girándose hacia la parte trasera—. Adriano... —llamó, acercándole el radiotransmisor—. Gema quiere hablar contigo...

El nigromante asintió, se levantó mientras dejaba el libro sobre una caja de munición, tomó el aparato que Rigaud le tendía y se alejó hasta el otro extremo de la furgoneta, hablando en voz tan baja que Delano no pudo escuchar ni una sola de sus palabras. Por el tono parecían palabras amables, emotivas, las palabras suaves y melosas que las parejas se dedican en los inicios de sus relaciones, pero Delano tuvo un breve atisbo de la mitad descubierta de su cara y vio que aquellas palabras no encontraban reflejo en su rostro. Era un rostro vacío, carente de emoción. Un rostro muerto. Delano continuó observándolo mientras hablaba, con el ceño fruncido. Tardó unos segundos en percatarse de que Rigaud le estaba hablando:

—Gema y Alexandre marchan unas cuatro o cinco horas por delante de

nosotros... Pronto les daremos alcance. Pero antes las circunstancias nos obligan a realizar una parada técnica... Una parada turística por así decirlo...

—¿No teníamos prisa?

—Y la seguimos teniendo. Pero esto es algo que debemos ver...

—Aquí fue donde Aarón y Milvidas se enfrentaron por primera y última vez... —dijo Rigaud. Encendió el purito torcido que tenía entre los labios y exhaló el humo por la nariz—. Aquí apareció Adorac, el ciego...

Estaban en el centro de un campamento arrasado. Desde donde se encontraban podían ver más de dos docenas de esqueletos desperdigados por la zona, algunos empuñaban todavía las armas con las que se habían defendido del ataque de la casta de Aarón. La tela hecha jirones de las tiendas ondeaba al viento como los pendones de un ejército masacrado. Los armazones oxidados de dos vehículos de gran tonelaje yacían en el perímetro exterior del campamento. Uno de ellos había ardido en su totalidad y el terreno bajo sus ruedas estaba totalmente ennegrecido. El otro era un amasijo de hierros retorcidos, una escultura surrealista que reflejaba a la perfección toda la violencia que se había desatado en aquel lugar. Delano se desabrochó la cazadora, impresionado a su pesar por aquel escenario dantesco.

Había partes del campamento donde el suelo se encontraba removido de tal forma que parecía que un gigante se hubiera revolcado en él. Los cuatro guardaron silencio mientras contemplaban las huellas que uno de los avatares del Panteón Oscuro había dejado en los lugares de paso.

—¡Mirad! —Heredia señaló hacia el suelo, a unos metros del lugar donde se encontraban. Un rastro oscuro zigzagueaba por la tierra reseca hasta cortarse bajo un tercer vehículo: una vetusta furgoneta negra de gran tamaño, con la portezuela de la cabina abierta.

Delano vio cómo los tres hombres se aproximaban hacia allí. Él se quedó donde estaba, sin la menor intención de acercarse. Una sombra pesada rodeaba aquella furgoneta.

—Delano... ¿Puedes leer entre líneas en ella?

—Ni loco —contestó él sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera lo pienso intentar... Ya sabes lo que ocurrió aquí, no me obligues a leer en eso...

Sforza entró en la cabina, se sentó en el asiento del conductor y miró a su alrededor. Acarició con la mano el volante. Abrió la guantera y examinó su interior. Heredia y Rigaud lo contemplaban desde la puerta. Cuando el mago fue hacia la parte trasera lo siguieron allí. Delano esperó fuera. Recorrió con la mirada el campamento que los Sargazo habían levantado allí hacía décadas. Una calavera lo contemplaba semienterrada entre las ruinas de uno de los vehículos. El viento removió su lecho de polvo. La puerta de la cabina del camión negro aleteaba despacio, muy despacio. Allí Aarón había reclamado lo que era suyo, sus labios habían bebido el poder que él

mismo había depositado en su marioneta, reduciéndola a cenizas en el proceso.

Voivió a pensar en Heredia y Rigaud, en aquel único ente dividido en dos cuerpos completamente autónomos. Era incapaz de dar con el cómo ni el por qué de aquella extraña dislocación. ¿Era un prodigio de la magia, hermana quizá de la que había tenido lugar allí? ¿O era fruto de algunas de las ciencias anómalas que poblaban el mundo oculto? Cuando ambos, seguidos por Sforza, salieron de la furgoneta, se fijó en sus movimientos, en su manera de avanzar entre las ruinas del campamento Sargazo. Y aunque eran sutilmente distintos había algo en su traza que los hermanaba.

Aarón permanecía inmóvil junto a su santuario, acuclillado bajo la sombra cenicienta de una gran peña. Las runas con las que se había tatuado el cuerpo se movían en su piel como parásitos en trance, combinándose unas con otras en un baile lento y viscoso, formando palabras en antiguas lenguas que aunque Delano no entendía, despertaban en su interior sensaciones difusas e inaprensibles que tenían más que ver con su espíritu que con su mente. El cabello encrespado del nigromante parecía una voraz lengua de fuego y el círculo de humo que contenía la escena espectral que estaban contemplando subrayaba todavía más esa impresión. Durante unos minutos observaron la imagen que Sforza había invocado con su sangre sobre las llamas, en absoluto silencio.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó Rigaud—. ¿Qué es ese galimatías que le cubre el cuerpo?

—Está cargándose con el poder del Santuario... —le contestó Sforza—. Se prepara para la batalla...

—¿Batalla?

El nigromante asintió y alargó una mano para señalar las runas de la espalda del pelirrojo.

—Arcanos de antiguas guerras en sus omoplatos... Triángulos bastardos y arcos de protección cada dos vértebras. Alrededor de su cuello una oración a nadie que deja paso a un ruego a las tormentas... Vuestros ojos no pueden verlo, pero está trasladando toda la energía que el Santuario extrae de los lugares de paso al interior de su cuerpo... Se está convirtiendo en una batería de energía oscura...

—Bueno, que se pintarrajee el cuerpo como le venga en gana... Estamos fuera de su alcance... ¿no es así? No podrá alcanzarnos...

—Hay una posibilidad...

—¿De qué diablos estás hablando?

Sforza, por toda respuesta, invocó su Bolsa Coherente y se acuclilló para abrirla. Del interior sacó una jaula de hierro y barrotes de plata labrada, con una diminuta clepsidra de ónice coronando la cúpula que era su techo. Dentro de la jaula se

encontraba el corazón del rastreador, latiendo todavía. La dejó sobre el suelo y volvió a inspeccionar su bolsa. Algo gritó en su interior, un aullido lastimero que tardó unos instantes en apagarse. Rigaud masticaba su puro junto a él, moviéndolo de un lado a otro de su boca, sin percatarse de que se le había apagado hacía tiempo. Heredia se acercó al nigromante, observando curioso el corazón enjaulado. Depronto Sforza se alzó con un movimiento fulminante, apresó la mano izquierda del joven y la golpeó con fuerza. Delano percibió un fulgor plateado hendiendo la carne del hispano.

—¡Cabrón! —gritó Heredia. Se liberó de un enérgico tirón y dio un paso atrás, desenfundado el revólver que llevaba a la cintura.

—¡Tranquilo! —le dijo el hechicero, levantando los brazos—. Necesitaba sangre fresca y no ofrecida libremente para este ritual... Sino te hubiera tomado por sorpresa, no hubiera valido para nada... ¿De acuerdo?

Heredia lo fulminó con la mirada mientras se llevaba la mano a la boca. Tenía un tajo considerable en la palma. Sorbió la sangre que fluía del corte sin dejar de mirar al mago.

—Vuelve a acercarme un cuchillo y te lo tragas... —le espetó, con los labios bañados en su propia sangre.

—No tientes a tu suerte, amigo... —susurró Sforza, dándole la espalda y cogiendo la jaula del suelo.

—Basta ya —intervino Rigaud—. Haz lo que tengas que hacer, nigromante...

El canadiense había metido una de sus enormes manos en el bolsillo de su cazadora y jugueteaba con algo en su interior, el pájaro nago probablemente, sospechó Delano. Sforza limpió el escalpelo rozándolo contra los barrotes de la jaula. Dejó caer el instrumento quirúrgico al interior de la Bolsa Coherente y acarició la sangre de los barrotes con el dedo índice y corazón, para luego hundir ambos en el órgano palpitante. El ritmo de los latidos se aceleró. Sforza contempló la jaula en silencio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Rigaud, sacando por fin la mano del bolsillo.

—Busco vida... —le contestó el mago, fija su atención en el corazón enjaulado—. Vida muerta... Trato de localizar miembros de la casta de Aarón...

—¿Y por qué haces eso? —quiso saber entonces el canadiense.

—Seguridad. —Siguió contemplando durante un rato la jaula hasta que pareció quedar satisfecho con su examen y la devolvió a la bolsa—. Hay un modo de que Aarón nos alcance... Un hechizo de invocación que sólo puede ser realizado por un miembro de su casta —explicó el nigromante—. No importa la distancia que le separe del lugar donde quiere ir... Tan sólo necesita que una de sus criaturas se encuentre allí... *El camino de la Consunción*. Ése es el nombre del ritual... La criatura invoca a su señor llamándolo por su nombre en el mismo instante en que se

quita la falsa vida que el nigromante le ha proporcionado... Así fue como escapó de Adorac, el ciego... Hizo que uno de sus esclavos le invocara a un lugar seguro cuando se vio perdido... No es un hechizo sencillo y muy pocos magos son capaces de realizarlo...

—¿Me estás diciendo que puede que uno de sus bichos nos haya seguido? ¿O que puede aguardarnos más adelante?

Sforza negó con la cabeza.

—Si alguien o algo nos hubiera seguido, yo lo sabría, te lo aseguro... Y en cuanto a qué nos pueda esperar más adelante...

—Es improbable... —apuntó Delano—. Recordad que Aarón no conocía el mapa de las fuentes... Por eso estalló la disputa con Milvidas.

—Pero puede haber dispuesto vigilantes en todas las encrucijadas... —señaló el canadiense.

—Con un poco de suerte la sangre con la que he alimentado el corazón me permitirá rastrear una vez más, puede que dos si encontramos dos encrucijadas casi seguidas... Eso debería bastarnos... —Sforza sonrió entonces y señaló con un leve cabeceo hacia Rigaud—. Y todavía tenemos a tu maravilloso pájaro nago por si las cosas se tuercen... ¿No es así?

La furgoneta de Gema Árida y Alexandre apareció en la distancia envuelta en la espuma de la ola que acababa de arremeter contra su flanco izquierdo. Marchaba a poca velocidad por la estrecha senda que atravesaba un mar embravecido, empeñado en hacer naufragar ambos vehículos con sus embestidas. Cientos de aletas serradas de un intenso color rojo cortaban la inquieta superficie del agua. Sobre el mar, el camino y las furgonetas, un cielo abrumador empujaba su ejército de nubes hacia el horizonte.

Rigaud se había puesto en contacto con Gema Árida nada más cruzar la encrucijada en la que desembocaba el camino donde la expedición de Aarón y Milvidas había encontrado su fin. Allí, en la mismísima tierra negra del vórtice, Sforza había examinado de nuevo el corazón enjaulado con el rostro envuelto en las tinieblas de la encrucijada. Lo estudió largo rato, sin importarle la gélida temperatura que los congelaba a todos, hasta que estuvo seguro de que no había miembros de la casta de Aarón en las cercanías y siguieron camino.

A medida que se aproximaban a la furgoneta, Delano observó que los arreglos que habían llevado a cabo en ella eran más bien escasos. Una nueva portezuela sustituía a la desaparecida y habían colocado un parabrisas nuevo, pero el costado derecho seguía siendo una ruina abollada y descascarillada. Se notaba la premura con la que habían abandonado la Planicie.

La furgoneta de los ganaderos se colocó a cola de la primera y siguieron camino

así, separadas apenas unos metros la una de la otra. Aquella senda no era la más adecuada para detenerse.

Dos horas después el mar enfurecido se transmutó en un bosque atacado de lleno por la primavera. La algarabía de aves que se escuchaba en aquel camino cesó en cuanto la primera furgoneta rodó por el mantillo que cubría la senda. Las nubes de polen danzaban entre los árboles, imitando los movimientos de sus gemelas en el cielo. Aparcaron los vehículos a la sombra de dos inmensos robles y descendieron. Delano lo hizo despacio, desgano y sintiendo un desagradable comezón alérgico en el ojo derecho.

Gema Árida fue la primera en llegar hasta ellos, a pasos rápidos como apremiada por la urgencia de entablar contacto humano después de haber pasado años en la más absoluta soledad. Aunque no apartaba sus grandes ojos azules de Adriano Sforza, saludó primero a Heredia acariciándole el antebrazo con delicadeza y preguntándole, en voz muy baja, si se encontraba bien. El hispano se encogió de hombros.

—Mientras puedas decir que estás vivo es que las cosas no van mal del todo —miró a Gema Árida y sonrió antes de anunciar casi con una reverencia—: Estoy vivo...

—¿Y tú, Delano? —la espiritista se volvió hacia él. Gema Árida no estaba tan radiante como la recordaba, parecía tensa, saturada. Muy probablemente el viaje con Alexandre no había sido fácil para ella. Pero eso no era nada comparado con lo que aquella mujer se merecía. Había mentido, y de la manera más cruel que Delano podía concebir. Estuvo a punto de contestar con una réplica hiriente, pero cuando vio las sombras en aquellos ojos que casi parecían implorarlo, si no perdón, sí misericordia, se contuvo. No por lástima sino por cansancio.

—Ha sido duro, pero me he visto en situaciones peores... —dijo por fin—. Lo superaré...

—Ya verás como sí... —le animó ella, con una sonrisa aliviada. A continuación se acercó a Sforza. Se cogieron de la mano y se alejaron unos pasos.

Alexandre se había quedado un poco más retrasado, con el genio de los filos en su forma de niño en brazos. Delano alcanzó a ver el oso ensangrentado en su pechera. Fue el remedo quien habló:

—NOS ALEGAMOS DÉ QUE TODO HAYA ACABADO BIEN Y QUE AMBOS OS ENCONTRÉIS A SALVO... —dijo con su vocecilla de esparto.

—Yo también me alegro... —dijo Charlotte Blue, acomodándose entre los brazos de Alexandre y tapando al remedo con el vuelo de su blusa—. Y no sólo por vuestra integridad física, sino porque vuestra presencia es necesaria para alcanzar el éxito en la búsqueda que hemos emprendido... Os necesitamos para llegar a buen puerto...

El genio con forma de niño hablaba con su voz ridícula mientras el remedo prendido a la camisa de Alexandre trataba de apartar la blusa de Charlotte para poder

asomarse. Delano sonrió por primera vez desde que los Garantes los habían atrapado. Alexandre tenía toda la estampa de un titiritero loco al que se le habían rebelado los muñecos. El oso consiguió liberarse de las ropas de Charlotte, tironeando con sus diminutas zarpas. Sus ojos giraban en sus órbitas de un modo aberrante siniestro. El amago de buen humor de Delano desapareció al instante.

—NIGROMANTE... —dijo el oso. Sforza levantó la cabeza y se giro hacia él— ¿NO ERA SUFICIENTE CON LA PROTECCIÓN QUE TE PROPORCIONO MI SEÑOR QUE HAS BUSCANDO UNA SEGUNDA? —le preguntó el remedo.

—No lo era, no... —contestó el interpelado separándose de Gema Árida—. No cuando te inmiscuyes en el camino de los habitantes de la ciudad maldita... Como bien ha podido comprobar nuestro guía cualquier protección es poca contra esos seres...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alexandre mirando a Delano. El lector carraspeó antes de hablar, como si llevara mucho tiempo sin pronunciar palabra.

—Un demonio de Cicero se saltó mi protección y me leyó... —contestó Delano, incómodo por tener que dar la razón a Sforza y preocupado porque comprendía muy bien lo que significaba esa segunda protección. Antes, Alexandre había tenido bajo control al mago, podía leer en él cuando se le antojara. La segunda protección lo hacía imposible. Ahora era impenetrable a su lectura.

—Y por lo visto decidiste que no era necesario informarme de ese pequeño detalle... —comentó Rigaud, observando al mago con el ceño fruncido y las manos entrelazadas a la espalda.

—No, no lo vi necesario... —le replicó el hechicero—. ¿Desconfías de mí, Rigaud? Ten un poco de piedad... ¿De acuerdo? Soy lo bastante mayorcito para no tener que dar explicaciones sobre cada uno de mis movimientos...

—Nos acabamos de reunir... No empecemos a crucificarnos los unos a los otros... ¿os parece? —terció Gema Árida, sacando un cigarrillo rubio del paquete que guardaba en el bolsillo superior de su guerrera.

Rigaud examinó detenidamente a Sforza. El nigromante le sostenía la mirada de un modo que a Delano se le antojó altanero, desafiante, como si le instara a enfrentarse a él. Las nubecillas de polen deambulaban entre ellos, arrastradas por el viento. Sus miradas se enfrentaron durante casi un minuto. Rigaud fue el primero en desviar la vista.

—Alexandre... Necesito hablar con Charlotte... —dijo, acercándose al lector de dos rápidos pasos.

—¿Vas a preguntarle que probabilidad hay de que os mate a todos, Rigaud? —preguntó Sforza dando un paso en dirección al canadiense. Heredia avanzó también, interponiéndose en el camino del mago. Sforza lo ignoró—. Podías haber sido un poco más sutil, ¿no crees? ¿O lo que quieres saber es si puedes acabar conmigo sin

que descieran las posibilidades de encontrar las fuentes? Tal vez ya he dejado de ser útil... ¿Quién sabe? Tal vez mi objetivo en este viaje era ayudaros a rescatar a estos dos de los ganaderos de Cicero...

—Sforza...

—¿Vas a hacer cantar al pájaro nago para mí, Rigaud?

—Nadie te ha acusado de nada. Deja ya de joder, mago. Lo único que he dicho es que hubiera sido lógico y normal que me avisaras de la doble protección. ¿Te paraste a pensar que tal vez a mi me hubiera venido bien tenerla?

—No, no lo pensé... Cuando fui a comprar nuestras monturas me topé con un puesto que vendía protecciones... Luego se me olvidó comentártelo... Y no sé por qué tengo que darte tantas explicaciones...

—Dame a Charlotte, Alexandre...

—Sea lo que sea lo que tienes que preguntarle al genio creo que podemos escucharlo todos... —le interrumpió el mago dando un nuevo paso hacia él, Heredia avanzó también—. Todos estamos metidos en esto. Tenemos derecho a saberlo...

Rigaud lanzó una mirada envenenada al mago. Y sin apartar la vista de él, preguntó:

—¿Hay alguna probabilidad de que encontremos las fuentes si mato a Sforza?

—¿Rigaud...? —la voz temblorosa del genio apenas se impuso a la suave brisa.

—Me has oído, Charlotte... Responde a mi pregunta...

El genio se removió inquieto entre los brazos de Alexandre, que miraba de hito en hito a los dos hombres.

—No lo conseguiríamos, Rigaud... —respondido al fin el genio—. Necesitamos al nigromante... Lo necesitamos...

—¿Es suficiente para ti, Sforza? ¿Quieres oír algo más? —en cuanto el mago hizo ademán por contestar Rigaud le interrumpió, interpellando de nuevo a Charlotte—. ¿Qué probabilidad hay de que Sforza intente acabar con nosotros una vez lleguemos a las fuentes?

El genio emitió un sonido vibrante, como la nota que da la cuerda de un arpa al romperse. Luego contestó, despacio, con aquel tono de voz viscoso y lento que impregnaba cada sílaba:

—Hay casi un veinticinco por ciento de probabilidades de que trate de acabar con nosotros... El poder del Misterio Furtivo es un reclamo demasiado potente... No sólo para él... —añadió, como si pretendiera disculpar a Sforza—. Lo sería para cualquier mago oscuro... Y el hecho de que entes inferiores como nosotros puedan aprovecharse de esa fuerza, la sola idea de que podamos mancillarla con nuestra presencia... Eso va en contra de los principios más esenciales de la doctrina de los nigromantes...

—No todos somos monstruos, genio, aunque no dudéis en colgarnos esa etiqueta

a todos por igual... —dijo Sforza—. Y no pienso pedir perdón por ser lo que soy... Me educaron en el camino oscuro y lo seguiré hasta la muerte... Sin importarme lo que nadie, absolutamente nadie, pueda pensar sobre mí o mis actos...

—Una declaración de principios muy loable, aunque nadie te la haya pedido... —dijo Rigaud—. Pero permíteme una cuestión. Dime, Sforza... ¿puedes asegurarme; que te mantendrás fiel al grupo? ¿Puedes prometerme que no te volverás contra nosotros, encontremos lo que encontremos al fina del camino?

Sforza permaneció unos instantes en silencio, sin mirar a nadie. La máscara de la tragedia refulgía bajo los rayos del sol primaveral que se alzaba en la tarde del camino.

—No pediré perdón por ser lo que soy... —repitió una vez más.

Rigaud asintió con desgana y se giró de nuevo hacia Alexandre.

—Y ahora voy a hablar en privado con Charlotte... —el lector le tendió al genio y el remedo soltó un suspiro de alivio al verse libre del estorbo—. Tomaos unos minutos de descanso...

El canadiense se alejó con el genio hacia la primera furgoneta.

—Delano... —dijo Alexandre, aproximándose a él—. Recogimos tu mochila, tu portátil y tus armas. Imaginé que no te gustaría perderlos...

—Imaginaste bien... Gracias... Muchas gracias...

—NO TIENES BUEN ASPECTO, DELANO GRIS... ¿HA SIDO DURO, VERDAD? —le preguntó el oso, mirándolo con sus ojos redondos y brillantes. Su cabeza peluda estaba pegoteada de sangre.

—Ha sido duro, sí... Pero ya pasó... —contestó sintiéndose atravesado por la mirada enloquecida del muñeco. El remedo lo examinaba con una intensidad enfermiza. Delano recordó el prado Golán y la revelación que había tenido lugar bajo la lluvia de magia muerta. Suspiró contemplando el brillo sangriento de las pupilas del remedo. ¿Quién era él para juzgar a nadie? Si ni siquiera tenía el valor necesario para juzgarse a sí mismo, ¿cómo se atrevía a juzgar a Alexandre, o a Sforza o a cualquier otro?

Rigaud volvió al cabo de quince minutos. Volvió solo, fumando con aparente deleite uno de sus puros. Contempló al grupo desperdigado en el camino, sacudió la ceniza con un elegante golpe de su dedo índice y anunció qué era hora de ponerse en marcha.

Delano y Alexandre irían en la furgoneta de los ganaderos, mientras el resto del grupo viajaba en el otro vehículo. A Delano le pareció una división coherente, aunque hubiera preferido viajar solo. Los acontecimientos de los últimos días le habían dejado un poso denso y amargo que creía que tan sólo podría conjurar con la soledad. Por eso, cuando Alexandre abrió la portezuela del copiloto y se aprestó a entrar en la cabina, Delano, ya sentado al volante, se giró hacia él para advertirle:

—No me siento muy sociable, Alexandre... Ahí detrás tienes todo el espacio del mundo para hacer lo que te venga en gana... Sé que suena desagradable y lo lamento... Pero creo que será mejor así para los dos...

—No te preocupes. Tendremos un viaje apacible y silencioso. No vendrá mal...

—No. A veces no hay nada como el silencio...

—Estoy de acuerdo... —el lector se encaminó hacia la parte trasera después de echar hacia delante el asiento del copiloto—. Avísame cuando quieras que te releve...

Y poco a poco continuaron su viaje rumbo a las fuentes perdidas.

Alcanzaron muy pronto el frágil equilibrio de la soledad acompañada. Mientras uno conducía, el otro ocupaba su tiempo en la parte trasera y así, aún en un espacio tan reducido, Delano no tuvo dificultades en imaginar que viajaba solo por los lugares de paso. Un viaje sin rumbo a través de paisajes increíbles, sólo perturbado por los esporádicos gemidos del oso de Alexandre, tan bajos que no tuvo ningún problema en ignorarlos.

Cuando acamparon al final de aquella jornada de viaje y una vez en el interior de la tienda de campaña, Delano se sintió sumamente inquieto. En su cabeza sentía el silencio bullir de aquel sueño que le rondaba sin ser soñado, lo sentía con la incomodidad de una espina clavada en una parte insensible de su cuerpo; era indolora, sí, pero molesta y tenía la certeza que una vez arrancada dolería a rabiar. Por eso dilató en todo lo posible el momento de acostarse. Abrió su mochila y rebuscó en su interior hasta dar con el saco de dormir, unos pantalones y el único par de zapatillas que no habían estado en la Bolsa Coherente cuando los ganaderos la vaciaron. Volvió a revisar sus armas. Colocó cargadores para su pistola y su subfusil en los compartimientos vacíos de su recién recuperado cinturón. Enfundó la Sig Sauer plateada en su cartuchera y comprobó el resto del contenido del cinto. Entre sus bengalas de emergencia y las pastillas depuradoras estaban las dos últimas píldoras que le llevarían hasta el oráculo de Delfos. Delano acarició el contorno de ambas a través del compartimiento de cuero herméticamente cerrado en el que se encontraban. No, se dijo, *sólo si no queda más remedio... Estamos demasiado cerca del final como para malgastar una visita...*

Invocó su Bolsa Coherente y metió dentro tanto su portátil como la mochila. Luego la mandó de regreso a las Sombras. Aún permaneció unos minutos remoloneando en la tienda, hasta que con un largo suspiro cedió a los designios de su cuerpo y se metió en el saco de dormir. No soñó.

El sueño aguardaba.

El cuatro de junio, después de atravesar la enésima encrucijada, entraron en un

mundo arruinado, un mundo silencioso y crepuscular envuelto en un nimbo de luz violácea. Era uno de esos caminos que Delano no hubiera tomado jamás de haber tenido otra opción. Su punto de partida era una estructura semiderruida que bien podía ser un astillero espacial abandonado. Se trataba de un enorme conglomerado de hangares y altos edificios, contruidos todos con las mismas placas de metal gris, sin el menor adorno exterior. Entre dos de los hangares se elevaban una serie de plataformas, grúas, anclajes y finas torretas de contención. De allí colgaba el esqueleto de un inmenso bajío, atrapado por el complicado sistema de engranajes que coronaba la torreta más alta. El engranaje, una mezcla de cadenas, poleas y barras, aunque oxidado por el tiempo, todavía cumplía con su cometido, sujetando el fuselaje a medio montar entre las pocas plataformas que no se habían derrumbado. Daba la impresión de que el abandono de aquel sitio había tenido lugar de forma precipitada, mientras trabajaban en la construcción o reparación de aquella nave. Delano trató de leer entre líneas pero no encontró nada, sólo antigüedad y olvido.

Dejaron atrás la estructura ruinoso y avanzaron a través de una conjunción de lomas achaparradas que eran el único accidente en aquel paisaje de brillo tumefacto. El silencio de aquel mundo era opresivo, asfixiante. Hasta el ruido del motor parecía amortiguado.

Alexandre abandonó la trasera del vehículo y se sentó junto a Delano.

—Este sitio me pone los pelos de punta... —dijo el lector. Eran las primeras palabras que se escuchaban en la furgoneta desde que el grupo se había reunido de nuevo. Hasta entonces, como bien había dicho Alexandre, el viaje había sido silencioso y apacible. Pero ahora, con aquel otro silencio cercándolos, pareció sentir la imperiosa necesidad de romperlo.

—Es un mundo muerto... —dijo Delano—. Uno de los mundos destruidos en el último Conflicto...

—¿Un Conflicto?

—Sí... Así es como se conocen a las épocas de crisis... —le explicó Delano. Era normal y comprensible que Alexandre no estuviera familiarizado con toda la historia y parafernalia del mundo oculto—. El último Conflicto tuvo lugar hace cinco siglos —continuó, animado por el sonido de su propia voz imponiéndose al ominoso silencio—. Por lo que cuentan, el mundo oculto era todavía más extraño en aquellos tiempos... No se sabe a ciencia cierta qué lo causó... Como nadie sabe qué fue lo que causó los anteriores, aunque muchos apuntan que uno de ellos fue causado por el mismísimo Rey Muerto. Ya ves. La realidad es precaria en todos los sentidos... Y no te puedes imaginar cuánto... La teoría más extendida dice que los Conflictos son una especie reordenamiento universal... Algo desequilibra la balanza cósmica y ésta vuelve a equilibrarse por sí sola... Cueste lo que cueste...

Se sumieron de nuevo en aquel pesado silencio que lo invadía todo. Era un

silencio hostil, asfixiante. Alexandre lo rompió al cabo de unos minutos.

—¿A veces no deseas no saber nada de todo esto? —dijo, haciendo un gesto que de algún modo no sólo abarcaba el mundo desolado por el que viajaban sino que englobaba los lugares de paso y hasta el último de los milagros y horrores del mundo oculto.

—Yo nací a este lado de la realidad... No tuve otra opción... ¿Pero desearlo? Si, muchas veces... Tantas tal vez como me he dicho a mí mismo que a pesar de todo merece la pena —Delano guardó silencio, preguntándose si una de las fuentes perdidas concedía tal deseo. Sí, claro que sí. Una fuente por cada deseo. Una fuente por cada anhelo...

—Vivir una vida apacible, ignorante del misterio... —continuó Alexandre con los ojos puestos en la oscuridad que los rodeaba—. Un trabajo normal, una vida normal... Vivir sin saber lo que ocurre en las esquinas del mundo... Vivir sin preguntarte qué nuevo horror saldrá del armario...

—Cuando aceptas la maravilla la aceptas por entero y toda maravilla tiene dos caras... —recitó Delano. Una de las frases favoritas de su abuelo. Sacudió la cabeza. No quería pensar en su familia, no ahora—. ¿Y tú, Alexandre? ¿Te arrepientes de haber cruzado el velo? ¿Volverías a tu vida normal si pudieras hacerlo? ¿Recuperarías el color de tus ojos si te dieran la oportunidad?

Alexandre tardó tanto tiempo en contestar que Delano pensó que la conversación ya había terminado.

—No —dijo finalmente el lector—. Estoy donde quiero estar. Estoy donde debo estar...

—En una puta cruzada apóstata en busca de todos los deseos de la humanidad...

—Hay sitios peores... —dijo Alexandre.

—Muchos. Te lo aseguro... —Delano chasqueó la lengua y miró de reojo a su compañero de viaje antes de preguntar—. ¿Hace mucho que conoces a Heredia y a Rigaud?

—Hace unos meses... Gema Árida me los presentó en Lilith... —contestó el lector, mirándolo con recelo—. ¿Por qué?

—Fuiste tú quien los protegió contra la lectura, ¿verdad?

El lector de nuevo demoró su respuesta:

—Sí. Fui yo... —Alexandre lo observaba cada vez más intrigado.

—¿Leíste en ellos antes de protegerlos?

—No tengo costumbre de leer en la gente así como así... Ya te lo dije...

—Cuándo me conociste en Copenhague te diste cuenta enseguida de que estaba protegido... Y no podías haberlo sabido sin tratar de leerme. Estoy seguro de que leíste en ellos, aunque sólo fuera el día en que Gema te los presentó...

—¿Dónde quieres ir a parar, Delano?

—¿Leíste en ellos alguna vez, Alexandre? —insistió.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque comparten una Bolsa Coherente, lo cual no sólo es curioso sino completamente imposible. Porque tienen un enlace mental tan fuerte que les permitió mantenerse en contacto mientras los ganaderos nos arrastraban por los lugares de pasos... y porque sospecho que, de un modo que no acierto a comprender, Rigaud y Heredia son una misma persona...

Alexandre bajó la mirada hacia su peluche y observó detenidamente una diminuta espada ensartada en su pecho. Acarició la pequeña empuñadura con la yema del dedo índice, sin hacer presión, pero girando el arma en la herida.

—No, no son la misma persona... —dijo—. Pero comparten la misma vida... —volvió a mirar a Delano—. Heredia nació de Rigaud hace veinte años, fue en un rito de octubre, mitad magia mitad genética. Heredia era un cuerpo vacío, un niño muerto robado de su tumba para celebrar la ceremonia... Mientras el hijo creado por el rito de octubre envejece, el padre se queda estancado en la edad que tenía cuando se produjo el nacimiento... No es la vida eterna pero sí la eterna juventud, por lo menos mientras Heredia viva... Cuando muera, el tiempo acumulado en él regresará a Rigaud...

—Vaya... —acertó a decir Delano, sorprendido por lo que acababa de escuchar. Alexandre acababa de desmontar en cierto modo la teoría que había construido tras el incidente con los ganaderos—. Personas diferentes pero una misma vida... ¿Entonces Heredia es independiente de Rigaud?

—Eso creo, pero tampoco te lo puedo asegurar... —acarició a su peluche, tiñéndose los dedos de sangre—. Una cosa: no comentes nada de esto con ellos, ¿de acuerdo? No quiero que sepan que lo has sabido por mí...

—No, no te preocupes... —le dijo Delano, observando el mundo muerto que rodeaba a la furgoneta—. Seré una tumba...

El cinco de junio vislumbraron una ciudadela de metal y cristal que se erguía en el horizonte. El metal resplandecía llameante al ocaso y se reflejaba en lo que debían ser placas de vidrio esmerilado. Dos naves rechonchas y armadas se acercaron desde la ciudad y los observaron durante largo rato, con su fuselaje festoneado con pinturas de advertencia. Una vez dejaron atrás la ciudad, las naves desaparecieron.

El seis de junio Charlotte Blue, el genio probabilístico, se volvió loco.

Un río circulaba paralelo al camino por el que transitaban. Delano, sentado esta vez en el asiento del copiloto, contemplaba ausente la densa nube de insectos que volaba a ras de agua, cuando la furgoneta en la que viajaba el resto del grupo frenó en

seco. Alexandre maldijo en voz baja y esquivó el vehículo con un brusco volantazo.

Cuando salieron al camino aquel grito terrible saltó sobre ellos. Era un alarido largo y tan penetrante que Delano se sintió tentado de gritar también para tratar de acallarlos.

—¿¡Qué pasa!?! —preguntó alarmado, echando a correr hacia la furgoneta. No había nadie en la cabina y los dos hombres irrumpieron en su parte trasera para encontrarse con Gema Árida, de rodillas, sujetando la masa esmeralda que era Charlotte. El genio goteaba entre los dedos de la espiritista, que a duras penas lograba mantenerlo unido.

—¡Ha perdido el control! ¡No sé que le ocurre! —su grito se impuso al grito del genio. Gema los miró, impotente, con las manos llenándose y vaciándose de Charlotte.

—Tengo un método infalible para callarlo, pero algo me dice que no sería de vuestro agrado —comentó Sforza con una sonrisa maliciosa.

—¡Vete a la mierda! —le espetó Heredia. Sforza levantó las manos pidiendo paz y retrocedió un paso.

El genio continuaba alargando su grito hasta el paroxismo y todos los esfuerzos de Gema por apaciguarle fueron vanos. Sus zarcillos filamentosos se sacudían histéricos sobre la gelatina espesa que era su cuerpo, las antenas de Charlotte colgaban flaccidas y penduleaban al ritmo de los espasmos.

El grito cesó de manera tan brusca como había surgido. La criatura fue encontrando poco a poco la calma entre nuevos ataques de histeria que no terminaban de arrancar. Tras uno de esos gritos abortados, Charlotte habló por última vez; fue un anuncio cargado de patetismo que a Delano le puso los pelos de punta.

—Estoy muerto —declaró el genio y desde ese mismo instante hasta el final del viaje actuó como si lo estuviera.

Charlotte yacía sobre un barril vacío convertido en una masa pastosa. Sus únicos movimientos se reducían a los suaves espasmos con los que respiraba.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Delano a Alexandre.

—Ha revalorado sus probabilidades de sobrevivir a este viaje y las ha encontrado nulas. Sabe que va a morir y que no puede evitarlo —contestó, casi sin aliento.

—*Probabilísticamente hablando está ya muerto.*

—¿Él va a morir? —Gema Árida se volvió hacia Rigaud. El canadiense estaba pálido—. ¿Qué significa eso? ¿Vamos a fracasar? ¿No vamos a encontrar las fuentes?

—No sé lo que significa, Gema... —contestó Rigaud, mesándose la barba—. No lo sé... ¿Puedes conseguir más información, Alexandre?

—No. Lo he intentado pero no puedo... —el lector se pasó una mano por la frente y suspiró—. Algo va a matar a Charlotte... Eso está claro. La cuestión es qué y si nos podemos permitir el riesgo de enfrentarnos a ello... Sea lo que sea...

—¿Quieres abandonar, Alexandre?

—No, no quiero abandonar. Pero es una idea bastante razonable dadas las circunstancias...

—¿Abandonar? —preguntó Heredia—. ¿Ahora que queda tan poco? ¿Cuándo hemos llegado tan lejos?

—Llegar lejos no significa llegar hasta el final... —señaló Gema Árida.

—¿Delano? ¿Tú que opinas? —le preguntó Rigaud.

Deiano contempló el cuerpo del genio.

—El oráculo de Delfos me dijo que llegaríamos a las fuentes... —dijo—. Pero no sí saldríamos con vida de allí...

—¿Aarón sigue en su santuario? —le preguntó Rigaud a Sforza.

—Sigue allí.

—Creo que sería una buena idea que nos replanteáramos la situación —dijo Gema Árida—. Meditarlo un poco...

—No, no es necesario... —susurró Rigaud—. Hay dos furgonetas... Si alguien quiere abandonar puede hacerlo...

—Nadie abandonará... —dijo Alexandre.

—¿Por qué? —le preguntó Delano—. ¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si esa posibilidad hubiera existido, Charlotte no habría caído en este estado. El genio hubiera abandonado la expedición con los que quisieran irse...

—Hay un par de paradojas en lo que acabas de decir... —comentó Delano—. Tal vez el genio y los que decidan marcharse mueran en el camino de regreso...

—¿Qué quieres decir?

—El genio va a morir pase lo que pase... Si esa muerte implica que nosotros también vamos a estar en peligro, hagamos lo que hagamos, tomemos la decisión que tomemos, lo estaremos... Así que sigamos adelante... Busquemos las fuentes perdidas...

La noche del seis de junio, el sueño de Delano estalló.

Acamparon después de atravesar una pedregosa senda enfangada. La luz apenas conseguía filtrarse por el techo de ramas que formaban las hileras de árboles a ambos márgenes del camino. La Nissan se quedaba atascada cada dos por tres y se veían forzados a empujarla para sacarla del cieno. El barro les llegaba hasta las rodillas y moverse era una odisea. Tardaron horas en atravesar el lógamo viscoso que lo cubría todo y llegar a piso firme. Heredia anunció, por vez primera en todo el viaje, que no podía con su alma y que si no se detenían de una vez no dudaría en reventar como protesta.

Delano también estaba agotado tras la dura pugna contra el barro y no pasaron dos minutos desde que cerró la cremallera de su saco de dormir hasta que cayó

profundamente dormido.

Y nada más cerrar los ojos sintió cómo el sueño, inmenso, se abalanzaba sobre él desde las cavernas más profundas de su mente, con tal ímpetu que Delano, desesperado, trató de encontrar el camino de regreso a la vigilia, braceando contra la corriente de lodo negro que lo mantenía atado al sueño que estallaba, que se abría ante él, que florecía como una flor espantosa. Pero no había escapatoria. Las serpientes del sueño se alzaron en el crepúsculo de su cerebro y lo arrastraron hacia la negrura, hacia las profundas simas donde habitaba el verdadero horror. No, no había lugar donde huir. El sueño había estallado. El sueño lo era todo.

Y Delano Gris, sin otra opción, soñó.

Las gotas de lluvia repicaban contra la puerta de la cafetería donde un reloj se arrastraba por el suelo ayudándose de sus agujas oxidadas. Delano pidió fuego a un grifo esquelético y moribundo que vomitaba monedas de oro en el suelo agujereado del establecimiento. La bestia alzó la cabeza y lo miró con sus ojos azules claveteados de diminuos alfanjes negros.

—En el invierno de mi infortunio ni los cuervos se acercarán a mi carne muerta... —dijo agitando su cabeza picuda como si le causara un gran dolor pronunciar aquellas palabras. En su mano descarnada apareció un mechero gris. Tenía forma de columna y Delano alcanzó a leer su verdadero nombre garabateado en la superficie—. En la hora de la expiación ni todas las lágrimas del mundo me redimirán de mis pecados... Porque yo... Porque yo... —el grifo tragó saliva, incapaz de continuar, de completar aquella frase que aleteaba en su pico. Tendió el mechero a Delano—. Todo lo que has soñado... Dame todo lo que una vez has deseado y esto será tuyo...

Delano comenzó a preparar el exiguo paquete de anhelos que siempre llevaba consigo. Necesitaba hacerse con ese mechero; necesitaba recuperar su verdadero nombre. Centró toda su atención en el paquete, sabiendo que la oferta hecha por la criatura estaba a punto de expirar, pero sus deseos y sueños se rebelaban entre sus manos y le costó un gran esfuerzo mantenerlos quietos. Cuando, con un jadeo y un resoplido se lo tendió al grifo, se encontró contemplando la cabeza decapitada de la pitia de Delfos, flotando espectral en el aire.

—¿Ha visto una pelota, señor? —le preguntó con una voz que no era la suya—. Es roja y está llena de escorpiones... Se llevó a mis hijas a la Planicie Montaraz, pero como son muy listas y saben que yo no conozco el camino fueron dejando trocitos de sí mismas para guiarme... Pero el camino es tan *laaaaaaargoo* y ellas son tan *pequeeeeeñasssssss*. ¿Puede ayudarme, por favor?

Una mosca, grande como un buitre, devoraba a mordiscos de rabia un flamenco de ojos tristes y resignados. Una sirena llenaba una copa con los restos que caían de las mandíbulas batientes del insecto. Delano descubrió que le estaba prohibido cerrar los ojos en el sueño.

El suelo de la cafetería tembló y retumbó a medida que cientos de lápidas, torcidas y ennegrecidas, rompían las baldosas para inclinarse a los pies de Delano. Un mausoleo de mármol negro surgió arrastrando consigo los mismos cimientos del local. Del suelo destrozado llegó una niebla espesa y envenenada para entremezclarse con el polvo blanco del yeso y el cemento. El techo se desvaneció, dejando entrar la luz de unas estrellas talladas en hueso y cristal.

Una voz sepulcral resonó en la noche.

—*Eres sueño, realidad y mentira. Y los sueños no sueñan, Delano. Habitan en las sombras hasta que alguien se atreva a soñarlos.*

La sirena se arrastraba hacia él, jadeando asfixiada entre las tumbas y la niebla. Llevaba su copa entre las manos y se la ofrecía con una mueca que debía de ser una sonrisa. Le ceñía el cuello un grillete de acero negro, sujeto por una cadena que se perdía más allá de la niebla. Cuando Delano descubrió su verdadero nombre escrito en la superficie de la copa dio un paso hacia la sirena, decidido a arrebatársela, decidido a apurarla hasta las heces y recuperar así, de una vez por todas, su identidad. Pero cuando se inclinaba para cogerla, alguien tiró de la cadena y la sirena salió despedida hacia atrás de manera tan violenta que el cáliz escapó de sus manos y giró enloquecido en el aire. La niebla se hizo más densa. El cielo sobre su cabeza se llenó de nubes negras que gritaban y aullaban. La copa se alzaba en parábola, girando sobre sí misma despacio, sin derramar ni una sola gota de licor. Cuando llegó a la cumbre de su vuelo se detuvo, inmóvil en el aire. Una mano atravesó los jirones de miasma verde y aferró la copa por su base, arrastrándola consigo a las tinieblas. En ese instante una racha de fuerte viento llegó a espaldas de Delano y disipó la niebla, dejando ver lo que hasta ese segundo había ocultado.

El nigromante de Cicero, su torturador, estaba ante él.

Se alzaba en la niebla como un espectro vivo, como la personificación de la calamidad. Vestía una túnica negra manchada de sangre, desgarrada; los jirones de tela se agitaban como un nido de serpientes hambrientas. Una mano pálida aferraba la cadena de la sirena. El hechicero no había cambiado a lo largo de los años, sus rasgos seguían siendo las mismas rectas hambrientas, las mismas sombras se derramaban en un rostro congelado siempre en una expresión entre el desamparo y la burla. Sus ojos azules, enormes y desvaídos, se cernían sobre Delano, iluminando hasta el último recuerdo del pasado, trayendo de regreso al presente hasta el último grito y la última súplica que sus labios habían pronunciado en su presencia.

Y supo que soñaba, pero también supo que esa presencia en su mente era real. El hechicero no era una representación onírica. Estaba realmente allí. En su cabeza.

Y en su sueño, recordó.

Y la brutalidad de la revelación le golpeó con tal potencia que cayó de rodillas, con el rostro desencajado y una frialdad inhumana adueñándose de su pecho, de su

mente, de su alma. No gritó, no tenía fuerzas para ello aunque todo su ser era un grito contenido que de estallar le haría pedazos. No lloró, porque la angustia que sentía estaba más allá de las lágrimas y de cualquier tipo de expresión.

El nigromante habló. Su voz era un susurro infecto, un hálito de carroña trasmutada en sonido. Si la masacre tuviera voz para explicar su espanto, sería ésa. Si el dolor más puro se transformara en verbo sólo esos labios serían capaces de conjugarlo.

—No deberías arrodillarte ante mí. No es necesario. No hay nada que agradecer porque mi ayuda ha sido, es y será siempre interesada...

Delano fijó su mirada desorbitada en el suelo. Temblando. Sollozando. Sintiendo el desespero furioso del hombre que ve que todo lo que alguna vez ha tenido sentido para él no es más que una broma. Una ilusión.

En el invierno de mi infortunio ni los cuervos se acercarán a mi carne muerta... En la hora de la expiación ni todas las lágrimas del mundo me redimirán de mis pecados... Por que yo... porque yo...

—No existo... —completó Delano.

—Existes... —le contradijo el nigromante, dando dos rápidos pasos hacia él y acariciándole el cabello, con infinita suavidad, hasta con cariño—. Existes para servirme, existes para encumbrar mi gloria...

Delano negó con la cabeza, sacudido por recuerdos recientes que subrayaban su verdadera naturaleza. Gritos y señales que se habían cruzado en su camino pero que no había alcanzado a comprender.

Aarón se arrastraba bajo el fuego de los Sargazos, trepaba a la cabina de su camión y besaba al hombre al volante. Una mosca debatiéndose en restos de materia encefálica. Heredia, una simple prolongación de Rigaud, un receptáculo de tiempo robado a la entropía.

Y él. Una marioneta en manos del nigromante. —No existo... —repitió Delano.

Morí en Cicero.

Y el sueño se convirtió en recuerdo.

Lo arrancaron de la oscuridad del calabozo. Lo arrastraron por última vez por los pasillos oscuros, repletos siempre de alaridos y del desesperado hedor de la muerte agónica. Lo llevaron a una sala en la que jamás había estado, la única puerta que hasta entonces no se había abierto para él. El niño temblaba, desnudo y aterido mientras las manos ensangrentadas de la criatura que le había transportado por los infiernos abría la puerta y lo hacía entrar en la estancia con un violento tirón.

El nigromante esperaba allí, de pie en el centro de la sala. Con una mano apoyada en la larga mesa de madera sobre la que descansaba un artefacto fabricado con hierros retorcidos y huesos negros, una caja cuyo interior estaba revestido de colmillos y cristales, de lancetas y garfios, de dientes y puñales.

La criatura dejó al niño en el centro de aquel artefacto y procedió a cerrarlo, despacio. Su rostro descarnado lo miró un instante, antes de que la negrura de la caja se cerrara sobre él.

—Acaba ya, pequeño... Vienen a por ti... —dijo con voz líquida. La sangre se derramaba por las comisuras de sus labios, fluyendo al compás de sus palabras.

El niño se retorció en el interior de aquello, a pesar de que con cada movimiento sentía cómo algo le atravesaba y desgarraba la piel. A lo largo de los años había averiguado que moverse era un modo de luchar contra el dolor. Moverse era retar a la agonía y sentirse vivo.

Entonces pusieron la máquina en marcha y fue como si todo el sufrimiento de esos años se condensara en una única y frenética oleada.

Su alarido le desgarró la garganta y le llenó la boca de sangre caliente.

—Yo te creo... —la voz árida y destemplada llegaba a sus oídos con una claridad diáfana, a pesar de sus gritos, a pesar del chillido constante. Desde el dolor supremo. Desde la desesperanza más negra y los tiempos cumplidos... Yo, aquí y ahora, te convierto en mi vasija, en mi cosecha...

Una luz cegadora irrumpió a través de sus ojos abiertos de par en par.

Y durante tres días prepararon su cuerpo sobre la losa negra de los sacrificados. Dos criaturas, siervas ambas del señor del dolor, le visitaron los dos primeros días en su lecho de muerte. Las dos le traían un don.

La primera, una anciana con las cuencas de sus ojos ocultas por una película lechosa, cubierta toda ella de telarañas, acarició el rostro del niño muerto.

—Sólo las criaturas oscuras podrán leer en tu esencia... Sólo aquellos que hayan bebido del cáliz secreto del señor de la masacre podrán ver tu secreto. Y te entrego el don de la segunda lectura, la que no marca con el estigma negro, la que pervierte la esencia del entramado.

El segundo engendro que lo visitó fue un esqueleto de huesos rojos. Trepó a la mesa con un ruido de palos secos y besó sus labios muertos con sus dientes descarnados. No dijo ni una sola palabra y fuera cual fuera el don que le concedió quedó en el secreto.

El tercer día el nigromante acudió a velarlo. Acarició su cabello ensangrentado y en aquel gesto había tanto cariño como devoción.

—Te doy la vida... —dijo. Las palabras eran humo negro danzando en su boca—. Te doy la vida... —repitió—. Aquí y ahora, nuestros destinos quedan unidos... Tu destino será el mío... Cuando llegue mi hora, cuando encuentre la muerte en tus manos, reclamaré lo que es mío y renaceré en ti... Por el don que te concedo, por la alegría del dolor y el frenesí... Por la noche más oscura y la más alta flama de los infiernos... Porque ahora... —hizo una pausa, la sala entera se había llenado con el humo denso que despedía su aliento—. Yo... te doy la vida...

Y el recuerdo se rompió en pedazos y Delano se encontró de regreso al sueño, postrado entre lápidas y niebla.

La silueta temible se deshacía, amalgamándose en la oscuridad y la niebla de la que había surgido, hasta que sólo quedaron sus inmensos ojos azules, flotando en la nada, atravesándolo con su mirada. La copa cayó al suelo y se rompió en pedazos. Del interior surgió una mariposa de plata.

—Recuerda de que fuente tienes que beber... —dijo el torturador antes de que sus ojos se desvanecieran en las sombras.

—¡NOOOOOO!— aulló Delano, desesperado, enloquecido, comprendiendo por fin de donde venía ese deseo de morir, esa ansia de encontrar la liberación del camino que está escrito.

Se juró que ésta vez no olvidaría, se juró que, nada más despertar, cogería su pistola y se volaría la cabeza. Pero sus juramentos eran en vano. Olvidaría. Se despertaría gritando, envuelto en lágrimas, sin saber una vez más qué las había causado. Seguiría adelante, sumido en el espejismo del libre albedrío, de la vida falsa que arrastraba. Seguiría siendo un títere en manos del monstruo.

Delano despertó, un aullido lastimero surgía de sus labios. Salió del saco de dormir, perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer al suelo. Desde fuera le llamaban a voces y Delano comprendió que había gritado en sueños. La mandíbula le dolía y tenía el sabor de la sangre firmemente adherido al paladar. Se había mordido la lengua. Luchó contra la cremallera de la tienda hasta que consiguió abrirla y salió afuera, casi arrastrándose. Todos estaban en pie ante su tienda. Rigaud tenía una pistola amartillada.

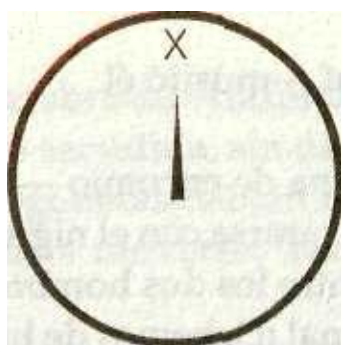
—¿Qué diablos te ha pasado? —le gritó Alexandre. El lector estaba pálido—. ¡Parecía que te estaban matando!

—¡Joder, macho! —hasta Heredia estaba trastornado—. ¡Creía que te habías vuelto loco como Charlotte!

—Un mal sueño... —gimió Delano, destrozado sin saber por qué, sin ser capaz de contener los temblores y las lágrimas—. Sólo ha sido eso... Un mal sueño...

El ocho de junio alcanzaron las Fuentes Perdidas.

Las Fuentes Perdidas



Ante los ojos de la expedición se extendía un valle inmenso de tierra árida, un desierto de roca. Hasta donde alcanzaba la vista no había más que pedregales. La única vegetación consistía en unos matorrales raquíuticos de color ceniza que se aferraban a la tierra con ansia desesperada. El valle estaba rodeado por una cordillera chata y gris, tras la que se alzaba la silueta gibosa de una nueva cordillera más escarpada y pronunciada que el anillo interior y más allá de ésta, oculta entre jirones de niebla y altos cúmulos, una tercera cordillera aún más abrupta, de cimas estrechas y agudas como punzones. El cielo era una monótona extensión de desvaído azul, dominada por un gigantesco sol rojizo rodeado de una corona pulsátil. Las sombras que creaba aquel astro eran líquidas y brumosas. No corría el menor soplo de viento y el aire inmóvil, estancado, rezumaba el hedor seco de las tumbas recién abiertas y el deje amargo de los páramos sin vida.

El grupo estaba parado en el punto más alto del camino que descendía hasta el valle. Ese camino era a primera vista la única entrada y salida de aquel lugar, cercado por los círculos concéntricos de murallones rocosos. El valle estaba desierto. Y no había fuentes, ni nada que pudiera contenerlas. Delano examinó el mapa por enésima vez; no había duda, estaban ante el lugar marcado. Era la parada final del recorrido, habían llegado a la meta y alguien les había escamoteado el premio. Y eso no podía ser cierto. Tenía que haber un error.

—¿Dónde están las fuentes? —preguntó Heredia—. ¿Dónde están las putas fuentes?! —clavó su mirada en Delano, como si el mero hecho de tener el mapa en las manos le convirtiera en el culpable de su ausencia.

—Tienen que estar aquí —musitó él.

—¡Aquí no hay nada!

—Tu perspicacia es digna de encomio —ironizó Sforza.

Heredia se giró para encararse con el nigromante, pero Gema Árida ya se había interpuesto entre los dos hombres.

—¡No perdamos la calma! ¡Debemos de haber pasado algo por alto!

—Las fuentes deberían estar aquí... Deberían estar aquí hasta el día diez... —susurró Heredia.

—Puede que se rijan por otro calendario —apuntó Gema Árida, poco convencida de sus palabras.

—O tal vez haya sido un error de apreciación y sea el día diez cuando aparezcan... —añadió Delano, aún menos seguro de lo que decía que la espiritista. Todavía se sentía lastrado por la última pesadilla. Los ecos de aquella bomba mental aún perduraban en su mente aunque no lo hicieran en su recuerdo. Hasta el último de sus pensamientos estaba impregnado en aquel frío horror. Los dos días transcurridos no habían sido suficientes como para restablecerse por completo. Se sentía espeso, maltrecho y descentrado. Se sentía perdido.

—SILENCIO —pidió el remedo desde su atalaya en la camiseta gris de Alexandre.

El lector contemplaba con los ojos entrecerrados el erial en el que desembocaba la pendiente. Las manos del lector torturaban a tal velocidad al oso que los diminutos cuchillos y las agujas se convertían en destellos cegadores punteados de rojo. Delano apartó la vista.

—Nada... —dijo Alexandre al fin—. Aquí no hay nada...

«*Llegarás a las fuentes*»... había dicho la pitia en Delfos. Pero no había fuentes. Sólo rocas, polvo, arena y un sol incendiario.

Rigaud resopló y examinó el paisaje yermo a través de los prismáticos, maldiciendo entre dientes. Estuvo cavilando un rato antes de volver a hablar:

—Puede que haya alguna cueva entre las rocas... Estamos dándolo todo por perdido sin haber apurado todas las posibilidades.

—¿No me escuchas?! —le espetó Alexandre—. ¡No hay nada! ¡Nada! ¡Ni entre las rocas ni bajo tierra! ¡El valle esta vacío!

El piso de la cuesta era tan irregular que la furgoneta de los ganaderos, guiada por Delano, brincó y saltó durante toda la bajada como un caballo desbocado. La Nissan, en cambio, se deslizaba con una gracia etérea, perfectamente domada por las manos de Heredia. Delano apretó los dientes mientras los baches lo zarandeaban de un lado a otro, tratando de mantener el control del vehículo. Llegaron al terreno llano con una última sacudida que casi estuvo a punto de catapultarlos contra el parabrisas. Alexandre apoyó las manos en el salpicadero para frenar la sacudida, sin dejar de mirar por la ventanilla. El polvo que las furgonetas habían levantado flotaba suspendido en el aire, sin apenas moverse. Tardaría mucho tiempo en asentarse de nuevo.

Aparcaron junto a una de las estribaciones rocosas de las montañas y el grupo formó un sombrío cónclave a su resguardo. El calor era asfixiante.

—No tiene sentido... —dijo Rigaud, visiblemente alterado por el inesperado giro de los acontecimientos—. ¡No tiene ningún sentido!

—Hemos debido de pasar algo por alto... —repitió Gema Árida, sacudiendo la cabeza.

El calor apenas le dejaba pensar. Delano se limpió el sudor y miró hacia al cielo, tratando de adivinar por la posición del sol el tiempo que tendrían que aguardar para que llegara la noche, pero nada más alzar la vista, el hiriente resplandor del astro le obligó a apartarla, con un doloroso incendio esférico impreso en negro en la retina.

Sforza activó su anulador de gravedad y ascendió hasta convertirse en un punto en el cielo.

—No hay más que montañas en todas direcciones —informó cuando tomó tierra junto a ellos—. Este lugar ya no pertenece a los lugares de paso... Hemos atravesado un punto de fracción...

—¡Me importa un carajo dónde estamos...! —Rigaud, caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada—. ¡Las fuentes tienen que estar aquí! ¡Quiero que peinéis este lugar y que no dejéis ni una sola piedra por remover...! ¡Tiene que haber algo!

—No hay nada, Rigaud... absolutamente nada... Convéncete de una vez.

El canadiense no hizo el menor caso de las palabras de Alexandre.

—Examinad los riscos... ¡Los escalaremos si no nos queda otro remedio! —prosiguió mientras continuaba con su paseo maniático—. Buscad grietas en el suelo... ¡Cualquier cosa! ¡Cualquiera!

—¡No hay nada, Rigaud! ¿No entiendes lo que digo? ¡NO HAY NADA!

Rigaud conectó un magistral derechazo en la cara del lector. Alexandre se derrumbó contra la furgoneta y de ahí cayó al suelo. Delano reculó un paso, tan sorprendido como si le hubieran golpeado a él. Rigaud seguía con el puño alzado, contemplándolo con la mirada vidriada, perplejo él también por su reacción. Alexandre sacudió la cabeza, la sangre manchaba la comisura izquierda de sus labios.

—Perdóname... Perdóname, Alexandre... —pidió Rigaud agachándose junto al caído—. Perdí el control...

El lector asintió con frialdad pero hizo caso omiso de la mano que tendía hacia él y se levantó apoyándose en la furgoneta. Buscó un pañuelo de papel en su bolsillo y se limpió la boca. La huella cárdena de los dedos del canadiense comenzaba a delinearse en su rostro lívido. Delano no quiso pensar en lo que hubiera sucedido si Rigaud le hubiera golpeado con el puño cargado de energía.

Delano sacó el mapa de las fuentes del bolsillo trasero de su pantalón. Lo estudió de nuevo, detenidamente, sabedor de que toda la atención del grupo estaba puesta en él. Delano era el guía. Para eso lo habían contratado. El camino que habían seguido desde el punto de fracción en Tebas hasta el valle estaba subrayado con el negro brillante que tan familiar se le había hecho a lo largo del viaje, nada quedaba ya de aquel gris mate que mostraba lo que quedaba por recorrer. Habían llegado al punto exacto que marcaba el mapa: a la cruz que señalaba el lugar donde estaba enterrado el tesoro.

El aspa sobre la tela era también de un negro intenso, pero ésta no había sufrido ningún cambio. La misma forma y el mismo color que había tenido cuando Delano vio el mapa por primera vez, extendido sobre la mesa en el hotel de Copenhague. Frunció el ceño.

—Es posible que no hayamos llegado todavía...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rigaud—. Éste es el lugar, de eso no hay duda...

—No te digo que no sea el lugar... Lo que estoy diciendo es que no estamos en el punto exacto que marca el mapa... La cruz señala el centro del valle. Creo que deberíamos dirigirnos allí...

Llevaron las furgonetas hasta el punto que habían calculado que correspondía al centro del valle. La intensa polvareda que levantaron flotó en el aire como una nube baja vencida por la gravedad. Delano descendió con la lengua fuera, asfixiado. Echó mano a la cantimplora que llevaba al cinto y se bebió más de la mitad en dos tragos. Luego, bajo la mirada atenta del grupo, volvió a desplegar el mapa. La cruz no había cambiado de color. Permanecía inmutable. Miró a su alrededor. En aquella tierra gris hasta el aire ardía. No hacía ni un minuto que había bebido y su garganta ya estaba reseca otra vez, con el árido sabor del polvo caliente pegado en el paladar. Iba a echar a andar cuando la mano de Alexandre en el brazo le hizo detenerse.

—Déjame a mí...

Delano asintió y le pasó el mapa. El lector lo estudió con el ceño fruncido, agitó la cabeza como si se hubiera reafirmado en su teoría de que no había nada en aquel valle y se encaminó hacia el oeste, despacio, sin apartar la vista de la tela. El intenso calor hacía ondular su silueta, como si no fuera del todo sólido.

Apenas se había alejado cien metros cuando Alexandre se quedó inmóvil de repente, congelado en el gesto de dar un nuevo paso. El mapa resbaló de sus manos. Antes de que tocara el suelo, el mundo entero se convulsionó. Duró sólo un segundo pero Delano jamás podría olvidarlo, fue como si la realidad entera hubiera entrado en barrena, como si se hubiera producido un colapso en toda la creación y ésta hubiera dejado de existir un instante para volver a aparecer luego, idéntica pero no por ello igual.

Delano trató de leer entre líneas pero un súbito mareo le detuvo. Fuerzas más allá de todo entendimiento se habían dado cita en aquel erial y habían transmutado su esencia. Un aura de indecible poder lo salpicaba todo, una capa de vida nueva, febril y violenta. El mareo persistía a pesar de que había dejado de leer entre líneas, se iba haciendo más acuciante, más salvaje. Dio un paso atrás, llevándose una mano a la frente. Era como si aquella loca energía hubiera irrumpido en su cuerpo a través de sus pupilas y ahora retorciera hasta la última célula que le daba forma. La energía, después de cambiar el valle, trataba de cambiarlo a él.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué diablos ha sido eso? —escuchó preguntar a alguien.

Delano cerró los ojos. Sentía frío, un frío irracional que trepaba por su espina dorsal y se hundía con furia en la parte más primitiva de su cerebro. Aún aturdido como estaba, reconoció aquella energía: era la misma que había sentido en el valle de la reina Hatshepsut, allá en Tebas, idénticas en naturaleza pero no en intensidad, compararlas sería como comparar la brasa de una hoguera con el corazón del mismo infierno. Su estómago dio una desagradable sacudida y sintió una náusea mental recorriendo hasta la última neurona de su cerebro. Una racha de intenso viento lo empujó hacia atrás, arrastrando a su paso remolinos de polvo y arena.

De pronto la energía que los rodeaba se dispersó, diluyéndose en el valle después de llegar pura hasta ellos. Alexandre cayó de rodillas como si alguien hubiera cortado los hilos que lo mantenían en pie. Luego rompió a gritar.

En un primer momento Delano creyó que el halo de negrura que rodeaba al lector era producto de su imaginación. Tardó unos segundos en comprender que aquel nimbo era una prolongación de la oscuridad de los ojos de Alexandre; como si la lectura, azuzada por la ola de energía que los había rodeado, hubiera trascendido de su propio cuerpo. El lector se derrumbó presa de lo que parecía un ataque epiléptico. La sangre manaba a borbotones de sus fosas nasales y de su boca; sus manos, convertidas en garras, arañaban desesperadas el suelo del valle. El remedo se agitaba prendido a su camiseta, mirando en todas direcciones a la vez, con la boca desencajada.

—¿Qué está ocurriendo?! —chilló Gema Árida y echó a correr hacia Alexandre. Delano estaba clavado en su sitio, desconcertado. Se llevó una mano a la nariz al sentir el primer indicio de humedad. Él también sangraba.

Alexandre se envaró en el suelo cuando el ataque llegó a su fin. El polvo lo cubría como una mortaja cenicienta. Gema Árida se arrodilló a su lado. Él la apartó de un brusco empujón que casi la derribó y a continuación, poco a poco, como si le costara un gran esfuerzo recordar el misterio del movimiento, se sentó en el suelo. Se limpió la sangre del rostro con la palma de la mano y la restregó contra la pernera de su pantalón, dejando una mancha viscosa y oscura sobre el tejido. El remedo todavía seguía aterrado, fuera lo que fuera lo que había sacudido a Alexandre se había transmitido al peluche por su enlace mental.

El lector tomó aliento y los miró.

—Están aquí... —anunció en un susurro desconcertado. Levantó la cabeza para mirar a Rigaud—. Las siento como nunca había sentido nada... Las fuentes están aquí... *Acaban de llegar...*

Delano asintió, limpiándose él también la sangre del labio superior y de la nariz. Alexandre podía haber recibido el impacto de la llegada del Misterio Furtivo con una intensidad cien veces mayor, pero no por eso se hacía menos evidente para él. Contempló aquel páramo abrasado por el sol. Allí, en algún lugar, estaban las fuentes perdidas. Una por cada deseo. Y aunque no podía verlas casi creía escucharlas: alfaguaras cantarinas llamándole con una voz tan insinuante que el Oráculo se moriría de envidia si llegara a oírlas.

—Están aquí... —dijo Delano.

—Ahora sí —corroboró Alexandre, todavía pálido por el ataque. El naciente moratón del puñetazo de Rigaud resaltaba en su mejilla como sangre sobre la nieve.

Heredia le ayudó a incorporarse y Delano le pasó su cantimplora cuando el lector pidió agua. Rigaud miraba a su alrededor, inquieto, la expresión de su rostro había

cambiado de la derrota a la expectación. Sforza parecía el más tranquilo de todos aunque, por un momento, Delano creyó advertir en su rostro una sombra de temor, como si a él también le hubiera sobrecogido la increíble ola de energía que los había atravesado.

Un movimiento a sus pies llamó su atención. El mapa de las fuentes había quedado apresado en un matorral y aleteaba al viento como pájaro herido. Delano lo recogió del suelo y lo miró. El aspa había cambiado. Ahora era de un rojo violento y brillante que latía suavemente sobre la tela. El mapa, ahora sí, había cumplido su cometido. No sólo les había guiado a ellos hasta el valle. También había llevado las fuentes hasta allí. ¿Dónde estaban éstas cuando ellos comenzaron viaje? Sonrió ante lo evidente. Las fuentes habían estado en Tebas, aguardando a que alguien las pusiera en marcha.

—Misterios Furtivos... —murmuró Rigaud, perdido él también en sus pensamientos. Luego miró a Alexandre—. ¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Como si me hubieran pegado una paliza... —contestó, ya había recuperado cierto color pero parecía agotado. Bebió un último trago de la cantimplora y se la tendió, vacía, a Delano—. Las fuentes están bajo tierra... —explicó—. Tenemos que encontrar el modo de llegar hasta ellas.

—Bien... —asintió el canadiense—. Nos separaremos y exploraremos los alrededores. No dejéis piedra sin mover ni arbusto por sacudir... —luego sonrió por primera vez en mucho tiempo—. Un último esfuerzo y todo lo que una vez hayáis podido desear será vuestro...

Leyó entre líneas por enésima vez entre las rocas de la pared del risco. A excepción de unos pocos otros diminutos de roca negra desperdigados aquí y allá, no había nada que rompiera la monotonía del valle. Delano llevaba una hora dando palos de ciego explorando la pared izquierda del valle, contactando con el resto del grupo cada quince minutos a través de uno de los radiotransmisores que Rigaud había repartido. Alexandre estaba en la pared opuesta a la de Delano, revisando aquellos farallones rocosos en busca de alguna abertura, ya fuera evidente u oculta entre líneas; Heredia y Rigaud recorrían la parte más alejada de la entrada en la furgoneta de los ganaderos mientras Gema Árida, al volante de la Nissan, peinaba la zona central del valle. Sforza flotaba en lo alto como una nube negra mal dibujada, tratando de encontrar algún indicio desde el aire. De cuando en cuando Delano lo veía descender en la lejanía para luego volver a remontar el vuelo. El valle era enorme. Necesitarían mucho tiempo para explorarlo en su totalidad y según el mapa sólo contaban con dos días. El diez de junio las fuentes desaparecerían.

El calor, a medida que pasaba el tiempo, se hacía cada vez más asfixiante, ni siquiera a la sombra de la pared había respiro. El aire estancado, pegajoso como mermelada hervida, frenaba sus movimientos y fatigaba sus pulmones. Se había

quitado la camiseta talismán y había improvisado un turbante con ella. Sudaba a chorros. Miró hacia el cielo, cuidándose mucho de no fijar la vista en la esfera asesina que pendía sobre las montañas.

Ya no estaban en los caminos olvidados. En algún tramo de la parte final del trayecto, sin percatarse de ello, habían atravesado un punto de fracción y se habían adentrado en los dominios del sol rojo.

—Hasta aquí me han traído mis sueños... —musitó, contemplando el resplandor sangriento que empapaba la cima de las montañas. Desde el principio, desde que quedó postrado en su cocina ante aquella corazonada fulminante, le habían guiado hacia allí. Y no había sido una guía amable. Lo habían empujado con violencia de sueño en sueño, de manera tan brutal como surrealista. Un sueño le había desvelado la relación entre Milvidas y Aarón. Había sido un sueño el que había tomado el control de su cuerpo para hacerle marcar a cuchilla la ruta en el atlas de los lugares de paso. ¿Y ahora? ¿Debía esperar una nueva señal que le indicara el camino a seguir o los sueños ya habían cumplido su cometido llevándolo hasta el valle? Respiró una honda bocanada de aire espeso. Fuera lo que fuera lo que creaba los sueños todavía le rondaba. Intuía una presencia vigilando cada uno de sus movimientos, atento a sus progresos como el profesor benévolo que intervendrá sólo cuando vea que su pupilo no puede encontrar la solución al problema por sí mismo.

Delano siguió leyendo entre las piedras. Encontraría la entrada por sus propios medios. Sin ninguna ayuda.

¿Pero qué haría después, una vez encontrada? ¿Tenía para él alguna validez la palabra dada al gigante de roca? ¿Trataría de evitar que el resto del grupo bebiera de las fuentes como le había exigido el sacerdote de la hermandad de la Piedra y el Filo? Milvidas y los suyos habían creído comprar la fidelidad absoluta de Delano extendiéndole un talón, como muchos otros antes que ellos habían creído hacerlo. En la mayor parte de las ocasiones Delano no había tenido motivo para romper aquel espejismo. Cumplió su cometido y se embolsó sus ganancias. Pero tras la fachada de mercenario que Delano se había construido había una verdad diferente. Su lealtad no estaba en venta y sus promesas, en aquel aspecto, no valían nada. No, se dijo, no traicionaría a Rigaud y a los suyos. Más tarde arreglaría cuentas con la hermandad.

Siguió con su tarea.

Acarició las aristas de las rocas, fijándose en cada reborde, en cada grieta. Palmeó sobre un saliente, suspiró y avanzó unos metros, sin apartar la mirada de la piedra. Era imposible ignorar las lentas oleadas de poder que recorrían el valle, a veces eran tan intensas que Delano sentía erizarse hasta el último vello del cuerpo. Rigaud había prohibido usar hechizos o instrumentos mágicos en la búsqueda de las fuentes. El poder rebosaba en el valle y no quería tentar a la suerte y atraer la atención del Panteón Oscuro. Mientras continuaba explorando se produjo un súbito reflote de

aquella corriente y Delano tuvo que detenerse unos instantes, aferrado a la roca como si tuviera miedo de perder pie y ser arrastrado por la vorágine de aquel poder antiguo y salvaje.

En la lejanía vislumbró la Nissan, plagada de destellos y envuelta en un nimbo borroso, una suerte de bruma creada por la canícula. Charlotte Blue viajaba en ella, el genio muerto en vida al haberse descubierto sin probabilidad alguna de supervivencia. Lo que fuera a matar al duende no podría tardar mucho en ocurrir... Algo inmenso y terrible se cernía sobre ellos. Delano miró hacia el enorme sol y su corona de llamas, secándose la frente con el antebrazo.

Un remolino de arena y polvo lo cegó un momento. Cuando la embestida del viento pasó, Delano bebió un largo trago de la cantimplora, se desprendió del turbante y vació el resto del agua, ya bastante escasa, sobre su cabeza sudada. Casi creyó escuchar el sonido del agua al evaporarse al entrar en contacto con su cuerpo. No sabía cuántos barriles quedaban en las furgonetas pero pensó que tal vez fuera una buena idea comenzar a racionarla por si la búsqueda se alargaba. Aún así la tarea de seguir rastreando las rocas sin una cantimplora llena al cinto se le antojó demasiado pesada.

Volvió a anudarse la camiseta sobre la cabeza y cogió el radiotransmisor:

—¿Gema? ¿Me oyes?

—Distorsionado y confuso... —dijo la voz de la espiritista entre una fuerte tormenta de estática—. Pero te oigo... ¿Has encontrado algo?

—No, nada... ¿Puedes acercarte? Me he quedado sin agua...

—En un minuto estoy allí... —dijo su voz casi enterrada bajo el furioso crepitar del ruido de fondo. La sombra de Sforza sobrevolaba el valle vacío de nubes. Delano volvió a fijar su atención en la pared rocosa hasta que escuchó el sonido del motor aproximándose.

La furgoneta apareció en la lejanía, titilando entre los rayos del sol y los remolinos de polvo. Delano chasqueó la lengua, convertida en un trozo de trapo áspero y escupió un salivazo blanco sobre el suelo agrietado. Los reflejos del sol en la cabina convertían a Gema Árida en una sombra confusa, apenas real. Delano se quitó de nuevo la camiseta de la cabeza y se secó el rostro con ella, sin apartar la vista del vehículo. Aparcó a unos metros de distancia, ligeramente escorado, y fue entonces, al ver la quietud de la figura que ocupaba la cabina, cuando comprendió que algo marchaba mal. El motor se detuvo y un silencio mortal se cernió sobre Delano.

Ya está ocurriendo.

Frunció el ceño y se acercó despacio a la furgoneta. Por un instante creyó que el parabrisas estaba astillado, pero luego se dio cuenta de que lo que había tomado por una maraña de grietas eran en realidad docenas de moscas negras y blancas,

deambulando frenéticas por el interior del cristal. Delano alzó la vista al cielo. Sforza era un borrón difuso al este del valle, una nube con forma humana que en esos momentos descendía más allá del horizonte. Volvió a mirar a la cabina plagada de insectos. La silueta al volante era extraña, había algo equivocado en ella. Tragó saliva, sin comprender qué estaba mirando. Cuando por fin su mente procesó lo que tenía ante él, sintió la mano fría del miedo en la garganta.

Retrocedió un paso, abrumado por el horror. La cabeza de Gema Árida estaba sobre la repisa del salpicadero junto al radiotransmisor, tumbada de costado, mostrando el corte limpio con el que la habían decapitado. Un ojo entreabierto danzaba enloquecido en su cuenca, velado por la sangre. Todavía estaba viva. Gema Árida todavía estaba viva. El resto de su cuerpo estaba sentado al volante, aferrándolo con sus manos lívidas.

Las puertas traseras se abrieron de par en par, empujadas desde dentro con violencia. Delano maldijo y desfundó su pistola. Una fuerza invisible le dobló los dedos hacia atrás y arrojó el arma contra las rocas. Adriano Sforza se abrió paso a través de las tinieblas del interior de la furgoneta y lo hizo de tal forma que pareció como si su traje de etiqueta negro hubiera sido escupido por la oscuridad para luego colocar un rostro pálido y mefítico sobre él. La media máscara que ocultaba su cara era una mueca horrible, un grito colosal encerrado en plata.

Delano lanzó una rápida mirada hacia la silueta que había tomado por el nigromante. Aquella forma negra, difusa, apenas reconocible, ascendía de nuevo en los cielos. Moscas. Una nube de moscas negras con forma humana. La doble protección de Sforza la hacía impenetrable para Alexandre. El hechicero nunca había estado sobrevolando el valle. Había permanecido todo ese tiempo en la furgoneta. Encargándose de la espiritista.

Recordó las palabras de la pitia:

Adriano Sforza no es un mago negro excesivamente cruel... pero entiéndeme, Delano, sigue siendo lo que es, eso no puede evitarlo como tú no puedes evitar ser lo que eres.

El nigromante se proyectó hacia él en un salto tan potente que casi era vuelo. Delano trató de hacerse a un lado cuando llegó hasta él, enarbolando su bastón como si fuera una espada. Un halo tenebroso, vetado de diminutos chispazos de plata, lo rodeaba. Sintió la oleada de aire cálido que su atacante desplazó al moverse y de pronto se encontró inmerso en una densa nube de moscas. Se revolvió a ciegas. Entrevió una sombra moviéndose veloz a su izquierda. Cuando se giraba para encararla, un golpe brutal en la boca del estómago lo dobló en dos.

Sforza apareció ante él, flotando a un palmo del suelo, con su mano apoyada en el dispositivo antigraavedad de su cinturón.

—Al final siempre hacemos lo que los demás esperan que hagamos... —dijo.

La patada del nigromante estuvo a punto de desencajarle la mandíbula. En el último rapto de conciencia vio su camisa talismán aleteando en el suelo, más allá de las moscas. Algo rió en su mente.

Lo primero que sintió al despertar fue la palpitación de su boca partida. Luego notó la presión húmeda de la mordaza de cuero y el roce de la cuerda que ataba sus muñecas y sus tobillos. Abrió los ojos para encontrarse con la penumbra familiar de la parte trasera de la furgoneta. Se revolvió, confundido y desorientado. Estaba tirado contra una confusión de cajas volcadas y la esquina de una de ellas se le clavaba en los riñones. Se giró despacio y la presión desapareció. Parpadeó tratando de centrarse. Sforza estaba a un metro de distancia, dándole la espalda. Las moscas poblaban todo el lugar aunque la mayor parte se concentraba sobre la Bolsa Coherente del hechicero, abierta a sus pies. Una mano cercenada asomaba del interior. En cada una de sus articulaciones había un clavo de hierro oxidado, el dedo índice había sido sustituido por una afilada hoja de acero y señalaba a Delano de una manera indolente, casual.

El hedor a matadero era tan denso que casi parecía sólido.

Sforza se dio la vuelta, avisado tal vez por las moscas o por la respiración agitada de Delano. Tenía un escalpelo entre el índice y el pulgar de la mano derecha. El instrumento brillaba, envuelto en un fulgor rojizo. Una gota esmeralda resbaló por su filo. Cuando el mago se giró hacia él, pudo contemplar la pechera de su traje, manchada de sangre y grumos verdes. El rostro de Sforza no mostraba emoción alguna. La máscara que le tapaba media cara con aquel grito espantoso y demencial parecía más viva que lo que ésta dejaba a la vista. Se pasó una mano por el cabello rubio, tiznándose también de sangre y de largas hebras esmeralda.

De pronto una ola del poder puro del valle los alcanzó y superó, una ventolera plagada de promesas a un segundo de verse cumplidas. El mago jadeó y un ansia desproporcionada retorció su rostro, hermanándolo con la mueca que cubría la mitad de sus rasgos. Volvió a darle la espalda, ocupado en lo que fuera que estuviera haciendo con su escalpelo. Los movimientos del nigromante eran frenéticos, acelerados. Delano reuló hasta quedar medio sentado, jadeando contra la mordaza ensangrentada y forcejeando en vano con sus ataduras.

Al cabo de unos instantes el nigromante se detuvo. Dejó el escalpelo sobre la tapa de un barril y examinó el trabajo realizado, acariciándose la barbilla. Extendió los brazos con un movimiento brusco, como un director de orquesta apunto delanzarse a la interpretación de una pieza complicada, echó la cabeza hacia atrás y musitó tres palabras tan rápidas que Delano no logró entenderlas. El eco de la última no se había apagado cuando una vocecilla rota le contestó.

—*Sforza...* —dijo. Era la voz de Charlotte Blue, quebrada y antinatural.

El nigromante asintió como si esa llamada hubiera sido la respuesta que había

esperado y se dio la vuelta, encarándose de nuevo con su prisionero.

En ese momento, Delano pudo ver a Charlotte. El genio estaba abierto en canal sobre una bandeja de aluminio apoyada entre dos gruesos barriles de agua. Pliegues y pliegues de piel verdosa se estiraban sobre la bandeja, clavadas a ésta por minúsculas esquirlas de hueso y dejando al descubierto los órganos internos de Charlotte. El genio se estremecía, pero era un temblor insignificante, apenas perceptible. De su cuerpo torturado fluían ondas de aire negro que iban a parar a Sforza y a las moscas que volaban por la trasera.

El nigromante se acuclilló junto a su Bolsa Coherente y miró en su interior, indeciso. Se acarició la barbilla y fijó su atención en Delano, estudiándolo con interés, como si tratara de hacerse una idea lo más exacta posible de la consistencia de su carne, la resistencia de su piel y la densidad de su sangre, para encontrar así el útil de tortura adecuado para él. Al fin se decidió por otro escalpelo, mayor del que había usado con el genio. Comprobó el filo con la yema de un dedo y asintió complacido: aquello era lo que buscaba, lo apropiado... Lanzó una mirada indiferente a los restos de Charlotte y se acercó hacia Delano con el escalpelo en la mano derecha. Delano se echó hacia atrás, luchando contra sus ligaduras sin aflojarlas un ápice. Sforza se arrodilló ante él, lo agarró del cuello y lo atrajo hacia sí con un formidable tirón. Por un instante sus miradas quedaron enfrentadas. Delano contempló su reflejo en la plata de la máscara histórica y antes de darse cuenta de lo que hacía leyó entre líneas en él.

El ansia por asir la liberación definitiva. La huida que no era tal, sino victoria. La muerte, por fin...

Ahogó un grito desesperado contra su mordaza. Podía aceptar el hecho de que iba a morir, pero no el horror de saber que eso era lo que deseaba. El escalpelo brilló en la mano de Sforza, trazó una reluciente parábola y Delano sintió su mordisco en la mejilla. Bufó y gritó, pero los sonidos chocaban contra el cuero y surgían amortiguados y ridículos. El hechicero apestaba a sangre fresca y a Charlotte. Delano flexionó las rodillas y embistió al mago con la cabeza, pero éste esquivó su golpe y saltó sobre él, inmovilizándolo con su peso.

Comenzó a golpearle en la cara con la cadencia de un pistón. Su cabeza bailaba bajo la lluvia de golpes, de cuando en cuando el mago deslizaba el escalpelo en el rostro de Delano y efectuaba un pequeño corte.

Una cortina roja se alzaba y ondeaba al ritmo demoledor de los puñetazos. Su pómulo derecho crujió. Cuando ya notaba como la benévola inconsciencia tendía sus redes hacia él, Sforza detuvo sus golpes. Se levantó y vació una botella de agua sobre el rostro hinchado y ensangrentado de Delano.

Agitó la cabeza, frenético. La cortina roja que nublaba su vista se retiró un momento, barrida por el agua y sus sacudidas. Su mirada vagó enloquecida a su

alrededor, buscando desesperado algo que le sirviera de ayuda. Sforza estaba de pie ante él, observándolo desapasionadamente. Delano mordió la mordaza, se echó hacia atrás. Miró a la izquierda. A la derecha. Alzó la vista hacia el techo, atragantándose con su propia sangre.

De nuevo, de regreso al dolor, de nuevo de vuelta a la agonía. De nuevo los cuchillos... De nuevo el infierno... Pero pronto acabará todo... Tiene que ser rápido... No puede tomarse contigo todo el tiempo que desearía...

Bajó la mirada cuando Sforza volvió a acuclillarse junto a él, alzando la mano en la que llevaba el escalpelo. Fue entonces cuando lo vio, tras el mago, junto a una caja abierta en el suelo. No estaban solos en la furgoneta.

Un homúnculo los espiaba semioculto tras una esquina de la caja. Un hombrecillo desnudo de ojos vacuos y brazos descarnados que apenas alcanzaba los diez centímetros de altura, su rostro era una mueca coronada por un mechón de pelo negro. Por un instante, Delano creyó ser presa del delirio, pero luego comprendió que ese ser estaba realmente allí. Era un miembro en miniatura de la casta de Aarón, el nigromante que aguardaba paciente junto a su santuario. Sforza detuvo el golpe que ya iniciaba, extrañado por la expresión de Delano, y siguió la dirección de su mirada. Cuando descubrió al pequeño ser su único ojo visible se desorbitó.

—¡NO! —gritó, saltando hacia el hombrecillo.

El homúnculo, al verse descubierto, dio un grito silencioso y hundió sus falanges en su propio pecho justo cuando el mago, medio trastabillado, descargaba su pie sobre él. Se escuchó un espantoso crujido. Sforza restregó su zapato con saña contra el suelo, dejando una huella cárdena. Luego, con el rostro aún descompuesto, alzó la mirada hacia el techo del vehículo.

—No... —repitió. Y en ese mismo instante el mundo estalló en llamas de cobre y plata.

Delano salió proyectado hacia la derecha y chocó contra un lateral del vehículo. El aire abandonó sus pulmones con un doloroso silbido. Un tremendo rugido llegó de la nada y hasta el último cristal de la furgoneta estalló en pedazos.

—Sforza... —exclamó el genio muerto, imponiendo de manera imposible su débil voz al estruendo que se había desatado—. *Te buscan...*

El techo de la furgoneta se rasgó como si fuera papel de fumar, el metal salió volando hacia atrás con un chasquido vibrante. El suelo se combó, las paredes se vinieron abajo como un decorado mal montado. La cabina salió despedida hacia el frente para convertirse en una rodante bola de llamas y humo negro. Delano giró sobre sí mismo, tratando de escapar de la lluvia de cajas que se le venía encima. Alzó la mirada, deslumbrando por el fulgor del gigantesco sol rojo que de nuevo pendía

sobre su cabeza, resoplando contra su mordaza y pestañeando para librarse de la sangre que entraba en sus ojos.

Sforza se encontraba de pie en el centro del caos en el que se había convertido la trasera de la furgoneta. Respiraba con calma y mantenía su mirada fija en la figura que se aproximaba desde la izquierda, envuelta en una descomunal polvareda. Delano descubrió el frío reflejo del escalpelo abandonado en el suelo, lo atrapó como pudo entre sus manos atadas y comenzó a cortar los nudos, mordiéndose los labios cuando el filo no encontraba la cuerda y se hundía en su carne.

Aarón emergió entre el polvo, caminando despacio, sin apartar sus ojos verdes de Sforza. Una súbita ventolera agitó su pelo rojo cuando subió de un salto a la ruina que había sido la furgoneta. Sonreía de forma displicente, como el último invitado en acudir a una fiesta a la que todos dudaban que acabara presentándose. Llevaba las manos en los bolsillos de su raída cazadora vaquera, su camiseta seguía anunciando que no había futuro para nadie y Delano no tuvo más remedio que darle la razón.

El centenar de moscas que voló a su encuentro quedó reducido a cenizas antes de acercarse a un metro de distancia. La colosal nube de polvo que había traído consigo se arremolinó a su espalda, agitándose como un ente vivo.

Delano detuvo sus intentos, hasta entonces vanos, de cortar sus ataduras. Su ojo izquierdo comenzaba a cerrarse, aprisionado en un amasijo de carne hinchada, pero pudo ver como tras el remolino de polvo se agitaban docenas de siluetas contrahechas. Aarón se había traído a su casta con él. Delano rodó fuera del piso destrozado de la furgoneta. Dos criaturas muertas surgieron de entre el polvo y otras muchas más se fueron perfilando en la inmensa nube. El sol rojo arrancaba destellos sanguinolentos de los huesos desnudos de sus manos y antebrazos. Los dedos de los muertos eran largos y afilados, cinco estiletes de hueso blanco.

—Las copas... —masculló Delano tras la mordaza—. Os habéis olvidado de las copas...

Volvió a concentrarse en sus ligaduras.

En la furgoneta, Aarón agachó la cabeza y miró a Sforza de reojo.

—Quiero saber dos cosas —anunció alzando un puño cerrado ante su rostro—. Busco las fuentes perdidas —extendió el dedo índice—. Y quiero saber dónde está Dhemian Milvidas —alargó el dedo corazón—. Y quiero saberlo ya.

Sforza hizo un gesto con los brazos que abarcaba el valle entero.

—Las fuentes deberían estar aquí —se quitó la chaqueta manchada, la dobló con cuidado y la dejó en el suelo. Acto seguido se desabrochó la camisa sin apartar la vista de Aarón, la dobló también y la colocó sobre la chaqueta. La espalda del nigromante estaba surcada por docenas de cicatrices y símbolos cabalísticos—. Y no tengo el gusto de conocer al caballero por quien preguntas aunque he oído hablar de él.

—Esas respuestas no me resultan satisfactorias.

—No tengo otras. —Sonrió—. Y si las tuviera ten por seguro que no te las daría...

La cuerda en torno a las muñecas de Delano se aflojó lo suficiente como para librarse de ellas con un solo movimiento. Sus manos ensangrentadas volaron hacia las ligaduras que ataban sus piernas.

—Quiero saber dónde están las fuentes y dónde está Milvidas —continuó Aarón—. No lo repetiré una vez más...

—No —le aseguró Sforza con una torva sonrisa—. No lo repetirás más...

Flexionó las rodillas y saltó hacia él.

Los dos magos chocaron desbocados. A su alrededor la luz se tomó opaca y ambos se convirtieron en meras sombras danzantes. Se oyó un grito y Sforza salió despedido hacia arriba, perseguido de cerca por Aarón. El veneciano se revolvió en el aire e invocó una caterva de saetas viscosas que su adversario esquivó con un prodigioso viraje. Las energías desatadas por los hechiceros se condensaron en forma de nubes oscuras en el cielo.

Delano se arrancó la mordaza de un tirón y un nuevo dolor se unió a la sinfonía agónica que interpretaba su rostro. La sangre veló su visión y trastabilló hacia la izquierda. Sacudió la cabeza, tratando de despejarse, de barrer de una vez por todas los reflejos de escalpelo que se le habían quedado prendidos a la retina. A tres metros de altura los magos seguían danzando uno en torno al otro, midiendo distancias y lanzándose maleficios envueltos en la bruma negra que ambos exhalaban, Delano se preguntó cuánto tiempo iba a tardar en aparecer alguna deidad del Panteón Oscuro, atraída por el poder devastador del Misterio Furtivo al que ahora se unía la energía de los nigromantes en liza.

Que vengan, se dijo, que vengan y nos lleven a todos...

Se arrodilló, incapaz de resistir el dolor. El suelo a sus pies recibió la rápida llovizna de sangre que cayó desde su cara, absorbiéndola con avidez mientras él sollozaba, derrotado por la agonía. Se pasó ambas manos por el pelo, echándose hacia atrás. Alzó la vista al cielo y lanzó tal alarido que pensó que su garganta iba a reventar. Luego, mareado, pálido, apretó los dientes y se incorporó como bien pudo.

Uno de los miembros de la casta de Aarón se acercaba hacia él, tan encorvado que sus garras afiladas casi rozaban el suelo. La boca del cadáver estaba entreabierta mostrándole sus colmillos negros, las únicas piezas que sobrevivían en el amasijo pútrido de sus encías. Otro se aproximaba desde la derecha, una mole de carne pálida que propinaba zarpazos al aire con ambos brazos, barboteando incoherencias, más gruñidos que palabras.

—Basta, Adela... ¡Basta...! La luz me ciega... La luz... —gruñía, aproximándose cada vez más— ¡LA LUZ! —aulló y aceleró de pronto el paso hasta convertirlo en

carrera.

Delano escupió una maldición entre saliva y sangre mientras trataba de sobreponerse al dolor y luchar. Ahora por lo menos no estaba atado.

Con un quiebro hacia la derecha se zafó de la primera acometida del cadáver revivido. Cinco dagas de hueso pasaron a diez centímetros de su garganta. La criatura reculó y golpeó con el dorso de su mano en pleno rostro de Delano, con tal potencia que éste salió despedido a do: metros de distancia.

—¡Hazlo parar!! ¡Me hace daño!!

Delano chocó contra el piso del valle, soltando un bufido que sabía a sangre, a polvo y a huesos rotos. El engendro gruñó algo ininteligible y cuando saltaba, dispuesto a rematar su tarea, una lanzada de energía fulgurante le atravesó el torso y arrastró una estela de carne y sangre tras ella. Los restos del engendro cayeron sobre Delano. Se lo quitó de encima y se levantó, aturdido, atragantándose con sangre y carne que no era suya.

Heredia corría hacia él, cargando con el arma de los filos como si fuera una lanza. La boca del fino cañón humeaba.

—¡Al suelo! —le gritó Heredia—. *¡Tírate al suelo, joder!* Delano no obedeció la orden, se quedó en pie, contemplando la llegada del hispano, pero de forma lejana, como si el cuerpo desde el que estaba siguiendo aquella escena no fuera el suyo. Un rayo de intensa luz pasó a unos centímetros de su costado derecho. Escuchó el sonido de un cuerpo cayendo a su espalda, pero ni se giró hacia allí. Heredia llegó hasta él, se revolvió a su lado y abrió fuego dos veces, con el rostro contraído en una mueca de ciega furia. A continuación pasó un brazo en torno a su cintura y lo obligó a correr. Delano trastabilló y se dejó arrastrar como un pelele, contemplando confundido el rifle y el subfusil que se agitaban colgados de la espalda de Heredia.

—¡Despierta o te juro que te dejo aquí!

—No me grites... —balbuceó. Le costaba trabajo dominar su lengua, como si se hubiera hinchado hasta adquirir el triple de su tamaño normal para luego convertirse en piedra. Tenía el sabor metálico de la sangre incrustado en su garganta. Se sentía mareado, extraviado, y el dolor mas fuerte no provenía ya de su cara sino de su estomago, allí donde le había golpeado Sforza. Con cada paso que el joven le hacía dar, ese dolor se removía, acomodándose en sus entrañas como una bestia inquieta.

Heredia se giró y disparó sobre su hombro. El retroceso del arma y el tremendo estampido con el que el haz de luz blanca salió disparada, lo despejaron lo suficiente como para tratar de convertirse en el único dueño de sus movimientos. Se libró del abrazo del hispano de un manotazo y miró hacia atrás.

La casta de Aarón los perseguía. La mayoría marchaba a cuatro patas, hundiendo en el suelo sus falanges descarnadas e impulsándose como una jauría demoníaca. Había algo atávico en aquellos seres con forma humana corriendo tras ellos como si

fueran bestias. Sobre las ruinas de la furgoneta los nigromantes seguían su duelo, envueltos en rápidas corrientes de energía mística.

Heredia descolgó el subfusil que llevaba a su espalda y se lo pasó a la carrera. Delano cogió el arma pero no hizo ademán de usarla, se la colgó al hombro y la dejó bambolearse allí. Por el momento tenía suficiente con no desplomarse.

—¡Esos cabrones infestan todo el valle! —le dijo Heredia, disparando de nuevo y torciendo el gesto como si disparar le causara un gran dolor. Uno de los cadáveres salió despedido hacia atrás, arrastrado por la misma luz que lo mutilaba—. ¡Han aparecido por todas partes!

Como para confirmar sus palabras un nuevo grupo de engendros apareció en la distancia, aullando y corriendo hacia ellos. Cambiaron de rumbo y Delano descubrió, sorprendido a medias, que en su camino se encontraba su camiseta talismán, arrugada en el suelo como la piel de una serpiente. La atrapó sin dejar de correr. El tejido de la camiseta crepitó al reatársela en torno a su cintura. Apretó los dientes. La miasma febril que enturbiaba su pensamiento no estaba dispuesta a desaparecer. Las sacudidas de la culata del subfusil contra su espalda eran imperiosos golpes que le obligaban a seguir adelante. Tras ellos corría la muerte. Y en la algarabía de sus gritos y aullidos a veces se entendían palabras. Palabras que habían pronunciado antes de que Aarón reclamase sus vidas para mayor gloria de su poder.

Heredia se frenó en seco, apoyó una rodilla en tierra y efectuó tres disparos. Los relámpagos aullantes trazaron su camino recto en el valle levantando remolinos de polvo en su carrera hacia la casta. El joven soltó la mano derecha del tubo de disparo y la sacudió con furia mientras se levantaba y retomaba la carrera. La palma de su mano estaba enrojecida y varias ampollas sanguinolentas se abrían camino a través de la carne.

Delano vislumbró la silueta de un pequeño otero a unos doscientos metros de donde se encontraban, de no más de cuatro metros de altura y plano en su parte superior. No era demasiado alto pero sí lo suficiente como para resistir los embates de la casta desde su cima.

Cuando Heredia llegó hasta él, lo empujó en dirección a la roca. El aire sofocante del valle pareció espesarse. Delano se limpió el sudor y la sangre del rostro y se mordió los labios para no gritar cuando su gesto avivó el dolor en su cara torturada. De nuevo volvió la vista atrás. La primera oleada de la casta de Aarón, formada por casi quince engendros, estaba a punto de alcanzarlos. Llegaron justo a las estribaciones de la roca cuando los muertos se les echaron encima.

—¡Mierda! —exclamó el hispano.

El joven hizo un último disparo antes de arrojar el arma sobrecalentada en dirección a la casta, en el mismo movimiento dejó caer el rifle que colgaba de su hombro hasta sus manos. Delano se hizo con el subfusil y descerrajó un tiro en el

vientre de una de las criaturas y hundió la culata del arma en el rostro de otra.

Durante unos segundos permanecieron codo con codo, disparando a bocajarro mientras retrocedían hacia la roca.

—¡Cúbreme! —gritó Heredia.

El hispano se encaramó a la pared del otero de un salto, sin soltar el rifle. Delano se interpuso entre la casta y él, disparando una y otra vez hasta que un fatídico traqueteo inútil le indicó que ya no quedaban balas en el cargador. Enarboló el arma a modo de porra y comenzó a golpear a diestro y siniestro. Los engendros de Aarón se estremecían a cada golpe sin cesar en su avance, con sus esqueléticos dedos convertidos en garras y la ciega determinación de dar muerte en el rostro. Escuchaba sus voces, voces rotas perdidas en el delirio, conversando con gente que no estaba allí o llamando a gritos a sus madres, como si quisieran despertar de la interminable pesadilla a la que les había empujado el nigromante. El segundo gran grupo de engendros llegaba ya hasta ellos, atronador y salvaje. Una marea de muerte rompía contra el otero.

Heredia alcanzó el punto más alto del risco y abrió fuego hacia el caos de abajo. La criatura más cercana a Delano se desplomó con la cara convertida en un borrón sangriento. Delano tiró el subfusil, se giró y saltó sobre la roca, buscando asideros para ayudarse a trepar. Unas frías garras le asieron del pantalón para soltarle casi al instante, abatido por el fuego de cobertura de Heredia. Delano sintió la sangre salpicando en su espalda desnuda.

El hispano le lanzó su rifle en cuanto llegó arriba.

—¡Consigúeme cinco segundos! —le grito mientras invocaba a su Bolsa Coherente. Descorrió la cremallera con tanta fuerza que si no hubiera sido mágica la hubiera destrozado. Delano se volvió y abrió fuego contra el primer engendro que hizo amago de trepar por la pared del otero. La casta redobló su empuje, trepando amontonados unos sobre otros, atrepellándose en su camino hacia los dos hombres. Disparó una vez más, retrocediendo ante la voraz acometida de las criaturas muertas.

Heredia lo apartó suavemente. Llevaba una Uzi en cada mano y las apuntaba hacia la casta que trepaba por la roca.

—Échate a un lado —le conminó con una sonrisa.

—Se acabó —anunció poco después.

A los pies de la peña se amontonaban los cadáveres, ya por fin exánimes, que habían formado parte de la casta del nigromante. El olor de la putrefacción subió envuelta en el aire viscoso. Delano mandó de regresó a las Sombras a su Bolsa Coherente después de coger su propio subfusil. Se puso la camiseta talismán y miró a su alrededor. Desde aquel promontorio tenía una vista privilegiada del valle. Vio varios grupos de cadáveres deambulando aquí y allá, sin un objetivo concreto. Contempló con aprensión al más nutrido de ellos, que también resultaba ser el más

cercano al otero. Lo comandaba un gigante oscuro que por su figura y sus movimientos más parecía simio que humano. Los dos hechiceros continuaban con su duelo en las proximidades de la furgoneta destrozada, moviéndose como estrambóticas figuras de tonos negros y ocres. Se giró hacia el sur cuando a sus oídos llegó el tableteo lejano de una ametralladora. Heredia ya miraba hacia allí:

La segunda furgoneta estaba sitiada contra la pared rocosa, cercada por docenas de cadáveres. Delano alcanzó a ver la silueta oscura del canadiense manejando la ametralladora. Una segunda figura estaba encaramada junto a él, disparando sobre los seres que se aproximaban tanto que quedaban fuera del ángulo de tiro del arma. Era Alexandre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Heredia, sin apartar la vista de Rigaud—. ¿De dónde han salido tanto hijo de puta muerto?

—Teníamos un polizón en la furgoneta... —le contestó Delano. Ante la mirada incrédula de Heredia se apresuró a añadir—. Ese cabrón había reducido de tamaño a una de sus criaturas... Debió de subir cuando nos detuvimos ante su santuario y seguro que no tuvo problemas para ocultarse en el interior de alguna caja... Cuando se dio cuenta de que lo habían descubierto, invocó a su señor...

—Joder... Hemos perdido el control de la situación... ¿verdad? —dijo, sonriendo sin rastro de humor. Recargó sus armas sin dejar de mirar hacia el vehículo sitiado.

—Un poco, sí... ¿Cómo llegaste tan pronto a la furgoneta?

—Alexandre nos llamó para que echáramos un vistazo a Sforza con los prismáticos potenciados... Nos dijo que había visto algo raro en él... Su protección seguía siendo infranqueable pero de algún modo le parecía... —se detuvo un instante, como si no encontrara la palabra adecuada para expresarse—. Poco cohesionada... —finalizó.

Desde el este y el norte llegaban dos nuevos grupos para unirse a la marea de monstruos que hostigaban a Alexandre y Rigaud. El grupo guiado por el gigante simiesco aceleró el paso hacia el otero y pronto se lanzaron a una desenfrenada carrera, aullando y vociferando como posesos.

—Claro, no sólo era un cuerpo protegido... eran cientos... —Delano comprobó su propio subfusil y contó los cargadores de su cinto: ocho.

—Putas moscas... Eso es lo que era. Un montón de putas moscas... Nos reunimos con Alexandre y Rigaud me mandó para ver qué ocurría... Trataba de llegar hasta vuestra furgoneta cuando la casta apareció por todas partes... —guardó silencio y miró a Delano—. ¿Y Gema Árida? —preguntó.

—Muerta. Como Charlotte... Los mató Sforza... Y me hubiera matado a mí de no ser... —Una nueva oleada de poder recorrió el valle, intensa y brutal, una llamarada invisible que agitaba los sentidos y helaba la medula espinal: la respiración de las fuentes perdidas. Delano entrecerró los ojos—. Sforza no habría comenzado a

matarnos si todavía le resultáramos útiles... —musitó. El dolor le había concedido una tregua, aunque dudaba que ésta durase mucho. Se colgó al hombro el subfusil. La carga de monstruos estaba a apenas doscientos metros del otero, gruñendo, gritando sin sentidos en su frenética carrera. Heredia abrió fuego sobre el gigante que los comandaba y la criatura encajó los disparos sin inmutarse, agitando sus brazos descarnados como árboles atacados por la furia de un tifón. Aquel ser no era un simple muerto—. El muy cabrón descubrió la entrada a las fuentes... —continuó Delano, aunque el joven ya no le escuchara. Miró hacia arriba, con la palma de su mano haciendo pantalla sobre la frente. Del lugar en el que se batían los magos llegó una explosión atronadora—. Y la descubrió desde el cielo... —La lluvia de casquillos marcaba los pasos de Heredia sobre la peña. Delano bajó la mirada hacia el valle, hacia las olas de arena que empujaban las fuertes rachas de viento—. Todo estuvo en calma... Hasta que llegaron las fuentes... Entonces comenzó el viento... —siguió las olas del polvo y arena con la mirada. Leyó entre líneas en ellas, de manera vaga, sobre todo porque su ojo izquierdo había quedado definitivamente atrapado por la carne hinchada. Aún así descubrió una pauta en el viento. Un esquema en su recorrido que Sforza, sin estar versado en la lectura, había desentrañado gracias al ejército de moscas que lo había suplantado sobre el valle—. Ondas... Ondas concéntricas... —tuvo la imagen mental de una piedra lanzada a un estanque, y de las ondas que ésta creaba al romper la quietud del agua, olas mansas que se extendían en círculo desde el lugar del impacto. El flujo y reflujo de poder que de cuando en cuando recorría el valle era el causante de aquellos vientos y de su pauta circular, comprendió Delano—. Y en su centro está la entrada a las fuentes...

—¡¡Delano!!

Volvió en sí a tiempo de ver como Heredia salía despedido de la cima de la peña, golpeado por el inmenso antebrazo del simio deforme que se encaramaba a la roca, bramando. Dos diminutos ojos inyectados en sangre se fijaron en Delano mientras terminaba de alzarse. El hedor a bestia muerta inundó sus fosas nasales.

Delano dio un paso hacia atrás. Descolgó su subfusil y disparó cuatro veces, de la manera en la que un cazador de espantos le había enseñado que debía hacerlo cuando se enfrentara con criaturas más allá de la muerte. La primera bala entre los ojos. La segunda en el estómago. Las dos últimas en el pecho, una a la izquierda, la otra a la derecha. Formando todas la señal de la cruz. El monstruo cayó de rodillas, dando un resoplido y luego se desplomó de la pequeña atalaya, levantando una nube de polvo con forma de puño alzado que se diluyó con la primera racha de viento. Delano descendió tan rápido como pudo de la roca, tras comprobar que Heredia había acabado con el resto de la casta guiada por aquel engendro. Algo en su vientre se aflojó en el descenso y el dolor de su estómago triplicó su ímpetu.

Llegó hasta Heredia, cojeando, con la mano derecha aferrándose el abdomen. El

joven estaba tirado en el suelo, todavía con las Uzis en la mano. No apartaba la vista del cadáver del simio.

—Sé donde están las fuentes... —dijo Delano, entre ásperos jadeos.

Heredia se le quedó mirando fijamente, como si fuera la primera vez que lo veía.

—Te han dejado hecho un cromo, da como cosa verte —le informó.

—Fascinante... —el dolor volvió a la carga y un vómito de sangre lo dobló en dos.

Avanzaban contra el mismo viento que les servía de guía. Heredia abría la marcha, agazapado, mirando en mil direcciones, alerta siempre a cualquier movimiento que indicara que la casta de Aarón se acercaba. Llevaba una Uzi bamboleándose de su correa a la espalda y la otra preparada en la mano derecha. Sus dudas sobre la teoría de Delano se habían disipado en cuanto comprobó que era tras los despuntes de poder cuando el viento irrumpía en el valle.

El sol ardiente caía sobre ellos como plomo fundido, sus sombras eran charcos de negrura. Delano sentía la cabeza hinchada y pegajosa. La pasta de sangre y sudor que se le pegaba a la cara parecía bullir bajo aquel sol despiadado: por un alocado instante pensó que se estaba cociendo en su propio jugo. Aquella carrera se había acabado convirtiendo en una pesadilla. Sólo podía ver ondas de calor y zonas de oscuridad que sólo existían en su mente pero que se imponían a la realidad con dolorosa facilidad.

Desde el norte, donde los nigromantes se enfrentaban, les llegó un hálito de aire abrasador que a punto estuvo de hacerles caer. Se giraron al unísono para ver como una fina columna de llamas se alzaba en el cielo, delineándose en el día con la nitidez del dedo de un dios. Durante un segundo Delano creyó ver una figura humana cabalgando la cúspide de la línea de fuego. Se detuvieron un momento, contemplando como la columna de fuego se desplomaba sobre sí misma. A Delano no le importaba el resultado de la lucha de los nigromantes, sabía que tarde o temprano el vencedor se presentaría en busca de sus cabezas; sólo deseaba que el enfrentamiento debilitara lo suficiente al ganador como para tener una oportunidad de vencerlo, con pájaro nago o sin él. Reanudaron la carrera. El tableteo de la ametralladora de Rigaud había dejado de oírse y Delano le preguntó a Heredia si los dos hombres habían roto el cerco.

—No exactamente... —le contestó—. Están tratando de alejarse de nosotros y atraer a la casta hacia ellos... Nos están despejando el camino... Bueno, tratan de hacerlo... —finalizó señalando hacia el oeste con su arma. Una nube de polvo se les acercaba desde allí, a buena velocidad pero todavía lejana, enmarcando las siluetas de un nutrido grupo de engendros de brazos descarnados.

—Joder... ¿Cuántos hay? ¿Es que no se acaban nunca?

Delano siguió corriendo. A cada zancada que daba sentía como todos los infiernos se desataban en su rostro y en su estómago. Ya había hecho parar una vez a Heredia para escupir un nuevo cuajaron de sangre y no le apetecía lo más mínimo volver a

hacerlo.

Un nuevo ramalazo de poder surcó el valle. No habían transcurrido diez segundos desde aquella explosión, cuando una racha de viento y polvo los alcanzó y sobrepasó. Y al instante siguiente un nuevo anillo de arena, más débil que el anterior, arremetió contra ellos.

—¡Estamos llegando! —gritó Heredia—. ¡La entrada tiene que estar cerca...!

Olfateó en el aire abrasador. Su rostro se iluminó de repente y echó a correr tan encorvado que daba la impresión de ir a cuatro patas, como los engendros que los perseguían, con la nariz aguileña casi a ras de suelo.

Delano corrió tras él, con una mano en el estómago.

—¡Aquí! —exclamó Heredia.

Se arrodilló a su lado, ignorando el dolor y contempló el suelo del valle. La aridez de éste se veía interrumpida por una placa gris de un metro cuadrado, surcada de grietas y arañazos. Delano la acarició con recelo. Estaba fría, casi helada, y tenía un tacto extraño, una consistencia intermedia entre el metal y la cerámica. Heredia trató de empujar la placa hacia dentro, empujando con fuerza. Luego, ante lo inútil de su intento, limpió de arena y polvo los bordes de la plancha, introdujo los dedos en los laterales y tiró hacia arriba con un tremendo resoplido, sin que se moviera ni un ápice. Delano apartó al joven con suavidad.

Trató de leer entre líneas en la plancha, pero le resultaba imposible concentrarse. Y no sólo por el dolor. El sol parecía castigar aquel punto del valle con más crueldad si cabe. Su visión se nublaba y desenfocaba. Cogió la cantimplora que Heredia le tendía y se regaló un largo trago de agua tibia, con el regusto a tierra del bebedizo que el joven le había dado a beber tras escapar de los ganaderos.

—Quédatela... —le animó—. Te hace más falta que a mí.

Delano dio un segundo trago y se mojó la cabeza, salpicando el aire con sangre y agua. Luego colgó el enganche de la cantimplora de una de las presillas del cinto y se concentró otra vez en la placa, tratando de aprovechar la lucidez que le había proporcionado la pócima natural. Las grietas se enredaban unas a otras en una confusa maraña. Pero no había azar en su aparente caos sino un patrón preciso, difícil de discernir a simple vista. Tardó unos instantes en comprender que lo que tenía ante sí eran palabras, palabras apiñadas unas sobre otras, escritas en lenguajes que le eran totalmente ajenos.

Entrecerró su único ojo sano y continuó leyendo. Las palabras se replegaron como insectos bidimensionales y dejaron paso al dibujo inscrito entre líneas en ellas. Delano se pasó la lengua por los labios, notando los cortes y el hematoma enorme que le machacaba la comisura izquierda. Había varios mensajes escritos en la plancha, cada uno de ellos realizado no sólo en un lenguaje diferente sino también

por una mano distinta. Todos los mensajes se unían y daban forma a aquel dibujo oculto.

Un escalofrío premonitorio le hizo apartarse de la plancha. Bajo tierra se escuchó un golpe seco, un sonido en el que se mezclaba el burbujeo gaseoso de las ciénagas y el tañido de una inmensa campana. Saltó hacia atrás. Las grietas se volvieron incandescentes, su cauce ceniciento se llenó de fuego y un segundo después el poder del valle alcanzó de nuevo su cúspide. Delano se protegió el rostro con el antebrazo cuando una ráfaga de viento lo envolvió en una confusa cortina de arena y polvo.

Cuando ésta se disipó, llevándose con ella los últimos ecos de aquel estruendo, Delano escuchó el rugido a su espalda de la casta de Aarón, llegando por fin. Uno de los cadáveres, en su ímpetu por alcanzarlos, rodó por el suelo y fue arrollado por el resto. Heredia descolgó la Uzi de su espalda y se preparó para hacerles frente.

—¡Abre esa maldita cosa! —le gritó a Delano—. ¡Yo me encargo de ellos! ¡Vamos! ¡Muévete! —El *ankh* en su oreja brillaba como un relámpago perpetuo. Le dio la espalda y apuntó sus armas a los muertos que llegaban en tropel, entonando su enloquecida letanía.

Delano obedeció tras un instante de duda. Volvió a leer en las grietas que eran palabras y el dibujo quedó de nuevo a la vista. No le recordaba a nada que hubiera visto antes. Su geometría era extraña y su perspectiva aberrante. Mirar aquello era contemplar el vértigo transmutado en trazo. Aún así se forzó a leer en él, profundizando en la segunda capa del texto que daba forma a la realidad, ignorando el tableteo de las armas y los rugidos de la casta. Hasta que de pronto el dibujo floreció y el mundo entero se desvaneció devorado por las líneas y curvas que se proyectaban fuera de la plancha, ramificándose mil veces para volver a unirse, convirtiéndose en un fractal tridimensional. Delano extendió las manos y acarició su silueta, perplejo ante la complejidad de aquel constructo, absorto en los juegos de luces que salpicaban las yemas de sus dedos.

Y supo lo que debía hacer.

Acarició las grietas, pero no siguiendo el contorno de las palabras, ni del dibujo que éstas conformaban sino dibujando con sus dedos la silueta que se abría ante sus ojos, uniendo con sus gestos el tercer nivel al primero. Sólo con iniciar el primer movimiento y completar la primera curva, la plancha vibró y se alzó un centímetro del suelo, sobresaliendo como un gigantesco botón. Delano tiró entonces de ella hacia arriba. El metal giró sobre goznes invisibles y mostró la profunda oscuridad que había ocultado en su interior.

Había una cámara bajo el valle. Delano contuvo la respiración con la vista fija en la oscuridad. Y de pronto se dio cuenta de que había dejado de oír disparos a su espalda.

Empuñó su subfusil y se dio la vuelta. Heredia había abandonado las Uzis, ya

descargadas, y había saltado entre los miembros de la casta que habían sobrevivido a sus disparos. Ahora golpeaba con sus cadenas, repartiendo muerte en el centro de la horda de cadáveres, que ante la velocidad del joven parecían inmóviles. Delano abatió a seis engendros antes de que su subfusil le regalara el sonido familiar de un arma descargada. Heredia le partió la cabeza al último y le miró con una sonrisa desencajada en el rostro.

—Camino libre —anunció entre jadeos. La sangre, suya y de la casta, le cubría de pies a cabeza.

Encendieron las linternas. La luz apenas profundizaba en las densas tinieblas de la gruta subterránea; su trazo parecía enfermo, tizado de gris, contagiado por la oscuridad pretérita de aquel lugar. Delano miró hacia arriba y le resultó imposible encontrar la abertura por la que acababan de descender, oculta por la luminiscencia, apenas una bruma, que se adhería al techo. ¿Qué distancia los separaría de éste? ¿Quince metros? ¿Veinte? Imposible precisarlo. Una tercera parte de la cuerda de Heredia se enroscaba a sus pies como una serpiente dormida, mientras que el cabo inicial, embutido en el interior de una garra de bronce de aspecto fiero, se aferraba por sí solo a la tierra del valle, generando un campo de fuerza que evitaría cualquier rotura, ya fuera accidental o provocada. Delano había bebido un nuevo sorbo de la cantimplora antes de iniciar el descenso, cuidándose mucho de reservar un último trago para el regreso. El dolor seguía presente, aunque adormecido por el hechizo de la magia natural.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz de las linternas y a la levísima fosforescencia del techo, las sombras se fueron perfilando ante ellos, cobrando volumen, profundidad y forma, pero sin dejar de ser meras sombras. Aquel lugar no era una gruta, sino una vasta sala subterránea. La temperatura era fresca y Delano sintió como las telarañas de su mente se disipaban una a una, libre por fin del calvario del sol rojo. Aparte de la respiración acelerada de Heredia y de los quejumbrosos jadeos con los que Delano llenaba sus pulmones, el único sonido en la sala era un zumbido constante y bajo que llegaba de todas partes a un mismo tiempo. El suelo crujió de manera alarmante en cuanto se pusieron en movimiento. Los círculos de luz sucia de sus linternas mostraron el endeble suelo por el que caminaban, formado por anchos listones de madera clara. Delano tuvo la impresión de encontrarse en la cubierta de un barco antiguo, un galeón ruinoso abandonado a su suerte. A cada paso que daban el piso lanzaba un quejido.

No habían avanzado ni dos metros cuando el zumbido que los rodeaba se detuvo tras un súbito gorgoteo. Los dos hombres miraron a su alrededor, alertas. Algo reverberó en las profundidades de la sala y el estampido burbujeante que Delano había escuchado arriba volvió a repetirse, todavía más claro. A continuación un raudal de energía invisible crepitó en lo alto, avivando el resplandor del techo.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde coño estamos? —gruñó Heredia.

—Sabes lo mismo que yo.

Proyectó el haz de la linterna hacia delante. El círculo de luz resbaló sobre la superficie bruñida de un armatoste cilíndrico, situado a unos metros de donde se encontraban. Se acercaron despacio, acompañados por los crujidos de la madera. Delano notó cómo uno de los listones de madera se combaba bajo su peso y levantó el pie con rapidez, pasando a la tabla adyacente, con el corazón acelerado en el pecho.

—Todo esto parece estar a punto de derrumbarse. Vigila donde pisas... —le susurró a Heredia.

Las luces de las linternas iluminaron la construcción metálica cuando llegaron a ella. Era una máquina cilíndrica de cinco metros de alto y dos de diámetro fabricada en el mismo material de la trampilla. Su contorno estaba repleto de relés, palancas y distintos dispositivos que nada significaban para Delano. De su base afloraban decenas de cables de distintos colores que se hundían en el suelo como las raíces sedientas de un árbol surrealista. El insistente zumbido provenía de allí.

—Sea lo que sea no son fuentes... Eso te lo aseguro —Heredia iluminó una sombra cercana, mostrando otra máquina idéntica a la primera.

—Tal vez nos equivocamos... tal vez el mapa no llevaba a las fuentes perdidas sino hasta estas cosas... Sean lo que sean...

—No. El mapa era de las fuentes perdidas... —aseguró Heredia, tajante.

—El mapa es de un Misterio Furtivo al que nosotros le hemos dado ese nombre... —Delano intentó pasear el haz de luz por el techo, pero este quedaba fuera de su alcance, velado por la suerte de iluminación que exhalaba—. Una leyenda... ¿comprendes? Puede que aquí haya algo que conceda deseos, pero no tienen por qué ser fuentes... Hasta puede que todo no sea más que una puta metáfora...

—No... —en la semioscuridad escuchó cómo la respiración del joven se convertía en un rápido venteo—. Huelo a agua. Agua salpicando, corriendo, goteando... La siento... Agua... Las fuentes no son una metáfora. Son reales...

—¿Y dónde están?

—Por todas partes... Pero no consigo centrarlas... Se me escapan... —contestó—. ¿Por qué no lees entre líneas en esa cosa? —preguntó, señalando a la máquina.

—Puedo intentarlo —concedió él, acercándose y dirigiendo la luz de la linterna y su lectura hacia ella.

No había mucha información, y la que encontró era curiosamente aséptica. El armatoste estaba dormido, esperando la hora de despertar y volver al trabajo; la naturaleza de éste estaba tan oculta como el techo sobre sus cabezas.

—Están apagadas —dijo en un susurro. Alumbró con la linterna la pared más próxima, la que quedaba a su izquierda. El mismo metal en el que estaban fabricadas

las máquinas y la trampilla del valle se alzaba en las tinieblas. Dio dos pasos en esa dirección—. Este lugar es inmenso... Si queremos encontrar algo, será mejor que nos separe... —algo se deshizo bajo la suela de su zapatilla con un suspiro polvoriento. La luz de su linterna saltó hacia allí, alumbrando la blancura perlada de un hueso: un peroné.

El esqueleto de un homínido de unos dos metros de alzada estaba tendido en el suelo, en una postura tal que Delano pensó que la muerte parecía haberle sorprendido mientras nadaba. Había pisado la tibia izquierda y el dibujo de su suela había quedado perfectamente marcado en el polvo blanquecino en que se había convertido parte del hueso. La calavera de aquel ser era minúscula en comparación con el resto del cuerpo y tenía una forma casi triangular, con una diminuta mandíbula de dientes serrados y un amplio cráneo achatado. Tanto manos como pies estaban dotados de tres únicos dedos, siendo el central el doble de ancho. Examinaron el cuerpo durante unos segundos.

—¿Qué diablos es eso?

Delano se acuclilló junto al esqueleto, haciendo una. Respiró hondo antes de leer en los restos de aquel ser.

—Nada... No hay nada —dijo—. Vacío y más vacío. Nada...

—Allí hay otro... —dijo Heredia, iluminando un segundo cuerpo junto a otra de las máquinas, casi en idéntica postura al primero—. Ni siquiera huele a muerte... Fuera lo que fuera lo que los mató ocurrió hace muchísimo tiempo... ¿Pero qué son esos bichos?

—No lo sé... —contestó Delano. Un brillo apagado a su derecha llamó su atención. Junto a la mano extendida de la criatura había una pieza de metal alargada, con tres muescas en un extremo. Dirigió la luz de la linterna hacia aquel objeto—. ¿Técnicos de mantenimiento? ¿Saqueadores de Misterios Furtivos? —conjeturó mientras se incorporaba, lanzando un gemido. Los efectos del bebedizo de Heredia comenzaban a desaparecer.

—Fuentes...

—Será mejor que nos separemos... —dijo Delano.

Heredia asintió.

—Tú izquierda y yo derecha... Si hay algún problema grita y allí estaré.

—Más te vale... —susurró Delano mirando de reojo el esqueleto a sus pies.

Heredia no se había alejado ni tres pasos cuando las tinieblas se cerraron sobre él, desdibujando su silueta. Delano, después de lanzar una mirada recelosa al techo, se alejó de la zona de máquinas rumbo a la pared, con una mano en el estómago y el subfusil balanceándose a su espalda. Suspiró y, cada vez más alarmado por los crujidos del suelo, siguió su camino hacia la pared, iluminándola con el mortecino bostezo de su linterna. La recorrió durante unos minutos sin encontrar nada relevante,

sólo suciedad y polvo. A su derecha el destello de la linterna de Heredia trazaba lentas parábolas en la oscuridad como una luciérnaga borracha. Un fuerte crujido en el techo le hizo levantar la mirada, asustado. El ruido se repitió por segunda vez y se prolongó en una serie de secos chasquidos hasta apagarse por completo. Maquinaria dormida. Una nueva corriente de poder recorrió la sala, azuzando las brumas en lo alto. Delano esperó a que terminara y siguió explorando, con la garganta seca, sintiendo como se desperzaban los zarcillos acerados que se hundían en su rostro y como el puño de vidrio encajado en sus tripas se iba hundiendo cada vez más. Aún así se resistió a beber el agua que quedaba en la cantimplora de Heredia. Miró por enésima vez hacia el techo. Todavía tenían que salir de aquella sala, volver al valle y enfrentarse a lo que quiera que fuera que los esperara allí.

—Si antes no bajan a por nosotros... —masculló, torciendo el gesto.

Cuando llevaba caminados unos metros encontró el primer mapa. Estaba en una vitrina de cristal atornillada a la pared a metro y medio de altura, como si fuera un cuadro expuesto en un museo. Lo examinó a la luz de la linterna después de limpiar el polvo del cristal con la manga de la camiseta.

Lugares de paso. Una línea negra y desvaída serpenteaba desde el vértice inferior izquierdo hasta alcanzar el aspa negra situada en el vértice superior derecho. No había ningún punto de referencia, nada que se indicara por qué zonas de los caminos olvidados discurría aquella senda, pero lo que sí estaba señalado era el punto de partida: la cuarta pirámide del valle de Gizeh, la pirámide enterrada en la arena. Sobre la vitrina que contenía el mapa había una pequeña placa metálica; en su parte inferior estaban labrados los quince primeros números romanos, separados unos de otros por un espacio en blanco, sobre las muescas un diagrama en bajorrelieve cubría el resto de la placa: una semicircunferencia cruzada en perpendicular por tres gruesas líneas. Alumbró la pared de nuevo. Un sin fin de vitrinas alineadas se perdían más allá del alcance de su linterna. Mapas, decenas de ellos. Caminó echando un vistazo alternativo a vitrinas y placas. La secuencia numérica variaba, el último número, el que supuso que debía identificar los distintos mapas, nunca era el mismo y, a primera vista, su ordenamiento a lo largo de la pared no seguía ninguna lógica. Los diagramas mostraban siempre la misma circunferencia con las tres líneas cruzándola por puntos diferentes. Todos los recorridos que mostraban los planos discurrían por los lugares de paso y el punto de partida de todos ellos era, ineludiblemente, Egipto.

El mapa con la placa cuya secuencia finalizaba en el diez romano había desaparecido, el armarito estaba vacío y la puerta de cristal abierta. Delano no tuvo que leer entre líneas para averiguar qué era lo que debía hacer. Había sido evidente para él nada más ver la primera vitrina. Sacó por enésima vez el mapa de las fuentes del bolsillo trasero de su pantalón, lo desdobló con sumo cuidado y lo colocó en su

lugar. Luego cerró la puerta. Coincidiendo con el *click* de la portezuela al cerrarse, sucedieron dos cosas a la par: el zumbido bajo que recorría toda la sala subió un grado y las tinieblas que hasta entonces habían sido las dueñas absolutas del lugar se aclararon, convirtiéndose en algo a medio camino entre la oscuridad y la luz.

—¿Qué pasa?! —oyó exclamar a Heredia, sorprendido por aquella luz que no era luz. El hispano miraba en su dirección, protegiéndose la vista con el antebrazo a modo de visera.

—¡He sido yo! ¡Sigue buscando! ¡Todo está bajo control!

—¡No toques nada!

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

Bajo aquella nueva claridad, Delano pudo contemplar por primera vez las verdaderas dimensiones del lugar. La sala de máquinas —pues de eso evidentemente se trataba— debía extenderse por todo el subsuelo del valle. Las máquinas cónicas ocupaban buena parte de su superficie, aunque había otros ingenios repartidos por la estancia: columnas inmensas de plata oscura que llegaban hasta el techo, ensanchándose de forma acampanada antes de unirse a él; aparatos rectangulares de buen tamaño, envueltos en una bruma lechosa, que le recordaban a grandes refrigeradores; pirámides de piedra negra que le llegaban hasta la cintura y que se desplazaban despacio sobre rieles de metal blanco... Y un sin fin de esqueletos esparcidos por el suelo, todos en aquella postura extraña de nadadores sobre la madera.

El techo, a unos veinte metros de altura, estaba recorrido por cientos de tuberías de distintas formas y tamaños, recubiertas a su vez por cables que colgaban de ellas como enredaderas multicolores y que a veces se descolgaban en el aire durante varios metros. La trampilla por la que habían bajado era un rectángulo ámbar en el resplandor fantasmal del techo, a unos veinte metros de altura.

Dedicó una última mirada al mapa que los había llevado hasta allí y continuó explorando la pared, ahora con la linterna apagada. Unos metros más adelante encontró una máquina semicircular empotrada entre dos vitrinas. Tres ranuras paralelas recorrían verticalmente la curva del artefacto y en cada una de ellas había encajada una palanca. Delano pasó un dedo sobre el polvo que se acumulaba entre las juntas y uniones, pensativo. Siempre había creído que la naturaleza de los lugares móviles era mágica, pero tanto la maquinaria de la sala como el primitivo cuadro de mandos que tenía ante él, apuntaban hacia las ciencias anómalas, los híbridos en los que magia y tecnología se fusionaban.

Los diagramas sobre las vitrinas señalaban en qué posición situar las palancas para iniciar la etapa del ciclo indicada en cada mapa. La maquinaria de la sala debía ser la encargada de trasladar el lugar móvil a su nueva ubicación, detectando tal vez el movimiento de los portadores del mapa y poniéndose en marcha junto a ellos.

Todo parecía estar automatizado, pero la existencia del panel de control y sus palancas indicaba que los constructores no habían desechado el control manual. ¿Podían haber sido aquellas criaturas ahora reducidas a huesos las que habían guiado aquel lugar? ¿Eran aquellos seres los creadores del Misterio Furtivo? Acarició una palanca y la presionó controlando su resistencia, el resorte respondió al instante. Escuchó un clic bajo la palanca y la llevó de vuelta hasta su posición inicial con un segundo chasquido.

—¡Delano! ¡Por aquí! ¡Deprisa!

La voz de Heredia y los ecos que despertó en la sala le sobresaltaron. El hispano estaba tras una de las máquinas cilíndricas, a unos doscientos metros de distancia, señalando con su linterna algo que Delano no podía ver, oculto por una de las columnas. Echó a correr con el corazón revolucionado, pero cuando el suelo crujió bajo sus pies se obligó a caminar despacio.

—¡Mira!

Era un gigantesco plano de la sala, labrado en un panel de metal gris que apoyaba sus laterales en dos columnas y su base sobre una de las máquinas cilíndricas. A Delano le asombró el detalle y la precisión con los que estaba realizado. Habían dibujado hasta las marañas de cableado que surgían de las máquinas, asignando a cada cable el color que le correspondía. No le hubiera sorprendido encontrar talladas en el metal las siluetas de los esqueletos o dos representaciones en escala de ellos mismos, parados frente a un plano gemelo al que contemplaban. Vio las vitrinas que contenían los mapas, finamente delineadas, con sus números y diagramas, y allí, entre dos de ellas, descubrió el panel de control que acababa de examinar, con su diminuto juego de palancas en escala.

Heredia encendió la linterna y movió el círculo de luz sobre el plano, guiando su mirada y su atención hasta un punto en concreto: allí se dibujaba lo que sólo podía ser algún tipo de escalera que descendía hacia una planta inferior a la que se encontraban. La luz de la linterna se precipitó fuera del metal, alumbrando una escalerilla de mano que desaparecía por un orificio rectangular practicado en el suelo, a unos seis metros del inmenso panel con el plano.

—El camino a las fuentes...

Sobre el agujero del suelo flotaba una ondulante tiniebla azul que se mecía al compás del rumor de lluvia que llegaba de abajo. Era una sinfonía líquida, una melodía secreta que muy pocos habían podido escuchar. Una fuente por cada deseo... Una fuente para cada anhelo... Delano dio un paso vacilante hacía la escalera y se detuvo, sobrecogido y confuso, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Escuchaba aquel rumor de agua, aquel constante salpicar de milagros, y sólo sentía la imperiosa necesidad de huir, de escapar. Comenzaba a sentir verdadero pánico.

Heredia llegó hasta él y pasó un brazo en tomo a sus hombros.

Guardaron silencio, observando la fina escalerilla metálica que descendía hacia el corazón de aquel Misterio Furtivo. La urgencia de huir se hacía cada vez más acuciante. No podía dejar de pensar que había algo engañoso en aquel sonido, un canto de sirena para hacer zozobrar a los barcos, el reclamo aromático de una planta nepente para atraer a sus presas.

—Lo conseguimos... —dijo Heredia sonriendo.

Delano lo miró, perplejo porque el joven fuera incapaz de percibir la terrible amenaza que se cernía sobre ellos. Cuando iba a tratar de ponerle sobre aviso de que algo tremendo estaba a punto de ocurrir, Heredia le rogó silencio acercándose el dedo índice a los labios. Su sonrisa, de algún modo extraño, se había invertido, dejando a un lado todo rastro de alegría. En ella había amargura, pesar. Y rencor...

—No has sido un mal compañero, Delano... —dijo el joven—. Lo reconozco... No veas lo que me jode hacer esto...

El brazo de Heredia se cerró como una presa de hierro en torno a su cuello. Delano jadeó e intentó revolverse, pero lo único que logró fue exhalar un patético graznido. Sus manos, convertidas en garras, se aferraron al antebrazo de Heredia, tirando y golpeando en vano. El joven se hizo con el subfusil que Delano llevaba a su espalda, hundió el cañón entre sus omoplatos y apretó el gatillo mientras lo empujaba hacia delante. El repique del mecanismo del arma al encontrar el cargador vacío resonó como la carcajada de un autómatas. Delano sintió el tirón de la correa del arma descargada al romperse y se desplomó por el violento empujón de Heredia. La madera se combó y vibró con un espantoso crujido. El suelo de la sala de máquinas temblaba.

Se giró, aturdido, incapaz de comprender lo que estaba pasando.

—Vaya mierda... —soltó Heredia lanzando lejos el subfusil.

Alzó una mano vacía y de la nada cayó un alfanje negro para llenarla. La misma arma con la que los acólitos de la hermandad de la Piedra y el Filo le habían recibido en la Sombra de la cafetería.

Y sus alfanjes negros se cernirán sobre ti antes de que tu viaje acabe...

Delano se revolvió en el suelo, escupiendo sangre, más allá de la incredulidad, incapaz de articular palabra. ¿Heredia? ¿Heredia formaba parte de la hermandad de Milvidas? ¿Que sentido tenía eso? ¿Qué estaba pasando?

Donde quiera que vayas habrá ojos que no podrás ver y armas que no dejarán de apuntarte...

¡Era imposible! Rigaud estaba unido mentalmente a Heredia... Hubiera sabido que formaba parte de una conspiración para proteger las fuentes. ¿Qué significaba todo eso? No... No podía concebirlo... No podía pensar.

—Lo siento, Delano... —dijo Heredia cambiando el arma de mano y acercándose

hacia él, encorvado. Las cadenas de su cazadora brillaban mortecinas en la tibia claridad de la sala—. Quería que fuera rápido... Lo siento mucho...

Delano trataba de incorporarse cuando el hispano saltó sobre él. El alfanje buscó su pecho con ansia, pero su filo no encontró carne, sino el cuero indestructible de la Bolsa Coherente que Delano acababa de invocar para interponerla al acero.

—¡Cabrón!

Empujó la bolsa hacia delante con todas sus asfixiadas fuerzas, afianzando sus pies en el suelo y levantándose a medias. El piso crujió bajo sus talones y una grieta desbocada se abrió camino en la madera. Heredia saltó hacia atrás y le lanzó una segunda estocada que interceptó de nuevo con la bolsa. Delano resbaló por la potencia del golpe y, en su desesperado intento por no perder el equilibrio de nuevo, la bolsa escapó de sus manos y cayó a los pies del hispano. El piso, resentido ya, no aguantó el impacto y dos listones se vinieron abajo en un estruendo de madera rota, arrastrando la bolsa con ellos. Los tablones adyacentes se quebraron también. La luz azulada de la planta de abajo irrumpió en la sala de máquinas, iluminando la escena como un foco espectral. Delano trastabilló hacia la izquierda casi a cuatro patas, evitando las grietas que recorrían el suelo como relámpagos persistentes y tratando al mismo tiempo de levantarse. El listón donde se encontraba Heredia se partió con estrépito. El joven saltó hacia atrás, tropezó y a punto estuvo de caer. El alfanje escapó de sus manos y se precipitó por una de las grandes grietas que se abrían entre los dos hombres.

Heredia lanzó un gruñido bestial y bordeó las grietas a la carrera, desenrollando las cadenas de su cazadora. Delano palmeó desesperado en su cinto, en busca de algo con lo que defenderse. El joven saltó hacia él, enarbolando las cadenas, como tantas veces le había visto hacer a lo largo del viaje. Delano esquivó el primer golpe rodando por el suelo. Los eslabones se hundieron en la madera desperdigando una lluvia de astillas a su alrededor. La mano de Delano se cerró sobre una de las bengalas de emergencia de su cinturón y la sacó justo cuando el hispano cargaba de nuevo. Rasgó el precinto y cerró los ojos ante el cegador estallido de luz. Oyó el grito de sorpresa de Heredia y el silbido de las cadenas cortando el aire muy por encima de su cabeza. El suelo crujía y gemía. Delano retrocedió unos pasos. El hispano estaba de rodillas, cubriéndose la cara con el antebrazo derecho, aturdido por el fagonazo.

Delano cargó, tratando de hacerle caer hacia la red de grietas. Pero Heredia lo esquivó con un movimiento vertiginoso, sin ni siquiera mirarlo, y fue él quien tuvo que saltar para no caer. Sintió cómo el piso cedía bajo sus pies. Se impulsó hacia la izquierda y se alejó de la grieta que zigzagueaba rasgando el suelo, llenando de luz azul la enorme sala. El dolor en su estómago alcanzó su cúspide.

Heredia estaba de nuevo en pie, cercado por los rayos de luz que atravesaban la madera vencida; sus ojos se habían convertido en dos pequeñas rendijas enrojecidas.

—Puedo verte —canturreó con su sonrisa malévol, aferrando otra vez las cadenas—. Se razonable, Delano. Me estás cabreando y me estás haciendo perder un tiempo que no tengo; no sé si te das cuenta.

Delano no dijo ni una palabra. Se limitó a permanecer inmóvil, sin apartar la vista de Heredia. El joven comenzó a acercarse, haciendo bailar el extremo de la cadena. Delano retrocedió al mismo ritmo con que avanzaba su rival. A mitad de un paso, Heredia aceleró de pronto y antes siquiera de que Delano pudiera prepararse, ya lo tenía encima descargando un golpe.

Delano se dejó caer y la cadena hendió el aire a unos centímetros de su cabeza. La madera del piso estalló en mil pedazos cuando su cuerpo impactó contra ella y él se vio envuelto en la luz azul que entraba a raudales en la sala de máquinas. Su última acción consciente antes de que el vértigo de la caída lo devorara fue apresar el tobillo de Heredia, arrastrándolo con él hacia el torrente de luz.

Y la voz en su interior lanzó un grito de euforia. Iba a morir. Por fin iba a morir.

Tres segundos.

Algo golpeó su costado derecho y dos costillas se le quebraron al unísono. La potencia del choque le giró en el aire. Otros dos segundos y chocó contra el suelo. El aire de sus pulmones escapó en un doloroso silbido tiznado desangre. Gritó. Aulló. Una nueva constelación agónica centelleó en su mente. El dolor era insoportable, apenas podía moverse. Volvió a gritar y gracias a su grito la inconsciencia no se lo llevó. Movi6 su brazo derecho a pesar de los calambres y la agonía y buscó a tientas la cantimplora de Heredia, enganchada a su cintur6n. Su cuerpo pulsaba como si todo 6l se hubiera convertido en una enorme herida. Aferr6 el cuello de la cantimplora. La desenganch6 y entre gemidos consigui6 desenroscar el tap6n con los dientes. Bebi6 hasta la 6ltima gota y dej6 que la magia se extendiera por todo su ser, anestesiando el dolor y llen6ndole de una energía fría. Cerr6 los ojos, resoplando, tratando de localizar las punzadas de dolor que todavía persistían para hacer balance de daños. Su cara, el hombro y la muñeca izquierda, el costado derecho, el est6mago... La cadera. Y docenas m6s atemperados por la p6cima.

Luego, deshecho, se levant6.

Su visi6n se torn6 borrosa y parpade6 para centrarla. Heredia yacía a dos metros de distancia, enredado en sí mismo, reventado contra el suelo; su sangre y sus intestinos se desparramaban a su alrededor. Su destino hubiera sido el mismo si algo no le hubiera frenado a mitad de la caída. Mir6 hacia allí, aferr6ndose el vientre con su 6nica mano sana.

Una fuente triangular de diez metros de altura, esculpida en jade y adornada en sus lados por tres cariátides desnudas. Cada una sujetaba sobre su cabeza perfecta un ánfora, levemente inclinada, por donde manaba, hasta la pila que rodeaba la fuente,

un líquido tejido de brillos y destellos.

Las fuentes perdidas habían dejado de estarlo.

Miró a su alrededor, estaba en una nueva sala, gemela a la de arriba en tamaño y altura. El suelo estaba cubierto de finísima arena dorada, formando un desierto de dunas diminutas. Las fuentes se extendían hasta desaparecer de su vista, incontables y majestuosas. Se alineaban en perfecta formación militar: un ejército lloroso apostado entre la arena. El conjunto era tan deslumbrante que por un segundo logró olvidar el dolor.

Sacudió la cabeza. Su vista seguía empeñada en nublarse. Parpadeó con fuerza hasta abrir un hueco en la niebla y trató de leer entre líneas en la fuente gigantesca que tenía ante él. Entonces la niebla se hizo más densa y un ramalazo de intenso dolor penetró en su mente, haciéndole dar un nuevo alarido.

Las fuentes estaban protegidas y era una protección hostil. Asesina. Las contempló de nuevo, aturdido, mientras comenzaba a ser consciente de la burla que aquella protección representaba.

Todas las fuentes eran diferentes: iban de la cegadora maravilla de un surtidor tallado en diamante a la sobriedad de una pequeña columna de piedra de la que brotaba, tímido, un leve chorro de agua; de la alocada mecánica de un dispositivo, que se perdía en mil chasquidos antes de dejar fluir unas gotas por el pico entreabierto de un pájaro bobo, a la racionalidad digital de una máquina expendedora; un manantial en escorzo fluía de la nada; Perseo, vestido tan sólo con un casco alado y su espada, levantaba en vilo la cabeza de una Medusa que no paraba de sangrar; sobre la espalda encorvada de un coloso sin ojos burbujeaba un gigantesco cuenco; un ángel esculpido en chatarra alzaba sus manos en cuenco para recoger las leves gotas de agua que se precipitaban desde el techo; una serpiente de bauxita se enredaba en el tronco de un árbol de basalto, sus fauces se abrían y mostraban unos colmillos rezumantes; una enorme telaraña se perlaba constantemente de gotas de rocío. No había ninguna indicación en ellas que explicara su naturaleza. La fuente de la vida eterna se mezclaba con la fuente del amor verdadero, se ocultaba tras la fuente del miedo y del dolor y se rodeaba de aguas ponzoñosas; allí estaban todas reunidas, todos los deseos soñados por lo menos una vez: fuentes de muerte y vida, de locura y deseo, de saber y olvido...

Y no podía saber cuál era cuál.

No dudaba que con tiempo, examinándolas sin usar la lectura, podría separar las benignas de las malignas. Pero no contaba con ese tiempo. Tenía que actuar rápido. Tomar una decisión. Comenzó a acercarse hacia la fuente de las cariátides cuando un sonido gorgoteante le hizo girarse. El cuerpo del hispano se contraía y se distendía, latiendo, llenándose de un remedo de vida con cada contracción.

Los muertos seguían rondando.

Heredia alzó su cabeza, la parte derecha de su rostro se había borrado, había quedado reducida a una confusa masa sanguinolenta cubierta de arena dorada; su cráneo estaba roto y desde allí resbalaban grumos ensangrentados de materia encefálica. Delano pudo ver el *ankh* incrustado en la carnicería que una vez había sido una cara; el pendiente refulgía y brillaba como una pequeña estrella varada en el infierno. Era su fulgor el que insuflaba vida a un cuerpo que debería estar muerto.

—Pelo gris... Estás empezando a resultar molesto... —balbuceó aquello mientras se ayudaba a levantarse con sus brazos hechos jirones. Estaba cerca de lograrlo cuando resbaló en su propia sangre y cayó.

Delano observaba el espectáculo horrorizado.

—No te muevas de donde estás... —gorgoteó la cosa que había sido Heredia entre sangre y fluidos—. Ahora mismo estoy contigo...

Se alzó de nuevo y dio un paso vacilante. Había perdido toda traza de frescura y agilidad pero seguía incansable tras su presa. Los intestinos que se derramaban por su abdomen y se enredaban entre sus piernas dificultaban su avance. Con un gruñido se detuvo y usó su único brazo para estirar y rasgar en el interior de su vientre hasta que dejó caer sus tripas en un montón humeante.

—Mucho mejor —gruñó y avanzó hacia él, con rapidez pero con torpeza.

Delano se apartó de su camino. El joven chocó contra el borde de la pila, trató de girarse y cayó a la fuente de las cariátides. Al instante comenzó a aullar.

Heredia se debatía entre olas de espuma sangrienta y la agonía debía de ser tal que hasta más allá de la muerte se le hacía insoportable. Delano retrocedió hasta quedar fuera del alcance de las salpicaduras, horrorizado por lo que ocurría dentro de la fuente. La luz rojiza del *ankh* centelleaba, los rayos escarlatas se rompían contra la espuma en sangrientos arco iris. Las cariátides seguían vertiendo el líquido en la pila desde sus ánforas inclinadas, sin variar un ápice su gesto de piedra.

—¡Delano! —barboteó Heredia levantando su brazo en señal de súplica. La carne hervía al ritmo frenético impuesto por el agua. El olor se hacía insoportable. La cabeza llagada asomó del agua embravecida, sus labios despellejados temblaron pero antes de que Heredia pudiera decir algo más se hundió por última vez. Las aguas se tranquilizaron como por ensalmo. Lo último que vio fue el postrer fulgor del *ankh*, hundiéndose sin remisión hacia las profundidades insondables que la pila guardaba en su seno.

Delano se quedó solo con las fuentes y con el recuerdo de lo que acababa de ver. Su Bolsa Coherente yacía a unos metros de distancia, junto a una fuente que era un ojo tejido de algas que no cesaba de llorar. La arena se había revuelto en aquel lugar mostrando un suelo de cristal bajo el que se podía ver una tercera planta subterránea. Se dirigió hacia su bolsa, arrastrando su dolor, su determinación y una palabra envenenada entre los labios:

—Rígaud...

Se puso manos a la obra en el silencio fluido de la sala de las fuentes perdidas.

Rígaud descendió por la escalerilla como un acróbata drogado, no exento de gracia pero siempre a un paso de estrellarse. Delano despertó de la seminsconciencia en la que se había sumido y observó cómo el canadiense completaba el último tramo de escaleras y saltaba al suelo. Durante una eternidad permaneció inmóvil de espaldas a Delano, ligeramente encorvado. Él se fue confinando en la sala hipóstila de su cerebro, desde donde poder contemplar, como un espectador que nada tenía que ver con lo que ocurría, aquello que su cuerpo y su mente tuvieran intención de hacer.

El flanco derecho de Rígaud estaba bañado en la sangre que fluía, a espaciados borbotones, de la ruina cenicienta que era su rostro. Giró con una lentitud agónica y echó a andar hacia donde Delano aguardaba, sentado en la arena, con la espalda apoyada en un centauro decapitado del que manaba un geiser de agua sucia. El puño izquierdo de Rígaud centelleaba envuelto en una nube de energía a punto de colapsarse.

Se detuvo a un metro de Delano. Había envejecido veinte años en un instante, su carne crepitaba y se laceraba ante el empuje de las arrugas que emergían de ella. Pústulas sanguinolentas maduraban y explotaban en su piel, apergaminada y lechosa; su oreja izquierda había desaparecido y en su lugar quedaban los restos negros y retorcidos de un papiloma en el que se engarzaba la plata fundida de lo que había sido un *ankh*. Heredia y Rígaud, Rígaud y Heredia.

El ojo sano de Delano estaba entrecerrado, fijo en el puño brillante. Su mano derecha apretó con más fuerza aún la empuñadura del alfanje escondido entre la arena y tomó aire en la marea de sangre que iba y venía al ritmo que marcaban sus pulmones.

Cuando ocurrió, apenas duró un segundo. La fuente del centauro estalló como una granada de fragmentación cuando el puño crepitante se abatió sobre Delano sin encontrarlo. El alfanje dejó una estela de arena dorada cruzándose en el camino del puño de Rígaud y se hundió con un chasquido viscoso en su cuello. Delano tiró del alfanje hacia atrás y empujó al canadiense hacia delante. Rígaud se desplomó, braceando en el surtidor de sangre en que se había convertido su cuello.

Un nuevo nombre se escribió en las columnas de la Planicie Montaraz.

Cuando Delano estuvo seguro de que no se darían nuevas resurrecciones dejó caer el alfanje al suelo y se acuclilló junto al cadáver. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Se guardó el pájaro nago en el bolsillo y se dirigió a la escalerilla que llevaba a la sala de máquinas del lugar móvil con paso cansino y derrotado.

El suelo crujió y tembló bajo sus pies una vez llegó, no sin esfuerzo, arriba. Siguió la pared hasta dar con la primera vitrina. Rompió el cristal con el codo y se

guardó el trozo de tela en un bolsillo. Se detuvo un momento, jadeando. Los efectos del bebedizo comenzaban a desaparecer y pronto sería incapaz de dar un solo paso. Una vaporosa nube de luz azulada marcaba el lugar donde Heredia y él habían caído. Siguió caminando. Llegó hasta el panel de control y contempló con expresión vacía las tres palancas y los incomprensibles dispositivos que lo formaban. La luz plagaba de sombras irreales toda la escena.

—Delano... —escuchó a lo lejos.

Se giró hacia allí. Alexandre se acercaba, una sombra más en el baile de sombras de la sala de máquinas. La melena rubia caía sobre su rostro, apelmazada por el sudor y la suciedad. Entre las tinieblas Delano no alcanzó a ver la expresión de su cara. El lector se detuvo a unos metros. Por primera vez vio la pistola ametralladora que empuñaba, apuntando hacia abajo.

—He matado a Heredia y a Rigaud... —dijo Delano, en un susurro incrédulo. Como si no acabara de creerse sus palabras—. Los he matado...

El lector asintió con desgana. Delano por fin pudo ver su rostro, ahora las sombras delineaban sus rasgos con una crueldad impúdica.

—¿Dónde están las fuentes? —preguntó.

—Abajo... —contestó él, desviando la mirada del arma del lector hacia el vapor azul que flotaba unos metros más allá—. Pero no merece la pena, Alexandre... Están protegidas... Y es una protección violenta...

El lector no le hizo caso y echó a andar hacia la trampilla.

—¡Alexandre!

—Bajaré...

—No encontrarás lo que buscas.

—Tengo que bajar —dijo.

Delano lo vio desaparecer en dirección a la trampilla y quedó un segundo indeciso, sin saber qué hacer a continuación. Contempló de nuevo el panel de mandos que tenía ante sí. Entre las lanzadas de dolor que recorrían su cuerpo surgió una nueva agonía, un ansia febril: la necesidad urgente de destrozarse ese panel, de hundir sus manos desnudas en la circuitería que pudiera ocultar y arrancarlo todo de cuajo. Trastabilló hacia atrás, sobrecogido por aquel repentino impulso. Se apoyó en el panel para tomar aliento y aquella acometida de ansia destructora regresó.

Miró hacia arriba, hacia el rectángulo de luz que mostraba la salida al exterior, al valle. El potencial de poder que residía en las fuentes era increíble, devastador. Sforza había quedado hechizado por su influjo, sabedor de lo que podía conseguir si lograba domarlo. A los nigromantes no les interesaban las fuentes, no ansiaban los deseos que éstas custodiaban. Era el poder, el poder del Misterio Furtivo lo que los subyugaba. Y si uno de ellos conseguía su objetivo... Pero no, eso era imposible, no podrían, jamás, canalizar toda esa energía sin atraer la atención del Panteón Oscuro...

Sólo que el Panteón ya había tenido motivos más que suficientes como para aparecer en el valle y no lo había hecho. Pero ¿por qué?

Porque no pueden...

Sforza lo había comprendido en cuanto las fuentes llegaron al valle, en cuanto fue consciente del poder brutal que éstas habían traído consigo sin que ninguna de aquellas entidades apareciera a su vez. Aquello quedaba fuera de la jurisdicción del Panteón Oscuro, comprendió Delano. Así como los Oráculos no podían responder a nada que estuviera relacionado con Misterios Furtivos, las entidades del Panteón tampoco podían interferir en ellos. Ninguna de aquellas criaturas iba a aparecer en el valle... Ni aunque Aarón o Sforza lograran ejecutar uno de los Grandes Rituales y pusieran a la creación entera en el filo de la hecatombe.

De nuevo sintió la salvaje acometida que le impulsaba a destruir el cuadro de mandos. Y esa embestida fue como un silencioso asentimiento, una rotunda confirmación de lo que estaba pensando. El Misterio Furtivo sabía que debía ponerse a salvo. La energía desmedida que poblaba aquel lugar conocía el peligro en el que se hallaba y quería escapar.

¿Había sido el propio Misterio el que lo había guiado hasta allí? ¿Habían modelado sus sueños las mismas fuentes para atraerlo hasta ellas? ¿O había sido la mismísima Gorgona, el juez implacable que moraba en las pesadillas, la que lo había empujado desde el principio? Tal vez el Panteón Oscuro no podía implicarse directamente en el Misterio Furtivo, pero sí usar otros medios para evitar que lo imposible ocurriera... O tal vez...

Fuera como fuera, algo le instaba a destruir el mecanismo. A poner en marcha el lugar móvil. Delano respiró hondo y miró a su alrededor, incapaz de medir el tiempo que llevaba cavilando ante el panel de control.

Alexandre apareció en aquel momento, rodeado por la luz azul del piso destrozado. Tenía una mirada perpleja, ida, y caminaba como si hubiera recibido una potente descarga eléctrica.

—VAMONOS DE AQUÍ... —dijo el oso cuando llegaron hasta él. Alexandre estaba inconsciente, arrebatado por las protecciones del Misterio Furtivo y era el remedo quien manejaba su cuerpo desmayado gracias al enlace mental que los unía. Delano negó con la cabeza.

—No, yo me quedo... —de pronto recordó algo y se metió la mano en un bolsillo. Sacó el pájaro nago y se lo tendió a Alexandre. La mano del lector se aprestó a recoger el arma pero tuvo que hacer dos intentos antes de conseguirlo—. Hay un solo disparo en el pájaro... —le explicó—. Apunta bien a Sforza y hazlo cantar...

—¿A SFORZA? ME PERMITIRÍA SUGERIR QUE SERÍA MEJOR ESPERAR A QUE LOS NIGROMANTES ACABEN DE LUCHAR Y DISPARAR AL VENCEDOR...

—No... Necesito a Aarón...

—¿QUÉ VAS A HACER TÚ?

—Voy a cargarme las fuentes... Si todo va bien nos encontraremos arriba...

El oso lo miró, indeciso, y aunque pareció a punto de añadir algo más se limitó a encogerse de hombros. Pestañeó, resopló como si estuviera tratando de concentrarse e hizo andar a Alexandre hacia la cuerda que llevaba al valle.

Delano los observó marcharse, con un nudo angustioso atorado en la base de la garganta. El humano inconsciente, guiado por su peluche, tomó la cuerda entre sus manos y trepó despacio hacia la claridad del día. Estuvo varias veces a punto de caer, pero aún así, tenaz, el remedo se mantuvo sujeto a la cuerda, salvando poco a poco la distancia que los separaba de la abertura. Tras una eternidad de ascenso, el lector salió por la trampilla y la luz lo devoró.

Delano apartó la mirada, estremeciéndose. Bajó la vista de nuevo al panel de control y al instante regresó el ansia por destrozarlo. Tenía que apartar las fuentes del alcance de los nigromantes. Y él no podía estar en la sala de máquinas cuando eso ocurriera. No sabía muy bien de dónde llegaba esa certeza, tal vez del mismo lugar que le impulsaba a destrozar el panel. Si quería sobrevivir no podía estar allí cuando el lugar móvil se pusiera en marcha.

Pero ¿quería sobrevivir?

Sacudió la cabeza, avivando el dolor, cogió la palanca central y tiró de ella hacia atrás. La palanca cedió con un chasquido y la sala entera volvió a la vida. Una luz ambarina inundó el lugar, mil engranajes se colocaron en posición con mil chasquidos diferentes. El zumbido de los cables se convirtió en un sordo crepitar y una sirena de aviso se desató en un prolongado aullido.

Probó varias combinaciones al azar. Justo cuando el violento traqueteo de las máquinas le indicaba que estaban a punto de ponerse en marcha, cambiaba las palancas de posición y escuchaba, complacido, las quejas de la maquinaria al volver bruscamente a la posición inicial. Repitió la operación varias veces hasta que el ruido de los engranajes forzados y los circuitos al límite de la sobrecarga le hicieron sonreír... Leyó entre líneas que se acercaba al punto de ruptura; las sirenas de alarma aullaban histéricas y toda la estructura temblaba al borde del colapso.

Tiró una vez más de la palanca central, con ansia, con rabia. La realidad entera había confluído allí, en ese pedazo de metal oscuro. Sólo eso importaba. Lo veía con una claridad meridiana; no estaba escrito entre líneas sino grabado a fuego hasta en la última de sus células.

Con un tirón final la palanca cedió y se partió en dos. El aullido de las alarmas subió un grado y Delano se encontró sumido en un caos de luces y temblores. Caminó deprisa, incapaz de correr, hacia el lugar donde colgaba la cuerda. El suelo

vibraba bajo sus pies. Escuchó un motor invisible tosiendo asfixiado y de algún lugar llegó un sonido viscoso que le hizo pensar en una flema de alquitrán. El lugar móvil se estaba poniendo en marcha.

La sala temblaba bajo la salmodia de detonaciones que surgía de las máquinas cilíndricas. Delano aceleró el paso mientras el paroxismo que zarandeaba el mundo alcanzaba su climax. Las luces vibraban y danzaban en torno a las energías en fuga. Algo estalló a unos metros de Delano y un trozo de metal retorcido y a medio fundir salió despedido en su dirección, pasando apenas a unos centímetros de donde se encontraba. De pronto se encontró inmerso en una corriente de aire caliente que lo impulsaba hacia la cuerda. Saltó hacia ella en el mismo instante en que la sala de máquinas y las salas subterráneas desaparecían envueltas en un resplandor cegador, dejando un hueco siniestro en el entramado de la realidad.

Tuvo la sensación de que la propia sala había esperado ese momento para desaparecer, con él en el aire tratando de alcanzar la cuerda, sin estar en contacto ya con el Misterio Furtivo. Se aferró a la cuerda como pudo, entrelazando las piernas y agarrándola con fuerza con su mano sana. Miró a su alrededor para encontrarse con el vacío absoluto, una fría y opaca ausencia que le encogía el alma. Hasta el mismo aire parecía haberse desvanecido y dejado en su lugar un sucedáneo, una imitación que perdía fuerza a cada segundo que pasaba.

Delano comenzó a trepar, acuciado más por la angustia de verse varado en la nada que por miedo a morir asfixiado cuando aquel aire desabrido dejara de llegar a sus pulmones. Aún así se obligó a marchar despacio, ignorando por completo los distintos dolores y calambres que atenazaban su cuerpo, ignorando la negrura basta que le oprimía como una gélida y gigantesca tenaza. Era un ascenso ciego y terrorífico. ¿Qué ocurriría si caía? Allí abajo no había nada, sólo ausencia... ¿Caería durante toda la eternidad...? Delano tuvo la visión de su cuerpo muerto y reseco cayendo durante eones, sin acabar de caer nunca, luego esa visión fue sustituida por otra en la que su cadáver... una momia cenicienta, flotaba inerte en el vacío. En aquel lugar sólo había oscuridad y dolor. Y de pronto recordó su sueño de años atrás, el sueño en que la Gorgona lo había visitado.

Se detuvo, agarrotado, incapaz de seguir avanzando, jadeando a causa del aire cada vez más empobrecido. Tragó saliva. *Aquí es donde habita... Éste es el territorio del Panteón Oscuro...* comprendió. *Esto es lo que se oculta tras la realidad: el vacío en el que moran las pesadillas.*

Ya no era consciente de su cuerpo, se había fundido con la nada y ahora el vacío y él eran una misma cosa. La esencia de su realidad se había hecho añicos y todo se desvelaba ante su mente como un tremendo espejismo, un complicado juego de espejos que por casualidad mostraba ahora el verdadero reflejo del mundo. Sólo la cuerda a la que estaba entrelazado era sólida y real y hasta ésta no tardaría mucho en

sucumbir al olvido, devorada por la espantosa oscuridad que había cobijado fuentes y deseos.

Siguió ascendiendo. Un minuto después apareció, flotando en la negrura, el rectángulo de luz que era la salida. En el último tramo, Delano olvidó toda precaución y aceleró el ritmo del ascenso, anhelante del sol del valle que antes había llegado a odiar. Respirar se convirtió en una tortura. Un frío mortal comenzaba a atenazarle los músculos. Era tal su ansia por alcanzar el rectángulo de luz que, cuando ya estaba al alcance de su mano, cuando la claridad que se filtraba por la oquedad se disponía a volverlo de nuevo real, se descuidó al darse impulso y a punto estuvo de caer. La cuerda culebreó y se escapó de la presa de sus piernas de tal modo que quedó sujeto a ella sólo con una mano, dando vueltas en el vacío, pataleando en la oscuridad. Hizo girar la cuerda hasta reatársela en la muñeca y se aferró a ella, desesperado. Contó hasta diez. Los pulmones le dolían y tenía la confusa sensación de perder la conciencia durante décimas de segundo, como si aquella situación irreal estuviera trastocando su mente. Cerró los ojos y se dio el último impulso hacia la claridad.

Llegó a la luz y respiró el aire ardiente del valle como si se tratara de pura ambrosía. Trepó ayudándose con los codos y las rodillas. Salió de la trampilla al suelo y allí quedó jadeante, tumbado en la tierra seca, con el sol cayendo en picado sobre el rostro. Lo único que quería era que alguien apagara el mundo, que borrara aquella sucia realidad repleta de dolor y muerte y lo dejara sumido en la inconsciencia. Pero alguien gritaba. Y se escuchaba el canto de un pájaro muerto.

Delano tomó aire y se incorporó a medias. Le costó unos instantes localizar la dirección desde la que llegaba el sonido, vibrante y demente, del pájaro nago. A unos doscientos metros de los restos aún humeantes de la furgoneta se encontraban los dos hechiceros. El italiano estaba postrado de rodillas, envuelto en una densa neblina negra que se estiraba y distorsionaba, formando un apéndice de unos veinte centímetros de grosor que se veía irremisiblemente atraído por el arma que Alexandre, rodilla en tierra, empuñaba con ambas manos. Aarón miraba a su contrincante y al lector, perplejo.

Sforza aullaba y se debatía atrapado en el ciclón de magia que salía despedida hacia el pájaro, agitando sus manos crispadas como si intentara hacer regresar aquel torrente negro a su interior. Aarón echó a andar hacia el mago caído, despacio, poniendo cuidado en no colocarse en la trayectoria de la riada de poder. A medio camino sus pies se alzaron unos centímetros sobre el suelo y continuó acercándose, caminando en el aire. El italiano lo miró con el rostro contraído en una mueca de dolor e impotencia. Trató de levantarse pero se derrumbó al instante, sepultado por la corriente negra. Y de pronto todo cesó. Un chasquido resonó en el valle como un

cañonazo. Alexandre cayó de bruces al suelo y el pájaro nago, envuelto en llamas, cayó junto a él.

Aarón saltó sobre Sforza.

El italiano dio un grito y alzó el brazo para escudarse del ataque y un destello sombrío se lo abrió en canal. Delano cerró los ojos a los gritos, al ruido de desgarros y al crepitar de la magia negra horadando y profanando carne viva. Aarón sólo tardó un minuto en acabar con Sforza. Cuando los gritos terminaron Delano abrió los ojos. El pelirrojo se acercaba hacia Alexandre, flotando en el centro de una nube de moscas enloquecidas. Llevaba en una mano la máscara trágica de Sforza, el talismán del nigromante no había sido capaz de protegerlo.

El lector seguía inconsciente, tumbado de costado, y Delano comprendió que Aarón estaba a punto de acabar con él.

—No lo toques, cabrón... Déjalo en paz —masculló en la distancia. Ni siquiera él logró escucharse. Agachó la cabeza y respiró hondo. No podía consentir que Alexandre muriera, no podía consentir que todo aquello acabara sin haber conseguido salvar a nadie. No había podido salvar a la joven en el callejón, ni a los prisioneros de Cicero, ni al niño que los mercenarios habían dejado en la Planicie... Sólo había sido capaz de matar para mantenerse con vida. Pero salvaría a Alexandre. Delano gruñó y palmeó en su cinto hasta dar con su última bengala.

Aarón se detuvo al ver el súbito resplandor.

Durante un largo instante el único movimiento en el valle fue el de las moscas revoloteando alrededor del pelirrojo. Luego el nigromante se puso de nuevo en movimiento, de pie en el aire, desplazándose en la nube de insectos huérfanos en dirección a Delano Gris. Tragó saliva mientras lo veía acercarse. Cuando la distancia que los separaba se hizo menor Delano vio que buena parte de la cara del veneciano aun permanecía adherida a la máscara de la tragedia, y que era de allí de donde las moscas surgían en ciego tropel.

El pelirrojo no daba la impresión de estar cansado por la lucha. Su rostro estaba crispado en una mueca extraña que nada revelaba, tan solo una intensa frialdad que por un momento le hizo recordar a Delano el abismo por el que había trepado.

—Apesta a muerte... —dijo Aarón en un susurro cuando llegó hasta él.

—Ha sido un mal día... —masculló.

—Debe de haberlo sido, sí... vuestro grupo ha quedado muy reducido por lo que puedo observar... —Cada vez que hablaba, una ola de putrefacción descendía sobre Delano, cada vez que hablaba las moscas buscaban el abrigo de su boca, ansiosas por encontrar un nuevo cuerpo donde refugiarse.

—Los mejores siempre quedamos para el final.

Delano escondió una sonrisa con una tosecilla libre de coágulos por una vez. La expresión de Aarón cambió, había cierta curiosidad en su intensa mirada. Delano

comprendió que tan solo esa curiosidad lo mantenía con vida.

—Tendrás la oportunidad de demostrarlo, no te preocupes... —paseó la vista por la trampilla del suelo, ahora un simple agujero—. ¿Están ahí las fuentes?

Delano negó con la cabeza y consiguió incorporarse hasta quedar sentado.

—No, ya no. Era un lugar móvil y el mecanismo que las guiaba se ha vuelto loco. Puede que hayan quedado destruidas para siempre...

—Vaya —la noticia no pareció afectarle—. Y supongo que tú no has tenido nada que ver en ello.

—Me declaro culpable —admitió él, alzando el rostro al cielo.

—¿Y qué me impide mandarte al infierno ahora mismo? —preguntó Aarón, enarcando una ceja.

—Dhemian Milvidas. —Delano sonrió, sintiendo el incierto desasosiego del que está a punto de hacer un trato con un demonio—. Te llevaré hasta él.

El viaje de regreso transcurrió sin incidentes. Libre de la tiranía del mapa de las fuentes perdidas, Alexandre eligió los mejores caminos en las encrucijadas, retrocediendo cuando una ruta benigna en principio, se revelaba peligrosa o demasiado accidentada para el estado en que se encontraba Delano. Éste permanecía en la trasera de la furgoneta, tiritando en su saco de dormir, febril y sacudido por el dolor. Las vendas sanadoras del lector no eran suficiente esta vez; las heridas eran demasiado graves como para que un apósito mágico lograra recomponerlas. Y no quedaba ni un ápice de suerte entretejida en su camiseta talismán.

La primera etapa del viaje de regreso la pasó entre el desmayo y la pesadilla. A veces, al salir de la inconsciencia, se encontraba tan desorientado que era incapaz de comprender qué hacía allí. Luego, al recordar lo ocurrido, la primera sensación que lo embargaba, antes incluso de ser consciente del dolor, era la culpa, una culpa canalla que lo dejaba sin aliento. En las entrañas del lugar móvil, había acabado con Heredia y Rigaud. Ambos le habían salvado la vida más de una vez a lo largo del viaje y ahora los dos estaban muertos. Muertos bajo su mano. Muertos para que él viviera.

En sus sueños predominaban la oscuridad y el vacío. En ocasiones soñaba que estaba de vuelta en la caravana de Cicero, avanzando a través de las sombras movedizas de la tormenta. En la larga cordada de su delirio, se encontraba encadenado a Sforza y a su espalda marchaba Gema Árida, con Charlotte Blue en brazos. El genio había adoptado la falsa apariencia de un niño pero se iba derritiendo poco a poco en brazos de la mujer. El hechicero miraba de cuando en cuando hacia atrás, a veces su cara era una máscara de plata sin rasgos y otras mostraba su rostro descubierto. Delano, en sus sueños, tuvo la impresión de que Sforza deseaba decirle algo, pero que, invariablemente, cuando llegaba el momento de hacerlo, se echaba a tras, con una palabra truncada en los labios. Una vez caminó junto a Heredia. El

hispano marchaba con su cazadora envuelta en cadenas, olfateando en plena tormenta. La lluvia resbalaba sobre su piel morena. De pronto se detuvo, miró a Delano, sin rencor, hasta con cierto afecto y le dijo:

—Yo me quedo aquí...

Sólo en una ocasión la fiebre le hizo regresar a la mazmorra de su infancia; fue un sueño confuso, un montaje psicodélico en el que pasado y presente se enredaban uno en el otro, de tal modo que era Sforza quien lo torturaba, y era la voz de Rigaud la que le consolaba desde la celda contigua, sustituyendo a la de Darío. Todos los actores de sus sueños, sin excepción, estaban muertos.

Los cruzados apóstatas habían sido masacrados.

Y aún así tanto el genio probabilístico como la sibila de Delfos habían tenido razón: habían llegado a las fuentes, habían triunfado. Sólo que a veces, victoria y derrota no son opuestas sino complementarias. Delano, por lo menos, se sentía derrotado. Y ahora que el viaje terminaba, no podía dejar de pensar que, en algún punto del mismo, había perdido algo sumamente importante.

Conversaron muy poco durante el trayecto; perdido cada uno de ellos en su propio mundo, tan sólo una noche de acampada, después de compartir los pocos víveres que les quedaban, hablaron sobre lo ocurrido. Lo que Alexandre le contó no le sorprendió demasiado. Todo tenía sentido.

Antes de ponerse de nuevo en marcha, el remedo habló por vez primera desde que se había dirigido a Delano en la sala de máquinas:

—ES UN ALMACÉN...;—dijo con su voz quebrada y el pelaje ensangrentado—. NO CREA FUENTES, LAS REQUISA... CADA VEZ QUE ALGUIEN DESTILA EL SECRETO DE LOS DESEOS, CADA VEZ QUE ALGUIEN DA FORMA A SUS SUEÑOS... EL MISTERIO FURTIVO LO ROBA...

Delano miró al peluche y luego alzó la vista hacia el hombre que lo torturaba, aunque ahora, como venía siendo habitual desde que salieron del valle, lo hacía de manera apática, casi mecánica. Lo hacía por costumbre, no por convicción.

—Pude leerlo entre líneas antes de que la protección me dejara fuera de combate —le explicó el lector—. Plantas y plantas de objetos capaces de dar forma a los deseos... No sólo fuentes... Todo lo que te puedas imaginar estaba allí... Pero el poder, el verdadero poder de aquel lugar, no residía en los deseos que podía llegar a cumplir... Era otra cosa, algo intangible que se escapaba a mis sentidos... Por un instante, allá en la sala, tuve la sensación de estar a punto de traspasar una nueva barrera, un nuevo velo... Como si el mundo oculto contuviera otro mundo secreto y me encontrara a sus puertas...

—Creo que no deberíamos darle muchas vueltas a lo que vimos y sentimos... —dijo Delano—. Mejor dejarlo estar...

—Sí, será lo mejor... —Alexandre sonrió—. Porque antes de quedar

inconsciente, percibí que tras esas puertas había cosas que no me iban a permitir pasar... Guardianes... Guardianes terribles...

—Que la Gorgona no visite nuestros sueños, amigo... —dijo Delano. Y que los sueños nos dejen en paz, por siempre jamás.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer? —le preguntó Alexandre el tercer día de marcha. Habían enlazado ya con los lugares de paso transitados y hacía apenas veinte kilómetros que habían dejado atrás un punto de fractura que, de haber tomado, los hubiera conducido a las cercanías de Montreal. Acababan de realizar una parada técnica durante la cual Alexandre se había desecho de la ametralladora fija del techo de la furgoneta.

—¿Te refieres a lo de Dhemian y Aarón? —preguntó Delano. Estaba recostado en su saco de dormir, buscando una postura en la que el dolor se atenuara lo justo como para tomarse la taza de caldo caliente que tenía entre manos. La fiebre había remitido en las últimas horas.

—No. Sabes a lo que me refiero... —le replicó el lector—. No estás en condiciones, Delano. Debería verte un médico cuanto antes, y regresar a la Planicie no hace más que retrasarnos... No tienes por qué correr ese estúpido riesgo... —Los ojos del remedo estaban fijos en Delano, como si su reacción a las palabras de Alexandre fuera de vital importancia para él—. No ahora, por lo menos... —prosiguió el lector—. Volvamos atrás y tomemos ese punto de fracción...

Delano negó con la cabeza. Pero ¿cómo explicarlo? ¿Cómo poner en palabras aquella tirante fatalidad que le empujaba hacia Madariaga? Tenía que hacerlo, no había más vuelta de hoja. Durante años había esquivado el camino de la venganza, durante años había evitado tomar esa decisión final que le llevaría de vuelta a Cicero, de regreso a su pasado. Y ya estaba bien de excusas y retrasos. Matar a Madariaga sería un primer paso: la aceptación de la fatalidad. No iba a matarlo por lo que había hecho, ni siquiera por la memoria de aquel niño que los mercenarios habían dejado en su poder. Iba a matarlo porque no le quedaba otra opción.

Delano no trató de explicarle eso a Alexandre. Se limitó a mirar al remedo durante un largo minuto. Cuando habló, pareció dirigirse sólo a éste.

—Hay monstruos en nuestro interior... —dijo, con aire ausente, usando casi las mismas palabras que el lector había utilizado en el prado Golán—. Suelen estar bien encerrados... Pero a veces no nos queda más remedio que ponernos su piel... A veces no nos queda otro remedio que convertirnos en monstruos...

Alexandre bajó los prismáticos.

—No es él... —le dijo a Delano, sin mirarlo.

Éste asintió, contemplando la grandeza demente de la Planicie Montaraz.

—Esperaremos...

Casi tres horas después se produjo el cambio en el puesto de control. Un hombre llegó en moto y el que había ocupado la garita se fue montado en una bicicleta verde. El lector alzó de nuevo los prismáticos y, esta vez, después de unos segundos de silencioso examen, asintió con la cabeza. Delano se levantó de la roca donde había estado sentado y se encaminó hacia la furgoneta. Alexandre, como habían acordado, no montó en ella. Se guardó los prismáticos en un bolsillo de su cazadora y se pasó una mano por la frente, apartándose los mechones rubios que caían sobre su rostro. Parecía tan fatigado como Delano.

Delano se sentó pesadamente al volante de la furgoneta. Arrancó y entró en la carretera rumbo al punto de control, cogió un pequeño bache y lanzó un gruñido, dolorido por la sacudida. Se frenó un momento, indeciso. Miro a Alexandre por el retrovisor y vio cómo, con una lentitud desmesurada, sacaba de su cazadora el estuche donde guardaba sus útiles de tortura. Lo abrió y extrajo una larga aguja. Un destello negro le tiznó la cara. El lector se quedó allí, jugueteando con el alfiler mientras la furgoneta se alejaba. Durante un buen rato Delano no apartó la vista ni de Alexandre ni del reflejo oscuro que tenía entre las manos. Luego se centró en su objetivo.

A medida que se acercaba a la garita, el rostro de Madariaga se fue perfilando cada vez mejor. Los labios temblorosos. El movimiento húmedo de la lengua al recorrerlos. Los ojos minúsculos y acuosos. Una mano se alzó veloz para peinar de un golpe seco su pelo rubio. Delano redujo la velocidad cuando sólo faltaban unos metros para llegar a la barrera que ya se alzaba ante él. Detuvo la furgoneta frente a la ventanilla.

—Número 1370-1-6986... No olvide entregarlo a la salida... —dijo Madariaga, tendiéndole una tarjeta que Delano no hizo ademán de coger.

El hombre tras el cristal lo miró extrañado—. ¿Ocurre algo? —preguntó. No había el menor signo de reconocimiento en su rostro, ni siquiera mostraba curiosidad al ver la cara de Delano, con su constelación de cortes y hematomas.

Volverás a Cicero. Eso es lo que te impulsa. El único objetivo que te mantiene con vida. La venganza... El camino comienza aquí...

Delano Gris miró hacia la pistola que ocultaba en el asiento contiguo, tapada por el atlas de los lugares de paso a medio desplegar. Estaba a un segundo de su mano. Sólo a un segundo. En su imaginación se vio empuñando el arma, con tal claridad que hasta escuchó el sonido silbante del atlas al sacarla de debajo. Sintió la frialdad de las cachas de nácar en su mano. El cristal de la cabina se haría añicos con el primer disparo; la bala, probablemente, erraría el blanco, pero le valdría para corregir el ángulo de tiro en el segundo disparo. Madariaga recularía en su taburete, con la lengua oculta por fin en su boca, aterrado bajo la lluvia de cristales. Entonces, entre las costras y los moratones, reconocería su rostro. Pero ya sería tarde. Delano escuchó

en su cabeza el disparo, olió el tufo a pólvora y vio la mancha cárnica que dejaban los sesos y el cráneo de Madariaga al impactar contra la pared de la garita.

Estaba a un segundo de tomar ese camino, de iniciar el arduo peregrinar hacia su destino. De regresar al infierno.

—¿Le ocurre algo? —volvió a preguntar Madariaga.

—No... no ocurre nada... —dijo, hastiado de todo—. Lo he pensado mejor...

Algo se removió en su mente.

Alexandre se levantó de la roca cuando vio llegar la furgoneta. Delano aparcó y bajó cojeando, con una mano sujetándose un costado.

—No has podido hacerlo... —dijo el lector.

—No... He decidido no hacerlo... —aclaró—. Conozco a un par de Garantes... Hablaré con ellos en cuanto pueda. Sea como sea, ese cabrón tiene los días contados...

Por primera vez desde que los conocía, no había aguja o espada atravesando el cuerpo del oso. En el suelo junto a la roca estaba el estuche del lector.

—Vamonos de aquí... —dijo Delano—. Acabemos con esto de una vez.

Una madrugada tardía se estiraba sobre una plaza recóndita de Madrid, rozándose contra las esquinas y la corteza de los árboles, dejando un rastro tibio de noche a punto de convertirse en día. La cafetería Danubio estaba cerrada, agazapada en su esquina en sombras, aún así Delano tomó el pomo de la puerta y trató de abrirla. No ocurrió nada. Dio un paso hacia atrás, usando el arma de los filos como bastón, y observó la fachada. La hinchazón de su ojo izquierdo había disminuido lo suficiente como para poder abrirlo casi por entero pero prefería mantenerlo cerrado. La conjunción de sus dos ojos traía a su mente imágenes distorsionadas, los objetos se abombaban y ocurrían cosas extrañas con la profundidad.

Volvió a tratar de abrir la puerta para entrar en la Sombra de la cafetería, pero de nuevo le resultó imposible.

—Me alegra sobremanera volver a encontrarme con usted, Delano Gris... —dijo una voz a su espalda, una voz lenta y amarga—. Más todavía si tenemos en cuenta por su aspecto que el viaje no ha sido todo lo plácido que hubiera deseado...

En el cristal de la puerta, Delano vio el reflejo del extraño que le había abordado ya una vez en aquel mismo lugar. Su sombrero parecía humear en el taciturno aclarado de sombras que traía el día; la sonrisa enorme y los dos pequeños y brillantes tajos que debían de ser sus ojos flotaban entre la densa oscuridad que nacía del cuello de su gabardina y llegaba hasta el humeante ala del sombrero.

—No, no lo ha sido... —dijo él, intentando abrir la puerta por tercera vez—. ¿Por qué no puedo entrar?

—Por que yo no te he dado permiso para ello, Delano Gris...

—¿Eres el guardián o algo así?

—Algo así... —le contestó. La sonrisa se hizo enorme, gigantesca, un hachazo en mitad del rostro—. Pero ambos sabemos que mi naturaleza no te interesa... Sólo estoy aquí para facilitarte el paso.

—Pues hazlo... —dijo. Era cierto. No le interesaba la naturaleza de aquel ente. Sólo quería entrar en la cafetería de una vez.

—Adelante... —dijo aquella voz amarga—. Puedes pasar...

Delano empujó la puerta y entró en la Sombra. El espejo agrietado tras la barra le devolvió la imagen de un hombre demacrado, doblado por el cansancio y sucio de polvo y sangre. Se sorprendió de reconocer su rostro bajo aquella máscara destrozada.

El arma de los filos casi no parecía tener peso y podía portarla con la mano derecha mientras la izquierda colgaba hinchada y cárdena. Apuntó hacia el techo donde una constelación de ojillos tumefactos seguía con interés sus movimientos.

—He vuelto... —susurró entre dientes.

Uno a uno fueron apareciendo por todo el lugar, sus rostros y sus miradas se clavaron en él y en su arma. Delano avanzó hasta la barra y se sentó sobre ella, usando un taburete polvoriento de escala. La última figura en aparecer fue la de Dhemian Milvidas. Escuchó el rechinar de los músculos de piedra de su cuello antes de verlo, inmenso entre sus acólitos. Su mole parecía haber crecido desde su primer encuentro. Las protuberancias rocosas se alzaban y crujían bajo la túnica sucia. ¿De qué modo esquivaba la muerte Milvidas? ¿Qué era aquello que resoplaba y mugía sobre su espalda? ¿Otro recipiente de tiempo como había sido Heredia, o un simbiote que alargaba la vida de su anfitrión a cambio de tener un lugar donde vivir y alimentarse?

—Has vuelto...

Delano apoyó el arma sobre la barra desgastada y tanteó en los bolsillos de su cazadora hasta dar con su mechero y con un paquete de *Lucky Strike* que había comprado hacía unos minutos en el otro extremo del mundo. Rasgó el precinto de plástico y abrió el paquete. Se quedó embobado leyendo las letras en cursiva roja de la solapa interior que osaban animarle con un *Get Lucky*. Arrancó el papel de plata, sacó un cigarrillo y lo posó entre sus labios hinchados. Acercó la llama blanca de su mechero de hueso grifo a la punta del cigarro y aspiró una honda y larga bocanada de humo. La operación a una sola mano fue lenta pero gratificante.

—Mi padre los llamaba las balas del cáncer... —dijo sintiendo un leve espasmo de placer en el fondo de su pecho. Exhaló una ristra de humo grisáceo—. También lo llamaba masoquismo... —tosió dos veces.

—¿A qué estás jugando, Delano Gris?

—No estoy jugando a nada... Vengo a rellenar mi informe... —No podían leer

entre líneas en él, su protección innata había sido uno de los motivos por los que había sido contratado. Se quedó mirando los jirones de humo, que ascendían girando hacia el techo y su constelación de ojillos malévolos—. ¿Por qué me contratasteis si ya teníais a Heredia dentro del grupo? —preguntó.

Los ojos negros de Milvidas se convirtieron en dos minúsculas rendijas. La cosa a su espalda bufó y un tentáculo de esquisto sacudió el aire antes de replegarse de nuevo.

—Él vino a buscarnos —contestó—. Nos advirtió de las intenciones de Rigaud y de su cruzada apóstata. Tenía miedo, miedo a la vida eterna si eso significaba depender de Rigaud para siempre y ser su esclavo por toda la eternidad. Él nos llevaría hasta las fuentes. Nosotros, a cambio, le ayudaríamos a romper el vínculo que lo unía a su amo. Lo liberaríamos y le acogeríamos en el seno de nuestra comunidad, protegiéndole de Rigaud y de su organización...

—Bueno, ya es tarde para protegerlo de nada... Tanto él como Rigaud están muertos...

—Lamento oírlo. Era un joven de gran potencial y nos hubiera resultado muy útil en nuestra misión...

—No lo dudo... —comentó Delano, amagando una sonrisa sarcástica—. ¿Así que el joven desvalido llegó hasta vosotros y os puso en bandeja un Misterio Furtivo a cambio de que lo liberarais de su yugo? ¿Y vosotros creísteis su historia sin más?

—Nuestros lectores la corroboraron... Existía un fuerte enlace entre ambos hombres, pero el libre albedrío del joven no estaba limitado, no lo suficiente, por lo menos, para no intentar rebelarse...

—¿Sus lectores no descubrieron ningún tipo de enlace mental entre ellos?

—No. No lo había. De haber existido le hubiera resultado imposible llevar a cabo su plan... El único peligro que corría Heredia era que Alexandre leyera en él, pero, por lo visto, el lector era reticente a leer en sus compañeros... Una ventaja añadida que él supo aprovechar... De haberlo hecho, de haber descubierto la traición de Heredia, hubiéramos tenido que recurrir a un enfrentamiento directo entre nuestras dos agrupaciones...

—¿Por qué no matar simplemente a Rigaud y dejarse de chorradas?

—No podía estar seguro de que su muerte no significara también la suya —Delano recordó el rostro enloquecido y destrozado de Rigaud y sintió un escalofrío. El sacerdote de piedra siguió hablando—: Pero lo que sí estaba claro era que con la muerte de Rigaud perderíamos el mapa de las fuentes. Rigaud lo llevaba siempre en su Bolsa Coherente y se empeñaba en consultarlo siempre a solas. Una vez la expedición llegara a las fuentes, Heredia sería el mapa, conocería el camino que lleva hasta ellas y nos lo revelaría a cambio de su libertad...

Delano dio una larga calada al cigarrillo, contemplando el rostro pétreo de

Milvidas. En cierto modo le daba lástima aquel gigante. Le habían engañado y parte de la mentira la habían sacado de su propio pasado.

—Sigo sin saber por qué me contratasteis si ya contabais con Heredia —dijo.

—Seguridad... Estuvo un tiempo conviviendo con nosotros, aprendiendo los rudimentos de nuestra hermandad... Y en ese tiempo nuestros lectores no sólo averiguaron que la historia de Heredia era cierta, también descubrieron en él síntomas de un más que apreciable desequilibrio mental... Necesitábamos a un segundo hombre en el grupo, un segundo mapa... Ni siquiera estudiamos la posibilidad de infiltrar a uno de los nuestros en el grupo, Alexandre lo hubiera desenmascarado al instante. Necesitábamos alguien de fiar, alguien manejable, alguien como tú, Delano Gris.

Delano sonrió entristecido. Aquella criatura lo despreciaba. Él no era más que un mercenario, un hombre capaz de cualquier cosa si la paga era buena. Bajó la cabeza un momento, tragándose un suspiro. La Hermandad de la Piedra y el Filo y su afán de proteger los Misterios Furtivos... Tal vez aquella congregación no buscaba el poder que conllevaba controlarlos, tal vez su intención era noble y sólo pretendiera protegerlos de gente como Aarón y Sforza, aunque sus métodos no fueran del todo rectos...

No, se dijo, *no sigas por ese camino*.

—No creísteis oportuno informarme de que Heredia era de los vuestros —dijo—. Os pareció más seguro mantenerme en la ignorancia. ¿Para protegernos a ambos? —aventuró con una sonrisa humeante.

—Así es.

—Pero él sí sabía cual era mi cometido, ¿correcto?

Dhemian Milvidas asintió disparando el sonido de su cuello como diminutos y punteados latigazos.

—Fueron sus indicaciones las que llevaron a Rigaud a elegirte como guía. Y tu protección innata a la lectura la que nos conminó a nosotros a dar tu nombre a Heredia... Así como el hecho de saber que harías cualquier cosa por dinero...

—Sí... —susurró Delano, sintiendo de pronto como en su pecho se hacía el vacío al escuchar en boca de aquel monstruo lo que acababa de pensar—. Fortuna y gloria —dijo en voz tan baja que dudó que Milvidas o sus acólitos hubieran podido oírlo.

Apuró el cigarrillo con una última calada y lo dejó caer al suelo. Se quedó un minuto contemplando las puntas de sus zapatillas, luego alzó la vista hacia la mirada negra de Dhemian Milvidas. Los miembros de la Hermandad de la Piedra y el Filo estaban dispersándose por la sombra de la cafetería, tejiendo una intrincada telaraña a su alrededor que se le antojó demasiado compleja para tan poca cosa como él.

—Y ahora que ya hemos saciado tu curiosidad ha llegado el momento de que hagas lo propio con la nuestra. ¿Dónde están las fuentes perdidas, Delano Gris? —

preguntó entonces Milvidas, con su voz de roca contra roca.

—Perdidas... —tomó el arma de los filos y los alfanjes aparecieron de la nada. Milvidas contuvo a sus súbditos con un gesto de su mano. Delano bajó de un salto y se apoyó en el arma, sonriente—. Están perdidas —repitió—. Son lugares móviles, no están nunca en un mismo sitio —Delano sonrió ante el asombro de Milvidas—. ¿No lo sabías? No te valgo como mapa... Aunque te llevara hasta allí, ya no encontrarías nada... Las fuentes se han ido... Se han esfumado... Te engañaron desde el principio, Milvidas... Ellos lo controlaron todo desde el principio, no la Piedra y el Filo como os hicieron creer. Fueron ellos...

—¿Qué estás diciendo?

La maraña de alfanjes seguía su lenta danza en la sombra, la mano alzada de Milvidas los sujetaba pero Delano era consciente que ésta podía caer en cualquier momento y se apresuró a responder:

—Niveles avanzados de lectura entre líneas —se mesó el cabello color gris ratón y amagó una nueva sonrisa—. En el mapa leyeron que llevaba hasta las fuentes perdidas y que éstas estaban ubicadas en un lugar móvil. Y en la bolsa anclada encontraron el nombre del que había renunciado a ella: tu nombre, por supuesto... Y aunque les resultó difícil siguieron tu rastro y tú, sin saberlo, los guiaste hasta la Hermandad de la Piedra y el Filo, Se sorprendieron de vuestra existencia, sobre todo porque vuestro objetivo de proteger los Misterios Furtivos ponía en claro peligro su cruzada... Además, teniendo en cuenta que pretendían seguir a rajatabla el trayecto del mapa no les quedaba más remedio que entrar a los lugares de paso por Tebas. Un punto de fracción que la hermandad debía vigilar muy atentamente... —mientras hablaba, Delano recordó al hombre que había descubierto vigilándolos desde una de las terrazas del templo de la reina Hatshepshut—. Rigaud no quiso arriesgarse a un enfrentamiento directo con vosotros... ¿Y sabes por qué? Porque no existía ninguna grandiosa y misteriosa organización tras él, como os hizo creer... Ningún grupo poderoso amparaba la búsqueda a las fuentes... Sólo estaban ellos: Rigaud y Heredia. Nuestro querido canadiense y su títere... Fue Heredia quien encontró la Bolsa Coherente anclada en las Sombras... Y fue un lector neutral el que leyó la información contenida en la bolsa y en el plano antes de que Alexandre entrara a formar parte del selecto grupo de cruzados apóstatas... Y fue Rigaud el que, una vez conoció vuestra existencia, trazó el plan con el que debía burlarlos...

»Preparó un caballo de Troya... Se puede programar a un títere... ¿Lo sabías, Milvidas? Era tal el enlace mental que existía entre Rigaud y Heredia que el canadiense pudo manipularlo para convertirlo en un regalo envenenado... Moldeó la personalidad y la mente de Heredia de tal modo que el joven que vino a vuestro encuentro era un verdadero traidor a su causa, desesperado por la dependencia de no ser más que un esclavo. Heredia creía estar actuando por su propia voluntad cuando

lo único que hacía era ejecutar los comandos del programa que Rigaud había instalado en su cerebro... Y ni vuestros mejores lectores hubieran descubierto la realidad porque la manipulación era total, a un nivel tan profundo que la mentira se convertía en verdad... Ese Heredia quería liberarse de Rigaud y creía que ésa era su voluntad... —Delano guardó silencio y contempló el rostro inexpresivo de Milvidas quien asistía a su discurso completamente inmóvil, como si la piedra que le daba forma se hubiera convertido en piedra muerta—. Os engañaron, Milvidas... Y si bien es cierto que era imposible ocultar totalmente el vínculo que los unía, sí lograron camuflarlo lo suficiente como para que vuestra gente no averiguara su verdadera naturaleza... Aceptasteis el regalo envenenado... Y luego Rigaud desprogramó a Heredia y tuvieron vía libre para partir en busca de las fuentes...

»Llegado el momento no les supuso ningún problema aceptar a un verdadero Judas en el grupo, me tuvieron controlado desde el inicio de la partida... Yo también era para ellos un mercenario capaz de todo... Y dada mi protección desconocían cuál era mi implicación exacta en este asunto... Lo único que sabían era que yo era un infiltrado de la hermandad... Un verdadero traidor... Si les hubiera sido sincero desde el principio, todo hubiera sido distinto... Pero no lo hice. Me lo callé. Guardé el secreto... Y ellos han muerto... Y yo sigo vivo...

—Eso está a punto de cambiar... —la rabia apenas contenida resonaba en el interior de la garganta de piedra como balas a punto de ser disparadas—. ¿A qué has venido, Delano Gris? ¿A reírte de nosotros? ¿A proclamar a los cuatro vientos cómo hemos sido engañados?

Milvidas lo contemplaba desde la cima de la arquitectura vasta que era su cuerpo, la mano que separaba a Delano de la muerte seguía alzada, pero creía haberla visto temblar en un par de ocasiones dispuesta a cortar de cuajo su explicación. Delano entrecerró los ojos, invadido por una calma fría; sabía que el mensajero que había traído tales nuevas no podía salir de la Sombra con la cabeza sobre los hombros. Pero él no había regresado allí para morir.

—No... —contestó Delano—. Vengo a cumplir mi misión... Siempre lo hago... Si la paga es buena... Queríais un mapa de las fuentes perdidas... Y eso es lo que traigo...

Invocó su Bolsa Coherente y, muy despacio, a sabiendas de que en cada movimiento se le podía ir la vida, la colocó sobre la barra. Dio la espalda a Milvidas, abrió la bolsa y buscó dentro, demorándose unos instantes, aunque el mapa estuviera a la vista. En el interior algo se movió, veloz, y se escurrió sobre el mostrador, tapado por Delano y la propia bolsa. Unos minúsculos dedos de hueso arañaron la madera. Delano contuvo el aliento mientras se giraba con el mapa en la mano y lo sacudía ante sí. Pero ni un solo miembro de la Hermandad había visto como el minúsculo hombrecillo salía de la bolsa y se ocultaba tras la barra.

—Otro mapa para llegar a las fuentes —anunció—. ¿Tienes algún lector en la sala que pueda dar fe de mis palabras? No podéis leer en mí, pero sí en él...

Milvidas hizo un gesto de asentimiento.

—Conozco el arte, mercenario... —un chasquido gélido resonó en la caverna de su boca—. Dices la verdad...

Delano asintió y dejó caer di; nuevo el pliego en el interior de la Bolsa Coherente.

—Si me siento presionado o tratáis de hacer algo que me inquiete... Renegaré de la bolsa... Di a tus chavales que retrocedan, Milvidas, Dejaré el mapa junto a la puerta y luego me marcharé.

—Falta otro detalle, Delano Gris...

Lo estaba esperando.

—Nadie bebió de las fuentes. A excepción de Heredia. Aunque sería más correcto decir que las fuentes se lo bebieron a él. Estuve tentado de hacerlo, pero no lo hice...

—¿Por qué debemos creerte?

—Porque es la verdad —y lo era.

Se colgó la bolsa al hombro y se encaminó, muy despacio, hacia la salida. Pasó junto a Milvidas, respirando el olor férreo de la criatura. Vio como el pecho de piedra bajaba y subía con una cadencia agitada, un ritmo violento que le dejó bien claro que Milvidas sospechaba que tramaba algo aunque no pudiera imaginar de qué se trataba. Cuando pasó junto al sacerdote se dio la vuelta para no dar la espalda a los alfanjes; el arma de los filos temblaba en su mano pero su dedo se mantenía firme en el percutor.

Llegó hasta la puerta y, sin apartar la vista de Milvidas y su gente, dejó caer la Bolsa Coherente a sus pies, se acuclilló ante ella y se hizo de nuevo con el mapa. Lo colocó en el suelo y mandó a la Bolsa de vuelta a su Sombra a la vez que se giraba.

El homúnculo tras la barra pronunció el nombre de su señor mientras hundía en su pecho las cuchillas que tenía por falanges. Su grito silencioso sirvió de preludeo a la primera andanada de explosiones.

Delano salió de la Sombra.

Subió al coche que Alexandre había mantenido con el motor en marcha muy cerca de la cafetería. El lector no esperó siquiera a que cerrara la puerta para acelerar y tomar el primer desvío que los alejara de Milvidas y Aarón y los acercara hacia una de las Casas Iguales de Madrid. No hablaron.

Delano encendió un cigarrillo mientras veía asomarse la familiar estructura blanca con su tejado a dos aguas. Alexandre detuvo el coche a la puerta de la casa y, sin preocuparse de coger las llaves ni cerrar las puertas, abandonaron el vehículo. Hacía calor, pero era un calor agradable, indeciso entre la primavera y el verano.

—Te he guardado varias vendas en tu mochila —le informó Alexandre—. Aunque yo de ti me metería en un hospital una temporada. Las vendas no hacen

milagros y tienes mal aspecto.

—Sobreviviré. En apenas veinte minutos estaré en manos de la mejor enfermera del mundo...

—Las cosas no tenían porque haber sido así, ¿verdad?

—No... —respondió Delano.

—NO ES MOMENTO PARA LAMENTARSE, PASMAROTES. LAS COSAS SON COMO SON, NO HAY VUELTA DE HOJA. POR MUCHO QUE MIRÉIS ATRÁS NO VAIS A CAMBIAR NADA.

—Supongo que no. —Delano comenzó a subir las escaleras y se volvió cuando se dio cuenta de que Alexandre no le seguía—. ¿No vienes? —preguntó.

El lector negó con la cabeza y señaló hacia el coche.

—A donde voy llegaré antes por carretera —le miró de arriba abajo, con una sonrisa en los labios—. Cuida tu espalda, pelo gris.

—Lo haré. Pierde cuidado... —Delano sonrió antes de invocar de nuevo su Bolsa Coherente—. Antes de irme... Tengo algo para ti...

—¿Para mí? —preguntó el lector, intrigado.

Delano maniobró con la Bolsa hasta coger una de las dos cantimploras que había en su interior. No había mentido a la hermandad. No había bebido de una sola de las fuentes perdidas. Pero había llenado dos cantimploras con el agua clara que manaba de una fuente con forma de sirena, la misma sirena que tantas veces había visto en sus sueños. Mandó la Bolsa Coherente a su Sombra y le arrojó la cantimplora a Alexandre, que la atrapó en el aire más perplejo aún si cabe.

—Creo que escogí una buena fuente... Pero no podemos estar seguros... ¿verdad? Lo que hagas con ella es tu problema, compañero... Úsala con sabiduría...

Alexandre contempló la cantimplora un segundo, esbozó una sonrisa triste y la colgó a su espalda.

—La reservaré para una ocasión especial... —dijo.

Delano asintió, sonrió y subió los dos escalones de mármol. Abandonó toda esperanza, abrió la puerta y entró en la Casa Igual.

—FORTUNA Y GLORIA, DELANO... FORTUNA Y GLORIA... —dijo el remedo, pero Delano no llegó a oírlo.

Ya estaba muy lejos.

Cerca del lugar donde están los sueños cuando nadie los sueña.



José Antonio Cotrina nació un 8 de Julio de 1972 en Vitoria (País Vasco), ciudad que tal vez tenga la culpa de esa imaginación oscura que le caracteriza, ya que se encuentra enclavada en un cruce de caminos propicio para la magia (según cuentan las leyendas, claro). A pesar de eso, el escritor se inclina más por atribuir su vocación a sus abuelas, que desde pequeño nunca dejaron de contarle cuentos. O a su padre, quien como refuerzo a sus clases del colegio le hacía leer tebeos de *Mortadelo y Filemón* o *El Capitán Trueno*. No es raro entonces que su creatividad despertara pronto y se convirtiera en una fiel compañera de aventuras, espoleándole a crear historias ya desde sus más inocentes juegos, cuando armado con su ejército de *space operas*, representaba lo que más tarde plasmaría en papel. Ya en su época de instituto, el autor dio con la horma de su zapato, un profesor que le castigaba con la tarea de escribir un cuento por cada diez faltas de ortografía cometidas, y es que la ortografía de Cotrina era horrorosa por aquel entonces. De aquella época nacieron algunos de sus cuentos hoy publicados, como *Tormenta*, *La noche*, *Otoño* o *Crucifixión*.

Al instituto siguió la universidad (donde se licenció en Publicidad y Relaciones Públicas), y con ella una época de cinco años en los que desapareció esa imperiosa necesidad de crear. Sin embargo, ese parón creativo no iba a durar mucho, y una noche ocurrió: con un sueño volvió la inspiración, que daría lugar a *Destino Soberbia*. A esa novela le siguió *Lilith*, *el juicio de la Gorgona* y *la sonrisa de Salgari*. Desde entonces no ha parado. En el año 2003 dio el salto a la novela con *Las Fuentes Perdidas* de mano de La Factoría de Ideas, convirtiéndose en el primer autor español que publicaba con la editorial. Tres años después llegaba *La casa de la colina*

negra y no sería hasta 2009 cuando viera la luz su tercera obra, *La Cosecha de Samhein*, primera parte de la trilogía *El Ciclo de la Luna Roja*, cuya continuación, *Los hijos de las tinieblas*, fue publicada un año después.

José Antonio Cotrina es poseedor de dos premios Alberto Magno (por *Mala racha* y *Argos*), un UPC (por *Salir de fase*) y dos Ignotus (en la categoría de mejor novela corta por *Amanecer* y mejor cuento por *La niña muerta*).

Selección de libros José Antonio Cotrina: *Las Fuentes Perdidas*, *La casa de la Colina Negra*, *La cosecha de Samheim*, *Los hijos de las tinieblas*